



Espacio urbano en la historia de Quito: Territorio, traza y espacios ciudadanos

Inés Angélica del Pino Martínez

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes
Bogotá, Colombia
2017

Espacio urbano en la historia de Quito: Territorio, traza y espacios ciudadanos

Inés Angélica del Pino Martínez

Tesis presentada como requisito para optar al título
de:

Doctora en Arte y Arquitectura

Director:

Doctor Jorge Ramírez Nieto

Línea de investigación:

Historia y teoría de la Arquitectura y la Ciudad en América Latina y Colombia

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes
Bogotá, Colombia
2017

Agradecimientos

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a mis profesores por sus importantes contribuciones durante los cursos del doctorado y en el proceso de realización de esta tesis, en particular al Doctor Jorge Ramírez Nieto, director de la misma; a la Doctora Silvia Arango Cardinal mi reconocimiento por la guía en el enfoque del estudio; a mis profesores del Doctorado en Arte y Arquitectura quienes orientaron la propuesta de la investigación con sus acertadas sugerencias y comentarios: Alberto Saldarriaga Roa, Luis Carlos Colón Llamas, Carlos Rueda Plata, Germán Mejía Pavony; a las profesoras María del Pilar López Pérez, Sandra Reina Mendoza; al profesor Jaime Salcedo Salcedo de quien recibí sus apreciaciones sobre el espacio público de Quito; mi reconocimiento al Doctor Jorge Benavides Solís por su generosidad en compartir documentos y artículos académicos de su autoría sobre espacio público y ciudad.

Resumen

Espacio urbano en la historia de Quito. Territorio, traza y espacios ciudadanos

La tesis doctoral “Espacio urbano en la historia de Quito: Territorio, traza y espacios ciudadanos” examina a partir de diferentes fuentes la superposición de distintas lógicas en la disposición del espacio público desde la fundación española de Quito. En el análisis de los espacios públicos que mantienen su vitalidad hasta el presente interviene de forma constante la configuración geográfica y la geología, la posición de privilegio de la ciudad en la “mitad del mundo” y las preexistencias culturales. Estos atributos permiten identificar inicialmente tres «Quitos» diferentes; interpretar y caracterizar los componentes físicos de cada ciudad en los mismos espacios públicos en temporalidades distintas; examinar los modos de hacer y usar los espacios de significación colectiva en una geografía compleja y preexistencias culturales que inciden en la localización y uso del espacio ciudadano.

Palabras clave: Quito, historia urbana, espacio público, Ecuador, equinoccial, espacios ciudadanos.

Abstract

Urban spaces in the history of Quito. Territory, layout and citizen spaces

The doctoral thesis “Urban Urban spaces in the history of Quito: Territory, layout and citizen spaces” examines from different sources the overlapping of diverse logics the setup of the public spaces from the Spanish foundation of Quito. In the analysis of public spaces there are some called citizen spaces; the attributes of them maintain their vitality to the present intermediate consistently the geographical configuration and geology, and the privileged position of the city in the “middle of the world” and the cultural preexistences. These attributes allow initially identify three different “Quitos”; interpret and characterize the physical components of each city in the same public spaces in different temporalities; examine the ways of making and using spaces of collective significance in a complex geography and cultural preexistences.

Keywords: Quito, urban history, public spaces, Ecuador, equinoctial, citizen spaces.

Contenido

Introducción	13
Objetivos y área de estudio	13
Delimitación temporal	14
Hipótesis	16
Fuentes para el estudio del espacio urbano de Quito	16
Metodología aplicada	22
Cortes temporales de la tesis	24
Algunos conceptos:	25
Contexto	25
Circunstancias y condiciones	25
Transformación	26
El espacio del nosotros o “Llajta Quito”	26
El espacio público	28
El espacio ciudadano	28
Contenido	29
Presentación	30
De Quito al Ecuador	30
Área y población	36
Lo Andino	37
Aproximaciones al topónimo Quito	40
Dimensiones del territorio llamado Quito	45
Capítulo I	47
El Territorio de Quito	49
Lectura del territorio	51
El Hanak pacha, el mundo de arriba	53
El Pichincha	56
El Panecillo	61
El Ilaló	62
El Kay pacha o el mundo de la mitad	65
Topónimos en el territorio	65
Huellas prehispánicas en la división del territorio	69
Rumicucho	70
Guamaní	74
El otro Cuzco en Quito	76
Del orden prehispánico al orden colonial	83
Lo equinoccial	84
El Ukhu pacha o el mundo de abajo	89
Las quebradas de la meseta	91
Epílogo del capítulo I	94
Capítulo II	97
Los caminos de la meseta de Quito	99
Los Ejidos	102
Los ejidos en la cartografía	102
El señalamiento de los ejidos en 1535	104
El ejido de Añaquito	104
El ejido de Turubamba	107
El uso de los ejidos	110
Los ejidos en el siglo XIX	112
Remate de los ejidos de Quito	113

Ejido de Añaquito.....	115
Ejido de Turubamba	119
El sitio de la fundación	124
La traza del núcleo fundacional.....	125
Las primeras plazas parroquiales de Quito.....	146
Otras Plazas.....	153
La independencia y la celebración de los centenarios.....	156
El parque de La Alameda.....	161
El parque de El Ejido	164
Epílogo del capítulo II.....	164
Capítulo III.....	171
Los espacios públicos	173
El espacio ciudadano en Quito	176
Quito telúrico. El espacio público como refugio	177
El puente y la quebrada.....	178
Del relleno a la avenida	184
La erupción volcánica y el espacio público vacío.....	191
Los terremotos y el espacio público lleno	196
El panorama y los miradores	201
El paseo por la ciudad y el paisaje	202
Quito equinoccial. El espacio público como proyección internacional	208
Cómo se formó a La Alameda de Quito	210
La Alameda en el siglo XIX	213
El observatorio astronómico.....	216
La Alameda en el siglo XX	221
Quito insurgente. El espacio de los poderes	226
La guerra de Quito.....	228
El mestizo	230
La guerra de Quito y la participación de la iglesia	231
La declaración de un mestizo	239
La toma de la plaza.....	247
La guerra de guambras.....	248
Epílogo del capítulo III	250
Conclusiones	255
Permanencias y dualidades	257
El espacio del nosotros y el espacio urbano	260
El espacio público y los panoramas	261
Las transformaciones que dan lugar a Quitos diferentes	262
Las plazas fundacionales de Quito.....	262
Un cuadrilátero defensivo en el núcleo fundacional.....	265
La transformación de plazas en parques.....	267
Del espacio público al espacio ciudadano	267
Bibliografía.....	281
Anexos	311
Anexo 1	313
Anexo 2	319
Anexo 3.....	331
Anexo 4.....	339

Introducción

El territorio del actual Ecuador tiene una estructura geológica; geográfica y una serie de fenómenos naturales que coexisten en una dualidad particular: dos corrientes marinas, una cálida, Corriente de Niño y otra fría, Corriente de Humbolt; la primera viene desde el Norte y la segunda desde el Sur, ambas se acercan a la línea equinoccial y se desvían hacia las Islas Galápagos; dos placas tectónicas, Nazca y Continental, que se chocan por su desplazamiento en sentido contrario hacia el Este y el Oeste respectivamente y dan lugar a una actividad sísmica permanente; dos estaciones marcadas en el año: invierno y verano; la posibilidad de mirar en el cielo las constelaciones de Orión, Cruz del Sur y Osa Mayor, en los dos hemisferios del planeta de manera simultánea. Estas dualidades coinciden en la línea equinoccial y hacen de éste un espacio singular y sin duda inciden, aunque fuera de modo inconsciente, en la manera de ser del ecuatoriano y en la manera en que se expresan en el espacio público urbano en la historia.

Con este antecedente, el desarrollo de esta tesis sobre el espacio urbano en la historia de Quito sugiere entretejer la geografía vertical compleja con la dualidad de los fenómenos naturales que se originan en el subsuelo y las preexistencias culturales; relacionar los hitos topográficos, naturales o construidos, con los recorridos que determinan una manera particular de disponer los espacios de uso colectivo; el significado de la montaña y la carga emocional que por algunas generaciones mantienen algunos lugares comunes; conectar las referencias de las preexistencias culturales con las del espacio urbano de la ciudad del siglo XX y, explicar desde la óptica, espacial, el modo de usar el espacio público como representación de la identidad colectiva de Quito, los atributos de ese espacio público mantenidos en el tiempo los convierte en espacio ciudadano en donde emerge de manera espontánea el “espacio del nosotros”, que es un aporte a la historia urbana de esta ciudad.

Objetivos y área de estudio

En este contexto, el objetivo general de la tesis doctoral es analizar el espacio de la fundación española de Quito en tres cortes temporales para examinar de qué manera las condiciones de la geografía de la meseta de Quito y las preexistencias culturales inciden en la localización y uso del espacio público, dando lugar a tres Quitos diferentes en términos espaciales y temporales, y en donde el reconocimiento colectivo de algunos espacios públicos los convierte, con el tiempo, en espacios ciudadanos.

En el ámbito específico, un primer objetivo particular es examinar de qué manera las preexistencias culturales se expresan en el espacio público y emergen en el espacio ciudadano del siglo XX como permanencias. Un segundo objetivo particular es analizar las circunstancias y condiciones que producen las transformaciones físicas y de significación en el espacio público de Quito en conjunción con las dualidades geográficas que forman parte del espacio público y de la historia de la ciudad.

El área de estudio está delimitada por el espacio del núcleo fundacional colonial y dos ejidos adyacentes, dispuestos uno al Norte y otro al Sur en una secuencia de tres sectores de manera simétrica y lineal que tiene un área aproximada de 50 km². De acuerdo con las actas del cabildo, los límites son aproximados pues se dispone la representación cartográfica completa únicamente desde 1932 en que se puede comprobar la longitud de los ejidos en relación a la topografía de lomas y quebradas en donde se describen hechos históricos e identificar los hitos construidos en el espacio fundacional de la meseta de Quito. Para la interpretación de las formas de ocupación y las transformaciones físicas del espacio urbano se ha utilizado la geografía satelital, el plano de 1932 y otros planos que muestren cambios físicos. (*Gráfico 1 y Gráfico 2*)

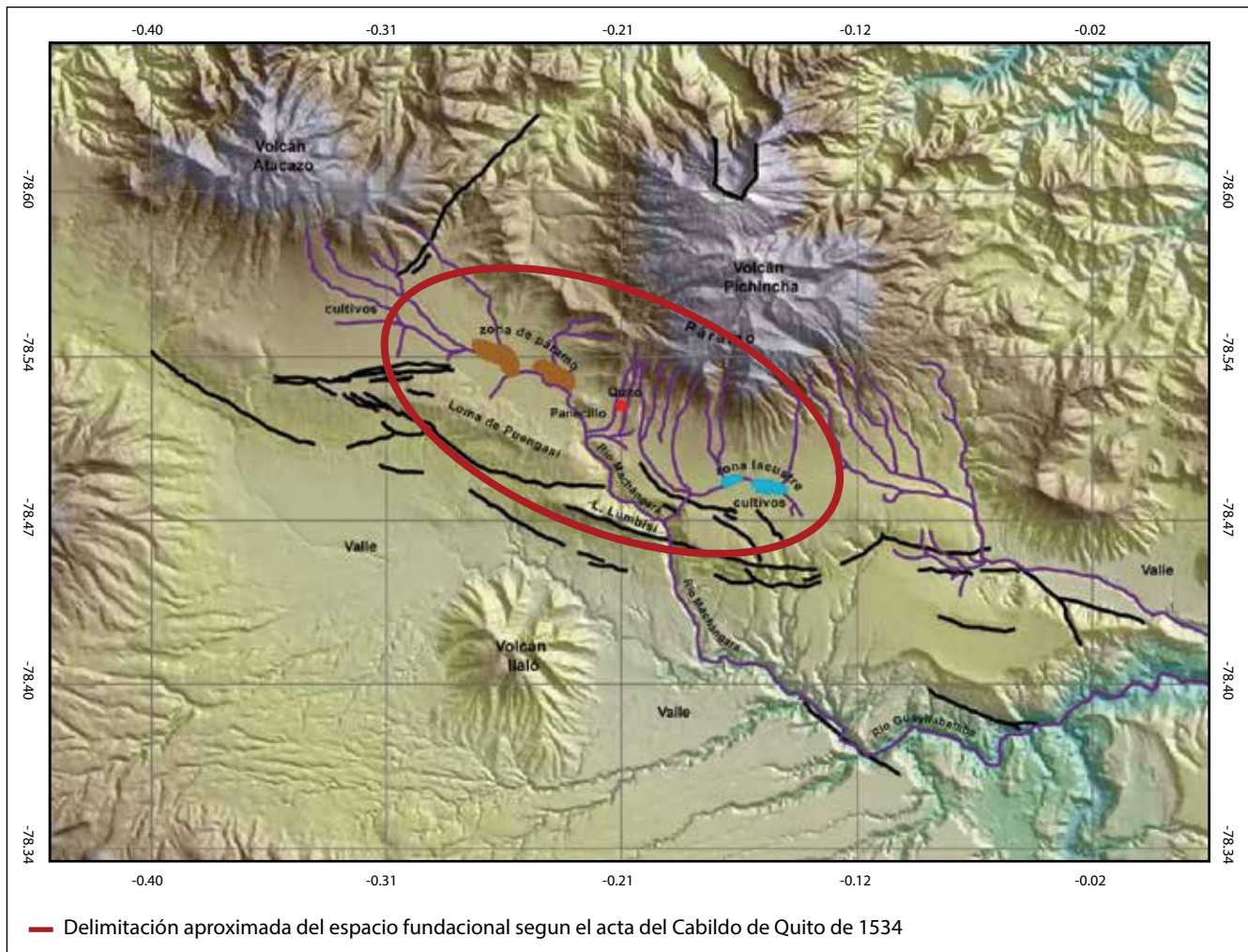


Gráfico 1. Delimitación aproximada del área de estudio
Fuente: Interpretación del texto del "Libro Primero de Cabildos 1534-1537"
Fotografía satelital proporcionada por el Instituto Geofísico de Ecuador

Delimitación temporal

La delimitación temporal de la investigación contiene el periodo comprendido entre 1534 y 1950; está determinada por tres cortes temporales que corresponden a momentos de transformación profunda: la primera al finalizar el periodo prehispánico en el primer tercio del siglo XVI, la segunda con el establecimiento de la ciudad colonial al finalizar el siglo XVI y el tercero con la independencia en el siglo XIX; en este último siglo se producen una serie de transformaciones puntuales que en su conjunto son visibles entre 1922 y 1942, poco antes de la puesta en marcha del Plan Regulador de Quito. El plan convirtió a la ciudad de crecimiento natural, lento, cíclico, con un núcleo fundacional heterogéneo en sus funciones, a una

ciudad que creció en la lógica de la planificación urbana.

En paralelo con las transformaciones se presentan continuidades o permanencias que se mantuvieron hasta la llegada del plan y otras que son visibles hasta la actualidad, estas últimas se citan en pie de página para comentar y reforzar los argumentos sobre las permanencias en el espacio público que son posteriores a 1950.

Los cortes temporales han sido determinados por la autora en relación con algunos hechos de la historia general del Ecuador como cambios políticos, crisis social, desastres naturales, introducción de tecnología urbana, aumento o disminución de la población, que aportan a identificar momentos de

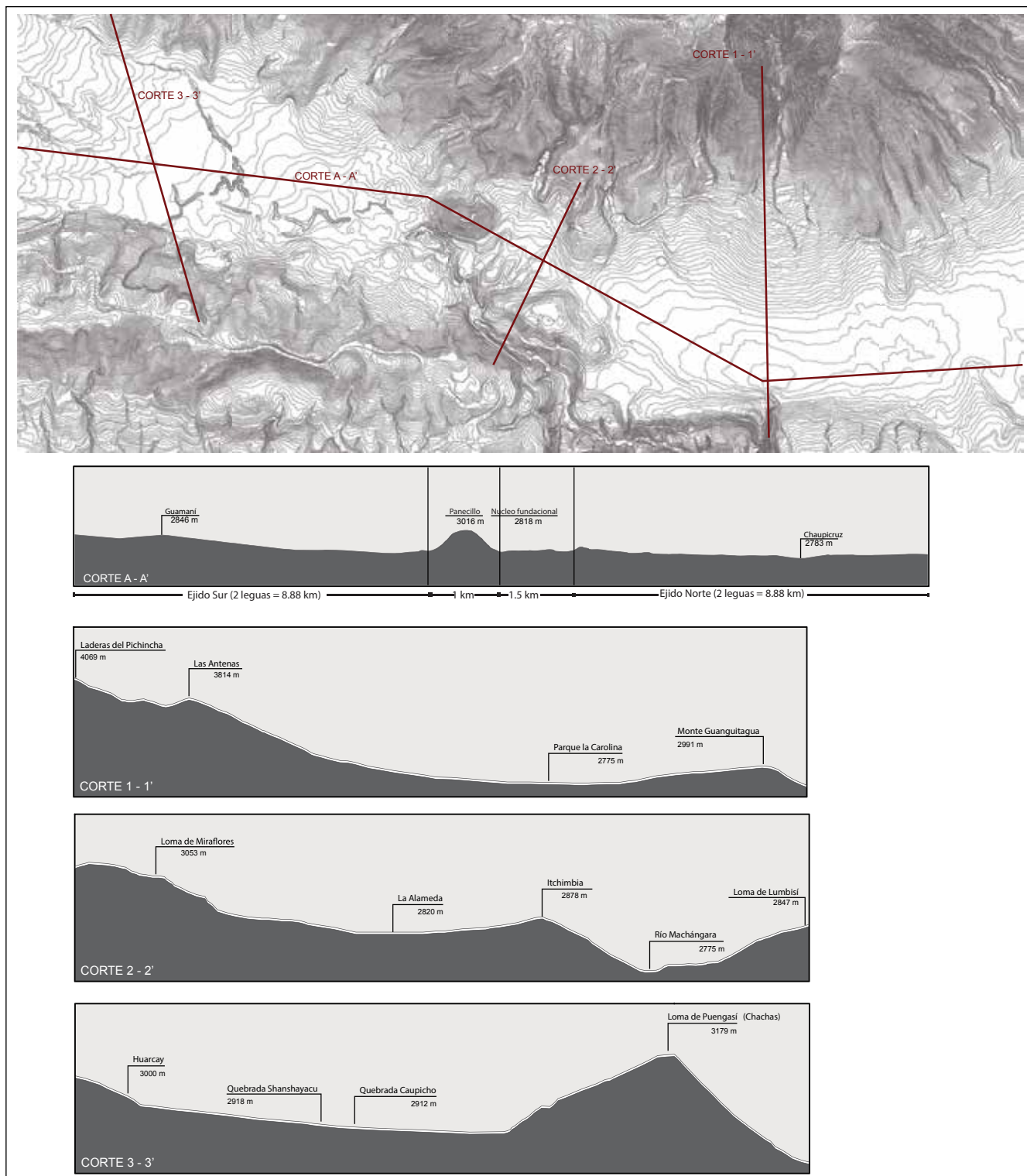


Gráfico 2. El área de estudio del espacio fundacional en la meseta de Quito
Base cartográfica: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 1989

turbulencia social, económica o política; de otra parte, se citan las condiciones políticas emitidas desde fuera de la región y que inciden en la economía y la estabilidad social, desastres naturales ocurridos fuera de Quito cuyo impacto llegó a esta ciudad o migraciones externas.

En la línea del tiempo, los cortes temporales así como temporalidades adyacentes que adelantan o retrasan una transformación física y de cambio de un espacio público tornan complejo el análisis porque anticipan un cambio social. Estas pueden ser interpretadas a la luz de intereses que están detrás de las acciones evidentes.

Los periodos de transición política no son lineales, tienen tiempos de violencia y tiempos de receso, se adelantan con acciones puntuales que parecen aisladas y décadas más tarde toman fuerza, sobre todo en el siglo XIX; las transformaciones físicas en el espacio público pueden ser visibles en unos casos solo cuando el orden político se ha establecido.

Hipótesis

La revisión de fuentes y las investigaciones relacionadas con la historia de la arquitectura y la ciudad de Quito, permiten plantear una hipótesis general a ser demostrada.

La revisión de la literatura acerca del proceso urbano de Quito sugiere la superposición de distintas lógicas en la disposición del espacio urbano -inicialmente tres «Quitos» diferentes- de los cuales quedan algunas huellas legibles en el tiempo y el espacio urbano lo que posibilita, a través de diferentes fuentes, interpretar y caracterizar los componentes físicos de cada ciudad y los modos de hacer y usar los espacios de significación colectiva.

La tesis analiza tres “Quitos” diferentes en tres momentos de transición social y política del territorio; estos son momentos en que emerge lo nuevo, a veces con acciones puntuales y aparentemente aisladas y siempre en conflicto con el orden establecido. Los momentos de transición política se tejen con tres aspectos que son constantes en la historia: el territorio y el paisaje; la memoria

de las preexistencias culturales; y la singularidad de lo equinoccial; la pregunta es cómo se expresan en las plazas y las calles y en qué momento se convirtieron en los referentes de la vida pública de la ciudad; cómo conviven con la innovación; ¿es capaz el espacio público de expresar la historia de la ciudad a través de plazas, parques y calles?

Las preguntas son desarrolladas en el estudio reconociendo que no todas las plazas y calles son espacios públicos y espacios ciudadanos; estos últimos corresponden a un conjunto específico, es decir, aquellos cuya significación colectiva permanece con el tiempo. La tesis profundizará únicamente en los que tienen la condición de espacios públicos y espacios ciudadanos.

La tesis propone la identificación de los atributos que caracterizan al espacio público y al espacio ciudadano de Quito; qué espacios mantienen el reconocimiento ciudadano en el largo plazo pese a las transformaciones que produjeron cambios físicos, de uso y significación en los espacios públicos; cuáles son las huellas existentes en la ciudad misma o en documentación escrita que permiten interpretar la calidad del espacio público. El estudio reflexiona e interpreta, en la perspectiva de una historia comparada las diferencias y similitudes que están presentes en cada tipo de ciudad, que como parte de la misma moneda cambia la forma física pero conserva una identidad propia que es visible en los espacios de reconocimiento colectivo, los espacios ciudadanos y en aquellos que las huellas del “espacio del nosotros” está presente.

Fuentes para el estudio del espacio urbano de Quito

El estudio recurre a una serie de fuentes y textos descriptivos de los espacios públicos que registran hechos relevantes de la historia de la ciudad, cuando se cuenta con más de un texto se procura confrontar las visiones sobre el espacio público en una misma temporalidad. La selección de la información ha priorizado el contenido espacial, es decir la descripción de lugares, memorias, recorridos de algunos viajeros, relatos, información cartográfica y fotográfica que contribuye al análisis del espacio público. A partir del siglo XVIII se cuenta con un

material más amplio para analizar e interpretar el territorio de Quito. La interpretación procura en lo posible analizar bajo la óptica del espejo y del prisma propuesta por Jorge Luis Borges (Borges, 2014) en un texto corto, “Manifiesto Ultra” escrito en 1921. La “estética pasiva de los espejos y la estética activa de los prismas”, como el mismo señala, este método permite ampliar la mirada sobre un tema. Según el autor:

Guiado por la primera, el arte se transforma en una copia de la objetividad del medio ambiente o de la historia psíquica del individuo. Guiado por la segunda, el arte se redime, hace del mundo su instrumento, y forja –más allá de las cárceles espaciales y temporales- su visión personal (Borges, 2014, pág. 1).

El manifiesto sugiere, por una parte, el análisis de lo que el texto expresa con el fin de visualizar una realidad; este es el caso más frecuente en las fuentes consultadas: textos provenientes de la historia oficial, documentos técnicos o científicos que en cierto modo vienen a ser el contexto de una época. La otra visión sugiere imaginar una época, reconocer a otros actores involucrados en el mismo hecho, intereses, interpretaciones desde otros enfoques. El caso del “Quito insurgente” en donde en medio de la turbulencia de la guerra y el ritmo acelerado de los diferentes sucesos aparecen otros actores sociales que no son visibles en la descripción misma sino a través de una lectura entre líneas o mediante la confrontación con otras fuentes relacionadas con el mismo hecho histórico.

El caso de la función que el parque de La Alameda tuvo en los inicios del siglo XX a través de la fotografía revela lo que los textos no dicen: la moda francesa de la gente, las señoras acompañadas por sus sirvientes, mujeres vestidas “a la francesa”, la custodia del interior del parque por parte de la policía, las rejas, entre otros detalles permiten imaginar que alguien que esté fuera de ese modo de vida se autoexcluye. Por el contrario, cuando se liberan las rejas se observa gente común en el parque curioseando las fotografías, el fotógrafo vestido de modo elegante y el jardín como fondo. Estas son imágenes de la transformación: de un parque delimitado por rejas y de uso controlado, a un parque abierto a todo público en donde la novedad de la fotografía, la astronomía y el jardín

botánico entre otras atracciones lo transformaron en espacio ciudadano.

Tanto en los textos como en la imagen se examina lo que se quiere informar, la sensibilidad y el “ojo del artista” para capturar momentos y compartir mensajes visuales. El material fotográfico proviene de fondos públicos y privados: Ministerio de Cultura, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, archivo personal de Christoph Hirtz y de su padre Götfried Hirtz, ambos alemanes; otra fuente es el archivo de Rolf Blomberg, fotógrafo sueco que captó imágenes de Quito en la década de 1960. Finalmente el Museo del Banco de la República de Bogotá permitió el uso de una obra de arte en la que se representa la plaza mayor de Quito en lunes santo en el siglo XIX.

Los documentos seleccionados, provenientes de bibliotecas de Quito y Bogotá, a más de la biblioteca personal de la autora, permiten priorizar la información de tipo espacial procedente de diferentes disciplinas, en particular la etnohistoria, la historia, la geografía, la arqueología y la literatura. Las fuentes relacionadas con el territorio y el espacio público de Quito podrían ser agrupados en dos tipos: un grupo de documentos teóricos y otro de carácter histórico, cartográfico y fotográfico. La documentación ha sido dispuesta según las tres escalas de análisis territorial: el territorio de la Audiencia de Quito y el actual Ecuador; la meseta de Quito y el espacio fundacional; el espacio público, el espacio ciudadano y el espacio del nosotros.

En el primer grupo de documentos teóricos aportan a la comprensión de la relación entre el territorio, la topografía, el paisaje y la ciudad construida, entre éstos se encuentra el texto de Milton Santos “La naturaleza del espacio” en el que matiza la visión de la geografía como ciencia exacta con un enfoque cultural; concibe el espacio como un “conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones” con varias categorías analíticas internas: “el paisaje, la configuración territorial, la división territorial del trabajo, el espacio producido o productivo, las rugosidades y las formas-contenido” (Santos, 2000, pág. 19).

Otro autor, apoyado en filósofos como E. Husserl y M. Heidegger, y arquitectos que han desarrollado reflexiones sobre la teoría de la arquitectura como

Sigfried Giedion, Alvar Aalto, Louis Kahn, Kevin Lynch, Le Corbusier entre otros, examina la relación entre paisaje y arquitectura; se trata del texto de Christian Norberg-Schulz: *L'Art du Lieu*. El autor hace una mediación entre la historia urbana y la reflexión sobre la ciudad y el "lugar" para dar una explicación analítica del sentido del "habitar" en el espacio y el territorio, la relación entre el paisaje y la arquitectura en diferentes épocas con ejemplos de Europa y Estados Unidos.

De Norberg-Schulz interesa un principio que es universal y próximo al concepto de espacio planteado por Santos al señalar: "nuestra vida cotidiana se desarrolla en un mundo de cosas y eventos". Esta cotidianidad tiene como condición permanente la existencia de un espacio, tiempo y lugar precisos en donde la presencia del ser humano produce una serie de experiencias, de manera consciente o no; a esta cotidianidad la denomina "el mundo de la vida" en donde la experiencia en el espacio "tiene lugar". El uso del término "lugar" comprende las acciones, significados y condiciones físicas que son acordes con los usos y costumbres de una época. El mundo de la vida incorpora también al medio natural y son complementarios (Norberg Schulz, Christian, 1997, págs. 28-31).

Otro texto de utilidad, basado en la experiencia en los Andes peruanos llevó al filósofo Joseph Estermann a elaborar el libro "Filosofía Andina" en el que encuentra que la geografía determina la experiencia cotidiana de los habitantes de los Andes quienes tienen un modo de ser colectivo que les ha permitido sobrevivir hasta el presente mediante una concepción del mundo en donde todo se relaciona con todo, el ser humano es parte de la naturaleza y por lo tanto el "pedir permiso al cerro" es uno de los ritos de reconocimiento y respeto al medio natural. En este sentido el medio natural no es complementario como señala Schulz sino que está fuertemente relacionada con el ser humano y forma parte del ser andino en Estermann. El estudio abordará ambas concepciones en temporalidades distintas ya que en el siglo XIX las ideas de la Ilustración difieren del modo premoderno de comprender la vitalidad geológica y las lógicas de ser y estar en un lugar, e inciden en la manera de entender el espacio público y el entorno natural. Para Estermann el pensamiento andino cabe en la categoría de "Filosofía Andina", identifica, analiza y argumenta sobre los componentes y los atributos de este modo de ser de los andinos del siglo XX en

quienes encuentra la huella de aspectos ancestrales en la percepción del espacio, presente en el habla y en los atributos de la experiencia de vivir en este territorio singular.

El segundo grupo de textos están relacionados directamente con Quito y son de carácter histórico y proporcionan información empírica. La tesis incluye documentos cartográficos e imágenes seleccionadas para complementar el texto. Las imágenes muestran momentos de la cotidianidad y están seleccionadas en concordancia con la temporalidad del análisis. A diferencia de otras ciudades en las que la literatura permite imaginar los lugares mediante la descripción y la metáfora¹, la identidad de los lugares de Quito está sobre todo en la imagen, en la pintura o el dibujo, en la cartografía tridimensional, y en la fotografía. En la mayoría de imágenes el paisaje de montaña está presente como referente de la experiencia urbana del habitante de Quito.

Los textos seleccionados para identificar las particularidades de una geografía vertical y compleja en que el habitante de Quito se acomoda para conformar su territorio en las coordenadas horizontales, de una superficie rugosa las transformaciones del espacio físico y su significado, las preexistencias culturales que afloran en circunstancias inesperadas se citan desde diferentes disciplinas cuyos resultados son visibles en el espacio geográfico. Las obras y autores consultados han sido:

En lo relacionado con el uso del territorio y la distribución de las sociedades prehispánicas en la meseta de Quito el libro de Frank Salomon "Los señores étnicos de Quito en época de los incas" es indispensable ya que pone en contexto la presencia de éstos en el territorio de Quito, sus relaciones y el territorio ocupado a partir de fuentes documentales de archivos ecuatorianos; por otra parte, el análisis del impacto incaico en la estructura social y política de los señores étnicos identifica particularidades de los señoríos que en los documentos coloniales a menudo no se hacen diferencias. El texto de Salomon ha sido de utilidad para comprender la disposición del espacio prehispánico y el establecimiento del espacio fundacional colonial, sus lógicas y procesos de apropiación y negociación del territorio.

¹ Me refiero al texto "La grilla y el parque" de Adrián Gorelic en que las citas de Jorge Luis Borges aportan a la identidad de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XX.

Los resultados de los informes arqueológicos realizados por el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural y del Banco Central del Ecuador, casi todos inéditos y que fueron consultados para un estudio previo a esta tesis sobre el Quito prehispánico, fueron analizados y publicados en “Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito” de Inés Del Pino y Luis Marín De Terán y en esta tesis retomados para avanzar con una nueva aproximación al modo prehispánico de ocupación y manejo del territorio en el actual Ecuador, así como una nueva reflexión sobre los testimonios de cronistas españoles e indígenas: Pedro Cieza de León, Felipe Guamán Poma de Ayala, Garcilaso De la Vega, sobre la idea del emperador inca Tupac Yupanqui de construir “otro Cuzco” en el territorio de Quito. Esta idea ha dado lugar a varias interpretaciones por parte de estudiosos de temas andinos²; la interpretación que se realiza en esta tesis se aleja de las propuestas conocidas, retoma y profundiza el análisis del estudio personal previo con el fin de aportar nuevas reflexiones alrededor de las circunstancias espaciales y de configuración del territorio de Quito que interesaron tanto a los incas como a los conquistadores españoles.

En la búsqueda de huellas materiales en la meseta de Quito el estudio de John Hyslop sobre los caminos incas en los Andes peruanos y del Sur del actual Ecuador, aunque no abarca el Norte del actual Ecuador fue de utilidad para comprender los sistemas constructivos, las cotas y pendientes de la vía, los edificios que albergaron a los viajeros en una jornada de camino.

El estudio “Reflexiones sobre el Ecuador Prehispánico y la ciudad inca de Quito” propone que el patrón de asentamiento prehispánico fue disperso y plantea una hipótesis sobre el estado de ocupación inca de la meseta de Quito. Este documento no tuvo conocimiento del texto de Martín Minchom “El pueblo de Quito”; sin embargo, son complementarios en cuanto el segundo confirma en términos espaciales la hipótesis gráfica del Quito inca lo que permite avanzar con la tesis de una posible negociación del territorio de Quito con militares incas antes de la fundación española. Vale decir que las claves para identificar el proceso de negociación entre españoles e indígenas están en un párrafo corto del texto “Crónica del Perú” de Pedro Cieza de León que da a entender la importancia de

Quito en el periodo prehispánico.

En la segunda parte de la tesis se aborda el espacio público colonial para lo cual los textos de Pedro Cieza de León: “Descubrimiento y conquista del Perú” y la “Crónica del Perú” son de utilidad por ser los primeros que hablan de Quito y de lo que los conquistadores españoles encontraron en este espacio; el relato tiene elementos de la cosmovisión americana que han sido tomados en cuenta para justificar de qué manera una guerra casi ganada se diluyó sin mayor explicación; en este sentido la referencia de la erupción del Cotopaxi en relación con la cosmovisión del hombre como parte de la naturaleza, cuyo atributo principal fue el de una naturaleza animada, permite identificar otras explicaciones del hecho histórico en el territorio. Cieza fue también el primero que describió el ejido de Añaquito antes que la ciudad misma, y el que permite interpretar la fundación de Quito, más allá de los documentos jurídicos, como un acto de negociación política del espacio fundacional en un territorio en disputa, un espacio de alta significación simbólica, pretendido por todos para fundar allí un centro de poder. En este sentido, las fuentes aportan a la configuración de la ciudad colonial en sus orígenes y desde circunstancias locales.

La fundación española de Quito no es la excepción en el contexto regional de fundaciones en Latinoamérica y por eso fue necesaria una visión desde fuera mediante el texto de Jaime Salcedo: “Urbanismo hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII”. El autor analiza y sistematiza en el capítulo dos los trazados de ciudades americanas del siglo XVI en las que del lado español propone que la fundación de cada ciudad americana significó la creación de una nueva “España cristiana”, un acto físico con alto contenido simbólico; otro punto de interés de su análisis es el de la traza de Quito como referente para otras ciudades de la región, ubicadas en la actualidad en territorio ecuatoriano y del Sur de Colombia. El análisis de Jaime Salcedo ha sido importante para contrastar con los estudios de Pedro Cieza de León, los estudios de Salomón y Minchom, y concluir que en la fundación de Quito las preexistencias culturales incidieron en la distribución espacial del núcleo fundacional.

Las Actas del Cabildo de Quito entre 1534 y 1537 dan cuenta de las preocupaciones de la ciudad, las normativas para el uso de la calle, el tiánguez, los bohíos de los indios, la concesión de tierras para la

² Autores que interpretan la idea el “otro Cuzco en Quito” son: Hugo Burgos, Juan Fernando Pérez, Manuel Espinosa y Alfredo Lozano.

construcción de iglesias de las órdenes religiosas llegadas con la fundación. En diálogo con las Actas, el texto “Relaciones Geográficas de la Audiencia de Quito. Siglo XVI – XIX” transcritos con algunos comentarios realizados por la compiladora Pilar Ponce en 1992 fueron de interés pues contienen los informes de los visitadores enviados por el Rey de España al finalizar el siglo XVI cuando la ciudad ya se había establecido. Esta información, junto con la de las actas permite interpretar cómo creció la ciudad en sus primeros años y cómo se conformaron las principales plazas.

Un aspecto importante de las Relaciones Geográficas fue el croquis de Quito de 1572 adjunto al documento escrito para visualizar un primer trazo de Quito, la relación con la montaña, los caminos antiguos, las quebradas y en ese espacio las plazas fundacionales. En esta temporalidad inicial de la fundación española cabe citar el texto de Bernardo De Vargas Machuca: “Milicia indiana” que permitió conocer esa otra mirada, la del soldado y sus convicciones sobre la manera de ser del indio, cómo “hacer las paces”, cómo construir al enemigo.

Las descripciones coloniales de lugares se vuelven abstractas al no estar referidas al territorio; esto sucede con los ejidos coloniales que no aparecen en la cartografía sino hasta 1932 en que se publica una serie de planchetas de las que se seleccionaron catorce referidas a Quito. Este material fue unido mediante herramientas informáticas para conformar un mosaico de la meseta de Quito y poner en términos contemporáneos de escala y territorio las descripciones de los visitadores coloniales que carecían de cartografía. Este plano también fue importante para entender la dimensión de los ejidos, la localización de algunas haciendas del siglo XIX que permanecieron hasta 1932 en la toponimia. Este plano en comparación con el plano topográfico de 1989 permite examinar cómo cambia la toponimia de la meseta y el significado del territorio en lengua quichua, identificar términos de otras lenguas que de alguna manera denominaron al territorio y se hacen presentes sin significado en sectores o barrios de la ciudad, confirmar las dimensiones de los ejidos estimadas “a ojo” por los visitadores, así como la condición agrícola de los terrenos, la presencia de la laguna del Norte y la zona pantanosa del Sur. Es decir el material necesario para generar los dos primeros capítulos de

esta tesis referidos al reconocimiento del territorio y la disposición del espacio público.

Para contextualizar la tercera parte del estudio y el tercer corte temporal de la tesis, el diario del científico francés Charles Marie de La Condamine: “Diario del viaje al Ecuador” publicado en 1750 describe el trabajo de campo y la comprobación de teorías científicas como la de Newton con relación a la forma de la tierra que en ese entonces había levantado discusiones en la Academia de Ciencias de París. Su viaje e investigación fue realizada entre 1736 y 1745 con la colaboración de familias importantes de Quito y los jesuitas quienes apoyaron con la logística para llevar a cabo sus estudios; esta ciudad se convirtió como él mismo señala en el centro de operaciones y laboratorio de trabajo. Su visión del país, los problemas con sus compañeros de misión, su visión acerca de los quiteños y la admiración por la geografía de Quito es el sustento para la comprensión del territorio.

El aporte de Charles Marie de La Condamine es una visión diferente del territorio, una visión razonada, ilustrada, cuantitativa y compleja que se infiltra en el lenguaje de las personas cultas. No obstante su mentalidad ilustrada, la descripción de la sorpresa que experimenta al ver la geografía de Quito desde el volcán Pichincha da cuenta de la faceta humana y de su sensibilidad hacia la geografía.

La transcripción del libro de “Remate de los ejidos de Quito” entre 1797 y 1822 que reposa en el Archivo Municipal fue importante para comprender el uso de los ejidos y la modalidad de arriendo de los mismos. Por otra parte la cartografía de 1932 permitió encontrar las huellas de antiguas haciendas que en ese año se encontraban divididas, los topónimos ayudaron a localizar asentamientos indígenas, quebradas que fueron los hitos naturales para orientar y delimitar estancias coloniales, y huellas de presencia humana anterior a la llegada de los conquistadores españoles.

Este documento es preciso para contextualizar una serie de transformaciones urbanas que inician en el siglo XVIII y concluyen en el siglo XX en una serie de pequeñas transformaciones con retrocesos y avances, efectuadas de manera puntual o como política general aplicada en el territorio de Quito.

Del siglo XIX se tomaron las descripciones de algunos extranjeros sobre Quito, sus recorridos y apreciaciones sobre la ciudad en transformación por varias circunstancias como las guerras de la independencia, los terremotos, la pobreza de la ciudad y la manera de ser de la gente común entre los que se puede destacar: Mario Cicala (1718-1787), Joaquín De Avendaño (1812-1886), Friedrich Hassaurek (1831-1885). En el siglo XIX y los primeros años del XX se contó con pinturas y fotografías de Quito, entre las pinturas seleccionadas están las acuarelas de Joaquín Pinto (1842-1906), y entre las fotografías las de Camile Farrand quien estuvo en Ecuador entre 1862 y 1879 aproximadamente, entre otras del archivo fotográfico del Ministerio de Cultura y del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC).

En el siglo XX fueron de utilidad los artículos de prensa editados por el Fondo de Salvamento de Quito (FONSAL) escritos por Luciano Andrade Marín en “La lagartija que abrió la calle Mejía”, este libro proporciona una serie de datos sobre la cotidianidad de Quito para analizar el parque de La Alameda y los ejidos transformados en espacios públicos de la ciudad. Andrade Marín documenta el Quito en diferentes facetas que tienen relación estrecha con lo urbano, con la toponimia local y las tradiciones. El autor recurre a fuentes documentales de archivo y su experiencia propia en la primera mitad del siglo XX.

En el desarrollo de los tres Quitos: Quito telúrico, Quito equinoccial y Quito insurgente se contó con dos documentos de archivo: el primero es el expediente que acompaña al plano de Quito de 1734, elaborado por Dionisio Alcedo y Herrera que reposa en el Archivo General de Indias de Sevilla y proporcionado por el historiador Ángel Justo Estebaranz y el segundo es un documento encontrado en la Biblioteca Nacional de Colombia en Bogotá, clasificado entre los “documentos raros y curiosos”, consultado previamente por Martín Minchom, y contiene la declaración de un mestizo sobre la “guerra de Quito de 1765.

El primer documento fue de utilidad para mostrar que la ciudad colonial convivió con la quebrada y el puente durante este periodo y que la presencia de la quebrada con los flujos de agua formaron parte del espacio público de Quito hasta que las políticas

de higiene del siglo XIX y XX dieron prioridad al relleno de las mismas como lo testimonian algunas fotografías.

El segundo documento contiene la segunda parte de la “Declaración de un mestizo”, de autor anónimo; la declaración carece de las primeras páginas referidas al incendio del edificio de la aduana; el nombre del mestizo debe constar con seguridad en la primera parte que no existe. En 11 páginas de declaración el informante da cuenta de detalles que permiten comprender los reclamos desde el punto de vista de los barrios, los motivos de la guerra y actores sociales que están detrás de los mestizos incitando la rebelión. Este texto es confrontado con el del jesuita Bernardo Recio quien escribió “Compendiosa relación de la cristiandad de Quito”, entre las razones para la elección de este documento está el que ha sido poco citado. Recio fue testigo presencial, y como jesuita tuvo una participación directa en la negociación con los barrios sublevados. Es un texto que revela la posición de la iglesia y de la corona española; la manera en que Recio escribe y desarrolla el relato, poniendo en primera persona su experiencia, sus miedos y los mecanismos para sensibilizar y despertar la compasión de los rebeldes mestizos pone sobre el tapete una visión y posición del mediador de la guerra.

La serie de planos de Quito levantados en 1748, 1750, 1875, 1888, 1903, 1914, 1922, 1932 y 1947 han permitido realizar comparaciones sobre las transformaciones físicas del espacio público de Quito y reconocer aquellos de mayor trascendencia. Los planos de 1734, 1810 y 1903 tienen interés; porque interpretan la ciudad en tres dimensiones; el de 1734 destaca lugares y el paisaje de Quito, las quebradas abiertas y los puentes que permitieron unir sectores de la ciudad; el de 1810 copia la base cartográfica del plano de 1748 para actualizar y complementar la información de éste con el dibujo de personajes de la ciudad cuya presencia sugiere el vínculo estrecho de la ciudad con lo rural. El plano de 1903 es cuidadoso en representar algunas obras que en ese año estaban en construcción y otras concluidas.

La lectura de los planos contó con el apoyo teórico del texto de John Brian Harley: “La nueva naturaleza de los mapas”, obra que analiza el mensaje del mapa como una herramienta de poder. En este sentido el plano de 1875 es un ejemplo

claro de propaganda política desde el momento que grafica la transformación de la ciudad a partir del dibujo de las obras de arquitectura pública durante la presidencia de Gabriel García Moreno; en tanto que el plano de 1734 es un dibujo realizado para la comprensión del rey de España, como complemento a un expediente escrito por Dionisio Alcedo y Herrera, quien esperaba el reconocimiento de su gestión administrativa y política en la presidencia de la Audiencia de Quito.

La selección de fuentes para explicar los cortes temporales tiene algunas dificultades, una de ellas es que la información no es homogénea, no toda fuente tiene información de tipo espacial que permita reconocer lugares, direcciones, colindancias sobre el tema tratado; otra es la ausencia de planos, sobre todo entre el siglo XVI y XVII por esta razón el croquis anexo a la Relación Anónima de Quito de 1573, más allá de los errores identificados por historiadores y salvando esta deficiencia, ha sido el principal documento gráfico para entender el espacio fundacional. Los planos históricos representan el Norte al lado izquierdo de la lámina, en tanto que los dibujos de la hoya del río Guayabamba y el plano de 1932 tienen el Norte hacia la parte superior del dibujo.

Metodología aplicada

La tesis sobre el espacio urbano en la historia de Quito hace uso de una metodología de análisis sobre todo cualitativa y de interpretación a través de textos e imágenes que se complementan en la narrativa del tema y el análisis a lo largo del estudio. El análisis cualitativo del territorio y el espacio urbano tiene como soporte a los textos provenientes de la historia y descripciones; cartografía; material gráfico y las huellas en la ciudad misma de las que se extrae la información sobre el territorio y el espacio urbano de Quito.

La tesis aborda dos temas desde la óptica de la historia urbana: la comprensión del territorio cuya presencia condiciona la traza y la configuración de la ciudad. Dentro de la ciudad se aborda el segundo tema que es el estudio del espacio público y el espacio ciudadano en tres temporalidades previamente definidas.

La comprensión del territorio tiene dos escalas: la primera está relacionada con la unidad geográfica que es la hoya del río Guayllabamba con los hitos

naturales que la conforman, y la segunda, que corresponde a una parte de la hoya que es la meseta de Quito en donde se profundiza su estructura, relación con los hitos naturales, las preexistencias culturales y los caminos que comunican y consolidan un paisaje de puntos y líneas, de tierra, agua y fuego; cimas y hondonadas.

La tesis se centra en el espacio de la meseta que tiene aproximadamente 75 km² en donde se analiza e interpreta, a partir de textos teóricos, documentos históricos, fotografías y cartografía, el espacio determinado como territorio de la fundación española de 1534, conformada por dos ejidos y un núcleo fundacional; en los ejidos se examina su formación y uso en tiempo prehispánico y colonial, las huellas de los caminos y las zonas lacustres, la relación con el volcán Pichincha. En el núcleo fundacional se examinan los mismos aspectos dentro del primer corte temporal y además la configuración del espacio urbano colonial, la configuración del espacio público conformado por las plazas, que en el caso de Quito son tres, y las calles que se unen a los caminos preexistentes. Estos caminos son las cuerdas principales a los que se adhieren las calles para formar la cuadrícula.

La investigación alterna entre la escala del territorio que es la hoya del río Guayllabamba, afín con el sistema de asentamientos prehispánicos y el volcán Pichincha que es el monte tutelar de la meseta en la que se disponen de manera simétrica los dos ejidos, uno al Norte y otro al Sur con espacios lagunares, y en el centro el espacio fundacional rodeado por tres colinas. Este espacio tiene alrededor de 18 kilómetros de longitud y un promedio de tres de ancho, un área menor a la de la meseta, en donde se destaca el monte Panecillo que divide en dos al espacio construido.

El análisis del espacio público y el espacio ciudadano en la ciudad asentada en la meseta de Quito tiene tres cortes temporales: el primero referido a los asentamientos prehispánicos en la meseta de Quito y el interés por los incas en establecer en Quito “otro Cuzco” en el primer tercio del siglo XVI, el segundo corte corresponde al establecimiento de la ciudad colonial hacia el final del siglo XVI en que se han trazado las calles y tres plazas principales manteniendo la estructura espacial precedente; el tercer corte se produce desde el siglo XVIII hasta el siglo XIX con las guerras de independencia y la creación de la República del Ecuador. Las transformaciones de este corte se producen por

etapas y resultados son visibles en la primera mitad del siglo XX.

La tesis cuenta con documentos de apoyo teórico y otros de tipo histórico, cartográfico, fotográfico y pinturas que representan la ciudad de Quito en diferentes momentos y aportan a la construcción de los tres “Quitos”. Entre las fuentes teóricas están los textos de Christian Norberg-Schulz y Milton Santos quienes exploran el sentido y significación del territorio como espacio de vida desde diferentes ópticas. Estas fuentes son confrontadas con la visión de Joseph Estermann y Anibal Quijano quienes argumentan que en la cosmovisión del habitante de los Andes éste forma parte de la naturaleza, esta relación estrecha entre el medio natural y las sociedades andinas se expresa en una actitud de respeto y reciprocidad hacia el medio natural y se visibiliza en las huellas el tratamiento respetuoso del paisaje prehispánico. Como se señaló en las fuentes de estudio, se ha procurado examinar los documentos desde la óptica del espejo y el prisma propuesto por Jorge Luis Borges hasta donde ha sido posible.

Los documentos de tipo histórico, cartográfico y de imágenes utilizados en la elaboración de la tesis proporcionan información empírica sobre la historia de Quito y la ocupación del territorio. Estos documentos son analizados y confrontados con otros textos de manera específica, señalando las limitaciones que se producen en algunos casos.

Entre las fuentes citadas para comprender el espacio prehispánico se encuentran los informes de exploraciones arqueológicas y etnohistóricas de Quito que permiten afirmar que este territorio tiene la categoría de “lugar”, es decir una totalidad que corresponde al “espacio del nosotros”. En la descripción específica del espacio público se procura identificar la manera en que las preexistencias culturales aparecen en dicho espacio.

Las fuentes para comprender el orden urbano colonial cuenta con las descripciones de la ciudad ya establecida al finalizar el siglo XVI: las actas del Cabildo, el expedientillo de tierras, las Relaciones Geográficas de Indias que juntas contribuyen a la visión del espacio fundacional, la traza y el espacio público colonial. Las fuentes locales son complementadas con la visión regional de Jaime Salcedo sobre los tipos de trazados que se efectuaron en el siglo XVI y la importancia de la traza quiteña

en este contexto a partir de su libro “Urbanismo hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII”.

John Brian Harley fue una fuente necesaria para el análisis de la cartografía histórica y del proceso de “deconstrucción del mapa” un método para reconocer en la cartografía elementos que identifican las intenciones del orden político, de poder y tecnológicas que están detrás de la gráfica. Quito tiene una serie cartográfica interesante desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX y un croquis de 1573 que aunque adolece de algunas imprecisiones es importante como representación de los espacios públicos de la ciudad de Quito y su relación con el entorno natural en una temporalidad muy temprana. La cartografía histórica tiene levantamientos efectuados por científicos a partir del siglo XVIII y dibujos que usan la base cartográfica como referencia para representar en dos o en tres dimensiones el ambiente social, la imagen física de la ciudad según los intereses de sus autores.

En el análisis de la ciudad colonial aparece el espacio público, concepto que tiene una connotación amplia, a veces ambigua y cambiante en el tiempo. Para precisar el tipo de espacio estudiado se ha centrado la atención en los espacios abiertos de acceso para toda la población o para una parte significativa de ella. De estos espacios se ha circunscrito el examen a aquellos que en el tiempo han acumulado reconocimiento colectivo y mantienen vitalidad lo que los convierte en espacios ciudadanos.

El análisis de las transformaciones urbanas del siglo XVIII al siglo XX es compleja, en unos casos se tienen vacíos en la historia del siglo XIX, en otros casos las transformaciones son puntuales, aparentemente aisladas y no tienen continuidad pero son retomadas más tarde. Esta tesis identifica desde el enfoque espacial algunos indicadores de cambio del espacio público, en espacio ciudadano.

La mención recurrente a los aspectos del medio natural y su significación prehispánica forma parte de las permanencias culturales en temporalidades diferentes. Estos aspectos se repiten de manera cíclica para ser contextualizados como antecedentes pero al mismo tiempo como generadores de nuevos ambientes sociales y culturales para convertirse en hilos conductores que entretejen la tesis y explican las lógicas que sustentan las diferentes maneras de percibir el espacio público y el espacio ciudadano. En

este sentido el desarrollo de la tesis tiene forma espiral, va del pasado al presente pero en algún momento invierte el sentido del presente al pasado porque la historia no es lineal sino de ciclos que se repiten. Esta idea de *corsi e ricorsi* del filósofo Giambattista Vico (1668-1744) se acerca a la concepción de Joseph Estermann sobre la racionalidad de la cosmovisión andina.

Cortes temporales de la tesis

Para visualizar las transformaciones en el espacio público de Quito en los cortes temporales se propone el análisis de tres “Quitos diferentes” que no son los únicos y puede haber otros derivados de éstos o no, en la idea de examinar un mismo espacio en temporalidades diferentes, qué se transformó y qué permaneció, en qué medida las transformaciones físicas o de uso son indicadores de cambio social y cómo desde la espacialidad urbana estos indicadores cualitativos confirman el cambio social.

Los cortes temporales de referencia se sitúan con los cambios de paradigma o forma de entender el mundo, momentos de turbulencia social no solo en la escala de la ciudad de Quito sino de repercusión en el continente americano: el fin del periodo prehispánico, la conquista española o la Ilustración, estos cambios se originaron en el marco del contacto entre América y Europa, continentes que mantuvieron una relación estrecha desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XX, al menos en el caso ecuatoriano. Estos cortes temporales tienen como referencia los que establece la historia política de Ecuador. Las transformaciones espaciales se sitúan en tres cortes temporales identificados por la historia con evidencias en la ciudad; en ella se puede hacer la lectura de Quitos diferentes.

Los cortes temporales estudiados para esta tesis son tres que se insertan al inicio o al final de periodos de crisis social, política y económica y cambio de paradigma. El primer corte corresponde al periodo prehispánico que recoge los últimos 80 años anteriores a la llegada de los españoles o la meseta de Quito e incluye el periodo inca. En este periodo el territorio adquiere un valor simbólico singular asignado por los señoríos e identificado rápidamente por los incas, quienes con una larga experiencia en fundaciones en los Andes, anteponen un orden diferente en el territorio para crear un centro de

poder. Del periodo prehispánico emerge el concepto del “espacio del nosotros” y del “acomodo” del ser humano en una geografía vertical que estuvo primero y que condiciona la forma de circular, la orientación en ejes horizontales, referencias en hitos naturales y significados de las montañas. El legado prehispánico encuentra las huellas en temporalidades posteriores

El segundo corte tiene lugar en la colonia y en particular en el siglo XVI, asume algunas preexistencias culturales y espaciales anteriores que son visibles en el territorio pero tiene su propio orden, el del damero, con atributos de espacio urbano occidental. Este producto mixto o híbrido asume la lógica del andar por una topografía quebrada, subir y bajar como un modo cotidiano de estar en este lugar, en un sistema de coordenadas ortogonales que obligan al acomodo de la cuadrícula urbana en una topografía irregular mediante puentes. De este modo la villa recién fundada se convierte en un tercer producto de factura americana, encerrada entre tres colinas en la hondonada del espacio fundacional, con tres ingresos, dos hacia el Sur y uno hacia el Norte. Los espacios lacustres se convirtieron en espacios productivos, es decir en ejidos. Los significados ancestrales de los dioses se activaron ante la erupción y el terremoto.

El tercer corte temporal se localiza entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XX con hechos aislados que se producen antes y después de la transformación física, denominadas temporalidades adyacentes que forman parte del mismo proceso. Las transformaciones mayores se visualizan en el siglo XX y son el resultado de cambios paulatinos pero profundos que se acumulan y pasan a formar parte de una nueva forma de vida de sus habitantes. El principal factor del cambio fue la tecnología de la comunicación, la higiene y la máquina que influirán en la forma física de la ciudad, en la vida cotidiana del residente de Quito, quedando en segundo plano de los significados del lugar y la geografía.

Cada corte temporal delinea un Quito diferente que se observa en la cartografía y el espacio público, en las descripciones y en la fotografía que han sido los recursos con que ha contado el estudio. Cada Quito permite identificar grupos de espacios públicos que se conectan y funcionan como sistema, algunos mantienen su vitalidad en temporalidades o cortes

posteriores, este atributo permite definirlos como espacios ciudadanos.

Las conclusiones comprueban la hipótesis planteada sobre los atributos del territorio de Quito y las lógicas que mantienen la vitalidad de los espacios públicos que permanecen en el tiempo con características propias: espacios activos, pasivos; abiertos, cerrados; espacios privados que se convierten en espacios públicos de reconocimiento ciudadano; dualidades entre espacios públicos, uno destinado a la élite social o al poder y otros de tipo popular, separados físicamente; también se ha podido encontrar espacios públicos vinculados con el panorama, la noción de lo alto y lo bajo. Por último, se ha podido evaluar la relación entre las reformas del espacio natural y el comportamiento social, en particular con los rellenos de las quebradas.

La tesis relaciona y compara textos e imágenes para validar la información recopilada en un tipo de investigación que es explicativa y reflexiva sobre el espacio público y el espacio ciudadano en la historia de Quito. En este análisis salen a la luz aspectos de la cultura que podrían incentivar iniciativas que aporten al diseño de los espacios urbanos contemporáneos con enfoque social y valoración de la cultura local.

Algunos conceptos:

Contexto

En esta tesis el contexto hace referencia a la geografía y a un territorio de límites cambiantes en el tiempo que se consolidan con la fundación de la ciudad de Quito, en donde las preexistencias culturales se entretejen en el tiempo para caracterizar el “lugar” de Quito de manera particular.

Se toma el concepto de “lugar” propuesto por Christian Norberg-Schulz para designar las “totalidades” mayores y menores pertenecientes al paisaje o al interior de un edificio (Norberg Schulz, Christian, 1997, pág. 194). El lugar está compuesto por un suelo y un cielo que configuran una atmósfera que cambia en el tiempo y en donde se asienta lo que denomina “el mundo de la vida”, un mundo concreto en donde se desarrolla la vida cotidiana,

el mundo de las cosas en donde suceden eventos; el mundo de la vida no es estático, ni homogéneo, ni armónico; estar en él significa más que una orientación espacial o una identificación simple, todo “lugar” estará dotado de una organización espacial, una forma característica e imágenes que lo identifican (Norberg Schulz, Christian, 1997, pág. 53).

En el lugar de Quito la presencia del medio natural complejo, que está allí, inamovible, su disposición y preexistencia ha sido determinante al momento de “acomodar” los objetos de una sociedad que llega y encuentra en éste un espacio de vida; el acomodo se relaciona con el modo de entender el mundo vertical de lo alto y lo bajo de la geografía y del desplazamiento horizontal como parte del modo cotidiano de vida de esta ciudad. Los objetos del medio natural con los que la población se identifica no es consciente porque siempre están allí: el paisaje de montañas, las quebradas y la energía geológica; la posición de la ciudad junto a la línea equinoccial en donde el sol cae vertical, la duración del día es igual al de la noche y las estaciones no son marcadas.

El contexto varía en el tiempo según los intereses colectivos. La manera de ver y entender el mundo en una sociedad se evidencia en el espacio público de manera diferenciada según cada temporalidad. Detrás de esta mirada hay otras miradas, hay un discurso cuyo análisis e interpretación forman parte de la comprensión del espacio público y los espacios ciudadanos, que se analizan. En síntesis,

El contexto se refiere a las memorias, atmósferas intelectuales, difusas o contrastadas, dentro de las que se desarrolla y gravita un discurso historiográfico, éste corresponde a un entretejido de estas tendencias, pensamiento que va generando ese hálito que nos envuelve, que podemos llamar atmósferas intelectuales (Ramírez, 2015).

Circunstancias y condiciones

En los acontecimientos de la historia, el contexto puede cambiar cuando se ve alterado por “circunstancias” que son situaciones concretas, coyunturas de índole social, política o económica, o eventos naturales que irrumpen en un momento no esperado y trastornan la estabilidad del contexto y de las atmósferas intelectuales aparentemente estables,

algunas perturbaciones son de carácter colectivo y otras no; sin embargo, pueden ser indicadores del cambio, pueden aparecer como hechos aislados y luego como una situación concreta que se experimenta como realidad. En el estudio interesan las turbulencias que producen reacciones colectivas cuyo efecto es reconocible en el espacio público.

Las circunstancias están caracterizadas por un conjunto de señales o signos, aislados o relacionados, que aparecen en un tiempo específico y que influyen en el ambiente colectivo que motiva el cambio de época. Ante una circunstancia aparecen varios actores de manera directa o indirecta, y entre los actores sociales involucrados se plantean condiciones, requisitos o disposiciones para resolver, negociar o temperar la turbulencia provocada por las circunstancias que inducen a una transformación, a una época diferente y a una experiencia colectiva distinta.

Las condiciones dan a entender las tensiones e intereses que se tejen al interior de un problema, se sitúan alrededor de algún hecho para imponer una salida, beneficiosa o no para la mayoría, pero sin duda incidirá en una transformación futura.

Transformación

El concepto “transformación” que se utiliza en este texto se traduce como “tomar nueva forma”; tiene interés para comparar los cambios en un mismo espacio público en dos cortes temporales de la historia de Quito. La transformación implica nueva forma pero sin perder la esencia de los elementos que la caracterizan.

La investigación identifica en cada corte temporal las circunstancias que rodean la época, las condiciones o disposiciones que se establecen entre las partes y las transformaciones que produjeron cambios significativos en la materialidad del espacio público y en el significado que se construye en el tiempo como reconocimiento colectivo, la acumulación de historia es necesaria para identificar a un espacio público como espacio ciudadano.

La transformación del espacio físico de la ciudad se produce de dos maneras: cambios puntuales con obras de corta duración y transformaciones paulatinas de larga duración pero evidentes en momentos de

transición; ambas se producen de manera aleatoria, los cambios puntuales representan a veces la visión de futuro y la anticipación al cambio, en tanto que en las transformaciones lentas y de larga duración subyace una tradición que se renueva para mantener su vigencia en el tiempo. El tiempo comprendido entre el contexto inicial y la transformación es un ciclo que se denominará transición.

Interesa profundizar sobre las transformaciones mayores como efecto de unas circunstancias particulares que cuestionan lo establecido, son visibles y no siempre coinciden con las transiciones políticas. A menudo los desastres naturales dieron lugar a transformaciones violentas que aceleraron la renovación de la arquitectura y la ciudad, mientras que la suma de transformaciones en el paisaje se observan en el largo plazo, cuando éste cambió repentinamente y por la comparación con lo que fue.

En síntesis, las transformaciones son acciones que suceden en presencia de unas circunstancias que modifican el contexto o el relato lineal de la historia bajo unas condiciones que se establecen entre las partes involucradas, se producen en un tiempo y un espacio, y son reconocibles en la ciudad; sin embargo, cada generación tiene una manera diferente de relacionarse con un mismo espacio público mediante aspectos cualitativos: de la plaza de uso heterogéneo a la plaza especializada; de la plaza cotidiana al parque y al espacio patrimonial.

Una vez producida la transformación, el recuento de los hechos es más claro, permite identificar lo nuevo, lo que trasciende, lo que se abandona y lo que pasa a un segundo plano; esto permite una doble mirada, una de futuro y otra del pasado, y es un momento para evaluar cómo cambió la forma del espacio público, su significación, las intenciones del poder y las aspiraciones de la población. En este nuevo contexto se evidencian los aspectos del espacio público que la población defiende para mantener su vigencia en el tiempo por varias generaciones.

El espacio del nosotros o “Llajta Quito”

En las comunidades quichuas de la sierra ecuatoriana el territorio ocupado se traduce como la “llacta”

o “llajta” (llajtakuna en plural), término quichua con el que se traduce literalmente la “pertenencia a la tierra” pero tiene otros significados de orden cultural: tierra, territorio, lugar en donde se encuentran enterrados nuestros muertos, lugar de origen.

Los señoríos prehispánicos formaron llajtacuna³, independientes entre sí, cada una estuvo al mando de un cacique, junto a los espacios lagunares de Quito, una “llajta-Quito”, compartieron la tierra para el cultivo y la explotación de recursos naturales según acuerdos y una forma de gobernabilidad basada en el mando rotativo entre caciques, de este modo, al cabo de un ciclo todos habían ejercido el control sobre el uso del suelo comunitario, quizás esta modalidad fue un atenuante a las disputas por la tierra y sus recursos. No obstante, todos se unieron ante un enemigo común.

Entre otras razones, la traducción aproximada de “espacio comunitario” en su origen prehispánico no podría ser homologado con la noción de “espacio público” ya que este último nace de una concepción occidental, urbano e individual. En la concepción occidental el individuo es sujeto de derechos y obligaciones ante la ley, antes que la colectividad. Para Fernando Carrión el espacio público es urbano, tiene relación funcional e histórica con la ciudad, cambian y se transforman con el tiempo (Carrión, Espacio público: punto de partida para la alteridad, 2016, pág. 5).

El “espacio del nosotros” tiene una matriz antigua, profunda, en el que el compromiso colectivo y oral, es uno como totalidad. Vale mencionar que las comunidades indígenas de la sierra, la estribación costera y la amazonía todavía tienen tierras comunitarias y acuerdos colectivos sobre el territorio, un tema controvertido⁴. A manera de ejemplo, la comuna de Lumbisí de Quito tiene tierras comunitarias cuya tenencia se contrapone a

³ Al desconocer el término preinca para denominar al lugar y territorio, se utiliza el término quichua escrito como llajta o llajtacuna.

⁴ Entre los indígenas las decisiones son tomadas por la comunidad en reuniones ampliadas con sus miembros, participan hombres, mujeres, jóvenes y adultos mayores. Los niños aunque no participan están presentes, cuando es necesario se hace traducción para que todos conozcan lo tratado, los acuerdos no son inmediatos ni duraderos, cambian y se adaptan a nuevas circunstancias, las negociaciones pueden durar tiempos prolongados y al final se convierten en compromisos básicos por lo general verbales. En este caso la garantía de que el acuerdo se cumpla está en la colectividad que vigila.

la legislación sobre el suelo emitida por el Estado y el gobierno local, desarrollada a partir del individuo y no de la colectividad, es decir “del nosotros”, este aspecto debilita la conservación de un modo de vida basado en los bienes de todos, lo colectivo basado en la reciprocidad y la solidaridad, para dar paso a la individualidad.

Esta manera de ser y de actuar ha sido su fortaleza durante siglos, sobre esta noción Aníbal Quijano plantea que “la vieja comunidad andina fue privada, y funciona hasta hoy porque se respalda en la reciprocidad y la solidaridad, que son la base de la racionalidad andina distinta de la occidental” (Quijano, 1988, pág. 26).

La fundación de la ciudad española significó una negociación difícil y forzada sobre un territorio de mayor jerarquía para la fundación. La transformación del “espacio del nosotros” en espacio urbano, “espacio de los otros” significó ceder una parte del “espacio del nosotros” para los “otros” en un juego de espejos que da lugar a diferentes interpretaciones en donde la pregunta sería quiénes son los “nosotros” y quienes son los “otros”; en este sentido el espacio del nosotros pasa a ser un espacio de pertenencia colectiva, el espacio de todos en donde en circunstancias específicas emerge el sentido original pero en temporalidades diferentes.

El “espacio del nosotros” pasa a un segundo plano con la fundación de la ciudad y la ocupación de los ejidos; sin embargo, emerge como expresión social colectiva en momentos de crisis social en el espacio público de mayor relevancia que es la plaza mayor, con signos de solidaridad y de reciprocidad visibles en la protesta pública o el terremoto, en esta faceta Estermann⁵ identificó a la solidaridad y la reciprocidad atributos de una racionalidad andina. Quijano denomina a este tipo de relación “privado-social” para diferenciarlo del “privado egoísta” que predomina en la sociedad capitalista.

Para que el “espacio del nosotros” sea una categoría que designa a una totalidad reconocible como “lugar”, debe ser, como toda categoría, jerárquico, de significación colectiva y de contenido histórico.

⁵ Aníbal Quijano publicó “Modernidad, identidad y utopía en América Latina” en 1988 mientras que Josef Estermann publicó el libro “Filosofía Andina” en 1998.

Los espacios del nosotros ratifican su condición jerárquica cuando un cambio repentino, como su desaparición genera la acción colectiva y rompe una estructura social diferenciada, es también el refugio en caso de no tener uno propio, en este caso el acomodo en la estructura existente determina el sitio que la colectividad determina para el recién llegado, la pérdida de éste por desplazamiento humano o desastre natural reestructura otro escenario social, siempre jerárquico.

En este punto, y retomando a Quijano se podría afirmar de manera provisional que en la circunstancia de malestar social o crisis emergen los principios de la racionalidad ancestral de solidaridad y reciprocidad no solo para superar la crisis sino para marcar un terreno que pertenece a lo público-social, para reconfigurar la jerarquía establecida, pueden cambiar el uso del espacio del nosotros, la forma física puede modificar su significado, pero no pierde su condición de referente colectivo, e histórico en el espacio físico porque las coordenadas del espacio no cambian.

El espacio del nosotros es histórico porque es ancestral y es colectivo porque la unidad jurídica de derechos y obligaciones se asienta en la colectividad.

El espacio público

El espacio público de Quito, por lo general abierto, se inserta en un trazado en damero o cuadrícula en donde la plaza mayor y las calles constituyen la estructura básica de la geometría urbana. La plaza quiteña colonial es una manzana sin construir de forma más o menos cuadrada o rectangular cuyos límites son las calles y fachadas que la rodean. La plaza principal tiene hoy fachadas de dos hasta cuatro plantas en donde el portal en planta baja ubicado en el lado Este y Norte es parte del inmueble privado que se cede a la actividad comercial o circulación de personas que es pública; el atrio de la Catedral ocupa todo el frente Sur de la plaza, su alineación y ancho da cuenta que se trata de una toma de calle. El lado Oeste está ocupado por el Palacio de Gobierno, tiene un portal elevado con relación al nivel de la calle por efecto de la topografía.

Tanto la Catedral como el Palacio tienen negocios denominados covachas en el piso inferior, una

huella de vida cotidiana y referente del intercambio anterior a la fundación de la ciudad.

Los espacios públicos de Quito están representados sobre todo en plazas, parques y calles que cambian en el tiempo, en su uso, unos cobran relevancia y otros pasan a un segundo plano dando lugar a lógicas urbanas distintas, en ese sentido, el estudio de las transformaciones en un mismo espacio público tendrá dos aspectos, el físico y el simbólico. En el físico está la forma del espacio público, el uso, la propiedad, los bordes, y el simbólico tratará sobre la memoria del espacio público, las referencias de la historia, la proyección del pasado en el presente, espacios en los que se repiten hechos similares en temporalidades distintas, con diferentes actores sociales y significados similares.

Hoy en día se entiende lo público como lo opuesto a lo privado, la particularidad del espacio público es la accesibilidad sin restricciones, es el espacio en donde se ejerce lo colectivo y está relacionado por lo general con la acción estatal. Los espacios físicos del siglo XX tienen el acceso de grupos diferenciados, heterogéneos, en donde sus miembros permanecen juntos dentro de normas tácitas de comportamiento social y comunicación, y a criterios implícitos de pertenencia a un grupo social. En esta red, los espacios públicos tienen una jerarquía, una caracterización específica y arquitectura que aporta a la geometría y composición del espacio. Con el tiempo unos mantienen su jerarquía y uso, otros pasan a un segundo plano aunque como conjunto urbano y geometría mantenga un interés escenográfico, histórico o de uso.

El espacio ciudadano

Los espacios ciudadanos toman la referencia física del espacio público y el reconocimiento colectivo de estos espacios poseedores de una vocación particular. Lo que hace la diferencia entre el espacio público y el espacio ciudadano es la permanencia del uso; su vitalidad y reconocimiento colectivo en el tiempo; el formar parte de la memoria de varias generaciones hasta convertirse en historia de la ciudad, en los que el actor principal es el habitante de Quito; un lugar de encuentro cotidiano; un espacio de poder reconocido por la colectividad. Quienes se toman la plaza tienen el poder, aunque

no logren ser recibidos por el presidente o el alcalde de turno, el hecho de haber llegado a la plaza es haber logrado el objetivo simbólico de “toma del poder” por un momento y ver sus aspiraciones cumplidas de manera coyuntural y momentánea.

En el espacio ciudadano, aunque las personas cambien y el espacio se transforme con el tiempo, éste mantiene su esencia. La referencia de este espacio atrae al turista cuya experiencia mantiene como parte de la imagen de la ciudad y se suma a la memoria colectiva y a la historia.

La diferencia entre espacio urbano, espacio público y espacio ciudadano radica en que el espacio urbano es la dimensión física de la ciudad; el espacio público es el espacio abierto de la ciudad, de acceso libre para todos los visitantes y residentes de la misma; mientras que el espacio ciudadano es el espacio público cuya particularidad es el reconocimiento por parte de la mayoría de la población o por un sector importante de la misma en periodos de larga duración. Aquellos son los espacios con los que se identifica no solo la población de Quito sino el país por su condición de centro a donde llega y se integran las tradiciones e identidades del país. El “espacio del nosotros” es el que emerge en el espacio ciudadano en circunstancias de emergencia social con características de una identidad ancestral ritual en el que siguiendo a Norberg-Schulz se podría reconocer el “arte del lugar”.

Contenido

El capítulo I examina la geografía de Quito en términos históricos, topográficos, de vulnerabilidad geológica y de significación ancestral. En este último, la tesis aporta con los significados del territorio en los topónimos de origen quichua y quichua-español que están disponibles. Hay otros que corresponden a lenguas desaparecidas, no obstante su presencia nomina algo que aporta a la identidad y antigüedad de ocupación de la meseta. La interpretación del territorio en clave quichua permite encontrar elementos estructuradores del territorio, nomina el significado que tuvo el lugar y la geografía que en algún momento estuvo en la comunicación oral, en el habla de los pobladores de Quito.

El segundo capítulo realiza un zoom para singularizar en el territorio a la meseta de Quito y analizar la parte en que se asienta el área de estudio. Para el análisis de la cartografía fue importante la comprensión de los textos de J.B. Harley en cuanto a la lectura del mapa y la deconstrucción del mismo (Harley, 2005). Estos referentes son cualitativos y de interpretación social y político.

Una limitante en el segundo capítulo fue la falta de planos antiguos de la ciudad que incluyan los ejidos para esto se llegó al primer levantamiento aerofotogramétrico de Quito de 1932 elaborado por planchetas que fueron unidas y digitalizadas. Sobre este plano se pudo dimensionar en el sistema métrico decimal las apreciaciones de distancia en varas castellanas y las apreciaciones “a ojo” de los ejidos coloniales realizadas por los visitantes para dar a conocer en clave contemporánea los “términos” de la ciudad de Quito.

Este plano representa el estado de la meseta en 1932 con las quebradas abiertas, los caminos antiguos, fábricas, algunas haciendas mencionadas en el arrendamiento de los ejidos en el siglo XIX y la denominación de cada sector, quebrada o montaña. En este plano se encontraron topónimos que confrontados con los del plano de 1989 superponen temporalidades de varios pasados que al traerlos al presente forman un nuevo presente, permitiendo encontrar permanencias y la comparación cualitativa con las fuentes escritas.

El plano de 1932 y el de 1989 permiten comparar la reducción de áreas de los ejidos en donde se implantan algunos espacios públicos, la venta de suelo urbano y la constatación de que en 1980 el municipio se queda con la tenencia de los espacios menos atractivos para el mercado inmobiliario, los espacios marginales que coinciden con las cotas de mayor profundidad de la antigua laguna y vertientes subterráneas superficiales de las zonas más pantanosas en el ejido del Sur. No se desarrolla esta observación en la tesis pues sale de su delimitación pero es comentada como referente para futuros estudios.

El tercer capítulo retoma los aspectos del medio natural para entretener la significación del paisaje con los espacios públicos en circunstancias particulares: la erupción y el terremoto, los panoramas, el espacio

del nosotros, los procesos de disputa por el territorio y la posición privilegiada de la ciudad con relación a la mitad del mundo, cuáles son los espacios públicos en los que se producen los hechos relevantes de la historia, cómo mantienen su vitalidad en el tiempo para posicionarse como espacios ciudadanos. A esta interpretación de Quito, en circunstancias de vulnerabilidad y estabilidad se la ha denominado “Quito telúrico”.

El análisis del territorio y el lugar de Quito da lugar a tres temporalidades diferentes. Las dos primeras se desarrollan en los dos primeros capítulos y permiten visualizar tres Quitos diferentes en la historia de la ciudad; no son los únicos ni los de mayor relevancia, sino los que las fuentes permiten identificar, analizar y reflexionar sobre las diferentes facetas de la ciudad con un enfoque determinado. Los tres Quitos diferentes se desarrollan en el capítulo tercero; no son independientes sino que cada uno tiene su propia caracterización y atributos y en algún momento se entrecruzan lo que permite percibirlos como una totalidad.

En cada temporalidad y en cada “Quito” se proponen dos cortes temporales que aportan a la interpretación de los atributos del espacio público que identifican al espacio ciudadano de Quito y en cuál de ellos emergen las huellas ancestrales del “espacio del nosotros” definidos en el capítulo I y II para responder a la pregunta cómo cambió el espacio público. Éstos se relacionan con los cortes más importantes de la historia política o social del país. Un criterio para situar el corte temporal ha sido la cantidad de información encontrada sobre temas relacionados con el espacio urbano.

Al ser un estudio comparativo de un mismo espacio público en dos o más temporalidades diferentes, se debió indagar el momento inicial de la ciudad en documentos del siglo XVI para contrastar con documentos del siglo XVIII y XIX que fue el momento de dio lugar a otro ciclo en la historia urbana de Quito.

La tesis no pretende verificar los hechos de la historia sino que los pone en contexto para construir los aspectos que componen la atmósfera fundamental de Quito que en parte es imaginada e inventada, en parte es científica y en parte comprobable con evidencias geográficas, arqueológicas, y

documentales. En la construcción del “ambiente” cuentan los imaginarios de la historia antigua y la moderna, las evidencias materiales y la disposición de objetos del paisaje que conforman la imagen del territorio y que son interpretadas a partir de fuentes documentales e imágenes.

Presentación

De Quito al Ecuador

La cordillera de los Andes recorre el actual Ecuador de Norte a Sur y conforma tres regiones: costa, sierra y amazonía. Éstas están diferenciadas en cuanto a biodiversidad vegetal, animal y humana, y, disponibilidad de recursos naturales en este lugar en el que la energía y la materia tienen una disposición particular en la línea ecuatorial. *(Gráfico 3)*

Las cadenas montañosas que dividen las regiones son paralelas y se denominan Cordillera Occidental y Cordillera Real. La primera se levanta partir de la costa y la segunda recorre con sus laderas hacia la cuenca de la amazonía. Las alturas fluctúan entre 4.000 y 6.300 metros, con alrededor de 30 volcanes localizados en la parte central y Norte del país. Entre las dos cordilleras se encuentran valles cuyas altitudes varían entre 2.200 y 2.900 metros. *(Gráfico 4)*

La cadena montañosa de la Cordillera Occidental se une con la Real mediante hoyas⁶. El conjunto de hoyas tiene la forma de escalera en la parte Norte, y a partir del Nudo del Azuay pierde este orden dando lugar a hoyas irregulares y espacios ecológicos diferenciados entre el Norte y el Sur. Cada hoyo tiene un río principal que desaloja sus aguas hacia la costa o la amazonía por brechas naturales que han sido utilizadas también para conectar ciudades mediante caminos.

La geología del Norte es diferente a la del Sur. En el Norte se observa una geología reciente con

⁶ Una “hoya” es un territorio montañoso de aproximadamente 3.000 km² formado por un cuadrilátero cuyas dos cordilleras de mayor tamaño, la Occidental y la Real, se extienden de Norte a Sur, y dos cadenas transversales de montañas menores, denominados “nudos” que unen las cordilleras en sentido Este-Oeste. El principal río es el Guayllabamba que desemboca en el Pacífico.

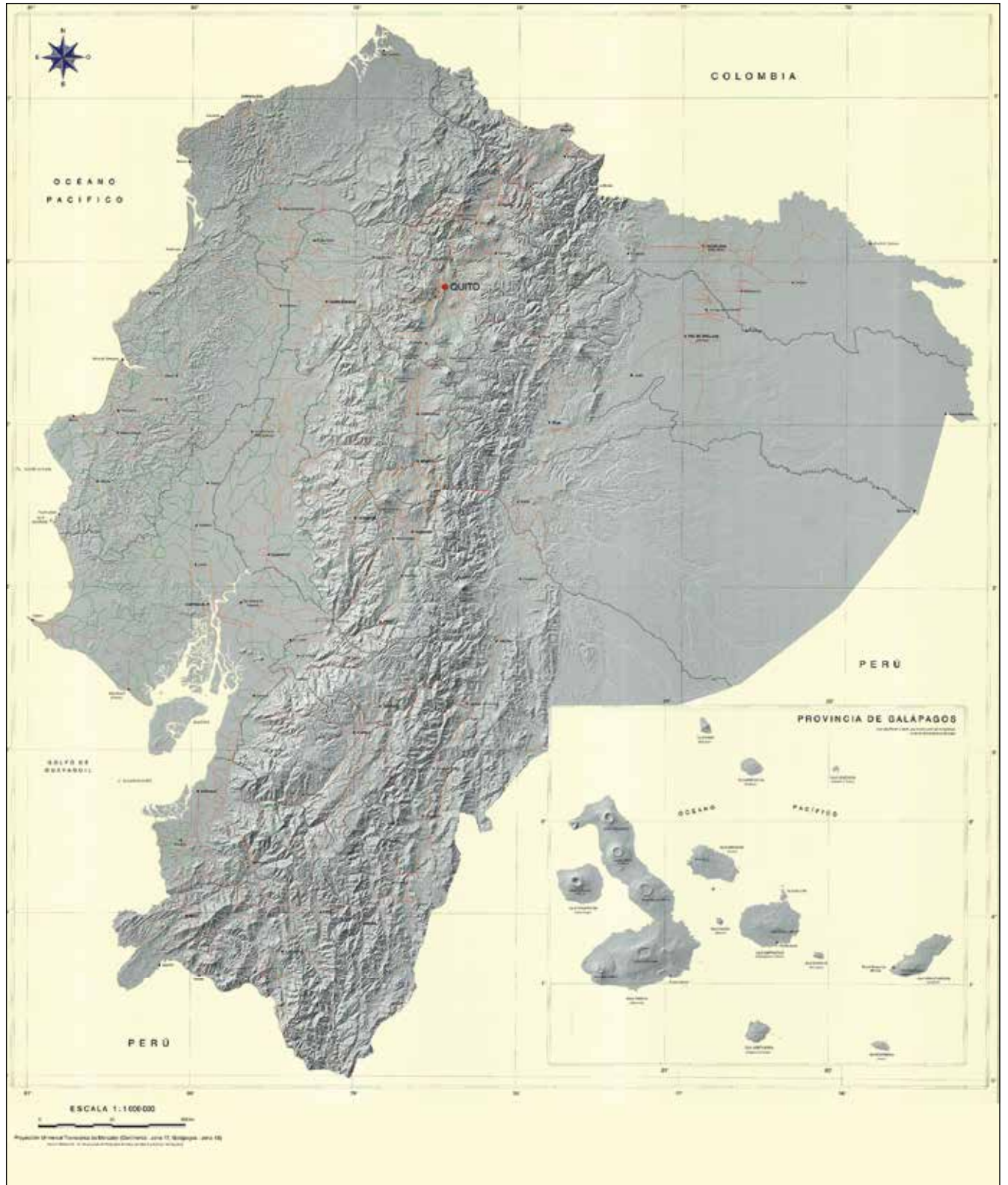


Gráfico 3. Mapa del Ecuador. Esc. 1: 1.000.000. 2001

Fuente: Lámina publicada por proyecto IRD, Petroecuador, Municipio de Quito, Instituto Geográfico Militar. Quito. 2001

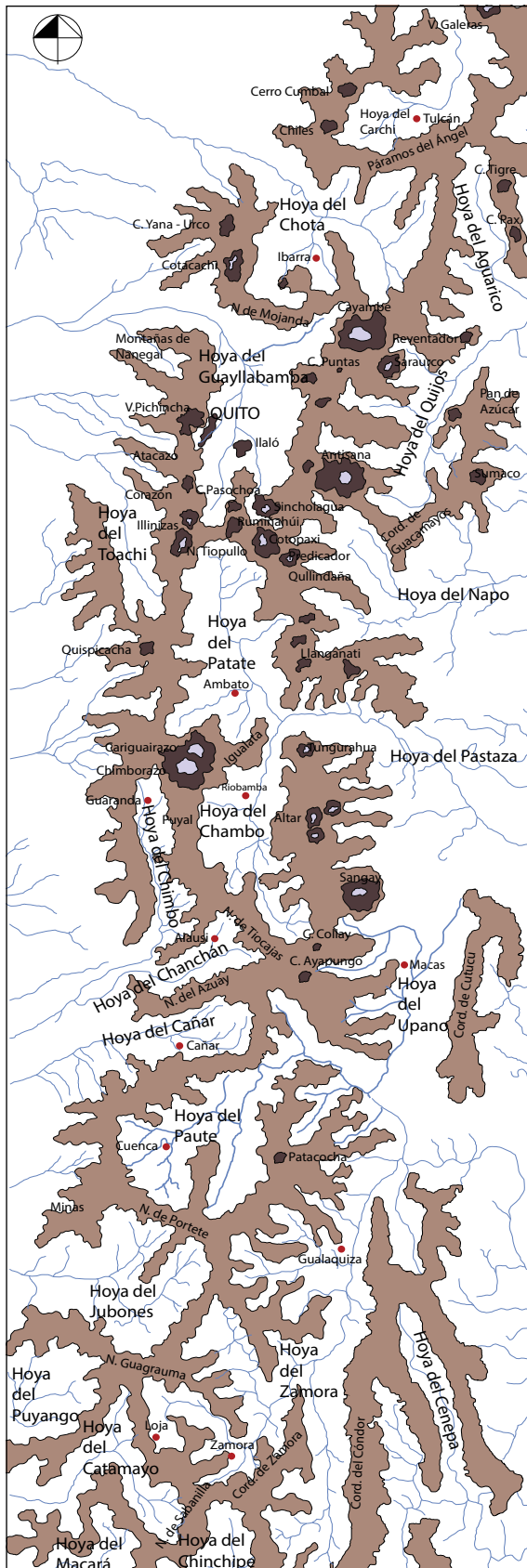


Gráfico 4. Cordillera de los Andes en Ecuador y Hoyas.
Base cartográfica: Atlas del Ecuador. F. Sampedro. 1963
Elaboración propia

volcanes activos mientras que en el Sur no existen volcanes sino formaciones montañosas antiguas; la topografía tiene mayor complejidad que la del Norte; hay menor número de ciudades capitales, el acceso es complejo, la manera de ser de la gente también cambia, la historia verifica la dificultad en el acceso, inserción a los sistemas económicos y culturales de los centros urbanos del Sur. En este sentido se podría decir que la naturaleza de los Andes explica la distribución geográfica de los centros poblados y la gente; el país tiene dos sistemas geográficos continuos hasta el Nudo del Azuay, uno al Norte y otro al Sur.

Las cordilleras han creado espacios de altura, con gran visualidad al territorio y hondonadas resguardadas. Casi la mitad de las capitales de provincia se asientan en valles o mesetas de una hoya, sobre todo en el Norte, por lo general una en cada hoya⁷, entre ellas, Tulcán, Ibarra, Quito, Latacunga, Ambato, Riobamba, Azogues, Cuenca, Loja; cada una tiene jurisdicción en territorios de la costa o la amazonía.

La sierra tuvo mayor ocupación de ciudades durante la conquista incaica y la colonia con paisajes que contiene al mismo tiempo “memoria de la naturaleza y memoria del tiempo de los hombres”

Región	Habitantes
Costa	6.994.114
Sierra	6.384.594
Amazonía	708.566
Galápagos	24.366
Zona no delimitada	93.260
Total	14.204.900

Cuadro 1. Número de habitantes por región geográfica en el 2010
Fuente: INEC. Censo de Población y Vivienda 2010

⁷ Las ciudades de Latacunga y Ambato comparten la hoya del río Patate, Provincias de Cotopaxi y Tungurahua, y las ciudades de Azogues y Cuenca comparten la hoya del río Paute, ambos ríos dirigen sus cauces a la amazonía.

(Dollfus, 1991, pág. 24). Hoy en día la población se reparte de manera más o menos equitativa entre la costa y la sierra, mientras que la amazonía, Galápagos y zonas no delimitadas entre provincias mantienen cifras inferiores al millón de habitantes (Cuadro 1).

En la historia del actual Ecuador los cambios estructurales de la sociedad se han producido en dos momentos que son referentes para los cortes en el análisis urbano: El primer corte ocurre en el siglo XVI con la fundación española de Quito y a partir de éste se puede hablar de ciudad en términos occidentales y de orden urbano que rige en el territorio conquistado. El segundo corte ocurre entre los siglos XVIII y XIX con cambios urbanos que son visibles en la segunda mitad del siglo XIX luego de la independencia de España, es decir, una vez establecida la República. Un tercer corte de transformación urbana, menos profunda, se produjo entre los años cuarenta y sesenta del siglo XX en que la ciudad entra en un proceso de planificación urbana y cambios en la forma de vida.

El primer corte tiene alguna complejidad por lo que es necesario poner en contexto las transformaciones culturales que se produjeron entre 1500 y 1550 aproximadamente, sobre todo en la región de la sierra y en la hoya del Guayllabamba; un periodo complejo en que se produjo la superposición en el mismo territorio de tres culturas: primero los señoríos étnicos, luego los incas, y posteriormente los españoles. Este hecho podría explicar de algún modo la diversidad lingüística que encontró Jijón y Caamaño en sus investigaciones sobre Quito, así como la diversidad de topónimos de la cartografía del siglo XX y aportaría a la idea de un paisaje de tipo multicultural de larga data asentado sobre este territorio.

Los incas encontraron en el espacio de la meseta de Quito asentamientos denominados señoríos. Cada uno tenía autonomía política, pero entre ellos compartían espacios comunitarios como la laguna de Añaquito y Turubamba, el mercado itinerante, relaciones de intercambio interregional con la costa y la amazonía y administración rotativa entre los señoríos de la hoya del Guayllabamba. El de Quito estuvo localizado en el espacio de la plaza de San Francisco y probablemente su tamaño fue diferente al de hoy pues no se tienen referencias físicas.

Un primer desplazamiento humano se dio con la llegada de los incas, al final del siglo XV, éstos introdujeron pobladores del Sur del Tahuantinsuyo en la hoya en calidad de mitimaes, es decir “enviados por su etnia para cuidar intereses fuera” (Guamán Poma de Ayala, 1992, pág. 1090).

El territorio Inca denominado Tahuantinsuyo⁸ se conformó anexado a varios señoríos, ya sea por alianzas o por la fuerza, e imprimieron en el espacio conquistado la idea de un territorio con identidad y carácter cultural propio mediante la sistematización de formas arquitectónicas y urbanas que son visibles en los actuales territorios de Perú y Ecuador; parte de Chile, Bolivia y Colombia, unidos por un sistema de comunicación vial denominado “Camino del Inca” o “Capac-Ñan”, cuya extensión total estimada es de 30.000 km⁹, incluyendo ramales secundarios y 5.200 kilómetros la ruta principal entre Huaca, Quito, Cuzco, Tucumán, abastecido por tambos de diferente jerarquía. Los caminos atraviesan por diferentes ecosistemas.

La ocupación inca en territorio ecuatoriano tuvo dos etapas: la primera fue realizada por Túpac Yupanqui quien estableció un centro administrativo en Tomebamba (actual Cuenca) hasta 1493, año de su muerte. La segunda corresponde al mandato de su hijo Huayna Cápac quien realizó la conquista del actual Ecuador, tarea que emprendió hasta 1524 con la anexión de Quito al Tahuantinsuyo y el sometimiento del señorío Cayambe por la guerra cuyo fin fue la batalla de Yahuarcocha, es decir, la permanencia inca en la parte Norte de Ecuador fue de alrededor de 30 años.

La localización de mitimaes tuvo un objetivo estratégico por dos motivos: el interés por la ampliación del territorio inca, el control de la hoya del río Guayllabamba y, la creación de un centro de poder para la operación de la conquista del Norte del actual Ecuador (Gráfico 5).

⁸ A inicios del siglo XVI los incas habían configurado un amplio territorio de 30.000 km² denominado Tahuantinsuyo, con una capital o centro de poder que fue Cuzco, desde donde partían las cuatro regiones del imperio, denominadas “suyos” orientadas en dirección de los cuatro puntos cardinales: Antisuyo, Collasuyo, Chinchaysuyo y Contisuyo.

⁹ La extensión total del Camino del Inca varía según las fuentes, éstas llegan a estimar hasta 60.000 kilómetros con todos los ramales, sin embargo, hay que aclarar que los incas construyeron el camino anexando caminos existentes o parte de éstos, ampliando y mejorando su infraestructura (Hyslop, 1984) (Fresco, 2004).

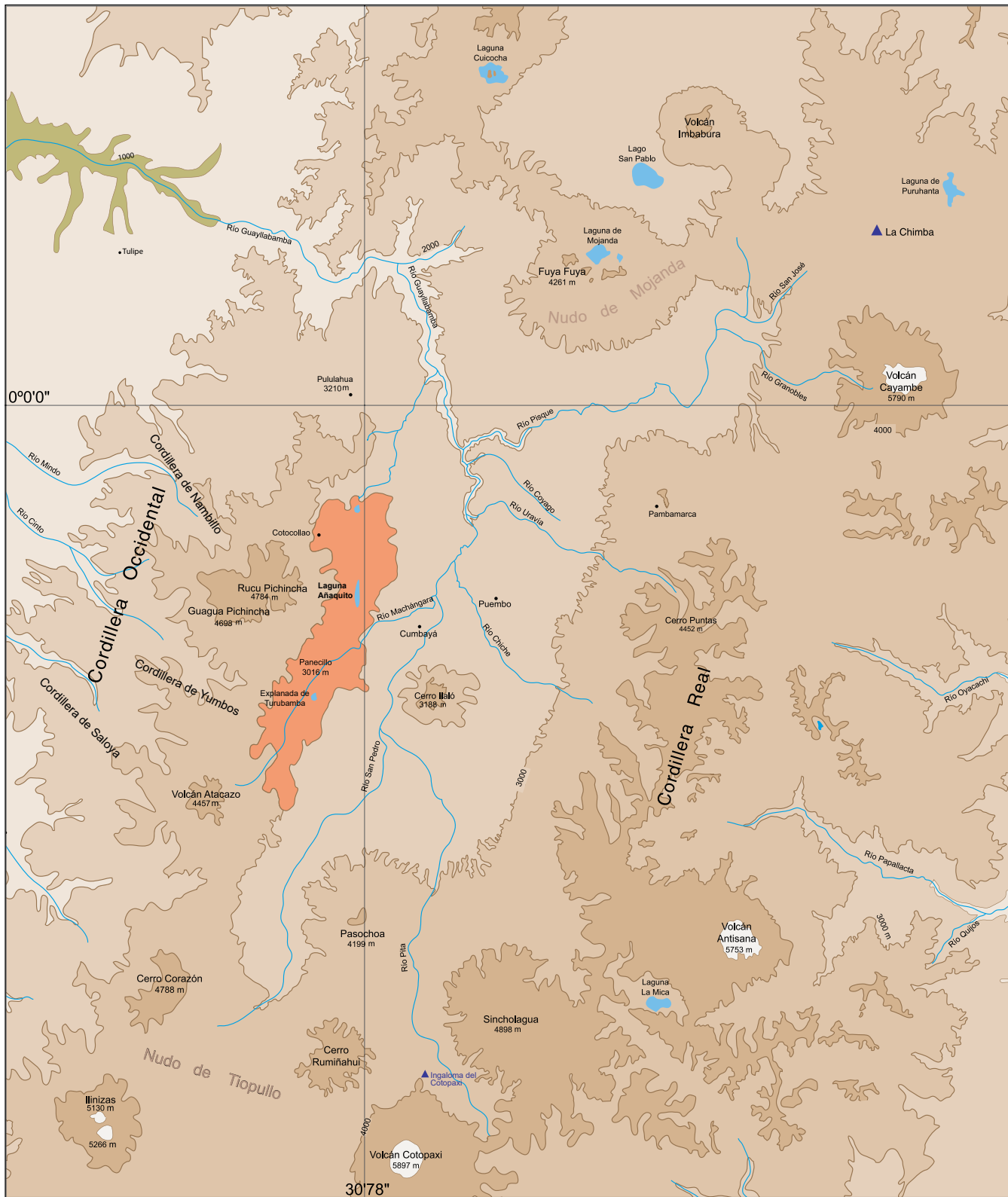


Gráfico 5. hoya del río Guayllabamba en donde se inserta la ciudad de Quito.
 Dibujo revisado del libro *Algunas reflexiones sobre el Ecuador Prehispánico y la ciudad inca de Quito*. Marín de Terán, Luis, Del Pino, Inés. 2004.

Frank Salomon señala que la hoya del río Guayllabamba fue un centro de abastecimiento para la guerra, con la disposición de grupos de mitimaaes y militares incas en tres puntos estratégicos que forman un triángulo entre Guayllabamba, Quinche y Sangolquí, en una clara superposición sobre dos señoríos que son el de Sangolquí que tuvo el control de la producción de maíz, y el de El Quinche, un centro de tipo ritual. Guayllabamba, topónimo quichua significa “llanura verde, de buen pasto” parece ser de origen inca (Del Pino, Inés, Luis Marín De Terán, 2004).

Un segundo desplazamiento de población local e inca fue realizado por los primeros conquistadores españoles con el fin de concentrar a la población dispersa para lograr mayor control social, cobro de tributos y evangelización, en el proyecto de doble sentido “nucleación de la gente hispánica en ciudades y de la indígena en pueblos” (Ortiz, 1993, pág. 206) conocida como “reducciones”, una de éstas corresponde a la parroquia de La Magdalena en el Sur de Quito, realizado entre 1520 y 1560 aproximadamente. El cambio sobre el territorio no fue radical ya que mantuvieron algunas instituciones preexistentes como el mercado y el camino inca o Capac Ñan¹⁰.

Con el establecimiento de la conquista española el modelo de organización político-territorial fue el de Virreinos y Audiencias. La Audiencia de Quito estuvo adscrita al Virreinato del Perú y en el que la ciudad de Quito fue su capital. Uno de los aspectos por los que Quito fue importante durante este periodo fue la comunicación entre Cartagena y Potosí pasando por Santa Fe de Bogotá, y con España a través del puerto de Guayaquil.

Entre 1717 - 1722 la Audiencia de Quito fue transferida del Virreinato del Perú al Virreinato de Santa Fe en términos administrativos y económicos. En 1722 la Audiencia se reincorporó al Virreinato del Perú. Un nuevo cambio administrativo se operó entre 1739 - 1809 cuando la Audiencia de Quito se reincorporó al Virreinato de Nueva Granada. En 1809 la Audiencia de Quito regresó al Virreinato del Perú, año en que Quito declaró su voluntad de independencia mediante un hecho histórico denominado “Primer Grito de Independencia”

¹⁰ Según Garcilaso De la Vega el Tahuantinsuyo tenía a Quito como la frontera Norte del Tahuantinsuyo.

para constituir un país autónomo. Esta propuesta no tuvo el apoyo regional y las guerras continuaron hasta el 24 de mayo de 1822 en que se libró la batalla del Pichincha con la que cierra el periodo colonial.

A los cinco días de la batalla de Pichincha de 1822 la Audiencia de Quito dejó de tener vigencia; sin embargo, como territorio con límites similares pasó con el nombre de Departamento del Sur o Ecuador a formar parte de la Gran Colombia hasta el 13 de mayo de 1830 en que se separó de la Gran Colombia para formar un territorio autónomo con el nombre de República de Ecuador, y la ciudad de Quito como su capital. En este año se conformó el Congreso Constituyente y se dictó la primera Constitución del país (Ayala Mora, Enrique (Editor), 1990, pág. Vol.14. 165).

El segundo corte de la historia política se produjo en el siglo XIX con la independencia de España, en el caso ecuatoriano en 1830. No obstante, los primeros cambios urbanos en Quito se observaron al finalizar la colonia, en 1800, con la presencia de Luis Francisco Héctor quinto Barón de Carondelet (1748 - 1807), Presidente de la Audiencia de Quito y luego en 1850 con la presencia de Gabriel García Moreno. Ambos emprendieron las primeras obras públicas de saneamiento y ornato de Quito que como capital debió mostrar una imagen republicana. Los primeros cambios se dieron en la plaza Mayor cuando fue convertida en parque, primero por el Barón de Carondelet para eliminar las fiestas de toros y en 1850 el presidente Gabriel García Moreno reiteró la transformación en parque.

Con la independencia de España, la sierra se mantuvo ligada a la hacienda y al abastecimiento de productos agrícolas a la costa, en tanto que Guayaquil se abrió al mercado internacional con la exportación de materias primas, cacao y café, lo que significó el crecimiento de la población por migración interna desde la sierra, también hubo migración extranjera que ingresó por Guayaquil, y sobre todo comercio. Desde ese entonces se hizo evidente un país dual con dos ciudades que llevan la hegemonía del país: Quito y Guayaquil.

Con motivo del centenario del “Primer grito de independencia” en 1909 y la “Batalla de Pichincha” en 1922 se puso en vigencia el nuevo orden constitucional. La celebración del centenario

de 1909 tuvo como protagonista al presidente Eloy Alfaro quien retomó varias ideas y obras iniciadas por García Moreno y que contribuyeron a formar la imagen de un país soberano y libre, y Quito como su capital.

Desde 1909 la imagen de la República está representada en el espacio público de Quito mediante un monumento a La Libertad en la plaza mayor de Quito convertida en parque cerrado con verjas de hierro importadas de Europa; la fabricación del monumento y las rejas fueron contratados con arquitectos y escultores italianos quienes contribuyeron a la formación de los símbolos patrios, el diseño de los monumentos bajo las normas de la academia italiana.

Al iniciar el siglo XX las obras de higiene y ornato formaron parte de una serie de políticas para el espacio público; la ciudad cambió de imagen con la inserción de la red de electricidad en 1904 que reemplazó a los faroleros del siglo XIX; la llegada del ferrocarril desde Guayaquil a Quito en 1908 que impulsó a otros medios de comunicación como el telégrafo, el teléfono, el correo; el periódico se distribuyó por las ciudades por las que pasó la máquina; el turismo entre la costa y la sierra llevó a la construcción de hoteles en cada estación, restaurantes y atractivos para la visita; la Exposición Nacional en 1909 expuso los principales avances comerciales, productivos y artesanales del país y de países invitados; el mercado cubierto de Santa Clara en 1904 dejó atrás al mercado en la plaza abierta con los productos asentados en el suelo; el tranvía entró en funcionamiento en 1914. El alcantarillado de las calles e instalación de la red de agua potable en 1914.

La celebración del centenario de la Batalla del Pichincha en 1922 tuvo lugar en el espacio rellenado de la quebrada de Jerusalem en donde se construyó la Avenida 24 de Mayo con un parque en la mitad que contuvo a un espacio cívico y un bulevar con esculturas y dos hileras de árboles; se elaboró un plano de Quito que muestra el crecimiento de la ciudad y los cambios que la posiciona como ciudad moderna; Quito cobra un aire metropolitano en la década de los años veinte con la aparición de una red de cines entre 1914 y 1930, un hipódromo en 1915, la cervecería La Victoria en 1916, la inauguración del Hospital Militar y el Museo Militar en 1919; se

estrenó el primer carro a gasolina en 1921; servicio de lavanderías públicas en varios barrios de Quito que reemplazan a los sitios de lavado en el río Machángara; servicio de baños de agua caliente en el centro de la ciudad.

El periodo histórico de 1830 hasta 1950 se lo ha denominado Republicano. Este límite no es exacto ni es el único; sin embargo, en la historia de la arquitectura se lo adopta como referente del periodo moderno por el cambio tecnológico en la arquitectura, la adopción de la arquitectura moderna como referente de un nuevo modo de vida, y la aplicación del Plan Regulador de Quito que incorpora nuevos componentes en la ciudad como el de la planificación urbana: avenidas para el vehículo; separación de actividades humanas en centros especializados: centro cívico, centro deportivo, centros educativos y hospitalarios, un centro recreativo, propuesta que se llevó a cabo de manera espacial. El crecimiento de Quito hacia el Norte y Sur da cuenta de la descentralización y pérdida paulatina de la heterogeneidad social.

La tesis pondrá el acento sobre la ciudad de Quito en los tres cortes temporales señalados, no abordará el caso de otras ciudades; no obstante, por su importancia como capital que concentra la actividad administrativa y política del país tiene incidencia significativa en la escala nacional por ser la referencia para las demás ciudades.

Área y población

La ciudad de Quito, capital de Ecuador está asentada en la “hoya del río Guayllabamba” en la Cordillera Occidental de los Andes septentrionales de Ecuador, a 2.800 metros de altitud. Esta cordillera tiene una meseta en donde se asienta la ciudad al pie del volcán Pichincha¹¹ que destaca como montaña tutelar y del que salen alrededor de 60 quebradas que atraviesan, de occidente a oriente, la mayor parte de ellas para descargar las aguas en el río Machángara.

11 Producto de transformaciones geológicas sucedidas en la Cordillera Occidental en donde se encuentra el volcán Pichincha con sus dos picos de 4.794 y 4.698 metros de altura; el deshielo y el material volcánico acarreado durante siglos se asentó en su base formando esta meseta con zonas lacustres junto a las que se han registrado asentamientos humanos desde hace 5.000 años.

El incremento significativo de la población y área urbana se produjo entre 1888 y 1946 se debió a una migración del campo a la ciudad en donde se generó una oferta de trabajo en diferentes oficios, fábricas y empleo en el sector público y privado. El cambio de escala de la ciudad se produce entre 1921 y 1946 por un corto periodo de bonanza económica, compra de tierras en los antiguos ejidos para aprovechamiento futuro, mientras que el crecimiento en población entre 1971 y 1983 se produjo por la explotación petrolera conocida como el periodo del boom petrolero. Durante este periodo toda la ciudad creció pero fue en el Sur en donde la cartografía muestra la ocupación del suelo.

La movilidad dentro del país hace que cada vez la interacción entre regiones sea más frecuente por turismo, trabajo, comercio o situación familiar, sobre todo porque las distancias y la calidad de las redes viarias favorecen el paso entre diferentes ecosistemas en un mismo día. La movilidad masiva fuera del país en búsqueda de fuentes de empleo se produjo en el último tercio del siglo XX, sobre todo en la década del 90. Luego de diez años, el censo de población del año 2010 arrojó la cifra de 14.204.900 habitantes residentes y alrededor de 3.000.000 habitantes viven fuera del país.

La relación entre el área urbana y la población de la ciudad de Quito entre 1760 y 1987 ha sido tomada del Atlas Infográfico de Quito y relaciona el crecimiento de la ciudad en términos de población y área (IGM-ORSTOM, 1992, pág. s/p) (Cuadro 2).

Lo Andino

Este contexto geográfico ha creado varias nociones de lo andino, de ellas interesan tres. La primera es la geológica cuya vitalidad energética involucra a todo el país. Por una parte, la Cordillera de los

Andes atraviesa el país de Norte a Sur y continúa en paralelo con el Océano Pacífico para formar parte del “cinturón del Pacífico” que constituye un anillo montañoso por el que sale la energía contenida en el interior del planeta por medio de las chimeneas de los volcanes. Las erupciones volcánicas han incidido en el caudal y calidad del agua de los ríos, han expandido las cenizas en las tres regiones, han cortado la comunicación entre regiones.

Otro aspecto geológico es la confluencia de dos placas tectónicas a lo largo de la costa: la Nazca que se encuentra en el Océano Pacífico y la Continental que está debajo de las regiones costa, sierra y amazonía. El movimiento encontrado de las dos placas tectónicas ha producido innumerables terremotos en la historia que han afectado en mayor o menor grado a las ciudades de todo el país, la migración de la población y desplazamiento de algunas ciudades en la historia. Derivada de la presencia de las placas geológicas existen largas fallas tectónicas que recorren por las estribaciones de la cordillera, su activación ha involucrado a más de una región de manera simultánea; según estas condiciones se podría decir que todo el territorio es andino.

La segunda es la geográfica que da lugar a la diversidad natural y de la gente, al igual que la geología involucra a todo el país. Por una parte, la división de tres regiones y las dificultades de acceso entre ellas ha creado un conocimiento limitado de lo que pasa fuera de cada región. Por otra parte la división cultural entre Norte y Sur a partir del Nudo del Azuay y la disposición de las hoyas también divide a la población en compartimentos geográficos que son evidentes en el Norte, no así en el Sur en que las divisiones entre hoyas tiene una disposición irregular y orgánica como se observa en el gráfico 4. Las condiciones de la geografía han creado nichos ecológicos diferenciados en todo el país, espacios de fertilidad del suelo, zonas áridas, climas diferentes

	1760	1888	1921	1946	1956	1971	1983	1987
Área urbana	252	315	815	1.815	3.337	5.203	11.303	13.864
Población	25.000	39.600	80.700	209.932	355.200	599.828	866.472	1.057.488

Cuadro 2. Relación de población y área de Quito
Fuente: Atlas Infográfico de Quito. 1990

en donde se han asentado comunidades con formas de vida específicas.

De este modo, la continuidad o la discontinuidad del espacio geográfico ecuatoriano presenta por un lado barreras naturales como la del Nudo del Azuay que son inamovibles y límites político-administrativos que han cambiado en el tiempo; la población no estuvo siempre en un mismo lugar sino que tuvo y tiene hasta hoy una movilidad interesante con origen en el comercio, el trabajo, el turismo, por la cercanía altitudinal y de climas por los que se puede circular en un mismo día.

La tradición de movilidad permanente es antigua; los señoríos aborígenes de la sierra tuvieron relaciones de intercambio con la costa y la amazonía mediante los mercados temporales que se instalaban en las hoyas de la sierra y en donde se realizaron tratos interregionales pues no había moneda. Se conoce por Frank Salomon que el liderazgo en el manejo del mercado era rotativo en nueve mercados de la zona de Quito, denominados “Khatu” o “catu” en lengua quichua y aymara¹². Los conquistadores españoles trajeron de México la denominación de “tiánguez” (Salomon, Frank, 2011, pág. 185) (Gráfico 6).

En la hoya del río Guayllabamba los nueve catu se distribuyeron de manera estratégica, en los pasos naturales de la cordillera y en zonas resguardas: Cachillacta y Cansacoto estaban fuera de la hoya pero eran importantes porque eran puntos intermedios en donde se intercambiaban bienes de consumo originarios de la costa y de interés para los pobladores de la sierra¹³. En la meseta de Quito hubo tres mercados: el de Cotocollao al ingreso natural hacia la costa, el de Quito, en el emplazamiento del actual centro histórico y un tercero en el Sur, en Panzaleo (actual Machachi).

En los valles los catu se distribuyen uno al Norte y otro al Sur del volcán Ilaló. En el Norte está el

12 En el presente estudio se utilizará la escritura “catu”.

13 El transporte de los bienes de consumo no se hacía mediante un solo viaje desde el nivel del mar a los 3.000 metros sino con una parada intermedia que coincide en la altitud de 1.500 metros, altitud que también coincide con los señoríos de Cansacoto y Cachillacta. Los porteadores eran humanos que en el tramo más plano utilizaron ríos y en las estribaciones de la cordillera los fondos de quebradas y caminos denominados “culuncos”. Estos eran rutas hundidas formadas por el paso frecuente de las personas, protegidos del sol por la vegetación subtropical.

de Pingolquí situado en la confluencia de los ríos Chiche y Guayllabamba, zona cálida y seca en donde se produjo fruta. El del Sur, en el Valle de Los Chillos localizado entre las poblaciones actuales de Uyumbicho y Amaguaña, importante por la producción de maíz.

En la parte oriental de la hoya estuvo el mercado de El Inga, importante como centro de acopio de la producción proveniente de la amazonía, en particular la herbolaria curativa. Finalmente el mercado de Cayambe, ubicado en el Norte de la hoya es un nodo de intercambio en dirección Norte-Sur.

Los espacios de trato expresados en el catu o mercado y la movilidad prehispánica proponen la existencia de caminos, relaciones sociales y familiares entre comunidades de diferentes regiones que fueron más allá del intercambio. Se conoce por el mismo autor que los incas mantuvieron la red de comercio anterior y que ésta estuvo mediada por complejos sistemas de parentesco.

Los incas centraron su conquista en la región sierra del actual Ecuador con desplazamientos masivos de personas especializadas, unos en la agricultura, otros en la construcción de obras públicas. La movilidad de los grupos humanos fue sostenido por el imperio tanto a la ida como al regreso de sus jornadas: alimentación, movilidad y estancia en los lugares asignados a lo largo del Capac-Ñan o Camino del Inca.

De este modo, lo andino es un fenómeno natural y social que se filtra en las tres regiones naturales, con las hoyas de los Andes del Norte y del Sur.

La tercera es de orden histórico y político. Quito ha acumulado prestigio como emplazamiento y lugar en el que pasan cosas importantes. Su condición de mercado y cruce de caminos desde tiempo prehispánico, luego capital de la Audiencia de Quito y por último capital de la República de Ecuador lo ha convertido en un nodo político y administrativo que ha acumulado historia.

La evidencia de ser centro de recepción cultural se observa en el siglo XXI en una característica particular que es la diversidad cultural y humana que se concentra en Quito. En la configuración

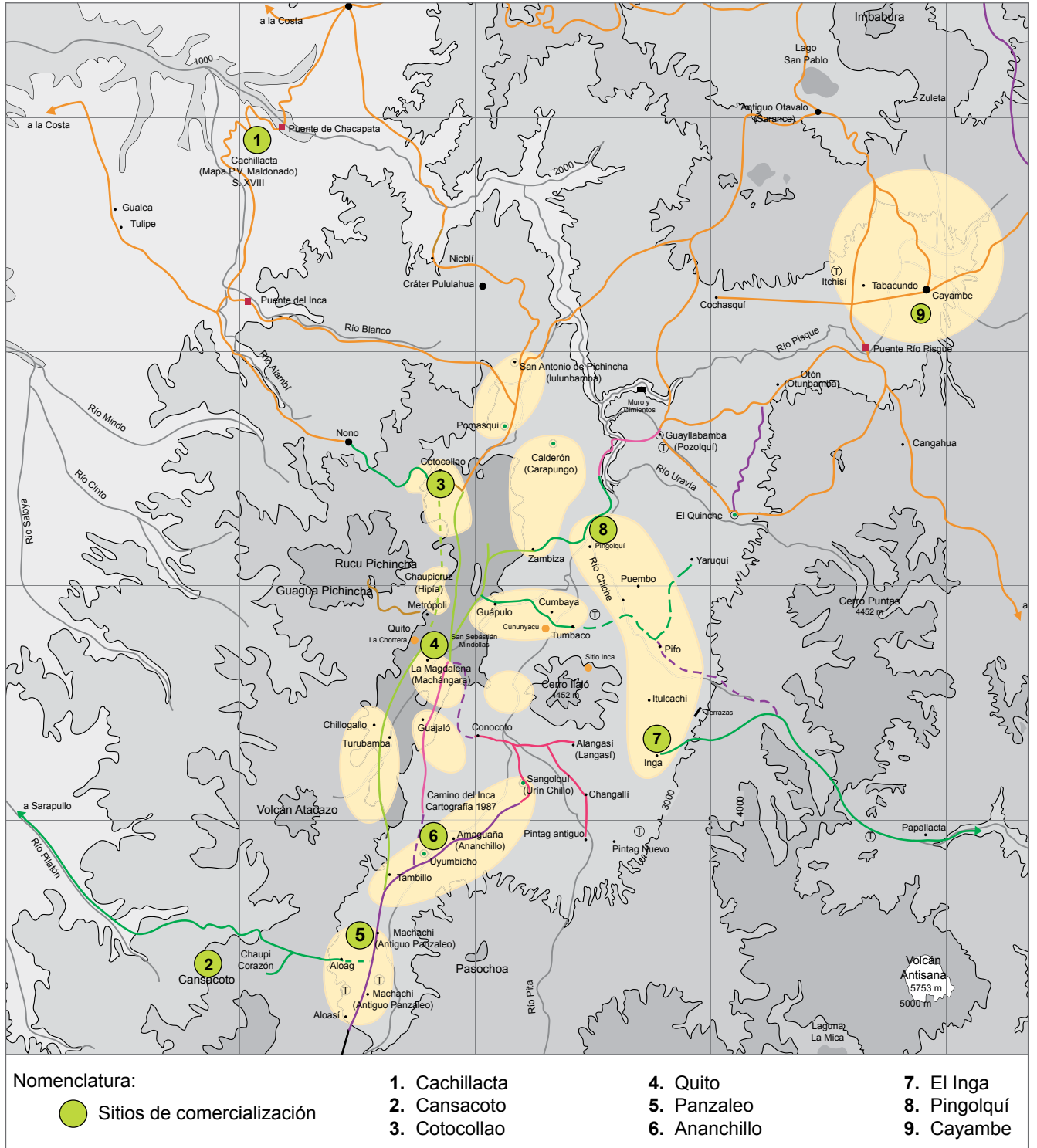


Gráfico 6. Mercados prehispánicos en la hoya del río Guayllabamba
 Dibujo tomado de *Algunas reflexiones sobre el Ecuador Prehispánico y la ciudad inca de Quito*. Marín de Terán, Luis, Del Pino, Inés. 2004.

bipolar del país Quito ha mantenido la hegemonía política y Guayaquil la comercial. Otra huella de la presencia del Ecuador en Quito está en la variedad de la gastronomía local e internacional pero sobre todo las tradiciones gastronómicas de todo el país encuentran un lugar en Quito. En este balance lo andino aparece y desaparece según el ámbito: sea de la política, las relaciones familiares o el comercio, lo cierto es que de manera evidente o camuflada lo andino es un modo de ser que involucra a todas las regiones del país.

Aproximaciones al topónimo Quito

Quito fue en tiempo prehispánico el nombre de un territorio mayor al de la ciudad actual; acerca de su origen se han vertido varias interpretaciones contrapuestas que al igual que en otras ciudades antiguas se inserta en el mito, en el “designio de los dioses” o en “la voluntad divina”. El objetivo de esta tesis no es encontrar el origen del nombre; no obstante, desde una aproximación histórica, territorial y de singularidad del espacio físico tiene interés el topónimo al estar asociado con su permanencia en el tiempo y a un territorio que varía en sus límites pero que no pierde el significado de “mitad”; “lo que divide”; “centro” y “sol”, denominaciones que son las más frecuentes y en torno de las cuales gira el topónimo Quito; sin embargo, existen otras.

En la historia el nombre Quito se mantiene y es reconocido de manera sistemática por quienes lo habitaron como nombre originario anterior desde tiempo prehispánico hasta la actualidad con la particularidad de que nadie ha cuestionado el topónimo sino que por el contrario, se lo ha ratificado para denominar a un territorio específico. Evidencias de la partición del territorio y del sol como una deidad mayor se encuentra en la cerámica y las piezas arqueológicas no solo de Quito sino del actual Ecuador.

El estudio de Frank Salomon sobre los señoríos étnicos de Quito (Salomon, Frank, 2011) encontró que en la meseta de Quito hubo varias comunidades preincaicas denominadas “señoríos” con una estructura y organización política autónoma de sus vecinos pero abierta a relaciones externas para

mejorar la subsistencia; sin embargo, los señoríos se unieron en caso de un peligro común, por ejemplo, a la llegada de los conquistadores españoles. El investigador no encontró un señorío con el nombre de Quito; no obstante, a treinta años de la fundación española, en 1564 encontró la referencia de un cacique llamado Don Hernando Quito Guana, “cacique fuerte” de la provincia de Quito (Salomon, Frank, 2011, pág. 266). Si bien este dato único no es suficiente para sustentar el origen de Quito, es de los pocos datos junto con topónimos compuestos como Añaquito, Ananquito o Iñaquito que la cartografía representa en el espacio que correspondió a la laguna ubicada en el Norte de la meseta del mismo nombre (Servicio Geográfico Militar, 1932).

Otro argumento del mismo autor señala que “es probable que la importancia de Quito nacía de su localización estratégica que de su estatus demográfico o político”, esto es, un cruce de caminos importante en el territorio de la hoya del río Guayllabamba, un eje en dirección Norte-Sur por la sierra que se mejora y consolida en tiempo inca para integrarse al Camino del Inca o Capac Ñan, y en el otro eje de Este a Oeste con regiones de la amazonía y la costa de donde se extrajeron importantes recursos para el intercambio en los mercados prehispánicos, es decir un espacio con límites físicos destinado al trueque, a las relaciones interculturales y transregionales.

Quito, como término compuesto Añaquito, recuerda a la división ritual de Anan y Urin, que aparece por primera vez en el Acta de fundación de la Villa de San Francisco de Quito del 28 de agosto de 1534¹⁴. Este documento reitera el topónimo “Quito” como una provincia, es decir un territorio conquistado: “A conquystado e pacifficado estas prouyncias de Quyto e a placido A nuestro señor que los mas señores e prencipales e yndyos dellas estan como están pacificos...” (1° LCQ t1:25).

El 20 de abril de 1537 en el “expedientillo de tierras” en donde se registran las tierras repartidas a españoles el término “añagito” se refiere a la estancia de Martin Gallego que está en el desaguadero de la laguna, entre el ejido por arriba y la laguna de “añagito” por la banda de abajo. Ese mismo día se

¹⁴ El acta de fundación de la Ciudad de Santiago de Quito es similar al de la Villa de San Francisco de Quito en cuanto a contenido. Se refiere al mismo espacio de Quito.

le proveyó de otra estancia para puercos que está entre el desagadero de la laguna de “añaquyto” y por otra parte hacia “zánbiza” (1° LCQ, 1535 - 1537, pág. 144). La escritura cambia pero se refiere al mismo sector que tiene como referencia la laguna y el camino de Zánbiza, entre las laderas del cerro Guangüiltagua y el cerro Amagasi o Monteserrín, topónimos que corresponden a sectores del Quito del siglo XXI.

Hacia 1547 el cronista Pedro Cieza de León mencionó el término “Quito” en su paso por este lugar a los trece años de la fundación española, y lo asocia al prestigio de un territorio cuando escribió: “...a estos aposentos tan reales y principales llamaban los naturales Quito, por donde la ciudad tomó denominación y nombre del mismo que tenían los antiguos”. En esta descripción Cieza no precisa si se trata de señoríos étnicos o incas pero de acuerdo con el contexto de su descripción “los antiguos” se refiere a la población anterior a los incas. En su paso por Quito nuevamente menciona “Pasado este campo de Añaquito, se llega luego a la ciudad de Quito...” (Cieza de León, Pedro, 1984, pág. 114) dando a entender que el territorio de Añaquito fue un espacio diferente al de la fundación española, poblado por agricultores.

La relación escrita de Pedro Cieza de León y las actas del Cabildo cuyas referencias mencionan a Añaquito como sector de laguna y espacio agrícola se verifica en los hallazgos geológicos y arqueológicos cuya prueba son los camellones prehispánicos encontrados en este espacio¹⁵. De este modo se puede asociar el antiguo Añaquito con los montes de Guangüiltagua y Amagasi, en donde se encuentran los sectores de Iñaquito, El Inca y El Batán¹⁶. Su representación espacial corresponde a un territorio antes que a un punto específico. Según Juan de Dios Navas los Quitos estuvieron ubicados en la loma “Guangüiltagua de Guápulo” que corresponde a la loma de Bellavista, localización que coincide con los sectores antes señalados, en el lado oriental de la laguna de Añaquito, en las laderas del monte Guangüiltagua, entre la quebrada Grande y la quebrada de Zánbiza. Según estas fuentes y los topónimos de la cartografía de 1989 se

¹⁵ Marcelo Villalba y Alexandra Alvarado han realizado artículos relacionados con los camellones en Quito (Villalba M. A., 1999).

¹⁶ Los sectores mencionados han sido tomados del plano de Quito de 1972, producido por el Instituto Geográfico Militar y el plano topográfico del Municipio de Quito, 2000.

puede inferir una localización espacial aproximada del señorío de los Quitos en la meseta de Quito.

Por lo expuesto se deduce que Añaquito y la ciudad de Quito fueron emplazamientos diferentes, el primero fue prehispánico, de tipo disperso, pre inca y el segundo de origen hispánico de tipo urbano. Este análisis permite contribuir a la hipótesis de que la fundación de la Villa de San Francisco de Quito fue ex - novo (*Gráfico 7*).

Una recopilación realizada por Miguel Angel Puga en 1991 encuentra varios significados del topónimo “Quito o Quito” que se añaden a los significados anotados y tienen relación con un territorio habitado, entre ellos: “‘Quito’, como artículo definido en el sentido de país y ‘Quitos’ para referirse a la población”. Cita a Francisco de Xerez (1534) para describir una batalla mantenida entre incas y los Quitos en ese año, producto de la cual los Quitos fueron vencedores; en esta circunstancia los prisioneros fueron llevados “al Quito” lo que demuestra la asociación del topónimo con un territorio habitado.

El padre Juan De Velasco en la Historia del Reino de Quito es quien difunde el topónimo como “Reino de Quito” al referirse a un territorio cuya extensión fue mayor a la del actual Ecuador. Garcilaso De la Vega, cronista peruano también habla de un “reino de Quito cuyo cacique principal tuvo el mismo nombre”, es decir el territorio y el cacique tuvieron el mismo nombre, aspecto que reseña Salomon. La categoría de “reino” permite percibir territorios de importancia y de extensión significativa pero en este caso no se puede cuantificar la extensión.

En la misma fuente se cita al doctor Manuel Moreno Mora quien señala “Todo topónimo se basa generalmente en un carácter relevante de la naturaleza, de índole geográfica, botánica, zoológica”, aseveración que confirma la asociación entre el topónimo “Quito” con un territorio, tierra, país.

En esta línea Luciano Andrade Marín dice: “Quito significa etimológicamente ‘población de las quebradas’” y añade que el cacique llevaba ese nombre sin embargo no señala la fuente. En 1578 el cabildo le pide al cacique de Zánbiza Don Pedro de Zánbiza se encargue del arreglo de

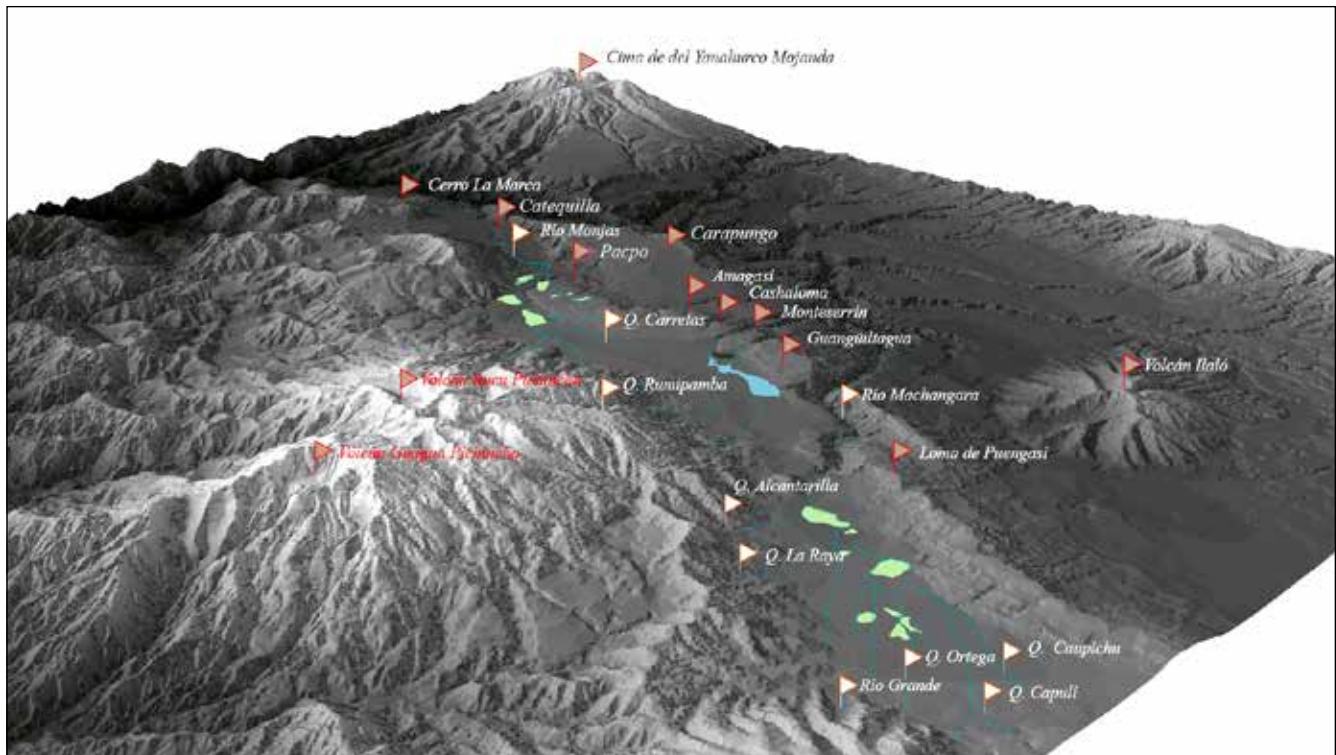


Gráfico 7. Topografía de la meseta de Quito
Fuente: Carta topográfica 1989. Instituto Geográfico Militar. Ecuador (IGM)

camino real entre Guayllabamba hasta Quito y para ello convocó a los Caciques de “Añaquito y Cotocollao; a los del valle de Calacalí y Pomasqui; Zambiza, Nayón, Tanta y los Quitos” (Puga, 1991, págs. 7-12). Esta cita documental da a entender que Añaquito y Quito fueron señoríos diferentes aunque por la localización de los sectores citados en el documento coincide con las laderas del monte Guacagüiltagua en el lado noreste de la meseta de Quito según la cartografía de Quito de 1989.

Otra referencia de Cieza y del cronista peruano Felipe Guamán Poma de Ayala, ambos en el siglo XVI afirmaron que el inca Tupa Inca Yupanki decidió en un momento determinado establecer en Quito “otro Cuzco”, y encargó a su hijo Huayna Cápac esta misión, es decir el topónimo “Quito” traspasó la frontera de la meseta para ser identificado con una categoría similar a la del Cuzco, la antigua capital del Estado Inca con un prestigio ya adquirido.

El uso del término Quito ha tenido connotación espacial y territorial. Con la creación de la Real Audiencia de Quito en 1563, el nombre designa a

un territorio que forma un triángulo con uno de sus lados en la costa del Pacífico y los otros dos hacen vértice en la desembocadura del río Amazonas en el Océano Atlántico. Con la independencia de España, los países de América del Sur se reconfiguraron entre 1809 y 1830, en este último año nació la República de Ecuador, un territorio que se identifica con la línea ecuatorial y la ciencia, y el término Quito para su capital, un centro administrativo, político y cultural que concentra a todas las identidades del país. Es decir una línea y un centro, nociones que permanecen y se fortalecen con el tiempo.

Entre 1830 y 1949 se editaron varios mapas del país con la redefinición de sus límites que reconfiguraron un territorio cada vez más pequeño luego de las sucesivas campañas bélicas con sus vecinos. Los textos escolares y los atlas geográficos incluyeron la compleja historia de límites del país. En 1942, luego de la firma del Protocolo de Río de Janeiro, el Ministerio de Relaciones Exteriores editó un atlas con un cuidadoso estudio de lugares, presentados de manera cronológica y de acuerdo con momentos políticos relevantes; en este documento, el mapa de la Audiencia de 1689 representa las áreas de la

amazonía correspondientes a las misiones religiosas católicas con un punto denominado “Misión Iquitos”, al pie del río Marañón en la confluencia cercana con el río Napo. Este correspondió a la Compañía de Jesús cuya sede estuvo en Quito, lo que sugiere un desplazamiento del topónimo.

Una breve reflexión sobre el término Quito y su relación con el de Ecuador: luego de indagar sobre el topónimo en un territorio marcado por dualidades se evidencia que el término no es frecuente en la región, es antiguo y se pierde en el tiempo, alude a un territorio marcado por puntos y líneas, acumula prestigio, tiene connotación espacial y territorial al mismo tiempo.

Quito como capital y Ecuador como país identifican otra dualidad: un significado ancestral en el nombre de su capital y la dimensión científica moderna en el nombre del país. Al parecer en el significado ancestral de Quito está contenida una conciencia colectiva de vivir en un “centro”, en la “mitad del mundo” o ser “hijo del sol”, un lugar en donde el sol simboliza la vida desde las culturas agrícolas. El significado de Ecuador ratifica en el siglo XVIII desde la matemática y la física, y la precisión de la medición del cuadrante terrestre, una conciencia de pertenecer a un centro cuyo sinónimo es la verdad de la ciencia.

La etnohistoria y la arqueología aportan información sobre el topónimo de Quito como lugar de intercambio interregional de la hoya y la presencia de alrededor de diez señoríos étnicos situados en las laderas del volcán Pichincha (Salomon, Frank, 2011) (Del Pino I. d., 2004); incas y españoles valoraron su posición estratégica manteniendo el nombre de “Quito” para formar una ciudad sui géneris en la que el paisaje natural y la gente han creado un ambiente particular en el tiempo. En ese tiempo ancestral, la meseta de Quito reunió todas las condiciones de una geografía sagrada y espacio de liturgia y ritualidad: agua y fuego, laguna y volcán, en un suelo de alta fertilidad.

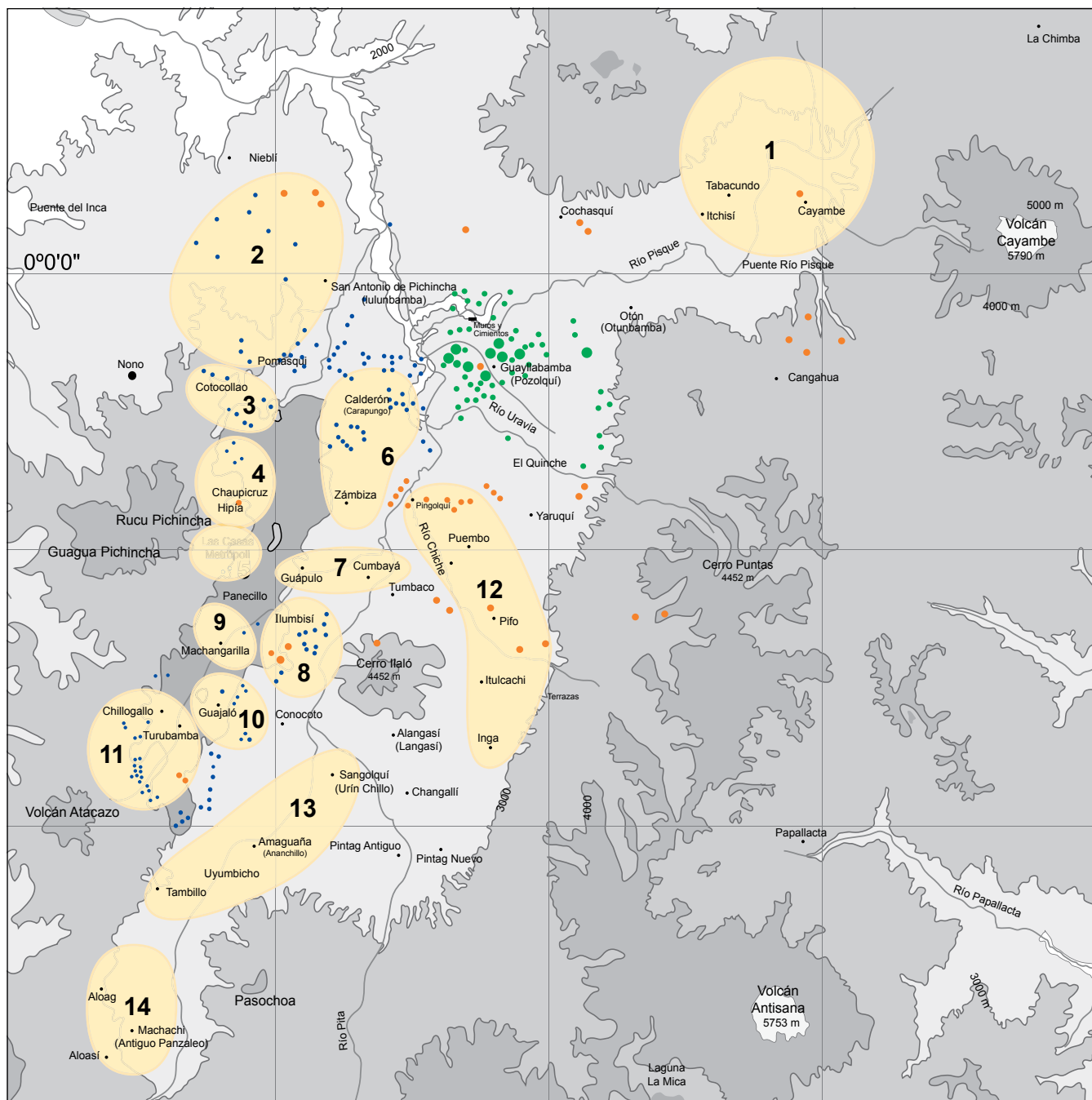
La existencia de un espacio poblado, la abundancia de recursos naturales y el valor simbólico del lugar influyeron sin duda en los Incas para fundar un “otro Cuzco en Quito” que fue un proyecto truncado por la fundación española de la “Villa de San Francisco de Quito” en 1534. Una Villa

equivalía a un asentamiento de tercer orden en la organización jurídico administrativa de los virreinos en América, no obstante, el 14 de marzo de 1541 Quito pasó a ser Ciudad, y en este rango acumuló otras distinciones que contribuyeron a su prestigio y rango de capital: el 8 de enero de 1545 se erigió en obispado y el 29 de agosto de 1563 se la declaró capital de la Real Audiencia de Quito. Posteriormente con la independencia, en 1830 se convirtió en capital de la República del Ecuador. En 1978 Quito fue declarada “Patrimonio cultural de la Humanidad” por UNESCO.

Vale añadir a su prestigio y rango de ciudad el haber sido el punto de partida de expediciones de conquista que tuvieron como objetivo la fundación de ciudades como Portoviejo, Cali y Popayán en el siglo XVI (Salcedo Salcedo, 1996). Desde Quito también partieron expediciones hacia la amazonía para la evangelización y el descubrimiento de nuevos territorios. En la transición hacia la independencia, Quito fue una de las primeras ciudades en Latinoamérica en donde surgió un movimiento político en favor de la liberación de España en el siglo XVIII.

Durante la colonia se puso de relieve la localización de la ciudad de Quito en el equinoccio. En el siglo XVIII, la misión científica liderada por Charles Marie de La Condamine dio una interpretación diferente a la geografía sagrada prehispánica que se mantuvo en segundo plano y a la colonial, escondida tras un ropaje religioso. De esta manera, el trueno, el eco, el espíritu de la montaña cobra una interpretación razonada que influye en las élites ilustradas de la Audiencia de Quito y posteriormente influirá en el nombre del país republicano, Ecuador.

Cuatrocientos años más tarde, en el plano de Quito de 1932 el término descrito en la colonia como Añaquito pasa a “Iñaquito”, este mantiene su localización aproximada descrita por cronistas y documentos jurídicos, hoy se adopta este nombre para un sector urbano y desde 1970 el topónimo se lo adoptó también para el nombre del primer centro comercial de arquitectura moderna de la ciudad.



- | | | |
|----------------------------------|--|-------------------------------|
| 1. Cayambe | 6. Posible ubicación de grupo Collahuaso | 11. Chillogallo |
| 2. Collahuazos, Pillajos, Zámbez | 7. Confederación Valle Tumbaco | 12. El Inga- Pueblo Pingolquí |
| 3. Cotocollao | 8. Ilumbisí | 13. Ananchillo- Urinchillo |
| 4. Hipía (Chaupicruz) | 9. Machángara y Machangarilla | 14. Grupo Panzaleo |
| 5. Las Casas-Metrópolis | 10. Guajaló | |

Gráfico 8. Señoríos étnicos en la Hoya de Guayllabamba

Fuente: Tomado de "algunas reflexiones sobre el Ecuador Prehispánico y la ciudad inca de Quito".

Dimensiones del territorio llamado Quito

Por circunstancias históricas y políticas, la dimensión del territorio de Quito cambió con el tiempo: el primero corresponde a la dimensión del Quito prehispánico que según Salomon corresponde a un número de señoríos ubicados en la hoya del río Guayllabamba, es decir una relación estrecha entre la geografía vertical, la distribución de recursos naturales y los asentamientos humanos (Gráfico 8).

El segundo es el “Quito de las cinco leguas”, usada a menudo por cronistas coloniales para referirse a una delimitación jurídica que se reduce con el tiempo. Para 1664 contiene a las poblaciones de:

Alangasí, Amaguaña, Conocoto, Cotocollao, Chillo, Chillogallo, Guápulo, Guayllabamba, Ñaquito, Lumbisí, Machangarilla, Píntag, Puembo, Tumbaco, Turubamba, Yaruquí, Zábiza, pero también a Cayambe, Panzaleo, Quinche, Tabacundo, así como Alausí, Ambato, Angamarca, Chimbo, Ibarra, Latacunga, Otavalo, Pilaló, Pillaro, Saquisilí, y Tocachi (Municipio de Quito, 1995, pág. IV).

Las últimas 11 ciudades mencionadas en la delimitación de las actas de 1664 están situadas fuera de la hoya de Guayllabamba y no conforman una unidad territorial mientras que las demás se encuentran dentro de la mencionada hoya a la que pertenece Quito y forman una unidad. Para este año no aparecen dentro de la jurisdicción los pueblos de Pomasqui, Lulubamba, Perucho y Puéllaro; a pesar de que en el expedientillo de tierras el cabildo asignó tierras a españoles en estos espacios, lo que confirma la reducción del área de las cinco leguas (Gráfico 9).

El padre Cicala define las cinco leguas en el siglo XVIII como una jurisdicción compuesta por todos los pueblos que están sujetos y gobernados por el magistrado de la ciudad, en este caso el gobernador de Quito (Cicala, 1994, pág. 152). La descripción del padre Cicala muestra que la división jurídica de las cinco leguas se mantuvo durante el periodo colonial y el cabildo fue la institución que administró las obras públicas con un presupuesto escaso que salió de las rentas propias denominado “fondos de propios”. Cuando se requería realizar obras de alguna envergadura el Presidente de la Audiencia

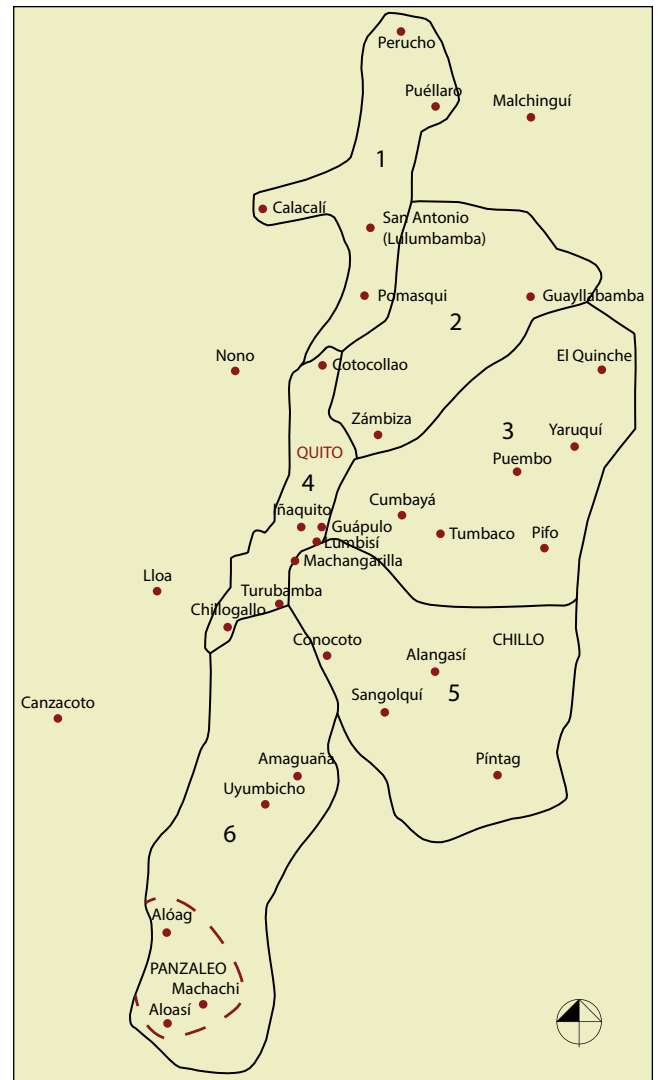


Gráfico 9. Quito de las cinco leguas.
Fuente: Actas del Cabildo de Quito 1664-1669

o el gobernador solicitaba apoyo económico a las familias pudientes y las obras se realizaban con la colaboración voluntaria u obligada de la población, práctica que continuó hasta el siglo XX.

El tercero se ubica en tiempo de la República con cambios radicales en la legislación para establecer una división territorial que corresponde a provincias, cantones, parroquias urbanas y rurales; el concepto de las cinco leguas se desconfiguró pero quedaron los pueblos que se convirtieron en capitales parroquiales y Quito como un cantón de la Provincia de Pichincha, que contiene a algunas parroquias. La institución denominada cabildo pasó a denominarse “municipio” que se financió con impuestos para la realización de obras públicas.

Un cuarto cambio significativo se produjo con el crecimiento de la ciudad fuera de la meseta en la década de los noventa. En 1996 se restructuró la entidad municipal conocida como “Ilustre Municipio de Quito”, ésta amplió sus límites integrando a las parroquias rurales en un territorio que se denomina Distrito Metropolitano de Quito que llega a ocupar gran parte de la hoya. El cambio representó la descentralización de la administración y gestión pública, la división de la ciudad tiene catorce “zonas” para fines operativos, cada una con autonomía, sin embargo depende de una oficina central de emite los lineamientos generales de planificación del Distrito.

En resumen, el topónimo “Quito” según varias fuentes corresponde a una lengua local hablada entre los señoríos de Quito, está asociado con el sol; la dualidad; un lugar de quebradas; territorio; con lo equinoccial; todos coinciden en destacar un aspecto relevante de índole geográfica.

Según la versión del cacique Don Pedro de Zámbriza y Pedro Navas se podría identificar una localización aproximada del asentamiento de este señorío en las estribaciones del monte Guangüiltagua entre las quebradas conocidas como “quebrada Grande” y la “quebrada de Zámbriza”, en la parte Este de la meseta de Quito. También se desprende de la descripción del encargo a Don Pedro que el topónimo “Quito” y “Añaquito” están asociados a territorios diferentes en los primeros años de la colonia.

La localización de restos arqueológicos y huellas materiales de la presencia de un señorío en el monte Guangüiltagua hay por el momento una que corresponde a un conjunto de tumbas encontradas en este monte (hoy Museo Capilla del Hombre). Desgraciadamente las fuentes son escasas como para realizar una afirmación que contribuiría a componer el paisaje prehispánico de Quito; estas pistas demandan mayor profundización y análisis a partir de otras evidencias y fuentes.

En otro aspecto, el topónimo Quito designa durante la colonia a un territorio de mayor tamaño que el actual Ecuador y por otra a la ciudad colonial de San Francisco de Quito que denomina a la ciudad que es la capital de la Audiencia de Quito, cuyo patrono es San Francisco.

Capítulo I

El territorio de Quito

El Territorio de Quito

Para poner en contexto el título del capítulo he tomado una descripción de la “Historia del Reino de Quito”¹⁷ escrita en el siglo XVIII que a manera de bisagra permite entender las permanencias y los cambios entre pasado y presente en Quito, capital de la Audiencia en sus dos siglos de vida dentro del sistema político colonial en cuanto a la topografía y el emplazamiento de la ciudad.

El autor de la “Historia del Reino de Quito” fue el jesuita riobambeño Juan De Velasco (1727-1792). La descripción expone la imagen de la memoria del historiador, escrita desde su exilio en Faenza (Italia). El teólogo, filósofo e historiador describió a Quito y la contextualiza en los siguientes términos:

El plan de la ciudad tiene muchas desigualdades, a excepción del centro, y está rodeado de pequeñas montañas y deliciosas colinas. Se estrechan éstas en la parte de la ciudad, y se abren luego en dos espaciosas amenísimas llanuras. La que está al Norte, con nombre de Ñaña-Quito y se dilata por algunas leguas, es memorable por la batalla en que murió el primer Virrey del Perú Blasco Núñez Vela, ganándola Gonzalo Pizarro, el 18 de enero de 1546. La que se dilata mucho más explayada, por la parte del Sur, con nombre de Turubamba, fue célebre en tiempo del Inca Huaynacápac, porque siendo el cuartel de su grande ejército, formaba una continuada población de algunas leguas. Baña la ciudad por el Oriente el pequeño río Machángara, compuesto de las vertientes del Panecillo, pequeño monte cónico perfecto, que domina tan inmediato a la ciudad, que sus fábricas suben hasta la tercia parte de su altura de 100 pértigas de París. Fue celeberrimo en la antigüedad por el templo del Sol y las columnas de observatorios, que estaban en el pequeño plan de su cumbre, que se hizo tronca para ese efecto.

Los varios torrentes que bajan del Pichincha, por la una parte, atraviesan ocultamente la ciudad toda, bajo de arquerías y sirven para su limpieza por los portines. Bajan también muchísimos conductos de bellas aguas, que sirven para innumerables fuentes públicas y

privadas, siendo varias de ellas de excelente arquitectura. Abierta y desmantelada la ciudad por todas partes, tiene la perfecta figura de una entera piel extendida, con brazos, piernas y demás desigualdades provenidas del terreno. De ninguna parte puede verse toda, porque la impide alguna de sus prominencias, por lo que carece de buena vista y aspecto. Su extensión comprendidos los arrabales, viene a ser como de una legua de diámetro o de media legua, si se toma solamente lo principal del centro (De Velasco, 1841, pág. 101).

El texto expone la imagen de un territorio, “una piel extendida” en donde la naturaleza se impone con una serie de hitos naturales u objetos que delimitan la vista, regulan las alineaciones y perspectivas desde dentro de la ciudad que en el siglo XVIII, según Velasco, estuvo dotada de servicios públicos. Se deduce que esta ciudad estuvo dividida en tres partes, aunque Velasco resalta dos: una la llanura del Norte destinada a ejido, otra, la ciudad misma al centro, y una tercera, destinada también a ejido en el Sur, con una estructura física estable, floreciente.

En su memoria, obtenida de la historia, pone en vigencia hechos relevantes del pasado que se mantenían vivos en ese entonces: la muerte del Virrey, la pertenencia de este territorio al imperio Inca, y el culto al sol como centro de la cosmovisión ancestral. De esta manera, en forma breve pero consistente caracterizó a Quito con sus componentes de cielo y suelo, y eventos de la historia y la memoria, a la que añade su interpretación antropomorfa de Quito.

La descripción del padre Juan De Velasco es una visión espacial del territorio, encuentra unos límites o bordes que encierran un paisaje en el que se identifican hitos u objetos de tipo natural y contruidos, dispuestos de una manera particular que únicamente los tiene Quito y no otra ciudad. Queda sobreentendido que la población del siglo XVIII se identificó con el pasado ancestral y reciente que evoca.

La lectura sugiere definir en unos casos y precisar en otros, los aspectos del espacio y el territorio, el paisaje y el lugar. El espacio urbano está referido en cuanto a su condición física. El espacio físico cubre la superficie del territorio que es entendido como geografía, y sobre ésta se forma un espacio que constituye una atmósfera. El territorio tiene como

¹⁷ La “Historia del Reino de Quito” fue escrita en 1789. Es considerada la primera historia del Ecuador ya que tuvo vigencia en la educación escolar hasta el final del siglo XX en que se escribió la “Nueva Historia del Ecuador” bajo un enfoque diferente.

elementos básicos la superficie, unos límites físicos y la pertenencia a un grupo social.

El espacio físico es tridimensional, contiene a los objetos construidos o naturales dispuestos en el territorio en un sistema de espacios, estos objetos tienen una geometría: para Christian Norberg-Schulz (1926 - 2000) el término geometría implica “una medida celeste en la superficie de la tierra”, es decir una correspondencia entre suelo y cielo y la vida que se desarrolla entre los dos. Las formas construidas y la organización del espacio forman llenos y vacíos que son específicos de cada lugar, el espacio tiene una o varias funciones o usos, y significados que componen “una imagen del ambiente que recibe el hombre, es decir un sistema estable de relaciones tridimensionales entre objetos significativos” (Norberg Schulz, Christian, 1997, pág. 144 y ss).

El paisaje se describe usualmente como la configuración del territorio, compuesto por elementos naturales de la geografía y elementos artificiales que son construidos por el hombre; al respecto, Milton Santos (1926 – 2001) define el paisaje:

El paisaje es el conjunto de formas que, en un momento dado, expresa las herencias que representan las sucesivas relaciones localizadas entre hombre y naturaleza. El espacio es la reunión de esas formas más la vida que las anima (Santos, 2000, pág. 86).

De estas lecturas se desprende que el paisaje y espacio no son sinónimos. Espacio es un concepto amplio, incluye a los objetos naturales y construidos del territorio y sus coordenadas no cambian. El paisaje está dotado de significados, éstos pueden cambiar con el tiempo, cobran vigencia y se renuevan en la larga duración y contribuyen a la noción de “ambiente”.

Norberg-Schulz señala que el lugar es una totalidad mayor o menor, sea del paisaje o del interior de un edificio. Denomina arte del lugar a la generación de una imagen del mundo, ésta se genera en el espacio, indaga la situación existente entre el hombre-medio y es dinámica. “Lugar y espacio como un sistema de lugares es una condición necesaria para hallar un sitio firme donde hacer pie existencialmente” (Norberg Schulz, Christian, 1997, págs. 194, 195).

De este modo, en el arte del lugar confluye el espacio físico, el paisaje y los significados que le dan sentido.

En este encuadre teórico, el análisis del espacio urbano de Quito es una oportunidad para demostrar que las preexistencias culturales han incidido en la construcción de una totalidad mayor, la de un lugar singular en los Andes, y al “ambiente” del espacio urbano de la ciudad construida, que ha sido cambiante en la historia. El interés de la tesis es reconocer las imágenes del mundo que se tejen en la historia de esta ciudad.

En la percepción del ambiente andino está la manera en que su gente encuentra un sitio firme para vivir. En ese sentido Josef Estermann (1956) sostiene que la cosmovisión andina tiene los elementos de una filosofía, al igual que la occidental, con características propias que se insertan en una visión particular del mundo, un pensamiento “vivido y vivo en la actualidad con raíces muy hondas”. La interrelación prolongada con otras culturas ha hecho que el habitante andino maneje fluidamente el diálogo entre culturas por lo que su enfoque de la vida es intercultural:

El enfoque intercultural subraya la importancia del diálogo (o polílogo) entre culturas, en este caso entre la cultura andina y la occidental, o filosóficamente hablando; entre los paradigmas filosóficos andino y occidental... no se trata de una filosofía orientada por la reflexión económica (Teoría de la dependencia, marxismo neoliberalismo), sino sobre todo cultural (filosofía intercultural) (Estermann, 1998, págs. 62-63).

La visión intercultural permite fluir entre una y otra cultura, en unos casos mimetizándose en la otra cultura, otras veces conciliando o reaccionando de manera violenta y sorpresiva para los otros; esta manera dificulta la comprensión de la historia pero al mismo tiempo obliga a comparar la mirada local con otras miradas más amplias, universales, como mirar a través del espejo o a través de un prisma, condiciones necesarias para entender el lugar de Quito.

Estermann desentraña de la filosofía andina aspectos espaciales que son de utilidad para encontrar algunas preexistencias culturales en el

estudio “el individuo (andino) como tal es ‘nada’, un no ente, si no se halla en una red de múltiples relaciones”, las relaciones involucran al espacio y al tiempo, por lo tanto son entidades de reflexión constante; la filosofía andina enfatiza las cualidades no visuales como el tacto, el oído y el olfato, a más de la vista que complementa en igualdad de condiciones con los otros sentidos la percepción del mundo¹⁸. El “runa” como define Estermann al ser andino “escucha” a cada uno de los objetos naturales y “siente” la realidad¹⁹:

La realidad no es la razón, sino una serie de capacidades no racionales (que no son irracionales), desde los sentidos clásicos, sentimientos y emociones, hasta relaciones cognitivas parapsicológicas (presentimientos, afectaciones psicosomáticas, comunicación telepática). El runa “siente” más la realidad más que la conoce y piensa (Estermann, 1998, pág. 102).

La racionalidad andina según este autor no puede ser homologada directamente con la “razón” occidental sino en sistema de pares. La racionalidad “es un modo de concebir la realidad, una manera característica de interpretar la experiencia vivencial, un modo englobante de entender los fenómenos, un esquema de pensar, una forma de conceptualizar nuestra vivencia, un modelo de re-presentar el mundo” (Estermann, 1998, pág. 88) En esta racionalidad se inserta un principio de la filosofía andina que es lo relacional, es decir la interacción de lo racional y lo no racional entre el todo y las partes, en doble sentido y de manera permanente. Derivado de este principio, identifica otros como la reciprocidad, la complementariedad y la correspondencia en todos los aspectos de la vida material y espiritual que se tejen y están contenidos en lo relacional, por lo tanto en la racionalidad andina.

¹⁸ La cultura occidental prioriza la visión sobre los demás sentidos.

¹⁹ El verbo rikuy (ver) contiene el sufijo reflexivo (-ku) para indicar que no se trata de una acción unidireccional (sujeto-objeto); el verbo uyariy (escuchar) está compuesto por la raíz uya que significa “cara”, y el enclítico reponsivo -ri que actúa como tópico en las preguntas que han ocurrido previamente. El verbo tupayuy (tocar, palpar) es el reforzamiento de tupay (encontrarse, verse) con el sufijo aumentativo -yu; el verbo mallicuy (saborear) es el reflexivo del mally (probar). La sensibilidad y sensibilidad andinas no dan preferencia al “ver”, y por lo tanto, la racionalidad cognoscitiva no es en primer lugar “teórica” (theorein) sino más bien emocio-afectiva (Estermann, 1998, pág. 101).

Una relación que interesa por su carácter espacial es la concepción entre el macro cosmos y el micro cosmos, en correspondencia con todas las categorías y niveles. Las esferas celestes corresponden al *hanaq pacha*, la realidad de lo terrenal al *kay pacha* y la esfera del inframundo al *ukhu pacha*, en una correspondencia de todas las partes y el todo y viceversa (Estermann, 1998, pág. 125).

Lectura del territorio

En una ciudad andina, con una topografía particular de montaña, el análisis sugiere la división del espacio geográfico de Quito en tres capas con el fin de vincular la noción de lo alto y lo bajo en la construcción del ambiente urbano a partir de la manera en que los habitantes prehispánicos la comprendieron y que ha llegado hasta nuestros días.

Una primera capa corresponde al *hanaq pacha* o el mundo de lo alto, las cumbres de las montañas y el cielo; en esta altura se tienen vistas panorámicas con perspectivas hacia la cordillera de los Andes, sobre los 3.000 metros en que comienza el páramo, es el mundo de “lo alto” al que se accedía por caminos difíciles según los viajeros y científicos del siglo XVIII.

La capa celeste tiene características particulares en la zona ecuatorial por estar en la mitad de los dos hemisferios y tener la posibilidad de mirar los fenómenos telúricos que suceden en el Norte y en el Sur, predecir la bondad de las cosechas para el campesino; y, para el ciudadano un atractivo visual que compone una bóveda o “techo” que cobija a los habitantes, un macro cosmos que da seguridad; el cielo fue también considerado también el lugar de los dioses para indígenas y los primeros españoles.

El 6 de diciembre de 1534 a las seis de la mañana el cielo de Quito exhibió dos parejas de estrellas muy brillantes con Orión en la mitad; ésta es la constelación que rige la zona ecuatorial. La primera pareja fue Venus y Marte y la segunda fue Urano y Saturno. Ambas están asociadas con dualidades, que coinciden en el cielo de Quito. Venus y Marte confrontan la belleza y la guerra, mientras que Urano y Saturno lo viejo y lo nuevo (*Gráfico 10*).

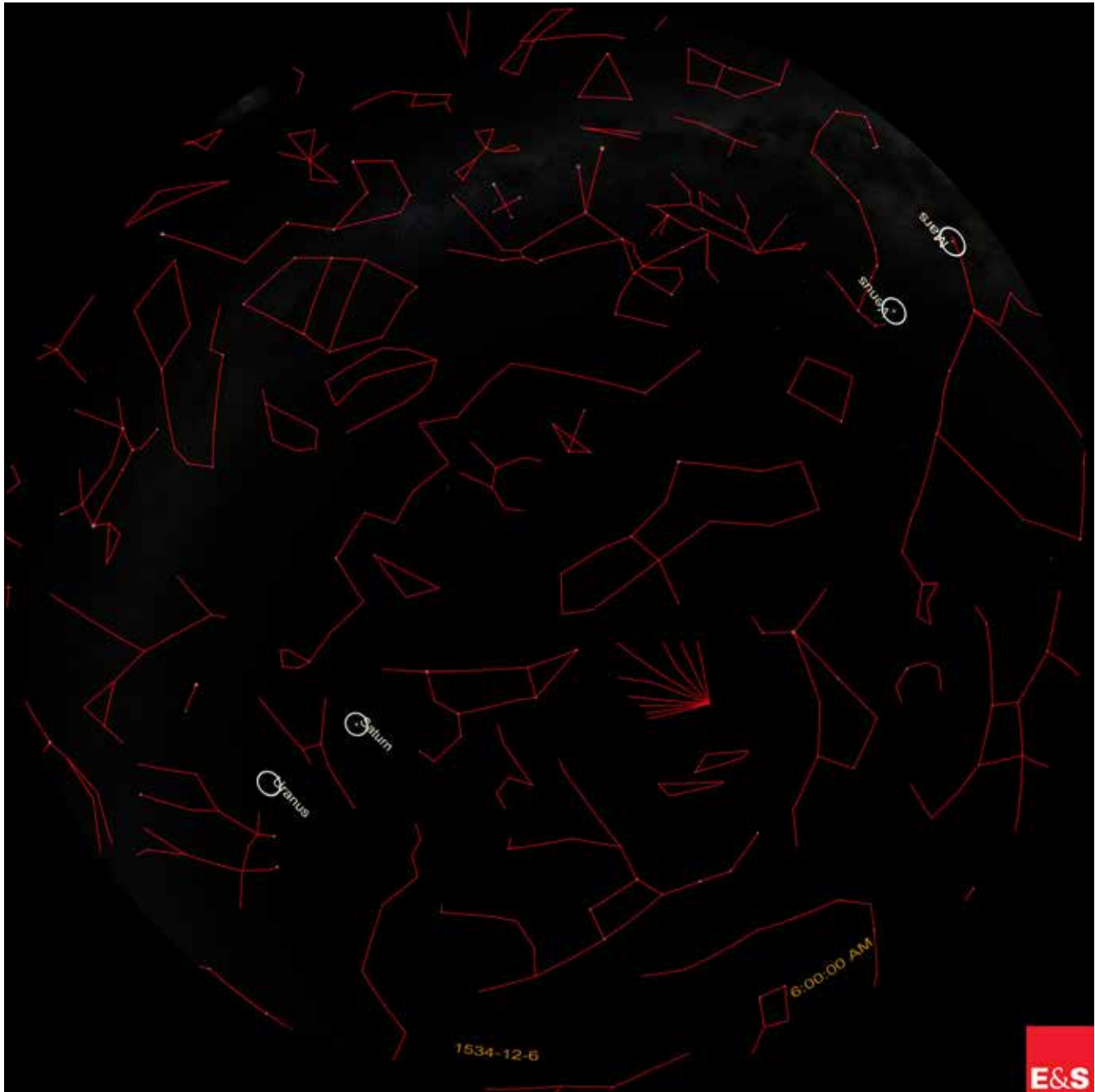


Gráfico 10. Cielo de Quito el 6 de diciembre de 1534
Fuente Instituto Geográfico Militar

La segunda entre los 3.000 y 2.800 metros se la podría llamar de transición entre lo alto y lo bajo, que corresponde al *kay pacha*, un espacio intermedio que relaciona “lo alto”, es decir el panorama y el cielo con el mundo de abajo, el *ukhu pacha*. El *kay pacha* es la superficie del territorio en donde se produce la vida urbana. Estas relaciones no son lineales sino en espiral y por ciclos, se llega a un punto por aproximación: Llano chico, Llano

grande; Guamaní alto y Guamaní bajo, en lugar de un sistema de coordenadas. La nomenclatura urbana y los topónimos explican de esta manera algunos sectores.

Los topónimos denominan a los objetos naturales del territorio; designan a nombres compartidos por una colectividad y su huella se encuentra en el territorio. En el caso de Quito la presencia de un

“lugar” con topónimos antiguos reconocidos por una colectividad sugiere un lugar con una memoria ancestral; algunas palabras permanecen en uso pero sin significado y en otras con significado proveniente de lenguas indígenas, unas y otras vigentes hasta la el siglo XXI. “El lenguaje expresa el contenido del “mundo de la vida”, y el hecho de que las palabras se estructuran en una gramática indica que las cosas se dan en un sistema de relaciones recíprocas” (Norberg Schulz, Christian, 1997, pág. 28) (*Gráfico 11*).

En el lugar de Quito las laderas del volcán Pichincha y algunas cimas de las lomas son miradores hacia la ciudad y hacia la Cordillera de los Andes que están en una jerarquía mayor. Las cumbres permanecen cubiertas la mayor parte del tiempo por nubes pero todos conocen que están ahí. En determinados días del año, el panorama se despeja y la cordillera exhibe la belleza y predominio de los volcanes, este hecho no deja de producir sorpresa por su monumentalidad y belleza. En ciclos de un siglo o más las erupciones han sido eventos que activaron el *kay pacha* y el *ukhu pacha*, al mismo tiempo para producir otro tipo de sorpresa unida al miedo, una forma de belleza sublime en la naturaleza, unida al horror de “perder el lugar” cuando el suelo se mueve y el día se hace noche.

En el *kay pacha* o la segunda capa están las lomas que constituyen barreras topográficas y visuales inmediatas, permiten la mirada parcial de la ciudad y desde la cima los panoramas fuera de ésta, diferentes de los que se divisan desde las montañas de mayor altura; en este corte aparecen planos verticales que muestran paisajes contrastados de ciudad y montaña, y ciudad-ciudad.

En este estrato están la mayor parte de los edificios, plazas y parques de Quito, es la piel extendida del territorio, el mundo a ras de suelo desde donde la montaña y el cielo de color azul intenso aparecen como el referente de lo alto, al final de la calle, sobre los techos de las casas que se miran desde lo bajo. Entre estas cotas se camina por una superficie ondulada siguiendo la cuadrícula de la ciudad que a través de cierres y aberturas de la trama e intersticios entre los edificios se ven las lomas y hondonadas de la meseta.

La tercera capa se la ha establecido desde los 2.800 hacia el subsuelo, el *ukhu pacha* o el mundo de abajo y está conformado por el lecho de las quebradas cuyos fondos descienden 11 metros en las más profundas, el sistema de alcantarillado, las corrientes de aguas de las quebradas de la ciudad, y también la arqueología, las capas geológicas y las historias de fugitivos.

De este modo se identifican al menos tres planos horizontales de análisis, uno panorámico con visuales hacia afuera de la ciudad, un segundo intermedio con visuales hacia adentro y hacia afuera de los límites que establecen las lomas, y un tercero que discurre por lo bajo, de tipo subterráneo.

El Hanak pacha, el mundo de arriba

En la hoya de Guayllabamba, tres volcanes se alinean en la cordillera Real: Cayambe (5.790 m.), Puntas (4.075 m.) y el Antisana (5.753 m.) este último hacia la cordillera Oriental, están alineados de manera equidistante de Norte a Sur. En la cordillera Occidental está el volcán Pichincha con sus dos puntas, el “Rucu” (4.784 m.) y el “Guagua” (4.698 m.). El día del solsticio de verano, el 21 de junio el sol sale por detrás del volcán Cayambe, en el equinoccio del 20 marzo y 21 de septiembre el sol sale detrás del volcán Puntas, y en el solsticio de invierno el 21 de diciembre el sol sale detrás del volcán Antisana (*Gráfico 12*).

Los cuatro volcanes que pocas ocasiones están descubiertos, están presentes tras las nubes y esto forma parte del misterio que los envuelve, se los mira a la distancia con excepción del Pichincha y son parte de la jerarquía superior de montañas de Quito. Desde el tiempo prehispánico fueron objeto de observación y formaron un sistema de relaciones que tienen como centro los ciclos de la vida: las siembras, las cosechas, eventos singulares, las lluvias y las sequías. En el Ecuador los días y las noches son iguales en todo el año, por esta razón la aparición del sol por lugares distintos y su recorrido debió generar el sentido del tiempo, crear imágenes del lugar a partir de la luz y la sombra, y la presencia tutelar de la montaña nevada que al mismo tiempo es volcán.

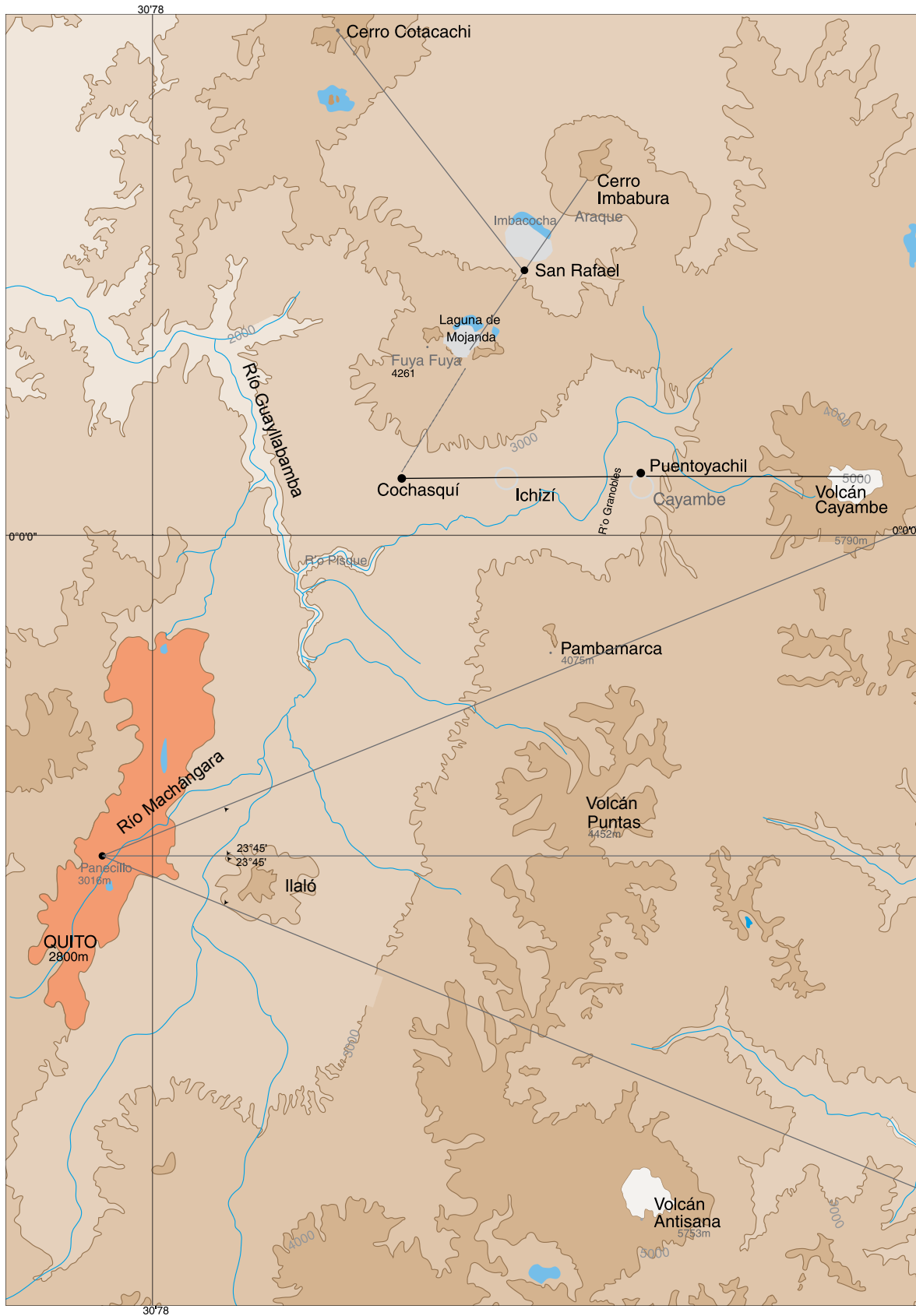


Gráfico 11. Solsticios y equinoccios en la geografía sagrada de la hoya del río Guayllabamba.

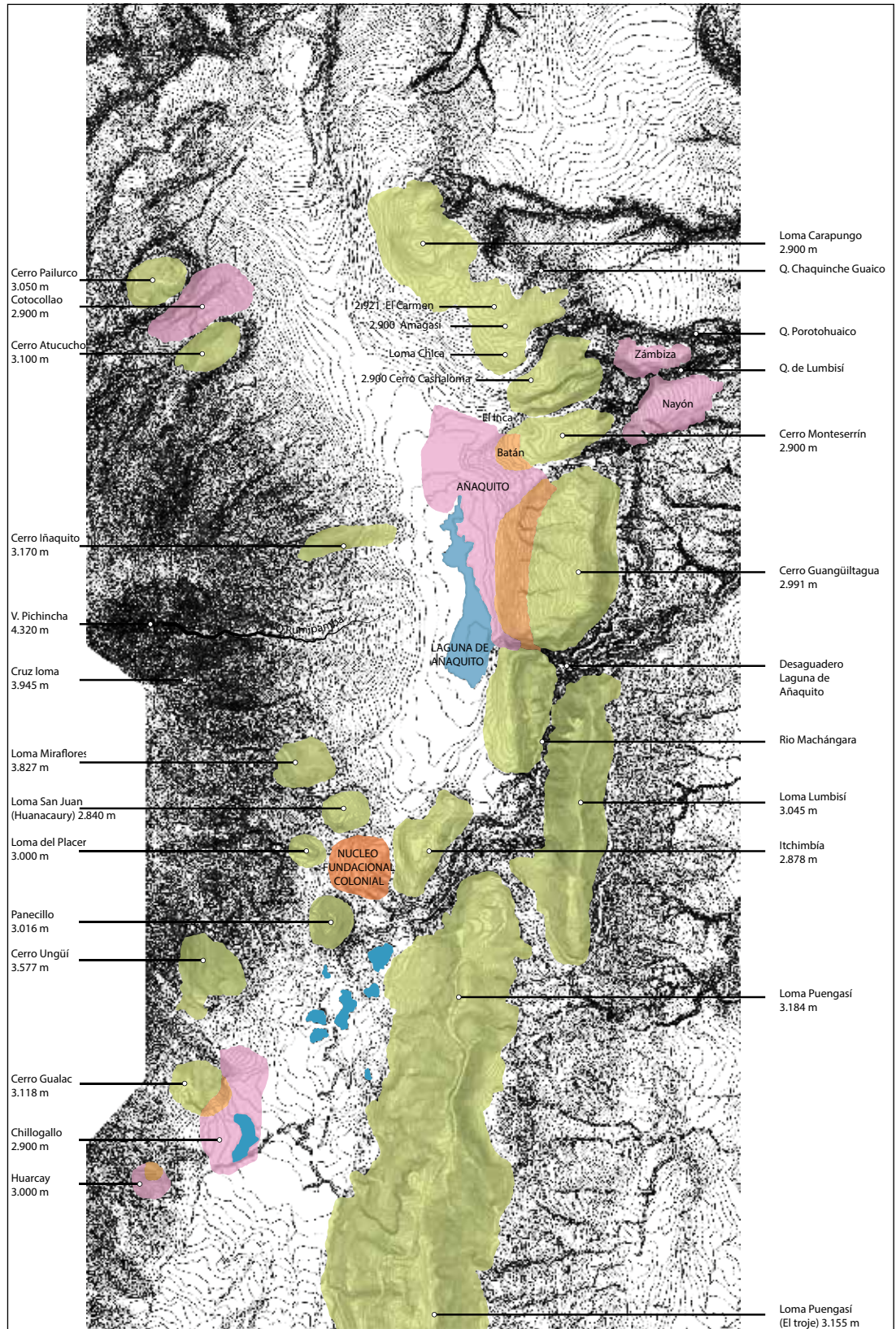


Gráfico 12. Topografía de la meseta de Quito



Gráfico 13. Fachada de la iglesia de San Agustín.

Texto grabado en el frontis: Año de 1660 a 27 de octubre reventó el volcán de Pichincha a las 9 del día. Año de 1662 a 23 de noviembre sucedió el terremoto. Esta portada mando hazer el P. M. Basilio de Ribera siendo Provincial. Comenzóse el año de 659 y se acabó el de 669

Transcripción de la Inscripción en español de siglo XVII labrada en la fachada de piedra de la iglesia de San Agustín, bajo la ventana del coro.

Foto Colección Ch. Hirtz

El Pichincha

El mundo de lo alto se lo encuentra en el significado del volcán Pichincha y la relación con otros volcanes de similar altura en la cordillera Real. Éste ocupa un lugar de predominio en la meseta de Quito, con 4.784 metros en el pico más alto, el “Rucu Pichincha”, con su cráter apagado, y 4.698 metros en el cráter del “Guagua Pichincha” asentado sobre una amplia base que delimita a la ciudad por el Oeste.

Los dos cráteres, uno antiguo y cerrado, y otro abierto y activo, sus dos cimas el “Rucu” y el “Guagua” (viejo y niño) son topónimos que sugieren una relación filial masculina entre padre e hijo o entre abuelo y nieto. En otras regiones del Ecuador también existen montañas caracterizadas por género y espíritus que habitan en sus laderas, éstos se relacionan con lagunas, ríos y montañas menores para componer una geografía animada que ejerce su poder sobre los humanos²⁰. Al tener poderes, las montañas merecen respeto y miedo al mismo tiempo que dan protección y consejo para los humanos, esta puede ser una razón para llevar ofrendas a las huacas, y pedir “permiso al cerro” cuando ascienden a sus laderas. Si no lo hacen puede llover, cubrirse con neblina espesa, o, puede sufrir algún percance.

²⁰ En la Provincia de Imbabura es notable la familia conformada por “taita Imbabura” y “mama Cotacachi”, en el centro del país la presencia del “taita Chimborazo y la “mama Tungurahua” una pareja adulta en la que se interpone “la Cotopaxi” como mujer joven, estos imaginarios están presentes en la población, los montes protegen a la población, son invocados en una oración, junto con santos católicos, en las curaciones y tratamientos de salud.

El Pichincha tiene una recurrencia volcánica en espiral de 500 años, las huellas se encuentran en los estratos de las quebradas y cortes de las laderas: en el 600 d.C., 1.100 d.C., 1660 d.C. y 1999 d.C. (Hall, 1998). Sobre la de 1660 testigos del evento aseguraron que el día se hizo noche, el testimonio de la erupción quedó grabado en la fachada de la iglesia de San Agustín que en ese momento estuvo en construcción. El 26 de junio de 1627 un nuevo temblor cuarteó el edificio lo que motivó la intervención de peritos y “personas que entienden de edificios y labores de casas...” (Justo, 2008) (Gráfico 13).

En la jerarquía mayor de montañas antes señaladas los significados de Antisana (montaña joven, agua, fuente de vida) y también (montaña oscura), y Pichincha (viejo y joven al mismo tiempo) componen dualidades evidentes: viejo-niño, joven-adulto, masculino-femenino, oscuro-claro, que corresponde sobre todo a etapas de la vida humana y la sociedad. No se conocen otras relaciones de parentesco entre montañas pero se puede entender que formaron un sistema con significados profundos para la sociedad agrícola andina.

Entre las huellas que quedan en Quito como parte de las piezas del panteón andino Cristóbal Landázuri, antropólogo ecuatoriano, realizó en 1990 un estudio sobre la evangelización en América Latina, y encontró piezas de la geografía sagrada en el espacio ecuatoriano. El autor señala que en la Audiencia de Quito existieron varios sistemas religiosos locales ligados a los señoríos preincaicos.

En el panteón norandino encontró la existencia de varios dioses cuya jerarquía fue de dioses mayores, menores y personales, en lugar de uno solo dios creador. Los adoratorios, denominados “huacas” podían ser fijas o móviles. Las fijas se refieren a objetos del territorio como cerros, nevados, ríos, lagunas. Las huacas móviles eran ídolos que representaron a hombres, animales o plantas. A más de las huacas había pacarinas o pacariscas que fueron divinidades que representaban el “origen o lugar de origen”. Cita la definición de Cristóbal de Albornoz, canónigo español del siglo XVI:

...tenían que llaman pacariscas que quieren dezir criadoras de sus naturalezas son diferentes formas y nombres conforme a las provincias unos tenían piedras otros fuentes y ríos otros cuevas otros animales y aves otros generos de arboles y de yerbas... (Landázuri, 1993, pág. 284).

Con la incursión inca en el actual Ecuador se produjo una superposición de cultos que dificulta la identificación de dioses preinca e inca. En todo caso, por datos de Albornoz se pudo identificar las huacas principales de la región de Quito: “Las dos huacas principales eran el Piccinça (Pichincha) y el nevado Yllinca (Iliniza)” (Landázuri, 1993, pág. 297).

El volcán Pichincha realizó una erupción importante en 1660 seguida de un terremoto en 1662 que dejó ver la vitalidad de los Andes en donde la naturaleza siempre manda. La erupción o el terremoto, que son dos fenómenos geológicos independientes, fueron interpretados como un castigo de Dios, un llamado a la conversión de los infieles y el arrepentimiento de los pecados según sugiere el padre jesuita Bernardo Recio (1713 - 1791) al referirse al terremoto de 1751:

¿quién podría hacer cabal relación de lo que pasó en Quito? ¿Qué misiones, qué procesiones, qué penitencias se hicieron? Pareció aquellos días como otra Nínive, en que con la universal compunción y penitencia general parecía ir a competencia los indios y demás gente de bajo color con los españoles. De hecho, Dios se aplacó, serenóse el cielo y la tierra volvió a su quietud (Recio, 1947, pág. 383).

Al estar asociado el terremoto y la erupción al castigo divino para españoles e indígenas fue el momento en que el símbolo se reafirmó y consolidó el equilibrio social, en este caso, la naturaleza y el volcán ponen en evidencia que “la relación cielo-tierra es fundamental, crea la identidad y la tensión, consolida lenguajes por el adjetivo, es la unidad y pluralidad del medio” (Norberg Schulz, Christian, 1997) (*Gráfico 14*).

Por otra parte, haciendo una analogía con la práctica en otros lugares de América es conocido que los conquistadores colocaron cruces en las huacas indígenas; el plano de 1734 representa una cruz sobre el monte Panecillo, lo que permite asumir que este monte formó parte del panteón de huacas sagradas con un rol importante en la observación de solsticios y equinoccios, aunque las evidencias físicas hubieran desaparecido. Otra cruz importante en la toponimia de Quito es el sitio de “Chaupicruz” que denomina a una cruz solitaria en el campo, era un cruce de caminos en donde en la Colonia y durante la República se esperaba a los viajeros que venían del norte de la Audiencia, Pasto, Bogotá o Cartagena, hoy se denomina la “Y”. Una tercera cruz se sitúa al Sur, en la parte alta de Guamaní y sirvió de referencia para asignar estancias a los primeros conquistadores. De este modo el espacio de Quito fue delimitado y protegido por las cruces en la división de caminos e hitos naturales que controlan el territorio.

Dos pinturas de los milagros de la Virgen de Guápulo representan el cielo y la tierra como una totalidad, como una imagen del mundo: “Los milagros de la Virgen de Guápulo” y “procesión durante la sequía”, las pinturas fueron realizadas entre 1699 y 1706 por Miguel de Santiago (1633? – 1706), pintor quiteño del siglo XVII. Las obras tienen interés porque no recrean el panorama europeo o un paisaje imaginario como tema de fondo sino que toma el paisaje de Quito en donde se pueden identificar las lomas, montañas, caminos, la arquitectura de la ciudad; es una de las pocas representaciones de paisaje andino en la colonia, el autor no copia el paisaje de Quito sino que dispone montañas en el horizonte con un perfil, ritmo y tamaño familiar para el quiteño en una composición artística que hace énfasis en el poder de lo divino para mitigar la calamidad.



Gráfico 14. Cuadro del terremoto en Quito
Fuente: Colección Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito

En “La procesión durante la sequía” se representa una procesión de la virgen de Guápulo hacia Quito, los campos secos, las lomas más importantes de la ciudad: el Panecillo, el Itchimbía, San Juan, el ejido y el camino hacia el Norte. En la loma cercana se encuentra el rollo, símbolo de justicia, en el sitio en que hoy se encuentra el edificio de la Asamblea Nacional, y una capilla que recuerda la que se construyó luego de la batalla de Añaquito en que murió el Virrey Blasco Núñez de Vela.

La ciudad se la distingue borrosa en el fondo y en la mitad superior del cuadro están las montañas de mayor altura cuyas formas sugieren el volcán Pichincha y el Atacazo, volcanes sagrados que evocan el fuego desde tiempos ancestrales, y en el cielo la virgen con lo que la obra congela el momento del milagro. Carmen Fernández Salvador, historiadora ecuatoriana, piensa que la exhibición

de este tipo de obras evoca en los creyentes esa geografía sagrada prehispánica.

En esta obra Miguel de Santiago eleva el punto de vista para mirar el panorama de Quito y la procesión, este recurso fue utilizado en su tiempo en Europa, según Ángel Justo, historiador y biógrafo del pintor, éste conservaba en su casa pinturas de paisajes españoles y sugiere que algunos de estos pudieron servir para inspirar los suyos (Justo, 2008, pág. 31) (Gráfico 15 y Gráfico 16).

El padre Juan De Velasco mencionó la existencia de un culto prehispánico al sol y a la luna cuya jerarquía fue de “deidades principales”, conoció por informantes dos lugares en los que se realizaban observaciones y ritos en los solsticios y equinoccios, el cerro Panecillo y la loma de San Juan:

Su religión idólatra era la adoración pura y sencilla del Sol y de la Luna, que observaban continuamente. En la ciudad capital de Quito le fabricaron un templo al Sol, en la altura hoy llamada del Panecillo, con la puerta al Oriente, guarnecida de dos altas columnas que eran los observatorios de los solsticios, para la regulación del año solar que seguían. Pusieron 12 pilastras en contorno del templo, que eran otros tantos Gnomones²¹, para señalar por su orden el primer día de cada mes. Fabricaron otro templo a la Luna en la opuesta correspondiente altura, que hoy se conoce con el nombre de San Juan Evangelista (De Velasco, 1841, pág. 10. Libro1).

La arqueología no ha verificado las bases de los mencionados templos pero encontró indicios de terrazas de cultivo y una ofrenda en el Panecillo, canales de piedra en San Roque y otra ofrenda en el cerro Itchimbía (Domínguez, Victoria, 1996), a más de la cruz graficada sobre la cima del Panecillo en el plano de Quito de 1734 que sugiere su condición sagrada. Los gnomones fueron columnas construidas para la medición de los ciclos de los solsticios y equinoccios. Si el Panecillo es el lugar en el cual hoy en día se pudo ensayar la medición de solsticios y equinoccios y su relación con las montañas tiene alguna lógica la colocación estratégica de una cruz cristiana que evoca la antigua práctica.

En un salto temporal, en el siglo XVIII la expedición científica francesa al mando de Charles Marie de La Condamine (1701-1774) ascendió al Pichincha, al cerro Corazón y a dos montañas de menor altura: Pambamarca y Shangalli para realizar triangulaciones como parte del proyecto de comprobación de la forma de la tierra. La descripción de la meseta de Quito no difiere de las de sus antecesores. En su primera ascensión al volcán Pichincha escribió:

A medida que ascendía, el bosque se despejaba; muy pronto no veía más que arena y, arriba rocas desnudas y calcinadas que bordeaban el lado septentrional del volcán Pitchincha. Llegado a lo alto de la pendiente, fui presa de un asombro mezclado de admiración, ante el aspecto de un largo valle de cinco a seis leguas de ancho, entrecortado de torrentes que se reunirían para formar un río;

²¹ Barra cuya sombra proyectada indica las horas en un reloj de sol (www.google).



Gráfico 15. Miguel de Santiago. "Procesión durante la sequía", óleo sobre lienzo. 137 x 137 cm. Santuario de Guápulo.
Foto Colección Ch. Hirtz



Gráfico 16. Posible localización del punto de vista del artista para la realización de la pintura.
Foto Colección Ch. Hirtz

a pérdida de vista, contemplaba extenderse campos cultivados con diversidad de llanuras y praderas, pendientes de verdura, pueblos, aldeas rodeadas de cercas vivas y de huertos; en la lejanía, la ciudad de Quito cerraba esta sonriente perspectiva (De La Condamine, 1986, págs. 12, 13).

La mirada del científico en este caso no puede ser indiferente a ese hábito que encierra a la sorpresa que escribe y luego parecería que se arrepiente; el volcán no está en frente sino bajo su pie; el científico no comenta sobre las huacas ni sobre el espíritu del volcán sino sobre temas tangibles como los tesoros y la curiosidad de los quiteños que le llamaron la atención:

La montaña del Pitchincha como la mayor parte de las que son de difícil acceso, pasa en el país como rica en minas de oro y, además, de acuerdo a una tradición muy acreditada, los indios súbditos de Atahualpa, Rey de Quito, en el tiempo en que el territorio fue conquistado por los españoles, escondieron en el Pitchincha una gran parte de los tesoros que llevaban a todas partes para rescatar a su señor, cuando conocieron el fin trágico de este Príncipe.

Mientras acampábamos en ese lugar, dos personas de Quito, conocidos de Don Antonio de Ulloa que participaba de nuestro trabajo, tuvieron la curiosidad, acaso en nombre de toda la ciudad, de saber lo que hacíamos por tanto tiempo en esta casi aérea región... Nos encontraron más provistos de nieve que de agua y se hizo un gran fuego para darles a beber el hielo; pasaron con nosotros parte del día y en la tarde volvieron a Quito, donde hemos observado desde entonces la fama de ser una clase de hombres extraordinarios (De La Condamine, 1986, págs. 29,30).

Si bien para La Condamine el Pichicha fue un medio que servía a un objetivo de interés para la Academia de Ciencias del mundo, los quiteños curiosos y desconfiados no estaban convencidos de este objetivo, y estaban tras las evidencias que demostraran lo contrario. En primer lugar no comprendieron para qué subían a las montañas con equipos y permanecían varios días, la sospecha fue que buscaban tesoros. Otra versión fue que detrás de la misión científica se escondía el contrabando de ropa y objetos prohibidos, y tenían como prueba la venta que La Condamine hizo de sus trajes en un

momento de apuros económicos. La asimetría entre la ciencia y el rumor cotidiano se hacen evidentes en este pasaje, dos mundos que dialogan en claves diferentes, la premodernidad y la modernidad:

Las dos cadenas de montañas que bordean el valle de Quito se extienden más o menos del norte al sur. Esta situación era favorable para la medición de la meridiana y nos ofrecía en forma alternativa sobre una u otra cadena de puntos de apoyo para terminar nuestros triángulos... Por otra parte no solo no había camino abierto que condujera de una señal a otra sino que a menudo era necesario atravesar, dando largos rodeos, quebradas formadas por los torrentes de lluvia y por la nieve fundida y cavada algunas veces hasta 60 u 80 toesas de profundidad, de las que tendré la ocasión de hablar todo el tiempo. Los indios las llamaban Uaicu y los españoles quebradas... con frecuencia los indios que nos servían de guías nos abandonaban en el camino o en la cima de la montaña donde acampábamos y pasaban muchos días hasta poder reemplazarlos (De La Condamine, 1986, págs. 43-44).

Otra asimetría fue el trato con los indígenas que participaban como portadores y cargadores de equipos y abastecimientos. Para La Condamine el volcán era un objeto de trabajo, para el indígena un símbolo, un dios con poderes, un lugar para los elegidos, una montaña que habla, el acceder a ella sin pedirle permiso podía significar una afrenta con el consecuente castigo del viejo Pichincha. En esta visión de desconfianza o de menosprecio a la geografía sagrada, se puede entender el retiro permanente de los hitos dejados por los científicos y el abandono por parte de los indígenas causaron molestia y preocupación más de una vez:

1737. Partimos de Quito el 14 de ese mes para trabajar seriamente en la medición de los triángulos de la meridiana; subimos primero al Pitchincha el señor Bouger y yo, y fuimos a instalarnos junto a la señal que yo había colocado un año antes, a 970 toesas sobre Quito... Don Antonio de Ulloa se desmayó y tuvo que ser llevado a una cueva cercana donde pasó la noche (De La Condamine, 1986, pág. 28).

A las dificultades técnicas y de apoyo logístico se sumaron los problemas personales entre los miembros de la Misión. La muerte de Senierges en Cuenca, las diferencias personales entre La Condamine y los geógrafos españoles quienes fueron enviados por la corona española en calidad de acompañantes y veedores de lo que el francés hacía. Por qué registró La Condamine en su diario el desmayo de Don Antonio de Ulloa. Lo escrito da lugar a varias lecturas no exentas de ironía, el navegante no cumplía su función fiscalizadora en la Misión, su participación fue un estorbo antes que una colaboración, incompetencia para ejercer la misión. El desmayo de Antonio de Ulloa fue producido por lo que comúnmente se denomina “soroche”, una afectación fisiológica producida por el ascenso brusco y la falta de oxígeno que trae como consecuencia los síntomas de mareo, malestar general y hasta pérdida de la conciencia, frecuente en quienes no acostumbran subir a las montañas. Las circunstancias que rodearon al científico y las condiciones con las que tuvo que lidiar en suelo americano para lograr su objetivo tienen un largo relato en su diario publicado (De La Condamine, 1986).

La admiración por el volcán se hizo evidente una vez más en los científicos cuando La Condamine lo comparó con las montañas de Europa, su colaborador Bouguer lo denominó “el Vesubio de Quito”, la ascensión al Pichincha y el tenerlo cerca fue un reto, alcanzar la cumbre significó disciplina, preparación física y resistencia al clima, aspectos que sus propios compañeros no soportaron.

Para concluir con el significado del volcán Pichincha hago mención al himno a Quito, escrito en 1912, en plena época liberal por Fray Bernardino Echeverría (1912 – 2000) y la música compuesta por Fray Agustín Azcúnaga (1885 – 1957), cuya segunda estrofa no puede evadir el significado de esta montaña en tiempo de independencia pues en sus faldas se llevó a cabo la Batalla del Pichincha, el 24 de mayo de 1822, con la que se imprimió la independencia de España, ésta dice:

En las faldas inmensas del monte,
tu grandeza buscó un pedestal,
para henchir tu ambición de horizonte,
y colmar tu ansiedad de ideal.

En la República, la pintura del paisaje tomó como motivo los volcanes y montañas andinas para expresar un mensaje político de libertad y nuevo orden; en el siglo XIX el paisaje se convirtió en un instrumento político para crear la idea de lo propio y el sentido de pertenencia del país llamado Ecuador. El paisaje está en el escudo, en la letra del himno nacional (Kennedy, 2008). La diversidad del paisaje de las diferentes regiones del país se encuentra dibujada, pintada y descrita por los viajeros y artistas como verdaderas, de esta manera, las condiciones particulares de la localización del actual Ecuador, las características geológicas, geográficas y humanas son redescubiertas con un enfoque humanístico.

El Panecillo

Las montañas de mayor jerarquía se relacionan con montes menores del kay pacha o la segunda capa de análisis, algunos de ellos son vinculadores o ejes estructurantes del territorio como el Panecillo y el Ilaló.

El Panecillo (3.016 m.) ha tenido más de un nombre en la historia: Yavirac (sin traducción), Ñahui o Ñahuirá (ojo), Sungoloma (del quichua, loma corazón) y Panecillo asignado por los españoles. A más de ser observatorio en la antigüedad hoy es la loma más importante del núcleo fundacional; como objeto natural sirve de referencia para establecer las proporciones aproximadas de la meseta, aspecto que no es de conocimiento común, su longitud en sentido Norte-Sur es de un kilómetro, unidad que relaciona las partes del espacio urbano, influye en el clima, el viento y la visibilidad del Norte y el Sur.

El monte Panecillo divide la meseta en dos partes, aparece en el plano de 1734 con una cruz en la cima, que se podría interpretar como la imposición del símbolo cristiano sobre uno anterior, a esto se sumaría la referencia de columnas de observación de solsticios y equinoccios De Velasco, ensayado por Gustavo Guayasamín quien en 1996 colocó un vértice en la cima del Panecillo en los días de solsticios y equinoccios durante dos años. El ensayo verificó la salida del sol detrás de los volcanes de la cordillera Real con un ángulo de 23°45' hacia el Sur en el solsticio de invierno y de manera simétrica en el solsticio de verano (Guayasamín, 1996), lo que sugiere una relación entre cielo y tierra desde

un hito “relacionador”²² que se inserta como una pieza clave en la estructuración del territorio prehispánico, entre la tierra y el sol, un sistema conexo de relaciones entre el hombre y el medio.

Internamente en el espacio fundacional el Panecillo forma un sistema con el monte San Juan Evangelista (Huanacari), y el Itchimbía (Anahuarqui) separan al núcleo fundacional de los ejidos, cierran el espacio del núcleo fundacional que se ve protegido por las lomas y por los accesos que son limitados: dos por el Sur y uno por el Norte. Como se verá más adelante, el régimen colonial mantuvo la división ritual de Quito y la localización inca que estuvo asentada en las laderas de los montes que controlan los accesos a la ciudad, sitios estratégicos que se visibilizaron en el levantamiento de los barrios en 1765.

Los artistas que han pintado Quito han tomado a esta colina como un motivo de representación desde diferentes interpretaciones, desde el paisaje hasta representaciones abstractas que evocan su forma. Las canciones populares del siglo XX han evocado también su nombre (Gráfico 17).



Gráfico 17. Detalle del Panecillo
Fuente: Plano de Quito 1734

El Ilaló

En la búsqueda de indicios de una geografía sagrada en el área de Quito se encuentra el volcán Ilaló, con 3.188 metros, al Este de la meseta de Quito, este pequeño volcán tiene el cráter visible hacia el occidente por una erupción antigua luego de la que se supone está apagado. El nombre Ilaló tiene varios significados según las fuentes: huaca viva, monte cultivable, lugar que los vio crecer. Su localización en el valle adyacente al Este de la meseta de Quito, divide el valle en dos partes al igual que el Panecillo: el valle de Guayllabamba y el de los Chillos. Tiene varias fuentes de agua termal, junto a un poblado y una iglesia católica. En la ladera Este del volcán hubo talleres de obsidiana construidos hacia el 7.000 a.C. Según comunicación verbal²³ el Ilaló tiene género masculino, y según otras está asociado al rayo (Gráfico 18).

²² El término “relacionalidad” es un aspecto de la cosmovisión andina, lo usa Josef Estermann como “fenómeno de transición” entre los ejes cardinales y el sistema cósmico para lograr interrelaciones ordenadas y fijas. En el presente estudio se usa a menudo la expresión “lo relacional” con el mismo significado.

²³ Informante: Rosa Chiguano, habitante de Lumbisí.

La cartografía de 1930 registra varios topónimos quichuas alrededor del Ilaló: comenzando por la cima se encuentra el topónimo “chacanapata”, chacana significa en quichua “eje de transición o escalera” y “pata” se refiere al final, a una superficie en donde termina algo, puede ser una planicie o un mirador; es el símbolo de la realidad con el todo, representa el puente entre el microcosmos y el macrocosmos, la chacana se representa con la forma de una cruz de brazos iguales que expresa un sistema de dualidades como orden de la cosmovisión prehispánica (Estermann, 1998).

En las laderas se encuentran quebradas que aluden a los eventos volcánicos “turucucho” rincón de lodo, agua caliente; “rumihuaicu” quebrada de piedras, loma “pucalpa” o loma de tierra roja. Vocablos asociados con el espacio y el territorio son: “canincucho”, asigna el lugar en el que se produce el eco. La loma tiene en los cuatro puntos cardinales cimas o sitios de referencia destacados: el Norte el cerro Casanto (sin traducción), al Sur Angamarca (territorio de los Angas, nombre de una etnia del Perú, al Este la loma “Cashaloma”

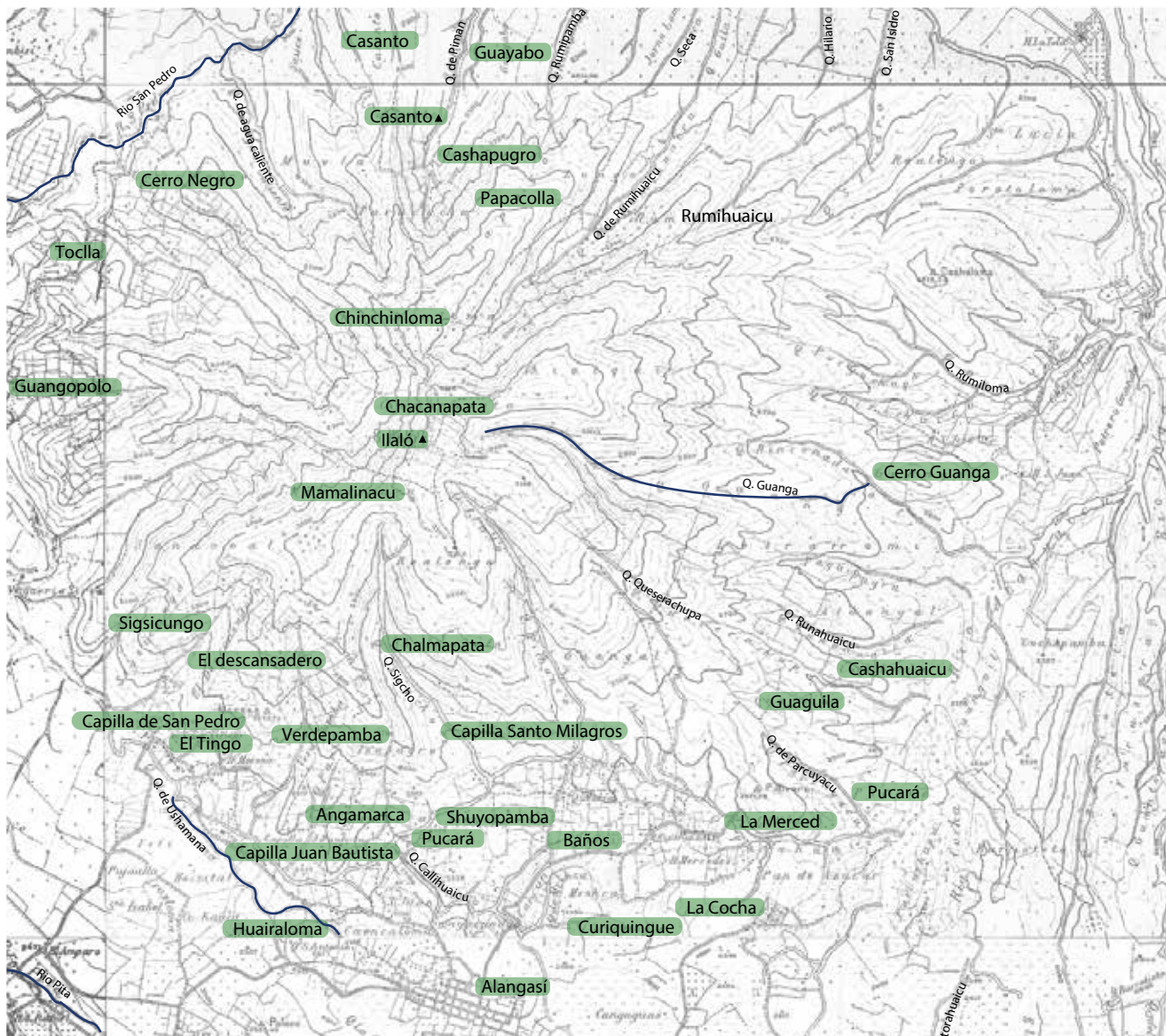


Gráfico 18. Volcán Ilaló,
Fuente: Plano de Quito 1932

(loma de espinos), y al Oeste Guangopolo (guango significa trenza o atado y polo no tiene traducción).

En la base del volcán, en el lado Sur y Este los sitios de aguas termales que llegan a pequeños poblados: “Guangopolo” que no registra capilla; el pueblo de El Tingo con su capilla de San Pedro y piscina; el pueblo de Angamarca (territorio de los Angas) con su capilla dedicada a San Juan Bautista; la localidad de Baños (plano 1930) que corresponde a Alangasi

en el mapa de 1990, (sin traducción)²⁴; La Merced con iglesia y piscina.

24 Con el topónimo encontrado y el concepto de chacana como “estructurador del territorio”, traducción hecha por Ernesto Farinango, quichua hablante de Imbabura y la elaboración filosófica de Estermann sobre la cosmovisión andina, se podría decir que el Panecillo y el Ilaló son “chacanas”, la presencia de cruces en la cima (plano de 1734) para el caso del Panecillo y de varios topónimos quichuas alrededor del Ilaló (la cruz es del siglo XX) apoyan la tesis de que fueron huacas antiguas. Un aspecto que vale puntualizar es que las cimas no están alineadas en la misma coordenada pues hay cuatrocientos metros de diferencia según el plano. Otro elemento divisorio sería la cadena de lomas que se alinean en el lado Este de la meseta y por diferencia topográfica dividen la meseta de los valles en sentido Norte-Sur, en cuyo caso se estaría evidenciando una cuatripartición natural en el territorio, aunque no se dispone de estudios que confirmen esta percepción.

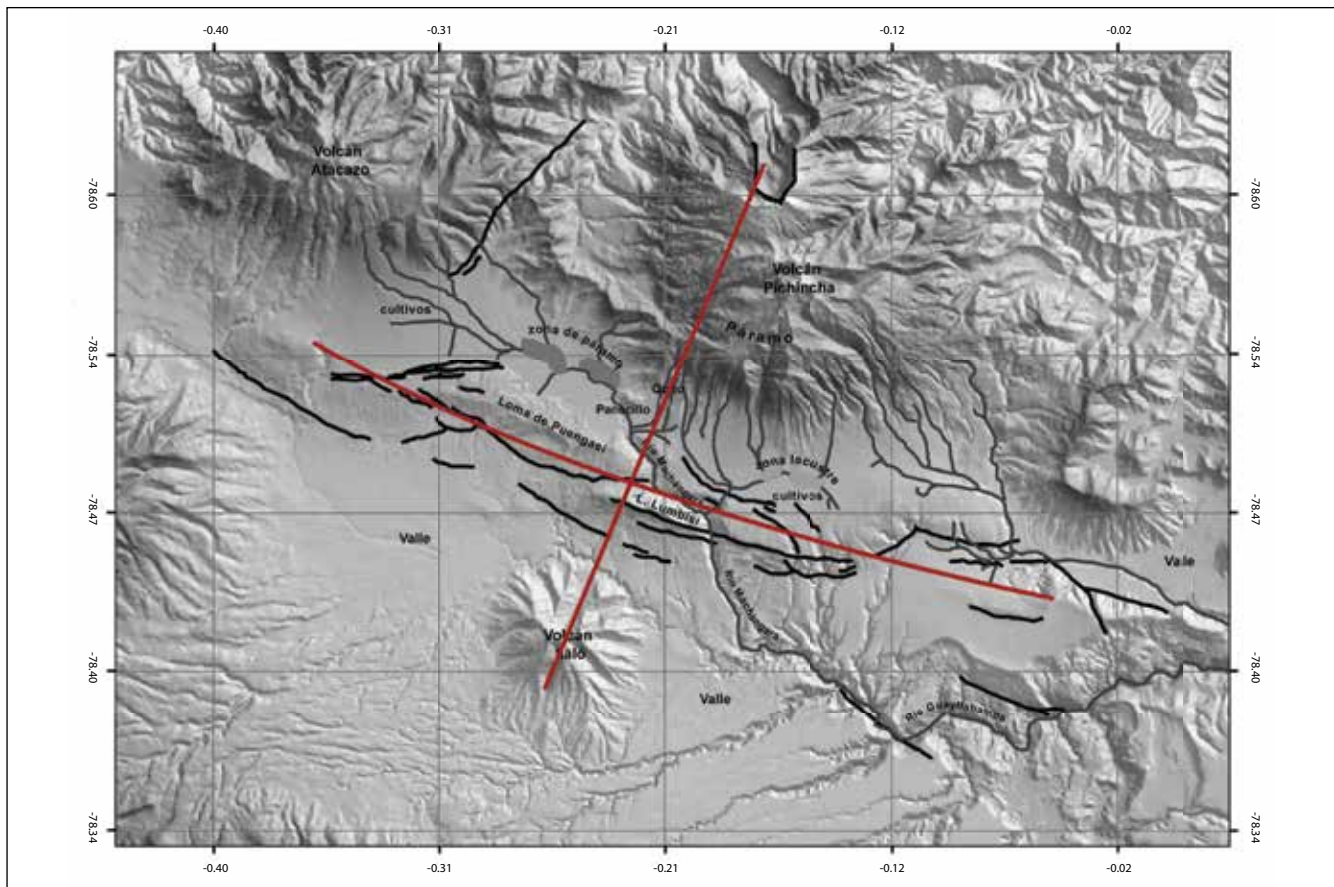


Gráfico 19. Posible cuatripartición del territorio de Quito.
Fuente: Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional. Quito.

El volcán Ilaló es una “Chacana”, es decir un lugar que estructura el territorio, en el plano de 1990 está deformado el término por “Atuhachana”, en donde “atu” podía ser interpretado como “hatun” que significa grande. En ambos planos se dibuja una quebrada “Chacahuaycu”, afluente del río San Pedro, que marca una línea divisoria entre el Hanan y el Hurin, una división dual prehispánica compartida con los incas.

Marín de Terán y Salomon desde la cartografía y los documentos coloniales tempranos notaron la división dual de la meseta con el Panecillo y en el valle con el volcán Ilaló, dos chacanas que dividen el territorio y lo ordenan con recursos naturales diferenciados, cuando el hombre se asienta en este espacio la distribución social y espacial es también diferenciada entre Norte y Sur. Las biparticiones, una a los 2.800 metros de altura y la segunda a los 2.600 metros son paralelas, entre las dos se encuentra una cresta que también ordena el territorio en cuatro partes, ¿fue ésta la visualización aproximada de los incas para decidir construir en Quito otro Cuzco?

Esta correlación entre montañas en la cosmovisión prehispánica permite encontrar las huellas de pasos firmes en la determinación de lugares en el territorio en donde cada una de las partes constituye una pieza de un gran rompecabezas premeditado por la experiencia de caminar por los Andes, integrar significados locales con los panandinos, establecer relaciones geométricas en el territorio con hitos identificados como volcanes, montañas, lagunas y pisos climáticos.

En este sentido, Quito podría ser el resultado de una práctica madura de estructuración territorial llevada a cabo por los Incas, a lo largo de cien años de expansión del Tahuantinsuyo y explicaría de alguna manera la construcción de ambientes que no son ajenos a los del Perú: Ollantaytambo, Pisac, Cuzco (Gráfico 19).

El Kay pacha o el mundo de la mitad

Partiendo desde el presente hacia el pasado, la cartografía de 1932 a 1989 presenta en los topónimos la huella de diferentes lenguas en la segunda capa del territorio de Quito, algunos no tienen traducción y en la medida que se edita nueva cartografía desaparecen con el crecimiento de la ciudad, otros permanecen en el nombre de las calles o de los sectores que se urbanizan; también se encuentran combinaciones de términos quichuas con otras lenguas o con el idioma español (Servicio Geográfico Militar, 1932) (Instituto Geográfico Militar, 1989). La diversidad lingüística sugiere la presencia de voces de sociedades que se asentaron en temporalidades diferentes, con delimitaciones distintas que aparecen como territorios superpuestos que dificulta la identificación de límites, tiempos de permanencia y desplazamientos masivos, un pasado borroso en la medida que se aleja el tiempo.

La cartografía histórica entre 1573 y 1903 representa el espacio de la ciudad colonial construida, las quebradas que atravesaron por el centro, y los caminos de entrada a la ciudad con la referencia de los destinos lejanos: Cusco, Cartagena, Lima, Pasto, y en otros planos unos destinos cercanos como Guayllabamba, Atacames, Esmeraldas. Sin embargo los ejidos y la toponimia del espacio no construido, adyacente a la ciudad queda fuera del plano, no se lo representa. Los nombres de algunas quebradas, haciendas y sectores poblados en los ejidos o las laderas aparecen representados a partir de la cartografía de 1932.

El croquis de 1573 y los planos históricos entre 1734 y 1903 delimitaron a Quito de manera física por las montañas próximas: la loma de San Juan por el Norte, el cerro Panecillo por el Sur, el cerro Itchimbia por el Este, y las estribaciones del volcán Pichincha por el Oeste, esto sugiere que el plano contiene a la ciudad entendida en la idea de “lo urbano” en su organización física, orden social y político.

A partir del plano de 1922, realizado con motivo del centenario de la independencia se graficó a la parroquia de La Magdalena con una disposición de damero en el ejido del Sur, y una parte del ejido del Norte; sin embargo, la historia escrita y las Actas del cabildo nombran a la parroquia de La Magdalena y

el Ejido desde el siglo XVI, la primera como una parroquia de indios y el segundo como espacio de pastoreo de los vecinos de Quito. La cuadrícula colonial de La Magdalena repite el trazado de damero del núcleo central y la disposición de edificios: una plaza con su iglesia que ocupa el lado Sur.

Topónimos en el territorio

El plano de Quito de 1932, elaborado por el Servicio Geográfico Militar, en escala 1:25.000 es una fuente rica en topónimos quichuas y nativos de Quito, sobre todo de los antiguos ejidos y el sector del volcán Ilaló. El levantamiento se realizó en el momento en que los ejidos se pusieron a disposición del mercado inmobiliario.

Por otra parte, el plano de Quito de 1989 elaborado por el Instituto Geográfico del Ecuador, en escala 1:50.000 permite armar la cartografía de la ciudad y los valles en un momento en que la ciudad había llenado la meseta de Quito con una expansión importante hacia el Norte mientras que el Sur estaba en proceso de ocupación. Al mismo tiempo la edición del Atlas Infográfico de Quito publicado en 1992 con información geográfica, social y económica han sido de ayuda para identificar detalles del territorio (*Gráfico 20, Ver pág. 276*).

Los planos de 1932 y 1989 permiten comparar la vigencia de los topónimos provenientes de diferentes tiempos y lenguas indígenas y europeas: quichua, español-quichua, quichua-lengua sin traducción, y lenguas desaparecidas. Los topónimos permiten percibir la superposición de varios “pasados” que al estar juntos en el plano construyen un “presente”, al tiempo que un “nudo de problemas” para interpretar el lugar de Quito a través de varios lentes: las lenguas antiguas y modernas.

Se podría decir que la diversidad lingüística ofrece varias lecturas espaciales del territorio: de tipo ecológico, histórico y cultural pues alude a aspectos relevantes de la naturaleza; posesión jurídica del territorio e historia; asentamientos coloniales o prehispánicos. A manera de ejemplo, al relacionar los topónimos quichuas de las laderas del volcán Pichincha –lado Oeste de la ciudad- se encuentra la evocación al material lanzado por la erupción (rumi o roca), y la caída en un suelo específico de la

meseta, de característica plana (pamba o planicie), el movimiento del material volcánico que sale del cráter y se convierte en roca al caer en la planicie tiene el término compuesto de “rumipamba”. Las evidencias de las rocas en la planicie se pudieron constatar hasta hace 70 años, el sector corresponde hoy en día a una parroquia urbana de Quito que lleva este nombre. “Rumipamba” es entonces una huella antigua de la relación del lugar de Quito con el volcán, con lo alto.

En la ladera Norte del Pichincha se encontraron términos quichuas como “Chimichamba” (lugar del cual sale la hierba), “atucucho” (cueva o escondite del lobo), “rumichaca” (puente de piedra), “rumipamba” (llanura de piedras), Iñaquito (desconocido), cóndor rumi (roca donde está el cóndor), “cóndor huachana” (nido del cóndor), “pambachupa” (borde o límite hasta donde la llanura hace un borde), “ingapirca” (construcción de piedra), “chaupicruz” (cruz solitaria, única en el territorio o en el cruce de caminos), “Iñaquito” (puede ser una deformación de Anan Quito, alude a lo alto).

El sector del Sur de Quito mantiene un número significativo de topónimos sin traducción: “Ungüi”, “Puengasi”, “Conocoto”, “Luluncoto” (rincón de huevos), “Machángara”, “Chiriyacu”, “Epiclachima”, “Guajaló”, “Caupicho”. Son términos quichuas “Urinsayas” (alude a la división del territorio Urin), “Pucará” (construcción militar) y “Guamani”. Unos y otros son usados por la población sin cuestionar su origen o significado. Constituyen huellas del habla de Quito que de algún modo permiten la interpretación cultural en la memoria del territorio.

En este contexto es pertinente señalar que en quichua los términos “ser” y “estar” tienen un mismo vocablo: “kana” que determina el lugar existencial; sin embargo, la diferencia entre el ser y el estar lo asigna el contexto de la oración. ¿En dónde estás? “mai pita kanki”. La respuesta, en Quito: Quito pi kani. ¿De dónde es usted? “Mai manta kani”. La respuesta: “Quito manta”, “manta” se refiere al espacio físico de Quito (Haboud, 2015) (Farinango, 2015). Al ser una lengua de comunicación oral el quichua tiene variantes en la escritura y en la pronunciación dependiendo de la región. La noción de ser originario de un lugar se traduce como

Llajtayoc micani, “soy de este pueblo” o “soy amo de este pueblo” según citas referidas a cronistas de Santa Cruz de la Sierra de Bolivia (Universidad Gabriel René Moreno, 1961, pág. 81). Para Frank Salomon la llajta (singular) y llajtakuna (plural)²⁵ se traduce como pueblo o aldea.

El quichua es una lengua en la que el espacio y el sentido de la orientación tienen inflexiones precisas, lo que permite asociar la lengua con una manera específica de desplazamiento. El movimiento no es suficiente, debe haber una dirección: arriba, abajo; afuera, adentro. Estos elementos permiten identificar dos modos direccionales a tomar en cuenta en el estudio del espacio. En el habla popular es frecuente escuchar “voy subiendo para arriba” o “salgo para afuera”, “vengo volviendo” que contienen la huellas de la expresión quichua traducida al español. Al respecto, Gustavo Solís Fonseca señala:

Los sufijos que en lenguas como el quechua realizan funciones como las enumeradas se denominan derivativos y son diferentes de los flexivos por la propiedad de poder alterar la clase de palabra a la que se adosan, cosa que no sucede con los flexivos, pues estos no cambiarán a la palabra su asignación de clase. Si bien los sufijos flexivos pueden agruparse en un número determinado de clases, los derivativos no son fáciles de clasificar, aunque hay casos de pequeños universos cerrados como aquel, por ejemplo, conformado por los 4 sufijos direccionales del quechua:

Ej. ya- raíz verbal + rku -> yarku - movimiento hacia arriba: (subir)

yku -> yayku - movimiento hacia adentro (entrar)

rpu -> yarpu - mov. hacia abajo (bajar)

rqu -> yarku - mov. hacia afuera (salir)

(La raíz ya- significa movimiento)

El uso de un sufijo derivativo siempre implica la adición al conjunto de un significado determinado (Solís Fonseca, 2011).

Vale aclarar que para esta tesis el término “quichua” se usará para designar la lengua en general, en tanto que el “quechua” se usará para designar al territorio con el que se identifica una comunidad y corresponde al piso ecológico de clima templado. En el Perú se han identificado 8 pisos altitudinales mientras que en Ecuador se conocen tres de

²⁵ Frank Salomon escribe el plural de llajta como “llajtakuna” a diferencia del presente texto que utiliza “llajtakuna”. El significado no cambia.

Jerarquía del espacio	Topónimo Prehispánico	Topónimo colonial 1534 – 1830	Topónimo usado en la República hasta 1930
División territorial	Hanan Hurin Añaquito Turubamba	Anansaya Urinsaya Añaquito Turubamba	Anansaya Urinsaya Iñaquito Turubamba
Montañas mayores y menores	Yavirac/Ñahuirá Huanacaury Itchimbía Pichincha	Panecillo San Juan Itchimbía Pichincha	Panecillo San Juan Itchimbía Pichincha
Quebradas	Ullaguangayacu Zanguña Ullaguangachaca	La Chorrera/La Cantera /Jerusalem/De los Gallinazos Tejar/La Cava/Manosalvas Huayco (tramo de la Compañía de Jesús) La Chilena/Huanacaury	Jerusalem/De los Gallinazos Tejar San Juan/La Marín
Caminos	Capac-Ñan	Camino Real Camino de man izquierda Camino de man derecha	
Sectores de asentamientos humanos	Sector del Auqui Machángara /Machangarilla Itchimbía	Parroquia San Roque Parroquia San Sebastián Parroquia San Blas	Parroquia San Roque Parroquia San Sebastián Parroquia San Blas
Espacio de intercambio o comercialización	Catu	Tiánguez Plaza de San Francisco	Plaza de San Francisco
Total	16 topónimos	8 topónimos	6 topónimos

*Cuadro 3
Frecuencia de uso de topónimos en el espacio fundacional de Quito
Fuente: elaboración propia*

origen quichua. En esta lengua, para el habitante andino, el espacio público significa “espacio del nosotros” lo que alude al principio de comunidad y reciprocidad con sentido de identidad profunda (Haboud Comunicación Verbal, 2016).

Las transformaciones culturales se expresan en el territorio. Se podría asumir que los términos más antiguos son los que no tienen traducción; en los

primeros documentos coloniales ya se nombran lugares con términos quechuas y algunos de éstos se encuentran en la cartografía. Por ejemplo Guamaní. En la cartografía de 1932 los topónimos quechuas están antecedidos de nominaciones cristianas o en la deformación de términos. Lo que permite asumir que fueron añadidos.

En un balance temporal, se podría decir que los topónimos presentes en el espacio del núcleo fundacional fueron los que más se transformaron; sin embargo, de algún modo se conservó en documentos escritos el nombre anterior lo que permite encontrar más de un significado. Aunque el uso cotidiano del quichua va en retroceso en el presente, y las lenguas aborígenes más antiguas han desaparecido, unas y otras mantienen presencia en la nominación del territorio y forman las piezas de una narración del territorio. El número de topónimos encontrados permiten reconocer y estructurar un cuadro que visualiza una totalidad: tienen jerarquía, son de uso colectivo y una permanencia de larga duración, es decir forman parte de una historia (*Cuadro 3*).

En términos cuantitativos, el cuadro refleja que la pérdida de topónimos fue paulatina, lo que contradice la recomendación de asignar nombres cristianos a todos los espacios geográficos luego de una fundación; por lo visto, en Quito esta práctica no tuvo aplicación radical. Al mismo tiempo, la República realizó varios cambios en la nomenclatura urbana cambiando los nombres de las calles coloniales por el de militares, países y hombres ilustres. El topónimo asociado con la batalla del 24 de mayo de 1822 añadió el nombre del lugar y se la conoce como batalla del Pichincha. El escudo y el himno del Ecuador incorporaron también en su imagen y en su letra al volcán Pichincha.

Jacinto Jijón y Caamaño, investigador quiteño, encontró en 1945 que en la hoya del río Guayllabamba existieron varias lenguas, sus reflexiones se sustentaron en el estudio de los primeros cronistas coloniales, las relaciones geográficas de la Audiencia de Quito, y mediante la conversación con intelectuales de su tiempo, concluyendo que en Quito no se habló una sola lengua en un territorio continuo hasta la llegada de los europeos y que el Quichua se habló desde finales del siglo XV. Sobre este último señala que “su difusión es debida, más a la dominación cuzqueña, a la castellana y, especialmente a la acción del clero” (Jijón y Caamaño, 1952, pág. 67). El autor indagó en el topónimo “Quito” pero no llegó a determinar el significado, un tema que continúa pendiente.

Frank Salomon, da a entender que el topónimo Quito no corresponde a un señorío en particular pero fue un apellido conocido pues encontró la

mención a “Don Hernando Quito Guana”, cacique “fuerte” que supone atributos de influencia política, importancia social y alguien que tuvo tierras en Quito. Sin embargo, parecería que el topónimo Quito abarcó un territorio mayor al de la ciudad, estuvo en el aire desde tiempo pre inca.

Los topónimos de los planos de 1932 y 1989 no coinciden al comparar ambas ediciones, y tienden a desaparecer en la medida que la ciudad crece; no obstante, el plano de 1989 mantiene la esencia del paisaje: algunos nombres de las quebradas y montes no cambian pero pueden aparecer deformados, las haciendas desaparecen pero el nombre permanece para el sector: Rumipamba, Chaupicruz, Cochapamba, Chilibulo; un proceso parecido sucede con las quebradas que se rellenan. El plano de 1932 revela la ubicación de varias haciendas en los valles de Cumbayá y Tumbaco y topónimos nativos en el volcán Ilaló²⁶.

Entre 1932 y 1989 se observa que la mayor parte de haciendas tienen nombres de santos católicos que anteceden al nombre indígena de antiguas comunas lo que permite suponer que las haciendas conservaron a las comunidades asentadas con anterioridad y mantuvieron sus nombres: Santa Rosa de Singuña, Hacienda Huarcaj junto a Barrio Huarcaj y a San Francisco de Huarcaj. Del mismo modo, al igual que Quito tiene como patrono a San Francisco, los sectores urbanos antepusieron a un santo para acompañar el nombre antiguo: San José de Guamaní, San Juan de Conocoto, San Miguel de Collacoto. No se conoce en qué momento adoptaron el nombre del patrono.

El significado cristiano se ratifica en topónimos como Cruz loma que es un punto de descanso con una cruz en el camino hacia el Pichincha, Padre Encantado es otro punto de descanso en el camino al Pichincha en donde comienza la roca. Chaupicruz (cruz solitaria en el camino, Mario Cicala traduce como “en medio de la cruz”) es un punto en el cual se produce una bifurcación de caminos antiguos al final del ejido Norte. Fue el sitio en el que se recibía a las comitivas que venían desde Santa Fe; el jesuita Mario Cicala (1718 – 1787) tuvo noticia en Popayán de la pompa con que se recibían a los visitantes en el sitio de Chaupicruz pero su sorpresa fue grande al

²⁶ Aunque ambos valles están fuera del área de estudio es necesario mencionarlo para otros proyectos.

no encontrar a nadie que lo esperara en esta entrada a Quito (Cicala, 1994, pág. 135).

En la cartografía de 1932 la quebrada tuvo el apellido del propietario de la antigua hacienda sobre todo en el Sur. En el plano de 1989 unos topónimos de quebradas aparecen con el nombre nativo y otras con el apellido del hacendado del siglo XIX o XX. Las quebradas han sido barreras naturales de división entre los barrios o sectores de la ciudad. Cuando se rellenó la quebrada se habilitó la circulación pero no la identidad entre la población y los sectores conectados.

Un sector que hoy se conoce como San Isidro del Inca aparece en los planos de este periodo de manera independiente: El Inca como un sector urbano y San Isidro más alejado, en la parte alta de la loma. En el Inca se han identificado grupos indígenas que dijeron pertenecer al pueblo de Zámbez con apellidos que aún permanecen; algunos provienen de Perú, por ejemplo Córdor. Los detalles de su presencia se encuentran en el remate de los ejidos del siglo XIX.

No podía faltar el nombre de la santa Mariana de Jesús para denominar a una avenida del sector Rumipamba (sector Norte) en donde se observan las huellas de un lahar que descendió del volcán Pichincha, y, tampoco al Hermano Miguel, un religioso ejemplar que murió al iniciar el siglo XX, para un sector del Sur de la ciudad, ambos han sido santos católicos de la devoción popular. Los topónimos de santos tienden a no repetirse en la cartografía de 1989, con excepción de San José, Santa Rosa y San Juan con tres menciones cada uno. San Blas y San Sebastián son topónimos de parroquias que tiene interés identificarlos por corresponder a sectores coloniales ubicados en los dos ingresos más importantes de la ciudad²⁷.

²⁷ Las iglesias de San Blas y San Sebastián siguen una lógica similar en la ciudad de Cuenca, en los ingresos más importantes de esta ciudad.

Huellas prehispánicas en la división del territorio

Los términos “Anan, Hanan o Anansaya” y “Urin, Hurin o Urinsaya” denominan lo alto y lo bajo respectivamente, que viene desde tiempo prehispánico. Una dualidad frecuente en los Andes. La literatura y la cartografía añade términos del idioma español que están asociados como “arriba” y “abajo”. Esta dualidad es frecuente en Quito como se observó en los topónimos de la meseta y forman parte de la estructuración y orientación de sectores.

La división Anan y Urin o arriba y abajo es común en varias ciudades andinas. La bipartición se atribuye a una práctica generalizada en los Andes de América del Sur con un origen antiguo, anterior a los incas; en tanto que la cuatripartición del territorio es atribuida a los incas quienes la implantaron en los centros de poder. En el caso particular de Quito es importante por la distribución social y espacial en el territorio del presente, por la denominación de sectores que hacen alusión a lo alto y lo bajo, como una forma de aproximación a un sitio específico. La dualidad está presente en el Norte y en el Sur teniendo como línea divisoria al cerro Panecillo, pero también en subsectores que conforman una misma unidad: Batán Alto es adyacente a Batán Bajo en el Norte; la Ferroviaria Alta está junto a la Ferroviaria Baja en el Sur. La cartografía ratifica esta distribución espacial mediante los topónimos. Esto permite comprender las permanencias culturales en la ciudad actual.

La descripción de Quito hecha en el siglo XVIII por el padre Juan De Velasco identificaba claramente dos llanuras y una ciudad en el centro; Frank Salomon, Martin Minchom, Rosemarie Terán y Galo Ramón, entre otros investigadores de Quito han señalado la presencia de caciques del siglo XVI que se identifican por el sector del que provienen según esta división; en otros casos, las autoridades indígenas fueron elegidas con cargos para el sector Hanan o el Hurin en la hoya del río Guayllabamba (Salomon, Frank, 2011) (Minchom, El pueblo de Quito, 2007) (Terán, 1992) (Ramón, 1992). La referencia permite afirmar que en la hoya del río Guayllabamba se puso en práctica la división dual y en Quito se adaptó al modelo colonial manteniendo aspectos territoriales anteriores.

La cartografía de 1983 utilizada para el Atlas Infográfico de Quito²⁸ señala una amplia zona de Turubamba, en el Sur con el topónimo “Urinsayas”, denominación que corresponde a la parte “de abajo”, y en la zona Norte junto al asentamiento del Comité del Pueblo el topónimo “Anansayas” que correspondería a lo “alto”; sin embargo, la mayoría de autores mencionados afirman que el Anan estuvo al Sur de Quito y el Urin al Norte. Esta es la única evidencia que afirma lo contrario, en todo caso la meseta estaría dividida en dos partes.

La dualidad andina ha sido concebida como el principio del equilibrio, de la armonía. Las huellas de la bipartición se encuentran en la cartografía de la meseta de Quito y evidencian biparticiones en sectores menores. A manera de ejemplo La Ferroviaria Alta y La Ferroviaria Baja corresponden al sector denominado La Ferroviaria que los incluye. San José de Guamaní es un sector con una bipartición: Guamaní Alto y Guamaní Bajo. Otra forma de división dual se refiere al tamaño: grande y chico, como ejemplo: Batán Grande y Batán Chico que pertenecen al sector urbano de El Batán. También se encuentran divisiones duales en un mismo sector que separan a la comuna de la hacienda: Comuna Miranda Grande dentro de la Hacienda Miranda Grande. La división dual del territorio no queda en la toponimia de la cartografía sino también en las actas del Cabildo en donde se mencionan los nombramientos de autoridades para Anansayas y Urinsayas con el rango de alcaldes de indios; cada uno se preocupaba de la administración de cada parte de este territorio²⁹:

Nombraron como Alcaldes Mayores para esta República por el Partido de Anansayas a Don Manuel Quillizumba Casique del pueblo de Machache y para el de Urinsayas a Don Vicente Cachiguango Casique del pueblo

28 El Atlas Infográfico de Quito, producido por el Instituto Geográfico Militar y la ORSTOM es la única fuente que muestra en el plano de Quito los términos de Anansayas y Urinsayas como sectores urbanos en proceso de expansión en 1983. Seis años más tarde de la cartografía del Instituto geográfico de 1989 incorpora únicamente el sector de Urinsayas en el Sur y elimina el de Anansayas en el Norte. Esta notación en la geografía de Quito se contrapone con toda la literatura relacionada con la división prehispánica de Quito. En esta tesis he tomado los términos de la cartografía de 1983 para mostrar las huellas de la bipartición. En el resto de la tesis se usa la división consensuada por los autores con el Anan en el Sur y el Urin en el Norte. El plano más difundido y que sirve de referencia hasta la actualidad es el de 1989.

29 La escritura de algunos textos está deformada, depende de la pronunciación, cómo se escucha y quien escucha dado que el quichua es una lengua oral.

de Tumbaco a quienes el presente escribano les obligará presencia y puntualmente el que servirán dichas horas sin que este cambio se les admita escusa alguna ni por otro cualquier empeño (1° LCQ t1:25).

La selección y relación de topónimos quichuas en Quito no representa una evidencia inca sino el uso de una lengua que se difundió durante la colonia y permaneció vigente hasta el siglo XX en que se produce un retroceso.

La presencia inca dejó pocos vestigios materiales del proyecto del “otro Cuzco en Quito” pero dejó huellas en el manejo y distribución del territorio y espacios en proceso de expansión. En el primer caso la investigación arqueológica permite identificar un edificio inca en el Norte de Quito denominado Rumicucho y en el Sur, por fuentes cartográficas y topónimos se ha identificado una serie de nombres y sitios cuya complejidad permite reconocer un espacio inca con topónimos como Guamaní, Charcay y Collas, y un sitio identificado como “tambo del inca” junto a un camino. Los estudios etnohistóricos y documentales sobre el centro histórico permiten identificar una preexistencia inca en el núcleo fundacional que merece ser mencionada para componer el rompecabezas de las intervenciones materiales en la meseta de Quito.

Rumicucho

En un apéndice de la meseta de Quito, en la latitud 0° se encuentra el pucará³⁰ de Rumicucho (rincón de piedra). Este edificio, construido con el sistema de pirca³¹ forma parte de los 32 pucarás incas y preincas que forman una sección de circunferencia que encierran los señoríos de la hoya del río Mira³², se ha podido establecer que su origen es inca y preinca y evidencian un estado de guerra en el que unos fueron reconstruidos con la técnica inca, en otros se superpone la arquitectura inca a la construcción Caranqui, y otros corresponden a arquitectura inca como el de Rumicucho.

Graziano Gasparini (1924), arquitecto venezolano quien realizó un minucioso estudio sobre la arquitectura inca dio varias claves para reconocer la disposición de formas arquitectónicas y técnicas

30 Edificio de arquitectura militar

31 Construcción de piedra trabajada únicamente por una cara

32 Hoya al Norte de la del río Guayllabamba

constructivas luego de realizar un amplio recorrido por los Andes peruanos y el Sur de Ecuador³³. Una de las claves importantes de este texto es el reconocimiento del uso sistemático de formas arquitectónicas que sugieren tradiciones culturales e influencias formales pero también “tendencias, disposiciones, inclinaciones y propensiones del ser y hacer del hombre en sus acciones de conquista y expansión territorial” (Gasparini, Graziano, Diciembre 1986, pág. 80).

Otro aspecto que destaca en sus estudios es que la forma del trapecio no solo en la arquitectura sino también en la planta de algunos asentamientos³⁴ ha sido una marca de identidad en la producción edilicia de su territorio.

Es decir, huellas que disuaden un nuevo orden asociado a un poder político que se impone al anterior reutilizando el potencial cultural local a su favor, ampliando, mejorando y construyendo tramos de caminos de acuerdo con el interés del Estado, implantando una arquitectura monumental que respeta el medio natural, creando ambientes en los que el paisaje es parte integrante del sentido de pertenencia en el territorio.

Para llegar a Rumicucho se accede por un ramal del Camino del Inca o Capac-Ñan. En el ingreso del valle que conduce al pucará se encuentra Carapungo (puerta de ingreso), nombre que corresponde a una loma en la que se construyó una urbanización moderna que conservó el nombre antiguo. La “puerta” sugiere una frontera que al pasar divide dos espacios, uno exterior y otro interior, por la posición de Carapungo, en lo alto, es también un punto de observación y control. Al tratar sobre los sitios relevantes del Camino del Inca Hyslop señala que las puertas o “pungos”, al igual que los

³³ En Ecuador existen algunos sitios arqueológicos en los que se puede afirmar la presencia inca con las características de la “pirca” y “estilo imperial”: Ingapirca y Palacio de Huayna Cápac en Tomebamba, tambo de San Agustín de Callo, sitio arqueológico de Caranqui.

³⁴ Luego de un recorrido por la arquitectura Inca Gasparini llegó a concluir que la forma del trapecio no solo en la arquitectura sino también en la planta de algunos asentamientos fue un sello de identidad en las tipologías arquitectónicas del Tahuantinsuyo (Gasparini, Graziano, 1977). En la región del Collasuyo (una parte de Bolivia, Chile y Perú) Gasparini encontró la práctica de fundar poblaciones con trazado reticular en las poblaciones de Chucuito, Ollantaytambo, Hatuncolla y Paucarcolla con la aplicación de cuadrículas regulares que se abren a manera de un abanico con calles transversales paralelas y la orientación de la ciudad con 40 grados con el noreste, entre otros detalles (Gasparini, Graziano, Diciembre 1986, pág. 82).

puentes, controlaron el paso de personas en todo el estado. Estos lugares de control podían ser una construcción desde donde se ejercía la vigilancia, un amontonamiento de piedras o un sitio de entrada a un valle sin evidencia material (Hyslop, 1984) (*Gráfico 21*).

Aproximadamente a 8 km. de Carapungo en línea recta hacia el Norte se encuentra Rumicucho, un pucará inca sobre una loma que se mimetiza con el entorno árido y de poca vegetación, el emplazamiento del pucará está junto a una quebrada denominada “de las Monjas” que separa el sitio de manera natural de otra loma en la que se encuentra en frente: Catequilla.

En Catequilla se encuentra una construcción, al parecer preinca. Ambas construcciones están ubicadas en puntos visibles entre sí; en tensión espacial; una y otra en las dos márgenes de la quebrada y el río, ambas dominan la vista hacia el valle de Pomasqui (sin traducción), en la latitud 0°. Lo interesante es que la relación entre las lomas, la disposición de las construcciones existentes y la tensión espacial y visual del conjunto induce a pensar que en un ambiente de guerra y de expansión territorial los incas debieron someter a Catequilla para implantar su pucará un paso más adelante, el Norte, en diálogo con los pucarás que cercan a los señoríos Caranqui.

El valle es alargado y encerrado entre dos cadenas de montañas que forman un cañón con una quebrada profunda que orienta un camino hacia Rumicucho. El clima es cálido y seco, a mitad de camino está Pomasqui una población que nació como reducción colonial, hoy es la más importante de este valle. En esa época fue considerado dentro de las “cinco leguas” de Quito, es decir, dentro del área de influencia de la misma. Desde ese entonces y hasta el final del siglo XX fue una zona de la cual se extraía, procesaba y distribuía de manera artesanal la cal y la piedra para la construcción de Quito.

El valle estuvo con seguridad poblado en tiempo prehispánico pues cuando se realizó la repartición de tierras entre españoles éstas fueron apetecidas por la presencia de canales de riego de origen prehispánico, que convertían al valle en espacio productivo (Salomon, Frank, 2011).

Aunque la presencia inca fue breve en el Norte de Ecuador surgen preguntas con relación a la falta de evidencias materiales; al respecto se puede argumentar, a partir del estudio de Gasparini, que la sistematización de formas de la arquitectura monumental, la aplicación sistemática de técnicas de construcción que son visibles en los sitios arqueológicos, y probablemente la elección de lugares en los que la disposición de los objetos en la geografía, fueron los indicadores de su presencia en territorios anexados, es decir la presencia de un nuevo orden, un poder político y una lógica reconocible a la vista en el territorio como sello de identidad cultural.

El pucará de “Rumicucho” (rincón de piedra) es un edificio que corresponde a la tipología de arquitectura militar, forma parte del conjunto de 32 pucarás alineados con vista hacia el valle de la hoya del río Mira con la intención de formar un cerco de control a los señoríos de este territorio, la visibilidad hacia la meseta de Quito y hacia la cuenca del río Guayllabamba. La ubicación junto a la quebrada de las Monjas, con dos volcanes y una loma como límites naturales y protección: el volcán Pululagua (3.356 m.), el volcán Casitagua (3.200 m.) por el Oeste, y el monte Catequilla (2.660 m.) por el sureste hacen pensar en un sitio estratégico de control.

Las tres montañas que forman un triángulo encierran el espacio que en el siglo XVIII habría de determinar el paso de la línea ecuatorial. Tomando como referencia el estudio de Wiley Ludeña sobre el paisaje prehispánico del Perú, se puede decir que Rumicucho reúne las condiciones de paisaje de tierra, agua y viento (Ludeña, 2009), la quebrada acompaña el recorrido hacia el pucará, pasa por un lado y recoge en su curso las aguas de varias quebradas.

La dirección del viento dominante de Norte a Sur favorece la acústica del sector y por extensión la del pucará. Este detalle es importante para la guerra y la comunicación entre pucarás que se lo hizo mediante el soplo de conchas o silbatos de cerámica. En asociación con este método, en el siglo XVIII La Condamine hizo un ensayo de expansión del sonido al cargar y tirar un cañón con ocho libras de bala desde Guápulo, pues no había uno más grande en Quito y comprobó que la difusión del sonido llegó en segundos hacia sitios lejanos de la hoya.

Al parecer, un camino secundario llegó a Rumicucho siguiendo más o menos el recorrido de la actual carretera que partiendo de Quito en dirección Norte llega a Pomasqui, San Antonio de Pichincha, y de allí se divide en dos rutas, una que se dirige hacia la costa (camino de Yumbos) y otro que continua hacia el Norte hacia Perucho, Puéllaro, para luego enlazar con la Carretera Panamericana. Es decir, Rumicucho se encuentra en un cruce de caminos que forma parte de la estrategia de control.

Como nota adicional, la construcción y localización de arquitectura defensiva fue una práctica desarrollada tanto en los señoríos como con los incas, los pucarás de los señoríos tenían por lo general forma circular o de un “churo” (forma helicoidal o circular con varios anillos). Los incas perfeccionaron su construcción y uso, hubo pucarás de altura, localizados sobre los 4.000 metros y otros se ubican en media altura para el control de puentes y caminos.

Guamaní

En el Sur de Quito, en el sector de “Urinsayas”, según el plano de 1983, se incorporan otros topónimos que son tomados del plano de Quito publicado en 1989: Toctiuco (sin traducción), Ünguí (sin traducción), quebrada de la Cantera, Chillogallo (asentamiento de origen prehispánico, el nombre existe como sector urbano en la actualidad), Guajaló (sin traducción), Guamaní (centro administrativo inca), Turubamba (llanura de lodo), Chachas (etnia del Perú), Huaracay (Huaracaya en Perú es el nombre de un poblado).

La cantidad de topónimos quichuas, el término Guamaní y la identificación de cerámica del Periodo de Integración (500 d.C.-1540 d.C.) son indicios de un territorio ocupado en tiempo prehispánico con población local e inca en el espacio de Quito aunque no existen vestigios de construcciones (*Gráfico 22*).

Guamaní es en la actualidad un barrio popular situado en la parte más alta del ingreso a la planicie denominada Turubamba (llanura de lodo), un mirador que controla la división espacial y simbólica de “Urinsayas”. El barrio se divide en San José de Guamaní que aparece como nombre del sector, y tiene dos partes: Guamaní alto y Guamaní bajo. Hacia el Este y en la ladera de la loma de Puengasí se encuentra un sitio denominado “tambo del inca”

y junto a éste el trazo del “Camino del Inca”, a un lado del camino está un lugar denominado “Chachas” y el barrio “San Miguel de Chachas”. Hacia la ladera del Pichincha se encuentra un sector que también aplica la bipartición llamado Huarcay: San Francisco de Huarcay y Barrio Huarcay. Tanto Chachas como Huarcay –nombre original Huarcaya- corresponden a nombres quichuas de pueblos del Perú.

La densidad de los términos antes señalados en la frontera Sur de la meseta de Quito tiene sentido espacial y cultural cuando en Felipe Guamán Poma de Ayala señala:

Y ancí se dize camino rreal Ynga y tienia puesto sus guamaníes [distrito administrativo incaico] y tanbillos, casas adonde se aposentaua, y en cada prouincia su jurisdicción hacía camarico [dádivas]. Y daban rrecaudo a los principales y capitanes y en cada uno abía chasques [postillón] y mucho rrecaudo y los caminos muy aderesados y limpios y en las Ciénegas puesto piedras y puentes (Guamán Poma de Ayala, 1992, pág. lám. 357).

En otra parte del texto de Guamán Poma asocia el “Wamaní” con espacios en los que existieron adoratorios incas como “ushnus” y “apachitas”, cuando habla sobre los ídolos y sacrificios señala “Pacha Cuti Ynga dio orden muy mucha hazienda para sacrificar a las uacas y de las casas del sol y templo de Curi Cancha; el trono y aciento de los Yngas llamado usno [construcción ceremonial] en cada uamani” [distrito administrativo incaico] (Guamán Poma de Ayala, 1992, pág. lám.267). Los guamaníes del Tahuantinsuyo tuvieron entre otras funciones las religiosas. Guamán Poma señala “los hechizeros como sacerdotes que seruían en los guamaníes [provincia] y por los apachita [adoratorio] y común uacas ydolos, dioses, que abía muchas en el reino.”

El término “Chachas” trae a la memoria el nombre de una de las nacionalidades que se trasladó con los incas desde el antiguo Perú en calidad de “mitmajcunas” o mitimaes, que fue un grupo inca cuya misión fue integrarse con la población local y transformar la composición étnica en los territorios conquistados; también hicieron la guerra en caso de sublevación o formaron parte de los ejércitos en la conquista del Norte del Tahuantinsuyo. Frank

Salomon señala a los Chachas como una de las etnias de las que procedían los mitimaes arraigados en el actual Ecuador, éstos fueron estratégicamente distribuidos por lo general en los bordes de los territorios conquistados; el autor encontró la presencia Chacha al Norte de Quito. La indagación de topónimos en la cartografía encuentra al término Chacha en el Sur, un hecho significativo de arraigo inca en Quito que en conjunto arman un sistema de relaciones entre grupos humanos y territorio conquistado.

En el caso de Quito el topónimo “guamaní” es el único registrado en la meseta. El mapa de la provincia de 1960 (Instituto Geográfico Militar, 1960, pág. 48) señala un “Paso de Guamaní” en una abertura natural de la cordillera Real en la hoya del río Guayllabamba, un lugar singular porque se encuentra en una brecha natural que permite el acceso hacia la amazonía. El Atlas de Morales y Eloy localiza en el mismo sitio el topónimo “Guamaní” como el nombre de una montaña cuya cima llega a los 4.072 metros de altura (Morales y Eloy, 1942, págs. Lam.85-86).

Guamán Poma de Ayala menciona el término con una traducción del editor “centro administrativo inca”. Pedro Cieza de León y John Hyslop no citan el nombre “guamaní” al referirse al camino. Según Antonio Fresco, el término cambia según el autor, y aclara que Cieza de León los denomina “aposentos”.

Como definición, el Guamaní es un conjunto de construcciones asociadas a un tambo al que llegaban viajeros y chasquis (mensajeros), y a diferencia de éste, el Guamaní tenía espacios para almacenamiento de granos, armas, y otros insumos utilizados en la guerra. Para contextualizar su definición, Fresco cita a Bernabé Cobo y a Guamán Poma de Ayala para señalar el origen del nombre, derivado de “Guamán” que es un tipo de halcón andino, cuya agilidad era comparada con la de los chasquis (mensajeros) que pasaban un mensaje mediante el sistema de postas a lo largo del camino del Inca.

Según Fresco en el caso ecuatoriano los guamaníes debieron estar ubicados en tramos entre 80 y 100 kilómetros, a diferencia de los tambos que tenían “funciones adicionales como las de ceremoniales

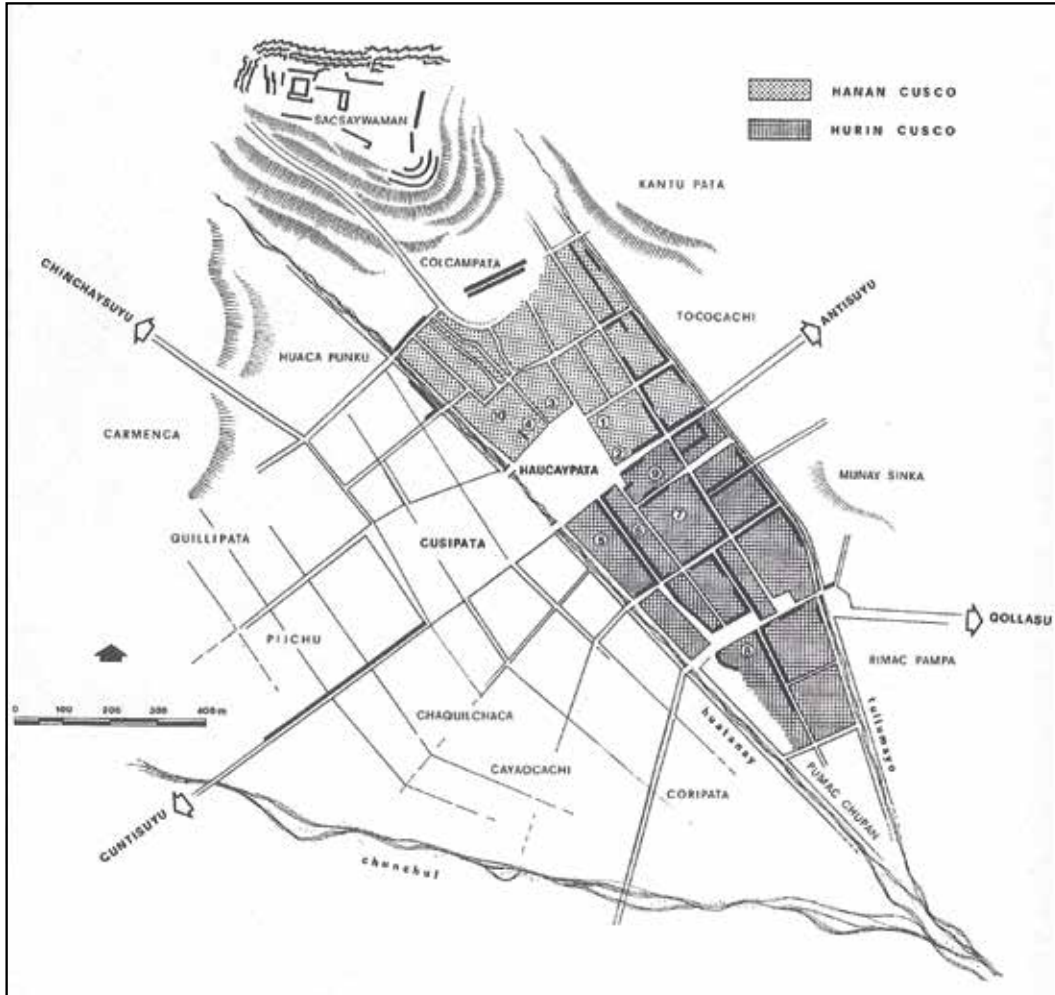


Gráfico 23a y 23b. Emplazamiento de Cuzco, Tomebamba y Quito
 Fuente: Tomado de tres fuentes: "Arquitectura Inka", Graziano Gasparini. "Tomebamba", Jaime Hidrobo, "Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito", L. Marín, I. Del Pino.

y centros de control de la producción" (Fresco, 2004, pág. 54). Según Hyslop, los tambos formaban un sistema, cada uno era diferente y el tamaño era variable; sin embargo, sus funciones específicas fueron el alojamiento para viajeros y almacenamiento de abastecimientos para uso de los incas a lo largo del Capac-Ñan. Estima que a lo largo del camino existieron aproximadamente 1.000 tambos localizados a distancias variables pero en promedio establece uno por cada 20 kilómetros (Hyslop, 1984, pág. 277).

Un aspecto relevante del camino es el recorrido por cotas localizadas entre los 2.700 y 3.100 metros de altura en el tramo ecuatoriano, que corresponde a un piso ecológico y cultural denominado "quechua", con pendientes apropiadas para el andar, caminos

alternos en zonas inundables en invierno, rellenos y taludes. La apariencia de los caminos en el paisaje de montaña dibuja una línea tenue, respetuosa con el medio, que Ludeña denomina "paisaje de líneas" (Ludeña, 2009, págs. 273, 274).

El otro Cuzco en Quito

La lectura espacial del emplazamiento del núcleo fundacional y la configuración topográfica y geográfica de la meseta ratifica que el emplazamiento inca no es casual, la presencia de un volcán y dos lomas, tres quebradas profundas que desalojan sus aguas en un río que corre por una quebrada también profunda, una laguna y un pantano, valles cálidos a una distancia corta de cinco kilómetros, de éstos, uno seco y otro con mayor humedad sugieren que

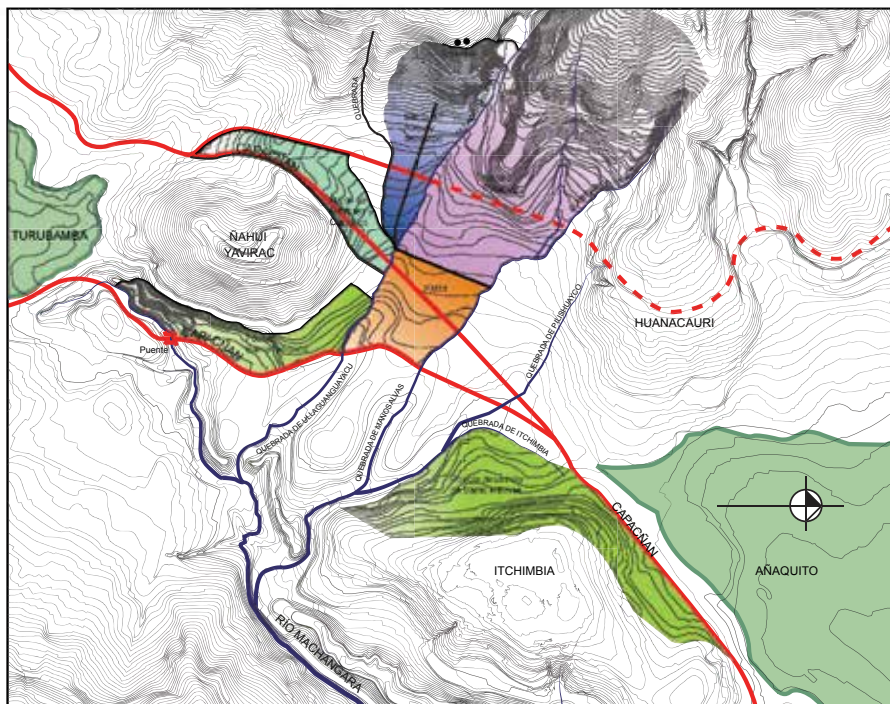
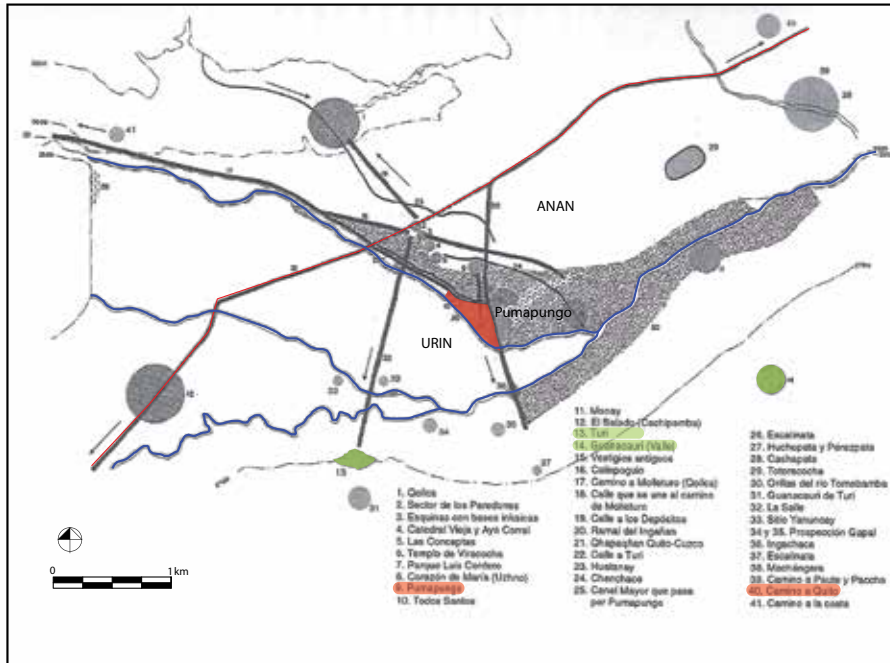


Gráfico 23b.

hubo una prospección previa del territorio, una capacidad espacial para percibir el territorio en términos físicos y sensoriales: el viento, el sonido, el recorrido del sol, entre otros. Sin embargo, las evidencias materiales son pocas y las referencias escritas de los primeros cronistas atestiguan su presencia con un objetivo claro, el establecimiento de “otro Cuzco” en Quito (Gráfico 23a y Gráfico 23b).

El establecimiento del “otro Cuzco” se enmarca en un contexto complejo, conflictos políticos y sociales que tuvieron como centro la guerra entre los incas y los señoríos, el desplazamiento de varios asentamientos vencidos o la desaparición de algunos de ellos en corto tiempo dificulta llegar a resultados ciertos. En este reordenamiento del poder los testimonios históricos sitúan la idea de varios Quito en un mismo espacio físico cuya memoria

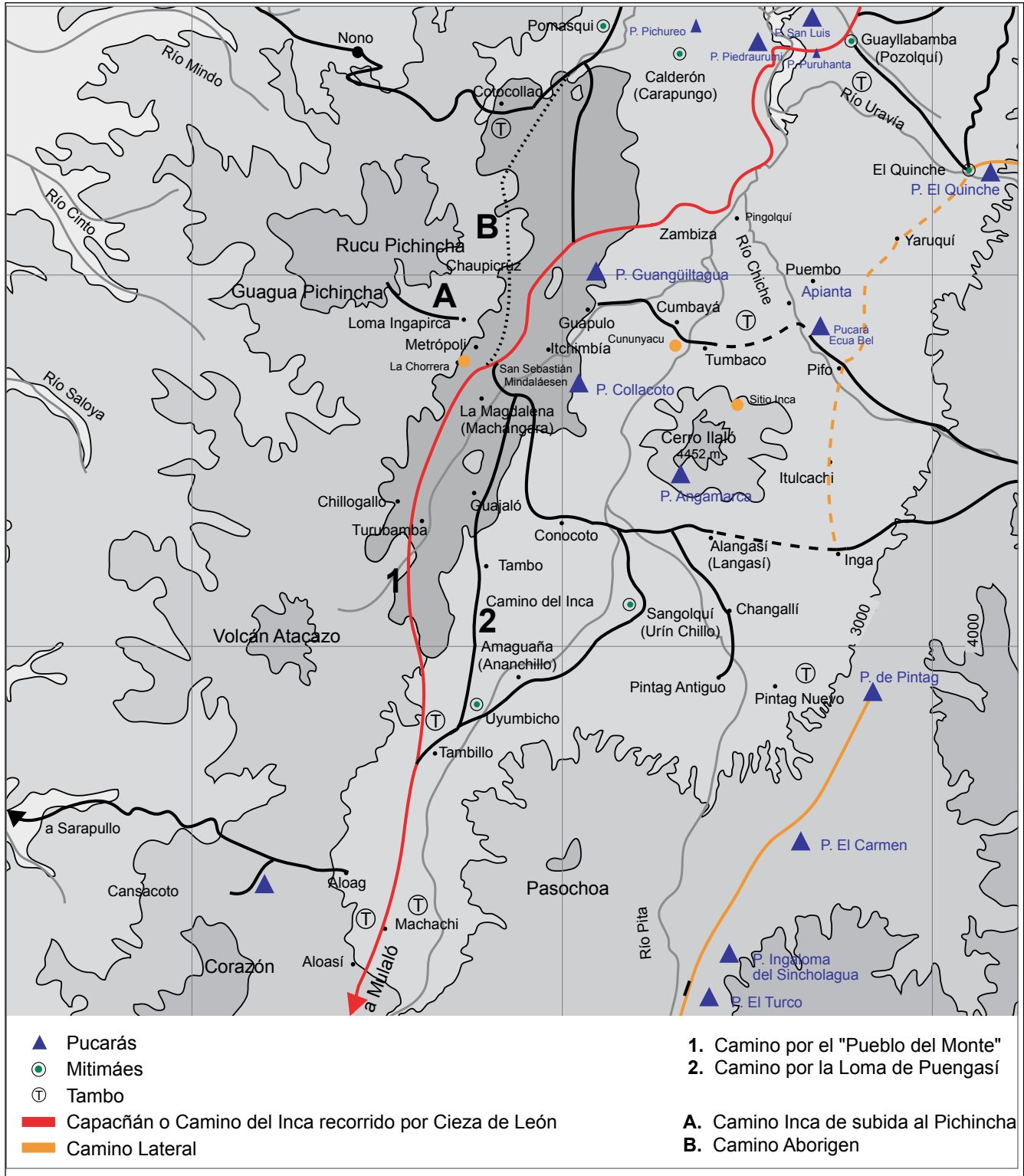


Gráfico 24. Caminos prehispánicos en la Hoya de Guayllabamba
Fuente: Modificado de "Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad inca de Quito".

recogen dos cronistas: Pedro Cieza de León y Felipe Guamán Poma de Ayala quienes narran la decisión de Túpac Yupanqui de fundar otro Cuzco en Quito “cuya tierra era tan buena como la de Cuzco” (Cieza de León, La crónica del Perú, 1984).

Pedro Cieza de León (1518 – 1554) cronista que acompañó a Pedro de la Gasca y luego con otros conquistadores recorrió suelo ecuatoriano hacia 1540 cita en la “Crónica del Perú” publicada en 1553 únicamente dos “Cuzcos”: Cuzco como ciudad principal y Quito como “otro Cuzco”, reconoce la preexistencia de señoríos anteriores a los incas, éstos mantuvieron el nombre, el prestigio del lugar y valores culturales que se observan en la larga duración:

Está asentada en unos antiguos aposentos, que los Ingas habían, en el tiempo de su señorío, mandado hacer en aquella parte. Y habíalos ilustrado y acrecentado Guaynacapa, y el gran Topaynga su padre. A estos aposentos tan reales y principales llamaban los naturales Quito, por donde la ciudad tomó denominación y nombre del mismo que tenían los antiguos (Cieza de León, Pedro, 1984, pág. 114).

Felipe Guamán Poma de Ayala (1534-1615)³⁵ menciona a Quito como uno de los cinco “Cuzcos” decisión tomada por Túpac Yupanqui pero no señala las razones para su fundación (Guamán Poma de Ayala, 1992, págs. 161,162). Para este autor el lugar de Quito en tiempo incaico compartió la categoría de “cabecera de provincia” junto a Tumipampa (actual Cuenca), Guánuco Pampa, Hatun Colla, y Charcas. De las cinco ciudades Quito y Tumipampa se encuentran en el actual Ecuador, Guánuco y Hatun Colla en Perú, y Charcas en Bolivia.

Frank Salomon compara el emplazamiento de Quito con el de Tomebamba (actual Cuenca) y señala acertadamente que “Tomebamba es un centro evidentemente construido con expectativas de paz”, en tanto que el Quito incaico fue un campamento militar en construcción en medio de profundas quebradas que no podían ser cruzadas fácilmente, “se supone que las quebradas y la intimidante

muralla montañosa del volcán Pichincha ayudaron a defender los restantes flancos de la ciudadela incaica” (Salomon, Frank, 2011, págs. 268, 269).

Con estas consideraciones se deduce que el lugar de Quito fue estratégico para la fundación de un centro de poder³⁶, un lugar encerrado por dos colinas: el Panecillo e Itchimbía, y la loma de Huanacaury que es parte de las estribaciones del volcán Pichincha; para ello ubicaron a fuerzas incas en los ingresos a este espacio. Rosemarie Terán señala:

Los núcleos de población indígena que en el siglo XVI quedaron inscritos en la traza del Quito hispánico tuvieron su antecedente inmediato en un asentamiento de matriz inca. En la casi media centuria de dominio incásico que la región experimentó antes de la conquista española, un núcleo de carácter militar, administrativo y ceremonial se había ya establecido, aunque sin consolidarse aún como centro residencial” (Terán, Factores dinámicos en el desarrollo urbano del Quito colonial, 1992, pág. 67).

Por su parte, Frank Salomon y Galo Ramón Valarezo señalan que la hoya del río Guayllabamba estuvo poblada por seis grupos étnicos denominados “señoríos étnicos”, tres al Norte y tres en el Sur de la Hoya, éstos fueron autónomos y su distribución espacial en el territorio fue dispersa en una constelación de asentamientos cuyo entorno ecológico es diferente en cada caso. Ninguno estuvo asentado en el espacio fundacional español, no obstante, las casas de la nobleza inca estuvieron en lo alto, entre el Panecillo y las estribaciones del Pichincha que corresponden a la loma del Placer y los barrios de San Roque y San Diego. ¿Qué hubo entonces en el lugar de la fundación española? La respuesta de Salomon y Valarezo es el mercado regional, un “centro de articulación e intercambio regional” que formaba parte de una red de mercados en la Hoya en donde se trocaban productos de la Hoya y procedentes de la Costa y la Amazonía, denominados por los españoles “Tiánguez” y por los incas “catu” (Ramón, 1992, pág. 39)

35 <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/p/poma.htm>. Las fuentes señalan dos fechas de nacimiento, una en 1556 y otra en 1534. Se ha seleccionado una fuente específica sobre la vida de Felipe Guamán Poma de Ayala.

36 Sobre Cuzco, Graziano Gasparini señala “Es posible que Pachakuti, más que un sentido de “ciudad” que se ajusta a nuestras definiciones, pensara en la construcción de la representación física del poder”. En otras palabras, más que una ciudad quiso construir una capital. El Cuzco-capital como forma urbana incaica, fue la representación monumental de la ‘sede del poder’ (Gasparini, Graziano, 1977, pág. 56).

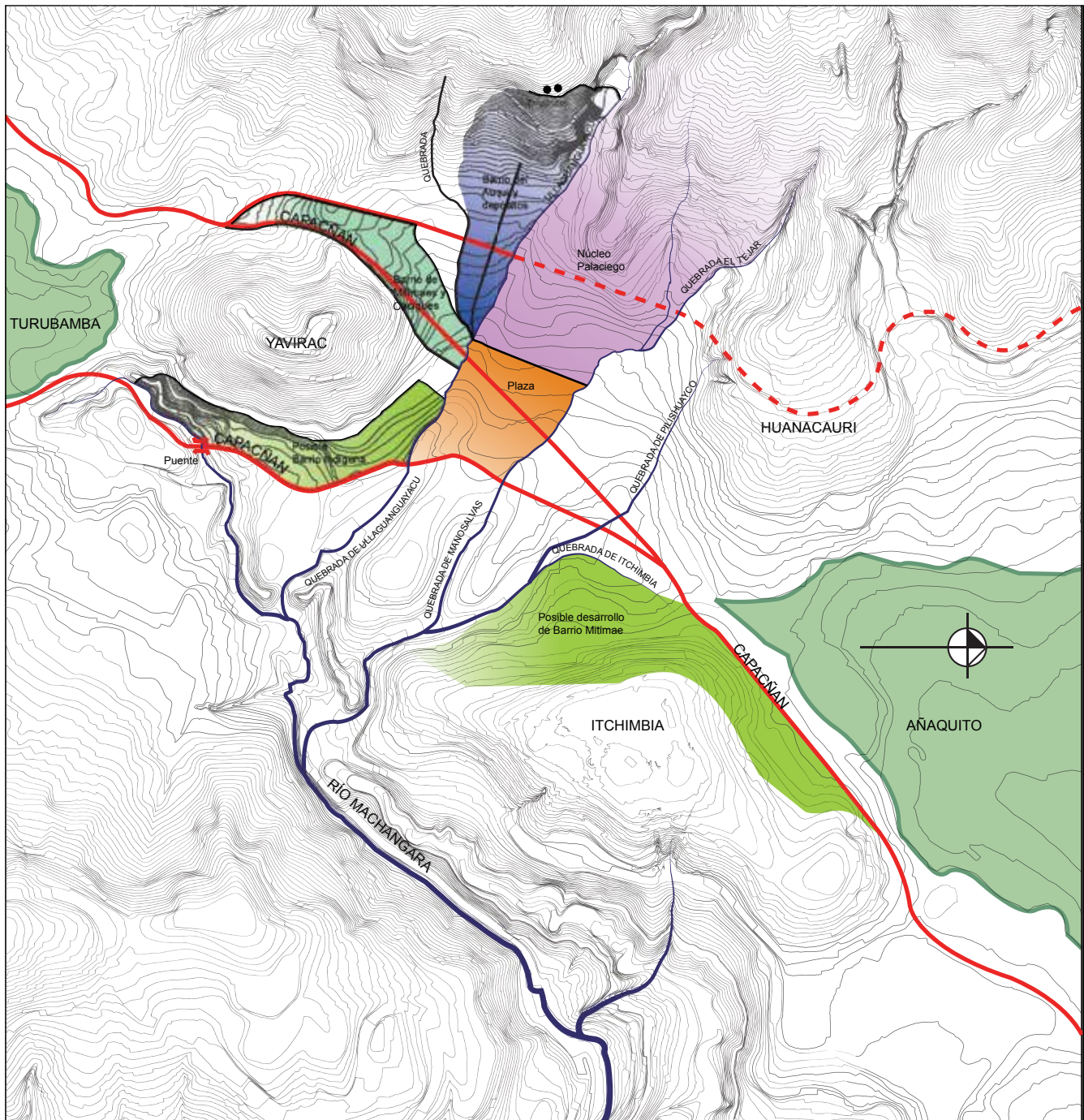


Gráfico 25. Hipótesis sobre el Quito Prehispánico
 Fuente: Base cartográfica de Quito 1989. Elaboración de la autora

Esta observación la hicieron con anterioridad cronistas coloniales como Salazar de Villasante y el mismo Cieza de León. La lectura espacial de Quito es la de un espacio estratégico para la guerra. Los pucarás ubicados alrededor de Quito permanecen destruidos en su mayor parte, y sobre partes del camino están las vías que descongestionan la ciudad moderna de Quito.

Con relación a la arquitectura militar hay huellas de un primer anillo de pucarás en la cordillera Real, en el nudo de Mojanda en el Norte y en el Sur el tambo más importante de la Sierra Norte que es Mulhaló (hoy san Agustín de Callo) en la Provincia de Cotopaxi y que al parecer fue un lugar desde el cual se dirigió la toma de la Hoya del Guayllabamba.

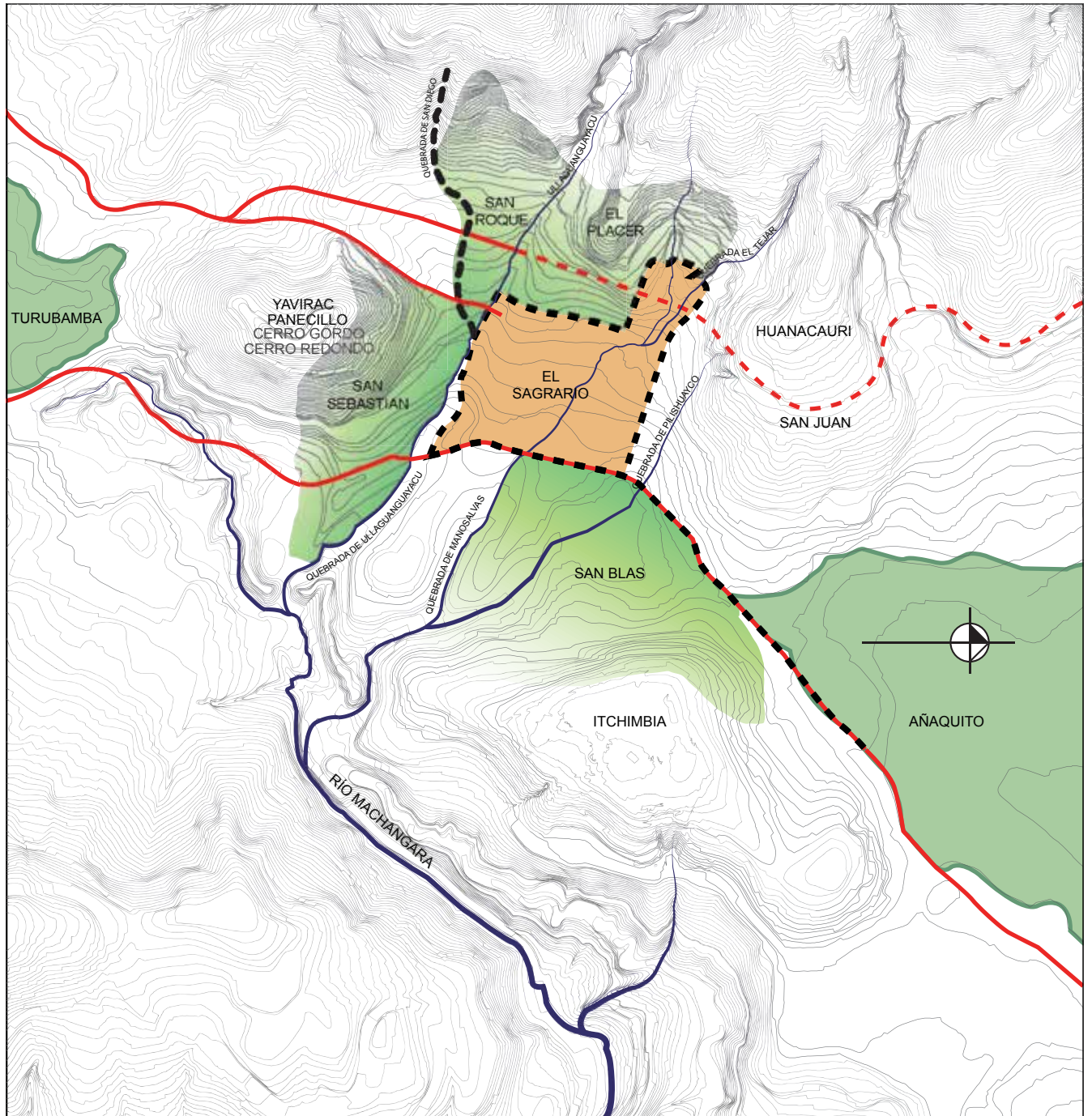


Gráfico 26. Distribución de parroquias en el siglo XVI en Quito.
 Fuente: Redibujado del libro “El Pueblo de Quito”, Martin Minchom

Otros pucarás están ubicados en el borde de la meseta de Quito: uno en la loma Guanguiltagua en el cruce de caminos hacia la Amazonía y otro en Collacoto con vista hacia el valle de los Chillos, un pucará en el cruce de caminos hacia la Costa en Aloag (Gráfico 24).

El camino dispone de un guamaní en el Sur de la meseta, asociado a un tambo; otros tambos en este recorrido son: Aloag, Machachi, Tambillo, en el lado occidental de Quito, en la cordillera Real se encuentra el tambo de Píntag, uno cercano a Tumbaco, y Salomon señala otro en Yaruquí. Con relación a los tambos Hyslop y Fresco señalan que el término se utiliza hasta el siglo XX para denominar

a un lugar de alojamiento lo que sugiere un análisis crítico sobre los topónimos situados en los planos.

Los caminos incas se formaron por la ampliación y mejoramiento de caminos existentes, así como con la construcción de nuevos tramos, formando un sistema de comunicación provisto de soluciones constructivas sistematizadas en toda la red: control de taludes, canalización de aguas, calzadas de piedra asentada sobre una base compactada, cortes en la roca, túneles, puentes colgantes, entre otros. En la parte peruana este camino se divide en dos, uno de altura que recorre por la cordillera de los Andes y otro junto a la costa, éste último llega hasta Tumbes para luego tomar un desvío hacia la sierra en donde se asentó Tomebamba, en territorio ecuatoriano³⁷.

En medio de evidencias de filiación inca en Quito se encuentra un “caminillo” de origen preinca como se lo denomina en las Actas del Cabildo, que bordea las faldas del Pichincha, en la cota por la que hoy circula la vía Antonio José de Sucre. Este breve detalle permite conectar la influencia inca a la condición de frontera de Quito en donde queda flotando la pregunta sobre la importancia del lugar de Quito y las razones por las que los señoríos, incas y españoles se vieron atraídos por este lugar.

Una de las pistas de mayor peso para responder la pregunta con relación al interés por la ocupación del espacio de Quito la da Martin Minchom quien realizó estudios sobre Quito en la segunda mitad del siglo XX. El autor deduce, a partir de varias fuentes documentales, que el valor ritual de Quito se mantuvo durante la colonia desmitificando la idea de que la fundación española erradicó toda presencia cultural anterior.

Minchom encontró evidencias documentales de las divisiones “Hanan” y “Hurin” en la conformación de las parroquias urbanas del siglo XVI; estas mitades complementarias de división del territorio y según este autor se encuentran en el sector del actual centro histórico (Minchom, *El pueblo de Quito*, 2007). Al respecto señala:

La división ritual del Quito prehispánico en las mitades andinas de Hanan y Hurin (superior/inferior, arriba/abajo), está documentada

³⁷ En territorio peruano Pulgar Vidal identifican 8 regiones naturales correspondientes a pisos altitudinales presentes en la cosmovisión quechua y aymara. En Ecuador se reconocen 3 de tradición quechua.

como una imposición incaica de la geografía sagrada de Cuzco, la capital Inca. En una inversión de la organización social de Cuzco, Hanan, o el Quito de arriba, corresponde a la mitad sur de la ciudad, así como al campo que se extendía hacia el sur, y la aristocracia incaica de Quito se encontraba concentrada en esa parte de la ciudad. (Minchom, 2007, págs. 35, 36).

La cartografía de 1983 ratifica mediante los topónimos de la meseta de Quito los sectores de Urinsaya en la hondonada de Turubamba, en el Sur, y Anansaya en el extremo Norte de la meseta de Quito. Autores como Galo Ramón y Rosemarie Terán desde diferentes ópticas proponen que la división de Anan y Urin se aplica en un territorio mayor que corresponde a la Hoya, las evidencias son los nombramientos de autoridades del cabildo de indios que tuvieron cargos en la sección Anan o Urin de la Hoya.

Las huellas de la institución prehispánica se aclara en el plano topográfico de Quito cuando se superpone la hipótesis del Quito prehispánico inca y la localización de las primeras parroquias religiosas del siglo XVI: San Roque y San Sebastián en el Sur del núcleo fundacional, en el ingreso de caminos preexistentes. San Blas y Santa Bárbara en el Norte, junto a la prolongación del camino prehispánico. En el centro se encuentra la parroquia de El Sagrario, en el lugar del antiguo mercado, ésta se inserta a manera de cuña ocupando la parte central en donde se construyeron las principales instituciones y la vivienda de españoles. Según esta división las tierras de la élite inca estuvieron en el Hanan, siguiendo a la división propuesta por los historiadores, cerca de San Roque (Del Pino, Inés, Luis Marín De Terán, 2004, pág. 314) (Minchom, 2007, pág. 36) (*Gráfico 25*).

En esta distribución cultural y espacial cabe la pregunta si la Quebrada de Ullaguangayacu, también conocida como Jerusalén fue la línea divisoria como sucede con las quebradas que separan los barrios. Minchom no especifica una línea divisoria entre el Hanan y el Hurin sin embargo menciona a la parroquia católica de El Sagrario que se sitúa en medio de la división, al igual que el tiánguez o mercado.

Según su esquema en el Hurin estuvo la parroquia de San Blas, y en el Anan estuvieron las parroquias coloniales de San Sebastián y San Roque. Según el autor esta división se mantuvo hasta el siglo XVIII con importancia política ya que cada mitad tenía un alcalde que ejercía una importante misión judicial en la mediación y administración del sistema rotativo de la mita. Este rol declina en el siglo XVIII en que los caciques ya no aceptan este cargo (*Gráfico 26*).

El testamento de 1582 de Don Francisco Topatauchi, hijo de Atahualpa ubica algunas de las propiedades de los herederos de Atahualpa en el sector de San Diego, confirman y aclaran la hipótesis de un barrio de la élite inca en Quito en el sector de San Diego (Estupiñán, 1988, N° 1, diciembre 88). Las primeras actas del cabildo de Quito señalan la construcción del convento de San Francisco y La Merced en terrenos de propiedad de la nobleza incaica. Es decir, la ocupación incaica estuvo en la parte alta de la ladera, mientras que la fundación colonial se efectuó en la parte baja y contribuye a verificar la intención de llevar a cabo un centro de poder. Nuevamente el sentido de lo alto y lo bajo es una constante en la localización del emplazamiento prehispánico.

En esta división ritual que además es una división cultural del territorio, se podría señalar las condiciones geográficas de Quito con relación a otros Cuzcos, como Tomebamba y Cuzco, la capital principal. En principio, Cuzco, Tomebamba y Quito tienen condiciones similares en cuanto a estar contenidos en una hondonada protegidas por montes, entre dos o tres ríos o quebradas, a una distancia de 5 kilómetros tienen valles más abrigados, fuentes de agua en distancias también cercanas, son nodos de caminos hacia otras regiones. Todas están atravesadas por el camino del Inca o Capac-Ñan.

El trazado del camino en las laderas de la montaña dibuja lo que Ludeña identifica como “paisaje de líneas” una huella que representa el andar de la gente por los Andes o por la costa peruana; las líneas presentan un corte nítido y respetuoso con la topografía existente, “el Qapac-ñan tenía como línea de referencia mítica a la cordillera de los Andes y la cadena de ‘apus’ sagrados que los protegían” (Ludeña, 2009, pág. 274).

Según este autor la producción paisajística encontrada en el Perú se puede resumir en las siguientes asociaciones o combinaciones de elementos naturales:

- Paisajes de puntos, tramas y relieves (llactas, andenerías y nuevo paisaje territorial)
- Paisaje de líneas (caminos y el andar como paisaje)
- Paisajes de piedra y agua (paisajes de agua)
- Paisajes de tierra, agua y viento (jardines, cochas y waru-waru)
- Paisaje dibujado (“garabatos” en la tierra. Land art, topografía sagrada)
- Paisaje evocado (Micropaisajes. Paisajes para jugar y soñar. Paisaje de abajo)” (Ludeña, 2009).

En el caso de Quito están presentes todos los elementos de una geografía sagrada y la presencia de espacios naturales en los que existen huellas de objetos naturales comunes a Cuzco y Quito cuyo significado está asociado con estrategias de protección, dominio y estructuración del territorio.

Se podría decir que los paisajes de líneas son comunes a todo el Tahuantinsuyo y probablemente es la huella más significativa del poder de este imperio. Aunque fuera del núcleo fundacional, Rumicucho y el conjunto de pucarás cuya geometría revela un frente de guerra contra los señoríos, Caranqui es un paisaje de puntos implantados en el territorio. Otro paisaje de puntos, visible aún en la cartografía del siglo XX es la división de Hanan y Hurin y las chacanas que dividen sectores dentro de una unidad geográfica, evidencias de una mentalidad organizadora para la cual el territorio y el espacio debían contener un lenguaje que se identifica con el sentido de cultura, dominio y poder. En ese sentido el paisaje fue una construcción cultural, una realidad y una experiencia que interpretada por sus habitantes dio sentido al territorio y forma parte del equilibrio del macro mundo.

Del orden prehispánico al orden colonial

El establecimiento del “otro Cuzco” se ve interrumpido con la llegada de los europeos que abren otro conflicto en el que aparecen nuevos actores con intereses encontrados por ocupar un mismo lugar para la fundación de un centro de

poder; si en el primer conflicto entre señoríos e incas hubo un enemigo, con la llegada de los conquistadores españoles aparecen versiones contradictorias que inducen a pensar quién es el enemigo o los enemigos que se confabulan en un conflicto regional que se suma al anterior.

Por una parte, los señoríos reclamaron tierras que fueron usurpadas por el Inca y apoyan la empresa conquistadora de los europeos, por otra, se evidencia la guerra entre los sucesores de la corona del Tahuantinsuyo, los hermanos Huáscar y Atahualpa, lo que pone al descubierto posiciones encontradas entre la población en general y entre los cronistas, unos a favor de Atahualpa que provienen de la parte Norte del Tahuantinsuyo, entre ellos Cabello de Balboa, Pedro Cieza de León. Otro grupo de cronistas estuvo en favor de Huáscar y escriben desde el Perú. En este contexto de pugnas entre indígenas hay la presencia de un tercero, el español, quien pudo haber sido una salida a las confrontaciones internas; sin embargo, no deja de ser ambigua por los conflictos que también existían entre ellos. Una prueba es la batalla en el Ejido de Quito entre Gonzalo Pizarro y el Virrey del Perú Blasco Núñez de Vela el 18 de enero de 1546 en que como producto del combate murió el Virrey Núñez de Vela. Este episodio histórico fue mencionado de manera reiterada hasta el siglo XVIII al referirse al ejido Norte de Quito.

El tercero, el español, probablemente vio en este escenario social de inequidades y conflicto la oportunidad de aplicar lo que De Vargas Machuca menciona en el texto de Milicias Indianas “asentar las paces”. El autor describe su experiencia como militar en territorios de Santa Fe y un testimonio que bien puede aplicarse al caso quiteño:

Asentar las paces con el indio es el principal intento del príncipe y con él se debe entrar, porque debajo de ellas se predica el santo Evangelio y debajo de ellas da al indio el vasallaje y obediencia y en reconocimiento da el tributo al príncipe (De Vargas Machuca, 1892, pág. 8).

Para asentar las paces, De Vargas recomienda evitar que se hagan alianzas entre indígenas, ya que reconoce que es una práctica recurrente de los señoríos unirse ante un enemigo común, evitar que se hagan murallas, evitar que las armas vayan al

enemigo, y crear división entre los indios, es decir, dividir para vencer.

Con estas premisas se crearon las condiciones para fundar una villa ex – novo, es decir un asentamiento poblado de segundo orden en la jerarquía de fundaciones españolas en un terreno no construido. Previa la aparente pacificación de la población existente meses antes de la toma de posesión del sitio, ya se redactó el acta de fundación de las villas de San Francisco de Quito y de Santiago de Quito con textos similares en cuanto a la paz y sometimiento de los indios “debajo del yugo y obediencia de su majestad y para que más verdaderamente vengan a las paces y se conviertan a nuestra fe católica...” (1° LCQ t.1:45).

Con la fundación de la Villa de San Francisco de Quito el 6 de diciembre de 1534 se produjo una transformación significativa en la manera de estructurar en el territorio, desde entonces queda una huella de un pasado preexistente en el paisaje, y al mismo tiempo se puede hablar de un proceso urbano entendido en términos modernos a partir de una práctica de fundar ciudades tomando como punto de origen los trazos de una cuadrícula ortogonal de calles que delimitan manzanas destinadas a plazas y predios.

Lo equinoccial

Otro aspecto que influye en la manera de percibir el espacio de Quito como lugar ha sido su posición en la “mitad del mundo” un aspecto que fue mencionado de manera reiterada desde el siglo XVI al XVIII, primero por Pedro Cieza de León, uno de los cronistas del siglo XVI quien describió en la “Crónica del Perú” una definición de lo equinoccial para ese tiempo y los criterios difundidos sobre el lugar mismo:

Dícese equinoccial, porque pasando el sol por ella, hace equinoccio, que quiere decir igualdad del día y de la noche. Esto es dos veces en el año, que son a once de marzo y a trece de septiembre. Y es de saber, que (como dicho tengo) fue opinión de algunos autores antiguos, que debajo de esta línea equinoccial era inhabitable, lo cual creyeron, porque como allí envía el sol sus rayos derechamente a la tierra, habría tan excesivo calor, que no se podría habitar.

...Y ahora los que habemos andado por estas partes hemos conocido lo que hay debajo de esta Línea Equinoccial, aunque algunos autores antiguos (como tengo dicho) tuvieron ser tierra inhabitable. Debajo de ella hay un invierno y verano, y está poblada de muchas gentes. Y las cosas que se siembran se dan muy abundantes, en especial trigo y cebada (Cieza de León, Pedro, 1984, pág. 136).

La mención de Pedro Cieza de León a lo equinoccial es reiterativa, al parecer es un interés personal que lo señala cuando está en la costa, en la montaña, cuando estuvo al Norte y al Sur de la línea, muestra sorpresa, reflexiona y constata la veracidad y equívocos de las versiones europeas sobre este lugar en el que el día y la noche eran iguales.

De este modo, el sentido de lo equinoccial fue un descubrimiento para los españoles que fundaron ciudades en el actual Ecuador; sin embargo, queda una pregunta ¿por qué no fundaron Quito en el lugar del privilegio astronómico?

La noción de equinoccial estuvo presente también en los indígenas locales quienes identificaron un lugar en el que sucedían fenómenos singulares; el padre Juan De Velasco recuerda en el siglo XVIII que en el Panecillo y en el monte Huanacauri o San Juan existieron columnas denominadas “gnómones” que servían para calcular la duración de meses, determinar los días de solsticios y equinoccios que se celebraron con fiestas (De Velasco, 1841, pág. 36). Dos informes arqueológicos preliminares en el monte Catequilla en el eje en donde se verificó en el siglo XVIII el paso de la línea equinoccial en la latitud 0° encontró una construcción semicircular en la cima e hizo suponer que en este sitio los señoríos determinaron el lugar de la “sombra cero” el día del equinoccio (Cobo, 1999) (Tobar, 1999). Una hipótesis de algunos autores con relación a la expansión de los incas hacia el Norte y la idea de Tupac-Yupanqui de fundar “otro Cuzco” en el lugar de Quito señala que el objetivo fue llegar al punto en el que se produce un efecto de la “sombra 0” en el equinoccio.

Consultando los textos de escritores indígenas, el escritor peruano conocido por su seudónimo Inca Garcilaso De la Vega (1539-1616), aunque es un escritor tardío, cita en “Comentarios Reales de los Incas” la decisión de fundar un nuevo “Cuzco”

en el asentamiento de los señoríos ubicado en el equinoccio:

Y es de notar que los Reyes Incas y sus amautas, que eran los filósofos, así como iban ganando tanto menos sombra daba la columna que estaba más cerca de la ciudad de Quito; y sobre todas las otras estimaron las que pusieron en la misma ciudad y en su paraje, hasta la costa de la mar, donde, por estar el Sol a plomo (como dicen los albañiles), no había señal de sombra alguna a mediodía (De la Vega, 2004, pág. 106).

Las fundaciones españolas en América Latina tomaron en consideración la astronomía y la astrología para fijar el día y la localización de una villa o ciudad. En este sentido, el estudio de Jaime Salcedo es revelador al señalar que la fundación de ciudades se producía cuando había un estado estable en el mundo celeste y de este modo se predecía un buen augurio a las fundaciones y garantizaba un futuro próspero, estable y duradero. En el caso de Quito es de suponer que la constelación de Orión, la que rige la franja ecuatorial, debió influir en el destino de estos territorios; al analizar la fundación de la ciudad de Buga señala:

La forma cuadrada de la ciudad y de su plaza, con el rollo-omphalós en su centro, así como otros indicios, permiten colegir que el modelo de la ciudad indiana durante los siglos XVI, XVII y XVIII fue una síntesis de la Nueva Jerusalem de la visión del profeta Ezequiel y de la Jerusalén Celestial del Apocalipsis de San Juan. Es decir, una ciudad ideal cristiana, de inspiración divina, en la que reinarían la Justicia, la luz y el orden, en la que nada haría falta, pues todas las necesidades estarían satisfechas. Los símbolos sagrados (el cuadrado, el centro del mundo, la iglesia, la ciudad misma) recordaría a sus pobladores el orden ideal al que estaban llamados en su vida terrenal y en sus relaciones comunitarias y de vecindad.

Todo indica que la ceremonia fundacional tenía por objeto no sólo dar origen jurídico y físico a la ciudad, sino, mediante la consagración del lugar, insertarla armónicamente –en su realidad profana– dentro del orden cósmico preexistente. Por lo demás las analogías entre el espacio y el tiempo terrenos, profanos, y el espacio y el tiempo celestes, sagrados, según la Imago mundi de

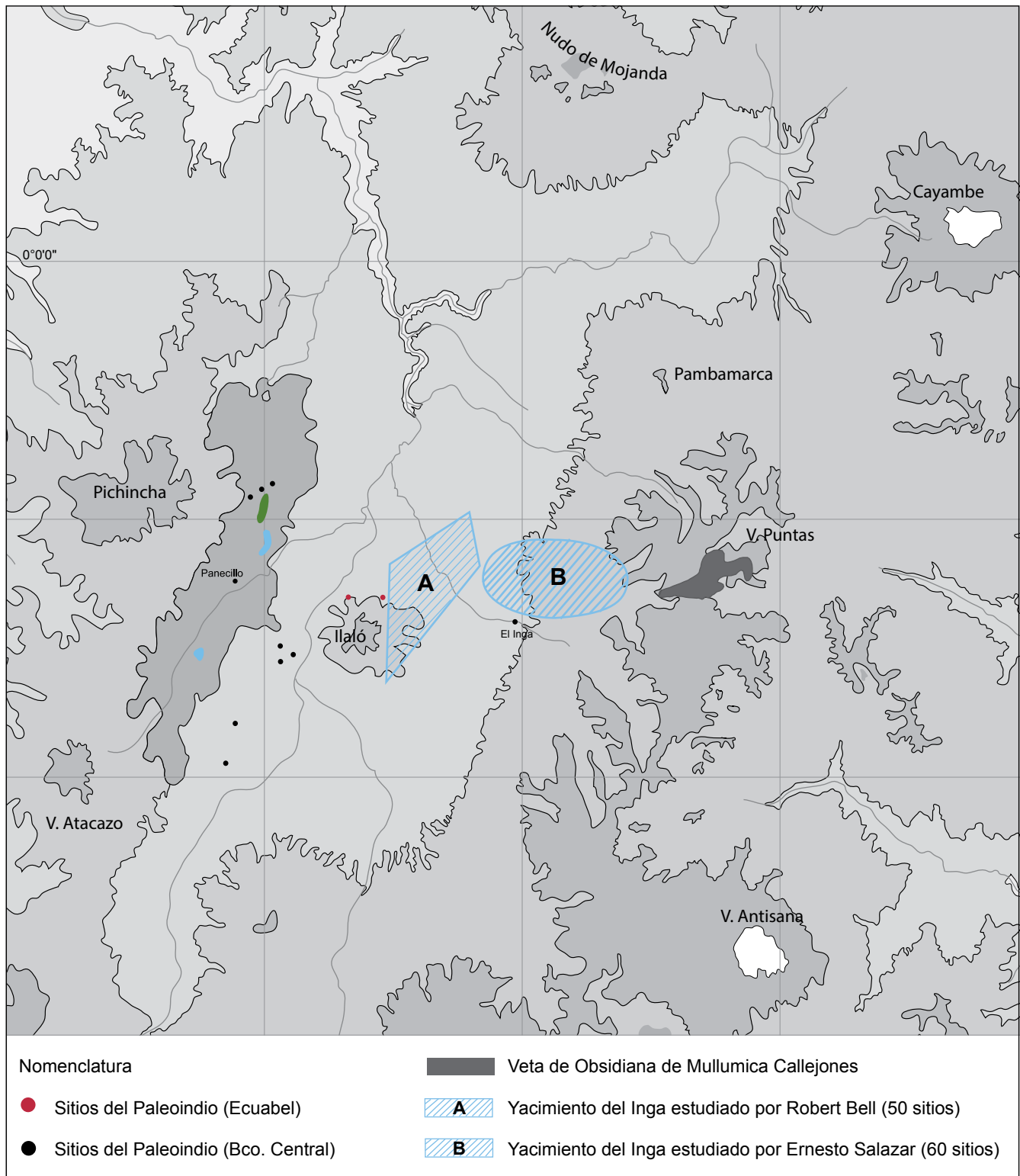


Gráfico 27. hoya del río Guayllabamba. Sitios arqueológicos paleoindios
 Fuente: Tomado de "Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito"

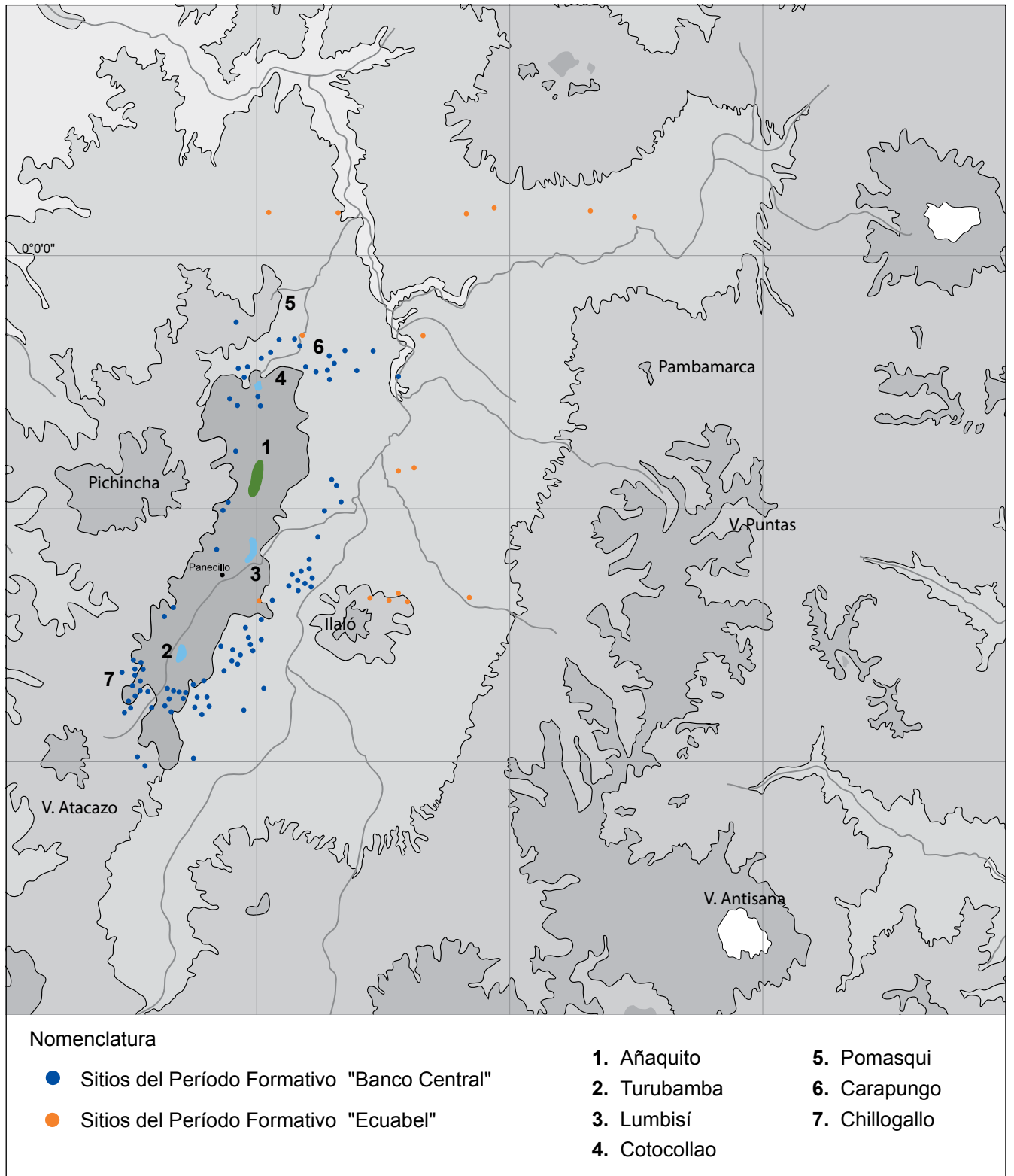


Gráfico 28. Sitios arqueológicos formativos
 Fuente: Tomado de "Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito"

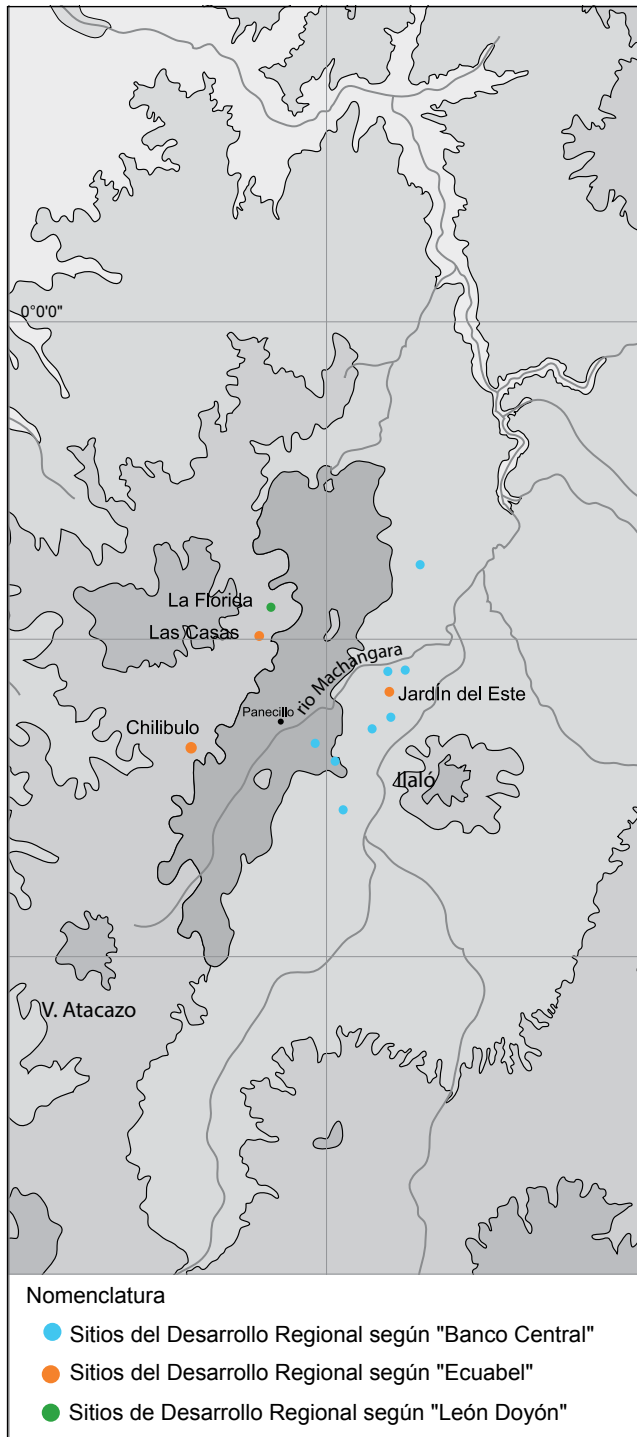


Gráfico 29. Sitios arqueológicos del periodo de Desarrollo Regional
 Fuente: Tomado de "Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito"

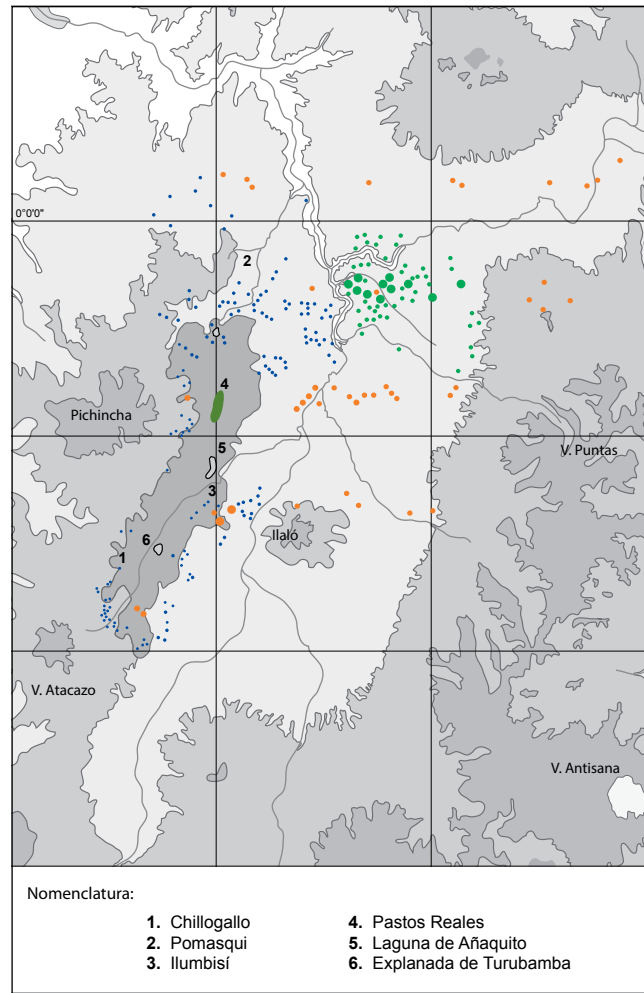


Gráfico 30. Sitios arqueológicos del periodo de Integración
 Fuente: Tomado de "Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito"

la época. Consecuentemente, es lícito suponer que al Thema mundi correspondiera un tema urbis, es decir, que los símbolos astrológicos hayan de aparecer en el urbanismo indiano y en la arquitectura que le da forma (Salcedo, 2000, pág. 192).

Como señala el mismo autor en el mismo texto, no todas las ciudades tuvieron un cronista que documente las condiciones de partida de una fundación o un astrónomo que describa las condiciones astrales al momento de la fundación española.

Sobre la fundación de Quito se podría plantear dos situaciones que abrirían una discusión sobre su fundación:Cuál es la fecha con la que se elabora la carta natal de la ciudad dado que hubo dos

fundaciones, una jurídica a 170 kilómetros de distancia de la Villa de San Francisco de Quito, y la segunda el día de la fundación física. No obstante, la simulación del cielo de Quito a las 6h00 de la mañana, hora probable del acto de toma del lugar de la fundación física aparece la presencia de dos pares de planetas: Venus y Marte que corresponden a energías opuestas pero complementarias: lo femenino en Venus y lo masculino en Marte, pero al mismo tiempo Venus se asocia con la belleza y el encanto mientras que Marte con la guerra, por lo tanto una relación conflictiva. Otro par de planetas juntos fueron Saturno y Urano también opuestos entre sí, Saturno se relaciona con lo viejo, lo ancestral, rige la política y Urano rige lo nuevo y la sociedad como lugar de pertenencia³⁸. Sea que hubo o no la intervención de un astrónomo o de un astrólogo, por coincidencia o por análisis previo, la oposición y complementariedad están presentes en Quito, se hacen evidentes en el territorio, en el mundo de abajo, y en el espacio celeste, el macromundo.

El Ukhu pacha o el mundo de abajo

En la tercera capa de análisis se encuentra el origen mismo de Quito, comprende lo que se encuentra bajo la superficie de la hoya del Guayllabamba y la meseta de Quito: la arqueología y las quebradas. La arqueología proporciona información que se complementa con la geografía sagrada y la historia para comprender el lugar de Quito como totalidad. En este apartado interesa conocer lo que el subsuelo aporta al espacio público actual, qué se perdió y qué se conserva. Las quebradas cumplieron diferentes funciones en el pasado, a más de ser nichos de biodiversidad. Otro aspecto que no se observa sino con la construcción de la ciudad colonial son los sismos y los terremotos que afectaron a la arquitectura.

A partir de las fuentes arqueológicas se conoce que la meseta de Quito estuvo poblada desde el periodo

Paleoindio³⁹, el dibujo de los restos de obsidiana encontrados en la hoya muestran un recorrido desde las canteras en el volcán Puntas hasta el sitio El Inga en donde se encontraron talleres que trabajaron las puntas de flecha y objetos de corte con este material que tuvo un consumo extendido hasta que apareció el hierro en el Periodo de Integración. Este material fue trasladado a grandes distancias y favoreció el asentamiento humano en la hoya del río Guayllabamba (*Gráfico 27*).

Los primeros asentamientos encontrados en el espacio de la meseta provienen del periodo Formativo. En un plano topográfico actual se puede observar que la disposición de los asentamientos de este periodo (2.500 a.C. – 500 a.C.) fue dispersa y distribuida en nichos ecológicos diferenciados para acceder a recursos para la subsistencia. Las cotas de mayor ocupación fueron entre los 2.800 a 3.000 metros de altura. La erupción del volcán Pululahua sepultó el asentamiento de Cotocollao en el 400 a.C. De este periodo data también el asentamiento Chillogallo y el denominado Las Casas o Meditrópolis al pie del Pichincha (*Gráfico 28*).

Los gráficos representan la distribución de los asentamientos en temporalidades diferentes en la hoya y en la meseta de Quito en donde se puede deducir que durante el periodo de Desarrollo Regional (500 a.C. – 500 d.C.) hubo un vaciamiento de la hoya probablemente por factores climáticos, enfermedades o erupciones volcánicas. Destaca en esta temporalidad el asentamiento de La Florida en donde se encontraron tumbas de caciques ricamente ataviados por ponchos elaborados con cuentas de concha Spondylus. Esto relaciona a las culturas de la meseta de Quito con la costa de donde se extrajo este producto del mar (*Gráfico 29*).

En el periodo de Integración (500 d.C. – 1534 d.C.) Frank Salomon identificó una serie de señoríos étnicos en Quito y en el territorio de la hoya. Los señoríos étnicos de Quito fueron grupos humanos al mando de un cacique que aparecieron en el periodo de Desarrollo Regional y permanece vigente

³⁸ Luego de una indagación en internet sobre la astrología y las ciudades se encontró poca información. La más didáctica y general fue encontrada en <https://blogdesegundoruiz.blogspot.com/> se ha tomado como referencia los lineamientos generales que podrían ser aplicados a una ciudad.

³⁹ El Periodo Paleoindio se estima entre el 7.000 a.C. – 2.500 a.C. en la ladera oriental del volcán Ilaló se trabajó la obsidiana extraída del volcán Puntas y transportada hasta el sitio denominado El Inga. En 1966 Betty Meggers y Clifford Evans plantearon tres periodos en la arqueología ecuatoriana: Periodo Formativo (2.500 a.C. – 500 a.C.), Periodo de Desarrollo Regional (500 a.C. – 500 d.C.), Periodo de Integración (500 d.C. – 1.534 d.C.)

durante el periodo de Integración. Al finalizar el periodo llegaron los incas, alrededor de 1490 (*Gráfico 30*).

La secuencia de sitios arqueológicos permite reconocer que la meseta presenta una mayor presencia humana y el Sur estuvo más poblado que el Norte. En la meseta se encuentran dos vacíos, uno en el Norte y otro al Sur que corresponden a la laguna de Añaquito y al pantano de Turubamba en donde no hubo edificaciones pero hubo espacios de cultivo en la parte lacustre y vivienda en las laderas de los cerros.

La observación de los cortes estratigráficos de las excavaciones para los cimientos de edificios en el sector de La Carolina reveló la presencia de camellones de cultivo que explica que la laguna de Añaquito no tuvo caudal permanente y tampoco fue profunda; en tiempo de sequía se redujo el volumen dejando las orillas con limo fértil para el cultivo (Villalba, M. 1999).

La revisión de los gráficos de la permanencia cultural es de interés para identificar las permanencias en periodos de larga duración. En este sentido los asentamientos de Cotocollao y Chillogallo se situaron sobre cruce de caminos y estuvieron comunicados entre sí mediante un camino de media ladera en las faldas del volcán Pichincha; los asentamientos no tienen continuidad por los eventos volcánicos pero el sitio mantuvo presencia humana o paso de personas al estar relacionados con aberturas naturales que llevan hacia la costa.

Un factor climático importante encontrado en la investigación fue que el sitio de Cotocollao no es ni húmedo ni seco, es decir, que la relación entre la cantidad de agua que vuelve a la atmósfera como producto de la evaporación es igual a la cantidad de agua que se va a la atmósfera por transpiración de las plantas; el indicador de esta relación es igual a 1 que corresponde a un nicho ideal para la vida. Este fenómeno físico se denomina “evapotranspiración”. El sitio arqueológico Las Casas está a una distancia intermedia entre los dos primeros, se asume que hubo contacto a través de un camino de media ladera a través del que se controló la laguna o el pantano.

Cotocollao, La Florida, Las Casas y Chillogallo estuvieron unidos con un camino de media ladera que en sus extremos Norte y Sur se unió al camino de los Yumbos del Norte y el de los Yumbos del Sur que se dirigen hacia la costa, esto indicaría que la circulación de personas hacia y desde la costa fue permanente hasta llegar a la colonia en que se encuentra mencionado como el “caminillo”.

El estudio “Los señoríos étnicos de Quito en la época de los incas” de Frank Salomon realizado a partir de fuentes coloniales tempranas contextualiza los hallazgos de la arqueología pues reconstruye hasta donde ha sido posible la sociedad prehispánica y ha permitido mediante la comparación con otras casas en el territorio ecuatoriano afirman que el patrón de asentamiento humano fue de tipo disperso, con un centro administrativo, religioso y de poder político al que respondía la población aliada.

Según este autor, los señoríos fueron organizaciones sociales independientes, cada una estuvo precedida por un “cacique” quien fue la autoridad política y religiosa de una sociedad con fuertes lazos de parentesco y con apertura hacia sociedades externas provenientes de la costa. Al parecer la casa del cacique era la sede del poder ya que no hay huellas de centros ceremoniales. Cada señorío ocupó un territorio que se lo identifica como “llajta” o “llajtacuna” en plural, término quichua asignado posteriormente. Entre las llajtas compartían los recursos naturales de la laguna conocida como Añaquito que se alimentaba de las vertientes del Pichincha y con probabilidad este sistema fue aplicado en los señoríos alrededor de Turubamba.

La producción para la subsistencia y de objetos suntuarios era intercambiada en el mercado (catu) pues no había moneda, éste no fue fijo sino que funcionó mediante ferias rotativas entre señoríos como lo registra un documento anónimo de 1573 citado por Salomon “de manera que hoy se hace en un pueblo y mañana en otro más cercano, y así andan por su rueda” (Salomon, Frank, 2011, pág. 188). Cada uno tuvo su mercado pero existió otra red de mayor jerarquía que funcionó en sitios específicos en la hoya. En éstos, el maíz se intercambió con los que llegaron de la costa o de la amazonía. La costa proveía de sal, spondylus, algodón, coca, pescado seco y de la amazonía llegaban productos medicinales, canela, bandul (colorante natural).

La transportación de los productos se hizo mediante hombres que llevaron las cargas y se los denominó “mindaláes” que significa “poco, miserable” y según otros autores “tocar camino”. El transporte de bienes desde la costa tenía mercados a mitad de camino; el que comunicó con Quito estuvo en el sitio arqueológico de Tulipe localizado a 1.500 metros de altura. Algo similar sucedió con el intercambio de la amazonía. El sitio identificado por la arqueología como Cosanga pudo haber cumplido la función de transferencia de los productos que llegaban a nueve mercados de la hoya del río Guayllabamba y mercados localizados en cotas intermedias de la costa que fueron Cachillacta y Cansacoto.

Las quebradas de la meseta

Otro aspecto relacionado con el mundo de abajo son las 60 quebradas que salen desde el Pichincha y alrededor de 20 de las lomas del lado Este de la meseta. Los topónimos mantienen por lo general el nombre prehispánico dependiendo de la fuente de información: Rumihurco, Atucucho, Yacupugru, Runachaga, Chimichamba, Rumipamba, Ashintahuayco, Luluncoto, Chaguarquingo, Caupicho, Shanshayacu. Otras quebradas cambiaron el topónimo antiguo por el de los propietarios de haciendas cuyo emplazamiento incluye a las quebradas Q. Ortega y Q. Navarro. (*Gráfico 31, ver pág. 278*).

La mayoría de quebradas desciende desde el Pichincha y el resto de las lomas que se encuentran en el sector Este de la meseta. El sistema de quebradas forman cuatro grupos, el primero se origina en el Sur, provienen de las faldas del Pichincha, las laderas del Atacazo o Ninahuilca (fuego antiguo) para formar el río principal de la ciudad, el Machángara. El segundo grupo de quebradas atraviesan el centro histórico de Oeste a Este, son profundas, a diferencia de las del primer grupo y desaguan directamente a este río. Un tercer grupo lo conforman las quebradas del Pichincha y las de las lomas de Guangüiltagua y Batán. El agua de este sistema desemboca en el Machángara a través de la quebrada Grande. Un cuarto grupo está conformado por cinco quebradas que llegan hasta la planicie del antiguo aeropuerto y un grupo que se une a la Quebrada del Colegio; ésta última desemboca en el río Monjas y continúa en dirección Norte, independiente al Machángara.

Esta tesis se interesa por las del primero, segundo y tercer grupo. Existe mayor información de las quebradas del segundo grupo que atraviesan el núcleo fundacional durante la Colonia, las más importantes son: Jerusalem o Ullaguangayacu formada por la quebrada de la Cantera, San Diego y San Cristóbal. La quebrada de Manosalvas que nace en la quebrada de El Tejar y El Placer y en su recorrido se denomina Zanguña. A la de Manosalvas se une, antes de llegar al Machángara, la quebrada del Itchimbía y Huanacauri (*Gráfico 32a y 32b*).

En un salto temporal al siglo XVIII en que se producen los primeros indicios de transformaciones en el espacio urbano de Quito, las quebradas del núcleo fundacional se habían rellenado parcialmente, al ser las obras costosas y escaso el presupuesto del Cabildo era difícil emprender un proyecto de envergadura. Para 1734 la ciudad contaba con 14 puentes según el informe de Dionisio Alcedo y Herrera, Presidente de la Audiencia de Quito, quien en el expediente del plano escribe al rey su gestión para la reconstrucción del puente de La Merced con la colaboración de personas acaudaladas que financiaron la construcción, a cambio de favores del presidente.

Por la descripción del documento varios puentes se encontraban en mal estado por las crecientes violentas del caudal de la quebrada. De este modo la vitalidad de la naturaleza, desde el subsuelo, estuvo presente en la vida cotidiana de la colonia, al igual que con los terremotos, dos aspectos de la identidad del lugar. Se podría decir que la naturaleza desde lo alto y desde el subsuelo emerge para incidir en la vida de los pobladores de Quito quienes decidieron vivir en un sitio de difícil acceso y en el que cada evento natural se vuelve cotidiano.

La quebrada en su relación con el agua tiene a su haber descripciones de actividades relacionadas con lo cotidiano; el baño, el paseo y el descanso para mirar el panorama, el lavado de ropa. La quebrada es el origen de los canales de agua que la conducen a las pilas públicas, la distribución estuvo a cargo de un grupo de los llamados “aguateros”, indígenas que tuvieron a partir de esta actividad un modo de vida (Ospina, 1992, págs. 107-126).

TOPÓNIMOS DE QUEBRADAS Y FUENTES DE AGUA



Gráfico 32a y 32b. Quebradas que atraviesan el núcleo fundacional
Fuente: Base cartográfica del plano de Quito de 1858

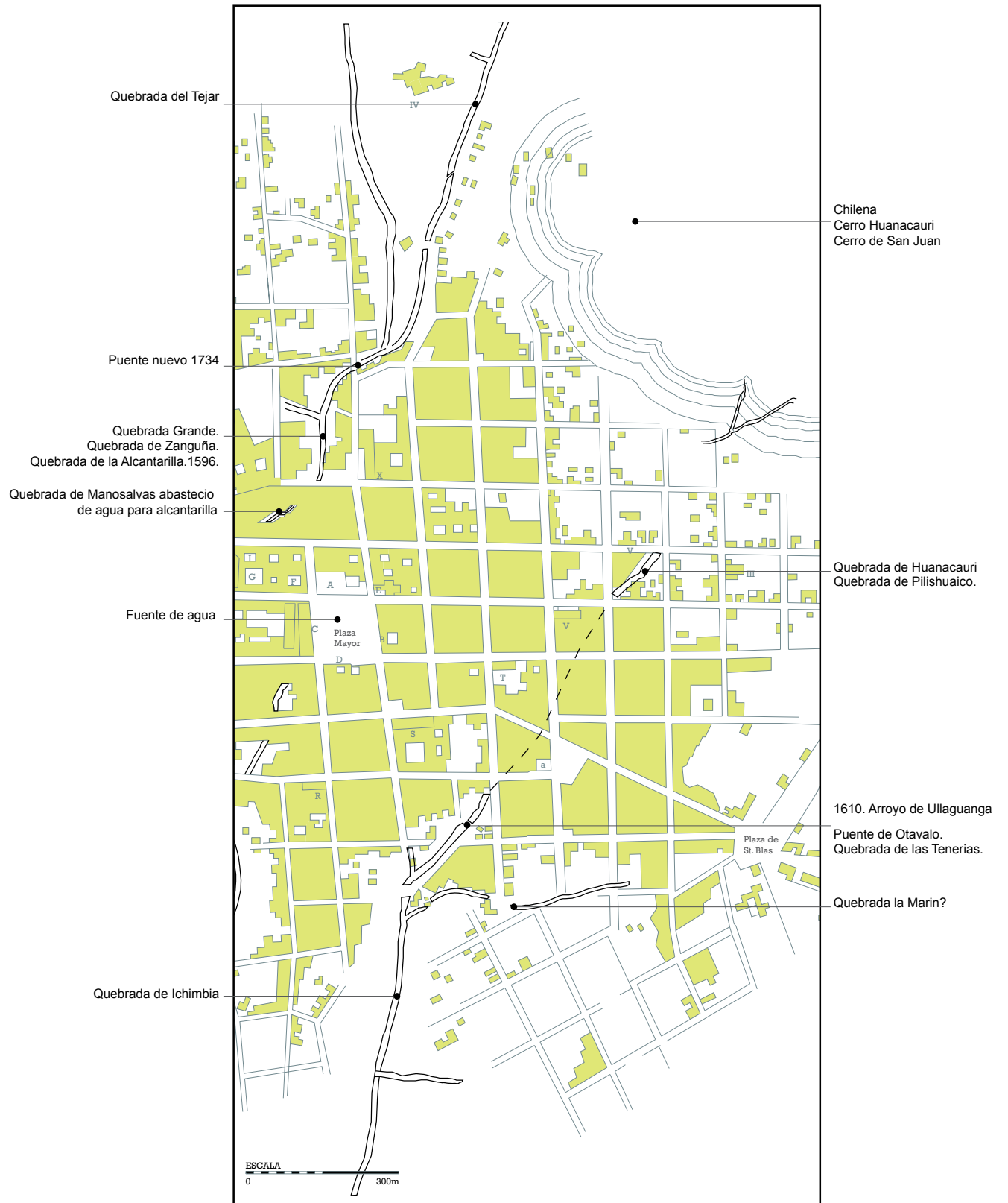


Gráfico 32b.

Hechos históricos de muerte en la quebrada deja un recuerdo negativo de la misma, asociado con el peligro, el abandono, suciedad, pobreza, más aún en hechos colectivos como el levantamiento de los barrios de Quito en 1765 cuando los cuerpos de la revuelta aparecieron en la quebrada o en las revueltas por la independencia de España. Con el relleno de las mismas desaparece esta imagen de la ciudad y es interesante develar el discurso modernizador que justifica el relleno de la misma para dar paso al crecimiento de la ciudad, el desarrollo que va de la mano con la potabilización del agua (Luzuriaga, 2013, págs. 66-72). Es decir, el agua se transforma de recurso natural en servicio público desde el final del siglo XIX; sin embargo, en ambos escenarios forma parte importante del espacio público.

El terremoto forma parte del mundo de abajo ya que emerge de la tierra como un evento que afecta sobre todo a la arquitectura. Desde 1534 hasta 1990 Quito ha sufrido alrededor de 25 sismos de importancia; de éstos, diez han sido terremotos, es decir movimientos sísmicos mayores iguales a VII grados en la escala de MSK; cuando la arquitectura presenta inseguridad o destrucción, la población acude a las plazas o al espacio público mientras pasa la emergencia. La consecuencia del terremoto también despertó la devoción a varios personajes del santoral católico, a procesiones y actividades coordinadas con la iglesia y el cabildo (Del Pino I. Y., 1990, págs. 67-100)

La creencia difundida entre la gente común de que el terremoto y la erupción fueron un castigo de Dios estuvo arraigada hasta el siglo XX. Mientras tanto, para resarcir el daño, en el siglo XVII Quito fue testigo de la vida de Mariana de Jesús, quien con su vida ejemplar de austeridad, retiro y diálogo con Dios decidió ofrecer su vida para que la ciudad se libre de las pestes y los efectos del terremoto. Su vida y sacrificio llevó a la iglesia a proponer su canonización, proceso que duró hasta el siglo XX, las palabras de la santa han sido recreadas y repetidas por los quiteños quienes añadieron en boca de la santa la profecía de “Quito no se destruirá por los terremotos sino por los malos gobiernos”.

Epílogo del capítulo I

Mediante tres cortes altitudinales del lugar de Quito el presente capítulo trata sobre el contexto geográfico y cultural en el que se asienta la ciudad y algunas circunstancias políticas, sociales e ideológicas que se expresan en el espacio urbano de uso colectivo en el Quito de hoy. La primera es la preexistencia de asentamientos humanos denominados señoríos étnicos quienes encontraron en una meseta alargada de un territorio llamado Quito, un espacio de vida en donde establecieron un centro de intercambio interregional. En el primer tercio del siglo XVI los incas incursionaron en este espacio para anexarlo al imperio llamado Tahuantinsuyo y establecer en Quito una segunda capital ratificando su función de centro militar, administrativo y religioso, con la categoría de “otro Cuzco”; luego los conquistadores españoles fundaron la Villa de San Francisco de Quito el 6 de diciembre de 1534 en el mismo lugar estratégico encerrado entre colinas, tres accesos y atravesado por tres quebradas. Más tarde, entre el siglo XVIII y el XIX otros europeos encontraron en Ecuador un laboratorio geológico y de biodiversidad, y en Quito un centro de operaciones para la ciencia.

La segunda circunstancia derivada del lugar geográfico se refiere a la disposición de algunas montañas reconocidas como estructuradoras del territorio, montes tutelares y sitios sagrados identificados en la cartografía del siglo XX; cuando crece la ciudad se evidencia el manejo de un orden más o menos generalizado en los topónimos de sectores urbanos que denominan el sentido, el tamaño o la bipartición del territorio en lo alto y lo bajo, lo chico y lo grande; lomas que dividen sectores por el tipo de población, sectores con nombres aborígenes que la iglesia los “bautiza” cuando se incorporan al espacio urbano añadiendo el nombre de un santo o santa. Con relación a esta circunstancia vale preguntar sobre la manera en que la cartografía evidencia la denominación aborígen, las transformaciones, mutaciones y continuidades en la representación y de qué modo la topografía unida a lo sagrado estaría asumida en el espacio de la ciudad.

El volcán Pichincha y los terremotos producidos por el movimiento de las placas geológicas regionales afectaron a la ciudad sin llegar a su destrucción total,

dejando su huella en la arquitectura y en su historia. La pregunta que se plantea sobre este aspecto es de qué manera la actividad geológica y volcánica ha dejado su huella en la noción de lo alto y lo bajo y en el espacio público; de qué manera la vitalidad geológica de la meseta ha sido la condición para la reestructuración y ordenamiento de la ciudad, la realización de obras públicas y, la justificación de los rellenos.

La tercera circunstancia es de tipo ideológico y geopolítico, se relaciona con la noción de lo equinoccial que está presente en las huellas de la geografía sagrada ancestral. Los navegantes españoles demostraron su interés por las tierras equinociales, el lugar en donde el planeta se divide en “partes iguales” aspecto que está en segundo plano en el relato histórico colonial.

Posteriormente, la noción de lo equinoccial se convierte en una condición geopolítica que teje el contexto ideológico ancestral con una explicación científica del lugar de Quito. Con la independencia en el siglo XIX, el sentido de lo equinoccial se transforma en el nombre del país Ecuador. Lo equinoccial es la línea imaginaria que recorre de Este a Oeste el planeta y la Cordillera de los Andes el eje que articula el Norte y el Sur de manera física⁴⁰, noción que se suma a las dualidades ya descritas. Lo equinoccial identifica a la nación y al país, y el término ancestral de “Quito” para su capital.

Con motivo del centenario de la llegada de la Misión Geodésica Francesa (1936) se creó un vínculo científico y económico (turismo) con la nominación de “Quito, ciudad en la mitad del mundo” y la construcción de un monumento, que durante el siglo XX y XXI ha sido un atractivo turístico, marca de ciudad y de país que atrae a turistas del mundo.

El sentido ancestral de lo equinoccial, expresado en el paisaje, es una circunstancia que se transforma con los resultados de la investigación científica del siglo XVII, y lo transfiere a un objeto material que es un monumento localizado en el sitio en que la Misión Geodésica Francesa determinó la latitud 0°. Hoy en día se cuestiona la localización del monumento dada la aparición de sistemas

geográficos de referencia de alta tecnología y toma fuerza el sitio arqueológico de Catequilla que se encuentra a pocos metros del monumento, es decir que emergen las huellas ancestrales.

⁴⁰ El diario de Charles Marie de La Condamine se tituló “Diario del Viaje al Ecuador” con anterioridad a la formación de la República de Ecuador.

Capítulo II

La meseta de Quito

Este capítulo concentrará el análisis del segundo corte del territorio, el *Kay Pacha* o el mundo de la mitad, para evidenciar en el territorio de Quito la manera en que a partir de una urdiembre básica de caminos se encontró un lugar específico para la fundación española, un lugar en disputa en donde se negociaron los intereses de caciques prehispánicos y conquistadores españoles, luego de lo cual se produjo la fundación española como resultado de una mixtura entre el modelo de ciudad ideal cristiana cuyos límites están en el núcleo fundacional y los ejidos, y la división ritual prehispánica del territorio. En esta mixtura prevaleció la cosmovisión andina en el significado del paisaje y la estructuración del territorio mientras que en el núcleo fundacional y los ejidos se expresa un nuevo orden: el urbano en la plaza y la calle. Esta es una totalidad que acumula historia, es jerárquica y tiene una morfología e identidad propia.

Los caminos de la meseta de Quito

El andar por la meseta de Quito dejó huellas que permiten inferir un paisaje de líneas que recorren por la montaña y junto a puntos de agua de la meseta; éstas constituyen las cuerdas principales de un tejido que hoy es perceptible en el trazado urbano moderno, modificado, ampliado y mejorado en su tecnología pero que en esencia son las matrices que servirán de referencia para el crecimiento de la ciudad y del urbanismo moderno. La laguna y el pantano, si bien desaparecieron quedan las marcas de la topografía que los contuvo, las quebradas por las que ingresó el agua y por las que drenaron los fluidos para mantener los niveles de los espacios lacustres, y en las patologías generalizadas de humedad de los cimientos y zócalos de los edificios de algunos sectores de Quito.

Como primeras pistas para la reconstrucción de la estructura de las cuerdas de este tejido primario es necesario revisar las Actas del Cabildo. Estas descripciones, basadas en hitos presentes en el siglo XVI son irreconocibles hoy en día pero la visión retrospectiva, a través de un retrovisor, permite encontrar en la cartografía de 1930 algunas huellas de los caminos antiguos en dos momentos de transformación; el primero registrado por los primeros cronistas y la descripción de visitantes que relatan los cambios y permanencias de los

caminos prehispánicos, y estudios sobre el camino inca. El segundo se sitúa en un momento de turbulencia política en el siglo XIX y en el periodo de las guerras de independencia entre 1802 y 1822. No hay cambios físicos radicales en la ciudad pero se prepara un cambio de época que no será visible sino en el centenario de la independencia, en 1922.

Por las huellas encontradas se puede inferir también que los primeros caminos fueron preincas. De éstos se identifica uno, el denominado “caminillo” en la ladera del Volcán Pichincha, une dos nodos: Cotocollao y Chillogallo, que se comunican directamente con la costa de donde venía la sal, coca, spondylus, esmeraldas, algodón, cacao y frutas; e indirectamente con la Amazonía de donde venían sobre todo productos medicinales.

La descripción de la hacienda Chaupicruz permite suponer este camino en la delimitación de la propiedad de Juan Márquez de Sanabria en 1543: “un caminillo que pasa por unas sepulturas de indios que está en un cerrado de tierra y por la parte de abajo el Camino Real que va desta ciudad al dicho Cotocollao” (Stacey, 1995, pág. 165). La arqueología ha verificado este sitio como “La Florida”, un asentamiento de Desarrollo Regional cuyas momias, acompañados de objetos rituales, fueron ataviadas con ponchos elaborados con cuentas de concha *spondylus*. El hallazgo confirma la relación interregional en tiempo preinca y la comunicación por medio del mencionado “caminillo” cuyo recorrido va por los 3.000 metros de altitud, atravesando las quebradas en su recorrido inicial, esto facilita por un lado el dominio del territorio y el avance del caminar. En 1970 se superpusieron a este camino algunos tramos de la Avenida Mariscal Sucre, conocida también como Occidental (*Gráfico 33*).

Un segundo camino que aparece en la cartografía de 1932 es el que se denomina “Camino Real” en los textos coloniales para identificar al Camino del Inca o Capac-Ñan en el ramal del Chinchaysuyo. Éste parte del Cuzco hasta Huaca, pasando por Tomebamba y Quito con una parte de camino concluido hasta Huaca y un tramo en construcción entre Huaca y Pasto⁴¹ (Cieza de León, Pedro, 1984,

41 Es difícil determinar mediante la bibliografía si el tramo Huaca, Pasto fue de origen preinca o reconstruido por los incas a partir de caminos preexistentes.

pág. 106). Se estima que los incas construyeron alrededor de 1.000 kilómetros de caminos en territorio del actual Ecuador, probablemente entre 1490 y 1530. Cieza de León comparó este camino con las calzadas romanas por su calidad, infraestructura y extensión, Hernando Pizarro señaló “es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa en toda la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada” (Hemming, 2000, pág. 199). En época hispánica el camino inca fue de gran utilidad para los conquistadores ya que permitió una rápida movilización a caballo.

Al Sur de Quito los caminos muestran alguna complejidad. El punto de partida fue el tambo de Mulhaló, denominado luego San Agustín de Callo y tratado en el capítulo anterior, un tambo real del que sale un camino que al llegar a la población de Tambillo en donde se abre en dos ramales: el primero atraviesa el valle de los Chillos en donde estuvo el señorío de Sangolquí que tuvo control de la producción del maíz. El segundo camino sube a la meseta de Quito y se abre en dos ramales trazados en la cota de los 2.900 y los 3.100 metros de altitud, el primero va por las laderas del Pichincha y el segundo por la loma de Puengasí. Este último es estratégico porque tiene visibilidad sobre el camino de Sangolquí y del Valle de Chillo o Valle de los Chillos. De hecho, por los apellidos encontrados por Salomon en Sangolquí se deduce que los incas tomaron el control de este sitio colocando mitimaes peruanos.

Las primeras actas del Cabildo hablan de un camino de “man derecha” que va por la “falda alta del monte” o “por la sierra grande”, es decir las laderas del Pichincha, hasta el “pueblo del monte” o Chillogallo, donde están dos arroyuelos. Este camino avanza hacia el Norte, pasa por los aposentos del inca (actual barrio de San Diego, calle Bahía de Caráquez), para luego atravesar la quebrada de Ullagundayacu. La entrada al núcleo fundacional debió ser por las inmediaciones de la calle Bahía de Caráquez. Cabe pensar que este camino se superpuso al “caminillo” en el tramo comprendido entre el Panecillo y Chillogallo ya que según Salomon la comunicación prehispánica entre la costa y Quito se hizo por dos caminos que llegan a la meseta por pasos naturales: Cotocollao por el Norte y Aloasí (Tambillo) por el Sur hasta llegar al mercado o “catu”.

El camino de mayor jerarquía en tiempo hispánico fue el denominado de “man izquierda” fue por la ladera de la Loma de Puengasí, el plano de 1980 muestra la traza de este camino y la denominación “Camino del Inca”. La arqueología ha verificado este tramo en donde existen algunas huellas en mal estado en el lugar de “El Troje” (Aguilera, 2016). Un posible ingreso al núcleo fundacional debió ser por el actual barrio Alpahuasi para cruzar el río Machángara por un estrechamiento en donde hoy existe un puente, subir por las inmediaciones de la calle Maldonado hasta la plaza de Santo Domingo y continuar por la calle Flores hacia el Norte o subir en dirección Oeste para llegar al mercado.

Al llegar al núcleo fundacional se pierde la traza del camino prehispánico; éste continúa y se abre nuevamente en dos rutas, la primera llegó hasta Chaupicruz, al final de la laguna de Añaquito para salir por Zámiza hacia el Valle de Guayllabamba en donde se encuentra un pucará inca. La segunda ruta, considerada como secundaria, continúa por la ladera del Pichincha, pasa por Cotocollao, Pomasqui y San Antonio. En San Antonio el camino se divide con un ramal hacia la costa y otro que continúa hacia el Norte. La carretera actual, con algunos cambios entre Quito y Guayllabamba corta partes del antiguo camino y se superpone en otros⁴².

La cartografía y la arqueología muestran algunas huellas de tambos; sin embargo, no todo lo que se menciona como tambo fue inca ya que el término fue usado de manera amplia para denominar un sitio de estancia o mirador. El plano de Quito de 1989 grafica en el Sur de Quito el recorrido parcial del “Camino del Inca” en el sector de la antigua hacienda “El Troje”, un pucará, y dos topónimos que corresponden a poblaciones peruanas de donde provenían mitimaes, éstos son: “Chachas” y “Huarca” y el asentamiento de “Guamaní” que corresponde a los distritos administrativos que los incas solían establecer en poblaciones de rango intermedio o “cabeceras de provincia” según menciona el cronista Felipe Guamán Poma de Ayala.

⁴² Estudios arqueológicos relacionados con los caminos de la hoya del río Guayllabamba son los publicados por Tamara Bray, Antonio Fresco e informes técnicos no publicados de María Aguilera.

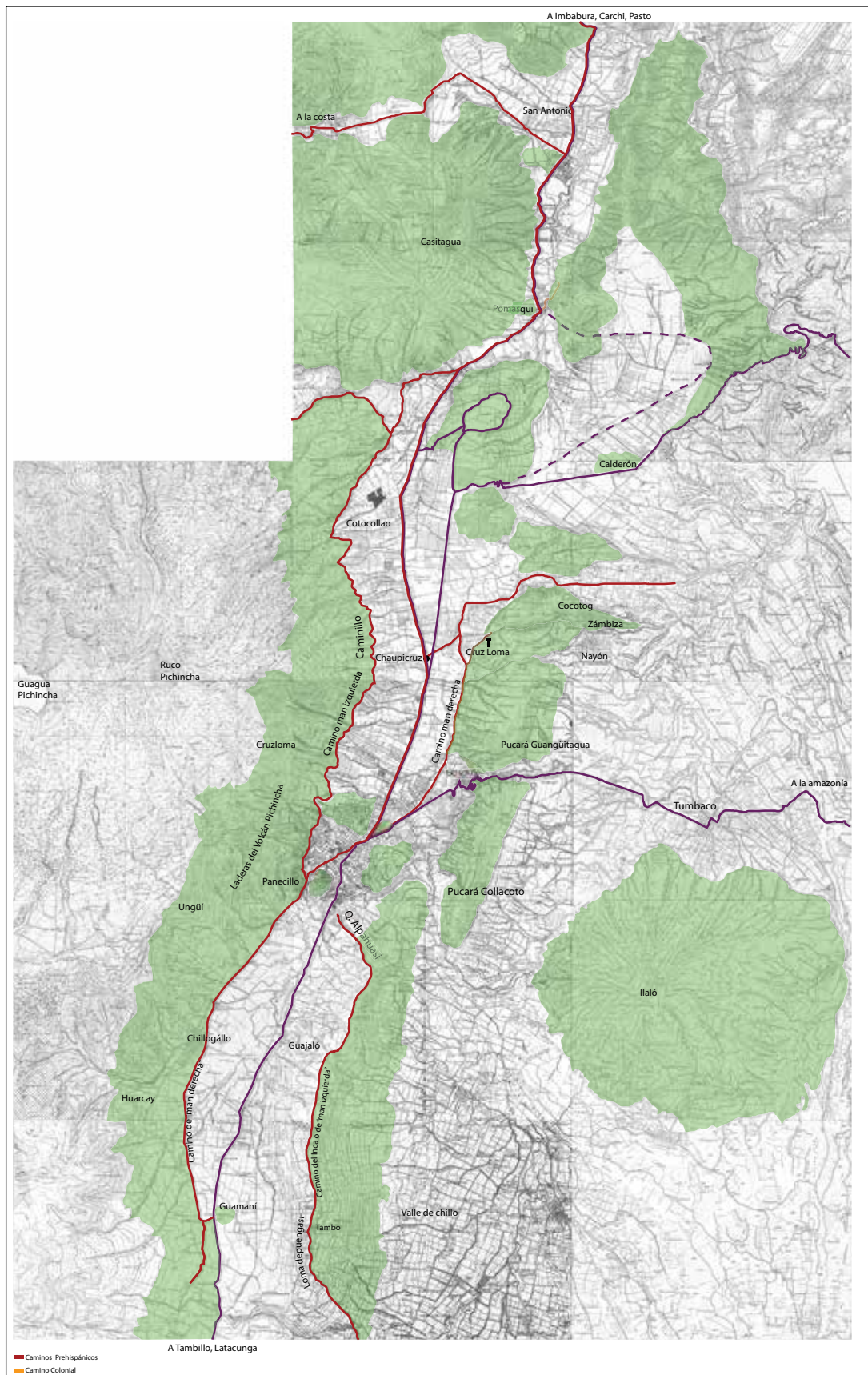


Gráfico 33. Caminos de la meseta de Quito en 1932.
 Nota: El Norte se encuentra en la parte superior tanto en el plano general como en los detalles.
 Fuente: Base cartográfica del plano de Quito 1932.

La arqueología ha podido identificar el camino de la loma de Puengasí, los pucarás de Collacoto en la misma loma, culuncos⁴³ o caminos antiguos en el cerro Guanguiltagua (Parque Metropolitano). El primero, Collacoto controló el valle de los Chillos, y el segundo, Guanguiltagua, controló la entrada a la meseta por Guápulo y el valle de Tumbaco.

Los Ejidos

Los espacios lacustres localizados junto a la villa de Quito se transformaron en ejidos, uno al Norte denominado Añaquito (hoy Ñaquito), y otro al Sur denominado Turubamba fueron delimitados en las primeras actas del Cabildo. La extensión de los ejidos es menor a la de los humedales y lagunas existentes en la meseta en tiempo prehispánico. Las zonas lacustres tienen origen en el sistema de quebradas del Volcán Pichincha y los cerros que delimitan la Meseta de Quito, tuvieron poca profundidad por lo que se secaron en verano o con la caída de ceniza volcánica; no obstante, condicionaron un modo de ocupación del suelo alrededor de ellas: en lo alto, la ladera, suelo firme para construir, visibilidad hacia el territorio y sol de la mañana, y en lo bajo, suelo blando y fértil para cultivo y cacería, bordes flexibles según los ritmos de crecimiento y decrecimiento de las corrientes de agua, espacio social compartido entre los “señoríos” para el cuidado, seguridad y vigilancia colectiva de las lagunas que significan un espacio de vida, dicho de otro modo, éste sería el origen del “espacio del nosotros”.

Los ejidos en la cartografía

La cartografía histórica de Quito silencia el espacio de los ejidos pese a ser parte de los términos de la ciudad colonial. En el plano de 1734 aparece por primera vez una pequeña parte del ejido de Añaquito que corresponde al espacio en que se encuentra la “Capilla de la Veracruz” construida en honor al Virrey del Perú muerto en combate, un lago y el rollo. Este es el plano de Dionisio Alcedo y Herrera (1690-1777), dibujado en color, con escala

en varas castellanas⁴⁴, de dimensiones 567 x 831 mm, dibujado en tres dimensiones, editado como anexo al informe que envía al Rey de España sobre su actividad como Presidente de la Audiencia de Quito entre 1728 y 1736 y en particular su gestión para restablecer el puente de La Merced.

Sin embargo es necesario llegar al plano topográfico de Quito de 1932 para realizar el análisis gráfico de los ejidos en su totalidad; analizar el territorio de la meseta de Quito en ese año para comprender la estructura geográfica de los antiguos ejidos en una escala que permite identificar la topografía, inferir los límites, altitudes, longitudes, orientación, localización de hitos naturales y construidos que se describen en las actas; remates de tierra y reclamos de quienes lo utilizaron como espacio de pastoreo en el siglo XVI y quienes lo arrendaron en el siglo XIX. Este plano revela también la presencia de algunas haciendas mencionadas en el siglo XIX en los remates de los ejidos (*Gráfico 34*).

El plano de 1932 fue producido en escala 1:25.000 y formó parte de un proyecto cartográfico nacional. Las planchetas de Quito, que es como se denominan a las hojas topográficas, fueron editadas entre 1930 y 1932 por el Servicio Geográfico Militar⁴⁵ y levantadas desde 1928, esta institución estuvo a cargo del levantamiento cartográfico del país como un campo de conocimiento del territorio, la modernización del Estado y la seguridad nacional en un momento de transición urbana que da lugar a la expansión y urbanización de la ciudad. Años más tarde se convirtió en Instituto Geográfico Militar con el mismo objetivo.

El plano permite tener una idea del área del Quito de los términos de la fundación española: núcleo fundacional y ejidos y el momento en que los ejidos se transformaron en espacios urbanos. En este espacio se ha estimado el área aproximada que tuvo el territorio de Quito colonial sumando las leguas descritas por los visitantes y el núcleo fundacional, esto sería alrededor de 9.500 hectáreas. El ejido del Norte se urbaniza hasta 1960 en tanto que el del Sur aparece poblado en el plano de 1989.

43 Caminos que con el paso de las personas se han convertido en una zanja. La particularidad del caminar por un culunco es que la humedad de la tierra y la sombra de la vegetación sobre la zanja facilitan las caminatas prolongadas en la estribación de la cordillera.

44 Una vara castellana equivale en este plano a 90 mm.

45 Esta institución fue creada por Decreto Ejecutivo N° 163 del 11 de abril de 1928 como un departamento adscrito al Estado Mayor del Ejército.

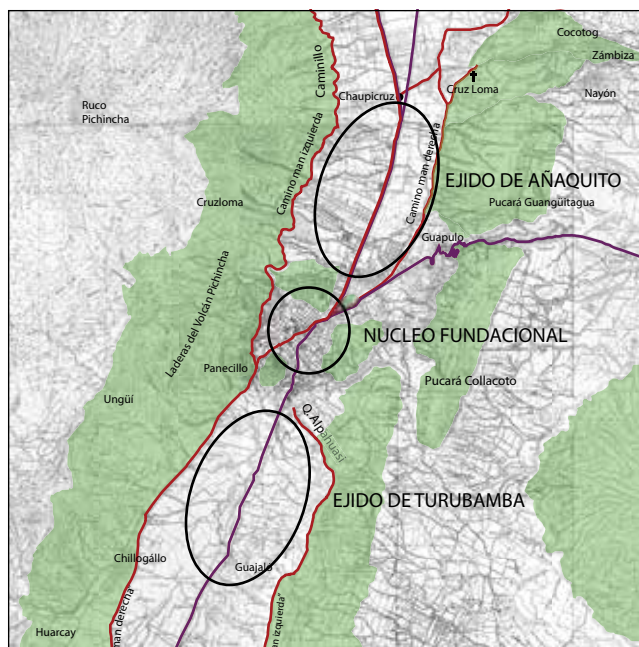


Gráfico 34. El espacio colonial con los ejidos en el plano de 1932
Fuente: Base cartográfica del plano de Quito 1932

La meseta de Quito y parte de los valles de Quito están contenidos en 6 hojas topográficas separadas dibujadas a tinta y con colores por lo que fue necesario digitalizar las planchetas y realizar un trabajo minucioso de unión de láminas para tener la visión gráfica completa del núcleo fundacional y lo que quedaba hasta ese año de los ejidos coloniales. Para ese entonces, algunas haciendas del siglo XIX aparecen reducidas de tamaño, aparecen nuevas haciendas catastradas en el plano, los topónimos de quebradas, poblados antiguos como Guamaní, Guajaló, Chillogallo que se convierten en datos espaciales de referencia en el territorio; otra información relevante es el trazado de los caminos antiguos y nuevos juntos en un palimpsesto que es difícil de descifrar con una sola fuente, las montañas tienen cotas de altitud y la representación a escala permite inferir relaciones con los textos coloniales.

En un salto temporal y de producción cartográfica, el plano elaborado en 1989 y editado en 1991, en escala 1:17.500, muestra el espacio de los antiguos ejidos ocupados casi en su totalidad. Las áreas verdes del ejido del Sur o Turubamba están fuera del antiguo ejido, al Sur de Chillogallo y el crecimiento hacia el Norte supera el área del ejido del Norte y la ausencia de áreas verdes es evidente. Como referencia, el censo de 1987 determina el

área estimada de Quito en 13.864 hectáreas y una población de 1.100.847 habitantes (IGM-ORSTOM, 1992, pág. sin pág.). En una comparación de las medidas en leguas del siglo XVI con la referencia cartográfica actual se deduce que el área del espacio fundacional fue de 9.500 hectáreas, y revela que fue necesario cuatro siglos hasta que se convierta en un espacio urbanizado como lo muestra el plano de 1989⁴⁶ (Gráfico 35).

El plano de 1989, como corolario de la historia de ocupación, uso y competencia jurídica, representa los parques que hoy conocemos como espacios públicos de mayor relevancia de la ciudad: en el Norte, el parque La Carolina que evoca la historia de las antiguas haciendas cercanas a Quito⁴⁷; en el espacio que deja la hacienda se llevaron a cabo varias actividades de interés público e histórico: las prácticas de los primeros aeroplanos, campos de entrenamiento militar y pruebas de tiro, el hipódromo de Quito, un campo de golf⁴⁸. Los espacios públicos del Norte tienen por lo general una geometría regular. En el Sur la ocupación del suelo tiene una lógica diferente, se realiza a partir de los caminos antiguos y siguiendo el ritmo de la topografía, dejando espacios vacíos en las zonas húmedas; éstos permanecen en propiedad del municipio. Los espacios públicos no se replican de la misma manera que en el Norte, a menudo se produce la ausencia de plazas pero la cancha es un elemento urbano público que convoca a una parte de la población. También es necesario mencionar que el río Machángara no se rellena en el Sur de Quito y esto da lugar a un espacio verde residual con su geometría propia, siguiendo el mandato de la naturaleza con una forma orgánica diferente a la de los espacios públicos del Norte en una suerte de

46 Un breve análisis comparativo da cuenta que la ocupación de los ejidos entre 1932 y 1989 tuvo un proceso acelerado de cambio del uso del suelo, sobre estos espacios se asentó el crecimiento urbano producto de la migración del campo a la ciudad entre otros factores. En 53 años el crecimiento fue desigual entre el Norte y el Sur dejando franjas de espacios no ocupados, considerados como espacios públicos o espacios verdes. Esto da lugar a dos lecturas: la primera, el espacio representado con verde fueron espacios remanentes, marginales o residuales, no aptos para construir, y la segunda: espacios esenciales porque su condición natural persiste y se impone a la ocupación urbana.

47 La historia de las haciendas de Quito es un tema necesario para futuras investigaciones.

48 En este espacio se observa el resultado parcial que representó la implantación del Plan Regulador de Quito ejecutado entre 1942 y 1950 por el urbanista Guillermo Jones Odriozola y un equipo técnico nacional y abre una nueva etapa en la historia de Quito y nuevos trazados de vías adecuadas para el auto y servicio de transporte masivo, obras públicas como el estadio, parques, el centro cívico, hospitales y universidades.

oposición y complementariedad que revela además que la gente del Sur es diferente a la del Norte en la manera de disponer sus espacios públicos.

El señalamiento de los ejidos en 1535

La cartografía publicada por el Servicio Geográfico Militar entre 1930 y 1932, en escala 1:25.000 permite identificar en el Norte las huellas de dos planicies que tienen una diferencia altitudinal de 13 metros aproximadamente, están delimitadas por las laderas del Pichincha al occidente y un borde formado por una cadena de colinas en el lado oriental. En la primera se acumulaban las aguas provenientes de dos sistemas de quebradas que permite deducir que la primera planicie al salir de la ciudad estuvo ocupada por una laguna de mayor tamaño denominada Añaquito ⁴⁹que luego se convirtió en el ejido de Añaquito, tomando el nombre de la laguna. Este espacio recoge un caudal importante proveniente de las quebradas Miraflores, Pambachupa, Rumipamba, La Concepción y Runachagra, que son de mayor tamaño. La segunda planicie está localizada en el espacio que ocupó la pista del antiguo aeropuerto, estuvo conformada por varias lagunas provenientes sobre todo del volcán Pichincha y queda fuera del espacio de la ciudad colonial.

Al mes siguiente de fundada la ciudad, el 25 de enero de 1535 se emitió el acta de “señalamiento de ejidos y disposiciones relativas a estancias, solares y bestias”:

Señalaron por ejidos de esta villa de San Francisco desde los arquillos que están saliendo de esta villa hacia Cotocollao hasta la postrera laguna y que lleguen los dichos ejidos desde el cerro de man derecha hasta el camino de man izquierda (1°LCQ t1: f.69)

Esta descripción se refiere al ejido de Añaquito, que tiene características diferentes al del Sur y por ello cada uno requiere un tratamiento diferenciado en cuanto a límites y uso del suelo. El sentido de estudiar los ejidos permite conocer en qué medida el espacio del nosotros, ese espacio colectivo de

⁴⁹ Frente a este humedal o laguna de poca profundidad estaban situados señoríos importantes como el de La Florida en el periodo de Desarrollo Regional (500 a.C – 500 d.C) y Cotocollao en sus diferentes fases culturales desde el periodo Formativo (1.500 a.C. – 400 a.C.).

las comunidades prehispánicas continuó siendo reclamado por generaciones en términos colectivos y espaciales.

El ejido de Añaquito

Sobre la delimitación del ejido del Norte o Añaquito, la descripción de la ciudad de Quito de 1570-1572 escrita por el licenciado Rodríguez de Aguayo (1522-1595) es esclarecedora, señala que la longitud del ejido de Añaquito y el de Turubamba fue de “dos leguas de llano”⁵⁰ cada uno, es decir, dos leguas de terreno plano y abierto.

Esta descripción permite delimitar el espacio de la fundación con unos bordes se afinan pero no llegan a ser completamente claros por los cambios producidos en la topografía y la cartografía disponible. El informe de Aguayo permite poner en clave contemporánea las dimensiones de los agrimensores coloniales, los datos son aproximados, dependen de la apreciación visual del visitador o del informante, no obstante son una valiosa referencia para confrontar la proporción del ejido descrita en el texto con la del plano.

En la cartografía de 1932 las dos leguas castellanas equivalen a 8,8 kilómetros, como referencia desde el límite urbano que habría estado entre la quebrada de Pishihuayco⁵¹ y la iglesia de San Blas en donde se forma una garganta entre las lomas de San Juan e Itchimbía, a cuatro cuadras de la plaza mayor y en afinidad con el croquis de 1573. Luciano Andrade Marín (1893-1972) aclara que el término “arquillos” en el castellano de ese entonces se refiere a la curva de un camino existente o desvío al salir de la ciudad, éste es visible hasta hoy en la cartografía y en el recorrido del tramo mencionado (*Gráfico 35*).

Tomando como referencia la dimensión en kilómetros de las dos leguas, ésta se inserta entre la quebrada de Pishihuayco y una parte del antiguo aeropuerto⁵², en este espacio se encuentra la depresión topográfica que correspondió a la laguna

⁵⁰ Una legua equivale a 4,44 kilómetros.

⁵¹ El término Pishihuayco se encuentra en la cartografía moderna; la traducción del término quichua es “quebrada de los piojos”. Se asume que la denominación se deformó. La observación de la quebrada es de una chorrera o pequeña cascada, con lo que el nombre de Pishihuayco (quebrada del chorro) resulta afín con la realidad.

⁵² Hasta el vértice inferior del triángulo señalado en el plano de 1932 como “campo de aviación”.

de Añaquito cuyos bordes están marcados por las curvas de nivel. Entre la plataforma de Añaquito y la plataforma del antiguo aeropuerto hay una diferencia altitudinal de aproximadamente 13 metros, esto quiere decir que hay dos plataformas una a continuación de la otra en el Norte de la meseta de Quito, la segunda es la que probablemente se menciona en el acta de señalamiento de los ejidos como “laguna postrera”, esto aclara que los humedales de la segunda plataforma hacia el Norte no formaron parte del ejido sino que estuvieron destinadas para estancias de españoles y que el ejido propiamente dicho corresponde al espacio de la laguna⁵³.

Las descripciones relacionadas con las estancias que se asignan a los fundadores en el “Expedientillo de tierras” redactados entre 1535 y 1537 tienen como referencia un camino, dos desagüaderos de la antigua laguna, uno por la quebrada Grande y otro por la quebrada que va hacia Zámbriza (1°LCQ, t1:144), los “bohíos desechos” son evidencias de ocupación anterior en la parte Norte de la laguna de Añaquito (1°LCQ, t1:145), una segunda laguna, la postrera, se encuentra antes de Cotocollao y está mencionada en el acta del 25 de enero de 1535 (1°LCQ, t1:149); otras huellas de presencia humana durante los primeros años de establecimiento de la ciudad fue una cruz que se encontraba en un cruce de caminos (1°LCQ, t1:144) la evidencia en la toponimia urbana actual corresponde al sitio de Chaupicruz, que sería el límite Norte del ejido de Añaquito. Entre este punto y la ciudad colonia habría seis kilómetros y medio aproximadamente lo que permite inferir que la distancia real del ejido fue menor a la enunciada en las actas.

La ciudad colonial se encuentra en una hoya, la salida Norte, en el encuentro entre la loma de San Juan e Itchimbía en donde está el parque de La Alameda tiene una diferencia altitudinal de 24 metros con relación al parque de El Ejido, estos parques retienen la memoria del antiguo ejido así con hechos históricos destacados.

Los ejidos del Norte y el Sur de Quito cambiaron sus límites en el mismo año de fundación, el 18 de junio de 1535 por la falta de tierra para estancias, el ejido de Añaquito se amplió hacia el Este, a partir

⁵³ El término “laguna postrera” no se repite en otras actas del Cabildo entre 1535 y 1538.

de un camino preexistente hacia las lomas, con el fin de dedicarlo a pastos y del camino hacia las laderas del volcán Pichincha para estancias debido a que estas tierras eran mejores para el cultivo de trigo (1°LCQ. T1:96).

La disposición escrita en el acta no permite conocer las consecuencias del cambio sino que la voz de los perjudicados se evidencia en el relato de Rodríguez de Aguayo en 1572 cuando hace alusión a los reclamos:

Este dicho campo de Añaquito se dio en tiempos pasados para sementeras de pan, siendo baldío y eximido casi la mitad de él o más de tercia parte, que es como va el camino desde la dicha ciudad al valle de Cotocollao, que son todas las faldas de la sierra hasta el dicho Camino Real. Y sobre este repartimiento de tierras se trató pleito y quedaba pendiente cuando yo me partí (Ponce Leiva, 1992, pág. 118).

La descripción de la ciudad de Quito de 1573 realizada por Hernando de Santillán (1519-1574), funcionario real de la corona Española da su apreciación sobre la profundidad de la laguna al señalar que “es de un cuarto de legua de profundidad y tiene algunos patos y garzas y dos leguas en largo por fuera de la ciudad”. La profundidad de un cuarto de legua no coincide con la topografía⁵⁴ que permite verificar una profundidad máxima de 10 metros hasta el camino prehispánico que pasó por las inmediaciones de la actual Avenida 10 de Agosto. La laguna de Añaquito fue desecada para convertirla en ejido pero fue restituida el 23 de julio de 1539 “atendiendo a su utilidad era menester cerrar el desagüadero a fin de restablecerla” (Herrera, 1916).

Profundizando en uno de los hechos históricos mencionados anteriormente y que tiene como sitio de referencia el ejido de Añaquito, Juan Salazar de Villasante, Gobernador de Quito entre 1562 y 1563 menciona sobre la batalla ocurrida el 16 de enero de 1546:

En este prado que se llama Añaquito dio Pizarro la batalla a Blasco Núñez de Vela,

⁵⁴ La medida fue tomada probablemente a ojo, proporcionada por informantes o por la percepción de la laguna: color del agua, tipo de fauna y vegetación u otros indicios visibles.

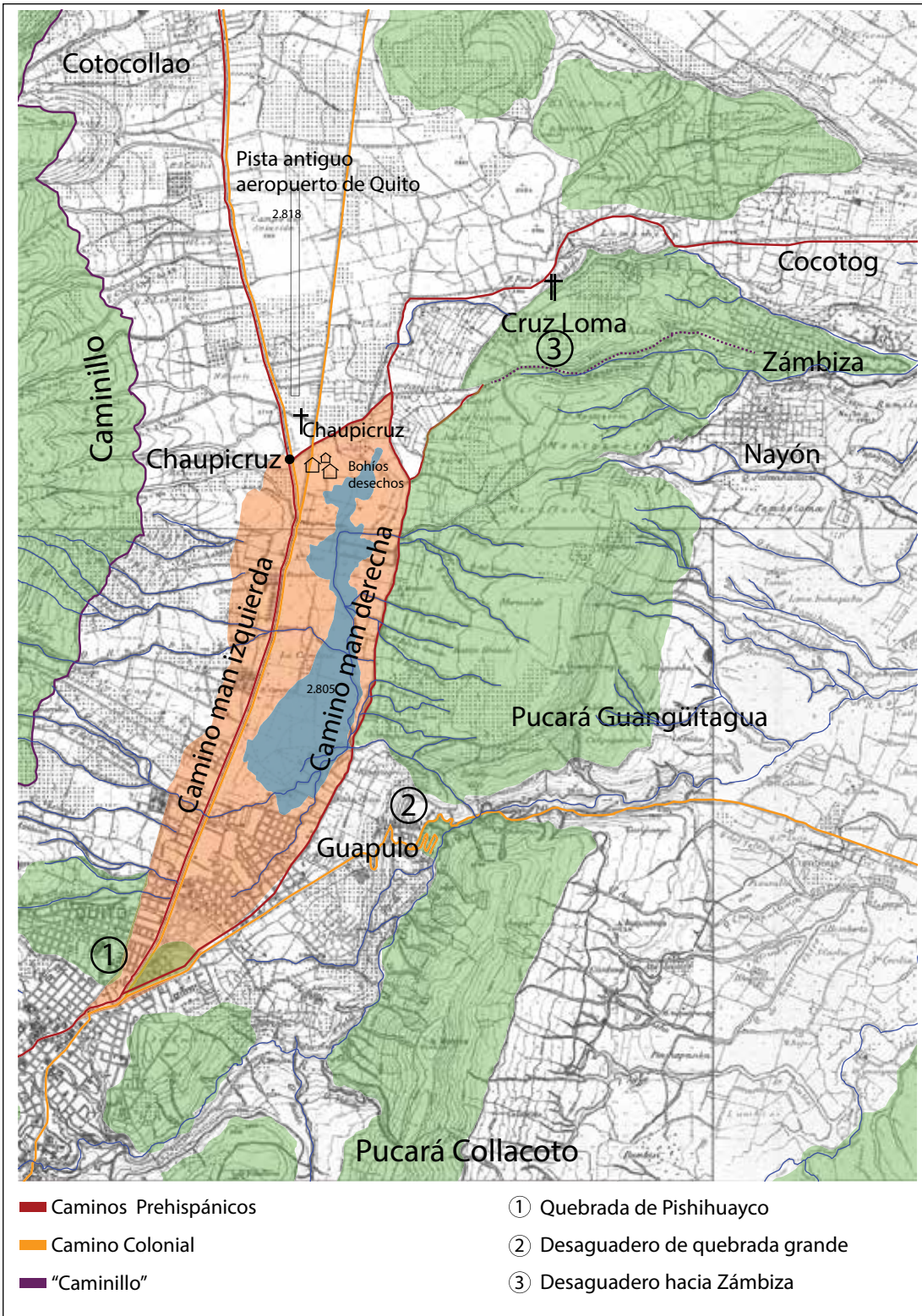


Gráfico 35. Ejido de Añaquito con la interpretación de los hitos preexistentes
 Fuente: Base cartográfica del plano de Quito 1932

virrey cuando se vino huyendo de Los Reyes y vino en su seguimiento, y allí se la dio y le mató; es al principio del prado, a un tiro o dos de Quito. Allí do murió el virrey, está un humilladero, como hermita, y su altar, mas nunca se ha dicho misa en él; puéstose más por memoria (Ponce Leiva, 1992, pág. 86).

La memoria de este hecho histórico trascendió las fronteras de la Audiencia de Quito y la temporalidad. Desde Perú, Felipe Guamán Poma de Ayala hacia 1584 menciona esta muerte al describir Quito; el contexto revela una situación de conflicto visible en su gente:

Y en aquella ciudad le mataron al virrey Blasco Nuñez de Vela. De cómo es notorio desde la fundación de la dicha ciudad, siempre a tenido y entre ellos no se quieren ni se aman. Cienpre tienen pleito y mala justicia, acá españoles como indios, negros en la ciudad (Guamán Poma de Ayala, 1992, pág. 923).

El episodio se lo menciona y comenta en varios documentos hasta el siglo XVIII. En esta batalla murió nada menos que el Virrey del Perú, Blasco Nuñez de Vela (1495-1546) en batalla contra Gonzalo Pizarro, luego de la cual Gonzalo asumió la presidencia del Virreinato del Perú; fue una de las primeras guerras entre españoles. De este modo el espacio añade a su jerarquía, historia. En 1577 Rodríguez de Aguayo al describir Quito menciona nuevamente el episodio en el espacio del ejido de Añaquito, agregando un aporte de utilidad para la comprensión del tamaño de este ejido. Señala que el ancho fue de media legua (Ponce Leiva, 1992, págs. 118, 258), otros autores que mencionan este hecho son: el jesuita Bernardo Recio (Recio S.J., 1947, págs. Vol II, 86), el cronista Pedro Cieza de León (Cieza de León, reedición, 1984, págs. 113, 1 parte, Cap XXXIX), (De Orive, 1992) por citar algunos. La mención de la batalla de Añaquito desaparece en el siglo XVIII en algunos autores como Charles Marie de La Condamine, Mario Cicala, y más tarde en Manuel de Villavicencio; sin embargo, Joaquín De Avendaño a mediados del siglo XIX menciona la batalla como “sangriento teatro de una contienda de hermanos” (De Avendaño, 1985, pág. 124).

El ejido de Turubamba

En el Sur de Quito, en simetría con el ejido de Añaquito se encuentra el ejido denominado Turubamba (llanura de lodo); éste ocupó un segundo lugar en importancia por la calidad del suelo. Para el licenciado Rodríguez de Aguayo en 1572 el ejido de Turubamba tuvo “dos leguas de llano”, con un terreno “algo montuoso y cenagoso donde anda mucho ganado de yeguas y vacas. Tiene por lindero el dicho ejido el Camino Real de Huayna Capac que va a la ciudad de Cuenca, Loja...” (Ponce Leiva, 1992, pág. 118). La “Descripción de la ciudad de San Francisco de Quito” de 1573 escrita por Hernando de Santillán trata brevemente sobre los ejidos como espacio de “los pastos son comunes” (Ponce Leiva, 1992, págs. 118, 207).

El Acta del Cabildo de Quito de 18 de junio de 1535 hace el señalamiento de estancias para algunos conquistadores y de ejidos al Norte y Sur de la villa. Sobre el ejido del Sur señala:

Asímismo en saliendo de esta villa hacia Panzaleo señalaban y señalaron por ejido ... desde el camino real que va sobre man izquierda a Panzaleo hasta el otro camino real que va sobre man derecha por las faldas de la sierra grande todo lo que hay de camino a camino hasta el pueblo del monte que se entienda hasta la bajada que hacen yendo al camino del monte donde están los arroyuelos y esta allí una Ciénega de una parte y de la otra del camino que es donde durmió el señor capitán Benalcázar⁵⁵ cuando vinimos a poblar esta dicha villa la segunda vez que a ella vino (1°LCQ, t1:96).

El señalamiento de estancias contribuye a definir los límites del ejido del Sur, su forma alargada está delimitada por los dos caminos prehispánicos que bordeaban las ciénegas por el Este y el Oeste. Por el Norte el límite es el Panecillo y por el Sur la ladera que llega a Chillogallo. Las actas no delimitan claramente al ejido con relación a las ciénegas, su localización se deduce por la presencia del curso de

⁵⁵ Se refiere a Sebastián de Benalcázar (1490? – 1551 Cartagena) o Belalcázar, apellido que tomó del lugar de su nacimiento. Fundó Quito en 1534. Después de fundar esta ciudad pasó a Popayán en donde se lo menciona como Sebastián de Belalcázar, allí desempeñó el cargo de Mariscal y Gobernador.

quebradas poco profundas⁵⁶.

Un ejercicio similar al realizado con el ejido de Añaquito consistió en medir la longitud de dos leguas (8.8 km) a partir del Panecillo hacia el Sur, reconociendo que esta dimensión es referencial, el límite coincide con Guamaní según la cartografía de 1989; sin embargo, en la práctica, la distancia fue menor de acuerdo con el enunciado del acta del cabildo y con la asignación de tierras para estancias a partir de Chillogallo, hacia el Sur. Si esto fuera así, la longitud del ejido de Turubamba (entre el Panecillo y Chillogallo) sería aproximadamente de cinco kilómetros. Como evidencia está el señalamiento de una estancia para Alonso Fernández:

Item de pedimento de Alonso Fernandez regidor les señalaron por estancia de puercos, el sitio que está en pasando el dicho ejido que linde con el ejido que llega hasta los dos arroyuelos donde está la cienega para que de allí adelante tenga su estancia (1°LCQ t1. f.29, 1535).

No obstante, el enunciado de dos leguas al Norte y dos al Sur permiten identificar una intención de ordenamiento y proporción entre las partes que conforman el espacio determinado como los términos de la Villa de San Francisco de Quito.

El punto de referencia desde el que se describen los caminos es el Panecillo, mirando hacia el Sur o hacia el Norte, de este modo, el camino de “man izquierda” se refiere al camino del Inca que circuló por la loma de Puengasí, mientras que el de “man derecha hacia la sierra grande” (el Pichincha) o el “camino del monte” corresponde a Chillogallo. Se deduce del acta que ambos caminos se unieron fuera de la meseta de Quito en un punto denominado Panzaleo, hoy desaparecido, que debió estar en las inmediaciones de Tambillo. Una de las primeras entradas de Benalcázar a Quito debió ser por el “camino del monte” y esto haría pensar que pernoctó cerca de Chillogallo, entre dos ríos y una ciénega según el acta de señalamiento de los ejidos del 18 de junio de 1535.

El “pueblo del monte” o Chillogallo toma el nombre del asentamiento prehispánico. Los planos de 1932 y 1989 permiten identificar que los “arroyuelos” son las quebradas Ortega, Chacayacu (luego Shanshayacu en la cartografía de 1989). Que al unirse formaron una Ciénega (*Gráfico 36*).

Parecería que al inicio de la colonia el ejido del Sur fue considerado segundo en jerarquía por su disposición irregular y discontinua pues tuvo varios problemas descritos en las actas: vulnerable a inundación de los caminos en el invierno, presencia de deslaves, topografía irregular, territorio atravesado por varias quebradas que conforman el sistema del río Machángara, problemas por el paso de los animales del ejido a terrenos cultivados por los indios permiten inferir la localización de algunos sitios de ciénega; la delimitación de este ejido menciona datos históricos importantes como el lugar en el que pernoctó Benalcázar. Veamos algunos ejemplos: el 17 de julio de 1537 se ordena componer el camino real desde Panzaleo hasta cerca de la ciudad:

Se pide que con indios de Uyumbicho, Panzaleo y Pintag y Chillo se arregle el camino real desde Panzaleo hacia Quito pasando por el pueblo del monte (Chillogallo) hasta la fortalecilla donde se recibió al capitán Benalcázar que está frontero a la estacia de Diego de Torres, y que por donde fuere menester hagan puentes de madera para la circulación a pie y a caballo. También piden que hagan acequias con el fin de que las lagunas no desaguen en el camino real para lo cual se asigna 30 días (1°LCQ, t1:280-281).

La cartografía permite reconocer que el Pueblo del Monte (Chillogallo) está en el borde de una ciénega y cercano a los arroyuelos. Los tres objetos mencionados pueblo, ciénega y arroyuelos están al Norte de Guamaní, esto comprueba que, en la práctica, el ejido de Turubamba tuvo una dimensión menor a la estimada en leguas.

El documento denominado “Expedientillo de tierras” insertado en el Libro Primero de las Actas del Cabildo señala la entrega de estancias a españoles alrededor de Turubamba; a más de la localización aproximada, lo que interesa es reconocer otros elementos que componen la memoria del ejido del Sur: el Camino del Inca, conocido también como

⁵⁶ Alexandra Alvarado, geóloga del Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional. Entrevista y observación de los planos geológicos de Quito. 11 de enero 2016.

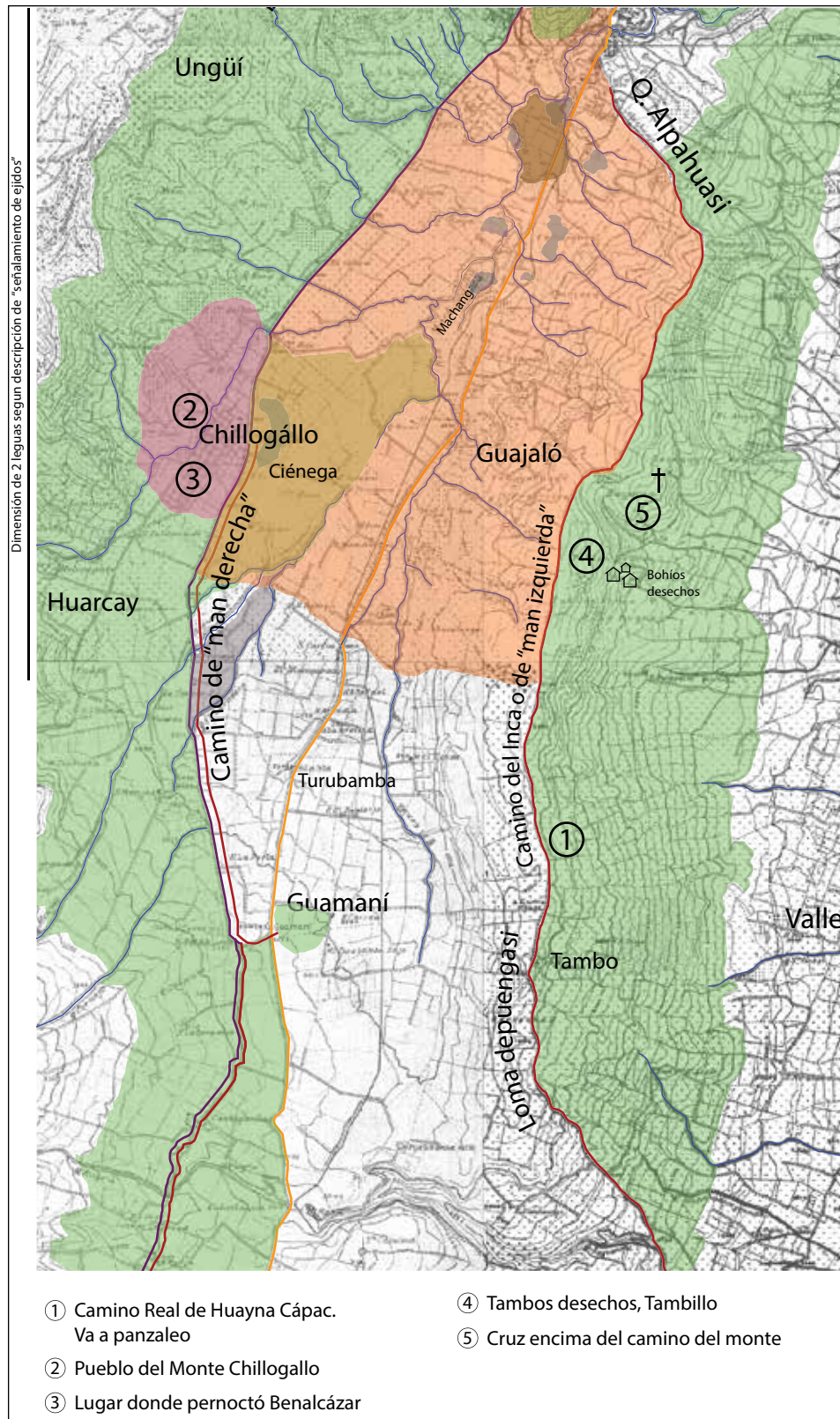


Gráfico 36. Ejido de Turubamba con la interpretación de los hitos construidos.
Fuente: Base cartográfica del plano de Quito 1932

Capac-Nan, el lugar en donde pernoctó Benalcázar antes de entrar en Quito, el pueblo del Monte o Chillogallo que se mantiene hasta hoy, la presencia de una cruz que en tiempo colonial fue un hito de referencia para la asignación de estancias y unas construcciones destruidas junto a una de las ciénegas, al parecer hubo cuatro que se reconoce en la cartografía. El “Expedientillo de tierras” del 5 de enero de 1536 señala una asignación de tierras que va de Este a Oeste, es posible deducir la localización aproximada de los tambos desechos pero no hay evidencias de la cruz como en el Norte. Se podría especular que estuvo en la loma de Puengasí, una cruz sobre un espacio ritual anterior pero no hay una evidencia clara:

A Diego de Torres se le proveyó un asiento para sus caciques que dende una cruz que está de aquel cabo de señor san francisco que de la cofradía hasta abaxar al camino real y linde con el agua que pasa por aquel cabo donde están unos tantos desechos todo lo alto por arriba de su estancia hasta la asomada de Chillo (1°LCQ t1:129).

Entre otras estancias asignadas a españoles está Guajaló, cuyo topónimo no es quichua pero se mantuvo durante la colonia y llega a nuestros días como un barrio en el Sur. La mención se hizo el 31 de mayo de 1535 cuando se le concedió a Diego de Torres en la loma de Puengasí. Esta asignación menciona nuevamente la presencia de una cruz con una ubicación probable en la Loma de Puengasí:

Una estancia ...que tras esta sierra de la cruz en cima del camino del monte por la halda de las sierras que le llama gualahalo e midiose al dicho torres dende el camyno de chillo donde esta vn tanbillo hasta gualahalo (1° LCQ f34, 1535 - 1537).

De este modo se puede deducir que el espacio fundacional de Quito tuvo dos ejidos dispuestos de manera simétrica y con una dimensión similar y jerárquica, el del Norte fue más importante en tiempo prehispánico y al iniciar el periodo colonial, esto cambia durante la colonia. Este espacio estuvo ocupado con anterioridad a la delimitación de los ejidos, se podría afirmar que las cruces colocadas una en el Norte y otra en el Sur sirven de hitos de referencia pero también lugares de connotación simbólica; vale recordar que éstas se encuentran en los caminos prehispánicos y en lugares que

estuvieron habitados ya que tanto al Norte como al Sur las descripciones mencionan tambos desechos en las inmediaciones de los caminos y las cruces colocadas en ellos. Al parecer fueron sitios incas de jerarquía administrativa y religiosa como Chaupicruz que trascendió su tiempo para mantener su importancia en la circulación interregional durante la colonia como lo confirma el padre Cicala “llegamos a un sitio denominado por los americanos Chaupicruz ... a donde se suele salir a recibir las Misiones” (Cicala, 1994, pág. 134).

El uso de los ejidos

En el siglo XVI los ejidos eran espacios públicos para pastos de ganado vacuno, caballos, chanchos, de los residentes en la ciudad. Por la presencia de espacios lagunares y bosque se practicaba la cacería de patos y venados. En Añaquito, a más de la cacería, según Domingo De Orive en 1572 señaló que “es un campo llano donde salen a recrear vecinos de esta ciudad”. Con el establecimiento de los ejidos, el orden físico y social precolonial sufrió una transformación profunda. En el nuevo orden los indios podían trabajar en este espacio pero no tener sus viviendas; el espacio con sentido de pertenencia colectiva pasó a ser un espacio de disputa y de transformación constante que se refleja en el uso. Para Luciano Andrade Marín la presión por ocupar los ejidos fue permanente desde su fundación y en poco tiempo, con el crecimiento de los pueblos de La Magdalena (Machangarilla), Chillogallo y Guajaló que estaban junto a ellos, el cabildo debió hacer varios cambios en los límites.

La tenencia de animales traídos por los europeos fue un privilegio para los indígenas. De Vargas Machuca señala entre las atenciones de los encomenderos a sus indios: darles cosas de vestir y sal, “cuando haya ganado en la tierra darles a los caciques algunas cabezas para que crien y algunas yeguas en que anden y a los indios hacerles criar gallinas y el puerco” (De Vargas Machuca, 1892, pág. 54).

La presencia de animales en el ejido no fue exenta de problemas. El informe del licenciado Juan Salazar de Villasante, gobernador y visitador de la ciudad de Quito entre 1562 y 1563 hizo notar conflictos entre indios y españoles en las inmediaciones de Chillogallo por cuanto el ganado del ejido se comía

los sembríos de los indios que se encontraban al otro lado del camino:

Item en la dicha visita mandé que los españoles no tuviesen sus ganados vacunos dentro de una legua de los maizales de los indios, porque se lo comían todo él y de esto vino grandes quejas ante mi de indios... especialmente el ganado que se trae en un término que se llama Chillogallo (Ponce Leiva, 1992, pág. 77).

Otro problema que se visibiliza en los treinta primeros años de fundada la Villa fue la puesta en cuestión del carácter público de los ejidos ya que se convirtieron en espacios en los que pesó una serie de intereses tanto de indígenas como de españoles, espacios de violencia por los desalojos que experimentaron los indígenas interesados en recuperar el “espacio del nosotros” y espacios de poder y disputa entre españoles como lo denuncia en 1571 el Licenciado Juan Salazar de Villasante, quien fue Gobernador de Quito entre 1562 y 1563, en la “Relación de la ciudad y la Provincia de Quito”. El documento denuncia a la Corona las acciones del Licenciado Hernando de Santillán, presidente de la Audiencia entre 1563-1567:

Al parecer Teniendo la ciudad de Quito un ejido que se llama Añaquito que empieza desde la ciudad que es común para pastar ganado caballar y vacuno y en el cual los indios echan todo el año sus cabalgaduras y bueyes de labor, el dicho presidente (Santillán), a efecto de dar a sus parciales y aliados, sacó un pedazo de lo mejor del ejido hacia lo más cerca de la ciudad que vale 4.000 pesos y lo repartió a sus aliados y parciales graciosamente siendo común el ejido. Vuestra Alteza mande se torne a reducir a pasto común conforme la Ley (de uso) (Ponce Leiva, 1992, pág. 73).

Al parecer este espacio no fue recuperado en favor de la ciudad y se puede inferir que se refiere a los terrenos que se encuentran en el ingreso Norte del núcleo fundacional, entre San Blas y la quebrada de Pishihuayco, cuyos detalles se aclaran con el origen del parque de La Alameda.

Martin Minchom, en una síntesis de las condiciones que impuso el nuevo orden al finalizar el siglo XVI pone al descubierto los problemas producidos en el

cambio en la propiedad y uso del suelo a partir de las actas de 1602 que convirtieron a los ejidos en espacio de controversia que continuó a lo largo de la colonia:

Inicialmente los ejidos habían permitido a las comunidades indígenas, y a todos los propietarios de animales, algún acceso a terrenos de pastoreo... Estos espacios abiertos eran vulnerables a ocupaciones por los indígenas, que fueron sumariamente reprimidas por los oficiales designados por el Cabildo a través de medidas que incluyeron la quema de chozas y de casas, y el arrasamiento de cultivos (Minchom, El pueblo de Quito, 2007, pág. 45).

Ante la ilegal innovación española, y en un espejo invertido de las invasiones tradicionales de tierra, encontramos un campesinado indígena en el papel de defensor de los derechos tradicionales. Una batalla legal tan aparentemente desigual subraya la importancia que tenían los derechos de pastoreo, y refleja sin duda un estado de desesperación. Desde el punto de vista de las comunidades indígenas se podría pensar que la justicia real, aunque lenta, ineficaz e incierta, era el único tronco al que asirse ante la opresión ejercida por la élite local. El carácter litigante de la población indígena, con sus diferentes grados de éxito, ha sido enfatizado en estudios de otras regiones, Quito no parece haber sido la excepción (Minchom, El pueblo de Quito, 2007, pág. 47).

A partir de la transformación de los ejidos, los indios podían trabajar pero no vivir en él; el acta del 25 de enero de 1535 señaló que se repartieron estancias para vecinos y fue un espacio de uso común en donde los vecinos podían tener animales, entonces, ¿quiénes eran los vecinos? Según el acta, todos los residentes de la villa; sin embargo, el documento es ambiguo porque la población del Quito de ese entonces fue multicultural y multilingüe, con un modo de comunicación ante todo oral, vale preguntar cómo se insertó el sentido de “vecino”, y cómo se homologa este concepto con el significado del “espacio del nosotros”.

La respuesta sugiere una turbulencia que lleva a una transformación social y política que se refleja en el territorio, el predominio de la letra sobre el

acuerdo verbal, la comunicación escrita tácitamente rompe con los acuerdos verbales de reciprocidad y solidaridad estableciendo un cambio radical en las relaciones sociales durante la colonia, un desbalance que tiene connotación espacial visible en la propiedad y uso del territorio. Con esta ruptura, el término “vecino” estableció una nueva jerarquía social, es decir la nueva élite política y social que segrega a la mayoría de indios y mestizos quienes pasan a ser los “otros”.

La ocupación reiterada en defensa de los derechos tradicionales no fue sino la defensa del “espacio del nosotros” basada en principios de solidaridad y reciprocidad, la defensa de un espacio “privado-social” como lo denomina Quijano; esta concepción se lee como “invasión” en los textos coloniales dado que la propiedad del ejido pasó al cabildo, entidad encargada de asignar las normas de uso de los espacios públicos a partir de la “Instituta de Castilla” que es comentado por Luciano Andrade Marín⁵⁷.

Allí consta concretamente que “el ejido” los ejidos como en la antigüedad se escribía es una verdadera institución castellana constituida por un campo o tierra que está a la salida de un poblado, sea aldea, villa o ciudad, que no se planta ni labra porque se lo deja como un espacio libre y de común disfrute para todos los vecinos. Hoy diríamos que es un campo comunal que siendo propiedad de todos, no es pertenencia personal de ninguno; un concepto muy claro de lo que es un municipio, y de allí, por derivación, un Estado. (Noticia y definición para todos los políticos).

Estas especiales reservaciones comunales donde, empero, no se podía poblar ni explotar con labranzas, dejándolas solo como pastizales de beneficio inmediato y común de todos los asociados o vecinos, recibieron el nombre de “exidos”. Más claramente allí solo podían paecer y demorar los animales destinados al sacrificio o al servicio de toda la comunidad, como las reses para la carnicería, sean bovinas, ovinas, o porcinas. Las vacas y cabras para el abasto de leche del poblado, o los caballos, asnos, mulas y bueyes para la locomoción y tracción.

Otra cosa que se solía reservar según esta institución castellana, eran los llamados “montes”, boscajes, de donde podía surtirse la leña, carbón, maderas libremente para el común del vecindario.

Ambas de estas cosas tuvieron los españoles el cuidado de reservar muy señaladamente para bien de la primera villa y después de la ciudad de Quito... con lo cual ejidos, montes y aguas venían a constituirse en “cosa municipal”, intocable por particulares (Andrade Marín, *La lagartija que abrió la calle Mejía*, 2003, pág. 55).

Esta norma, clara para españoles y ambigua para la mayoría de la población local, constituyó el estado inicial de un nuevo orden, una primera ruptura social, la jerarquización del poder visible en la administración del territorio. Este cambio creó inconformidad y resistencia por parte de la población indígena y mestiza, manifestación que fue controlada por la iglesia, reprimida por las autoridades de la Audiencia pero también objeto de negociación permanente.

Los ejidos en el siglo XIX

Una segunda ruptura se produce de manera paulatina entre el final del siglo XVIII y el siglo XIX con acciones puntuales que anticipan una transformación en el modo de gestionar el uso y propiedad de los ejidos primero con la vigencia de las Leyes Borbónicas, luego con la crisis económica de la Audiencia y la falta de recursos del cabildo motivaron a Luis Francisco Héctor quinto Barón de Carondelet (1748 - 1807)⁵⁸ a arrendar los ejidos para percibir ingresos “de propios” y realizar obras de alcantarillado, arreglo o construcción de edificios públicos y adecuación de plazas. Carondelet se sitúa en una temporalidad adyacente a los cambios visibles en la ciudad republicana quiteña, se podría decir que fue un pionero en el ordenamiento de la

⁵⁸ Barón de Carondelet, Caballero de Malta y coronel de los ejércitos españoles, entre otros méritos, francés por nacimiento y belga por su familia, ciudadano español por cuanto los países bajos pertenecieron a España en ese entonces. Fue el vigésimo noveno Presidente de la Audiencia, Gobernador y Capitán General de Quito nombrado por el Rey de España y los Ministros del Consejo de Indias, luego de acumular méritos como gestor y político en el cargo de Intendente y Gobernador de San Salvador en el Reino de Nueva Guatemala entre 1788 y 1792, y Gobernador de Luisiana y Florida Occidental entre 1792 y 1796. Carondelet tomó la posesión de la presidencia y gobernación de Quito el 3 de febrero de 1799, en ese entonces rendía cuentas al Rey de España Carlos IV y al Virrey de Santa Fé (Larrea, Carlos Manuel, y otros, 2007).

⁵⁷ El artículo fue escrito por Luciano Andrade Marín en el periódico *Ultimas Noticias de Quito*, del 24 de julio de 1965. El libro *Instituto de Castilla* no ha sido posible encontrar en bibliotecas o archivos de Quito.

ciudad en términos modernos, inició su cargo en diciembre de 1797.

Al igual que cuando fue Gobernador de San Salvador y Luisiana, Carondelet comenzó sus funciones en Quito con un balance económico y militar de la Gobernación que reflejó deficiencias que debían ser revisadas y corregidas para cambiar el signo de la situación económica de ese entonces; los resultados del diagnóstico fueron: un sistema de transporte deficiente hacia Cartagena, una milicia débil y sin armas, material bélico insuficiente para proteger las costas de ataques de piratas, inconformidad social en todo el territorio expresados en levantamientos en zonas urbanas y rurales, ciudades de la sierra central destruidas por el terremoto de 1797 siendo la más afectada Riobamba; Quito no se había recuperado de los efectos del terremoto de 1755 y 1797, los fondos de propios eran insuficientes para mejorar la situación social y física de Quito. Es decir, un diagnóstico preocupante que demandaba un apoyo político para restablecer el orden en la Gobernación.

Para solventar esta crisis y mediante Cédula Real del 27 de noviembre de 1801 propuso el arriendo de los ejidos de Turubamba y Añaquito con el siguiente antecedente:

Que el año de mil setecientos ochenta y cinco conociendo esta mi Real Audiencia la necesidad de reparar las calzadas, puentes, caminos, y demás obras públicas, concedió facultad a ese Cabildo para arrendar parte de las tierras de sus Ejidos nombrados Turubamba e Iñaquito pero que nueve años después se coligaron la cavilación, y parcialidad para impedir la renovación de las contratas de arrendamiento, y saliendo con su empeño quedó anulada dicha gracia. Que a vuestro ingreso en esta presidencia, habiéndoos enterado del deplorable estado en que se hallaban las bóvedas de las quebradas, puentes, caminos, calzadas, calles, cárceles, y demás obras públicas, y de los atrasos de la renta de Propios, tratasteis con el Regente de esa mi Real Audiencia de los medios que se debían poner en práctica para atender su pronto reparo... he resuelto examinéis ... qué dehesas, pastos y ejidos se concedieron en esa ciudad en su población ... permitáis solo el arrendamiento; y hagáis se recobren las usurpadas para que sirvan a los objetos

que las leyes tienen determinado, cuidando al mismo tiempo, de que no falte lo preciso en estas tierras, a los pueblos de los indios situados en el exido, pues el cuidado de estos es el mas encargado por las Leyes... (Vásquez Han, 2007, págs. 164, 165).

De este modo, los ejidos de Añaquito y Turubamba entraron en arriendo por remate público y bajo normas de uso, precio y plazo. En el ejido de Turubamba hubo tres pueblos que presionaban sobre el ejido para su crecimiento: Chillogallo, La Magdalena y Guajaló, para éstos se destinó un espacio de 50 caballerías de tierra para su crecimiento, éstos estaban destinados al pastoreo (dehesa) y construcciones de carácter público:

Se han resuelto para propios de esta ciudad se tomen dos o tres islas que hay en el llano de Chillogallo en la dehesa, para que estos se vendan e se eche en los dichos edificios e sean propios de esta ciudad para siempre jamás (Vásquez Han, 2007, pág. 285 Anexo 1).

Así como en el Sur se prevé un espacio para el crecimiento urbano, en el ejido de Añaquito Carondelet visualiza la posibilidad de formar una nueva ciudad que se llevó a la práctica solo en el siglo XX con el nombre de Ciudadela Mariscal Sucre, ordenó la formación de cementerios de El Tejar y San Diego, la remodelación de la plaza mayor y la Catedral, un programa de canalización y abastecimiento de agua en pilas y plazas, proyectos visionarios que con independencia de la línea política de posteriores presidentes del Ecuador fueron continuados o retomados como prioritarios.

Remate de los ejidos de Quito

El libro de remate de los ejidos que reposa en el Archivo Municipal (Quito, 1802-1822)⁵⁹ da cuenta del cambio de dominio, el precio y en algunos casos el lugar en el que se encuentra ubicado un terreno, la unidad de medida fue la “caballería”⁶⁰ y cuando

⁵⁹ El documento de arriendo de los ejidos entre 1804 y 1822 se encuentra en el cuadro del anexo con la transferencia de arrendatarios y valor pactado por caballería.

⁶⁰ Caballería: unidad de superficie utilizada para medir extensiones de tierra para uso agrícola. Las medidas varían según el lugar. Jaime Salcedo cita el acta del Cabildo de Quito del 17 de abril de 1573 que define una caballería de tierras en esta ciudad como “diez y seis cuerdas de solares, o como diez y seis veces la plaza mayor de esta ciudad, con calles y todo”.

se trató de pedazos de tierra pequeños se usó el término “cuadra”⁶¹. El documento contiene los remates realizados en los años de 1803, la mayor parte corresponden a Turubamba, 1804 dedicados a Añaquito, 1813 a ambos ejidos y 1822 con énfasis en Turubamba.

El proceso de remate se respalda en una normativa que establece el pago de toda deuda antes de entrar a “hacer postura” (ofrecer un precio) de una extensión de tierra en arriendo, el precio base fue de 30 pesos por caballería pagados por anticipado, el plazo de arriendo fue de 9 años, luego de este plazo el arrendatario podía volver a ofrecer un nuevo precio o ratificar el vigente en una nueva subasta. La disposición cuarta señala que:

En el supuesto de que son 83 las Caballerías arrendables, procurarán repartirlas vuestras mercedes entre todos los Postores de modo que cada uno se lleve alguna parte de ellas, y no se atenderá para la preferencia, sino la mejor puja: quedando vuestras mercedes en la inteligencia que a más de su responsabilidad será nulo lo que se obrare contra esta disposición gubernativa. Quito, 29 de octubre de 1802, Carondelet (Vásquez Han, 2007, pág. 266).

La revisión del libro de remate de los ejidos entre 1804 y 1822 da cuenta de una transformación importante respecto a la tenencia de la tierra arrendada en el ejido de Turubamba; ésta estuvo en poder de varias familias influyentes de Quito quienes tuvieron estrecha relación con el proceso de independencia, nombres como Marqués de Solanda⁶², Don Joaquín Sánchez de Orellana, el Marqués de Selva Alegre, el Marqués de Maenza, son recurrentes en el remate y coinciden con aquellos que tuvieron una

⁶¹ No se dispone de las medidas fijas para una cuadra, en lenguaje coloquial se usa para una extensión de suelo agrícola cuya producción abastece el consumo familiar.

⁶² El título nobiliario del Marqués de Solanda se creó el 27 de abril de 1700 por Carlos II y otorgado a Antonio Sánchez y Ramírez de Arellano, originario de la Villa del cerro de oro de Zaruma. El marquesado tuvo importancia por la Marquesa Mariana Carcelén y Larrea conocida como la Marquesa de Solanda. www.banrepcultural.org.../la-marquesa-de-solanda-y-el-general-antonio-jose-de-sucre. El 13 de julio de 1747, Fernando II fundó el Marquesado de Selva Alegre que concede a Fernando Sánchez de Orellana. De este tronco familiar descienden familias influyentes en el siglo XIX como los Montúfar y Larrea, comprometidos con la independencia de España. José Matheu y José Mejía Lequerica fueron miembros de la Logia “integridad” N°7 de Cádiz (Soasti Toscano, 2009, págs. 22, 38).

participación activa en los episodios del 10 de agosto de 1809, es decir, un grupo social contrario al régimen colonial que estuvo compuesto por personas de diferentes estratos sociales denominados insurgentes. Para 1822 desaparecen sus nombres de los listados de los remates y aparecen otros. La ausencia de los primeros podría estar relacionada con la persecución política, pérdidas económicas, probable confiscación de bienes, transferencia de bienes a familiares para proteger el patrimonio familiar y muerte de los insurgentes en 1810⁶³.

Por las descripciones de los extranjeros en Quito del siglo XIX se observa que la ciudad y el espacio público, calle y plaza, estaba frecuentado por grupos populares, cabe preguntar quiénes eran y dónde estaban las familias aristocráticas. Según Hassaurek (1831 Viena – 1885 París) las familias distinguidas formaban un grupo “impenetrable” porque constituía un grupo cerrado que había conservado la raza blanca y “aún gustan de oír pronunciar sus viejos títulos familiares”. Por la descripción de este diplomático, crítico y directo en sus expresiones sobre la sociedad quiteña, se deduce que éstas pasaban buena parte del tiempo en sus haciendas y quintas fuera de Quito, en Turubamba o junto a la ciudad mientras que los indios y mestizos pobres desempeñaban sus oficios y tareas en el espacio público, en particular en las calles y plazas.

Tanto Joaquín De Avendaño (1812 Vigo – 1886) como Hassaurek describieron estas residencias y el entorno natural con sorpresa por la suntuosidad arquitectónica y decoración interior, y la belleza de los lugares: las haciendas tuvieron una geometría ortogonal en su arquitectura y en la disposición de los sembríos en contraste con el paisaje natural y los bosques. Las quintas estaban en los bordes de la ciudad: la casa de la familia Larrea en Guápulo; la quinta de la familia Salvador en la loma de El Placer; la Quinta La Arcadia del señor Lazerda en

⁶³ El proceso de independencia entre 1809 y 1822 ha sido un periodo poco estudiado, ha sido documentado recientemente por autores como Roger Davis 2010, Enrique Ayala Mora en 2011, Alexandra Sevilla en 2016. El Archivo Municipal recopiló y editó las Actas del Cabildo entre 1808 1812. Es un periodo turbulento, complejo en que las autoridades españolas se aferraron al poder. Aparentemente hubo un triunfo de los criollos en 1809, de allí que esta conquista se denomine “Primer grito de independencia” pero todos son luego perseguidos y puestos en prisión y finalmente asesinados en 1810, al año de la rebelión. La salida de los españoles residentes en cargos de poder en Quito se dio con la batalla del Pichincha en 1822 con el apoyo de un ejército regional al mando del General Antonio José de Sucre.

Tambillo. La lectura de los paseos De Avendaño dan a entender que eran pocos los extranjeros en Quito y no era raro que se encontraran en el centro de la ciudad o coincidieran de manera casual en el camino y lleguen juntos a una invitación:

Oprimiendo el lomo de ligeros corceles, que alegres pisaban la verde alfombra de Iñaquito, dirigíanse por esta extensa pradera, hacia el santuario de Guápulo, tres bellas damas y algunos caballeros. Dos de las damas eran las de la ascensión al Javirac; la tercera, el interesante e inteligente cicerone del autor en la catedral de Quito. De los jinetes no quiero ocuparme: baste saber, que uno de ellos era el que estas líneas escribe. ¿Adónde íbamos? A una partida de campo. ¿Qué objeto nos movía? La curiosidad. Habíasenos convidado a un almuerzo; y para unir lo útil y lo agradable, elegimos para punto de reunión la bonita casa de campo que posee Larrea en Guápulo (De Avendaño, 1985, pág. 167).

Sobre la quinta de la familia Salvador en la loma de El Placer De Avendaño resalta la biblioteca, las pinturas y las haciendas de esta familia. En una conversación mantenida 1857 y 1858 con Manuel Salvador, De Avendaño le preguntó:

¿Y tiene usted muchas haciendas?

-Todavía conservo varias, mal que le pese a mis enemigos. La más cercana es la de Olalla.

-He oído hablar de ella. Me dicen es muy bonita, y creo está muy cerca de las pirámides.

-Cierto. He gastado mucho en ella; pero está hoy hartamente descuidada. Los novios piensan pasar allí unos días y si usted quiere venir con nosotros, le acompañaremos a las pirámides (De Avendaño, 1985, pág. 175).

La hacienda Olalla está ubicada cerca de las pirámides de Caraburo y Oyambaro, topónimos unidos a la memoria de la Misión Científica Francesa que colocó pirámides en puntos de referencia geográfica para la determinación de la línea ecuatorial⁶⁴, es decir que es un lugar de alta significación histórica. Por el contexto de la descripción del viaje, cuando menciona a “los novios” se refiere al préstamo de la casa de la hacienda Olalla para la realización de un

⁶⁴ El detalle de una “flor del lis” en la leyenda de las pirámides levantó una polémica diplomática en el siglo XVIII. Pleito que tuvo que afrontar La Condamine señalando que este símbolo fue también utilizado por la corona española.

matrimonio indígena de la zona con quienes la familia mantenía relaciones de reciprocidad y compadrazgo un vínculo común en las haciendas de la Sierra. Otro aspecto que se desprende de esta entrevista es que la familia Salvador fue poseedora de terrenos fuera de Quito.

Es posible leer entre líneas que luego de 1822 el arriendo de los ejidos de Quito pasó en algunos casos a herederos de las familias nobles antes anotadas o a familias de un nuevo grupo social, nuevos ricos que arriendan varios terrenos con la perspectiva de la compra a futuro; la compra al municipio se hizo efectiva posiblemente al final del siglo XIX y una nueva venta de privados al municipio se produjo en el siglo XX, en un proceso complejo cuyo estudio que está pendiente.

En 1802 Andrés Salvador renovó el arriendo de un terreno en Turubamba y al mismo tiempo negoció otro que anteriormente fue de los herederos de Andrés Salvador; en 1813 Don Francisco Salvador arrendó el terreno que dejó Don Andrés Salvador; en 1822 Don José Salvador arrienda varios terrenos en Turubamba que no habían sido arrendados anteriormente; Don Manuel Zambrano arrendó un terreno en Turubamba en favor de Luis Salvador; en el mismo año Don Joaquín Gutiérrez arrendó un terreno en favor de María Salvador en el ejido de Añaquito. El caso de la familia Salvador aparece en el remate de los ejidos como un ejemplo de acumulación de tierra que luego se compró y una parte fue comprada por el municipio.

Ejido de Añaquito

El primer remate fue de seis terrenos en marzo de 1803 con arrendatarios que tomaron tierras de anteriores usuarios, un año después del primer remate de Turubamba. En 1804 se remataron 16 terrenos más que no tuvieron posesión anterior. Este ejido tiene poca ocupación, al parecer las tierras del Sur eran más productivas que las del Norte. A diferencia de Turubamba, en Añaquito aparecen dos grupos de indígenas que renuevan la posesión del ejido, éstos se presentaron al remate con el Protector de indios, el Doctor Vicente Lucio Cabal, abogado de la Real Audiencia y Agente Fiscal de lo Criminal y Protector General de Naturales de Quito. Estas diferencias hacen pensar que la dualidad urbana de Quito estuvo planteada

en el siglo XIX de una manera particular que se superpone a las ya existentes, siendo nuevamente la geografía y las condiciones del suelo que dan lugar a las simultaneidades en el territorio.

Volviendo al tema, el primer grupo “haciendo personería por el común de indios de Zábiza hizo postura de nueve pesos caballería por el terreno que éstos tenían ocupado antiguo y modernamente”, esto se entiende como una ocupación de tiempo indefinido: comenzó en el pasado y llega al presente⁶⁵. El segundo grupo se presentó con el mismo abogado quien ofreció 9 pesos por “todo el terreno que hubiese entre los dos terrenos rematados en la protectoría para el común de los indios y Mariano Limbaña”. Los nombres de los arrendatarios fueron Lorenzo Lincango, Mariano Limbaña, José y Tomás Limbaña. En ambos casos no hubo otras ofertas y la renovación fue inmediata, un reconocimiento tácito de sus tierras comunales y ancestrales.

Las actas de los remates son repetitivas en el encabezamiento en el que constan los nombres de las autoridades que presiden el acto, la fecha, las disposiciones para el remate, por ejemplo, quiénes pueden entrar en el remate con una propuesta de precio. Seguidamente el pregonero, que desde 1803 hasta 1822 fue la misma persona, Clemente Cárdenas, no se lo nombra con el prefijo “Don” indicador de jerarquía social, sino que a veces se lo presenta como “indio” y en otras como “mestizo”, este personaje clave en el ambiente urbano desde la colonia y en la difusión de los actos públicos y jurídicos de la ciudad anunciaba en alta voz en la puerta del juzgado qué tierra se va a rematar, luego entran los postores, se produce una puja a partir de un precio base y al final se otorga el terreno al mejor postor.

El costo del suelo del ejido del Norte fue menor al de Turubamba; en el primer remate los terrenos se ofertaron entre 9 y 25 pesos, solo un terreno se ofertó en 31 pesos, fue el propuesto por el mercader Pedro Espinosa quien arrendó apenas de una y media caballería por un terreno junto al que “poseen los indios Lincangos y Cóndores del pueblo de Zábiza”. Su oferta inicial de 9 pesos fue seguida por la intervención del protector de

indios quien lo obligó a subir su oferta hasta los 31 pesos. En 1822 Pedro Espinosa no renovó el arriendo de este terreno, lo que da lugar a varias lecturas y especulaciones: la convivencia junto a los Lincango y Cóndores no fue la mejor, la tierra no fue productiva, la situación económica de la época no justificaba una ganancia tan corta frente a la cuota alta de arriendo y una extensión de la tierra reducida, en todo caso, la presencia de un grupo indígena en este espacio llama a la memoria el espacio del nosotros defendido por los señoríos asentados en el espacio de vida que fue Añaquito, y la huella de la disputa por el suelo que para los indígenas fue su espacio ancestral, en una doble lectura, la del espejo, de lo “invadido”.

Los Lincango, Cóndores y Limbañas son familias indígenas cuyos apellidos no coinciden con los de las encomiendas más tempranas repartidas en Quito en el siglo XVI (Salomon, Frank, 2011) (Terán, Factores dinámicos en el desarrollo urbano del Quito colonial, 1992) (Ramón, Quito aborigen: un balance de sus interpretaciones, 1992). Para estos autores los apellidos preincas de Quito fueron Pillajo y Collahuaso, en tanto que Zábiza fue el nombre de un cacique de esa localidad y luego del pueblo que mantiene este topónimo hasta la presente. Una nota de prensa (Hora, 2005) cita a partir de entrevistas a habitantes del barrio “El Inca” en 1992 que los apellidos antiguos y frecuentes en indígenas son Lincango, Cóndor, Pillasa, Quilachamín, Simbaña, y Gualoto. Podría ser que algunos nombres se han deformado en el tiempo, Limbaña por Simbaña y Pillasa por Pillajo, un tema que sale del objeto del estudio de esta tesis, en todo caso, queda claro que son indígenas que en el siglo XIX ya estaban asentados en las tierras de los indios de Zábiza (*Gráfico 37*).

La comparación de apellidos indígenas hace pensar que el arriendo de los ejidos se refiere al sector conocido hoy como El Inca y San Isidro de El Inca en donde permanecen familias con estos apellidos hasta la actualidad; éste sector se identifica como “barrio” término que tiene una connotación colectiva o identidad común expresada en sus fiestas y ritualidad indígena, una de ellas la “yumbada” (Salomon, 1992, pág. 472). Este barrio se encuentra junto a una de las brechas naturales de la meseta de Quito que conduce a un camino transregional: desde El Inca y Zábiza hacia la amazonía, es decir,

⁶⁵ A manera de interpretación, un tiempo que no está en lo cronológico sino en lo eterno.

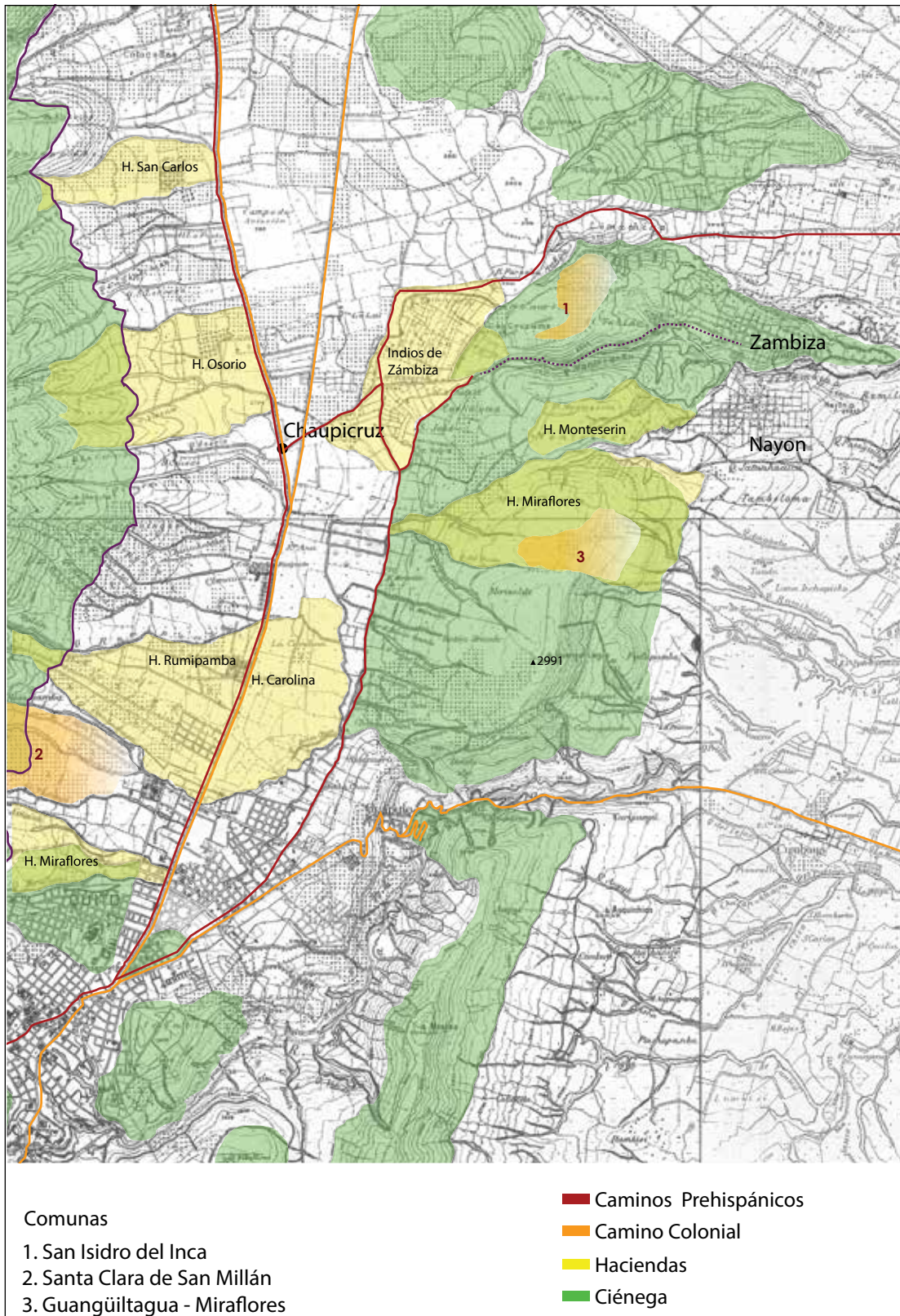


Gráfico 37. Haciendas y comunas presentes en el plano de 1932 en el ejido de Ñaquito
 Fuente: Base cartográfica del plano de Quito 1932

su localización no es casual sino que está referida a un patrón de asentamiento prehispánico⁶⁶.

En 1804 las asignaciones de terrenos no tuvieron posesión anterior; sin embargo, existe una descripción de límites para unas tierras, otras tienen numeración. Entre 1804 y 1813 aparecen nombres de sectores que es posible identificar en los planos actuales: Carretas está situada junto al camino hacia el Norte, sector Carapungo; Cotocollao; “desagüe del totoral hacia el camino del Batán”; “camino de Chaupicruz”; Hacienda Osorio.

En 1813 se reparten 8 sectores, el costo de cada caballería es de 9 pesos como precio base y asciende hasta 19 pesos, adicionalmente dos terrenos se remataron a 25 y 30 pesos respectivamente.

En 1816 Don Florencio Escorza arrienda varios terrenos colindantes dejados por anteriores ocupantes a 9 pesos, en 1822 se remataron 13 terrenos entre 9 y 15 pesos, y tres a 19, 25 y 30 pesos. En 1822 los grupos indígenas de apellido Lincango, Zimbañas y Cóndores continúan renovando el arriendo de las tierras en 8 pesos, al igual que en los anteriores remates no hay proponentes con interés por ocupar el mismo espacio.

A manera de reflexión sobre el valor material y económico del suelo de los ejidos en estos años se podría decir que la revalorización de la tierra en Turubamba y la escasez de oferta en el Norte da a entender que el Sur tuvo mayor ocupación que el Norte; el Sur era más productivo que el Norte; en el Sur arrendaron las familias pudientes de Quito en tanto que en el Norte los indígenas pagaron para proteger espacios de pertenencia ancestral; las familias pudientes arrendaron como inversión mientras que los indígenas como patrimonio cultural colectivo.

La presencia de indígenas sugiere un espacio de identidad que se defiende con celo como derecho adquirido y no es difícil imaginar reacciones de hostilidad hacia el “otro”, que se expresa de

⁶⁶ Salomon describe en este artículo la fiesta de la yumbada para identificar en ella la experiencia histórica de los habitantes de El Inca con los habitantes amazónicos, el intercambio de productos a través de trueque y el reconocimiento de ambas culturas: la amazónica y la quiteña. También analiza la presencia de esta fiesta en un sector industrial de Quito y su coincidencia con la fiesta católica del Corpus.

diferentes maneras, una de ellas fue el castigo en el precio que pagó Pedro Espinosa, 31 pesos, en relación con el de sus vecinos, los indios, que pagaron 9 pesos por cada caballería de tierra.

En 1800 el Barón de Carondelet destinó los fondos de arriendo del ejido de Añaquito para el establecimiento del Hospicio, el Presidio (Santa Martha)⁶⁷ y la ejecución de obras públicas de Quito. Mientras que los fondos de Turubamba se destinaron a la reparación de la cárcel pública, arreglo de la canalización de la quebrada que pasa debajo del colegio de los jesuitas como obras prioritarias⁶⁸. (Larrea, Carlos Manuel, y otros, 2007, pág. 63), mientras que sobre el destino de los fondos entre 1802 y 1822 no se ha escrito. Este fue un tiempo de turbulencia política, social y de economía escasa en el que la guerra fue una prioridad, de ser así, no es difícil que parte de los fondos hayan sido destinados para obras públicas.

El plano de 1932 muestra la localización de algunas haciendas mencionadas en el remate así como la posible ubicación de las tierras de los Lincango, Cóndores y Zimbañas pero también motiva a preguntar si éstas eran las únicas tierras en posesión de indígenas, ¿en dónde estaban las comunas⁶⁹ en 1932? Por la literatura encontrada (Jácome, 2011, pág. Cap. 1) se han podido identificar tres grupos en el ejido de Añaquito.

El primero está en El Inca y San Isidro del Inca ya que las características de ubicación de los remates y los apellidos coinciden con el sector de los indígenas

⁶⁷ Las autoridades diagnosticaron que el sitio y solar de Santa Marta, centro de reclusión carcelario de mujeres, “no pertenecía al cargo de Alguacil sino al ramo de Propios de la ciudad y por lo tanto, fue destinado para presidio” (Vásquez Han, 2007).

⁶⁸ Carondelet tuvo además la idea de crear una nueva ciudad en el ejido de Añaquito, lo que indicaría que la Ciudadela Mariscal Sucre, que fue la primera que se planificó en el siglo XX en este espacio, fue un proyecto que surgió en el final de la colonia, el modo como se desarrolla este proyecto recuerda la “reserva” del suelo de la Alameda. De ser así, el cabildo habría atesorado una parte del ejido del Norte para la construcción de residencias para personas pudientes de la ciudad.

⁶⁹ Se denomina “comuna” a un asentamiento indígena que mantiene su forma de vida comunitaria, quedaron con una parte de las tierras después de la venta de las haciendas y con el tiempo se integraron a la ciudad como barrios con una identidad propia. En la actualidad, inicios del siglo XXI, quedan todavía las comunas de San Isidro del Inca y la comuna de Miraflores (Parque Metropolitano). La primera celebra la fiesta ancestral denominada la “Yumbada” asociada con el contacto con la amazonía. Sobre esta fiesta el estudio de Frank Salomon identifica huellas de un pasado prehispánico que permanece hasta la actualidad.

mencionados. Para demostrar sobre su presencia desde tiempos ancestrales ellos argumentan la pertenencia a Zámbriza que es una comunidad preexistente, hoy convertida en parroquia urbana con manifestaciones culturales propias. El segundo grupo estuvo en Santa Clara de San Millán, entre la hacienda de Rumipamba y Miraflores, hoy absorbida por la ciudad. Una tercera comuna se encontraba en la loma de Guanguiltagua, posiblemente en una hacienda que también llevó el nombre de Miraflores; en la actualidad es un barrio que se encuentra dentro del Parque Metropolitano.

Ejido de Turubamba

El ejido de Turubamba tuvo un proceso diferente al ejido de Ñaquito. La complejidad de este ejido abre un tema amplio que no ha sido todavía tratado a profundidad que es la historia de la arquitectura de las haciendas en el entorno de Quito, el levantamiento de las relaciones sociales y familiares entre los involucrados en el proceso de renta y luego compra del ejido de Turubamba, una red social compleja que sale del ámbito del interés de esta tesis. El plano de 1932 del Servicio Geográfico Militar tiene la localización y delimitación de algunas de las haciendas mencionadas en los remates del siglo XIX, probablemente reducidas en extensión y cuyos topónimos se mantienen hasta 1932, una huella en el territorio que es posible identificar de manera espacial (*Gráfico 38*).

Con la reorganización iniciada por Carondelet en el ejido de Turubamba se actualizó el costo del suelo entre 1802 y 1822; en 1802 todos los interesados en tomar en arriendo iniciaron la propuesta con 30 pesos y se remataron en un promedio de 50 pesos lo que significa una revalorización del suelo; no obstante, Pedro Espinosa pagó 68 pesos anuales por cada caballería de terreno que ocupó con anterioridad la Marquesa de Maenza, y José Aguirre pagó 75 pesos anuales por cada caballería del terreno que ocupó el escribano Francisco Xavier de Bustamante. Desgraciadamente en el ejido de Turubamba no se menciona la extensión de cada terreno arrendado pero la actualización del costo por unidad de tierra de 30 a 50 pesos fue significativo y con tendencia al alza.

Cada arrendatario de Turubamba tuvo una superficie delimitada por “zanjas”, aspecto que se

pone énfasis en cada documento de remate, el uso no se especifica en el contrato pero se asume que fue para pastoreo y siembras. El tiempo de duración del contrato fue de nueve años a partir de 1802, sin embargo en 1813 se renovaron los arriendos de este ejido, algunos por un tiempo de nueve años y medio.

En 1813 la ocupación de Turubamba pasó a otras manos, desaparecen los nombre de varias familias importantes de Quito, pero se mantiene el número de terrenos para remate, 28 en el caso de Turubamba. Las tierras se arriendan en menor precio, la base sigue siendo entre 30 pesos y 40 pesos; sin embargo hay excepciones: Don Carlos Calisto Borja y Vicente Solís arrendaron las tierras que ocupó la Marquesa de Solanda en 60 pesos por caballería, un valor superior a la base. Cabe preguntar si el incremento tuvo relación con la calidad de la tierra, el equipamiento y mejoras, o el prestigio de la familia, lo que queda claro es que el terreno se dividió entre dos arrendatarios. En el remate de este año el mayor precio pagado fue de 62 pesos ofrecido por Don Nicolás Maestanza por las tierras de Don Guillermo Valdivieso y el de Petrona Villagómez, luego de la “puja” entre tres postores que aumentaron al doble la base de 30 pesos. Otro síntoma de cambio es que pocas personas arriendan varios terrenos, lo que se puede interpretar como concentración de suelo en pocas manos, por ejemplo Don Ascencio Matheu, y Mariano Zárate. Por otra parte Don Luis González y Juan Herdoiza aparecieron como oferentes en nombre de mujeres.

En 1813 se identifican sectores que permanecen hasta hoy en la toponimia del Sur de Quito: El Calzado, el Beaterio, Turubamba, Guamaní, y tierras “del hospital” (Hospital del Sur) por otra parte, desaparecieron topónimos referidos a sitios geográficos como Sumipotrero y Turupotrero; Tatunyacu que debió estar junto a la quebrada del mismo nombre; y otros como La Tabaquería, tierras de la posta de correo, La Verbena, terrenos del Tirón, Chaupi Corral, y Pogyo.

En 1822, año de la Batalla del Pichincha al mando de Antonio José de Sucre, se realizó un nuevo remate, en éste se observa que se divide el antiguo terreno de El Beaterio. Personas como Don José Villandrando, Ascencio Matteu y José Salvador adquieren en arriendo varios terrenos en Turubamba y los dos primeros renuevan los del periodo anterior.

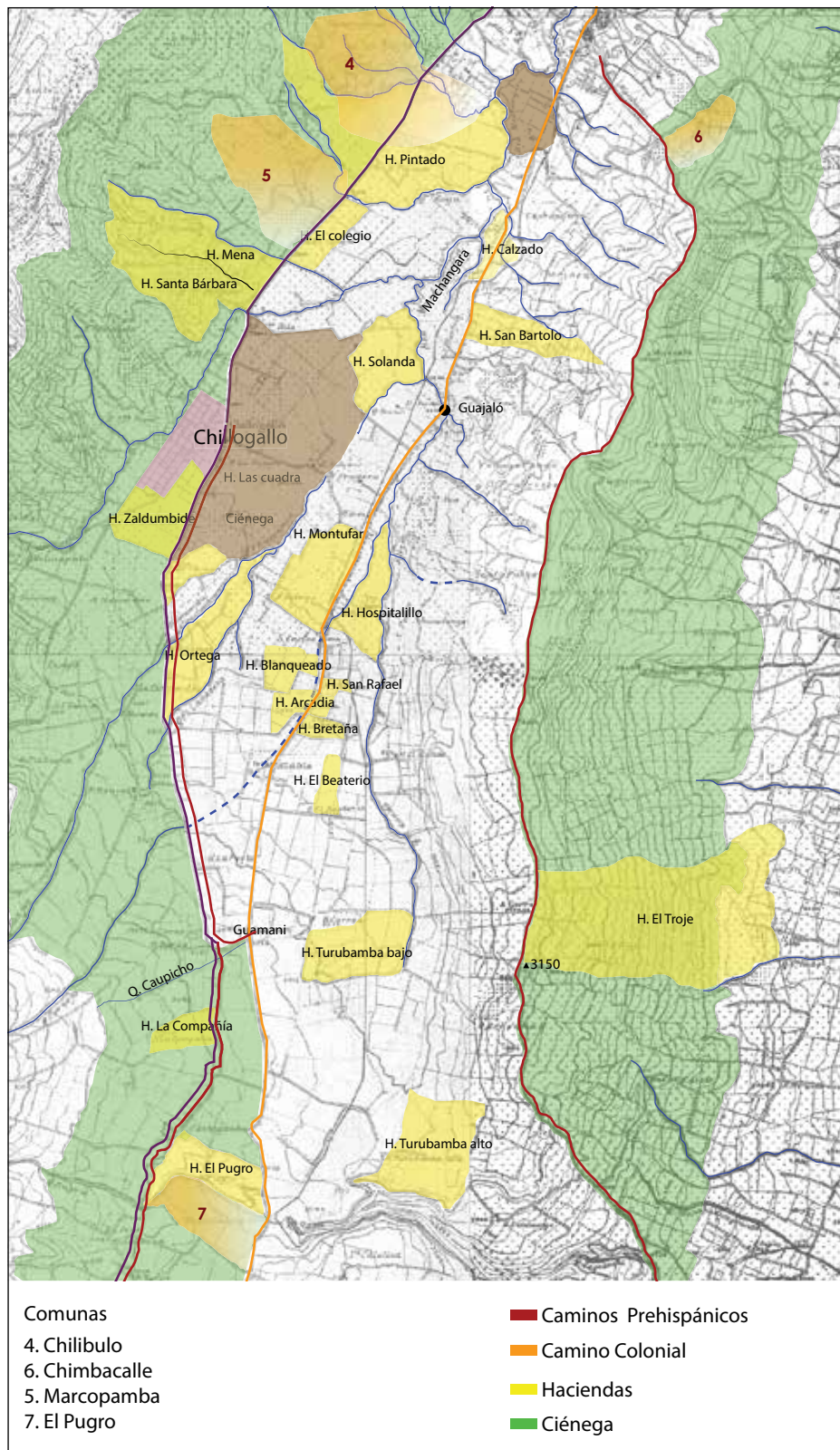


Gráfico 38. Plano de Quito de 1932 con la localización de haciendas y comunas en Turubamba.
 Fuente: Base cartográfica del plano de Quito 1932

José Salvador es un nombre que aparece rentando algunos, lo que sugiere el apareamiento de personas de una nueva generación con capacidad económica e interés en invertir en terreno agrícola.

En este año el número de proponentes se reduce de 28 a 27 y el costo por caballería baja con relación a 1813 probablemente por la guerra que afectó la situación económica en general, la base de negociación pasa de 30 a 25 pesos. Las negociaciones concluyen entre 30 y 40 pesos por caballería, en este rango se encuentran 12 proponentes; entre 40 y 50 pesos sólo 7 proponentes, y más de 50 pesos 2 proponentes, uno de ellos fue José Villadandro quien renovó su terreno, el precio se incrementó por su contrincante que lo obligó a subir de 25 a 60 pesos. Algunas tierras del remate anterior quedaron abandonadas y José Salvador las renta. Dos instituciones rentaron tierras en el ejido, la posta de correos y el Hospital de la Caridad.

La generación de terratenientes anterior al gobierno de Carondelet tuvo a más de sus propiedades agrícolas privadas, otras, también agrícolas en los ejidos de Quito; éstas fueron obtenidas en arriendo mediante remate al mejor postor. Al parecer el valor del arriendo era bajo. Este grupo social estuvo conformado por familias acaudaladas que tuvieron casas suntuosas en Quito. La descripción de Mario Cicala hacia 1750 da cuenta de la calidad de estas residencias urbanas y los nombres de los propietarios coinciden con casi todos los apellidos y títulos nobiliarios encontrados en el ejido de Turubamba:

No es, en manera alguna propósito referir aquí cuáles sean las casas más ricas y ostentosamente adecuadas y adornadas. Indicaré algunas: la del Marqués de Maenza, del marqués de Solanda, del Conde de Selva Florida, del marqués de Miraflores, del Marqués de Orellana (es ésta sobremanera suntuosa), la de los Oidores Regios: del Sr. Quintana, Chiriboga, Villasís, Guerrero y muchísimos otros, así como también las de no pocos comerciantes casados y establecidos en aquella ciudad (refiriéndose a Quito). (Cicala, 1994, pág. 189).

El estudio de Christian Büschges (Büschges, 2007, pág. 201), elaborado a partir de contratos

de compra venta, arriendo, testamentos y dotes, localizó algunas residencias de la nobleza de Quito en el siglo XVIII y fue de utilidad para este análisis. Las casas graficadas en Büschges corresponden a herederos de la nobleza quiteña del siglo XVIII que conservaron el título nobiliario de sus primogénitos hasta finalizar el siglo. La localización espacial de las casas se encuentra en las dos manzanas situadas alrededor de la Plaza Mayor, es decir en la parroquia de El Sagrario como se observa en el plano redibujado. Alfonso Ortiz comenta que las “casas más ricas y ostentosamente adecuadas y adornadas” que señala Cicala se refiere a la decoración y al tipo de mobiliario antes que al diseño de la casa. La construcción fue de muros portantes de adobe y la estructura arquitectónica de casa de patio interno (Ortiz A. , 2017). A esto se puede añadir que algunas debieron tener una portada de piedra en la fachada, en un recorrido por el sector algunas casas mantienen una portada pero otras no. Entre las razones de su ausencia está la venta, el traslado a otras casas de las mismas familias, la pérdida de algunas luego de los terremotos o el ensanche de las calles (*Gráfico 39*).

El plano de 1932 muestra la localización de las tierras arrendadas en el siglo XIX con la particularidad de que en ese año aparecen como privadas. Al parecer fueron compradas al Municipio con lo que se transformaron en privadas y luego la institución volvió a comprar a algunos privados en un proceso complejo que no ha sido documentado. Este plano permite ubicar las haciendas de Turubamba con los nombres de algunos propietarios se convirtieron en topónimos del territorio: “Solanda”, “El Pintado”, “Ortega”, Zaldumbide; estos apellidos corresponden a arrendatarios en el siglo XIX y dueños en el siglo XX. Don Joaquín Pintado quien rentó una parte del ejido de Turubamba, en 1932 aparece en el plano como hacienda El Pintado. Este espacio corresponde hoy al barrio El Pintado. Esto confirma que el arrendatario se convirtió en dueño. Otros arrendadores cuyos nombres desaparecieron en el tiempo fueron instituciones religiosas como el convento de San Francisco, el Monasterio de la Concepción, el convento de los Betlemitas que no aparecen en 1932.

Mientras las tierras de los ejidos eran arrendadas a particulares cabe preguntar qué sucedía con la presencia de las comunas indígenas en Turubamba,



CASAS PARTICULARES Y SUS PROPIETARIOS

- | | |
|--|--|
| 1: Rosa Montúfar y Larrea y su marido Vicente Aguirre (desde ca. 1815) | 15: Casa del Mayorazgo de los condes de Selva Florida |
| 2: Ramón Joaquín Maldonado y Borja (1797) | 16: Casa del mayorazgo de la familia Villacís (Marquesado de Villa Rocha) |
| 3: Joaquín y Rosa Montúfar y Larrea (1797) | 17: Micaela Ponce de León y José Guerrero y Peñalosa, cuartos condes de Selva Florida (desde 1739) |
| 4: Juan Pío Montúfar y Larrea, segundo Marqués de Selva Alegre (después de 1795) | 18: Clemente Sánchez de Orellana y Riofrío, primer Marqués de Villa Orellana (1776) |
| 5: José Javier Ascásubi y Matheu (1796) | 19: Casa doble de Manuel e Ignacio Guerrero Ponce de León respectivamente (1797) |
| 6: Manuel Matheu y Aranda, heredero del marquesado de Maenza (1797) | 20: Mariano Flores y Jiménez, segundo Marqués de Miraflores (desde 1775) |
| 7: José Carcelén y Pérez de Ubillús, cuarto Marqués de Villa Rocha | 21: Familia Chiriboga, Joaquín Tinajero y Larrea (1797) |
| 8: María Nicolasa de Santa Coloma (hasta 1768), Juan Pío Montúfar y Larrea (1780) | 22: José Manuel de Larrea y Jijón, primer Marqués de San José (hasta 1835) |
| 9: Francisco de Jijón y Chiriboga (1797) | 23: María Nicolasa Guerrero y Nájera, cuarta Marquesa de Solanda (1789) |
| 10: José Carcelén y Pérez de Ubillús (1786, 1796) | 24: Casa del mayorazgo de la familia Freire (Marquesado de Selva Alegre) |
| 11: Pedro Quiñones y Cienfuegos (1797) | 25: Juan de Larrea y Villavicencio (1822) |
| 12: Sebastián Pérez de Ubillús (desde 1714), heredero a José Carcelén y Pérez de Ubillús | 26: Gregoria Guerrero y Peñalosa (hasta 1766) |
| 13: Casa del mayorazgo de la Marquesa de Solanda | 27: Juan Maldonado y Guerrero (hasta 1805) |
| 14: Micaela Carcelén y Pérez de Ubillús | |

Gráfico 39. Localización de las casas de la nobleza de Quito en el siglo XVIII
Fuente: Redibujado del libro *Familia, Honor y Poder* de Christian Büschges

eran independientes o formaban parte de las haciendas y en dónde estaban asentados. A manera de una respuesta preliminar se puede afirmar que en este espacio se encontraron huellas de cuatro comunas reconocibles por otras fuentes bibliográficas hasta 1950. Chilibulo, Chimbacalle, Marcopamba y El Pugro. Estas comunas fueron absorbidas por la ciudad pero sus nombres permanecen en los topónimos del Sur de Quito⁷⁰.

Volviendo atrás, Carondelet inició la revalorización del suelo y puso en orden el sistema de tenencia, recuperó este espacio para obtener ingresos para el cabildo; no obstante, la renta de este espacio considerado público y en custodia municipal pasó a particulares al iniciar el siglo XX. En Turubamba la recaudación efectuada en su gobierno fue destinada para la reparación de la cárcel pública, el arreglo de las arquerías de la quebrada que atraviesa la propiedad de los jesuitas en el centro de la ciudad (Vásquez Han, 2007, pág. 285. Anexo 1).

Al reactivar la renovación de los arriendos aparecen nombres de personas fallecidas que son reemplazados por homónimos: el acta de negociación de 1802 señala que Antonio Bolaños renueva el terreno del “finado Antonio Bolaños”. En el mismo año el Marqués de Villa Orellana⁷¹ aparece renovando el arriendo de un terreno de Don Joaquín Sánchez de Orellana; cabe preguntar si esta manera de actuar se debe a las posibilidades de mantener el precio, mantener el prestigio social y la vinculación familiar en la tenencia de este suelo, entre otras posibilidades. La Marquesa de Solanda aparece como poseedora de unas tierras; sin embargo, esta persona debió ser con seguridad la primera marquesa de Solanda, pues Mariana Carcelén, conocida con el mismo nombre y que ocupa un papel importante en la independencia, nació en 1805, posterior al remate de 1802.

El remate deja a la vista que de las 28 personas registradas como ocupantes de terrenos en

70. Vale señalar que el caso de Chimbacalle es singular pues en 1908 se inauguró en este sector la estación ferroviaria de Quito y Eloy Alfaro rebautizó a este sector como Parroquia Eloy Alfaro que consta en la cartografía de la ciudad. Sin embargo, la población del sector lo cambió con el tiempo y prevaleció el nombre de Chimbacalle, con el que permanece hasta hoy.

71 El parentesco se deduce del siguiente texto: “En enero de 1818, Joaquín Sánchez de Orellana, comandante de las milicias de la Segunda Junta, hermano del marqués de Villa Orellana, pugnaba por demostrar su lealtad a toda prueba a la Corona.” (Ospina, Habiendo roto el freno de la obediencia, 2009).

Turubamba en 1802, solo cuatro se renuevan con el mismo arrendatario: el de Joaquín Tinajero, el de Don Antonio Bolaños es renovado por su homónimo Antonio Bolaños, el de Andrés Salvador y el del Convento de los Bethlemitas. Los demás cambian de arrendatario. Las denominadas “tierras sobrantes” se asignaron a la posta del correo.

También se encontró el caso de Jacinta Herrera quien cede voluntariamente las tierras que ocupó; éstas pasaron en arriendo en favor de Gregorio Padilla y Antonio Calderón. Las mujeres no participan en primera persona en los remates sino a través de un representante, porque no se registra su asistencia. Los representantes de éstas declaran por lo general estar en delegación de sus madres o esposas. Los métodos de negociación difieren entre personas; generalmente la “puja” se lleva a cabo incrementando la base pero hay una negociación interesante de Don Carlos Beles de Álava quien ofertó un valor por debajo de 33 pesos que fue la base con la oferta de un pago anticipado de dos años, la oferta fue aceptada inmediatamente ya que su contrincante no pudo superarla.

El análisis de los ejidos permite comprender que las disposiciones que se emiten desde el poder local o regional inciden directamente en la jerarquía del espacio público. Resumiendo lo observado en Quito, la valoración de los ejidos en términos de jerarquía, historia y de valoración colectiva cambia en periodos de larga duración: en tiempo prehispánico ambos ejidos tuvieron un valor simbólico y valor material de propiedad colectiva similar, quizás el Sur estuvo más poblado que el Norte por las evidencias de los hitos construidos: dos caminos y asentamientos humanos; en la colonia la calidad del suelo para caza, pastoreo y paseo está en el ejido de Añaquito y en el Sur para producción agrícola, por lo tanto, el valor económico del suelo del Sur es mayor que en el Norte. Con el remate de los ejidos al finalizar el mismo periodo se incrementa el valor del suelo en el Sur, que es mejor cotizado que el Norte. Hoy en día se ha invertido la jerarquía del espacio urbano, el Norte tiene mayor jerarquía y valor del suelo que el Sur; el valor de los recursos naturales y agrícolas cambió por el económico del suelo urbano.

Los fondos recaudados del arriendo de Turubamba y Añaquito fueron destinados para obras públicas y renovación de la ciudad bajo una concepción

moderna de organización de los fondos públicos, ésta da prioridad a la inversión económica del suelo como bien material, dejando en segundo plano el valor simbólico y de recurso natural. En este contexto es interesante notar que la visión de un estado moderno se gestó desde el interior del periodo colonial, es decir, los cambios en la estructura política de la corona española llegó a América a la par con las transformaciones en Europa.

El diagnóstico del Barón de Carondelet identificó en ambos ejidos un total de 83 caballerías arrendables, sin embargo la recopilación de los remates efectuados entre 1804 y 1822 registran 135 remates celebrados en favor de diferentes personas naturales o instituciones en los dos ejidos lo que sugiere que entre 1800 Carondelet realizó el diagnóstico y en 1822 comenzó el proceso de arriendo con una probable subdivisión de tierras.

Según la cartografía actual y el señalamiento de arriendos, el espacio aproximado del ejido de Añaquito debió ser de 2,7 km de ancho y 6,5 km de longitud. El ejido de Turubamba, de acuerdo con las descripciones debió tener un espacio, con al menos dos ciénegas en el interior: 2,4 km. de ancho y 7,5 km de longitud.

El sitio de la fundación

Una vez analizada la meseta de Quito como el espacio en el que se asentaron los ejidos es pertinente abordar el núcleo fundacional en donde se encuentra una topografía quebrada, de difícil acceso, un espacio en el que se dieron otras lógicas de ocupación y estructuración del territorio una vez fundada la ciudad española.

El núcleo fundacional será abordado, al igual que los ejidos, desde el territorio y las condiciones del emplazamiento colonial, la connotación de este espacio para aborígenes y conquistadores. Un segundo corte temporal es el de la transformación que se visualiza en la cartografía del centenario de la independencia, en 1922, un salto cualitativo que cuestiona la ciudad colonial y al mismo tiempo mantiene la traza de los caminos antiguos como las cuerdas principales que condicionará la disposición de la malla urbana de nueva planta.

El trazado de la ciudad se llevó a cabo en una ladera moderada y estrecha, atravesada por dos quebradas profundas que discurren de Oeste a Este: la primera es la quebrada de El Tejar que tiene varios nombres en su recorrido⁷²: quebrada Grande, quebrada de Zanguña, quebrada de la Alcantarilla, y quebrada de las Tenerías (1573).

Un afluente de menor profundidad pero de importancia por cuanto está referida en las descripciones del camino a Otavalo es una quebrada que baja de la loma de San Juan, denominada Pishihuaycu⁷³ (chorro de agua), Huanacauri, arroyo de Ullaguangachaca en 1610 (Trabuco, 1968, pág. 480), Quebrada de La Marín (Peltre, 1989, pág. 47), rellena en su curso inferior durante la colonia. Esta quebrada se une con la quebrada del Itchimbía como se observa en el plano de 1888 de Gualberto Pérez para desalojar las aguas al río Machángara, éste recibe las aguas de las tres quebradas, atraviesa el ejido de Turubamba y pasa por el lado Este del Panecillo antes de tomar el rumbo hacia el valle de Guayllabamba. El plano de 1888 presenta el estado de la ciudad en ese momento.

La segunda es la quebrada de Jerusalén (Ullaguangayacu), también se la denomina Quebrada del Auqui frente al Hospital San Juan de Dios. Hacia el Pichincha el plano de 1888 la denomina Quebrada de la Cantera, nombre con el que se la identifica hasta 1930. Hacia el Este, al llegar al río Machángara la quebrada toma el nombre de “los Gallinazos”⁷⁴.

La quebrada de Jerusalén nace en el Pichincha en la “quebrada de la Chorrera”, es decir que en el recorrido inicial forma una cascada; hacia 1650 las aguas se recogieron en una caja, probablemente de piedra, para conducirla a la ciudad, la caja requería mantenimiento o limpieza periódica para evitar desbordes o asentamiento de tierra. Ya en el borde urbano colonial esta quebrada se une a un afluente de agua que viene por la quebrada de San Diego. Vale decir que las pilas de las plazas de San Roque y

⁷² Los nombres de los tramos de quebrada varían en el tiempo y según las fuentes.

⁷³ Algunos textos la denominan “Plishuayco” o quebrada de los piojos, aunque relacionada con la manera en que cae el agua se asemeja más a un chorro.

⁷⁴ La traducción de Ullaguangayacu es “quebrada de los gallinazos”, esto significa que todo el recorrido de esta quebrada tuvo un mismo nombre, sea en quichua o en su nombre traducido.

Santo Domingo se abastecieron de estas vertientes durante la colonia (Ospina, 1992, pág. 125).

La presencia de quebradas obligó a la construcción de puentes para prolongar las calles de la ciudad y permitir la circulación de personas dentro del espacio de las lomas ya mencionadas, es decir, durante la colonia el vínculo entre ciudad y territorio fue de acomodo y con modificaciones necesarias: la traza se acomodó a la topografía y la topografía fue modificada en la medida de las necesidades para habitar y circular.

Las quebradas que atraviesan el núcleo fundacional son, junto con la de Rumipamba en el Norte, las más profundas de la meseta, a manera de trincheras, de ahí su valor estratégico para la guerra. La dificultad y el costo que representó rellenar o construir puentes hizo que los rellenos coloniales se redujeran a los necesarios, de este modo la ciudad colonial convivió con el sonido y la biodiversidad de la quebrada, las correntadas de la lluvia y la destrucción de los puentes que fue difícil reparar. De otra parte la quebrada posibilitó la instalación de molinos, el matadero y curtiembres.

El estar rodeada por montañas y una topografía irregular, quebrada, da origen a cualidades escénicas particulares: desde el interior de la ciudad aparecen perspectivas que concluyen en un paisaje o un panorama de montaña; desde la montaña, vistas panorámicas de la ciudad construida; calles estrechas que se acomodan a los pliegues de la topografía en el interior de la ciudad y espacios abiertos que son las plazas, en ese sentido se podría decir que Quito es una ciudad con varios miradores en los bordes de la meseta y visuales desde el interior hacia las lomas; los miradores naturales han sido espacios públicos poco estudiados; uno de los mencionados en la cartografía de 1810⁷⁵ fue denominado el “mirador de los pobres” que corresponde a la calle Quiroga, en la ladera de la loma del placer.

Las fotografías del siglo XIX y hasta finalizar el siglo XX evidencian otros miradores desde donde se realizaron tomas fotográficas repetidas develando los lugares de la preferencia de los quiteños; hoy

en día, algunos miradores se han convertido en atractivos turísticos y espacios de recreación, otros, se han privatizado por la construcción de edificios.

La traza del núcleo fundacional

El espacio de la fundación de Quito, llevada a cabo el 6 de diciembre de 1534 tiene una estructura urbana compuesta por un trazado en damero que forma un tejido ortogonal, las calles tienen sus extremos abiertos a la prolongación futura, las plazas se conforman a partir de una manzana sin construir de forma más o menos regular cuyos límites son las calles y fachadas que la rodean.

En el espacio de la fundación es en donde se encuentra la mayor densidad de transformaciones y permanencias lo que permite hilvanar varias lecturas para narrar diferentes “Quitos” que se superponen en las calles y plazas del presente. Cada espacio público es un nodo que articula a otros nodos en temporalidades que se comprimen o se dilatan y en donde unas circunstancias históricas pueden tener un impacto no solo local sino nacional o regional.

En el espacio del núcleo fundacional los cortes temporales coinciden más o menos con las grandes transiciones políticas del siglo XVI y XIX, el establecimiento de la ciudad colonial del siglo XVI tiene como expresión de un orden político y social el trazado en damero, la plaza como espacio de socialización y los edificios religiosos como hitos urbanos, y, en el segundo el orden político y social se evidencia en una ciudad que salió de los límites del núcleo fundacional hacia la planicie, modificó el territorio, incorporó otros tipos de trama urbana y espacios colectivos de socialización. La transición en este segundo corte toma más de un siglo, entre 1800 y 1930, con acciones puntuales entre 1800 y en los años de celebración del centenario de 1909, y 1922.

El emplazamiento del núcleo fundacional de Quito en un lugar hundido entre montañas fue observado en el siglo XVI como adverso a los intereses de una fundación. Los informantes del Rey describen el emplazamiento de Quito como poco conveniente para fundar una villa. Al respecto el visitador Salazar de Villasante en 1570 señaló:

⁷⁵ Plano de Quito atribuido al Marqués de Selva Alegre, aprox. 1810, dibujado a partir de la base cartográfica del plano de Quito de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, 1748.

Esta ciudad tiene muy mal asiento; está entre un río que pasa junto y dos quebradas grandes una a la entrada, que entramos, y otra al otro lado de ella, frontero de la sierra, y así tiene malas calles y están hecho puentes para pasar las quebradas.

Informéme de algunos españoles que fundaron aquella ciudad, que fue la causa de fundar aquella ciudad en tal asiento y tan malo, dijeronme 2 razones: la una, que porque estaba más fuerte para defender de los indios, que entonces no estaban asentados como ahora y de paz; lo otro, porque allí hace grandes aires y está guardada de ellos, por estar debajo de la sierra y los aires pasan por lo alto y no sufren tanto (Ponce Leiva, 1992, pág. 83).

El testimonio es compartido por el cronista Pedro Cieza de León quien escribió:

Es sitio sano más frío que caliente. Tiene la ciudad poca vista de campos o casi ninguna, porque está asentada en una pequeña llanada a manera de hoya, que unas sierras altas donde ella está arrimada hacen, que están de la misma ciudad entre el Norte y el Poniente. Es tan pequeño sitio y llanada que se tiene por el tiempo adelante han de edificar con trabajo, si la ciudad se quisiere alargar, la cual podrían hacer muy fuerte, si fuese necesario (Cieza de León, 1984, pág. 113).

Dos testimonios ratifican las condiciones del emplazamiento: lugar encerrado entre sierras altas y quebradas profundas, hundido en una pequeña hoya, poca o ninguna vista de campos y en donde la topografía encierra rincones para el escondite.

Un tercer testimonio, proveniente del siglo XVIII, vuelve a mencionar el emplazamiento poco favorable, pero en clave poética, con ironía y humor, se trata de una estrofa de las décimas del jesuita y poeta colonial, contemporáneo del historiador Juan De Velasco, su nombre fue Juan Bautista Aguirre (1725-1786), nació en Daule, ciudad cercana a Guayaquil, y vivió en Quito en su juventud como estudiante del Seminario de San Luis. Sus escritos fueron conocidos apenas en el primer tercio del siglo XX. El poema "Breve diseño de las ciudades de Quito y Guayaquil" recoge la vivencia de su autor en Quito, en una carta a su cuñado D. Jerónimo Mendiola, escrita en el siglo XVIII:

Es su situación tan mala (la de Quito),
que por una y otra cuesta
la una mitad se recuesta,
la otra mitad se resbala;
ella se sube y se cala
por cerros, por quebradones,
por guaicos y por rincones,
y en andar así escondida
bien nos muestra que es guarida.
de un enjambre de ladrones.
(Aguirre, 1980, págs. 78-79).

El estar protegido del paso de los aires y de la vista del posible enemigo es lo que los fundadores españoles e incas apreciaron como ventaja estratégica en este espacio y el texto de Bautista Aguirre lo delata. Ya en el siglo XVIII la ciudad se extendió hacia las laderas, de este modo, la movilidad cotidiana por las cuestas y bajadas, con caídas y resbalones, entre lo alto y lo bajo, formó y forma hasta hoy parte del vivir en esta ciudad⁷⁶. Cieza pronosticó y con razón, las dificultades en el crecimiento a futuro. Sin embargo, la prioridad de los fundadores fue la elección de un sitio seguro defendido de los indios y resguarda de los aires.

Al estar escondido parecería que este espacio fue estratégico para la guerra, esto llevó a decidir a incas y españoles su preferencia por esta superficie. Para Salazar de Villasante los indios eran los enemigos; para 1571 estaban sometidos y redistribuidos en el territorio, es decir, al ser dominados se transformaron en gente "de paz"; un segundo argumento que aporta a la decisión de emplazar una fundación en un lugar difícil fue la presencia de una población nativa numerosa alrededor del núcleo fundacional, ésta era necesaria para servicios, el mantenimiento del asentamiento fundado, tanto incas como españoles veían en esta "llanada a manera de hoya" un espacio estratégico por la topografía de difícil acceso para el enemigo, un campamento militar desde donde se comandaba la conquista hacia el Norte. No obstante, el argumento todavía parece quebrarse ante una posible rebelión de los nativos quienes conocían mejor que los hispanos el territorio y las maneras de entrar y salir de este espacio y las formas de atacar al contrincante en quebradas.

Al parecer, el equilibrio de fuerzas no habría sido posible sin un acuerdo previo; las condiciones del

⁷⁶ Cabe preguntar cuántas veces Bautista Aguirre habrá resbalado en alguna de las calles de Quito, pues la mayoría no eran empedradas.

emplazamiento precedente a la fundación no era el de espacio vacío sino uno lleno de valor simbólico. En esta discusión sería oportuno analizar cuáles fueron las condiciones acordadas para la fundación española en la que las partes se vieron obligadas a ceder. No hay una crónica escrita pero las evidencias en el territorio atestiguan el mantenimiento de algunas tradiciones culturales en el territorio. La primera, el mantener algunos espacios simbólicos prehispánicos como la presencia del territorio perteneciente a los herederos de Atahualpa en la parte occidental de las faldas del Pichincha (Estupiñán, 1988, N° 1, diciembre 88); la segunda, la presencia de un mercado prehispánico de relevancia interregional que formó parte de una red de intercambio de larga distancia (Salomon, Frank, 2011); la tercera mantener algunos topónimos aborígenes que se evidencian hasta hoy: Itchimbia, Añaquito, Turubamba, Pichincha algunos con doble nomenclatura (Huanacaury-San Juan); finalmente, mantener la línea divisoria entre el Hanan y el Hurin, una bipartición simbólica prehispánica que demarcaba territorios diferenciados.

Todo esto supone la superposición cultural en un espacio singular, con limitaciones para el conquistador asentado en una “llanada a manera de hoya” como lo señala Villasante en la que han de “edificar con trabajo si la ciudad se quisiere alargar” como vaticinó Cieza, delimitada “por cerros, por quebradones, por guaicos y por rincones”, según la experiencia de Juan Bautista Aguirre; es decir, una ciudad escondida, defendida por tres quebradas de grandes proporciones, dos con profundidades entre 11 y 15 metros y una al Norte de menor profundidad que permite salir con cierta facilidad en esa dirección. Todo esto contribuye a la vulnerabilidad del asentamiento fundado.

Por su parte, los fundadores tenían instrucciones precisas para la selección y emplazamiento de una fundación, entre ellas las que Fernando el Católico dio a Pedro Arias Dávila hacia 1513, que fueron ratificadas en las Ordenanzas de 1573. La primera, “poner nombre general a toda la tierra, a las ciudades y villas y lugares”, “sitios sanos y no anegadizos”, “buenas aguas”, “buenos aires y cerca de montes y de buena tierra de labranza”. Otras recomendaciones fueron “poblar de asiento y no de paso”, es decir fundar ciudades duraderas en el tiempo antes que emplazamientos circunstanciales o campamentos

militares provisionales. Sin embargo, en la práctica, De Vargas Machuca escribe, desde su experiencia militar las estrategias para mantener a la población local en términos de paz y fundar en condiciones aparentemente adversas:

...y elegirá en él un sitio el más llano posible, con que no esté en hoya, porque esté airoso, enjuto y descubierta al norte, si hallarse pudiese con las demás comodidades de agua y leña (De Vargas Machuca, 1892, pág. 104).

Según este principio, el sitio fundado no podía estar asentado en la parte baja como sucede en el emplazamiento de Quito, un valle estrecho en el que los indios eran muchos y los conquistadores pocos, todo esto sugiere que los aspectos negativos del emplazamiento de Quito quedaron en segundo plano por una posible negociación con los caciques locales. La distribución social y espacial de Quito en el territorio sugiere que los indios protegieron el espacio de la fundación española y al mismo tiempo su lugar ancestral: una dualidad.

Cómo explicar las razones del emplazamiento de Quito a través de las instrucciones que tenían los conquistadores para instalar una fundación. Cómo llegaron los conquistadores a implantar la Villa manteniendo el valor simbólico ancestral de este espacio, en un lugar estratégico y al mismo tiempo vulnerable, todo sugiere que fue una negociación en la que hacer las paces significó la protección de un espacio sagrado y ritual, bondadoso para unos, y “de buena y felice constelación”, de cielo claro, para otros y de valor universal en la línea equinoccial para todos.

De Vargas añade otro argumento que es la promesa de protección a los indios, que tiene sentido porque de dos guerras en menos de 50 años el ánimo de la población en general debió estar afectada:

El caudillo les prometerá, en nombre de su majestad, de guardarles toda paz y amistad que los amparará y defenderá de sus enemigos. Y en señal de dicha paz, abrazará a todos los caciques y señores y a tal tiempo hará su salva en señal de alegría. Advirtiéndoles que ante todas cosas han de dejar las armas; ni tratar de ellas más, pues los españoles toman a su cargo su defensa y amparo (De Vargas Machuca, 1892, pág. 13).

En la conquista de Quito, el relato de Cieza de León da a entender que las promesas de protección y paz no fueron efectivas; por el contrario, avivaron la indignación y el odio a los extranjeros, y añade un dato que es revelador para comprender por qué y cómo los indios de Quito se convirtieron en “indios de paz”: por un lado la erupción del volcán Cotopaxi y con este evento el cumplimiento de la predicción del oráculo sobre el cambio de época con la entrada de los extranjeros al territorio de Quito (Cieza de León, Pedro, 1984, pág. 271).

En esta circunstancia y mediante mensajeros Rumiñahui y Benalcázar, concertaron un encuentro en Panzaleo. Según Cieza de León, Benalcázar expuso sus condiciones: suspender la guerra, conversión de los indios al cristianismo para ser todos hermanos, rendir obediencia al Rey y la entrega del tesoro de Quito para ser repartido como el de Cajamarca. Estas condiciones no fueron aceptadas por Rumiñahui y sus aliados quienes expresaron su indignación y desconfianza en los peninsulares:

No plega a Dios nos fíemos destos que ni andicho verdad ni la dirán, antes permítanos morir a sus manos y de sus caballos que no que con nuestra voluntad nos tengan opresos y forçados a seguir sus desatinos e cumplir sus pretenciones (Cieza de León, reedición 1984, pág. 271).

Un segundo encuentro estuvo a cargo de Juan de Ampudia, que luego constará entre los fundadores, quien mediante mensajeros mandó a localizar a Çopeçopagua, colaborador de Rumiñahui, según Cieza:

fueron de noches tres y cuatro caballos que bastaron a lo traer (a Çopeçopagua). Dizen que por fuerza, otros cuentan que de su voluntad se vino a ellos. Quingaimbo y otros capitanes de los ingas le salieron de paz, con que volvió a Quito trayendo mucho ganado para el proveimiento (Cieza de León, reedición 1984, pág. 354).

Este episodio de la historia de Quito tiene varias interpretaciones, como señala acertadamente Salcedo; Benalcázar “no tuvo un cronista que cantara su epopeya con tanto primor como Quesada” fundador de Santa Fé de Bogotá; sin embargo, tuvo a Cieza de León, un cronista que dio

algunas claves para la interpretación y explicación de una posible negociación entre españoles e indígenas y permite plantear la pregunta ¿quién fue el líder indígena que hizo las paces y negoció las condiciones para la fundación de la ciudad española de Quito?: Çopeçopagua o Quingaimbo, o ambos.

Al parecer fueron ambos líderes y sus aliados que tuvieron la capacidad de poner las condiciones para la paz y defender con similar fuerza el valor simbólico del territorio en disputa en ausencia de Rumiñahui⁷⁷. Los argumentos no se mencionan en algún documento; no obstante, el hecho de que haya sido una discusión colectiva demuestra la defensa del lugar de Quito, es decir un espacio del nosotros que nació como espacio ciudadano en el nuevo orden. Este acuerdo fue la condición necesaria para que Benalcázar entre a Quito, funde la Villa de San Francisco y asegure a sus superiores que ha pacificado el territorio. La respuesta de los aborígenes fue el silencio, una forma de comunicación que tiene varias lecturas, entre ellas, la ratificación de la desconfianza manifestada por Rumiñahui en nombre de la colectividad, la negación o no aceptación de la pérdida, un silencio que puede ser interpretado como indicador débil de paz.

Al parecer los encuentros diplomáticos o forzados no fueron suficientes para la paz y la amistad, que no duraron mucho ya que la desconfianza y un aire de incertidumbre quedaron latentes luego de los acuerdos, éstos no se cumplieron y como es de imaginar dejaron consecuencias en el futuro. En este punto los términos de “paz, amistad y enemigo” tienen diferente significado dependiendo del lugar de enunciación. La declaración de De Vargas de “dejar las armas” contribuye a la desconfianza y al doble discurso.

En el Tomo Cuarto cuyo título trata “cómo se han de asentar paces y de cómo se ha de poblar una ciudad, y cómo se ha de repartir la tierra, y el tratamiento que se debe dar al indio, con el premio de conquistadores y pobladores” De Vargas muestra la otra cara de la moneda, recomienda al caudillo: “la paz sin armas es muy flaca... y no se fie tanto de la paz que deje del todo las armas, porque es muy flaca

⁷⁷ Rumiñahui fue perseguido y muerto fuera de Quito. Çopeçopagua y Quingaimbo fueron militares, colaboradores cercanos de Rumiñahui y conocedores del proyecto de construcción de otro Cuzco en el lugar de Quito.

la paz desarmada”, detrás de esta recomendación, que la hace a partir de su experiencia, hay que añadir que fundar una villa o ciudad implicaba para el caudillo sostenerla ya que de no hacerlo podía perder sus privilegios de fundador; por esto, “nuestro caudillo tendrá que conservar lo que pacificare y poblaré” (De Vargas Machuca, 1892, pág. 100), condiciones que sugieren que la inversión económica y esfuerzo humano había que mantener para hacer de la conquista una empresa política y económica efectiva y eficiente. Para España, fundar ciudades era “una manera de fundar España cada vez: la España cristiana” (Salcedo Salcedo, 1996, pág. 47).

La desconfianza no se evidencia únicamente en las tensiones sociales que se generalizaron durante el siglo XVII sino en la manera en que los edificios del poder se establecieron en el espacio urbano, la presencia de cuatro contenedores arquitectónicos religiosos, de proporciones monumentales, correspondientes a las cuatro primeras órdenes religiosas que llegaron a Quito: Franciscanos, Mercedarios, Agustinos y Dominicos, forman un cuadrilátero visible al final del siglo XVI en la traza urbana, en cuyo interior abarca a la catedral, el conjunto jesuítico y el monasterio de La Concepción; los dos últimos se levantaron a finales del siglo XVI. El conjunto es una unidad conexas de protagonismo urbano, y da cuenta de la participación de la gran cantidad de mano de obra asentada en el espacio de Quito, que pone en evidencia la integración al nuevo orden de las generaciones que siguieron a la primera etapa de la conquista.

El convento fue, durante la colonia y hasta la República, el edificio – fortaleza que tuvo una participación ambivalente, de evangelización, enseñanza, centro de labor social y misionera; en ocasiones apoyó de manera no oficial a la rebelión de los barrios, fue escondite de perseguidos, tumba de muertos controvertidos de la historia y guardó celosamente los bienes materiales y las confianzas de la sociedad quiteña.

En contra de las recomendaciones de las ordenanzas y estrategia militar, el espacio fundacional se estableció como síntesis de acuerdos entre las partes involucradas y visibles en el territorio. Posteriormente, los hechos alrededor de la

arquitectura del poder y la participación de los barrios en las protestas públicas, ratifican las desconfianzas y las negociaciones, el valor simbólico ancestral y los valores mágico religiosos del cristianismo, la pugna por la posesión de un mismo espacio físico para establecer la ciudad como un espacio de poder y al mismo tiempo como un espacio de vida en donde se concentra una sociedad diferente a la precedente, en donde subyacen rasgos de la cultura aborígen y la occidental cuya permanencia en procesos sociales de larga duración lo ratifica la historia social como señala Martin Minchom:

Para ejercer el control sobre una población indígena numerosa, la sociedad colonial española –como en otras sociedades coloniales- manipuló las estructuras sociales existentes, antes que intentar hacer tabula rasa. Los elementos prehispánicos eran insertados dentro del nuevo orden social, particularmente los líderes indígenas o caciques, que eran usados como intermediarios con la población indígena. A veces la sociedad colonial española no solo perpetuaba, sino incluso mejoraba las instituciones prehispánicas, por ejemplo a través de la propagación del quichua (Minchom, 2007, pág. 36).

Uno de los componentes prehispánicos del territorio de Quito que se conservó hasta el siglo XX fue la división del territorio en Hanan y Hurin que es visible en la cartografía hasta 1989 con topónimos de Anansaya y Urinsaya. Aunque el Anansaya se encuentra en el Norte y el Urinsaya en el Sur al finalizar el siglo XX, de alguna manera significa que la noción de división del territorio no estuvo ausente en la memoria del geógrafo y el planificador urbano, es decir que hay memorias que pueden desaparecer y volver en periodos de larga duración.

Desde las ciencias sociales y la historia, Galo Ramón y Rosemarie Terán encontraron la mención de familias con la pertenencia a uno u otro sector, o en el nombramiento de autoridades diferentes para cada uno en los siglos XVI y XVII. Rosemarie Terán habla de un “balance de fuerzas entre los poderes coloniales y las élites indígenas” lo que sugiere una negociación permanente y en varios ámbitos entre indígenas y españoles a lo largo del periodo colonial (Terán, 1992, pág. 68).

El eje de división debió tener la dirección Este-Oeste y habría pasado por el sitio de la fundación,

junto al Panecillo, probablemente por la quebrada de Ullaguangayacu denominada también Quebrada del Auqui en 1601 (Estupiñán, 1988, N° 1, diciembre 88, pág. 40). Otra versión es la de Frank Salomon quien propone a partir de un análisis de apellidos de caciques y la localización de sus residencias lo siguiente:

Evidentemente las mitades estaban separadas por una línea que corría a través del centro de la ciudad de Quito, probablemente al Norte de la plaza de San Francisco y a través de la cumbre el cerro Ilaló, por lo tanto dividiendo el valle de los Chillos de la planicie de Cumbayá. Como podría esperarse, la casa del inca reinante caía en el anan (Salomon, Frank, 2011, pág. 313).

Además de la división de Hanan y Hurin, la organización de la ciudad mantuvo los asentamientos indígenas en los ingresos de antiguos caminos, éstos pasaron a ser las primeras parroquias urbanas del siglo XVI: San Roque y San Sebastián en el Sur y San Blas por el Norte (Gráfico 40).

Para los españoles, la conquista de América significó ampliar las fronteras de España, extender su cultura, ver su esfuerzo retribuido con riquezas, poder y ascenso social. La práctica de fundar ciudades “formaba parte de su pensamiento, entre mágico y religioso, que lo impelía a consagrar el territorio que conquistaba y poblaba, única forma de que deviniera real” (Salcedo Salcedo, 1996, pág. 49). El ritual público de la toma de posesión del territorio, en nombre de Dios y el Rey, el nombramiento de un patrono protector de la fundación, el implantar la señal de la justicia, el rollo, designar el solar de la iglesia, dar nuevo nombre al lugar fundado y a los hitos más importantes como quebradas, montañas, ríos, hace del lugar de la fundación un espacio sagrado, que adquiere la categoría de lugar, y en el caso de Quito por partida doble: el lugar prehispánico y el lugar colonial:

La ceremonia fundacional tiene en sí una raíz antiquísima y por su carácter de índole espiritual entronca con el tema de la creación del espacio sagrado, la hierofanía, con raíces de oriente y Roma, asumido por el cristianismo e inspirador de los solemnes ceremoniales de este tipo en Europa de la Edad Media. En los de América, tal modalidad se hace patente de manera especial en dos ideas: la

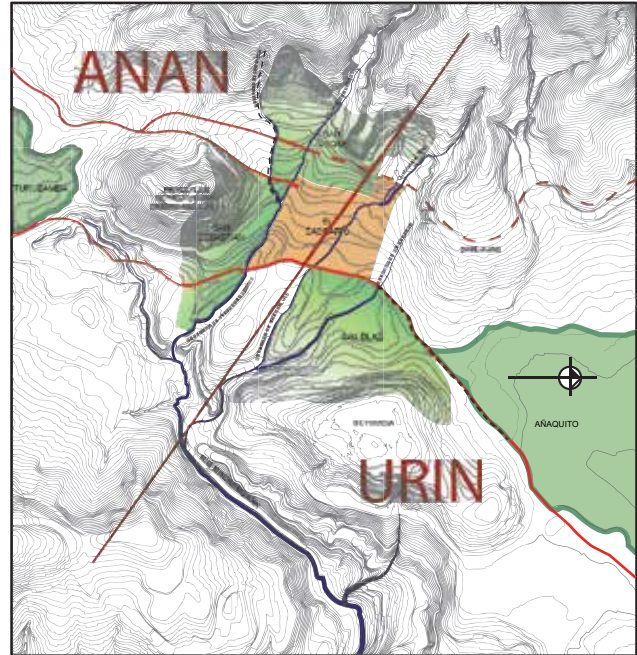


Gráfico 40. Plano de Quito siglo XVI. División del sector Anan y Urin en Quito
Fuente: Base cartográfica plano de Quito 1989. IGM.

implantación de la fe cristiana en un mundo pagano y la designación del espacio sagrado por excelencia, la nueva ciudad cristiana y, dentro de ella, el solar de la iglesia, la casa de Dios (Salcedo Salcedo, 1996, pág. 57).

Una vez fundada la ciudad de Quito se trazaron las calles y se determinaron los espacios de las plazas principales. El croquis de 1573 adjunto a la Relación Anónima de Quito no tiene escala ni nomenclatura de calles, tiene datos de interés para entender el sentido del espacio fundado: orientación del plano hacia el Norte, se bocetan las montañas y las vertientes de agua más importantes, calles trazadas a 90° siguiendo la dirección de los puntos cardinales, según una nota todas las calles miden 33 pies⁷⁸, aproximadamente 9,75 metros, aunque el texto que acompaña el dibujo señala 40 pies. En la cartografía actual de Quito las huellas coloniales quedan en esquinas y arcos que no han sido removidos por la solidez de la construcción, la importancia de la edificación, y es en donde se puede esclarecer los anchos de las calles coloniales cuyo ancho promedio es 9 metros.

⁷⁸ El pie castellano medía 29,57 cm. Hasta mediados del siglo XVI no se dictaron normas que unifiquen medidas y pesos, cada región de España tenía las suyas. Felipe II en 1565 emitió ordenanzas de unificación de medidas, por lo tanto las dimensiones que pueden resultar de la conversión son aproximadas.

El texto destaca que Quito está cerca de la línea equinoccial “y dicen que el día de Bernabé al mediodía no hace el hombre sombra”, los indios cuentan los meses por lunas, cada ciclo lunar se denomina un mes. “Los términos (límites) estaban repartidos por cerros, o por ríos o quebradas, de manera que entre ellos es señal conocida y clara”, descripción que aporta a la hipótesis de un espacio simbólico en el que confluyeron los intereses materiales y de cosmovisión americana y europea (Ponce Leiva, 1992, pág. 201).

Con referencia a las plazas, la Relación Anónima de Quito de 1573 describe: “tres plazas, que en la dicha ciudad hay son cuadradas, la una delante de la iglesia mayor donde está el comercio y trato del pueblo, y la otra delante del monasterio de San Francisco y la otra delante del monasterio de Santo Domingo”. La longitud de cada manzana fue de 300 pies. Hubo 3 parroquias, la de la Catedral, San Sebastián y San Blas (Ponce Leiva, 1992, págs. 187-221).

Las calles del croquis esbozan una ciudad de 25 manzanas, sin murallas, termina en las faldas del Pichincha en el lado Oeste. Hacia el Norte y el Sur no dibuja los cerros que la delimitan. La calle principal pasaba de Sur a Norte por la plaza mayor y se llamó de Machángara, al término de la ciudad la calle continúa por dos caminos hacia el Sur y uno al Norte que se dirigen a destinos lejanos, dos en dirección Norte, el primero al lugar por donde pasa la línea, Guayllabamba y Pasto, y el segundo al camino de Pasto y pueblos de indios. El camino del Sur tenía como destino el Cuzco. El croquis añade un grupo de predios alineados hacia el Este de la plaza mayor con una leyenda “casas partidas”. Las plazas identificadas en el plano forman un triángulo.

Al poner en diálogo la Relación Anónima con el análisis de Jaime Salcedo sobre las trazas urbanas de América colonial, en particular con la “traza quiteña” Salcedo argumenta que ésta fue un modelo aplicado en Cali, Buga, Pasto, Popayán. Algunas de estas ciudades tienen en común a su fundador, Sebastián de Benalcázar, quien a más de Cali y Popayán en Colombia, fundó Quito y Portoviejo en el actual Ecuador⁷⁹. La fundación de Quito, tiene como característica un conjunto de manzanas de

trazado más o menos regular compuesto por 25 manzanas, que forman un cuadrado. Salcedo resalta en este cuadrado la relación del número doce y la memoria de un ordenamiento cósmico presente en la iconografía de la iglesia de la Compañía de Jesús de Quito y en la fundación de Santa Fe con doce solares alrededor de la plaza mayor y de Popayán en el reparto de doce solares de la plaza; el número doce lo relaciona con el simbolismo de la ciudad de Jerusalén y las visiones de una tierra nueva (Salcedo Salcedo, 1996, pág. 59):

Esta puede ser la clave de la persistencia del trazado en damero y de la regularidad creciente de la manzana cuadrada en las ciudades americanas... la manzana cuadrada tiene un sentido religioso idéntico, en su fuente, al de la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, transformada luego en la Inmaculada de Quito que no es sino la mujer apocalíptica vestida de sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de 12 estrellas, a la que le fueron dadas dos alas para escapar del dragón; la mujer de la que el ángel dice que ‘es la grande ciudad que tiene reino sobre los reyes de la tierra’ (Ap.17,18). La ciudad indiana sería una ciudad ideal cristiana, la Nueva Jerusalén de la visión de San Juan, que ciertamente nada tenía que ver con la ciudad renacentista (Salcedo Salcedo, 1996, pág. 60).

De este modo, este universo que constituye la nueva ciudad se convierte en un cosmos cristiano ordenado a partir de la plaza, un *axis mundi*. La pregunta que propone el establecimiento del orden urbano colonial es en qué medida permanecen las evidencias en el territorio de esa huella ancestral que podría apoyar la idea de un espacio negociado para la fundación.

Se trató anteriormente que en el espacio fundacional no se encontraron restos de estructuras arquitectónicas relevantes como prueba de un asentamiento similar al Cuzco; se ha mencionado que la configuración del territorio incidió en la idea de construir otro Cuzco en Quito; por otra parte, Minchom señala que el espacio fundacional está sobre la división ancestral de Hanan y Hurin, los asentamientos preexistentes fueron convertidos en las primeras parroquias eclesiásticas manteniendo la bipartición territorial prehispánica; finalmente,

⁷⁹ Sebastián de Benalcázar fue gobernador de la Provincia de Popayán con el grado de mariscal, entre 1540 y 1551.

la Relación Anónima de 1573 menciona en Quito la tradición indígena de delimitar el territorio por cerros, ríos o quebradas, como señales claras entre los aborígenes.

Entonces, si la plaza mayor fue el *axis mundi* de la fundación española, y las quebradas que atraviesan el núcleo fundacional conformaron un eje simbólico de organización del territorio prehispánico conectado con hitos naturales de su cosmovisión, y en particular a la línea equinoccial, parece pertinente considerar a las plazas también como un sistema simbólico ya que al unir sus centros se forma un triángulo⁸⁰. Cada vértice es un punto del que parten las líneas que llegan a hitos naturales fuera del núcleo fundacional: el Volcán Pichincha y el cráter del Guagua Pichincha, la planicie de Turubamba, la loma de Puengasí, y el Ilaló; la quebrada de Rumipamba y la planicie de Ñaquito, todos de significación cultural y natural. Las medianas en cambio se alinean con hitos naturales cercanos: con hitos cercanos el cerro Panecillo al Sur, La loma de San Juan o Huanacauri hacia el Norte y la loma Itchimbía hacia el Este. La prolongación de los lados lleva hasta lomas con significación relevante en su toponimia (*Gráfico 41*).

Las tres plazas forman un triángulo con ángulos cuyas variaciones son menores al 5% entre ángulos y dimensiones de cada uno de sus lados, es decir, un triángulo isósceles⁸¹. Las alineaciones en el territorio no es posible mirarlas desde las plazas sino desde el Panecillo, lo que ratifica su carácter de esta loma como “chacana” en el sentido de una escalera en cuya cima se tiene una vista que domina el territorio, un hito estructurador del territorio (*Gráfico 42*).

Quito no cumple con el modelo de la ciudad ideal cristiana mencionada por Jaime Salcedo para Santa Fe y Popayán: la repartición de los solares alrededor

⁸⁰ El triángulo se estableció a partir del punto que resulta del cruce de las diagonales de cada plaza. Este punto es aproximado pues el perímetro de cada plaza ha cambiado en el tiempo, sin embargo está en un margen de error aceptable del 5%.

⁸¹ Cabe aclarar que las alineaciones de ese entonces fueron visuales y que los instrumentos de medida, precisos para la época, han sido superados, por lo que las variaciones encontradas con las herramientas geográficas de hoy son mínimas, y permiten establecer relaciones espaciales en el territorio con un margen de error menor al 5%.

de la plaza mayor⁸² entre 1534 y 1538 llegó a 10 y no a los 12 solares de significación cristiana. Luego se incrementó a 11 entre 1539 y 1543 por subdivisión de solares.

Los planos de asignación de solares en Quito entre 1534 y 1543 muestran la tendencia de crecimiento hacia el Sur, es decir hacia la plaza de Santo Domingo con la lógica del comercio. Fue allí a donde llegaron los comerciantes y en donde se establecieron mesones o lugares de comida; no se conoce con exactitud desde cuándo “las cajoneras” ocuparon el portal del lado Norte de la plaza pero existen estudios de su presencia en el siglo XIX como evidencia de esta actividad sostenida en el tiempo. Las cajoneras fueron mujeres comerciantes de artículos de costura y uso cotidiano que tuvieron su puesto de venta en un mueble plegable: se abría durante el día para exhibir la mercadería de insumos de uso cotidiano y en la noche se cerraba y dejaba bajo la custodia de una casa o del convento de Santo Domingo⁸³.

Por otra parte, la serie de planos muestra que la parroquia de El Sagrario se consolida; algún propietario tiene más de un solar en la parroquia; los solares asignados a las principales órdenes religiosas están ocupados; las quebradas continúan abiertas y siguen siendo obstáculos para el crecimiento de la ciudad; el cambio de la propiedad es permanente y sin temor a equívoco esto revela la movilidad de los conquistadores en los primeros años de fundación, el que Quito fue un centro de operaciones desde el cual se realizaron actividades de conquista (*Gráfico 43a y 43b*).

⁸² Oficina formada por el Municipio de Quito y la Junta de Andalucía entre los años 2000 y 2007 para la realización de estudios sobre la ciudad de Quito. Uno de los estudios fue “Reflexiones sobre el Ecuador Prehispánico y la Ciudad Inca de Quito” elaborado por Luis Marín De Terán e Inés Del Pino con la colaboración de estudiantes y profesores de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Una de las reflexiones del grupo de estudio que no fue publicada en el libro mencionado fue la discusión sobre la repartición de los solares a los vecinos con la fundación de Quito a partir de las Actas del Cabildo de Quito, producto de lo cual salió un gráfico que concuerda con el del genealogista Fernando Noboa Jurado para los primeros años de fundada la ciudad.

⁸³ Un estudio que explora la memoria de las cajoneras del siglo XIX como un modo de circulación del comercio denominado “formal” e “informal” en Quito lleva por título “Los trajines callejeros. Memoria y vida cotidiana, siglos XIX y XX”. Eduardo Kingman y Blanca Muratorio, publicado por FLACSO-IMP, 2014.

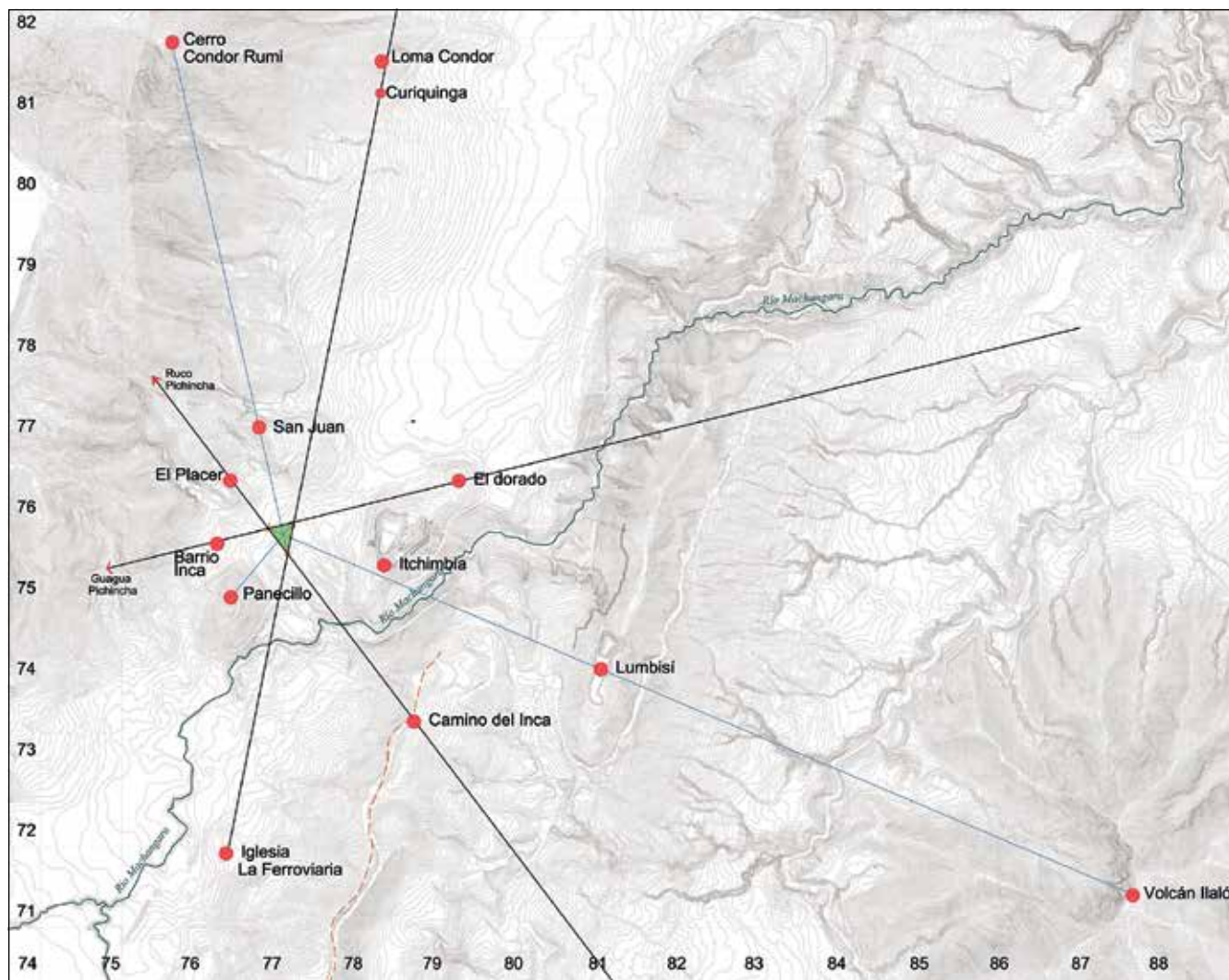


Gráfico 41. Sistema de plazas y relación con el territorio de Quito
 Fuente: Base cartográfica del Plano de Quito 1989. IGM

En esta constelación geométrica se observa un equilibrio de fuerzas, el territorio prehispánico mantiene su condición de paisaje cultural en escala de la meseta de Quito al que se suma la trilogía de plazas coloniales y los hitos de significación cultural compartida pero con otra denominación: la quebrada de Ullaguangayacu tomó el nombre de “Nueva Jerusalén” en el siglo XVII, a raíz del hallazgo en su interior de unos objetos sagrados robados de la iglesia de Santa Clara. No está claro si el cambio del nombre aborígen por el de la ciudad ideal cristiana estuvieron relacionados en ese momento, lo que sí está documentada es la ofensa que significó para la iglesia este hecho y el castigo para los indígenas que lo cometieron. El monte Nahuirá o Yavirac cambió su denominación por Panecillo, el monte Huanacauri por San Juan,

el nombre de Quito por San Francisco de Quito, es decir, cambiaron los topónimos de mayor significación en el entorno inmediato de la ciudad, manteniendo el de las montañas mayores y el volcán. Un espacio que no cambió, y que corresponde al entorno inmediato fue el de la loma de Itchimbia que conserva hasta hoy su nombre antiguo y no se conoce uno anterior.

En este punto se podría deducir que el espacio del nosotros adquiere una significación dual e intercultural ya que forma parte del valor simbólico del espacio de la ciudad colonial, manteniendo las huellas esenciales aborígenes; aunque cambiaron algunos topónimos en la cartografía, la noción de la gente común sobre este espacio es la de un espacio singular.

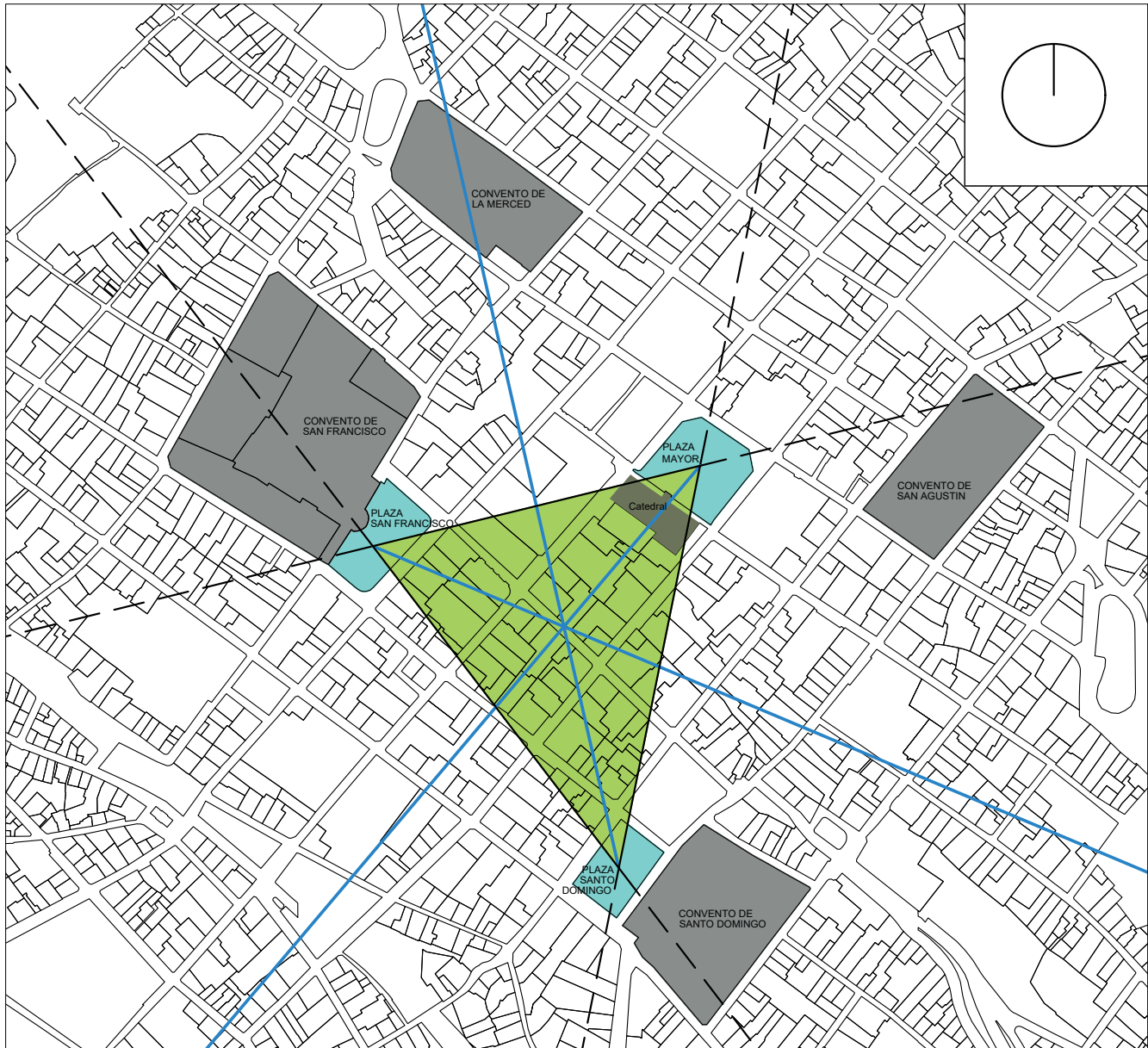


Gráfico 42. Detalle de la relación entre plazas coloniales como sistema y los edificios de las primeras órdenes religiosas
Fuente: Base cartográfica Plano de Quito 1989. IGM.

En el orden urbano colonial la calle hace posible que la ciudad funcione como una red, es un espacio que tiene como prioridad la circulación pero allí también se producen eventos de tipo colectivo como el encuentro, el comercio callejero, la fiesta y la protesta de inconformidad con el orden establecido. Este es un espacio abierto, colectivo, con jerarquía y que acumula historia.

Se carece de planos coloniales; sin embargo, el croquis de 1573 anexo a la Relación Anónima

da algunas pistas sobre el orden urbano de ese entonces. Entre los pocos indicios se puede entender que la calle y la plaza son espacios colectivos; las calles tienen jerarquía, la principal fue la “calle de Machángara” (hoy calle Venezuela) que atraviesa la ciudad en sentido Sur-Norte; hacia el Norte continúa con dirección a Guayllabamba y Pasto, y por donde pasa “la línea” refiriéndose a la línea equinoccial; de este modo, la calle principal no pasa por la plaza mayor sino por la plaza de Santo Domingo, siguiendo una ruta que parecería ser prehispánica; por lo tanto, esta ruta pasa a ser un hito

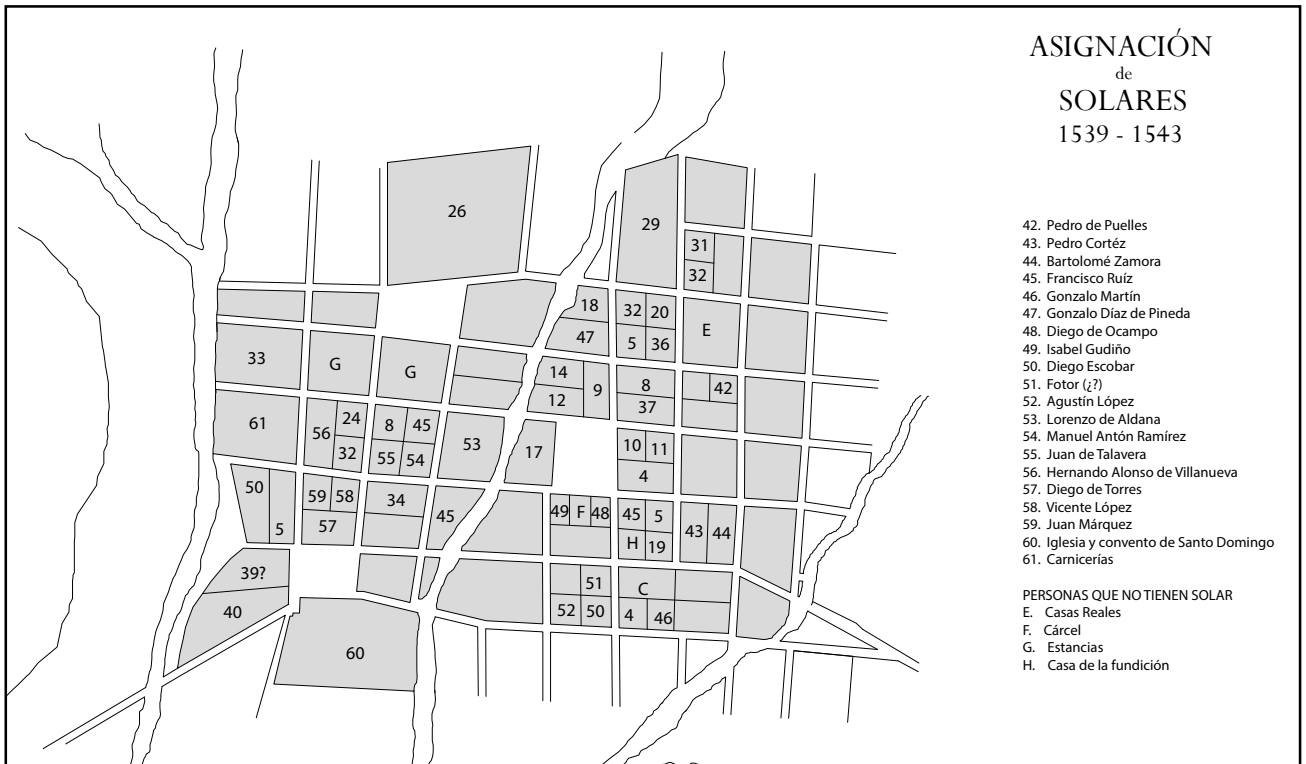
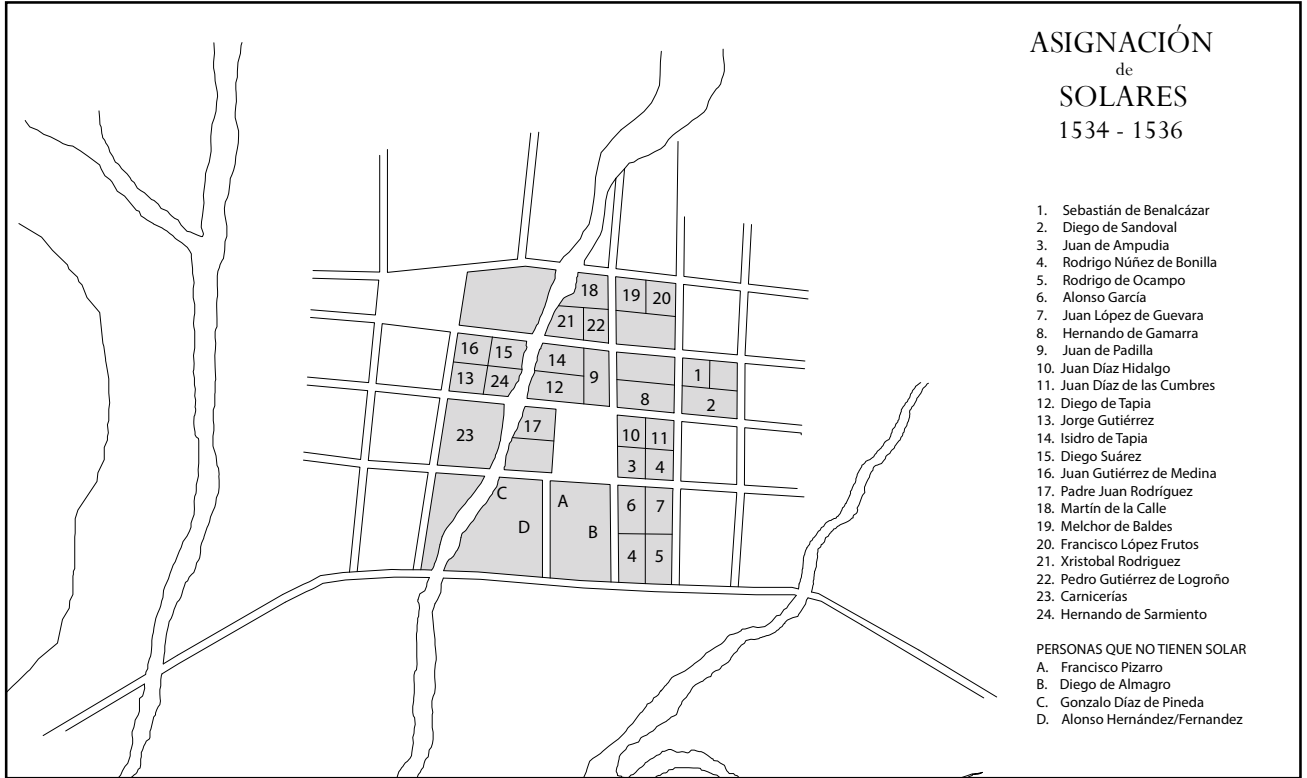


Gráfico 43a. Repartición de solares en la fundación de Quito
Fuente: Actas del cabildo de Quito (1534-1538)

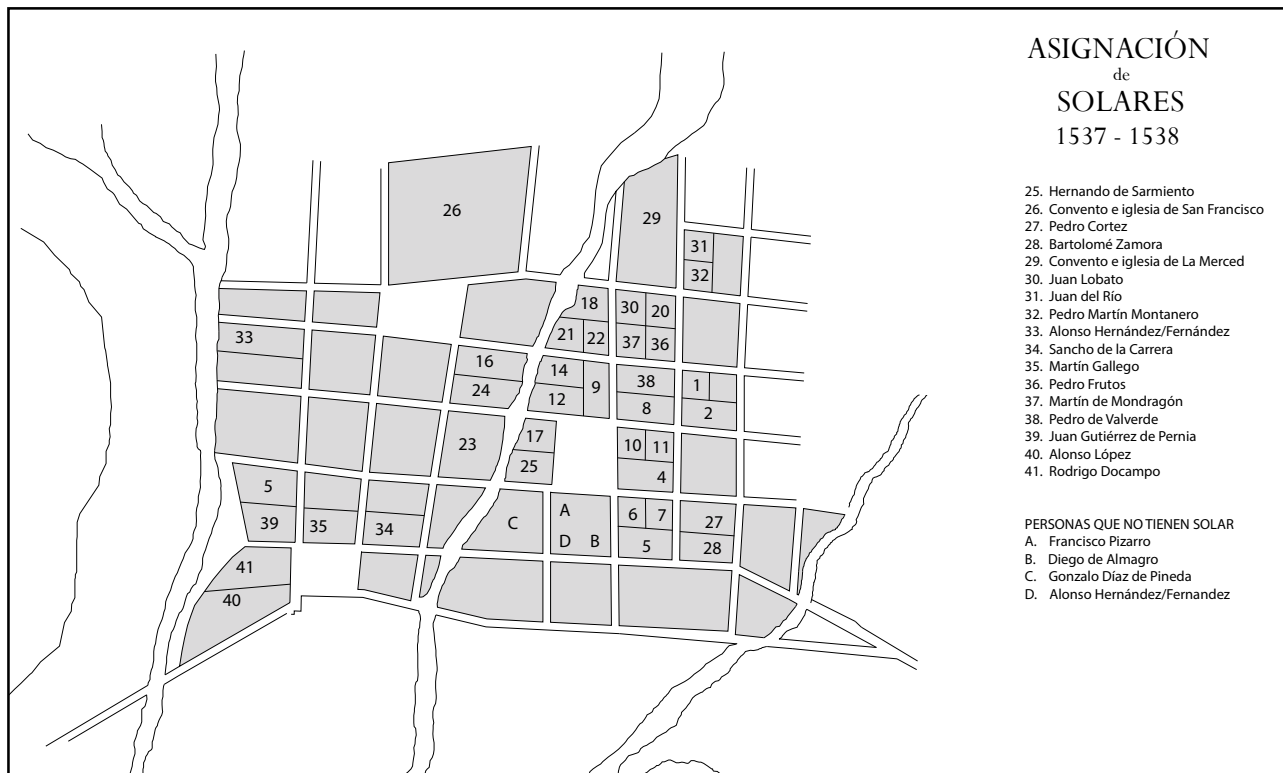


Gráfico 43b.

que acumula historia, es el resultado de adaptación de una colectividad al territorio (Gráfico 44).

La transformación del espacio fundacional es paulatino con acciones puntuales como la presencia del Barón de Carondelet en la presidencia de la Audiencia de Quito; los eventos tectónicos de finales del siglo XVIII y XIX tuvieron una repercusión notoria en la imagen de la ciudad, lo que permite ver de otra manera la ciudad, durante el terremoto y durante la erupción volcánica: la lluvia de ceniza en Quito en 1843; el proceso eruptivo del volcán Cotopaxi entre 1803 y 1906; el terremoto de 1859 cuyos efectos se sintieron entre las provincias de Cotopaxi e Imbabura; el terremoto de Ibarra de 1868 que afectó también a Quito, la erupción del Guagua Pichincha y actividad sísmica sentida en Quito entre 1868 y 1881 (Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional, 2016)⁸⁴.

A estos fenómenos naturales se sumaron las guerras internas del país, y las consecuencias en la salud de la

población. La imagen de la ciudad era de destrucción como lo señala el diplomático español Joaquín De Avendaño hacia 1857 quien residió en Quito por dos años y realizaba paseos diarios por la ciudad y sus alrededores, comenta: “Quito es pobre, muy pobre... de una suciedad nauseabunda”, mientras cruzaba la Plaza Mayor observó “indios de diversas procedencias, casi todos sucios y singularmente ataviados, y muchos cholos y zambos, con sus ponchos de colorines y sombreros de todas formas y tamaños” (De Avendaño, 1985, pág. 133). Esta imagen se percibe hasta la segunda mitad del siglo XX en versiones similares de visitantes hasta la década de 1970⁸⁵.

Por los mismos años del siglo XIX Friedrich Hassaurek, diplomático norteamericano comentó “desde 1863 la municipalidad emprendió un sistema completo de repavimentación y hoy en día las calles principales están construidas al estilo

⁸⁵ Comunicación verbal de Jaime Salcedo de su experiencia en Quito en la década de 1970 en la Plaza de San Francisco. Bogotá, 2013.

⁸⁴ <http://www.igepon.edu.ec/>

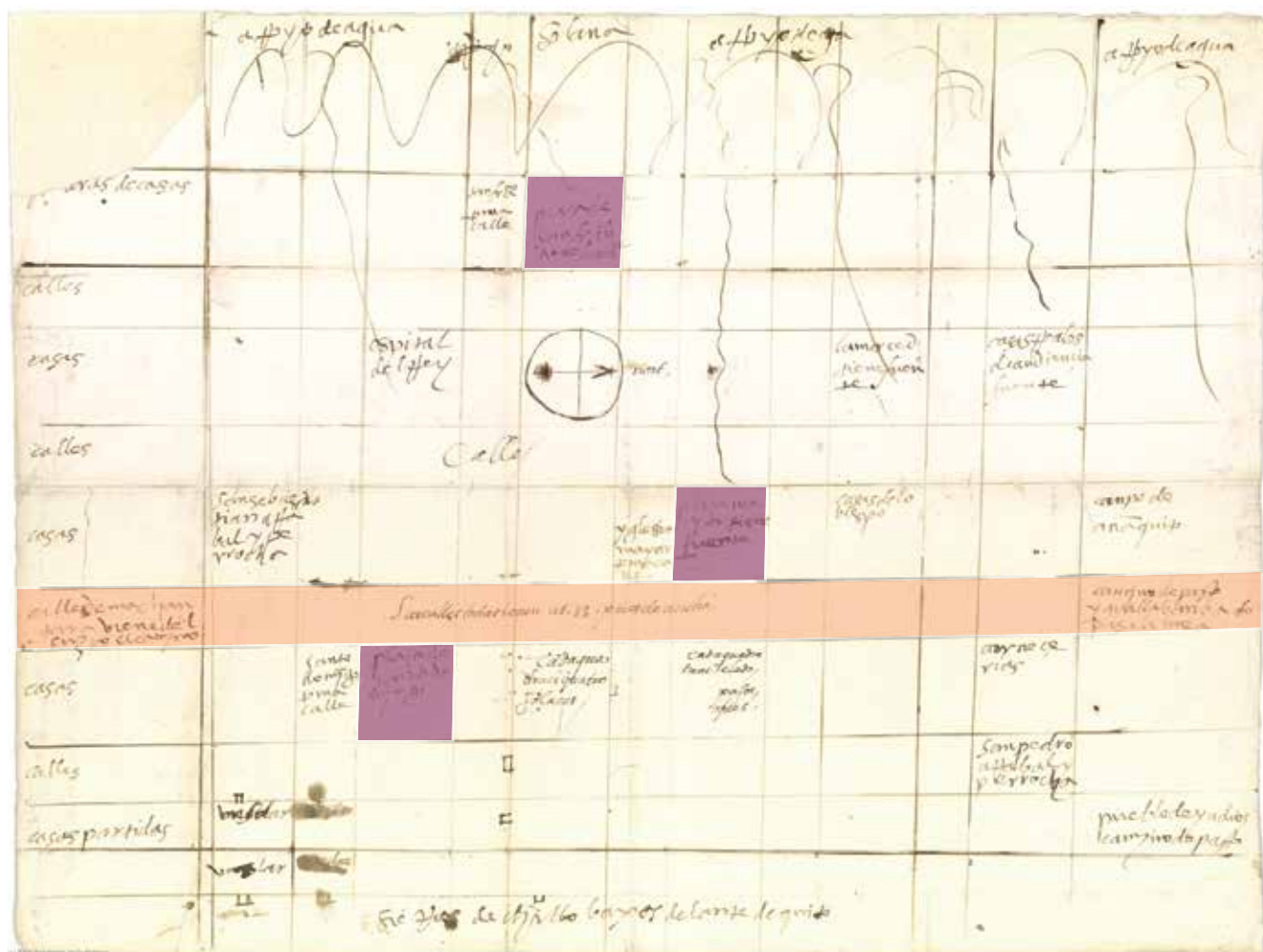


Gráfico 44. Croquis de Quito anexo a la Relación Anónima de 1573

Fuente: Base gráfica: Relación Anónima de Quito 1573 en "Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito. Siglo XVI-XIX". Pilar Ponce Leiva. Editora.

moderno", coincide con De Avendaño en cuanto a la presencia de indios en las calles "la mayoría son indios y cholos, y solo después de haber visto veinte personas con poncho, descalzas y con alpargatas, uno se encuentra al fin con una persona vestida respetablemente" (Hassaurek, 1993, pág. 133).

La ciudad carecía de hoteles "No hay ni una taberna o posada en Quito en la que una persona respetable pueda alojarse. La única posada que existía cuando llegué no era digna de ser habitada" (Hassaurek, 1993, pág. 137). Algo similar comenta Joaquín De Avendaño a su llegada a Quito en 1857 (De Avendaño, 1985, pág. 116). Joseph Kolberg de origen Prusiano (1832-1893), quien fue profesor jesuita de la Escuela Politécnica Nacional y llegó

al Ecuador en 1871 escribió de Quito: "nos pareció casi una ciudad triste" debido a la altura, que junto al cansancio del viaje desde Europa, afectó a toda la comitiva. Luego se retractó en su apreciación; sin embargo su observación de la ciudad acierta en la condición de los inmuebles afectados por los terremotos: "yo creo que en Quito no hay más que dos o tres casas en que las puertas y ventanas cierren perfectamente" (Kolberg, 1996, pág. 477).

En este sentido queda claro que la plaza era el espacio popular, de los indios de poncho de colorines por donde en algún momento podía pasar un hombre o una mujer vestidos de manera diferente, las reuniones sociales se llevaban a cabo en las casas bajo estrictas normas de comportamiento para

hombres y mujeres, otro comentario compartido por ambos diplomáticos es la presencia de pulgas en las casas y posadas.

Un problema que observó Hassaurek fue la falta de baños y letrinas en las viviendas, y señala que este inconveniente ha hecho de Quito “una de las capitales más sucias de la cristiandad”, por esta razón las calles pequeñas son sucias e intransitables, sin embargo, nunca oyó hablar de enfermedades pulmonares, tisis o disenterías, lo que le permitió afirmar que es “uno de los lugares más sanos del mundo” (Hassaurek, 1993, pág. 139).

En correlación con el relato, los planos de finales del siglo XIX, entre 1810 y 1866 se copió la base topográfica del plano de Jorge Juan y Antonio de Ulloa de 1748 con la nomenclatura de los edificios coloniales la que añaden los nombres de las calles o lugares reconocidos por los quiteños⁸⁶, éstos son: el Plano de Quito, anónimo, de 1810⁸⁷ cuyo original se encuentra en el Museo Municipal de Quito; plano de 1840⁸⁸, también anónimo⁸⁹; plano de Quito de Manuel Villavicencio de 1858⁹⁰ editado en Nueva York, y el de Miguel María Lisboa de 1866, editado en Bruselas. Todos tienen como unidad de medida la toesa, que equivale a 1,946 metros (*Gráfico 45a, 45b y 45c*).

La nomenclatura de los planos de 1840, 1858 y 1866 sugiere que ésta no cambió en 18 años y corresponde al siglo XIX. Sin embargo, la localización de las pulperías de 1797 tuvo la misma dirección. Esto permitiría asegurar que la nomenclatura urbana que aparece en los planos del siglo XIX estuvo vigente al menos un siglo antes.

En los planos citados se observa que las calles no mantienen el mismo nombre a lo largo de su

⁸⁶ Los planos coloniales conocidos no tienen nomenclatura de calles.

⁸⁷ El plano está atribuido a Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre quien participó activamente en el proceso de independencia de España.

⁸⁸ Publicado en el libro “Damero” editado por FONSAL, 2007.

⁸⁹ El plano de 1840 fue editado en París según Alfonso Ortiz quien lo publica en el libro “Damero”. El autor del libro menciona que este plano fue uno de los que Guillermo Jones Odriozola consultó para el Plan Regulador de Quito. La placa fotográfica de vidrio (rota) está en el Museo Municipal.

⁹⁰ Impreso en Estados Unidos por Ferd. Mayer & Co. Lithographers, 96 Fulton St. NY.

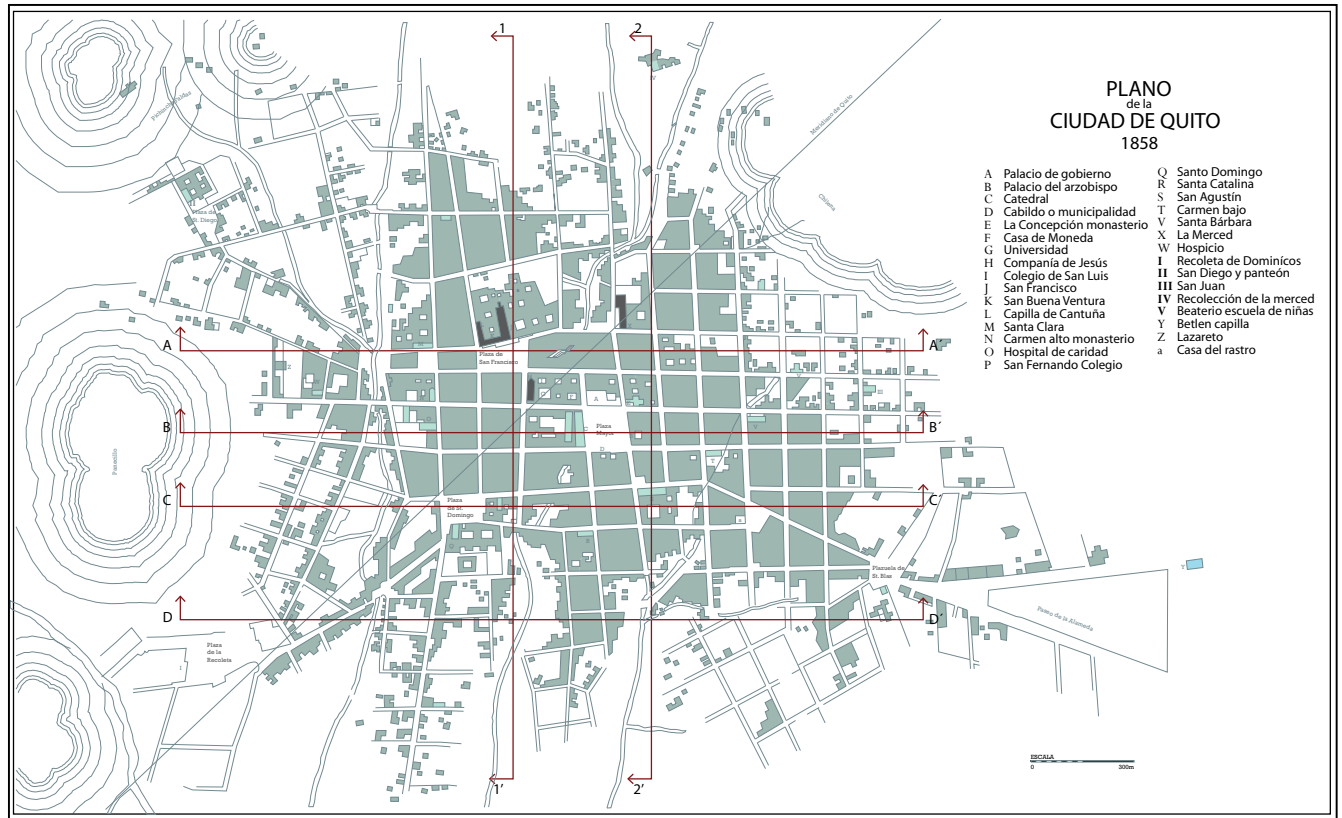
recorrido sino que puede cambiar en una misma cuadra, se observa que la calle toma el nombre de la iglesia en el tramo de su fachada o en la cuadra anterior, y luego toma otra denominación. Una calle puede tener entre cuatro y ocho nombres en su recorrido. Analizando la calle García Moreno que pasa por la Plaza Mayor, de Sur a Norte: calle de la Cruz de Piedra entre el Panecillo y la quebrada de Jerusalén. Calle del Camposanto en la cuadra que pasa por el Hospital San Juan de Dios, hoy Museo de la Ciudad. Calle del Carmen Alto en la cuadra que corresponde al convento e iglesia de este monasterio.

La siguiente cuadra corresponde a la “calle de la Compañía” y la siguiente “calle de la universidad”. Cuando la calle llega a la plaza mayor no tiene nombre. Continúa en la siguiente cuadra para tomar el nombre de “calle de la Concepción”. La siguiente cuadra “calle de Santa Bárbara” que corresponde al tramo que termina en la iglesia. Toma el nombre de Calle de San Juan desde la intersección actual con la calle Manabí, hacia la loma de San Juan en donde termina la ciudad. El tipo de edificios nombrados en el tramo de la calle da cuenta de la actividad o funciones que aparecen en ella. La calle principal de Quito tuvo en su recorrido cuatro edificios públicos relevantes para la ciudad, cuatro iglesias, y la plaza mayor.

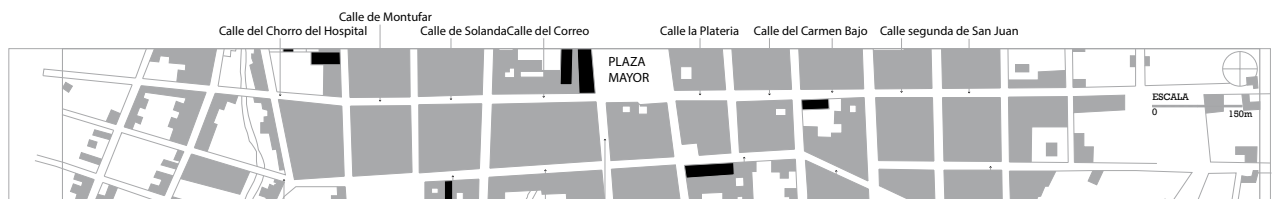
Otros tramos de calles hacen alusión a las actividades cotidianas son: la calle del mesón tiene relación con los sitios de comida y alojamiento de la entrada Sur de Quito, hoy calle Maldonado. Calle de la Sabana Santa al tramo de la calle Guayaquil, entre Olmedo y Manabí, tramo por el que pasaban las procesiones de la Virgen de Guápulo y por la que probablemente circulaba la procesión de Viernes Santo.

Cabe imaginar en el contexto de las calles y plazas de los planos citados el ambiente que recrea Friedrich Hassaurek en 1866:

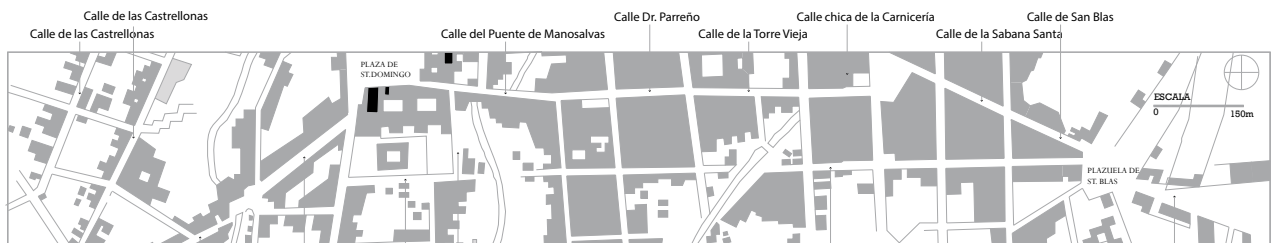
las damas salen descubiertas la cabeza si están peinadas; pero generalmente llevan un pañolón que les cubre la cabeza y parte del rostro y de los hombros... ocultan sus rostros, dejando solo al descubierto un ojo... son amigas de los colores chillones y de un atuendo ostentoso y elegante... Las que pintan sus rostros tienen la desafortunada costumbre de exagerar... sin embargo, no podemos poner en tela de duda



Corte B - B' Calle de la Cruz de Piedra Calle del Campo Santo Calle de la Compañía Calle de la Concepción Calle de San Juan
 Calle del Carmen Alto Calle de la Universidad Calle de Sta. Bárbara



Corte C - C' Calle de Churetas Calle de San Fernando Calle del Comercio Calle de la Plazuela de San Agustín Calle de Yepes
 Calle de las 4 esquinas Calle de la Carnicería



Corte D - D' Calle de San Sebastián Calle del Mesón Calle de Santo Domingo Calle de la loma chica Calle de Los Carniceros Calle de la Alameda

Gráfico 45a y 45b. Nomenclatura urbana entre 1810-1858
 Fuente: Plano de Quito 1858

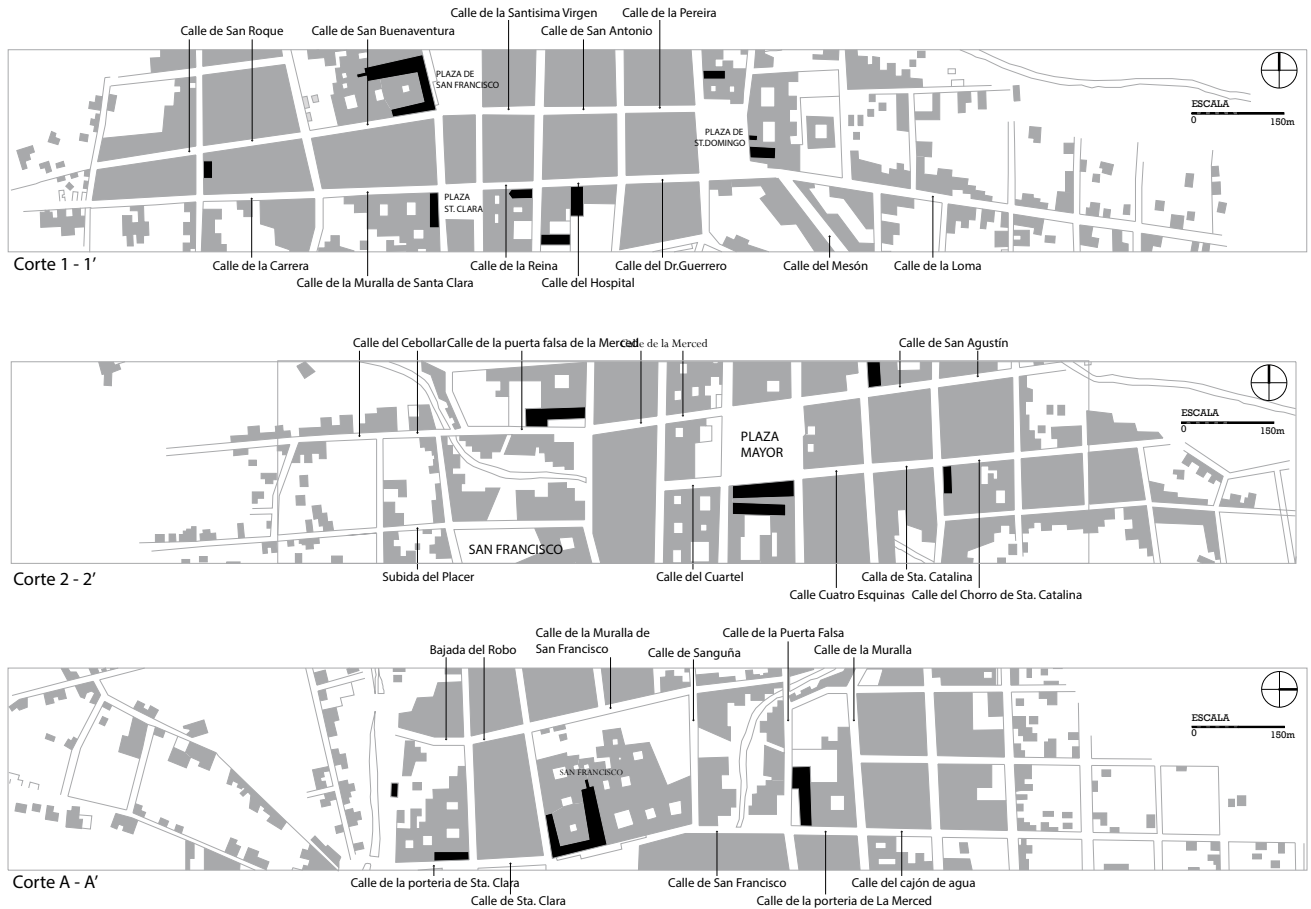


Gráfico 45c.

su calidad moral... sus corazones son como el clima de donde viven, ni muy frío ni muy caliente -y añade- la iglesia es su diversión diaria (Hassaurek, 1993, pág. 194).

Por los mismos años De Avendaño comenta “Como en todo pueblo católico, caballeros y señoras frecuentan desde el amanecer las iglesias... Tras cada señora va una cholita para llevar la alfombra. Son algunas de riquísima tapicería y les sirve para arrodillarse y sentarse en la iglesia” (De Avendaño, 1985, pág. 143).

Ambos extranjeros notan la poca vida social en esos años en el espacio público debido a las guerras y el terremoto. Hassaurek señala “uno de los principales rasgos de la vida social de Quito son las poco placenteras y continuas invitaciones a honras fúnebres”... “Las fiestas públicas casi no existen, excepto en ciertas fechas del año. No hay teatros, conciertos, conferencias ni reuniones sociales, otras diversiones que son propias de este país y que son

desconocidas entre nosotros” (Hassaurek, 1993, pág. 201).

Las fiestas desconocidas para Hassaurek fueron las corridas de toros y las peleas de gallos, consideradas por el autor como bárbaras; las celebraciones de la independencia: 1809 y 1822 que convocaron a la población en la plaza mayor; los bailes de máscaras de navidad y Año Nuevo, periodo denominado “de los inocentes” y el carnaval que ocuparon las calles.

La nomenclatura urbana vigente entre 1810 y 1875 permitió localizar los predios de algunas de las pulperías rentadas por el cabildo en las actas del Cabildo de 1797. La dirección de los locales comerciales se identifica de tres maneras, por el nombre de las calles y la referencia a un edificio conocido por los residentes, el cabildo y las casas del obispo que rentaba locales. Las pulperías existentes en las esquinas, y las que casos funcionaban en una parte de las casas privadas con puerta a la calle,

esto añade una lectura doble sobre el sentido de vecindad, lo público y lo privado, y la escala de una ciudad en la que todos se conocían.

Los pulperos estaban en la última categoría del comercio⁹¹, aunque algunos eran también tratantes en el siglo XVII, su radio de acción era el Quito de las cinco leguas para vender “bienes de mantenimiento”, es decir de uso frecuente y al por menor (Soasti, 1992). Este tipo de comercio fue de tipo urbano, tenía un local hacia la calle que formaba parte de un edificio, “fueron tiendas destinadas a vender géneros de abasto como vinos, aguardientes y otros licores; también géneros pertenecientes a droguerías, buhonería⁹², mercería” (Soasti, 1992, pág. 101), excepto telas o tejidos como lienzos y paños (*Gráfico 46*).

Soasti realiza un levantamiento de las pulperías de Quito durante el siglo XVII para concluir que en 1639 hubo 44 pulperías, en 1649 funcionaron 43, en este periodo las pulperías fueron por lo regular administradas por tratantes, en 1694 subió a 68 pulperías en Quito, su distribución espacial abarcó toda la ciudad, y formó parte de la heterogeneidad de las funciones urbanas del Quito colonial (Soasti, 1992, pág. 105).

En 1797 se observa un cambio registrado en las actas del cabildo de Quito, la repartición de pulperías mantiene el número de 68 y están administradas por pocas manos, fueron repartidas en dos grupos: el primero corresponde a funcionarios: presidente, alguacil mayor, oidores, un regidor y un alférez real, y el segundo grupo a personas naturales sin cargos públicos. La localización en el plano es aproximado; sin embargo, se puede inferir que el comercio se encuentra en tres calles y alrededor de la plaza de San Francisco: la primera calle fue la del Comercio que ocupa dos cuadras (actual calle Guayaquil,

91 En la jerarquía del comercio colonial la pulpería ocupa el cuarto lugar después de los “comerciantes” que se encargaban del comercio entre Europa y América, los “mercaderes” que distribuían mercancías importadas al por mayor procedentes de las ferias de Cartagena, Portovelo o Lima, eran por lo general criollos o españoles. La tercera categoría fue de los “tratantes” conformados por españoles y criollos que vendían productos importados y productos agrícolas al por menor en ciudades bajo el sistema de crédito tanto para la compra como para la venta en circuitos dentro de la Audiencia de Quito. En Quito la plaza de Santo Domingo se denominó durante el siglo XVII la “plaza de los tratantes” por la concentración de negocios de esta categoría (Soasti, 1992).

92 Vendedor ambulante de baratijas u objetos de poco valor: <http://dle.rae.es/?id=51EWF4f>

entre Sucre y Bolívar), la segunda calle importante es la de las Platerías (hoy Venezuela, entre Chile y Mejía), la tercera calle fue la “Bajada de Santa Bárbara” (calle Manabí). Las pulperías más alejadas del centro estuvieron en San Blas en el Norte y las inmediaciones del puente de los Gallinazos en el Sur, un primer indicio de crecimiento fuera del centro y al mismo tiempo de expansión urbana que no se verá sino al finalizar el siglo XIX en el plano de Gualberto Pérez de 1888.

Al parecer la venta en los portales ha sido parte de la cotidianidad de Quito, en las plazas de Santo Domingo y plaza Mayor. El funcionamiento de este tipo de comercio se extendió durante la colonia y no debió ser muy diferente el ambiente que experimentó Joaquín De Avendaño en uno de sus recorridos por Quito hacia 1860:

Casi toda esta gente (cholos y zambos) compraba varias chucherías en las tiendas ambulantes⁹³ que ocupan todo el espacio de los soportales de la plaza. cholos y zambos son también por lo común, las dueñas de estas tiendas. Solas dos o tres eran blancas ocupadas en hacer encajes. En una de las calles que desembocaba en la plaza había una frutera de raza india y en la calle opuesta otra india que hilaba algodón. Estas dos gastaban camisas muy bordadas y no tenían el aspecto tan sucio y repugnante como las otras de su raza... La misma guardia, que en el palacio presidencial había, era de zambos: lucía entre ellos charreteras de capitán negro Goyo (De Avendaño, 1985, pág. 133).

Una característica que llamó la atención a todos los viajeros y extranjeros que por razones de trabajo o estancia temporal permanecieron en Quito fue la suciedad expresada en los siguientes términos: para Hassaurek Quito es “una de las capitales más sucias de toda la cristiandad” (Hassaurek, 1993, pág. 140), para De Avendaño “Quito es de una suciedad nauseabunda” (De Avendaño, 1985, pág. 125), para Caldas “Las calles medianamente empedradas, son algo estrechas y eminentemente desaseadas” (Biblioteca de Historia Nacional. Vol IX, 1912,

93 Las tiendas ambulantes de los portales son muebles que se despliegan para exhibir los productos en venta y se convierten en baúles o grandes cajas al cerrarse. Son transportables pues tienen ruedas que permiten ser movidas hasta el zaguán de casas vecinas al portal en la noche. Las dueñas son por lo general mujeres y son llamadas “cajoneras”. La última cajonera fue vista al final del siglo XX en la plaza de Santo Domingo.

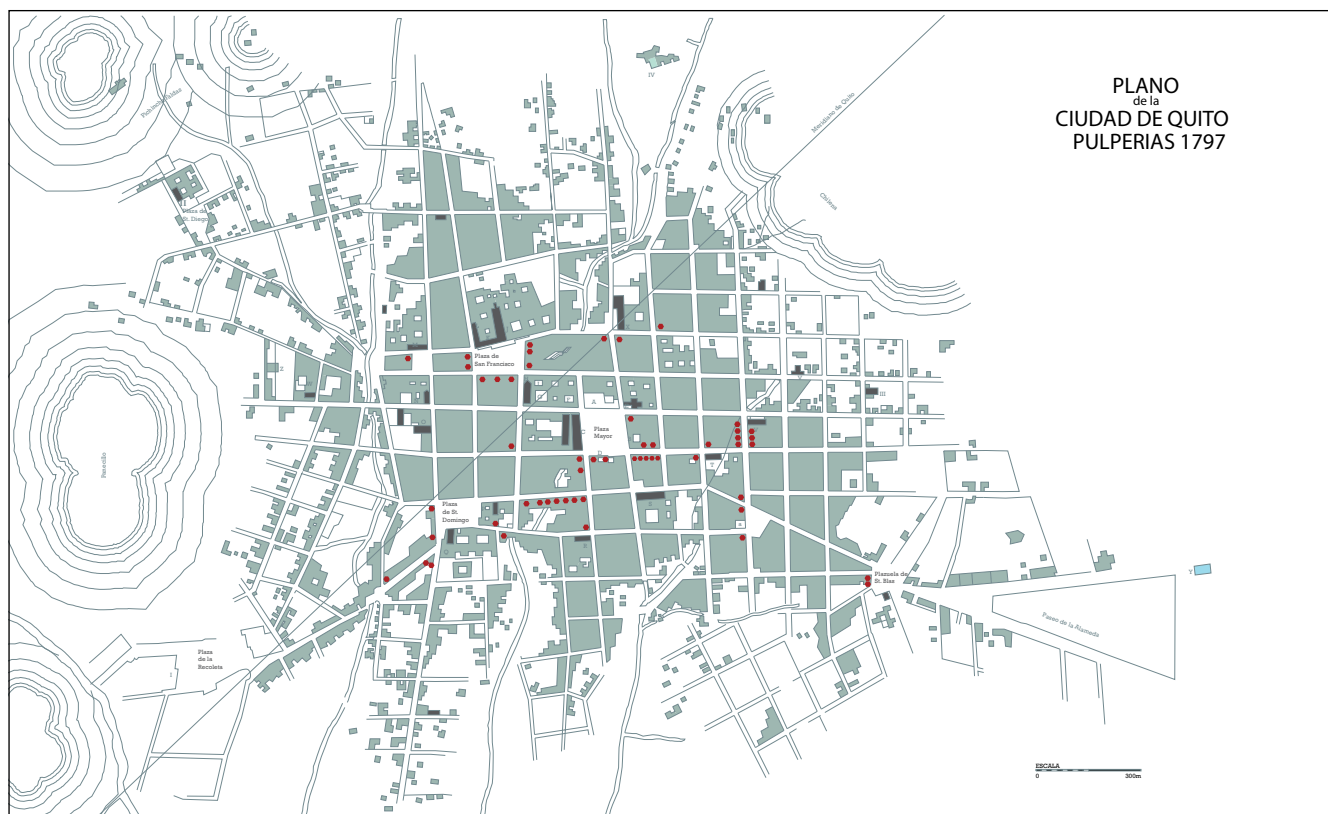


Gráfico 46. Plano de las pulperías en Quito 1797
Fuente: Plano de Quito 1858

pág. 231). Como se observa, la coincidencia es común en los testimonios pero ¿cuál fue la noción de desaseo? Probablemente el olor que emanaban los zanjones abiertos en la mitad de las calles que van de Oeste a Este, la carencia de baños públicos obligaba a transeúntes urbanos y gente del campo hacer sus necesidades corporales en la calle, el zanjón o rincones que quedaban entre los edificios. Los baños públicos se implantan en la ciudad desde 1909 con la canalización de las calles.

El tema de la higiene fue un argumento recurrente y aplicado de manera sistemática en toda la ciudad mediante una política pública visible en el ordenamiento de las actividades relacionadas con la higiene: lavanderías y baños públicos realizados sobre todo en la década de 1920.

Volviendo a la cartografía que revela los cambios en el espacio público cabe señalar que un nuevo levantamiento cartográfico a cargo de Juan Bautista Menten (1838 Alemania – 1900 Popayán) y editado en 1875 contiene varios cambios y da cuenta de una primera transformación desde la colonia, visible

en el espacio público: cambió la nomenclatura de las calles, se evidencia la construcción de obras de arquitectura pública auspiciada por Gabriel García Moreno (1821-1875) desde 1870: La Alameda, el panóptico, los puentes en los extremos de la ciudad y el relleno de calles están presentes.

El plano de Menten se produjo luego del terremoto de 1868 que destruyó a Quito aunque el epicentro fue a 70 kilómetros al Norte. El plano no dibuja espacios destruidos o vacíos como producto del derrumbe de estructuras; sin embargo, hay dos transformaciones que se opera en el espacio público: el primero, el cambio en la nomenclatura urbana con relación a los planos publicados entre 1840 y 1866, el segundo la presencia de quebradas y puentes para acceder a sitios alejados como el panóptico, la recoleta del Tejar y el Panecillo, lo que da cuenta de una pequeña expansión del área urbana.

En cuanto a la imagen urbana de Quito el plano muestra edificios públicos de gran envergadura y plantas radiales en el Panóptico y el observatorio astronómico. Los parques de La Alameda, la plaza

Mayor y Santo Domingo aparecen como parques. La Alameda se diseña como un espacio que no sigue el modelo de la plaza cuadrangular sino que permanece con la forma que le otorga la topografía. No se observa el ensanche de las calles en el centro pero sí en la periferia. Las que rodean al parque de La Alameda y el camino que sale hacia el Sur tienen otra proporción.

Los argumentos para la transformación de las plazas tienen las razones de orden moral, higiene y cambio de las costumbres coloniales. La higiene y el ornato fueron ideas de la Ilustración que dejaron su huella en Quito y son los motores del cambio de época. Uno de los primeros políticos que se empeñaron en este cambio fue el Barón de Carondelet quien entre 1800 y 1804:

Trató de inculcar todo género de buenas costumbres y de desarraigar las que iban en menoscabo de la moral o de la cultura: en 1802 dictó el reglamento para las fiestas de carnaval y disfraces señalando las normas que debían observarse en todas las diversiones y espectáculos públicos. Como no lograra conseguir todo lo que se había propuesto en esta materia, el 10 de febrero de 1804 dictó por bando la prohibición de jugar carnaval en la forma acostumbrada (Larrea, Carlos Manuel, y otros, 2007, pág. 64).

En ese entonces estuvieron prohibidos los disfraces eclesiásticos y máscaras usadas en carnaval, para lo cual se aplicó severas multas. Otras prohibiciones fueron a los juegos de azar con la vigilancia permanente a los locales en donde se acostumbraba realizarlos y medidas para reprimir el alcoholismo en particular a los artesanos quienes abandonaban sus trabajos. Hubo una disposición en 1803 para mantener la plaza mayor desocupada, para lo cual se instaló un grupo de la guardia de artillería con orden de disparar en contra de quien intente entrar en ella (Larrea, Carlos Manuel, y otros, 2007, págs. 150, 151)

Por su parte Gabriel García Moreno, en sus dos periodos presidenciales (1861-1865; 1869-1875), ya en la República, también impuso normas de uso del espacio público, la mayor decepción de la población fue ver que en la plaza Mayor se colocaba césped y árboles para poner fin a las corridas de toros, razón por la que la fiesta fue trasladada a la plaza

de San Francisco. Friederich Hassaurek, entre 1861 y 1865 llegó a ver una fiesta de toros antes de la remodelación de la plaza, al respecto comenta que se cerraban las calles vecinas durante tres días que duraba la fiesta. La gente se ubicaba en el pretil de la Catedral, en las ventanas y balcones de los edificios públicos y privados que rodeaban a la plaza (Hassaurek, 1993, pág. 203) (*Gráfico 47*).

Relacionada con las acciones para transformar la plaza, en febrero de 1865 el Ministerio de Hacienda menciona que se trajeron: “doce trosas de sauce para relevar los árboles de la plaza (Mayor) que se encontraban en mal estado i debiendo abonarse doce reales a los peones que las han conducido”⁹⁴, no se señala de dónde las trasladaron pero el contexto de la información sugiere que provenían de algún vivero cercano en donde se aclimataban o reproducían las plantas para el espacio público.

En junio del mismo año:

Se procedió a celebrar la contrata con súbdito francés Francisco Py, para que se ocupe del aseo de los parques de la plaza y del cuidado del jardín del palacio, i arreglo bajo la condición de pagarle diez reales diarios solo por los días que trabaje, debiendo descontarle de lo que gane mensualmente el arrendamiento de la tienda que ocupa⁹⁵.

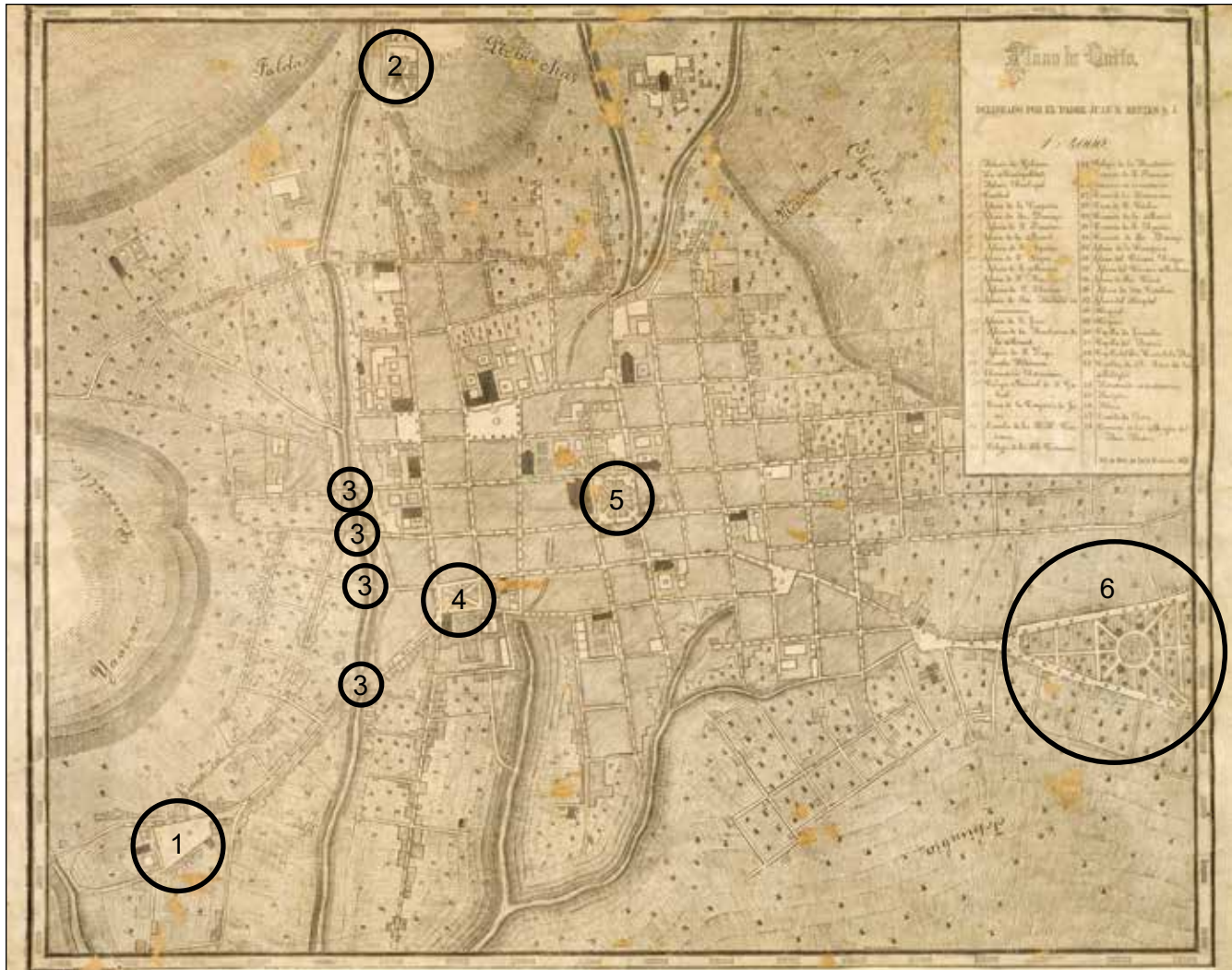
En los primeros meses de 1869 se contrató a Santiago Francisco Serroz o Servoz⁹⁶, jardinero francés para que adecuara el jardín de la plaza y el patio interior del palacio y la plaza. El Archivo Nacional de Historia posee el pedido de plantas que debieron ser importadas, para mayor seguridad, a través del consulado general en Francia. El listado de plantas incluye árboles frutales y decorativos, flores y herramientas de jardinería:

Lista de útiles de jardinería
Mandar un surtido de semillas de flores de toda clase y de toda calidad.
Semillas en general de plantas perennes, claveles de toda variedad. Un centenar de

⁹⁴ Archivo Nacional. COPIADORES, Ministerio de Hacienda N°46. Febrero 20 de 1865. Recopilación y transcripción María Antonieta Vásquez Han

⁹⁵ Archivo Nacional-Ecuador. Sección COPIADORES, Caja 67 (1865-1870) Volumen 258 (1865-1868): Oficios dirigidos al Ministerio de Hacienda. Transcripción de María Antonieta Vásquez Han

⁹⁶ La escritura del documento de contrato no es legible.



- | | |
|-----------------------|-------------------------|
| 1. Parque La Recoleta | 4. Parque Santo Domingo |
| 2. Panóptico | 5. Plaza Mayor |
| 3. Puentes | 6. La Alameda |

Gráfico 47. Obras públicas Gabriel García Moreno
Fuente: Plano de Quito 1875. Juan Bautista Menten

bulbos de muguete, un centenar de castañas de las más lindas, un centenar de nueces para sembrar.

Tulipier de Virginia, lilas, así como álamos blancos y de Italia; media libra de minette (trébol con flor amarilla) y de trébol fino y corto. Algunos árboles de manzana reinette y reinette de Canadá.

Así como árboles de pera como los cramois (carmesí), [de la variedad] buen cristiano y beurré gris. Algunos albaricoques de la mejor

calidad. Un par de tijeras medianas para podar setos⁹⁷.

Los contratos, personas y variedades de plantas dan cuenta de la necesidad de crear nexos culturales con Francia. Del pedido de Serroz se desprende que no todas las plantas fueron originarias de Europa pero existían en ese continente: por ejemplo, el Tulipier de Virginia es originario de Estados Unidos. La selección de manzanas y peras del pedido tiene

⁹⁷ Archivo Nacional-Ecuador: Ministerio del Interior, Pichincha, caja 31 (1868-1869), junio 1869. Traducción Gil Baillard.

estrecha relación con la preparación de dulces y licores de la tradición francesa más que con fines ornamentales; no obstante, la flor de estos árboles es llamativa al cubrir su copa con el color blanco o rosado según la variedad. El pedido de Serroz tiene la intención de cubrir los jardines con árboles con copas de colores durante el verano-otoño, sin tomar en cuenta que en la franja ecuatorial no existen estaciones marcadas.

Volviendo al ambiente de la plaza Mayor se podría decir que algunas tradiciones coloniales se prolongaron durante la República; a más de la corrida de toros éste fue un escenario en el que desde los balcones, pretil y terrazas se observaron otros eventos como la procesión de semana Santa que comenzaba en lunes con un programa que se extendió hasta el viernes con la participación de todos los grupos sociales.

La pintura “Plaza Mayor de Quito en lunes santo” da cuenta de las fachadas de la plaza como palcos para mirar la celebración religiosa, la presencia de las mujeres con los trajes de colores chillones que sorprendió a Hassaurek y la diversidad de grupos sociales en este espacio. La presencia de personas en lo alto de la arquitectura que rodea la plaza: el atrio y balcón de la Catedral, los balcones de las casas y la plaza misma dan cuenta del mirar este acto religioso urbano que convoca a gente de diferentes estratos sociales unidos por la fe; los vestidos de la moda europea alternan con los trajes locales coloridos de las cholitas, militares, religiosos, indios; vendedoras de fruta, comerciantes de las covachas del palacio de la Audiencia, dos hombres a caballo blanco hacen su ingreso en la plaza dan cuenta de una cotidianidad con la que el artista recrea el ambiente de Quito y del comercio en esta ciudad.

Los personajes de la procesión llevan los pasos de la Virgen y el de Cristo acompañados por un grupo de personas; a éste se une un paso sencillo de un santo llevado por cuatro indios con poca gente; la plaza exhibe los trajes característicos para la procesión de Semana Santa: almas santas, cucuruchos, sahumeriantes que desfilan en parejas, niños cantores y músicos de violín.

La arquitectura que rodea la plaza es homogénea, sencilla, de dos plantas; destacan las torres de las iglesias, el Panecillo y las laderas del cerro Ñungui

en el fondo que pone el carácter propio de la ciudad que permite decir “es Quito y no otra ciudad” (*Gráfico 48*).

En cuanto a los detalles de las fachadas alrededor de las plazas y calles se tienen pocos datos; el plano Anónimo de 1810 es en parte dibujado de memoria, no representa detalles como balcones o portadas en las viviendas de la periferia; no obstante, en los edificios que se encuentran junto a La Alameda dibujó casas de dos pisos con vestíbulos o galerías cubiertas en el piso alto que servían para reunión familiar y conexión visual con la calle mientras se hacían labores domésticas. Otro ejemplo significativo son las cuatro pinturas de la Plaza Mayor en el siglo XIX con el piso de tierra y la fuente de agua en la mitad y edificios de corte neoclásico en sus cuatro frentes, y una serie de personajes que permiten imaginar la vida cotidiana con la diversidad social y racial, y la ausencia de los aguateros. La procesión se hace presente una vez más al igual que en la pintura del lunes santo en la plaza mayor de Quito. Los edificios y la plaza misma ocupan la mitad inferior de los cuadros, la mitad superior tiene un cielo luminoso y la montaña que no puede faltar (*Gráfico 49*).

A manera de una reflexión sobre los indicadores de cambio urbano y político se podría decir que el plano de 1875 y luego el de 1888 dan cuenta de un cambio físico que es visible en la imagen urbana, las obras públicas, el estado de las quebradas y el crecimiento urbano (*Gráfico 50*).

El siglo XIX es un tiempo de transición entre la Colonia y la República, una temporalidad de cambio político en que permanecen hábitos de comportamiento colonial: el Rey como la representación de Dios, la iglesia como institución de control social, la subordinación política a Santa Fe.

En lo espacial urbano, al igual que los grandes edificios religiosos coloniales impusieron la presencia de la iglesia como poder político dominante, el plano de 1875 realizado en tiempo de la República durante la presidencia de Gabriel García Moreno destaca la presencia de edificios públicos que imponen la manifestación del Estado como señal de un nuevo orden. No obstante, la ciudad y el campo están presentes en el espacio urbano, los



Gráfico 48. Plaza Mayor de Quito en lunes santo. Siglo XIX
Fuente: Museo de la Moneda. Bogotá.

indios, el mercado, la venta callejera, la presencia de un extendido grupo popular y campesino en la ciudad “con vestimentas coloridas” como observa Hassaurek, animan el espacio público y en donde “en algún momento podía pasar una dama elegante o un caballero respetable”, es decir, la gente rica vivía entre sus haciendas y quintas y acudían a sus casas en la ciudad por temporadas.

El comentario sobre la higiene de la ciudad, expresado en diferentes tonos por los viajeros y diplomáticos es un indicador de cambio que se convertirá en una política pública en el siglo XX. La remodelación de la plaza Mayor y las calles que la rodean dan cuenta de un reconocimiento de la jerarquía de este espacio y del nuevo significado en el cambio de siglo en el que hay que mostrar a Quito

como capital y los avances políticos e ideológicos de la independencia.

Las primeras plazas parroquiales de Quito

Las primeras parroquias eclesiásticas tuvieron población en tiempo prehispánico y permanecieron en tiempo colonial como parroquias urbanas en los bordes de la ciudad del siglo XVI, éstas son: San Roque, San Sebastián y San Blas localizadas en los ingresos a la ciudad y junto a caminos preexistentes; estuvieron pobladas por indígenas y mestizos, cada una con su iglesia y un espacio abierto delante sin una forma geométrica definida, a manera de una explanada.

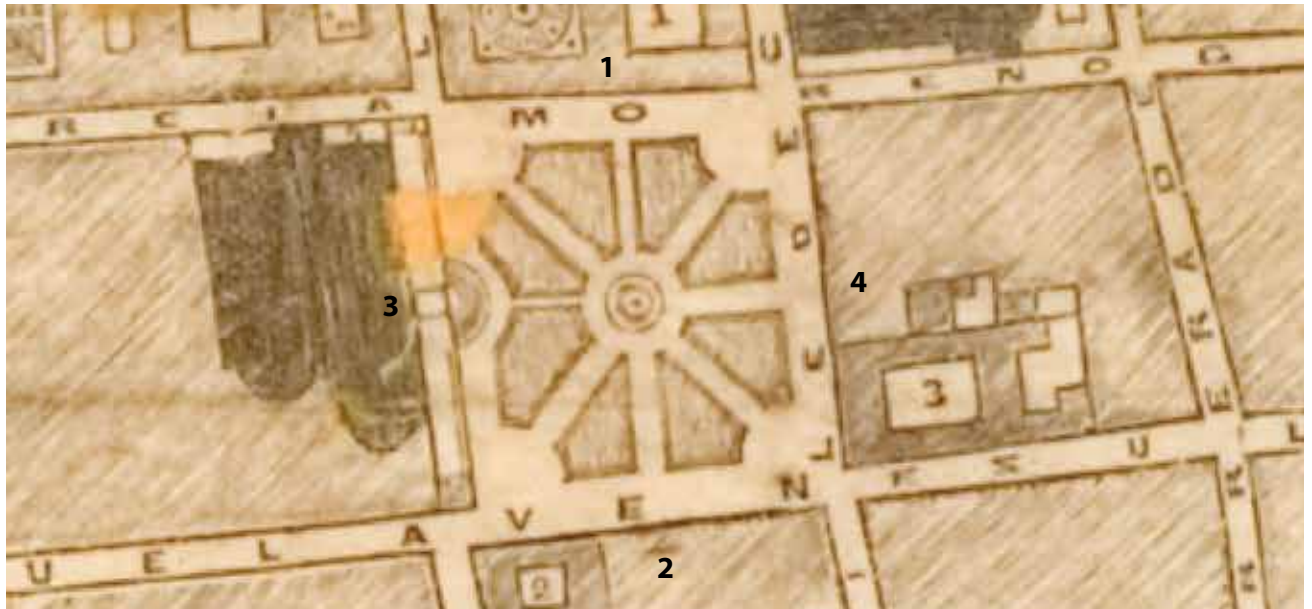


Gráfico 49. Fachadas de la plaza Mayor. Siglo XIX.
 Fuente: Plano de Quito 1875. Pinturas de la Plaza Mayor, autor anónimo. Ministerio de Cultura.

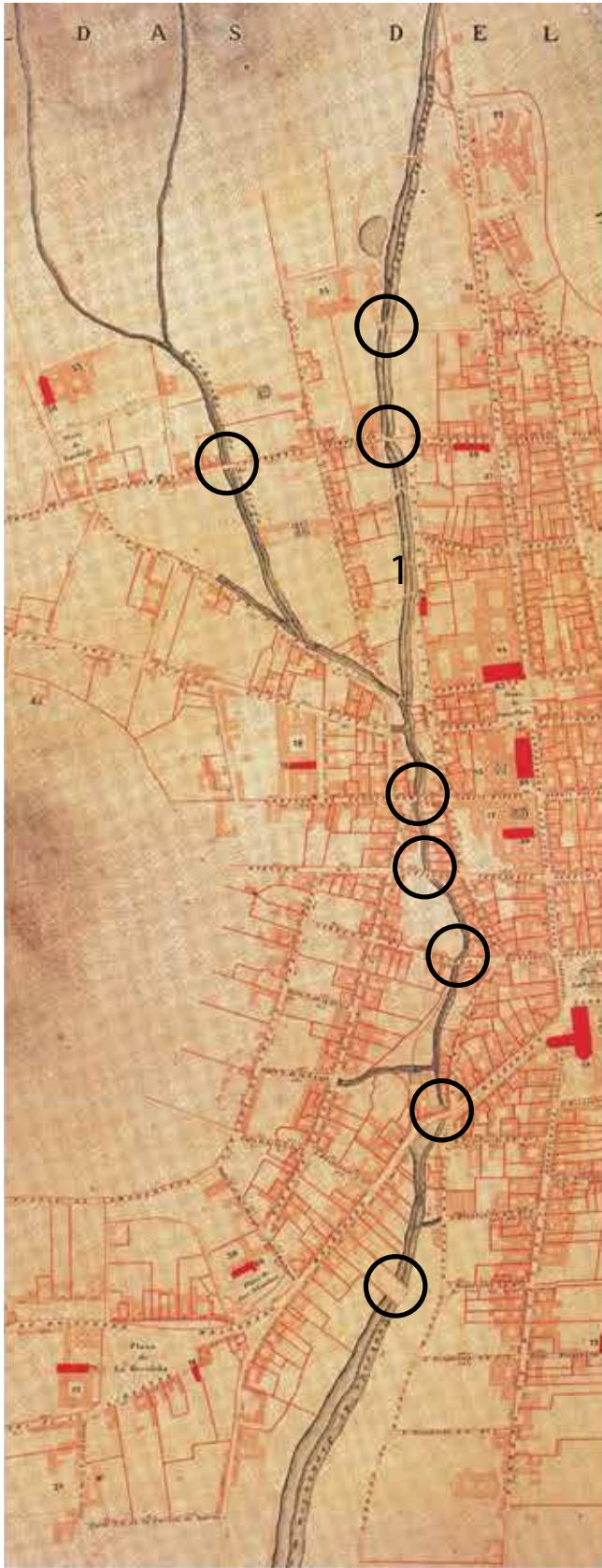


Gráfico 50. Quebradas abiertas y plano de 1888.
Fuente: Plano de Quito de 1888. Fotografías del Ministerio de Cultura de Ecuador

Las primeras noticias sobre estos espacios están relacionadas con los ejidos en el siglo XVI, sobre todo la de San Blas y la de San Sebastián por ser puntos de contacto con viajeros que entraban a la ciudad. Cada plaza se identifica con una iglesia parroquial, modesta en tamaño, con una torre y construidas en tierra, ésta toma el nombre de la iglesia que al mismo tiempo es el de la parroquia; en 1573 Hernando de Santillán señaló que San Sebastián y San Blas “no tienen traza de iglesia” por ser de tierra y paja, esto sugiere que su tamaño fue modesto, y su forma arquitectónica fue de una capilla.

En cuanto a la plaza de San Roque, junto a la iglesia de este nombre, tuvo una puerta lateral y un espacio abierto en este frente.

Las plazas parroquiales a menudo no tienen una descripción pormenorizada de su forma, tampoco cuentan con un número representativo de fotografías o dibujos excepto si forman parte de un escenario importante como la procesión de la Virgen de Guápulo, en cuyo caso la plaza de San Blas se ve de algún modo representada. Sin embargo las pocas fotografías o pinturas del siglo XX dan cuenta de una relación estrecha entre actividades y personajes rurales, la plaza y la iglesia parroquial.

En la cartografía la plaza es un espacio abierto que se representa de manera lateral o frontal a la iglesia. No queda claro en la cartografía histórica si estos edificios tuvieron un atrio o éste se prolonga y se funde con la plaza.

Las plazas parroquiales tuvieron al parecer piso de tierra y se acomodaron en el espacio disponible para dar acogida a viajeros, feligreses, comerciantes, es decir, fueron lugares de encuentro cotidiano y de identidad con el barrio que la rodea, y esta fue su función más relevante.

Un aspecto particular de las plazas parroquiales de San Blas y la de San Sebastián es su proximidad a un templo mayor: San Roque con San Francisco; San Sebastián con Santo Domingo; y San Blas tiene como iglesia más cercana a San Agustín pero fueron independientes en sus funciones. La Guerra de Quito deja entrever que San Francisco y Santo Domingo estaban relacionados con la población de las parroquias de San Roque y San

Sebastián respectivamente, estos vínculos nacieron mucho antes como lo revelan los estudios sobre los artesanos, las propiedades de la nobleza inca en el sector de El Placer, San Diego y San Roque.

Por el contrario, San Blas aparece como parroquia en el siglo XVI y en el siglo XVIII como la carnicería, cuando en la “guerra de Quito” los carniceros salieron como fuerza disuasiva en el incendio de la aduana y luego en el recibimiento de los religiosos que anunciaban que la ciudad estaba de paz. La descripción de su rol en la guerra da lugar a un ambiente siniestro a este sector.

Por otra parte, las plazas e iglesias de San Sebastián y San Blas estarían relacionadas con el Camino del Inca o Capac Ñan que atraviesa el espacio fundacional de Quito por el costado Este. Por su parte San Roque se encontraba cerca del camino prehispánico denominado en la colonia como el de “man derecha”. Este camino es una de las cuerdas matrices en el tejido de la trama urbana del siglo XVI, sus huellas se conservan en el trazado de dos avenidas importantes del siglo XX que delimitan el parque de La Alameda y El Ejido, y al sur en la carretera hacia el Sur.

La plaza de San Blas se funde con la representación del Ejido de Añaquito en el plano de 1734. Se puede asumir que existe una explanada amplia delante de la iglesia, sin geometría definida. La cruz que es un rasgo distintivo en la nomenclatura del plano para los edificios religiosos está dibujada sobre el campanario y no sobre un pedestal como sucede en las demás plazas (*Gráfico 51*).

La cartografía de Quito entre 1748 y 1858 presenta a la iglesia de San Blas como un edificio que crece y tiene mayor presencia en el contexto de esa parte de la ciudad; su localización es estratégica: en la entrada Norte de la ciudad. Al parecer, la iglesia de San Blas tuvo un espacio abierto alrededor de la iglesia; en su relación con la calle se formó un ensanche a manera de un sitio de descanso para los acompañantes de la procesión de la virgen de Guápulo, y en el mismo camino hacia La Alameda al relacionar este atributo con las funciones de la iglesia, los viajeros y los comerciantes, todo sugiere que allí pudo existir un mercado y un cementerio en la parte posterior de la iglesia.

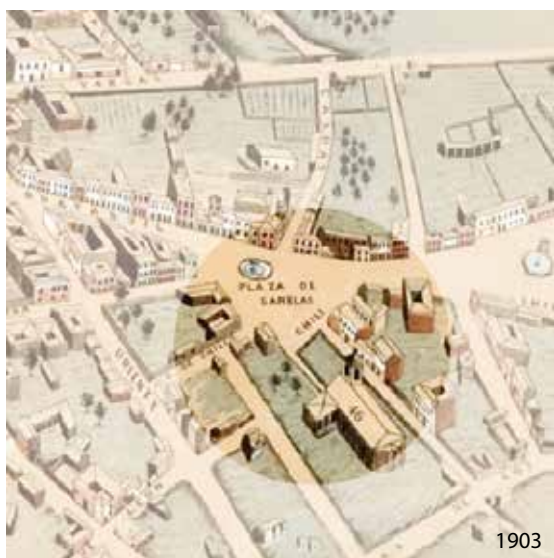
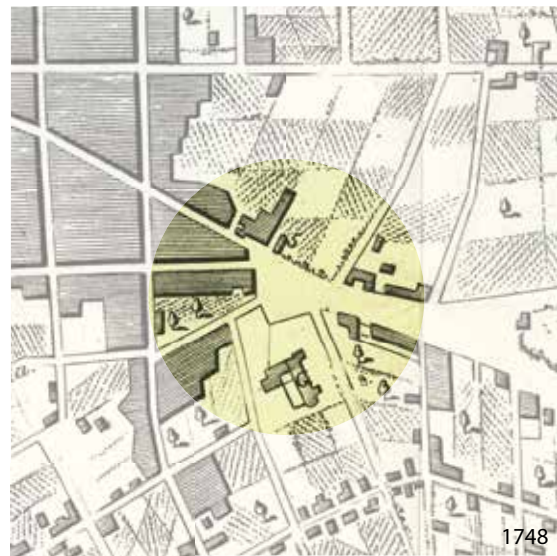


Gráfico 51. Transformación física de la plaza de San Blas en la cartografía quiteña
Fuentes. Plano de Quito: 1734, 1748, 1810, 1858, 1903, 1922

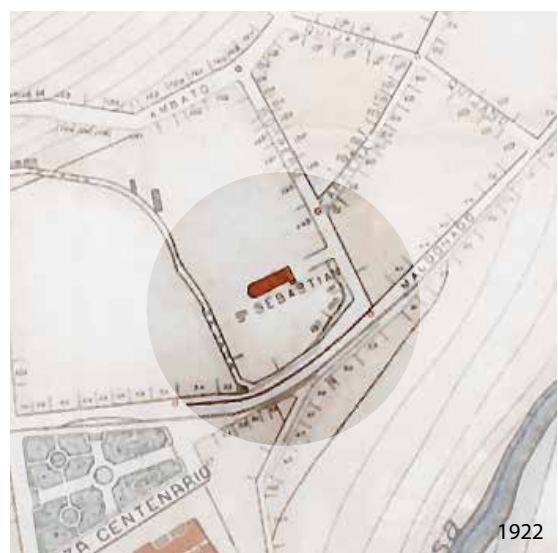
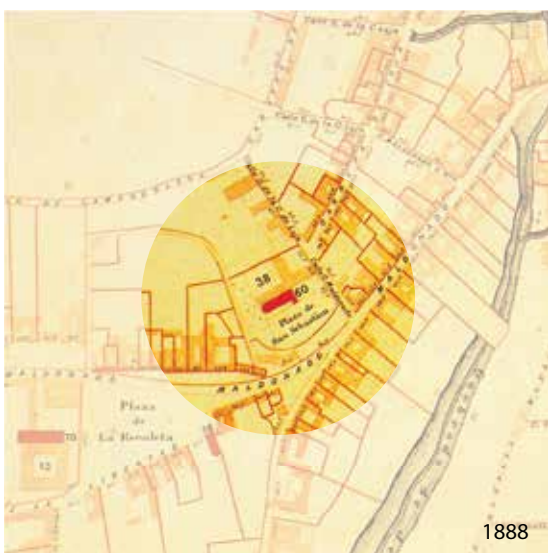
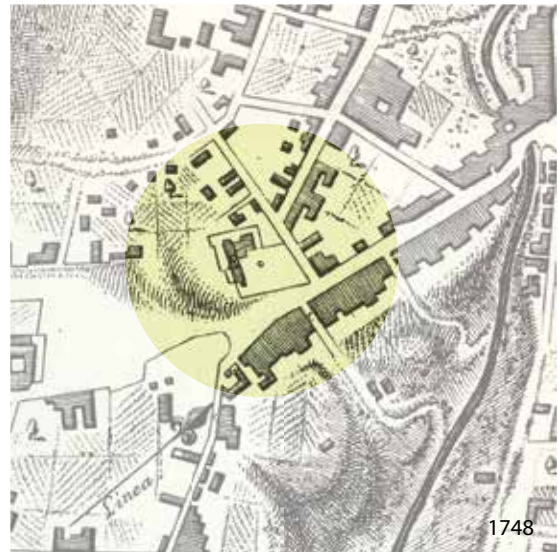


Gráfico 52. Parroquia de San Sebastián. Transformaciones físicas en la cartografía quiteña
Fuentes. Plano de Quito: 1734, 1748, 1810, 1858, 1888, 1922.

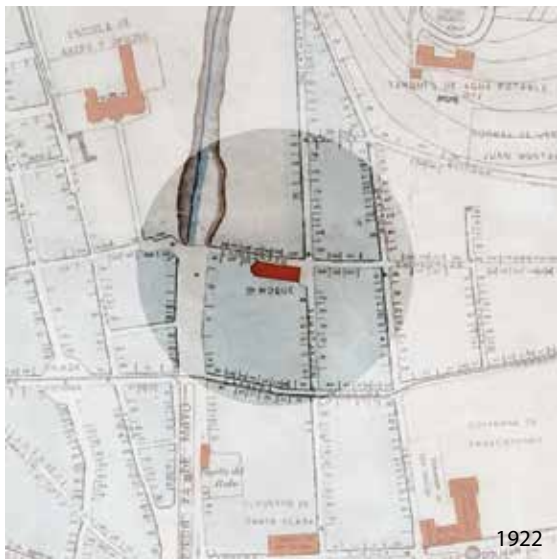
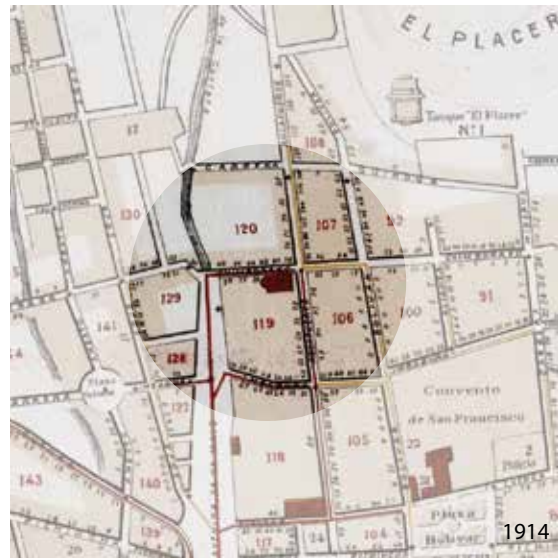
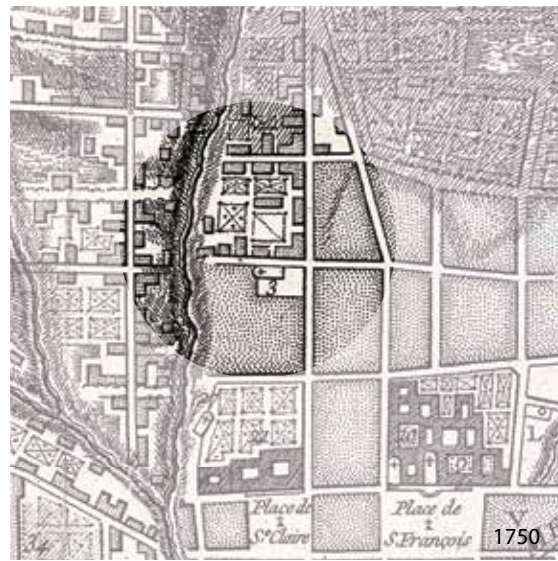


Gráfico 53. Transformación física de la plaza de la parroquia de San Roque en la cartografía quiteña
Fuentes. Plano de Quito: 1734, 1750, 1903, 1914, 1922

La plaza de San Blas presenta modificaciones en la cartografía entre 1903 y 1922 en que se amplían las calles; en el primero se separa la plaza de San Blas de su vínculo directo con la iglesia, aparece como un espacio triangular con una fuente en medio con el interés de dar relevancia al ingreso al parque de La Alameda. Finalmente en 1922 aparece un mercado en frente de la iglesia dejando un espacio reducido a ésta y dos espacios abiertos previos al ingreso al parque de La Alameda. La presencia del mercado cubierto construido con anterioridad a la elaboración del plano confirma el uso comercial y de mercado en su entorno (*Gráfico 51*).

La iglesia de San Sebastián estuvo en una parte elevada, junto al declive de la quebrada de Ullaguaguayacu con un espacio abierto que la rodea; las transformaciones más importantes han sido por la modificación de la topografía. En el plano de 1734 aparece la iglesia con una plaza rectangular y una cruz de pedestal junto a la fachada lateral y en frente a la puerta un pequeño espacio que se podría asumir fue un atrio (*Gráfico 52*).

La cartografía de Quito entre 1748 y 1858 la iglesia de San Sebastián tuvo una plaza amplia y regular, sin embargo en la cartografía de 1810 aparece con un espacio abierto que entra en diagonal y con una fuerte pendiente hacia la iglesia, lo que sugiere que el predio de la iglesia y plaza fue la cima de la loma. La representación de San Sebastián muestra en todos los planos la dificultad de representar una calle al pasar por este edificio.

La localización de la iglesia fue estratégica, junto al ingreso de la ciudad por el Sur, lo que permite asociar la función de esta iglesia y la plaza con la presencia de viajeros y comerciantes que fueron representados en el plano de 1810, sin embargo, no se presentan signos de un mercado como en San Blas. En 1858 la iglesia se representa con una plaza geométrica y una relación directa con la plaza de La Recoleta, sin embargo, la representación de la calle tiene un estrechamiento al pasar por San Sebastián.

En 1810 la cartografía muestra un cementerio detrás de la iglesia y la “casa del cura” que se la representa como una casa de patio y un ingreso en frente de la fachada principal de la iglesia. La plaza ocupa la fachada lateral de la iglesia a manera de un mirador hacia las quebradas y la loma de Puengasí. Finalmente el plano de 1922 representa la iglesia

antigua sin plaza y un acceso directo por una calle secundaria, es decir, la plaza desapareció del plano. No obstante, el acceso a la iglesia dejó un espacio rectangular en frente de la fachada que al finalizar el siglo XX fue rehabilitada para uso cultural. De este modo la plaza de San Sebastián se convirtió en plaza-atrío.

La plaza e iglesia de San Roque estuvieron en la parte Suroeste de Quito, cerca del camino secundario al Capac-Ñan y al Convento y plaza de San Francisco. Entre 1734 y 1750 la cartografía de Quito representa a la iglesia con un espacio amplio que rodea por dos lados a la iglesia y así mantiene su predio hasta 1903 que se encuentra rodeada de edificios y del predio de la Cervecería La Victoria que se construyó más tarde y redujo el predio de la iglesia y plaza parroquial (*Gráfico 53*).

En 1914 la iglesia aparece sin plaza, fue el año en que se demolió la iglesia antigua para construir una nueva. En 1922 el plano de Quito representa a la iglesia nueva construida por el padre Pedro Brüning con un pequeño atrio delante como se la conoce hoy.

De este breve análisis de las primeras plazas parroquiales se puede deducir que consolidaron su geometría al finalizar el siglo XVIII según se observa en la cartografía. Las plazas de las tres primeras parroquias se las denominó “placetas” en los textos coloniales, quizás por el tamaño; éste término se puede asociar hoy en día con el de plazas menores al compararlas con las plazas de la fundación. Su importancia pasa a segundo plano en el inicio del siglo XX en que con las reformas urbanas se perdieron y su huella queda en los atrios junto a las fachadas principales de las iglesias.

Otras Plazas

Las plazas que no aparecen en los “Quitos” de esta tesis y que sin duda tuvieron protagonismo en la vida cotidiana fueron la plaza de las carnicerías en la salida Norte de la ciudad y la plaza de la Recoleta en la salida Sur (*Gráfico 54*).

Estas aparecen en los planos del siglo XIX y XX. La primera aparece como un ensanche del camino junto a la quebrada que baja de San Juan, viene a ser un ensanche junto a la quebrada en donde se



Gráfico 54. Calle y Plaza del Teatro
Fuente: Archivo del Ministerio de Cultura.

estableció el matadero de la ciudad. Todo sugiere que este fue el espacio para las reses que ingresaron al camal, espacio de los vendedores y compradores y también un sitio en donde con probabilidad la procesión hizo una estación. La de La Recoleta estuvo en el Sur, cercana a San Sebastián y al río Machángara, también forma un ensanche que no se sabe bien si fue por la demolición de una iglesia menor ubicada en el espacio abierto.

Las placetas o plazas menores cambian con el tiempo, el espacio abierto que tuvieron delante o alrededor de la iglesia se reduce cada vez llegando a eliminarlo, en otros casos el espacio de la plaza, una vez configurado se desarticula por obras urbanas, tal fue el caso de San Diego⁹⁸ (Gráfico 55).

⁹⁸ Una política de conservación del espacio público del centro histórico de Quito hizo posible la recuperación de la geometría de algunas placetas como la de San Sebastián y San Roque, mientras que el paso del túnel de San Diego desfiguró la antigua plaza y la necesidad de ampliar la avenida Pichincha llevó a cambios radicales en la plaza de San Blas.

Las plazas menores no siempre son irregulares; el plano de 1734 de Dionisio Alcedo dibujó dos que en ese año no correspondían a parroquias y tenían geometría regular: la primera es la de Santa Clara con el monasterio de monjas del mismo nombre en uno de sus lados. El tamaño de la plaza es menor al de las plazas de la fundación pero en este plano la dibuja del mismo tamaño que la de San Francisco. La segunda que destaca en este documento gráfico es la plaza de la recoleta de San Diego que llama la atención por tener dos espacios abiertos en frente de la fachada principal, el primero corresponde al atrio de la recoleta, rectangular, abierto, de acceso público y amurallado; el segundo corresponde a la plaza pública, también abierto y de dimensión menor a la del atrio, al pie del camino de entrada a la ciudad (Gráfico 56).

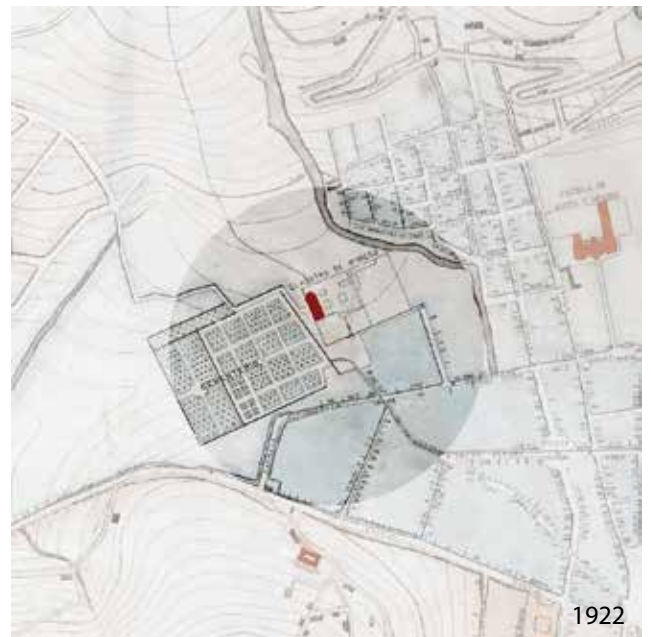


Gráfico 55. Plaza de San Diego.
Fuentes: Planos de Quito de 1734, 1810, 1888, 1922

En el siglo XIX pequeños espacios, el primero una reducida planicie junto a la quebrada de Pishihuayco y la carnicería, y otro, el espacio de la antigua recoleta de Santo Domingo, se convirtieron en la plaza del Teatro y la plaza de la Recoleta respectivamente. Lo interesante de estos espacios públicos es que su forma es de un cuadrilátero irregular condicionado por el paso de una vía preexistente, la del Camino Real y ninguno de los dos tiene la fachada de una

iglesia en uno de sus frentes. La plaza del Teatro estuvo destinada a plaza de piso duro en el extremo Norte de la ciudad colonial mientras que la plaza de La Recoleta fue por poco tiempo plaza y al iniciar el siglo XX se convirtió en parque en el extremo Sur de la misma.

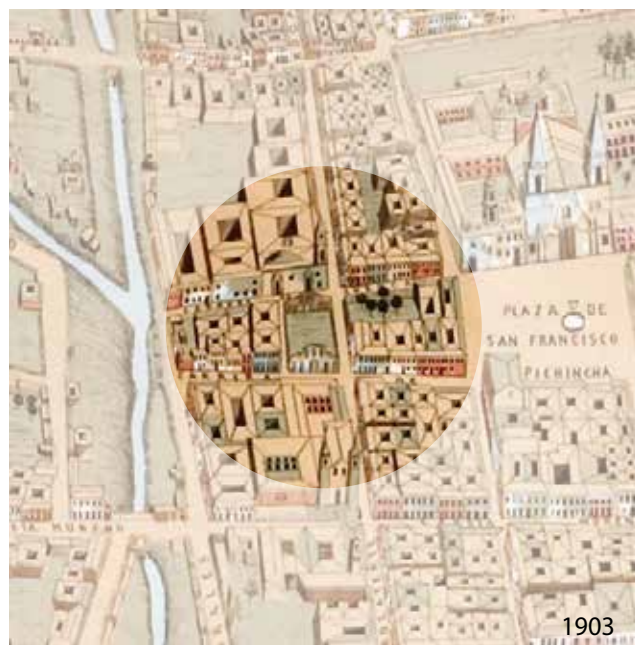


Gráfico 56. Plaza de Santa Clara en los planos de 1734, 1903
Fuentes. Planos de Quito de los años citados

La independencia y la celebración de los centenarios

El proceso de independencia de España tomó varios años, entre 1809 y 1822, se llevó a cabo con la acción militar regional y apoyo económico de países europeos. En 1830 se estableció la República del Ecuador y se declaró a Quito como su capital⁹⁹, inició el proceso de reestructura institucional y la elaboración de la Constitución del país¹⁰⁰, el establecimiento de instituciones del estado y edificios como la Casa de la Moneda (1832), reformas a las leyes, creación de otras, la abolición de la esclavitud (1845) y la reorganización del ejército, la necesidad de levantar una carta geográfica y la división política del país (1845).

Entre las ordenanzas relacionadas con la administración del suelo urbano, el 14 de agosto de 1835 se emitió la “Ley de Régimen Político y Administrativo” que en el artículo 1° determina las atribuciones de los Concejos Municipales: “cuidar de la Policía de Seguridad, Salubridad, Comodidad

99 Ecuador se desvinculó de la Gran Colombia en 1830. En ese mismo año murieron los líderes regionales de la independencia de la Gran Colombia: el 4 de junio de 1830 fue asesinado en Berruecos el Mariscal Antonio José de Sucre y el 17 de diciembre del mismo año murió Simón Bolívar en Santa Marta.

100 Hasta 1851 se discutían los términos de la Constitución. En ese año se expidió la quinta constitución política.

y Ornato” (Trabuco, 1968, pág. 547). Esta disposición tendrá repercusión sobre las quebradas y el espacio público de Quito que hasta 1880 tenía una vinculación estrecha con el medio natural, con lo rural, con la biodiversidad y el sonido del agua de las quebradas a las que se cruzaban mediante puentes: en 1848 continuaba la reconstrucción de ocho puentes y en 1849 cinco puentes más (Rolando, 1930, pág. 194)¹⁰¹.

La transformación de la ciudad colonial es evidente en la cartografía, las obras públicas y la tecnología visible en el periodo de las celebraciones de los centenarios de la independencia: el 10 de agosto de 1909 se conmemoró el centenario del Primer Grito de Independencia, el 24 de mayo de 1922 el centenario de la Batalla de Pichincha, y el 13 de mayo de 1930 el centenario del establecimiento de la República del Ecuador¹⁰². Las dos primeras tuvieron protagonismo en el espacio urbano de Quito.

101 Rolando escribe “se construyen”. En realidad los puentes urbanos fueron 15 en 1737 como lo describe Dionisio Alcedo y Herrera en el expediente del plano de Quito de ese año, al referirse a su gestión de reparar el puente de La Merced. Los fondos “de propios” como se denominaba al presupuesto del Cabildo era escaso, tanto que este tipo de obras requerían de la participación de los pobladores del sector y pago en moneda por parte de personas pudientes de la ciudad a cambio de privilegios, reconocimientos o favores por parte del Cabildo.

102 Vale aclarar que cada ciudad celebró su propio centenario porque el proceso de independencia no fue centralizado ni único.

En 1909 la estación terminal del Ferrocarril del Sur, inaugurada en 1908, estaba en servicio en el sector de Chimbacalle. La estación terminal del tranvía que compartía un espacio en la terminal del ferrocarril; esta obra se terminó en 1910 pero los tranvías comenzaron a circular en 1914 (Figueroa, 2008).

Inspirada en las grandes exposiciones universales europeas, en 1909 tuvo lugar la Exposición Nacional, frente a la plazuela de la recoleta dominicana; el término “plazuela” fue con el que se denominó a este espacio formado por un ensanche del camino hacia el sur. Del mismo modo en que se dispusieron los edificios religiosos coloniales, el edificio principal del Palacio de la Exposición ocupó el lado mayor de la plazuela; en su interior estuvo conformado por jardines y varios edificios que funcionaron como pabellones o stands de productos tecnológicos, materias primas y novedades para la industria. El stand de Ecuador fue el epílogo de la participación de Ecuador en las exposiciones de Chicago (1894) y en la de París (1900) con pinturas de paisaje, materias primas de exportación, coca y otros productos exóticos de los Andes.

El espacio habilitado se encontraba en ese entonces en el límite Sur de la ciudad. La plaza de la Recoleta fue transformada y adecuada como jardín con una pila en el centro para la inauguración de la exposición. Como espacio público aparece en el plano de Jorge Juan y Antonio de Ulloa de 1748, luego aparece con geometría regular en el plano de 1888 y como plaza en 1904. Luego de terminada la exposición el edificio y el parque quedaron abandonados hasta 1912 en que se establece la Escuela Militar.

Por estar situados el parque y el edificio junto al camino del Sur fue necesario adecuar la calle para la circulación de autos y el tranvía; modificar las pendientes naturales de la calle Maldonado mediante la construcción de taludes y muros de contención; ordenar la circulación de peatones y animales de carga que desde el Sur arribaron a la ciudad y los productos que llegaban a la estación ferroviaria: cargas, correo postal, pasajeros (*Gráfico 57*).

1922 fue un año en el que se publicaron varios planos de la ciudad a partir del levantamiento realizado por

el Teniente Luis Herrera y Eladio Rivadeneira, por orden del General Rafael Almeida, Jefe del Estado Mayor General (EMG), quien obsequió el plano al Municipio de Quito con motivo del Centenario de la Batalla del Pichincha, el 24 de mayo de 1922. El plano fue reproducido en dos escalas 1:2.000 y otro en escala 1: 5.000. Si en 1909 se destacaron las obras del Sur de la ciudad, en 1922 se realizaron obras de envergadura en el Sur, centro y el Norte, la más importante en el centro fue el relleno parcial de la quebrada de Jerusalén en donde se construyó un bulevar cuya función fue la de espacio cívico para la parada militar y actos conmemorativos de la Batalla de Pichincha, la relación con el sitio de la batalla y la colocación de un hito en las faldas del volcán Pichincha, en el sitio de la batalla; los cementerios de El Tejar y San Diego forman parte de la batalla en la que el poder español dejó Quito (*Gráfico 58*).

El plano de 1922 incorpora los barrios de La Loma y San Marcos en el lado Este del centro de la ciudad y al Sur el Palacio de la Exposición y el parque de La Recoleta, el terminal del ferrocarril y la parroquia colonial de La Magdalena incorporada al espacio urbano de Quito.

En el sector Norte de la ciudad, el plano evidencia el diseño de una secuencia de dos parques, el de la Alameda de construcción anterior y un espacio verde dividido por la calle Colombia que corresponde al Parque de El Ejido y a un espacio deportivo que en 1930 se destinó a un estadio conocido como el “estadio del Arbolito”. Hacia el Este aparece el Hospital Civil y al Oeste el Arsenal de Guerra, el Hospital Militar y la basílica del Voto Nacional en el recorrido de la quebrada de Miraflores. Otros sectores que incorpora el plano de 1922 son la Ciudadela La Mariscal y una parte de La Pradera.

En ese entonces el recorrido del tranvía eléctrico partía del terminal del ferrocarril del Sur en Chimbacalle, subía hasta la plaza de Santo Domingo; continuaba por la calle Venezuela hasta la calle Olmedo; luego tomó por la calle Guayaquil, pasó junto al parque de La Alameda por la calle que en ese entonces se denominó 18 de Septiembre (hoy 10 de Agosto) hasta la calle Colón en el Norte de la ciudad. Por la calle Colón llegó hasta el Hipódromo Nacional; el plano no representa una estación final sobre la calle Colón, lo que sugiere que estuvo en construcción. En la intersección de la calle Colón

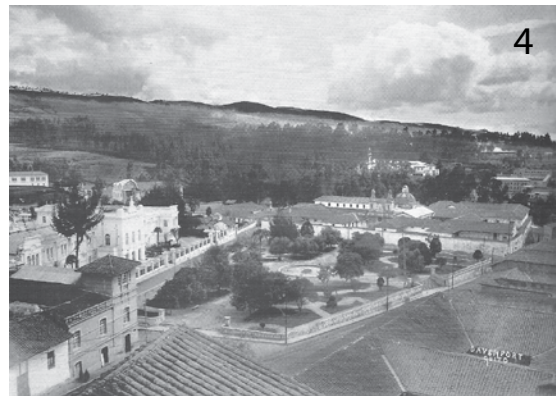
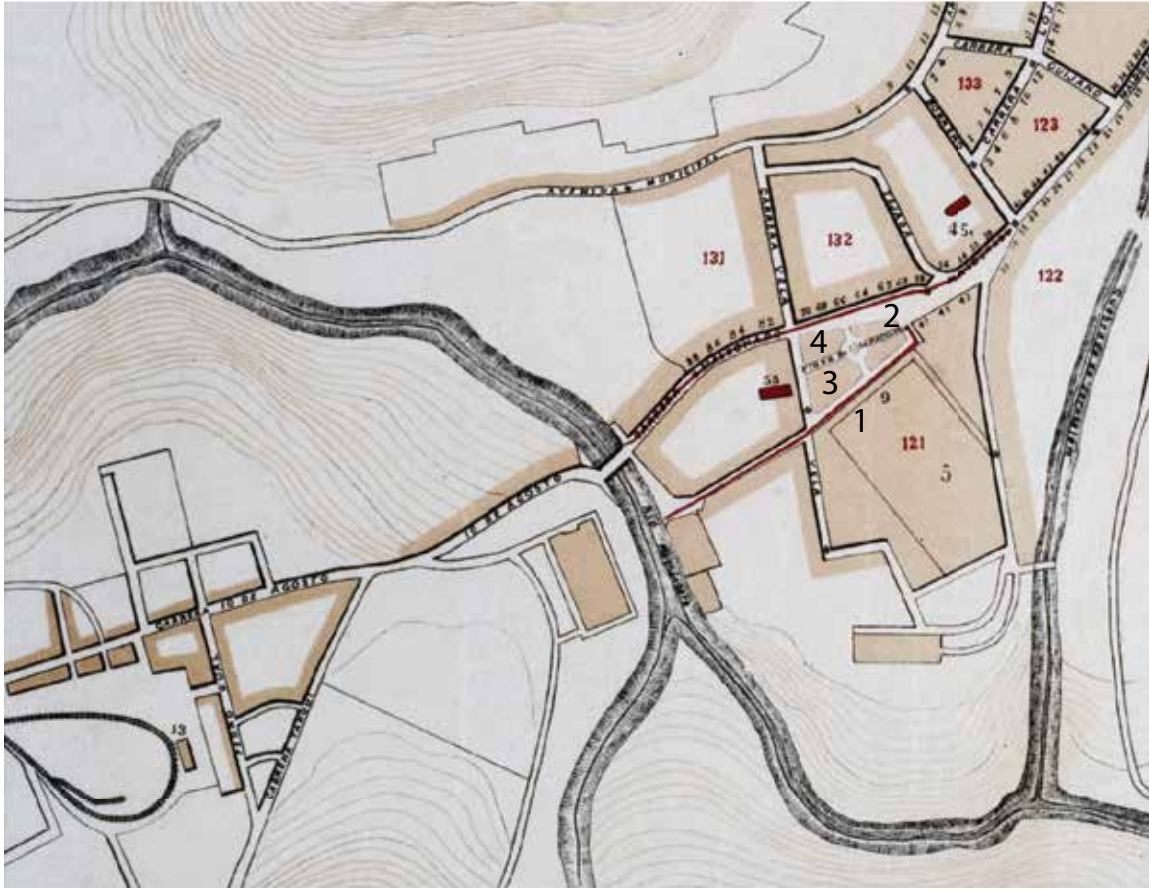


Gráfico 57. La Recoleta en la Exposición Nacional de 1909. Recorte del plano de 1914
 Fuente: Plano de Quito 1914. Fotografías del Archivo del Ministerio de Cultura de Ecuador

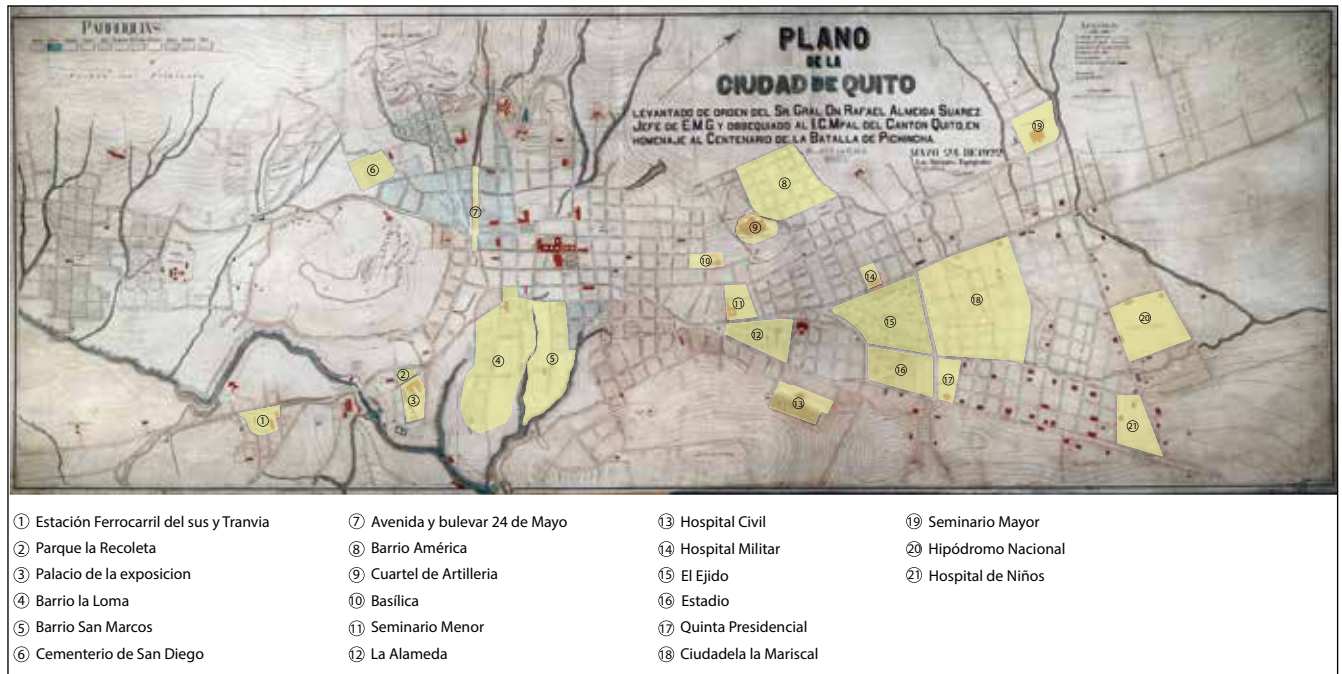


Gráfico 58. Obras del Centenario de la Independencia
Fuente: Plano de Quito 1922

y 18 de Septiembre, según este plano, estuvo una estación de tranvía a vapor que atravesó el antiguo ejido hacia el Norte, fuera de la ciudad (Gráfico 59).

La imagen de la ciudad revela los nuevos límites que se prolongan fuera del espacio fundacional, hacia los ejidos. La trama es una cuadrícula no regular en sectores como la Ciudadela La Mariscal debido a las quebradas y zonas inundables, y el sector de La Ferroviaria un trazado irregular provocado por el giro de la máquina al llegar a la estación del tren: sin embargo, vale observar que la construcción del Barrio América y la prolongación del de San Juan conservan el trazado en damero con grandes esfuerzos por la topografía en ladera. Las soluciones que se dieron en ese momento fueron las escalinatas sobre la vereda para acceder a las casas por la adaptación de la calle para la circulación de vehículos y la creación de zaguanes en pendiente para llegar al primer piso.

En el ejido del Norte, el parque de “El Ejido” adecuado para las fiestas del centenario acumula historia con dos hechos de muerte: el primero el de la muerte del Virrey Blasco Núñez de Vela en el siglo XVI y el segundo la muerte de Eloy Alfaro en 1912, un hecho dramático en la historia del país. El

plano de 1931, elaborado para la conmemoración del 10 de agosto de ese año muestra el espacio dividido en dos, uno para parque diseñado por el arquitecto alemán Augusto Ridder en 1922 y otro para un “campo deportivo”, en el primero se congregaron los fines de semana los aficionados del juego de la “pelota nacional”, y en el segundo los aficionados al fútbol en el estadio municipal conocido popularmente como el “Estadio del Arbolito”, un espacio deportivo y sitio de encuentro que fue demolido hacia 1966¹⁰³. Más tarde, esta parte del parque mantiene su nombre de “Parque del Arbolito”, aunque el árbol original ya no existe y ha disminuido la actividad deportiva constituye un atractivo visual para los edificios modernos que se alinean en los bordes y lugar de paso para peatones.

Finalmente, el parque de La Alameda es el de mayor historia escrita en documentos académicos e información de difusión masiva, tiene jerarquía y reconocimiento institucional contenido en monumentos y edificios. Allí se concentran ideas relacionadas con la ciencia y la modernidad de Quito por la presencia del observatorio astronómico, esculturas dedicadas a celebrar el rol

103 www.Eltelégrafo.com.ec, 9 de julio 2016. “El arbolito paso a ser estadio de fútbol a parque y lugar de actividades políticas”.



Gráfico 59. Plano de Quito. Sector La Pradera.
Fuente: Plano de Quito 1922



Gráfico 60. Detalle de San Juan y barrio América.
Fuente: Plano de Quito 1922

de la Misión Geodésica Francesa en el siglo XVIII, y algunas especies que evocan el jardín botánico. Por un tiempo en este espacio estuvo el rollo según muestran los planos de 1734 y 1810, un símbolo de justicia de la ciudad, así como la ermita construida para recordar la muerte del Virrey Blasco Núñez de Vela, muerto en este espacio en la batalla con el conquistador Gonzalo Pizarro en 1546, conocida como de la Veracruz (Gráfico 60).

La ciudadela Mariscal Sucre estuvo concebida para quintas de vacaciones o de fin de semana y en 1922 no estuvo consolidada; como muestra el plano, cada propiedad ocupó una manzana en la que se tuvo previsto construir casas aisladas con jardines, fuentes de agua, huerta y corral. La descripción del comerciante checo Karel Vohnut, en 1939, durante la guerra de los cuatro días da cuenta de la vida de la ciudadela: Varias familias acomodadas se refugiaron en los sótanos de las casas. Una de ellas fue la casa de la familia Vohnut; allí “mi suegra hizo sacrificar todos los animales del corral que tenía, incluyendo dos borregos. Un motorista del tranvía, que vivía en una casita de la cercanías, se encargaba de traer leche y pan para todos los invitados (debería decir refugiados)” (Vohnut, 2009, pág. 283).

En síntesis, el plano de 1922 muestra una ciudad que se encontraba en vías de expansión. Tuvo servicios de alcantarillado, agua potable, luz eléctrica, tranvía y estación de ferrocarril, servicio de buses y

calles adecuadas para su circulación; sin embargo, el relato permite deducir que hasta 1939, la ciudadela Mariscal Sucre fue un sector semiurbano, aunque por los planos de la ciudad se entiende que estaba integrado a la ciudad. En el interior de las casas se tuvo corrales y huertas, detrás de los jardines y fuentes de agua que aparecen en las fotografías de residencias suntuosas.

El plano de 1922 representa dos facetas de una ciudad que se renueva y al mismo tiempo conserva el pasado. La renovación se observa en la ciudadela Mariscal Sucre, en tanto que en el barrio América se conserva la cuadrícula colonial, la plaza con la iglesia que ocupa un lado de la misma. Se rellenan las quebradas; esta “sutura” del territorio significa mejorar la movilidad pero no la identificación entre barrios o sectores de la ciudad que nacieron con la quebrada en medio. En este sector, de topografía irregular y con pendientes pronunciadas, la cuadrícula se impone “contra natura”; el recorrido por el barrio evidencia que algunas calles son graderíos, que las casas tienen varios niveles para adaptarse a la ladera, que las calles están trazadas para la circulación de vehículos pero no todos pueden circular por ellas; que se trata de un sector en que las viviendas tienen sus fachadas sobre la línea de fábrica y que es la fachada, no el cerramiento el que proporciona la perspectiva urbana, a diferencia de la ciudadela Mariscal.

El detalle del sector Barrio América y San Juan evidencia también un tipo de intervención arquitectónica en la topografía de Quito que no se repite en el corte temporal de la colonia o en tiempo prehispánico; se trata de la planta del antiguo Hospital Militar cuya construcción demandó un desplazamiento de tierra significativo para “acomodar” la planta del edificio de 15.000 metros cuadrados en 1900. Esta obra, igual que el Panóptico y la Basílica del Voto Nacional fueron iniciados entre 1850 y 1900 en un momento que evidencia el cambio de época; una primera modernidad que es visible en la obra pública de saneamiento y ornato, un momento en que la relación entre la ciudad y el medio natural se rompe dejando a éste en segundo plano.

El parque de La Alameda

La Alameda es el espacio urbano abierto que expresa otra manera de entender lo público, en primer lugar se implanta con una forma geométrica que transgrede la tradición del espacio público abierto de una manzana sin construir y forma cuadrangular. La Alameda tiene como forma geométrica el triángulo, que resulta del encuentro de dos colinas de Quito que forman un estrechamiento natural por el que se accede a la ciudad; de este modo la forma del parque responde a su acomodo en la topografía. El cuadro del milagro de la virgen de Guápulo en la sequía de Miguel de Santiago muestra este espacio desde lo alto, evoca la geografía vertical, la relación cielo y suelo de Quito en circunstancias de crisis y el espacio de La Alameda entre dos lomas de valor simbólico para la ciudad, un espacio estrecho que controla y vigila el acceso al centro.

El parque republicano de Quito se manifiesta de dos maneras: la primera, se superpone a la plaza colonial, sin cambiar la geometría de la plaza; cambia la disposición del equipamiento físico así como el uso del espacio. La segunda, el parque nació como tal y se implantó en la periferia no construida para atraer el desplazamiento de la ciudad hacia el ejido del Norte, de topografía más regular y quebradas menos profundas que las del núcleo fundacional; se implantó para el uso y disfrute de un grupo social afín con los principios de la Ilustración. Las evidencias están en la presencia de edificios destinados a la ciencia y el arte: del observatorio astronómico y Escuela de Bellas Artes; asociado

con la investigación científica el jardín botánico; y en el siglo XX es un espacio de paseo, de distracción y uso del tiempo libre para el entretenimiento.

En La Alameda la sociedad ilustrada del siglo XIX generó su propio espacio de recreación emulando los parques europeos de Francia que fueron el referente cultural en el siglo XIX y comienzos del XX. En este contexto aparece el parque de La Alameda y la conversión de algunas plazas coloniales en parques. La Alameda tuvo varios diseños pero al final lo que posibilitó su permanencia fue la construcción del observatorio astronómico que fue un hito urbano de importancia por ser uno de los observatorios más modernos de ese momento. La jardinería del parque que rodeó al observatorio fue un jardín botánico en el que se recorre por caminos peatonales, forma dibujos geométricos, a más de la vegetación existe una laguna dotada de botes e islas en la mitad; hacia 1910 se construyó la Escuela de Bellas Artes de Quito en su interior y en las primeras décadas del siglo XX un mirador que se lo denomina “el churo”.

La imagen del parque fue de un lugar de paseo al gusto de la élite social de Quito, un espacio para el ocio y el disfrute del tiempo libre que tuvo mayor acogida entre 1910 y 1935, año en que se eliminó la reja con lo cual se generalizó el ingreso de personas comunes, convirtiéndose de espacio público, de espacio de todos y la recuperación del espacio del nosotros. La imagen no fue en realidad de un parque europeo sino de una combinación armónica de flora de diferentes partes del mundo en la mitad del mundo (*Gráfico 61*).

En La Alameda de Quito el municipio fue siempre el custodio, estuvo destinado al uso de un grupo social que busca aislamiento, seguridad y compartir un espacio público entre personas similares; un espacio en el que la ciencia y los principios de la Ilustración se expresan en la forma de este espacio: espacio triangular y no ortogonal como las plazas coloniales; localizado fuera de la ciudad, delimitado con una reja, espacio de paseo controlado de los peligros de fuera pero de libertad para los hijos de las familias acomodadas y de las mujeres de la aristocracia quienes lucen la moda francesa, se encuentran con sus amigas mientras los niños juegan bajo la vigilancia de sus criadas que las acompañan.

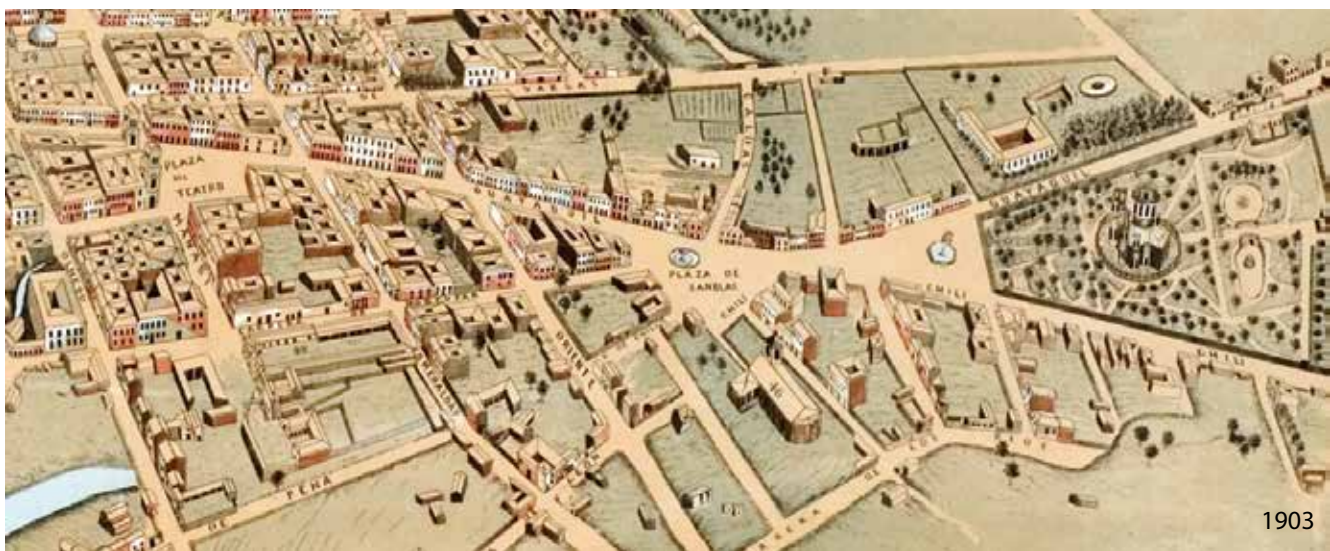
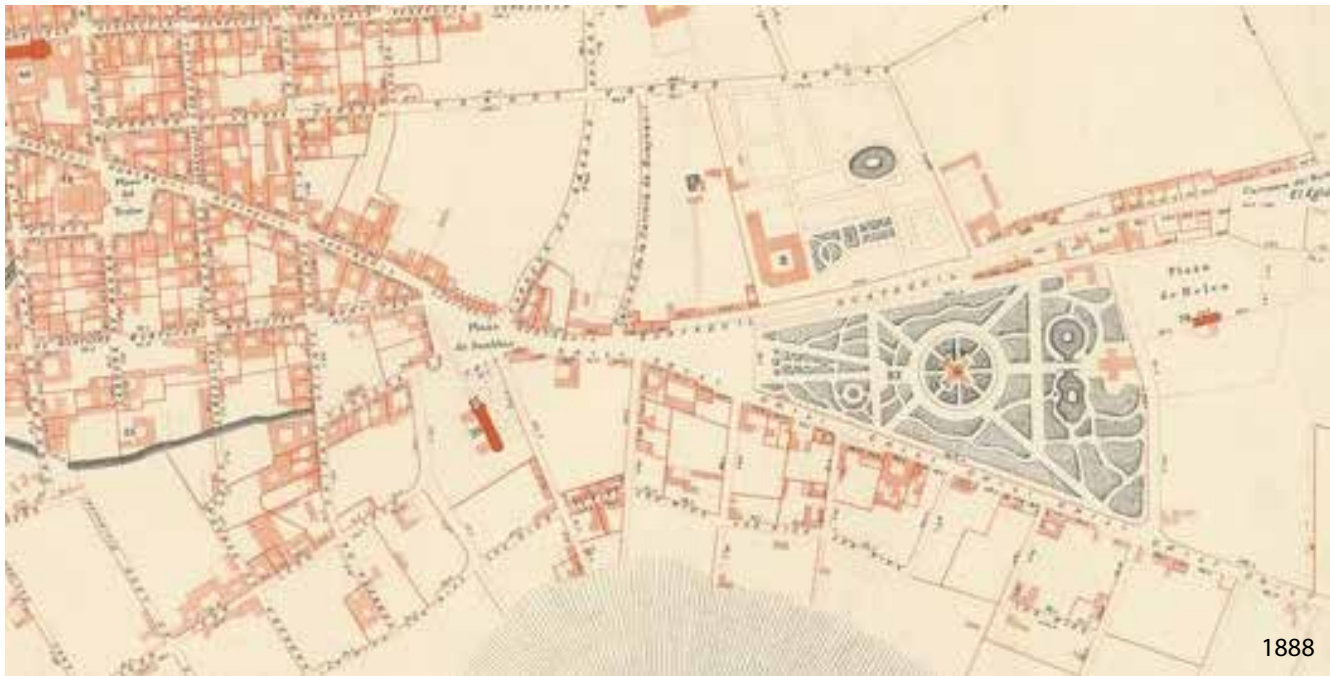


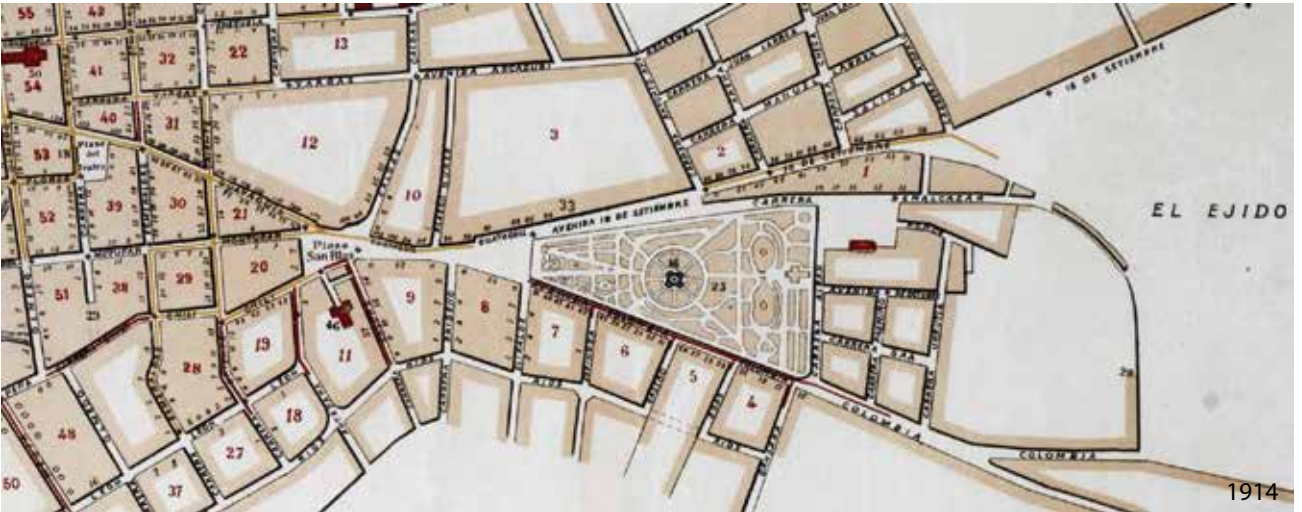
Gráfico 61. Parque de La Alameda en 1888 y 1903.
Fuentes. Plano de Quito: 1888 y 1903

El jardín botánico y un edificio destinado a la ciencia: el observatorio astronómico, sirven de escenario para esta manera de utilizar el espacio público de Quito. Esto no significa que la mirada de la gente común esté distraída, por el contrario, para ellos se convierte en un espacio de contemplación del que se apropian cuando desaparece la reja.

Con el retiro de las rejas y la apertura del parque a toda la población la élite social que lo gestó perdió el interés por este espacio para cederlo o permitir la apropiación por parte de un grupo social

más amplio y diferenciado. En otras palabras, este espacio público de uso limitado de un grupo social se transformó en espacio ciudadano pues el reconocimiento colectivo existió desde su creación; junto con el cambio de la exclusividad del parque cambió una parte de la arquitectura que la rodea para ser reemplazada por arquitectura moderna.

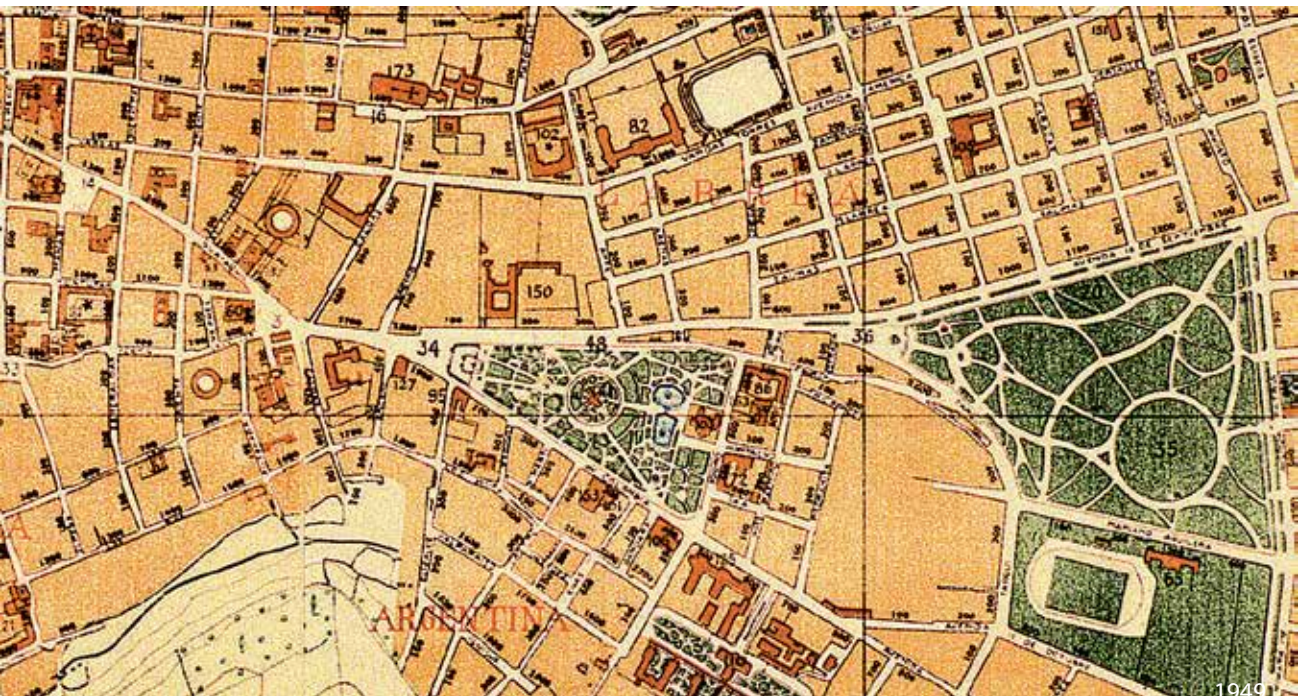
El grupo social acomodado perdió interés por este espacio público hacia 1940, época en que se presenta un nuevo cambio tecnológico; esta vez ya no es la sociedad ilustrada del siglo XIX sino una



1914



1922



1949

Gráfico 62. Parque de La Alameda y el Ejido en la cartografía quiteña
Fuentes: Plano de Quito: 1914, 1922, 1949

sociedad moderna que encuentra otros referentes estéticos en la arquitectura, la disposición y uso del espacio público.

El sector en que se encuentra el parque corresponde a la zona de expansión residencial de Quito hacia 1910. Esta es una época interesante por la incorporación de una serie de servicios públicos básicos, transporte masivo y comunicación, es decir una tecnología de acceso masivo que cambió el estilo de vida de la población. El nuevo modo de vida tiene como referente al pensamiento ilustrado que da una explicación del mundo a través de la razón sin embargo este pensamiento no llegó a la mayoría de la población cuya religiosidad, parte católica, parte ancestral se mantuvo al interior de la familia. En otro aspecto, aporta al cambio la imagen urbana la arquitectura ecléctica construida alrededor del parque y de arquitectos extranjeros: Antonino Russo, Francisco Durini, Francisco Schmidt, José María Pereira.

El parque de El Ejido

El ejido del Norte fue el espacio lagunar que en el inicio de la colonia se convirtió en ejido y en el periodo republicano se arrienda manteniendo el uso de ejido durante el siglo XIX y finalmente se vende al mercado inmobiliario en el siglo XX. Este espacio tuvo un significado siniestro para la población por ser el espacio en el que se protagonizaron dos muertes de personajes célebres de la historia nacional: el Virrey Blasco Núñez de Vela y Eloy Alfaro, lo que da un signo negativo a este espacio.

Con motivo del centenario de la Batalla de Pichincha en 1922 una parte de El Ejido se transformó en parque público que se encuentra a continuación del parque de La Alameda, en dirección Norte. Entre las actividades que animaron este espacio la adecuación como jardín botánico en una parte y en otra la construcción del “estadio del arbolito” en donde se realizaron encuentros de fútbol.

La representación completa de los ejidos se produjo en el levantamiento aerofotogramétrico de Quito de 1932, momento en que se comprende la transformación del espacio abierto y el espacio público. En este sentido el parque de El Ejido viene a ser un espacio alineado a La Alameda y secundario con relación a ésta; emula a una alameda

por ser un jardín botánico pero estuvo destinado a una población y con actividades diversas. Las fotografías de inicios del siglo XX muestran grupos de militares realizando prácticas de tiro, gimnasia y entrenamiento; otras imágenes muestran un espacio vacío delimitado por dos caminos; lugar de aterrizaje de aeronaves pequeñas; lugar de paseo, juegos populares como la pelota nacional, exhibiciones de malabaristas y cuenteros, es decir la gente que lo frecuenta es gente común de Quito que se reúne sobre todo durante el fin de semana para realizar actividades colectivas de entretenimiento popular. La representación cartográfica de 1922 muestra el parque está dentro de la ciudad con la Ciudadela Mariscal Sucre al Norte del parque (*Gráfico 62*).

El Ejido junto con La Alameda se alinean en sentido Norte-Sur, lo que da cuenta del crecimiento lineal de la ciudad en el siglo XX; la visión de conjunto de esta disposición de la ciudad hace que los parques y plazas de mayor significación en los ejidos sean percibidos como espacios residuales de propiedad municipal, tanto los del Norte como en el Sur, la mayor parte junto o cerca de las principales vías de la ciudad, o antiguos caminos. Sin embargo, desde otra óptica, los parques pueden leerse como la superposición de huellas en el mismo territorio, es decir espacios fundamentales de la ciudad en donde se encuentra la síntesis de cada ejido como totalidad y a partir del cual se puede representar un Quito distinto por la densidad de su significado construido por el poder o por la ciudadanía.

Epílogo del capítulo II

A manera de síntesis sobre las circunstancias que presenta el territorio de Quito y las condiciones que permiten la ocupación humana de este espacio se podría decir que las circunstancias físicas del territorio y los significados que se construyeron sobre éste recuerdan una naturaleza animada que interactúa con los humanos, predice, protege, favorece la vida, y en algún momento castiga; a este modo de habitar el territorio se une la ubicación sobre la línea ecuatorial, reconocida por los aborígenes y descubierta por los navegantes europeos quienes replantearon su concepción sobre la habitabilidad en este espacio singular del planeta.

El territorio de Quito es afable como naturaleza pero de difícil acceso; la disposición natural de espacios de agua, volcán y laguna fue un nicho acorde con las necesidades de protección y vida colectiva de los señoríos; el mismo territorio reunió características acordes con la necesidad de los incas de establecer la construcción de “otro Cuzco” en Quito. Este proyecto no se materializó pero deja la impronta de un orden y geometría en el espacio natural que se convirtió en un paisaje de puntos y líneas formado por quebradas, agua y montaña, y por las cuerdas de una urdiembre de caminos prehispánicos que más tarde será aprovechada y consolidada hasta el presente.

Los españoles tuvieron intereses similares al de los Incas, encontraron en Quito un lugar con recursos naturales y población, una hondonada protegida por montes, y dos planicies de agua ordenadas de manera simétrica con relación a la hondonada; este fue el espacio en el que se produjo una coincidencia de intereses por su ocupación, y por lo tanto una disputa y luego una negociación; las condiciones pactadas pusieron fin a una serie de batallas libradas por alrededor de veinte años, primero entre incas y señoríos, luego entre incas y españoles. La erupción del Cotopaxi fue un indicador de alerta según el cronista Pedro Cieza de León, un llamado a la sensatez humana y un presagio de cambio. En consecuencia, la fundación de Quito cerró un periodo de transición a un nuevo orden.

Los detalles de la guerra librada entre españoles e indígenas por la toma de Quito están escritos en la historia del país; sin embargo, la negociación y la toma de Quito tiene pocos referentes que se encuentran en Pedro Cieza de León quien describió un contexto de guerra que coincide con la erupción del Cotopaxi como presagio del cambio, luego el encuentro entre Rumiñahui y Benalcázar en una negociación fallida pues Rumiñahui no aceptó las condiciones para el acuerdo; esto significó su persecución y muerte. La negociación se efectuó entre Ampudia por parte de los españoles y Quingalimbo junto a otros capitanes incas colaboradores de Rumiñahui quienes finalmente “salieron de paz”.

La serie de guerras que libraron entre Incas y españoles por la toma de este territorio, no exenta de violencia, finalizó con un acuerdo de paz: “por

la fuerza o por su voluntad” según Pedro Cieza de León las partes “salieron de paz”. Una paz a medias que no se cumplió dejando en los indígenas un sentimiento de rebeldía e inconformidad que se convirtió en recurrente como lo señala la historia colonial, no solo en Quito sino en toda la sierra del actual Ecuador.

La negociación del territorio de la meseta de Quito se realizó con anterioridad a la fundación efectiva de la villa en favor de los españoles, establecida el 6 de diciembre de 1534, es decir antes de la existencia del espacio urbano¹⁰⁴, la disputa fue por la cesión de un lugar de propiedad colectiva; la cesión de un espacio de los señoríos para quienes fue un espacio de comunidad en el que se practicó la solidaridad y la reciprocidad evidente en el manejo cuidadoso del medio natural para beneficio de quienes lo compartían, un “espacio del nosotros” en el que tiene prioridad el sentido de pertenencia a un territorio y los símbolos elaborados sobre el mismo, esto es: la montaña en donde habitan los dioses y el suelo en donde están enterrados sus muertos, la tierra que se hereda a los hijos y la tierra como atributo de identidad. En esta lógica el valor económico del suelo pasa a segundo lugar.

La negociación significó ceder derechos de cada una de las partes que para los indígenas era ceder lo máspreciado: el territorio. Las promesas no se cumplieron por lo que quedó la rebeldía de parte de los indígenas locales. Qué fue lo que no se cumplió. En primer término, la tenencia de la tierra como un derecho colectivo; la transformación de la colectividad como sujeto de derechos a la sociedad en la que el individuo es sujeto de derechos y obligaciones ante la ley escrita; con esta condición, lo colectivo perdió vigencia aparente; esta condición repercute en el derecho a la tierra colectiva o comunal; algunas comunidades quedan dentro de concesiones de tierras hechas a fundadores; en otras, el concepto de tierras mantuvo el nombre de la comunidad pero sus propietarios ancestrales pasaron a trabajar en ellas sin derechos sobre la propiedad.

Para los fundadores, la localización en lo bajo de la hondonada y los indios en lo alto significó

¹⁰⁴ El término espacio urbano y espacio público son conceptos que provienen de la tradición occidental por lo que no se puede aplicar a la disposición de los centros de poder prehispánicos que también tuvieron traza y plazas.

una desventaja estratégica que la hacen notar varios cronistas y visitantes. Esta circunstancia, y ante la desconfianza de un ataque de los indios, se construyeron con el apoyo de ellos grandes contenedores arquitectónicos a manera de fortalezas estratégicamente localizadas formando un cuadrilátero.

Si Lima fue la “Ciudad de los Reyes” y Bogotá la “Ciudad de los Conquistadores”, ¿cuál sería el calificativo que caracteriza a Quito? ¿ciudad de la sombra cero? haciendo alusión a su localización particular en el planeta; o como Jaime Salcedo identificó a las ciudades españolas fundadas en América, “modelo de ciudad cristiana” cuyo atributo es la traza regular¹⁰⁵ con la iglesia junto a la plaza, que sintetiza un microcosmos. En este sentido el jesuita Juan De Velasco desde el exilio la denominó en el siglo XVIII “ciudad santa” y Simón Bolívar la llamó “ciudad convento” en los inicios del siglo XIX.

En este contexto se podría decir que Quito adquirió una identidad dual, la ciudad de la sombra cero está presente en la ciudad cristiana; y la ciudad cristiana se refleja en la ciudad de la sombra cero y en el “otro Cuzco”, en un juego de espejos que se proyecta en la interpretación futura de Quito. De este modo y en su hibridez, término utilizado por Néstor García Canclini¹⁰⁶, la ciudad se proyecta y consolida como un tercer producto, americano, con lo mejor de los atributos de ambas como diría José Lezama Lima (Serie valoración múltiple. Casa de las Américas, 1970, pág. 134). En este contexto, los conquistadores apostaron por la fundación de Quito, un “modelo de ciudad cristiana” híbrida, cristiana y pagana al mismo tiempo, en el sitio de la sombra cero en el día de Bernabé, es decir en el equinoccio.

En los primeros años Quito se convirtió en un referente de “traza regular” como lo denomina Salcedo, cuya estructura y rasgos morfológicos

¹⁰⁵ La denominación alude al cosmos cristiano ordenado a partir de la plaza y al tipo de traza regular que fue la referencia para otras fundaciones españolas de la región mencionados por Jaime Salcedo (Salcedo Salcedo, 1996).

¹⁰⁶ Si bien el contexto en que García Canclini trata la hibridez es el de la modernidad, considero pertinente aplicarlo en esta tesis para el caso de la ciudad colonial en la que se produce un sincretismo, una lectura crítica o una reinterpretación cultural de lo hispánico y del discurso de la iglesia por parte de la cultura local.

se replican en otras ciudades de la región: Cali, y Popayán, y probablemente Portoviejo en donde cuenta el nombre de Sebastián de Benalcázar como fundador a partir de 1534. Otras ciudades que siguen este modelo son Cartago, Buga y Pasto, todas en el Sur de la actual Colombia.

La transformación social y política colonial llevó alrededor de ochenta y seis años, entre 1534 y 1620 con el establecimiento de una arquitectura religiosa monumental correspondientes a los conventos e iglesias de las cuatro órdenes religiosas; se establece el cabildo y las principales instituciones coloniales. El nuevo orden político se reflejó en el territorio y significó pérdidas y ganancias para la sociedad prehispánica: el espacio lagunar fue transformado en ejido para pasto lo que representó un cambio radical en su uso y en la manera de compartir el espacio colectivo de aprovisionamiento para la vida, es decir, de “espacio del nosotros” a espacio individual, pero no transforma la práctica de la solidaridad y reciprocidad que es de tipo colectivo y ancestral. Este aparecerá nuevamente en el espacio simbólico cristiano que es la plaza bajo la figura de la resistencia y sincretismo, visible en la protesta y la sublevación que fue una constante a lo largo del periodo colonial.

El valor simbólico del lugar de Quito se proyecta en el territorio de varias maneras: en aspectos inmateriales que se sienten y se miran pero el acceso a estos recursos no implica una posesión individual: la geografía, la localización cercana a la línea equinoccial, posición astronómica particular que da lugar a interpretaciones y premoniciones de lo que vendrá, alineación de puntos del kay pacha que forman un sistema de relaciones cercanas y lejanas en el territorio, espacios en los que se practica la reciprocidad y la solidaridad colectiva pero al mismo tiempo la disputa y la negociación, que se desplaza de los ejidos y el mercado prehispánico a las plazas coloniales de la ciudad y en particular a la plaza mayor, la dualidad del territorio representada en el Anan y el Urin, es decir, preexistencias culturales que permanecen en el imaginario colonial como una religiosidad suigeneris denominada en el arte como sincretismo.

A esta inmaterialidad se suma lo tangible de la arquitectura religiosa colonial que hasta 1620 tuvo concluida la mayor parte de iglesias de las

principales órdenes religiosas llegadas a Quito. En este proceso apoyaron los indígenas quienes contribuyeron a la construcción de la casa de Dios la que en el transcurso del tiempo cada una sería una fortaleza ante posibles ataques y rebeliones de los indios y mestizos, un referente de la desconfianza que quedó luego de un acuerdo que no se llevó a cabo, la inconformidad y no aceptación de una pérdida por parte de los aborígenes andinos.

Otra permanencia material durante la colonia fue el camino denominado Capac-Ñan o “Camino del Inca” que mereció elogios de parte de los conquistadores; se mantuvo con algunas variantes hasta el siglo XX: modificaciones en su ancho, y técnica constructiva. El dibujo de Quito realizado por Felipe Guamán Poma de Ayala representa a esta ciudad con cuatro caminos en primer plano, esto expresa la conectividad de Quito y su localización en un cruce de caminos.

En tiempo hispánico se construyó un camino procesional que partió del pueblo de Guápulo hasta Quito. En la iglesia de este pueblo, de tamaño monumental y con rica decoración, perteneciente a la orden franciscana, estuvo la imagen de la Virgen en la advocación de Guápulo, que salió en procesión a Quito cada vez, que habían los terremotos, erupciones volcánicas, sequías, inundaciones, enfermedades, inestabilidad social y durante las fiestas en su honor, en medio de un ambiente solemne que atrajo la atención de la población a su paso.

En la enumeración de permanencias aparece el mercado prehispánico ubicado en la actual plaza de San Francisco. Se desconoce el tamaño original y se puede inferir apenas una huella de su borde que corresponde al quiebre que se produce en la traza urbana al construir el convento de San Francisco. El mercado funcionó hasta aproximadamente 1903 en que los comerciantes fueron desplazados al mercado cubierto de Santa Clara que ocupó la plaza del mismo nombre. El mercado fue un espacio de acceso para diferentes grupos sociales en el abastecimiento de productos como alimentos y objetos de uso suntuario. Los españoles comerciaron con moneda sin embargo los indios mantuvieron el trueque, una huella del intercambio a partir del sentido de la solidaridad y reciprocidad en un “espacio del nosotros”. Al mercado se sumaron otras formas

de comercialización e intercambio en la calle, el mercado callejero que mantiene vigencia hasta la presente como la vocación del espacio ancestral de Quito y la memoria de los mercados rotativos de origen precolonial.

Una de las instrucciones que recibieron los fundadores fue asignar nombres castellanos a los accidentes naturales o construidos, así como implantar una cruz en las huacas indígenas. Para evaluar este criterio generalizado en Quito se analizó la pérdida de los nombres aborígenes en el territorio con el siguiente resultado: se identificaron 16 topónimos aborígenes preexistentes en el núcleo fundacional; de éstos se mantuvieron 8 hasta el presente, lo que ratifica que la conquista mantuvo la nominación de la mitad de los espacios visibles en el territorio, así, la disposición de asignar nueva denominación al territorio conquistado fue parcial. En el caso de Quito se evidencia un equilibrio entre los topónimos que quedan y los que se eliminan, da cuenta que el territorio es un espacio en el que se ratifica la permanencia de las lenguas aborígenes como un gesto de identidad local.

Las cruces en los topónimos de Quito alude a lugares de ingreso a la ciudad colonial como Capilla Cruz loma; Chaupicruz, y una en Guamaní, que se conoce por el repartimiento de estancias se encuentran en los bordes Sur y Norte de los Ejidos. Cruz loma en cambio es un topónimo que denomina una cruz en la ladera del Pichincha desde donde se observa la meseta; todo sugiere una estrategia para superponer el nuevo orden en espacio de significación particular para la cultura local. Estos lugares coinciden además con dos espacios prehispánicos de significación: Chaupicruz y Guamaní: el primero fue un cruce de caminos y el segundo es el Guamaní inca en donde al igual que en otros guamaníes se asentó un centro administrativo y religioso inca.

La ciudad española mantuvo tres emplazamientos de indígenas que se convirtieron en las primeras parroquias eclesiásticas de Quito: San Roque, San Sebastián y San Blas; la división territorial prehispánica del Anan y Urin en la meseta de Quito; el sector de la nobleza Inca y el camino prehispánico.

Luego de un periodo de turbulencia que duró alrededor de ochenta años entre 1750 y 1830, entre

la rebelión de los barrios y el establecimiento de la República del Ecuador se produce un nuevo orden con impacto diferente al primero; en el segundo corte de transformación se produce una nueva acumulación de significados culturales: en el espacio urbano, de los 16 topónimos se conservaron 6 al llegar la República, es decir se modela una sociedad que tiende a acumular tradiciones culturales en lugar de renovar de forma radical. Este comportamiento se refleja en el espacio urbano y el espacio público en la tendencia de repetir la cuadrícula regular en los espacios de expansión fuera del centro.

A mediados del siglo XVIII las Leyes Borbónicas emitidas en América y en Quito específicamente develaron cambios en la manera de gobernar el territorio, se incrementaron los impuestos para una sociedad empobrecida lo que dio lugar a la rebelión de los barrios en donde emergió el sentido del “espacio del nosotros” y la geografía sagrada. Al finalizar este siglo, y todavía en tiempo colonial el presidente de la Audiencia de Quito, el Barón de Carondelet tomó interés en un espacio que fue considerado como “otro”, el de los ejidos, y ordenó su renta incrementando la plusvalía de la tierra para realizar las primeras obras de higiene y ornato en Quito.

Este proyecto, al parecer una obra aislada de una autoridad ilustrada, fue el primer indicio de una turbulencia que terminará con el fin del periodo colonial y el inicio de la República. Habrá que esperar a 1850 para reconocer en el presidente Gabriel García Moreno, de línea conservadora, los aportes al mejoramiento de la imagen urbana del núcleo fundacional que se mantuvo dentro de los límites de la colonia, y a Eloy Alfaro, que siendo liberal, retomó algunos de los proyectos iniciados por García Moreno en la línea de convertir a Quito en una ciudad moderna.

La representación de los ejidos en su extensión completa aparece en los planos de Quito del siglo XX, el plano de 1932 y el de 1990 son necesarios para comprender la transformación del espacio de los ejidos en espacios públicos de acceso para todos. En este periodo de tiempo, la manzana vacía destinada antes a plaza se destina a parque; el ejido del Norte se vende y se urbaniza antes que el del Sur; los parques del Norte emulan al parque de La Alameda, que se convierte en el referente del

espacio público. Los parques se alinean de Norte a Sur como espacios residuales de los ejidos tanto al Norte como en el Sur, como trozos remanentes de propiedad municipal, junto o cerca de las principales vías de la ciudad o caminos antiguos.

Sin embargo, desde otra óptica, los parques pueden leerse como la superposición de huellas en el mismo territorio, es decir espacios fundamentales de la ciudad en donde se encuentra la síntesis de cada ejido como totalidad y a partir del cual se puede representar un Quito distinto por la densidad de su significado construido por el poder o por la ciudadanía.

Los ejidos se redujeron sensiblemente en la segunda mitad del siglo XX con la venta del suelo, cesión de derechos a instituciones del estado o particulares mediante la modalidad de comodatos y transferencias de dominio, entre otras. Los espacios que no entraron en negociación quedaron en propiedad municipal, por lo general espacios de quebradas, zonas inundables no aptas para la construcción, manteniendo los topónimos ancestrales de “Iñaquito”, y “Turubamba”, en donde luego de sucesivas transformaciones la jerarquía del suelo urbano se revierte con relación al siglo XIX. Iñaquito pasa a tener mayor interés económico que Turubamba, y en esta circunstancia el valor del suelo es diferenciado, con mayor valor económico en el Norte que en el Sur.

En el Sur, hasta 1972 el recorrido del río Machángara aparece como espacio no urbanizado, los parques tienen importancia para el barrio; lugares importantes como la estación del ferrocarril no logra conformar un espacio regular a manera de plaza o parque. La plaza convertida luego en parque de la parroquia de la Magdalena podría ser un espacio público de relevancia pero no trasciende la frontera del Panecillo. Es decir los espacios de geometría regular no llegan a conformar un sistema como en el núcleo fundacional. Sin embargo, el curso del río fue el referente para la traza urbana, las riberas del río fueron siempre respetadas por las autoridades y la comunidad; su presencia simplemente estuvo allí como parte de una cotidianidad, espacio de circulación, de juego, basurero público, espacio marginal.

En el periodo comprendido entre el año 2000 y el 2008 y aunque sale de la temporalidad de esta tesis vale decir que las riberas del río Machángara que es el río de la ciudad, fueron adecuadas y transformadas en un parque lineal de varios kilómetros para el paseo de la población de este sector, es decir, en espacio público. Con la presencia y permanencia del río Machángara en el Sur, y las plazas y parques en el centro y Norte de Quito se configura una nueva dualidad visible en el territorio, el río de geometría orgánica y longitudinal se opone a la plaza o al parque de geometría regular, acotada y sometida a la dimensión de la manzana urbana.

Capítulo III

El espacio público y el espacio ciudadano

Los espacios públicos

Esta tesis trata sobre los espacios públicos urbanos abiertos y de acceso colectivo: plazas, calles y parques, han estado fuertemente relacionados con la vida urbana hasta mediados del siglo XX en la meseta de Quito y en la delimitación espacial de la tesis. La acumulación de historia y vivencia cotidiana tiene como evidencia a los espacios públicos del presente que se siguen construyendo aún en la segunda mitad del siglo, en particular, como iniciativa institucional parques para uso de la población.

Los espacios públicos que llegan al presente se distribuyen de manera lineal en tres sectores de la meseta de Quito, en el área de influencia del transporte público: el primero en el Norte, Parque La Carolina (64 hectáreas), (1), parque El Ejido (14 hectáreas), (2), parque La Alameda (6 hectáreas), (3). Los usos más frecuentes son: en el primero deporte y paseo mientras que el segundo y tercero son de circulación y encuentro de personas; el parque de La Alameda tiene algunos atractivos en su interior: una laguna, el edificio del observatorio astronómico que hoy funciona como museo; La Alameda y El Ejido tienen varios árboles patrimoniales con sus respectivas cédulas explicativas.

Los espacios públicos se encuentran junto a vías de transporte público que permiten la afluencia directa y concentración de actividades los fines de semana como la venta de obras de arte en El Ejido, el paseo por la laguna en el parque de La Alameda; el recorrido por los monumentos y árboles patrimoniales de El Ejido y La Alameda.

El Ejido y La Alameda tienen a su alrededor las fachadas de edificios eclécticos y modernos y el paisaje natural detrás: el monte Itchimbia y el volcán Pichincha; en tanto que el parque La Carolina tiene relación directa con la loma de Guangüiltagua y el volcán Pichincha y alrededor edificios modernos. Vale decir que los dos primeros se encuentran más

cercanos al núcleo fundacional y su formación fue anterior al parque de La Carolina, hacienda expropiada en 1939 en favor del municipio¹⁰⁷.

El segundo sector corresponde al espacio fundacional en donde se identifican tres plazas trazadas desde la fundación española: Plaza de la Independencia (9.126 m²)¹⁰⁸, (4), San Francisco (5.301 m²)¹⁰⁹, (5), y Santo Domingo (5.109,15 m²), (6), con actividades cívicas, puntos de referencia urbana y encuentro, relación visual con los edificios que las delimitan, montañas que rodean el núcleo fundacional y conexión con los caminos antiguos.

En el siglo XIX aparecen dos plazas: la primera en el Norte en una pequeña parte plana junto a la quebrada de Pishihuayco, en el camino de ingreso a la ciudad y junto a la antigua carnicería. En el siglo XIX, con la construcción del teatro Sucre sobre las cimentaciones del matadero se integra al trazado urbano una manzana vacía de geometría irregular que se denomina hasta hoy Plaza del Teatro (2.281 m²).

La segunda está al Sur, también sobre el camino antiguo y junto a una pequeña parte plana en frente de la recoleta de Santo Domingo, (7), muy cerca de la iglesia de San Sebastián, al finalizar el siglo XIX se regulariza este espacio y a comienzos del siglo XX, con el ensanche y reestructuración de los niveles de la calle Maldonado se transformó en un parque en frente del Palacio de la Exposición de 1909 denominado Parque de la Recoleta (8.137 m²), evocando a la antigua recoleta de Santo Domingo. Lo interesante de estos dos espacios públicos es que no tienen en uno de sus frentes las fachadas

¹⁰⁷ En este espacio la institución construyó varios pozos de extracción de agua para ser recolectada y repartida en carro tanque en la ciudad hasta el año 1990 aproximadamente; hacia 1942 se construyó un hipódromo en el espacio expropiado, en 1975 se sembraron los árboles que hoy se conoce; entre 1978 y 1980 se realizaron obras de urbanización y lotización alrededor del parque. La remodelación del parque en el año 2016 incorporó una laguna al igual que en La Alameda para entretenimiento de los visitantes.

¹⁰⁸ El área de la Plaza de Independencia, incluyendo el espacio del atrio de la Catedral que toma calle y se construyó en el siglo XIX, debió ser de 9.126 m² en la colonia.

¹⁰⁹ El área de la plaza de San Francisco debió ser de 7.543,11 m² sin el atrio que fue construido en el siglo XVII.

de edificios religiosos sino de edificios públicos, un indicador de cambio de época.

En el Sur de Quito el tercer grupo de espacios públicos está compuesto por el parque municipal “Las Cuadras” ubicado en los terrenos de la antigua hacienda que llevó este nombre y el “Parque Lineal”. El parque Las Cuadras tiene actualmente 36.37 hectáreas¹¹⁰, un tamaño que representa la parte residual de la antigua hacienda y corresponde al espacio del pantano que estuvo dentro de esta propiedad junto a Chillogallo. Pese a estas condiciones, este espacio público está cediendo espacio para la terminal del trolebús y el metro. En estas circunstancias Las Cuadras reúne la condición de espacio público mas no de espacio ciudadano.

El Parque Lineal, (8), es el hito más relevante en este sector pues recorre el borde de la quebrada abierta denominada Chacayacu¹¹¹ (unión de aguas) y el inicio del río Machángara en cuyos bordes se forman espacios de recorrido peatonal, espacios deportivos, lugares de encuentro. La vía recorre paralela al parque¹¹². Este proyecto ocupa una parte del sector Sur de Quito, fue ejecutado entre el año 2000 y el 2008 con 7 kilómetros de longitud. Aunque sale fuera de la temporalidad del estudio de esta tesis es importante tomarlo como referencia ya que el río y la quebrada en esta parte nunca cambió su recorrido y las aguas tampoco fueron canalizadas, lo que sugiere una permanencia que contrasta con la disposición de los parques y las quebradas en el Norte, una dualidad más que se asienta en el espacio público de Quito. Dejando de lado a Las Cuadras, (9), los espacios públicos en el Sur de Quito tienen por lo general una escala barrial.

110 El área del parque se ha reducido por la implantación de la estación de transporte. El área total, incluida la estación es de 46,43 hectáreas que se acercaría a la extensión de la antigua hacienda que llevó el nombre de “Las Cuadras”.

111 Chaca significa puente o unión. Yacu significa agua. Es decir puente que atraviesa una corriente de agua, significado afín en este espacio en donde se unen varias quebradas: Quebrada El Lavadero, Ortega y Chacayacu, según el plano de 1932. En los planos de 1991 en adelante esta quebrada toma el nombre de “Río Grande”.

112 En el año 2007 una parte se convirtió en parque y otra fue ocupada por el vivero municipal; en el 2013 se destinaron 10 hectáreas para la construcción de una estación de transporte público y hoy se construye una planta depuradora de agua y la entrada del metro con lo que el espacio verde y recreativo sigue disminuyendo. Pese a los recortes, éste reúne a la población del Sur de Quito para actividades deportivas y circulación. Desde el interior tiene relación con el paisaje del volcán Pichincha y la loma de Puengasi.

El río de la ciudad es también un espacio público, denominado Machángara. Se origina en el Volcán Atacazo en el Sur de Quito y en su recorrido atraviesa la explanada de Turubamba recogiendo las aguas de este lugar que fue antiguo pantano, en parte rellenado, luego bordea el Panecillo por la parte Este y continua hacia el valle por una brecha honda y estrecha para formar el río Guayllabamba¹¹³. En su recorrido recoge también las aguas del sistema de quebradas antes descrito. Las quebradas han sido espacios naturales por los que circulaban personas, y se realizaron actividades cotidianas como el baño, el lavado de ropa, el paseo, el juego de niños y de los “no tan niños” como señala Andrade Marín al referirse a la quebrada de Jerusalén (*Gráfico 63*).

A manera de referencia, Quito posee 1.840 parques y 3,200 hectáreas en espacios públicos¹¹⁴. Esto incluye los parques antes descritos y los parques barriales, canchas deportivas y estadios¹¹⁵.

El espacio público se expresa de dos maneras en el tiempo, la primera, como sistema de plazas durante el periodo colonial, tiempo en que todo pasaba por la plaza de tierra, rodeada de edificios públicos y privados: la procesión, los ajusticiados, la fiesta de toros, la provisión de agua para las casas, la llegada de un personaje importante, el mercado. Las más importantes tuvieron una iglesia y convento en uno de sus frentes.

La segunda manera en que el espacio público se expresa en el tiempo es mediante el parque. El cambio de plaza a parque supuso una transformación física que reflejó un cambio social en el modo de usar el espacio y el significado del monumento colocado al centro. En Quito, las tres plazas coloniales se transformaron en parques desde el final del siglo XIX hasta inicios del siglo XX pero San Francisco y Santo Domingo volvieron a ser plazas duras. En

113 Una parte del río Machángara fue acondicionada con un parque concluido en el año 2007 y se denomina Parque Lineal, cuya extensión es de 7 kilómetros. Interesa mencionar esta obra porque, a diferencia de Ñaquito, se conservó la quebrada abierta y se recuperó el valor paisajístico y ambiental del río y la quebrada, un escenario de paseo familiar y deporte en el que subyace la historia del lugar, hoy densamente poblado. De este modo la memoria del río cobra vigencia.

114 <http://www.epmmop.gob.ec/epmmop/index.php/proyectos/espacio-publico/parques-y-areas-verdes>

115 Al finalizar el siglo XX se segregaron espacios de las cimas de las colinas de los cerros Guanguiltagua e Itchimbía para parques zonales compuestos por espacios de bosque, senderos para excursión y actividades lúdicas.

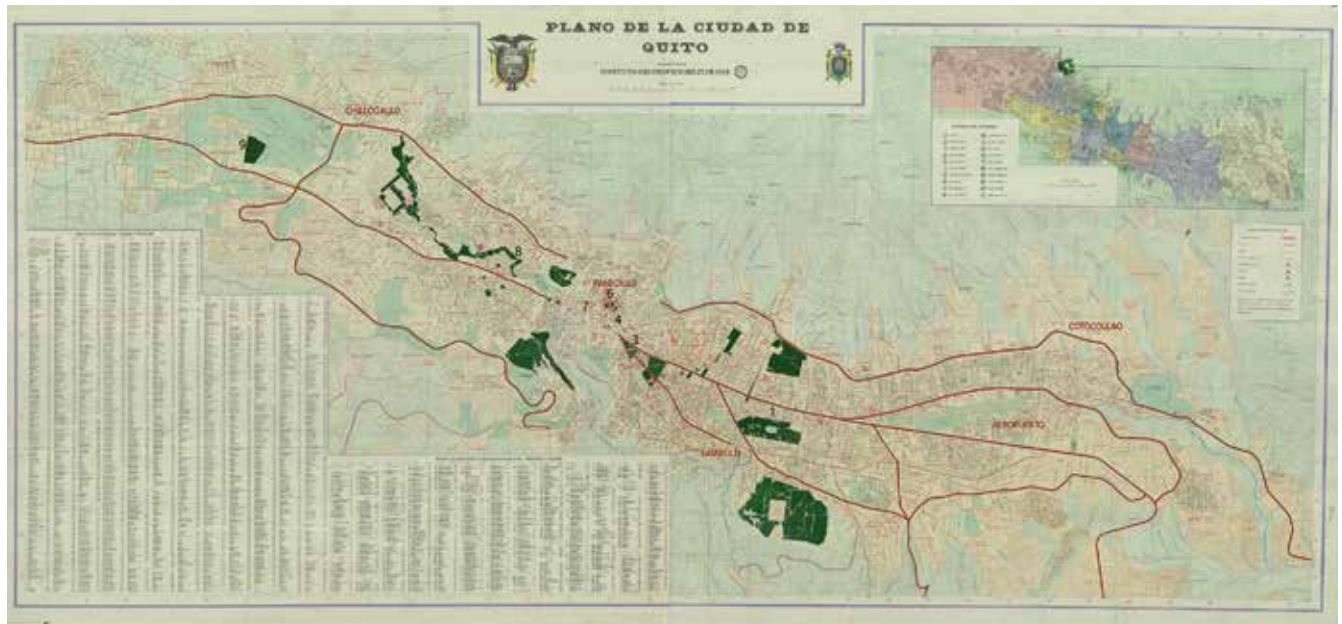


Gráfico 63. Plano de Quito de 1989 con la ocupación urbana y los espacios públicos
Elaboración de la autora

este contexto el espacio público sumó a la plaza y la calle, el parque.

Con relación al parque de la Independencia vale señalar que aunque cambió su condición física por la vegetación, continúa siendo conocida como plaza Grande o plaza de la Independencia. Se mantiene como el centro del poder y la “toma de la plaza” sigue siendo el objetivo de las manifestaciones populares, no solo de la protesta pública también de manifestaciones artísticas y cívicas. En circunstancias de tensión política en contra del gobierno de turno la toma de la plaza echa a perder al parque, lo que provoca de manera sistemática el reclamo público del municipio que es la institución que hace el mantenimiento; cuando sucede lo contrario, con la manifestación en contra del municipio, algún quiteño o medio de comunicación reclama por su destrucción; en ambos casos son indicadores de interés sobre este bien público de la ciudad.

En el siglo XX las plazas del núcleo fundacional mantuvieron la vitalidad del encuentro, los parques de La Alameda y El Ejido recibieron a la población en domingo para el paseo, el juego y la novedad de la fotografía en el escenario del jardín y la laguna del parque. Más tarde, hacia los años noventa el transporte público masivo facilitó la llegada a

Parque de La Carolina, un espacio público creado para hacer deporte y pasear. Con la accesibilidad desde toda la ciudad la población del Sur pudo pasar el día en este parque.

Si retrocedemos al Quito del siglo XIX, la ciudad mantenía los límites coloniales y los espacios públicos eran las tres plazas del núcleo fundacional. En este contexto, el parque de La Alameda fue el primer indicador de expansión de la ciudad hacia el Norte. Este último fue lugar de paseo de los quiteños, espacio de entretenimiento de la sociedad culta de Quito, y en el que se realizaron algunos ensayos de aclimatación de plantas importadas o nativas a cargo de Luis Sodiro (1836-1909)¹¹⁶, el primer director del jardín botánico. Las actividades del observatorio astronómico y el jardín botánico favorecieron la creación de un espacio público diferente en la ciudad; mientras que las plazas del núcleo fundacional también transformaron su imagen con la incorporación de flora importada y nativa, senderos de circulación, bancas, luminarias y monumentos conmemorativos.

Siguiendo el mismo ejercicio, durante los siglos XVI al XVIII la ciudad tuvo como espacios públicos el sistema de tres plazas utilizadas sobre todo por

116 <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo2/s9.htm>

la gente común y con una fuerte relación con el campo: aguateros, comerciantes fijos en los portales o vendedores callejeros, transeúntes en general. Las plazas y las fachadas de sus frentes se arreglaban con la visita de un personaje importante: un viajero con destino a Santa Fe o a Lima; una fiesta religiosa o los toros; en estas circunstancias los balcones de las casas se adornaban con telas de colores, y en las calles con arquitectura efímera a manera de calle de honor. Durante este periodo se realizaron las primeras obras públicas para extender las calles del núcleo fundacional y conservar libre la salida hacia el Norte con una Alameda que la cartografía identifica como “Potrero del Rey” y en el siglo XIX “Parque de La Alameda”.

La retrospectiva de los espacios públicos permite inferir cambios en la forma y uso del espacio de acceso de la población para encuentro y el desarrollo de actividades colectivas. Las plazas del núcleo fundacional acumulan mayor historia que los parques que se añaden en la medida que la periferia se amplía y se ocupan los ejidos. También se observa que en la segunda mitad del siglo XX el espacio público abierto se limita en número, dando paso a espacios cubiertos, de tipo privado y uso público denominados centros comerciales mencionados en el Atlas Infográfico de Quito de 1990 en donde las dinámicas sociales son diferentes, lo que marca un corte temporal y espacial en la concepción originaria del espacio público.

De los espacios públicos que llegan al finalizar el siglo XX se han elegido los que tienen la capacidad de relatar un tipo de ciudad, un Quito singular que sintetiza la historia de la ciudad, en donde por su jerarquía se han suscitado hechos de relevancia colectiva y gozan hasta hoy de reconocimiento ciudadano, y en donde se convocó y se convoca actividades de tipo público.

El espacio ciudadano en Quito

El análisis de los capítulos anteriores pone en contexto tres aspectos relevantes de la ciudad y el territorio en que se asienta para configurar el espacio ciudadano, ese espacio público de reconocimiento colectivo en periodos de larga duración: el “espacio del nosotros” que afirma el reconocimiento colectivo de ciertos espacios como el sistema de las tres plazas coloniales; la noción de lo equinoccial cuya representación se concentra en el parque La Alameda en donde se encuentran las lógicas de una Ilustración “a la quiteña” con proyección internacional; y el paisaje ancestral de Quito que es producto de un orden territorial en donde la vitalidad del fuego, el agua y la tierra dejan una huella en la memoria de sus habitantes y en la manera de habitar la ciudad.

El espacio del nosotros, la noción de lo equinoccial y el paisaje son permanencias que hacen de Quito una ciudad con carácter propio, éstas son evidentes en los espacios públicos, no obstante, estas permanencias se traslapan con atributos que se suman en temporalidades diferentes y con lógicas afines a cada temporalidad.

Los dos periodos de la historia política influyen pero no son determinantes en la transformación del espacio público; al respecto cabe preguntar ¿cómo encontrar los cortes temporales que pueden identificar a un Quito diferente? Un recurso para responder esta pregunta se encuentra en la cartografía en dos dimensiones puesto que al representar la ciudad se observan cambios en el dibujo de los espacios públicos; a esto se suma la cartografía en tres dimensiones realizada por dibujantes o artistas que aportaron bajo la lupa de quienes costeaban su producción una visión particular del plano; las descripciones de viajeros; documentos oficiales; estudios realizados a partir de fuentes primarias y descripciones de lo cotidiano.

El mapa, como señala Brian Harley (1932-1991) no es un dibujo inocente, representa intereses, en ocasiones elimina partes que por algún motivo no interesa representar, incorpora elementos gráficos que dan a entender que cada plano es producto científico y por lo tanto un referente de “verdad” cuando en realidad es una elaboración técnica; el mapa también habla del pasado e incorpora un

discurso político (Harley, 2005, págs. 185-207). En este sentido los análisis del mapa en Harley son pertinentes para el examen con diferentes lentes sobre los planos históricos de Quito. Vale decir que esta ciudad tiene una serie cartográfica amplia debido al interés que despertaron los resultados de la primera Misión Geodésica Francesa a cargo de Charles Marie de La Condamine y de dos oficiales españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa. La Condamine permaneció en Ecuador entre 1736 y 1745 para realizar la medición del cuadrante terrestre.

Para realizar una lectura de los espacios ciudadanos en “Quitos” diferentes tomaré como referencia los planos históricos de la ciudad y las descripciones sobre ésta en temporalidades similares para analizar de qué manera los elementos naturales geográficos y topográficos influyeron en la manera de habitar esta ciudad, y del mismo modo, de qué manera el juicio de valor sobre la quebrada como espacio inseguro e insano elimina las rugosidades y transforman el medio natural, factores que han incidido en la estabilidad de esta burbuja de cielo y suelo que compone el arte del lugar.

En este contexto, el plano dibujado y las descripciones son “textos” que se complementan en el sentido en que J.B. Harley utiliza para la deconstrucción del mapa:

... el modelo de texto puede tener una aplicación mucho más amplia que sólo la de los literarios. A textos que no son libros, como las composiciones musicales y las estructuras arquitectónicas, podemos con toda confianza agregar los gráficos que llamamos mapas” (Harley, 2005, pág. 195).

Quito telúrico. El espacio público como refugio

Quito está asentada al pie del volcán Pichincha cuyas erupciones dejaron su huella en las quebradas y en la cartografía del siglo XVIII; su situación geográfica afectada por dos placas geológicas que se mueven en direcciones opuestas han generado un Quito en el que las fuerzas de la naturaleza y el afán de sus gobernantes por transformarlas en una sistemática actuación sobre el territorio no siempre

tuvo resultados positivos ya que la naturaleza se impone cada vez con nuevas y significativas acciones que modifican el espacio público y la arquitectura.

En un emplazamiento sagrado ancestral cabe la pregunta cómo se expresa en el espacio público la reacción ante el terremoto y la erupción volcánica. Cuáles son los espacios públicos que han sido receptores de población en búsqueda de protección ante hechos inexplicables de la naturaleza, cuáles son las acciones humanas para que la ciudad se expanda salvando los obstáculos en un territorio complejo como el de Quito.

Una primera aproximación al Quito telúrico trata sobre el contrapunto entre quebrada y puente durante la colonia, el mismo que se transforma en el dominio de la tecnología sobre el control del suelo mediante los rellenos y el encausamiento de la quebrada. Más allá de la obra de ingeniería están los discursos tanto de la población como de los gobernantes para motivar esta acción. Para ello la cartografía del siglo XVIII producida en 1734, 1748 y 1751 es un recurso que permite analizar en corto tiempo las transformaciones en las huellas dejadas en las quebradas y el estado en que se encontraban en ese tiempo.

La pregunta que se plantea ante la solución del puente para cubrir la quebrada es cuándo cambió, ya que éste involucra también un cambio de mentalidad, un nuevo tiempo. La respuesta estará en las acciones sistemáticas de relleno para permitir el crecimiento de la ciudad y por considerarlas un foco de infección e insalubridad para la población.

Un segundo aspecto, más complejo que el primero es la reflexión sobre las erupciones y los terremotos que han incidido en la significación del espacio ciudadano. Sobre este tema hay varias aristas a explorar. Por un lado las erupciones del volcán Pichincha y en particular la de 1660; por otra, los terremotos de 1797 y 1868 cuyos epicentros están fuera de Quito pero con repercusiones en esta ciudad. La tercera es la mirada de los viajeros europeos, los primeros fotógrafos, la cotidianidad de la ciudad en un tiempo en que convive lo pre moderno con un pensamiento ilustrando que no llega a toda la población.

El puente y la quebrada

A cien años de la fundación de Quito, Dionisio Alcedo y Herrera (1690-1777), vigésimo presidente de la Audiencia de Quito entre 1728 y 1736, elaboró un plano en colores que dibuja la ciudad en tres dimensiones. El expediente que acompaña el plano está dirigido al Rey de España y tiene fecha 1732; en su contenido destaca la necesidad de la construcción del puente de La Merced, señalado en el plano con el número 16, así como su participación personal diaria en esta obra de beneficio de la ciudad. El documento fue enviado a España en 1734, dos años antes de la llegada de Charles Marie de La Condamine que fue en 1736.

En su contenido señala que la ciudad tuvo 16 puentes “que facilitan el tránsito de los vecinos” (Alcedo y Herrera, 1734, págs. Quito 132, N.2); el plano destaca el escudo de España y el de Quito, éste último representa un castillo sobre dos montañas, entre quebradas¹¹⁷ en alusión a los atributos más relevantes de la misma. Si se cuenta el número de puentes siguiendo la representación gráfica aplicada para el puente de La Merced se comprobará que llegan a once y con el dibujo de algunos rellenos podría llegar a 16.

Otros elementos de interés y que se destacan en el plano son tres alcantarillas, dos localizadas en la parte superior de quebradas que se encuentran fuera de la ciudad: Tejar y Ullaguangayacu y una en el extremo inferior izquierdo junto a una quebrada sin nombre y el río Machángara. Otro detalle importante es la presencia de un molino cerca del río Machángara y la alcantarilla. El dibujante no puede eludir la presencia del volcán Pichincha y el espacio de La Alameda con la Capilla de la Veracruz, el rolo y una laguna que se forma por las corrientes de agua del monte Itchimbía (Gráfico 64).

La Condamine era miembro de número de la Academia de Ciencias de París, quien pidió permiso a Felipe V, Rey de España, para realizar la medición del cuadrante terrestre en territorios de la Audiencia de Quito y demostrar las teorías que en ese entonces se discutían sobre la forma de la tierra; el Rey aprobó el pedido y dispuso la incorporación de dos navegantes españoles con formación militar para

acompañar e informar al Rey sobre los trabajos: Jorge Juan y Antonio de Ulloa que se unieron a la misión en Cartagena (De La Condamine, 1986, pág. 5).

A más de los dos españoles el grupo francés estuvo compuesto por Pedro Bouger, astrónomo; Luis Godin, matemático y astrónomo, cumplió también funciones de administrador de la misión; el botánico José Jusieu; el médico Juan Senierges y cinco asistentes encargados de las operaciones en el terreno y disposición de los instrumentos: Hugo¹¹⁸, relojero; Jean Joseph Verguín, ingeniero; Jean de Morainville, dibujante; Pierre Couplet, geógrafo; y Godín Des Odonnais, agrimensor. El grupo se completa con cuatro personas para servicios domésticos, en total 15 personas. La Condamine llegó a Quito en 1736 y finalizó la medición en 1745, año de su regreso a Europa.

Durante su permanencia en Quito la misión produjo dos planos de Quito: uno en 1748 levantado por Jorge Juan y Antonio de Ulloa y un segundo por parte de La Condamine en 1751; los resultados fueron presentados de manera independiente, uno por parte de Juan y Ulloa, otro por parte de La Condamine, éste último fue elogiado por la Real Academia de Ciencias de París despertando interés en otros estudiosos y viajeros que visitaron Quito hasta el siglo XIX (Gráfico 65).

El plano de Quito de Jorge Juan y Antonio de Ulloa representa la ciudad en dos dimensiones, se encuentra insertado en el libro “Relación histórica del viaje hecho de orden de S. Mag. Para medir algunos grados de Meridiano Terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura, y magnitud de la Tierra”. El documento es un grabado en blanco y negro, en formato de 0,487 X 0,315 m. Escala en toesas. Publicado en Madrid en 1748.

El plano muestra el emplazamiento de la ciudad entre colinas y el sistema de quebradas en parte descubiertas y en parte rellenadas; se trata de una representación técnica del plano de la ciudad en donde se da importancia a las edificaciones y parroquias eclesiásticas, los edificios civiles de la

¹¹⁷ El 14 de enero de 1541 el emperador Carlos V dio a Quito el título de Ciudad y por armas un escudo que tiene un castillo de plata sobre dos montañas y una quebrada en medio.

¹¹⁸ No se encontró el nombre completo. Los nombres y cargos de los demás miembros de la misión fueron obtenidos de diferentes fuentes.



Gráfico 64. Plano de Quito. 1734.

Fuente: Dionisio Alcedo y Herrera. Dimensiones 567 X 831 mm. Escala 500 varas castellanas.

Audiencia y el Cabildo, las cárceles, el hospital, las fuentes de agua, molinos, la carnicería y la ubicación del rollo de la ciudad. Juan y Ulloa ponen con numeración separada dos sitios desde donde se realizaron las observaciones de latitud y oblicuidad de la elíptica de la tierra por parte de la Misión Geodésica Francesa en su estancia en Quito (Gráfico 66).

El plano de Quito de Charles Marie de La Condamine representa la ciudad en dos dimensiones, se encuentra insertado en el libro *Journal du voyage fait par ordre du Roi, a l'Equateur, servant d'Introduction historique à la mesure des trois premières degrés du Meridien*. El plano está grabado en blanco y negro; tiene dimensiones de 0,262 X 0,197 m. Escala en toesas. Publicado por la Imprenta Real de París en 1751.

El grabado pone especial interés en el curso de las quebradas de Quito que los otros planos las cubren.

La Condamine cubre únicamente la parte central de la quebrada Tejar – Manosalvas. El plano destaca en la mitad del formato la parte consolidada de la ciudad. La nomenclatura enumera y separa las iglesias de los conventos y las capillas con detalle y cuatro puntos de observación para las mediciones anotados como “K”, “L”, “O”, “V”. En el extremo inferior izquierdo sitúa el escudo de Quito que destaca el valor de la quebrada y la montaña como símbolos de Quito. Un sector que los demás planos no evidencian es la localización del sector Chimbacalle Grande junto al río Machángara.

Los tres planos fueron levantados y editados en un tiempo aproximado de veinte años, entre 1730 y 1750, cada uno muestra intereses distintos que son de utilidad para analizar el espacio público y el espacio ciudadano pues suman elementos de interés: hay lugares y usos que coinciden, aspectos complementarios de interés entre uno y otro plano, y lo que uno calla otro lo evidencia, así se

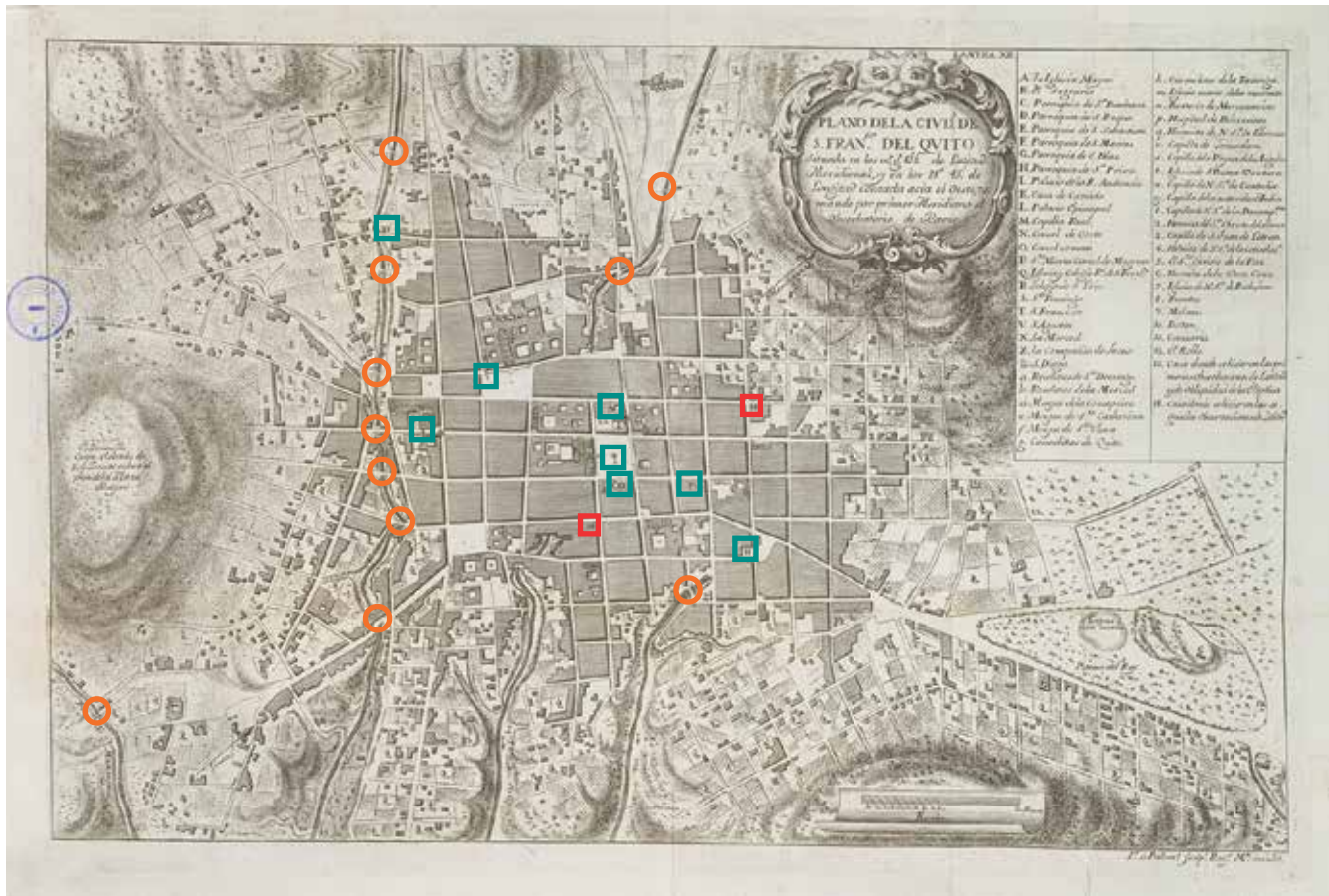


Gráfico 65. Plano Jorge Juan 1748.
 Fuente: Biblioteca digital de la Real Academia de Historia. Madrid, España.
 Grabado en blanco y negro. Dimensiones: 0,487 X 0,315 m. Escala en toesas. Publicado en Madrid en 1748.

llega a deducir que Quito colonial mantuvo una estrecha relación con la quebrada y el agua y esta imagen se encuentra representada en el escudo de la ciudad: un castillo de plata sobre dos montañas con una quebrada en medio; desde 1534 hasta 1734 se rellenaron algunos tramos de quebradas y se construyeron 16 puentes según el expediente del plano de Dionisio Alcedo.

La primera quebrada en ser rellenada fue la denominada “cava” como consta en las primeras actas del Cabildo, ésta recorre desde El Tejar hasta Manosalvas. La experiencia de rellenarlas o construir puentes tuvo varios problemas que se observan hasta finalizar la colonia¹¹⁹. De manera retrospectiva, en septiembre de 1574, cuarenta

años luego de la fundación, el cabildo mencionó que la crecida de caudales en la quebrada del Tejar y el fuerte invierno trajo problemas detrás de la catedral “de arriba abaxo cerradas e tapadas por las personas que tienen casas e corrales linde con ella, que algunos se han entrado en ellas sin títulos e otros quizá los ternán de este cabildo” (6°LCQ. t1.255, 1934, pág. 321), es decir, la quebrada de este tramo ya tuvo rellenos en ese año. La gente construyó junto o sobre ella y agrandó su predio sin percibir el comportamiento de los caudales de agua en invierno, probablemente las alcantarillas no fueron capaces para resistir las crecientes y el río arrastró todo a su paso. Estas primeras experiencias, el costo elevado de construcción y la falta de recursos del cabildo fueron probablemente las razones para mantenerlas abiertas y cubrirlas con puentes permitiendo la prolongación de las calles y la circulación de las personas.

¹¹⁹ Estudios relacionados con el uso del agua y políticas de higiene han sido trabajados por Pablo Ospina en el artículo “Quito en la colonia: Abastecimiento urbano y relaciones de poder local” y Sofía Luzuriaga en su tesis de maestría “Quito y sus recorridos de agua” entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Ver bibliografía.

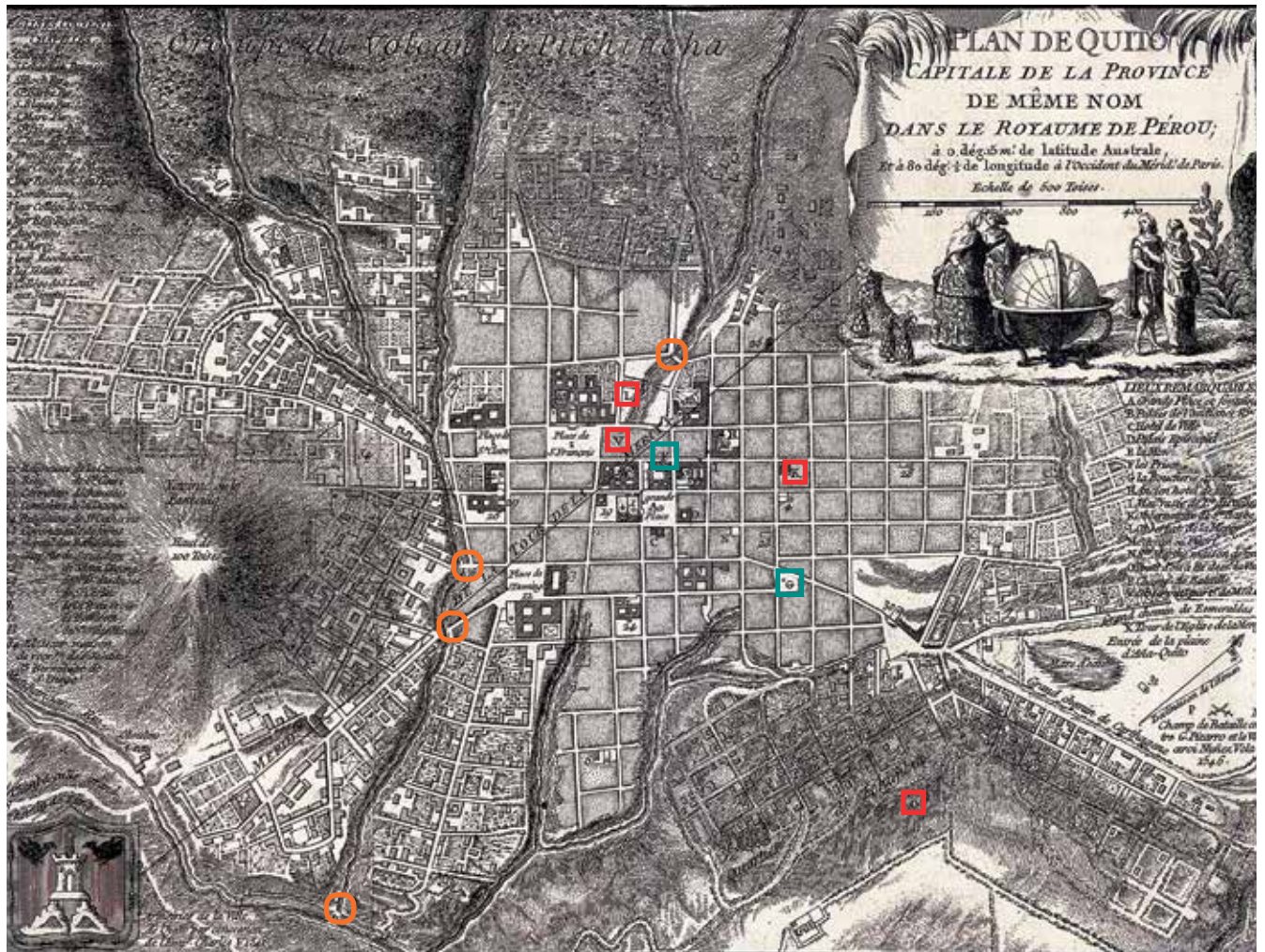


Gráfico 66. Plano de La Condamine 1750
 Fuente: Biblioteca digital de la Real Academia de Historia. Madrid, España.
 Grabado en blanco y negro. Dimensiones: 0,487 X 0,315 m. Escala en toesas. Publicado en Madrid en 1748.

En la Relación Anónima de Quito de 1573 el informante señala “pasa por la mitad de ella una quebrada y barraca grande (Tejar - Manosalvas); tiene por todas las calles puentes tan anchos como ellas lo son” (Ponce Leiva, 1992, pág. 209). El 23 de enero de 1577 la “Relación de Quito” menciona cuatro quebradas con puentes, dos en el centro y dos en los ingresos de la ciudad. En uno de estos hay lavaderos y en otro tenerías y curtiembres (Ponce Leiva, 1992, pág. 258). El 8 de enero de 1610 el Cabildo ordenó construir los puentes de Ullaguanga-chaca en el barrio de San Blas (Trabuco F. , 1968, pág. 480), es decir en el límite Norte de la ciudad. Los tres planos en estudio evidencian el relleno de las quebradas en las calles pero delatan su presencia en el interior de las manzanas, es decir en el espacio privado.

Entre 1636 y 1687 los jesuitas realizaron el relleno de la quebrada que atraviesa por su predio (Del Pino I. d., 2004, pág. 236). El 24 de abril de 1668 el Alférez Alonso de Manosalvas pide al Cabildo autorización para “cercar” la quebrada que pasa entre el convento de Santo Domingo y el monasterio de Santa Catalina dejando una ventana para botar la basura, petición que fue aceptada y en reciprocidad la quebrada en ese tramo se llama “de Manosalvas” (Municipio de Quito, 1995, pág. 321).

Hay pocos documentos sobre los sistemas de construcción y sus gestores; sobre los primeros, en el ejido de Turubamba, el cabildo ordenó el 7 de julio de 1537 reparar el Camino Real que está “derrumbado en algunas partes y en otras de ciénega y deshecho en muchas partes por manera que no se

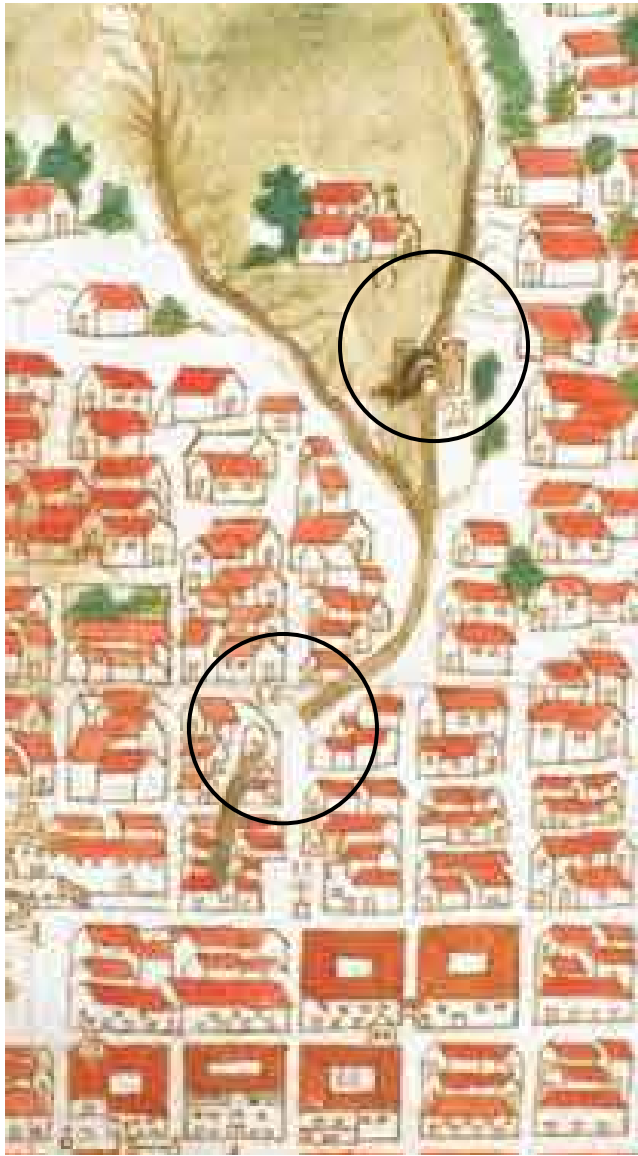


Gráfico 67. Detalle del puente de La Merced
Fuente: Plano de Quito 1734

puede caminar” se recomienda que lo construyan de madera para el paso de personas y caballos y que sean durables. La reparación era compartida por los indios de los pueblos que los atraviesa: Panzaleo, Chillo y el “pueblo del monte”, una referencia del trabajo comunitario en el espacio del nosotros, el camino y el puente.

El 29 de diciembre de 1731 se inauguró el nuevo puente junto a la muralla del convento de La Merced sobre la quebrada de El Tejar (Trabuco F. , 1968, pág. 496) que reemplazó a otro destruido en 1714 por la corriente de la quebrada. Este puente fue gestionado y supervisado entre 1729 y 1731

por Dionisio Alcedo y Herrera quien lo describe en el expediente del plano de 1734¹²⁰. La obra costó 3.667 pesos, de esta cantidad, el Alcalde Ordinario financió los 2.487 pesos, “haciendo Cesión Jurídica en servicio de Su Magestad” (Justo Estebaranz A. , 2010, pág. 266).

El caso del puente de La Merced permite analizar cómo incide la construcción del puente en la solidaridad y la reciprocidad de los pobladores y vecinos de la ciudad para restituir el paso, acciones que permiten reconocer en esta obra la huella del espacio del nosotros y por otra parte los intereses de las autoridades que toman a cargo el financiamiento y la supervisión de la obra (Gráfico 67).

La envergadura del puente es significativa ya que atraviesa por el centro de la ciudad de Oeste a Este, éste tuvo 17,26 metros de longitud por 9,61 metros de ancho y 13,37 metros de altura entre el nivel del agua y la clave del arco. La misma quebrada en el predio de los jesuitas y en la iglesia de El Sagrario ya estuvo rellenada para 1730 mediante arcos de piedra y ladrillo pero no aparece en ninguno de los tres planos mencionados; este tramo tuvo un cauce de 11,75 metros de profundidad y 12 metros de ancho¹²¹. El expediente da a entender que para el puente se usó el sistema constructivo de bóvedas de arquería con apoyos de piedra, el piso estuvo reforzado con fajas de un material que no se describe para dar estabilidad y resistencia, una sub base de tierra y arena sobre la que se asentó el empedrado, antepechos laterales de piedra y una tapa para botar la basura.

El plano dibujado con el Norte hacia la derecha en los tres documentos muestra que el puente comunica los conventos de La Merced y San Francisco por las murallas posteriores, en donde hoy existen puertas de ingreso; la ciudad se extiende con una manzana hacia el Oeste y luego se representan los arrabales que no se insertan en una traza regular y en donde se destacan dos edificios de envergadura: la recoleta de La Merced y una alcantarilla en la quebrada de

¹²⁰ El expediente y el plano se encuentran en el Archivo General de Sevilla, la copia fue proporcionada por Ángel Justo Estebaranz, historiador de la Universidad de Sevilla quien escribió un artículo que amplía la información del expediente. La transcripción del expediente se encuentra en anexo.

¹²¹ Informe estructural para la restauración de la iglesia de El Sagrario. Aldo Echeverría, inédito, 1989. Publicado en “Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito”, pág. 237.

El Tejar. Ésta se dibuja únicamente en el plano de Alcedo.

Es decir, se trata de un puente en el borde de la ciudad, en el límite con los arrabales; esto explica por qué no se lo reconstruyó desde 1714. Su reconstrucción apoya la accesibilidad a la recoleta de La Merced y a la alcantarilla e influye en el crecimiento de la ciudad hacia el Oeste, detrás de los conventos mencionados.

Alcedo justifica la reconstrucción del puente por las muertes de personas al caer a la quebrada; por el aislamiento de la población numerosa que se encuentra entre los conventos de La Merced y San Francisco; por el costo que representaba la obra. Por otra parte el cabildo no tuvo el financiamiento necesario pues todavía se encontraba pagando los gastos incurridos en el recibimiento del Virrey Don Jorge de Villalonga en 1719 en su paso a Santa Fe, lo que sugiere las prioridades y jerarquías del sistema colonial, entre el Cabildo y las autoridades del Virreinato, un sistema de poder en el que las prioridades de la población debieron esperar hasta cuando fueran necesarias para los intereses de sus promotores.

La obra no habría sido posible sin la participación de la gente de los pueblos de las cinco leguas quienes en dos meses concluyeron el relleno del terraplén del puente, el empedrado final, así como el muro de protección a ambos lados en donde se colocó una placa recordatoria con los auspiciantes de la obra: Don Dionisio Herrera y el alcalde ordinario Don Jacinto Antonio García de Lemus y la fecha 1731. La organización, reciprocidad y solidaridad, aunque fuera obligada como señala Estebaranz, se evidencia en la tradición y eficiencia del trabajo colectivo de la población de las cinco leguas movida por los curas de los pueblos que respondieron al pedido del presidente Alcedo.

El financiamiento de la obra provino de diferentes fuentes: fondos de la renta de propios, 800 pesos para el inicio de la obra hasta 1730, a cargo del alcalde ordinario saliente que fue Don José Antonio de la Carrera, y otra mediante la donación de 2.867 pesos del alcalde ordinario entrante en 1730, Don Jacinto Antonio de Lemos. Lemos buscó con esta donación el reconocimiento del presidente de la Audiencia, el Rey y la población de Quito por haber

cedido parte del costo para una obra de envergadura en beneficio del espacio público de la ciudad. Por su parte Dionisio Alcedo también buscó réditos personales que fueron reconocidos por el Rey por ésta y otras obras en la Audiencia.

En una cadena de reconocimientos Alcedo y Herrera no registró en la placa colocada en el puente a José Antonio de la Carrera quien la inició, y desconoce también el aporte de Jacinto Antonio de Lemos en su relación de méritos de las obras realizadas en la Audiencia. Los menos favorecidos fueron los párrocos de las iglesias que convocaron a los “vecinos de las cinco leguas” que completaron el puente que fueron artesanos. Se reconoce la participación diaria del Presidente pero no con el mismo detalle los turnos de quienes empedraron y colocaron las bases del puente. No se conoce si recibieron remuneración económica o fue contribución gratuita y obligada, tampoco si se trabajó por turnos y grupos de trabajo. Estos últimos fueron quienes aceleraron la obra concluyéndola antes de la salida de García de Lemos. Tampoco se evidencia la participación de la gente del barrio que con seguridad fue la más favorecida con esta obra, cuántos eran, hubo o no celebración al concluir la obra, una tradición que permanece hasta el siglo XXI.

El puente de La Merced es un ejemplo que se podría generalizar para comprender el ambiente social y los intereses que rodearon a la construcción de las obras del espacio público urbano durante la colonia, prácticas que se extendieron hasta la República, es conocido que presidentes de este periodo como Gabriel García Moreno (1861 – 1865 y 1869-1875) y Eloy Alfaro (1897 – 1901 y 1907-1911) convocaron a los tenientes políticos o hacendados para que contribuyan con mano de obra gratuita en algunas obras públicas en el país, por ejemplo el ferrocarril Durán-Quito-San Lorenzo. Este procedimiento retoma la práctica de la “minga” o trabajo colectivo de origen prehispánico¹²² para la realización de obras comunitarias entre las que se puede mencionar las

¹²² En tiempo prehispánico se denominó “minga” a la prestación colectiva de trabajo a una autoridad. En la colonia se usó el término “mita” para el trabajo en las minas y “minga” mantiene su significado para obras con apoyo colectivo en el campo o en la ciudad. Felipe Guamán Poma de Ayala hace un recuento de las condiciones del traslado de personas a destinos lejanos en tiempo inca, señala que la gente estuvo provista de alimento y alojamiento, tanto a la ida como al regreso. Durante la colonia los traslados de personas fueron a menudo forzados sin alimentación ni alojamiento.

cosechas y las siembras, la apertura de caminos y obras de arquitectura.

De esta manera se comienza a reconocer que la ciudad colonial se desarrolla entre quebradas, se identifica con ellas y forma parte de su identidad representada en el escudo de la ciudad. Pero la quebrada es más que una abertura en la tierra, es el recorrido de agua y circulación de personas, es el escondite que evoca Juan Bautista Aguirre en su poema sobre Quito y Guayaquil. Si es escondite puede ser también espacio de juego con el agua y el baño, el espacio de las lavanderas, de encuentro furtivo, botadero de basura y de muerte.

Por otra parte, la quebrada y el agua que corre en su fondo fueron nichos de biodiversidad vegetal y animal; los torrentes de agua, variables según la temporada del año y del volumen de lluvias debió sin duda formar parte de los sonidos de la ciudad, al igual que las voces de la calle y los pregoneros.

Del relleno a la avenida

En este título es pertinente identificar la diferencia entre la “calle”, “avenida” y “bulevar” pues a más de la noción de espacio colectivo de flujo, circulación, encuentro entre personas, y por donde circularon animales y carretas, son términos que se incorporan en el siglo XX con connotación diferente al pasado; en este sentido la calle amplía su escala, divide un espacio destinado a la circulación de vehículos y otro para personas que es la acera o vereda, ligeramente elevada del nivel de la calle; aparece una jerarquía de calles en donde el término “avenida” se usa para denotar a una calle de mayor ancho e importancia, ésta puede llevar un flujo mayor de vehículos; la avenida tiene al menos dos carriles para la circulación de vehículos en doble sentido, un espacio para aparcamiento de vehículos en el lado derecho de la vía y una vereda o parterre al medio con vegetación para el paso de peatones; la circulación de vehículos tiene prioridad en sentido Norte-Sur y viceversa; el tranvía tuvo un carril diferenciado a lo largo de la ruta, los flujos de vehículos podían alcanzar mayor velocidad que por la calle.

El término bulevar fue tomado del término francés *boulevard* y se aplicó en 1922 para denominar a un espacio peatonal más ancho que una vereda,

construido en la mitad de la Avenida 24 de Mayo y del cual tomó su nombre: “bulevar 24 de Mayo”.

Para poner lo dicho en el contexto de la topografía compleja de Quito, se podría decir que la calle colonial fue un espacio trazado a partir de un eje longitudinal que atravesó la ciudad, sea en dirección Norte – Sur o en sentido Este – Oeste. Todas las calles tuvieron 33 pies de ancho según el croquis de 1573 y estuvieron delimitadas entre dos muros por lo general de viviendas, edificios públicos o religiosos. Cuando la calle pasó por una plaza, el límite fue un bordillo de piedra, una zanja o una superficie continua entre la plaza y la calle. El desalojo de inmundicias se hizo mediante canales abiertos en el eje de la vía, y en particular de las que circulan de Oeste a Este pues aprovecharon la pendiente de la topografía. Este sistema estuvo vigente hasta la segunda mitad del siglo XIX. El plan general para la canalización de Quito comenzó en 1916 (*Gráfico 68*).

Jorge Juan y Antonio de Ulloa quienes levantaron el plano de Quito de 1749 observaron que solo las calles alrededor de las principales plazas fueron empedradas, las demás fueron irregulares, y presentaban dificultades para la circulación; aduce que estas condiciones impidieron la circulación de coches:

Las cuatro principales calles, que atraviesan los ángulos de la plaza son derechas, anchas y hermosas; pero apartadas de ellas tres o cuatro cuadras (que es la distancia entre cada dos esquinas y se regula allí por 100 varas, aunque una tengan más, y otras menos) empieza en ellas la imperfección de subidas y bajadas. Esta desigualdad es causa de que no tengan uso los coches, ni ningún otro carruaje; en su lugar llevan las personas de distinción algún criado que les acompaña con el quita sol y las señoras principales andan en sillas de manos; las demás son torcidas, disparejas, y sin orden; por medio de algunas pasan quebradas y las casas están en los lados siguiendo sus curvidades, y vueltas; por esto una parte de la población suele hallarse, como se dijo, en lo inferior de ellas, y otra en lo alto de las lomas, que las forman. Las principales calles son empedradas, lo que no sucede en muchos de los barrios, y por esto se hacen impracticables con la frecuencia de las aguas (Juan J. U., 1938, pág. 86).



Gráfico 68. Calles con zanja para desalajo de aguas servidas
Fuente: Fondo fotográfico del Ministerio de Cultura de Ecuador

En el siglo XIX la imagen de las calles no cambió sustancialmente, las más importantes, es decir las que se encuentran alrededor de las plazas fueron empedradas. Carlos Rolando contribuye con un dato importante al señalar que el 15 de septiembre de 1897 se terminó la vereda de piedra sillar a lo largo del atrio de la Catedral. Sin embargo, una fotografía de Alphon Stübel, tomada entre 1870 y 1874 muestra que unos años antes hubo aceras a lo largo de la calle García Moreno y en una esquina de la plaza Mayor. Según esta imagen parece no existir vereda al pie del pretil de la catedral, es decir, las veredas se incorporaron poco a poco en la segunda mitad de ese siglo (Gráfico 69).

A partir del plano de 1888 las calles de Quito tomaron el nombre de “carreras” cuyo uso se

prolongó hasta 1932¹²³ en que fue recuperado el término “calle” como el más frecuente para las vías del centro y “avenida” para las del Norte y la “Avenida 24 de Mayo”. El plano de 1888 incorporó también un cambio importante en la nomenclatura urbana, reemplazando los nombres de la cotidianidad colonial; calle del algodón, del comercio bajo, bajada del robo, las cuatro esquinas, de los carniceros, la sábana santa, entre otros, por el de militares, personajes ilustres, héroes de la independencia, fechas cívicas, lugares geográficos y países formados en la República, de los cuales la mayoría se conservan hasta el presente.

123 El plano de 1932 del Servicio Geográfico Militar en escala 1:15.000 denomina “calles” a todas las vías del centro de la ciudad y “avenidas” a las calles de mayor ancho como las que delimitan al parque de La Alameda (calle 18 de Septiembre y Colombia), y al relleno de la quebrada de Jerusalén (Avenida 24 de Mayo).



Gráfico 69. Calles de la Plaza Grande con veredas y empedrado
Fuente: Fondo fotográfico del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural de Ecuador

El plano de 1914 nomina a las calles principales del Norte Avenida 18 de Septiembre y Avenida Colombia y a la vía construida sobre el relleno de la quebrada de Jerusalén “Avenida 24 de Mayo”. No obstante, la calle Maldonado que fue ensanchada y concluida en 1908 la denomina “Carrera Maldonado”, en una clara intención de diferenciar el Norte del Sur, y el centro como espacio neutro (Gráfico 70).

En el siglo XX y a propósito de la llegada del ferrocarril en 1908 se concluyó el ensanche de la calle Maldonado comprendida entre la plaza de Santo Domingo y Chimbacalle en donde se construyó un andén provisional para la llegada del tren de vapor. Las disposiciones de la policía en ese momento fueron prohibir la circulación de automóviles por la Carrera Maldonado; “los coches y los individuos a caballo se colocarán en desfilada, desde la quinta de la señora Dorinda Bustamante, hacia Chiriaco”.

Como disposición general luego de la inauguración se señala que “los cocheros y más conductores de vehículos se sujetarán a la tarifa expedida por la policía” (Del Pino I. , 2008).

Esta disposición explica que en ese año circulaban automóviles a la par con coches, jinetes a caballo y transeúntes por las mismas calles que debieron adecuarse al nuevo uso. También existieron coches de alquiler. La adaptación de las calles al vehículo trajo una serie de incomodidades y soluciones creativas; el desbanque significativo de algunas calles para adaptarlas a la circulación del vehículo tuvo que modificar la topografía a su máxima capacidad lo que perjudicó los cimientos de las casas que quedaron vistos sobre el nivel de la calle.

En el esfuerzo de resolver cómo ingresar a las casas se encuentran soluciones visibles en sus fachadas y varios ejemplos que forman parte de la ciudad



Gráfico 70. Calle Maldonado aprox. 1910
Fuente: Archivo del Ministerio de Cultura.

histórica: la “Casa de la Peña” ubicada en el barrio San Juan tiene un zaguán excavado en la cangahua, con pendiente pronunciada para llegar a lo que fue la planta baja. Otras casas se encuentran en la calle Cuenca realizaron un zaguán en “cuesta”, bajaron la puerta y colocaron una ventana sobre ésta. De este modo se encuentran puertas alargadas y balcones colocados en el nivel que originalmente correspondió a la planta baja.

¿Cuándo dejaron de construir puentes para rellenar quebradas y construir un territorio continuo? ¿Qué uso se dio al relleno? Las quebradas dividieron sectores ¿se llegó a interrelacionar a las comunidades de cada lado de la quebrada en un espacio ciudadano continuo y compartido?

La respuesta visible en el territorio tiene relación con el cambio de mentalidad: pasar del suelo quebrado a la planicie, dejar el lugar escondido para habitar

el espacio abierto; una temporalidad diferente relacionada con el crecimiento de Quito hacia los ejidos y en particular el ejido Norte. El cambio no fue inmediato, la situación económica y política de la transición a la independencia refleja poca obra pública entre las que cuenta el mantenimiento de puentes y alcantarillas ya construidas, bóvedas subterráneas sobre las que se realizaron rellenos.

En 1802 el Rey aprobó utilizar fondos del arriendo del ejido de Turubamba para el mantenimiento de las bóvedas construidas para rellenar la quebrada del Huayco debajo del edificio de los jesuitas, obra que fue impulsada por el Barón de Carondelet (Vásquez Han, 2007, pág. 285). Entre 1848 y 1849 se construyeron trece puentes pero no se dispone de la localización (Rolando, 1930, pág. 194).

El plano de 1888 ha sido considerado como el primer plano catastral de Quito por el detalle

con que representa los predios, su numeración individual, calles y nomenclatura urbana, espacios públicos, precisión técnica acorde con los avances de la cartografía para ese entonces. En este aspecto es útil para conocer el estado en que se encontraban las quebradas y puentes de la ciudad cincuenta y ocho años después de la independencia de España a manera de un balance que cierra el periodo colonial y da paso a una nueva temporalidad. La ciudad representada tiene 315 hectáreas y 39.600 habitantes (IGM-ORSTOM, 1992, pág. figura 3).

La quebrada de Jerusalén o Ullaguangayacu presenta seis puentes y es la de mayor número en ese momento pero también grafica cómo llegar a edificios públicos recién concluidos en ese momento y con dificultad de acceso, por ejemplo entre el panóptico, la escuela de Artes y Oficios, y el cementerio de San Diego; el acceso desde la ciudad a la recoleta de El Tejar, dando a entender que el cauce de la quebrada y sus laderas fueron espacios públicos. El trazado de la quebrada configura un eje que divide el Panecillo y la ciudad, sus bordes se unen con los puentes ya señalados, cuatro de ellos son puentes y calles al mismo tiempo ya que prolongan los recorridos desde el centro, el cauce se encuentra abierto en su totalidad en este plano. El quinto es el puente de los Gallinazos sobre la calle Maldonado. Luego se dibujan los accesos a la Escuela de Artes y Oficios, la recoleta y cementerio de San Diego.

El relleno de esta quebrada se realizó por tramos con el estrechamiento paulatino de la quebrada, ganando espacio a ésta, el tramo central estuvo en conexión directa con la ciudad se convirtió en el esfuerzo por vencer a la naturaleza, en un proceso de “coser” y unir las partes de la ciudad que se encontraban separadas por esta abertura natural. El relleno del primer tramo aparece en el plano de 1914 como avenida 24 de Mayo en honor a la fecha de la batalla de la independencia que selló este hecho histórico y cuyo desarrollo tuvo lugar entre el Panecillo, El Tejar y las laderas del Pichincha; el cementerio de San Diego y el del Tejar, y el hospital San Juan de Dios.

La quebrada presentó un problema técnico complejo de resolver hasta 1915 en el encuentro de la quebrada de Jerusalén y la quebrada de San Diego, que por su anchura y probablemente por los flujos de agua se

formó una gran abertura que no fue posible cubrirla con puentes sino con el relleno que dejó una parte ensanchada en el trazado de la vía. El proyecto del relleno inauguró un primer tramo el 10 de agosto de 1905. No es posible reconocer en dónde estuvo localizado ya que el plano de 1903 representa toda la quebrada abierta. La segunda inauguración fue del tramo comprendido entre la calle García Moreno y Chimborazo fue el 24 de mayo de 1922 como Avenida 24 de Mayo (*Gráfico 71*).

Como anticipo al cambio, la Hermandad de Beneficencia Funeraria en 1872 se separó de la comunidad Dominica para establecer una empresa privada con el nombre de Sociedad Funeraria Nacional y desde ese año entró en servicio en la ciudad, junto a la Recoleta de San Diego. Las ordenanzas de higiene y la salud pública prohibieron el enterramiento en las iglesias a finales del siglo XIX por lo que los difuntos debieron ser trasladados de la casa a la iglesia, y de allí al cementerio, ya sea al de San Diego o al del Tejar que fue público.

En 1902 se emitieron ordenanzas para que los velatorios se lleven a cabo en las iglesias en la noche, esto imprimió un ambiente particular al espacio público por el tipo de implementos en el rito funerario y en su recorrido por la ciudad (Del Pino I., El cementerio de San Diego de Quito. Una ciudad dentro de la ciudad, 2014). Junto a estos cambios en el sector de San Diego, la iglesia renovó su órgano en 1903 (Rolando, 1930, pág. 206) y la iglesia de San Roque fue derrocada para construir en el mismo lugar una de estilo neogótico entre 1910 y 1925 (Cevallos, Alfonso, 1994, págs. 42-46)¹²⁴.

La avenida 24 de Mayo se inauguró en el marco de las fiestas del centenario de la independencia (1822-1922). Este espacio se conformó sobre el relleno de la quebrada de Jerusalén, tuvo un recorrido de 200 metros y una pendiente moderada; tuvo arborización y esculturas alusivas a la memoria de la batalla de Pichincha; en él las personas podían pasear por este espacio diferenciado del de vehículos; también se realizaron actos cívicos como el de la conmemoración del centenario de la independencia. En el recorrido está un monumento a los héroes ignotos inaugurado el 2 de febrero de 1922 y en el costado Norte y Sur los muros posteriores de casas

¹²⁴ Arte, diseño y arquitectura en el Ecuador. La Obra de P. Brüning 1899-1938. Cayambe: BCE 1994 Abya Yala

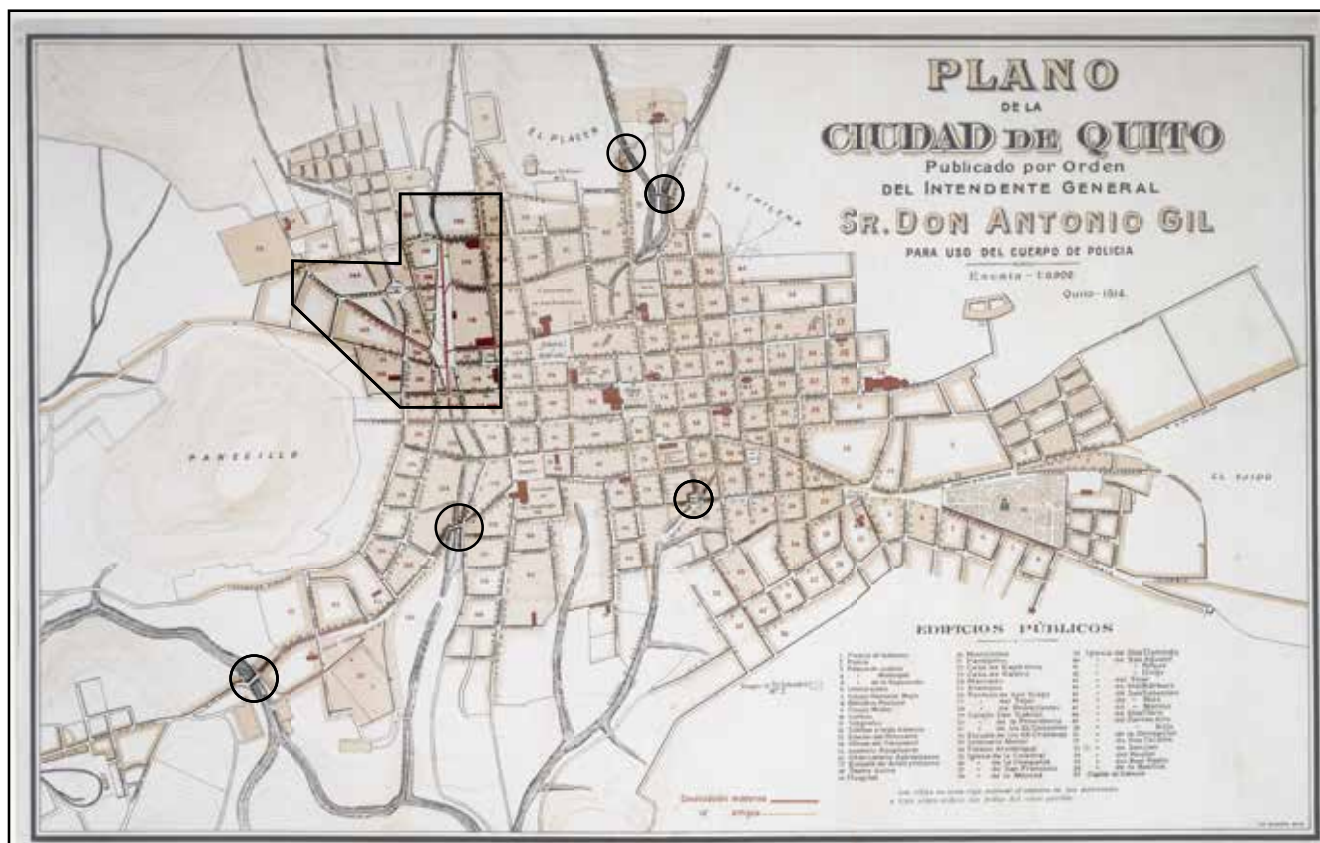


Gráfico 71. Relleno de quebrada de Jerusalén en plano de Quito de 1914
Fuente: Plano de Quito 1914.

adosadas sobre línea de fábrica o las murallas de los conventos de Carmen Alto, Santa Clara y la Capilla del Robo que con la avenida quedaron con el frente a ésta (Gráfico 72).

La avenida fue el inicio del cambio de imagen urbana del sector comprendido entre la Avenida 24 de Mayo, San Roque, barrio Aguarico y San Diego por una serie de obras que los transformaron en sector residencial de estrato medio, el barrio San Roque y el barrio Aguarico ambos residenciales de estrato popular. En 1916 se establecieron dos edificios sobre la avenida 24 de mayo que dinamizaron la economía y la afluencia de personas: la fábrica de cerveza La Victoria en 1916 y los trabajos para la construcción del cine Puerta del Sol se iniciaron en 1917 (Rolando, 1930, págs. 213, 214). En 1926 se reabrió la capilla del Robo luego de una remodelación.

La avenida tuvo como obras adicionales la construcción de la prolongación de la calle Cuenca y la construcción de la plaza Victoria ubicada en

la confluencia de la quebrada de San Diego y un afluente sin nombre. La conexión de esta calle con la ciudad y con la calle Pichincha hace posible una circulación fluida con las principales iglesias: La Merced, San Francisco, San Roque, la Catedral, El Sagrario que fueron espacios en los que se celebraron las misas a las que la población asistía al menos una vez al día, y las misas de difuntos ya que el cementerio no tuvo capilla. Nuevamente el espacio público, la calle, es el vínculo entre espacios arquitectónicos y actividades rituales como la muerte. El recorrido desde las iglesias al cementerio de San Diego tuvo su paso obligado de las carrozas por la plaza Victoria.

El caso de San Diego y San Roque es significativo pues con el relleno mejoró la imagen de los barrios antes mencionados; sin embargo, los pobladores de estos sectores no se integraron en términos sociales. Otro caso similar es el los barrios de San Marcos y La Loma, separados por las quebradas de Jerusalén y Manosalvas, en la parte más baja, antes de llegar al río Machángara. Con el tiempo



Gráfico 72. *Quadrada de Jerusalén rellena para la celebración del centenario de la independencia*
Fuente: Plano de Quito de 1922

la quebrada se canalizó y el cauce se convirtió en calle con accesibilidad entre ellos, aunque no hubo integración.

Se podría decir entonces que el relleno de la quebrada, sus huellas en el espacio físico y en las relaciones de la población dan lugar a unas lógicas propias de Quito. El relleno de Ullaguangayacu o Jerusalén trajo consigo el crecimiento de los sectores de vivienda y servicios urbanos pero no la identificación entre pobladores de uno y otro lado de la quebrada que se consolidaron como sectores independientes, cada uno con su historia e identidad. La quebrada rellena deja su huella en el trazado urbano y en la forma de las manzanas irregulares que se impone junto con la topografía en la disposición de la arquitectura con un carácter propio de esta ciudad.

La erupción volcánica y el espacio público vacío

Las quebradas se formaron por la acción volcánica del Rucu Pichincha (el viejo Pichincha) cuyos lahares corrieron por las quebradas dejando huellas visibles en la cantera de piedra de la quebrada de Ullaguangayacu o Jerusalén, de donde se extrajo la piedra para la construcción durante la colonia. Hoy en día la chimenea del Rucu está cerrada por un evento en el cual se formó un domo; sin embargo, la energía de la tierra emerge hacia el occidente por otra chimenea denominada “Guagua Pichincha” que alude a una formación más joven. Por esta razón los lahares de las erupciones producidas en la colonia ya no descendieron sobre la ciudad aunque la ceniza y el movimiento sísmico que produce la salida de materia se sintieron y produjeron pánico al ver que el día se hizo noche sobre todo en 1566 y 1660.

Sobre la erupción de 1566 la Relación Anónima de Quito de 1573¹²⁵, describe lo siguiente:

En la (cordillera) que está al Occidente, 1 legua de la ciudad... está un volcán que muchas veces echa humo y otras hace grande ruido a manera de trueno. Echa algunas veces mucha cantidad de cenizas; especial vi que la víspera de San Lucas del año 66 (1566),

a los 17 de octubre, que comenzó desde las dos horas del mediodía, a echar ceniza que caía a manera de nieve y duró hasta las 11 horas del día siguiente; cayó en la ciudad y su comarca tanta cantidad, que cubrió la hierba de los campos, por lo cual perecieron algunos ganados y otros se pusieron muy flacos y lo estuvieron hasta que llovió desde a 30 días, poco más o menos, después que cayó ceniza. El día de San Lucas sobrevino un nublado sobre la ciudad, que corría hacia el Oriente, que causó entre los naturales tanto espanto, que huían a las poblaciones y cerros altos, y había tanta calamidad y lloro, que decían que se habían de morir todos. Otro día después de San Lucas tuvieron la necesidad los vecinos de mandar limpiar los tejados, solares y calles, y así se hizo, sacando la ceniza en carretas fuera del pueblo (Ponce Leiva, 1992, pág. 189).

Las huellas de las erupciones en el espacio público se perdieron luego del evento pero quedó la evidencia de la erupción del Pichincha en 1660 y el terremoto de 1662 quedaron grabadas en la fachada de la iglesia de San Agustín que en este año estuvo en construcción (*Gráfico 13*).

Sobre la erupción del Pichincha del 27 de octubre de 1660 se describe “espectáculo grandioso... se elevaron peñascos encendidos... oyéronse después los truenos; entre las 9 y las 10 se oscureció de tal manera que la noche más lóbrega, que cualquier cristiano haya visto, no se igualara con la oscuridad de ese día-noche” (Herrera, 1916, pág. 142).

La descripción tuvo origen un mes más tarde cuando el Cabildo decidió enviar, en noviembre de ese año, una comisión presidida por el regidor y dos clérigos para que informen sobre lo que estaba sucediendo en el volcán, sin embargo Herrera comenta “Parece que los comisionados tuvieron razones particulares para no escribir cosa alguna sobre su desgraciada expedición” y por esto se le pidió al Presbítero Juan de Romero, “testigo de vista y de gran talento” para la redacción de lo acaecido en el evento del 27 de octubre. Herrera publica partes de la redacción pues señala que Romero era poeta y no historiador por lo que en el documento “los fenómenos más sencillos se presentan envueltas en frases tan altisonantes y exageradas... el escrito parece más un sermón moral, que una relación histórica” (Herrera, 1916, pág. 142).

¹²⁵ Al final del documento publicado por Pilar Ponce Leiva señala “atribuida por Jimenez de la Espada a Juan de Salinas”.

Como es de imaginar, los comisionados no llegaron al lugar de los hechos pues entre el miedo y el peligro de sus vidas prefirieron como señala Herrera¹²⁶ “mirar el volcán desde una de las colinas cercanas a Quito”, no obstante, lo que informaron fue que “con todo esfuerzo de valor y ánimo” se dispusieron a escalar la montaña. Su misión fue conocer de cerca lo que sucedía en la boca del cráter e informar a la población, no está por demás señalar que los dos clérigos celebraron una misa, con ceremonia de conjuración y exorcismo, para pedir a Dios el cese de la tragedia y aplacar la angustia de la población.

La comisión fue “por cuenta de la ciudad” es decir que los vecinos colaboraron con conservas, vino, pan y “todo lo que pidiera el dicho regidor”. La comisión dijo haber llegado cerca de la boca del volcán “como a dos leguas de dicha boca”. “Al tantear la boca, longitud y estado de ella, y la distancia que de su nacimiento podía haber hasta esta ciudad” fue imposible acercarse más ya que “salían llamas de fuego tan grandes que se perdían de vista en los cielos” (Herrera, 1916, pág. 145) y con esta explicación se silenció la curiosidad y la angustia de los quiteños. Queda entrelíneas el significado de ese silencio.

El día-noche duró dos días pero las emisiones de ceniza y lava duraron varios meses así como los temblores, “las monjas se creyeron dispensadas de las reglas de la clausura y dejaron sus conventos”. El terror llegó al extremo cuando cayeron trozos de piedra pómez sobre los techos y “escorias” que produjeron un sonido similar al de una granizada.

Ante esta serie de calamidades la iglesia jugó un papel importante en el control de los ánimos de la población, Pablo Herrera describe una serie de procesiones realizadas en el espacio público de la ciudad a día seguido: el 28 de octubre, día de San Simón y San Judas, el que concede lo imposible, se expusieron las imágenes en el espacio público ante las que los fieles hicieron sus oraciones y rogativas. El 28 de octubre salió en la noche la imagen del Cristo del Buen Suceso en procesión desde el convento de Santa Clara con religiosos descalzos en oración y penitencia. El 29 hubo otra procesión desde el mismo convento también en la noche.

¹²⁶ Pablo Herrera compila y comenta en 1916 los hechos más relevantes de las Actas del Cabildo de Quito entre 1534 y 1714. Uno de los temas tratados es el análisis y crítica de la descripción que se dispone en archivos de la erupción del Pichincha.

El 30 salieron vecinos descalzos en la procesión acompañados por la Virgen del Pilar. El 31 salió San Agustín desde su templo al que acompañó “media ciudad” en penitencia hasta Santa Clara y la Capilla del Robo junto a la quebrada de Jerusalén.

La Virgen de Guápulo fue traída en procesión hasta Quito en donde se produjo un milagro “llegó y llovió sobre todos tantos favores,... pues con sus aguas piadosamente enviadas a su tiempo se han mortificado las cenizas con la tierra en nuestros ahogos”. El 6 de diciembre salió la Virgen de las Mercedes desde su templo hasta la Catedral, “rodeó la plaza mayor, abrazada de su precioso hijo, ella con su intercesión y Él con su gracia nos reparan en las quiebras y faltas que hasta aquí hemos cometido repetidamente en nuestros descuidos” (Herrera, 1916, págs. 126, 132).

En diciembre de 1662 un nuevo evento sacudió la ciudad, esta vez un terremoto. Se declaró a la Virgen de las Mercedes la patrona contra las erupciones y se dispuso en la Catedral el auxilio a la población mediante la atención a enfermos, confesión pública y actos de penitencia. Por su parte los indígenas realizaron sus ritos ancestrales al volcán, hecho que fue conocido y criticado por la iglesia pero no actuó en contra.

La erupción y el terremoto, aunque son eventos distintos, fueron explicados en la colonia como el “castigo divino” lo que impactó en las conciencias de toda la población. Ante la ira divina era necesario el arrepentimiento, la oración, y una serie de rituales que como los que describe Herrera realizados en el espacio público. En este ambiente la ciudad se torna en un escenario de una actuación colectiva de arrepentimiento y conciliación, de confesión pública y purificación del alma. Durante la noche la calle y las plazas se llenaron de fieles que acompañaron en procesión a la luz de las ceras encendidas, cantos, lamentos, o el silencio que imponen un ambiente particular de solemnidad y misticismo a la ciudad.

En este sentido el arte de la primera mitad del siglo XX recoge este ambiente, en particular las pinturas en lienzo del artista Víctor Mideros (1888 – 1967) quien logró plasmar la memoria del terremoto y la erupción volcánica en el espacio urbano de Quito en los cuadros de la Virgen de La Merced que se exhiben en el interior del templo.

Sobre el carácter de la obra de Mideros trata Alexandra Kennedy en su estudio sobre la corriente de Vanguardia en Quito entre 1850 y 1940, ella caracteriza a Víctor Mideros como un pintor que se alinea con el movimiento Simbolista europeo:

ha sido identificado por varios autores como un pintor solitario de temática religiosa-mística, adscrito al movimiento simbolista... La obra de Mideros presenta también paralelismos temáticos con el Simbolismo europeo. La pintura simbolista de Mideros se muestra como un discurso visual que denota un anhelo de reforma, que condena los procesos políticos y sociales que dejan de lado la dimensión espiritual y mística, fundamentales en la identidad cultural de los individuos. Antes que un acertijo dirigido a religiosos y clases altas proyecta su obra con una visión unificadora, en una época pensada como el fin. Su producción apela a la constitución de una espiritualidad moderna capaz de subsistir en un orden social y espacial totalmente nuevo, resistiendo la transmutación de los valores tradicionales (Kennedy A. , 2008, pág. 153).

En este contexto Mideros aborda la memoria de los terremotos de 1575, 1755 y la erupción de 1660 a través de imágenes cargadas de acción que las compone a través de la luz y la sombra, las escenas ponen el acento en el hecho telúrico como un fenómeno divino representado en la Virgen, al espacio público y el paisaje de Quito como contenedor del evento, pero no es cualquier espacio público, son las plazas y atrios de Quito, es el Pichincha que se reconoce por su perfil que se identifica con esta ciudad y no otra, con el espacio público, abierto, en donde la población acude para hacer sus ruegos; como protagonista de la acción está la población que sin distinción de grupo social muestra la fragilidad humana frente a lo desconocido¹²⁷ y el restablecimiento de la tranquilidad (*Gráfico 73*).

La intervención de imágenes religiosas con poderes para interceder ante Dios se convirtió en lo que podría denominar una “guerra de imágenes” en

¹²⁷ Las pinturas fueron realizadas en el siglo XX, sin embargo tienen marcos neobarrocos.

procesión¹²⁸, por una parte la Virgen de las Mercedes, por otra la Virgen de Guápulo; cada comunidad religiosa sacó en procesión a sus santas y santos, una piedra “con cierta forma de estatua, de aproximadamente un metro y medio apareció en el volcán” luego de la erupción de 1660, fue tallada con la imagen de la virgen y se la conoce como la Virgen del volcán¹²⁹. La circunstancia del hallazgo y la elaboración posterior envuelve a la imagen un aura de espiritualidad.

Otras imágenes nombradas por sus milagros están la Virgen del Pilar, el Cristo del Buen Suceso, San Judas Tadeo, San Agustín cuyas vidas tienen relación con la protección, la consecución de lo imposible, al sostener una torre que se derrumba. A éstos se suma San Jerónimo, protector de los temblores cuando el 2 de abril de 1590 el Cabildo decidió echar suertes entre 24 santos para aplacar la serie de temblores y pestes que asolaban a Quito; en este sorteo salió favorecido San Jerónimo al que se “le juró patrón perpetuo de la ciudad, se colocó su fiesta entre las de primera clase, y después se le edificó una capilla en la iglesia Catedral” (Enríquez B, 1942, pág. 123.133).

Como resultado de la “guerra de imágenes” se puede entender que las desgracias más importantes que azotaron a Quito fueron las erupciones volcánicas, los temblores y terremotos, y la peste; se formó una jerarquía de imágenes, cada una con funciones distintas que fueron expuestas en el espacio público para su veneración. De mayor a menor está la Virgen de La Merced o “de Mercedes” la de mayor jerarquía que se consolidó con el tiempo como señala Julio María Matovelle:

Para manifestar su gratitud á María Santísima, y á la vez que tenerla siempre propicia en lo futuro, hicieron los dos Cabildos, Eclesiástico y Civil, en representación del pueblo, todo un voto jurado de celebrar una Fiesta anual en honor de Nuestra Madre Santísima de la Merced; este hecho se verificó el día 15 de septiembre de 1575, por el favor recibido en ocasión de la erupción del Pichincha,

¹²⁸ Tomo el término “guerra de imágenes” acuñado por Serge Gruzinski para poner en evidencia las funciones, programas iconográficos y estudio de recepción de las imágenes por parte de la población durante la colonia.

¹²⁹ Esta imagen de piedra andesita de autor anónimo se encuentra en el Convento de San Diego, mide 60 cm.



*Gráfico 73. Las erupciones y terremotos en el espacio público de Quito. Pinturas de Víctor Mideros.
Fuente: Colección Ch. Hirtz*

acaecida el 8 de dicho mes y año; renovaron el juramento el 15 de diciembre de 1660, por otra erupción del Pichincha, sucedida el 27 de octubre, del mismo año... volvieron a ratificar el voto el 29 de abril de 1755 a causa del terremoto del día 26 de los dichos mes y año; los mismos votos se hicieron con ocasión de las erupciones del Cotopaxi, acaecidas en 4 de Abril de 1768, y el 7 de diciembre de 1843. En las sequías, en las amenazas de guerra, en las pestes y de todas las grandes desventuras.... (Matovelle, 1979, pág. 179).

En segundo lugar está la Virgen de Guápulo y la del Quinche que con frecuencia fue trasladada a Quito para aliviar el terremoto, la sequía y la peste. En el siglo XVIII y XIX es frecuente encontrar en

las Actas del Cabildo de Quito los nombramientos de personas encargadas de la fiesta la virgen la que estaba seguida de la fiesta de toros al igual que en Sevilla.

Y para las traídas y vueltas a sus santuarios de las soberanas imágenes de Nuestra señora del Quinche y Guápulo a los señores Martin de Unda y Dr. Don. Pedro Fernandez Salvador. Nombraron por diputado para el Convite de las fiestas de tabla de todo el año a los señores Alguacil Mayor y capitán Don Joseph de Unda.

Y para el reconocimiento de las corridas de esta ciudad a los dos Alcaldes de la dicha Hermandad. 1 de enero 1736. Fol. 5729. Sección Nombramientos.

El permiso solicita la iglesia y en otras ocasiones es el propio cabildo para la salida de la Virgen en procesión. La llegada de la Virgen como se ha descrito fue realizada en la noche con el ruido de los castillos, velas, cantos con estaciones en algunos lugares representados por artistas entre los siglos XVIII y XIX.

En el siglo XIX la imagen de Guápulo en la entrada a Quito, junto a San Blas en donde hay un ensanche de la calle, Joaquín Pinto pintó varios cuadros de esta procesión. Está presente la arquitectura efímera preparada para recibir a la imagen y a la comitiva formada por feligreses, la banda. La pintura no puede evitar el paisaje de Quito y el cerro Panecillo que es un hito de orientación para la población (*Gráfico 74*).

La fe en las imágenes llega a su punto culminante con la beata Mariana de Jesús (1618-1645), devota de la Virgen de las Mercedes cuya vida espiritual y de mortificación del cuerpo ha sido resaltada por varios autores. Ella frecuentaba la iglesia de la Compañía de Jesús y tenía un lugar desde donde asistía a las misas. En un contexto de inestabilidad telúrica y de peste, el cura que llevó a cabo una misa en la iglesia de la Compañía de Jesús expresó: “Dios mío, te ofrezco mi vida para que se acaben los terremotos”, ante esto Mariana elevó públicamente su plegaria al decir

No, señor, la vida de este sacerdote es necesaria para salvar muchas almas, yo os ofrezco,

oh Dios mío, mi vida porque cese en Quito vuestro enojo y libréis a mis paisanos... del azote que descargaréis con la peste, y la ruina que se teme por los temblores... castigadme a mi sola, porque no padezca mi patria, ni sientan vuestra justifica los moradores de esta ciudad (Morán de Butrón, pág. 371)¹³⁰

Este hecho se convierte en milagro y pasa a la historia ya que Mariana murió al día siguiente de expresar en público su deseo; éste quedó grabado en la memoria de los quiteños, que en tiempos de conflicto político fue transformando con cierta ironía en la última parte: “... castigadme a mi sola porque no padezca mi patria, Quito (o el Ecuador en otros casos) no desaparecerá por los terremotos sino por los malos gobiernos”. Así cobró vigencia el milagro en el imaginario de los habitantes de esta ciudad y permanece hasta la presente. El grabado elaborado por artistas italianos para su beatificación hace alusión al terremoto destructor tras la ventana (*Gráfico 75*).

Para complementar la historia de Mariana, su nombre fue Mariana de Jesús Paredes y Flores, quiteña; el promotor de su beatificación fue Juan del Castillo quien apoyado por la Compañía de Jesús impulsó la idea de tener en su santoral a una mujer con atributos similares a Santa Rosa de Lima. Para la postulación contrató en 1760 a artistas y artesanos en Italia¹³¹ para la construcción de un grabado con el estilo acostumbrado en la época y según los códigos de lectura del Papa. Mariana de Jesús fue representada con una azucena, atributo de pureza: fue reconocida como “Venerable Virgen secular, en 1776, según consta en el texto de un proceso complejo aplicado por la iglesia; la beatificación se dio en 1863 en tiempo del papa Pío IX y la canonización se produjo en 1950 con el papa Pío XII (Vargas Murcia, 2013, pág. 10).

El Padre Bernardo Recio contextualiza la presencia de Mariana en el espacio urbano de Quito:

(59) Dícese en su vida, que esta inocente virgen no sabía en su patria otra calle, que la que guiaba de su casa a la iglesia de la Compañía.

130 Morán de Butrón, V. c.l, pág. 371. Proceso, pág 53. 227.

131 Marco Caprinuzzi (1711-1778) dibujó y creó la imagen, Pietro Leone Bombelli el grabado, junto con ellos un equipo de pintores, grabadores, carpinteros, plateros, impresores, que eran los constructores de imágenes para el culto (Vargas Murcia, 2013, pág. 3).



Gráfico 74. Pintura de Joaquín Pinto. *Procesión de la virgen de Guápulo*.
Fuente: Ministerio de Cultura de Ecuador

A ella recibía los santos sacramentos con la mayor frecuencia y devoción.... Vistió el hábito de la compañía, y llevaba en el pecho grabado con bella bordadura, el sagrado nombre de Jesús, cuyo amor le hizo olvidar el noble apellido de su casa, gloriándose de ser sólo conocida por este Santísimo Nombre (Recio, 1947, pág. 269).

La vida de Mariana se inserta en el mundo de lo barroco que se impregnó profundamente en el carácter de la población de la Audiencia de Quito y en el imaginario de cómo debía ser una mujer virtuosa.

Por la afectación a la ciudad y daños fisiológicos que produce la caída de ceniza volcánica, la población tiende a encerrarse en sus casas o refugiarse en las haciendas, espacios privados que dejan vacíos a los espacios públicos, eso no indica su abandono

sino por el contrario una observación constante y control del espacio público porque es allí en donde la ceniza se exhibe en su máxima expresión, y luego la lluvia, como ha sucedido en todos los eventos del Pichincha, se lleva todo con la constancia de las calles y plazas lavadas.

Los terremotos y el espacio público lleno

Los terremotos de intensidad igual o mayor a siete en la escala MSK que han afectado al actual Ecuador desde la colonia han sido 99 de los cuales 14 se localizan en un radio de 50 km. Los terremotos y erupciones son descritos como un mismo evento cuando en realidad se trata de dos fenómenos diferentes. La erupción es el desfogue de energía de la tierra a través de las chimeneas de los volcanes mientras que el terremoto es producido por la fractura y acomodo de dos placas tectónicas,



Gráfico 75. Imagen de la venerable Mariana de Jesús con la ciudad en el fondo en el momento del terremoto
Pie de imagen. Imagen de la Venerable MARIANA DE JESÚS Paredes y Flores. Azucena de Quito, Virgen Secular Cuyas Virtudes en grado heroico aprobó Nuestro SS. Padre PÍO SEXTO el día 19 de marzo de 1776. Dedicado al Rey Nuestro Señor DON CARLOS TERCERO. Por Don Juan del Castillo. Postulador de la Causa.
Fuente: Fundación Compañía de Jesús

la primera localizada en el Océano Pacífico, denominada Placa Nazca, y la segunda localizada en el continente y denominada Placa Continental. No obstante vale aclarar que las erupciones producen sismos locales en su alrededor por la fuerza de la expulsión de la lava afectando a las ciudades que se encuentran cerca como el caso de Quito.

Los sismos que coinciden con períodos de erupción del volcán Pichincha ocurrieron en 1575, 1660 y 1661, o corresponden a eventos del siglo XX: 1922, 1949, 1955 y 1976, con epicentro al Norte o Sur de la capital o por activación de fallas geológicas locales y sobre las cuales sabemos que no produjeron efectos

sobre la arquitectura y el espacio público. Los que mayores estragos causaron en la arquitectura fueron los de 1587, 1755, 1868 (Del Pino I. Y., 1990, pág. 72).

Esto significa que la imagen urbana del actual centro histórico de Quito no es la del siglo XVI o XVII sino el producto de una serie de reconstrucciones o remodelaciones realizadas por las propias comunidades como producto de su ampliación, cambios urbanos y por otra parte los cambios posteriores a la destrucción del terremoto. Se podría decir que el terremoto es el indicador que evalúa la calidad de la construcción y anuncia la transformación ya que en general en el pasado se aprovechó de los daños para reconstruir algo diferente con técnicas constructivas similares a las del siglo XVI y XVII pero la forma cambió. Las fotografías y descripciones encontradas en la historia de la arquitectura de Quito revelan que las torres de las iglesias fueron las que mayores cambios sufrieron y esto interesa resaltar pues en conjunto cambiaron el perfil urbano de la ciudad pero no su carácter conventual, que en un espacio aproximado de 32 hectáreas¹³² se elevan 17 torres de iglesias y 9 conventos religiosos.

Los cambios físicos son perceptibles en el largo plazo cuando se comparan los grabados con las fotografías de un mismo lugar o las fotografías antiguas con la imagen de las plazas de hoy, en la forma, los usos y el tipo de personas.

La ciudad del siglo XIX tiene a varios viajeros que registraron en sus diarios su experiencia en Quito, entre ellos está Joaquín De Avendaño, un funcionario español y pedagogo quien cumplió la misión de cónsul en Guayaquil. Durante su estancia en Quito realizó recorridos matutinos y escribió sus impresiones, una de las primeras fue la falta de un espacio de encuentro y socialización:

No posee esta ciudad una sola posada, una sola fonda, un solo café. Tampoco tiene teatro, círculo, casino o club, ni paraje alguno de pública reunión e inocente solaz (De Avendaño, 1985, pág. 116).

De Avendaño confirmó que Quito era una ciudad-convento deteriorada y con poca vida social en el

¹³² Paz y Miño, Luis: Apuntaciones para una Geografía Urbana de Quito. Instituto Panamericano de Historia y Geografía, Plan Ecuador.

espacio público a lo que cabe añadir el contexto del momento: De Avendaño vivió en Quito entre 1857 y 1858 cuando Quito mostraba todavía las huellas de haber sido el centro de las guerras libertarias que terminaron veinte años atrás y del terremoto de 1797 que arrasó la Sierra Central¹³³; la recuperación era lenta y el hecho de ser una nación en proceso de formación significó también afrontar otros conflictos de tipo social y económico, y la reorganización del país. De este modo se puede entender que Quito lucía triste y venida a menos, “pobrísimas” como relata el diplomático y parecería que a mediados del siglo XIX cuando escribe el autor, la vida social se hacía dentro de las casas antes que en lugares públicos como cafés, teatros o la calle.

Los terremotos de 1797 y 1868 son muy conocidos por la cantidad de víctimas que causaron y por el área afectada en la sierra central, desde Guamate hasta Tulcán. A pesar que el epicentro del primero estuvo localizado a unos 170 km. al Sur de Quito y el segundo a 115 km al Norte, ocasionó muchos estragos en las iglesias de Quito: San Agustín, Santo Domingo, San Francisco, La Merced, el Sagrario, la Catedral, el Carmen Alto y Santa Clara, Santo Domingo y la Capilla del Robo (Del Pino I. Y., 1990, pág. 80).

El terremoto de 1868 cuyo epicentro estuvo en la Provincia de Imbabura, a 115 km. al Norte de Quito, afectó a todas las iglesias dañadas en 1797 y además a la Compañía, San Diego, el Carmen Bajo, y Guápulo. En esta ocasión, los mayores daños los sufrieron las Iglesias de la Compañía, San Agustín, La Merced y San Francisco que perdieron sus torres y en las que se cuartearon sus bóvedas y claustros. Guápulo, Santa Clara, el Carmen Alto, Santo Domingo, San Diego y la Catedral sufrieron destrucción en sus claustros y cubiertas. En una circular que el Ministro del Interior dirige a los gobernadores de las provincias informando sobre la situación en que quedó la capital se puede leer lo siguiente:

...la torre que sobresale en medio de ellos (del Colegio e Iglesia de La Compañía) está en riesgo de caerse. Esta torre como las demás de Quito se encuentran descuartizadas unas y derrumbadas otras... Todos los templos están, muy destruidos, y el resto, con excepción

de Santa Catalina, en estado que no será prudente ocuparlos por ahora. De paso hay que notarse que los templos que han sufrido más son los embovedados; prueba que esta clase de construcción no es conveniente para un país de temblores. Las casas particulares, con poquísimas excepciones, están todas averiadas, unas destruidas y otras que habrá necesidad de demolerlas¹³⁴.

Las fotografías de un informe de Alphon Stübel (1835-1904), vulcanólogo alemán, provenientes del Institut für Landeskunde de Leipzig y encontradas en la página digital del Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural de Ecuador contienen varios temas y uno de ellos es una serie de fotografías de la arquitectura religiosa de Quito luego del terremoto de 1868. Las fotografías fueron con seguridad tomadas durante su permanencia en esta ciudad entre 1870 y 1871, es decir, las fotografías muestran que ha estos años no se había restablecido la arquitectura.

Las fotografías muestran además de la arquitectura el espacio público, en particular las iglesias de San Agustín, Santa Clara, Santo Domingo, La Catedral (*Gráfico 76 y Gráfico 77*).

Las evidencias fotográficas muestran que las plazas fueron ocupadas con carpas o construcciones de madera y paja para dar la misa o para recibir a quienes perdieron sus casas. En este punto hay que diferenciar un primer momento, el del evento sísmico y los daños en las estructuras físicas que no soportaron la acción de la naturaleza por varias razones: estructura mal diseñada, estructura que no fue debidamente reparada en sismos y terremotos anteriores, entre otros (*Gráfico 78*).

El segundo momento es la intervención humana que es visible en las transformaciones y destrucción posterior al terremoto por varias motivaciones: aprovechar el daño del terremoto para ampliar o innovar lo existente, no reconstruir y esperar hasta que hayan recursos económicos que permitan realizar las reparaciones o innovaciones. En uno y otro caso la imagen de deterioro generalizado en la ciudad aparece como una ciudad triste y venida a menos lo que incide en el ánimo de sus habitantes.

133 El terremoto de 1797 obligó a la refundación de Riobamba 20 kilómetros al Norte en terrenos del Rey.

134 El Nacional Periódico Oficial 18 de Agosto de 1868.



Gráfico 76. Edificios afectados con el terremoto de 1868. Iglesia de Santo Domingo, Monasterio de Santa Clara
 Fuentes: Plano de Quito de 1875, levantado por Juan Bautista Menten
 Fotografías provenientes del Institut für Landerkunde. Leipzig. Autor: Camille Farrand
 Recopiladas para el Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador



Gráfico 77. Edificios afectados con el terremoto de 1868. Iglesia y Convento de San Francisco, Catedral e Iglesia de San Agustín.
Fuentes: Plano de Quito de 1875, levantado por Juan Bautista Menten
Fotografías provenientes del Institut für Landerkunde. Leipzig. Autor: Camille Farrand
Recopiladas para el Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador



Gráfico 78. Plazas de Quito luego del terremoto de 1868. La Recoleta, Santo Domingo, San Francisco
 Fuentes: Plano de Quito de 1875, levantado por Juan Bautista Menten
 Fotografías provenientes del Institut für Landerkunde. Leipzig. Autor: Camille Farrand
 Recopiladas para el Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador

El panorama y los miradores

El plano de Quito de 1810, anónimo, atribuido al Marqués de Selva Alegre, en el número 20 de la nomenclatura anota “mirador de los pobres” que corresponde a la ladera de la Loma del Placer, detrás del convento de San Francisco sin embargo no se han podido conseguir fotografías de la época desde este lugar.

En contraste con esta ausencia se ha podido identificar una fotografía de Camillus Farrand (1820 - ¿?) un fotógrafo franco – estadounidense que llegó a Quito hacia 1841 con una cámara que producía vistas estereoscópicas; viajó por varios países latinoamericanos y más tarde Edward Antony publicó las imágenes. Se ha podido conocer pocos detalles de su vida y el interés del viaje pero la fotografía de los indígenas sentados en el Panecillo mirando la ciudad es la evidencia de un “mirador de los pobres”, esto quiere decir que una de las formas



Gráfico 79. Mirador del Panecillo hacia la Recoleta de San Diego. Quito
 Autor: Camille Farrand. "San Diego, Quito". Serie; Vistas en el Ecuador. 1237.
 Publisher E & H. T. Anthony & Co.
 Estereoscópica en albúmina
 Dimensiones: 7,6 X 7,6 cm cada imagen. En soporte de 8,2 X 17,1 cm.

de entretenimiento familiar en el siglo XIX fue subir a las colinas y mirar la ciudad, reconocer los lugares cotidianos, escuchar los sonidos y mirar lo que sucedía abajo desde una posición de privilegio, una experiencia que recuerda la contemplación del espacio del nosotros. Es notorio que el fotógrafo permaneció con los indígenas hasta cuando se levantaron para hacer otra toma con los mismos personajes de pie y la ciudad en el fondo (Gráfico 79).

Probablemente hubo varios "miradores de los pobres", la cartografía del siglo XIX recoge uno y la fotografía de Farrand otro. El contacto de la ciudad que se mira es complementaria a la ciudad que es mirada, en este caso desde un balcón natural que recoge la densidad de un espacio ciudadano, en este caso no construido lo que recuerda los santuarios prehispánicos localizados frente a paisajes de cualidades singulares.

El paseo por la ciudad y el paisaje

Del mismo modo en que desde las colinas de Quito se presentan a la vista panoramas naturales y urbanos que han sido registrados en relatos, planos y fotografías, al nivel de tierra o a ras del suelo se encuentran otras miradas: la del transeúnte, la del encuentro casual entre personas, el del diálogo amigable o el conflicto callejero. Estas impresiones urbanas fueron también registradas por escritores, en planos y mediante la fotografía.

Para contextualizar este enunciado se dispone de una fuente de información documental escrita sobre la experiencia urbana de religiosos y residentes extranjeros que permanecieron en Quito entre 1740 y 1875, para ellos, desde su visión y en coincidencia con la fotografía de Farrand, Stübel o fotografías anónimas describen los mismos lugares que en el lapso de un siglo los recorridos varían poco y las calles son casi las mismas, la apariencia de la gente no cambia, en particular los indios en quienes el extranjero pone su mirada.

Para comprender el espacio público de la ciudad de Quito entre 1740 y 1875, aunque de manera fragmentada, con enfoques diferentes y a través del ojo del extranjero, se retomarán algunas de las descripciones de Mario Cicala, jesuita que estuvo en Quito entre 1740 y 1748, la de Joaquín De Avendaño, diplomático español quien escribió sobre esta ciudad entre 1857 y 1858, Friderich Hassaurek diplomático estadounidense que permaneció cuatro años en Ecuador, entre 1861 y 1865, con residencia sobre todo en Quito, y la mirada de otro religioso jesuita y científico, Joseph Kolberg quien dedicó en uno de sus libros un capítulo de su experiencia en Quito entre 1871 y 1875. Estas miradas permiten encontrar coincidencias, continuidades y detalles particulares motivadores para identificar en el tiempo de transformación política del país, es decir el fin de la colonia en el siglo XVIII y el inicio de la República en siglo XIX, las continuidades y las rupturas visibles en el espacio público de Quito.

Mario Cicala entre 1740 y 1748 puso atención en sus paseos por los alrededores de la ciudad, y le llamó la atención que los hombres lo hacían en mula o a caballo en lugar de carrozas o calesas¹³⁵ y atribuye

¹³⁵ Coche de paseo tirado por caballos, de dos o cuatro ruedas, con la caja o armazón abierta por delante y con cubierta o techo plegable.

a los malos caminos y a la topografía quebrada la falta de costumbre en usar este tipo de transporte; mientras tanto que las mujeres realizaban paseos cortos a pie o en silla de manos¹³⁶, con seguridad se refiere a las mujeres nobles.

Al describir el centro de la ciudad Cicala observa que ésta tiene seis calles “anchas y rectas” cruzadas por otras seis del mismo ancho en el sentido de los puntos cardinales, todas empedradas, lo que confirma de algún modo el criterio descrito en el croquis de 1573: calles que siguen la orientación de los puntos cardinales y ancho similar. Entre los barrios que identificó están San Blas y detrás el monte Itchimbia; entre Santa Bárbara y San Roque está La Merced; entre San Roque y San Diego está el “mirador de los pobres”; entre San Sebastián, La Loma y San Marcos identifica al Barrio El Tejar, aunque en la cartografía aparece el Tejar detrás de La Merced (Cicala, 1994, pág. 155). En este sentido se podría observar que la ciudad creció del centro hacia la periferia y desde la hondonada hacia los cerros, de abajo hacia arriba.

Un paseo descrito por Cicala va desde San Blas y Santa Prisca hasta el Ejido pasando por La Alameda en dirección Norte. Al igual que Jorge Juan y Antonio de Ulloa, Cicala observó que en Quito no se usaron las carrozas o calesas por la irregularidad del suelo, la presencia mayoritaria de hombres en el camino y pocas mujeres.

El acceso a La Alameda fue libre, su atractivo estuvo en el jardín: árboles frondosos de naranjos, un pequeño lago y bancas. Desde La Alameda salieron dos caminos hacia el Norte: el primero sobre el lado occidental en donde se alinearon algunas casas, jardines y la iglesia de Santa Prisca, descripción que concuerda con el plano de 1810, medio siglo más tarde.

El segundo camino puede prolongarse desde la Alameda por algunos kilómetros hasta llegar al convento y pueblo de Guápulo; en el recorrido destaca la vista panorámica del valle y el río Machángara; comenta que éste es un camino sinuoso pero en buen estado, con muchas curvas hasta llegar al santuario (Cicala, 1994, pág. 202).

¹³⁶ Silla atada a las espaldas de un indio que servía para llevar a una persona.

Otro paseo que destaca Cicala es de la ciudad al monte Itchimbia, detrás del barrio San Blas: “Desde allí se ve al frente, toda la ciudad como en un espléndido y magnífico espectáculo, el río Machángara y el otro ejido, el de Turubamba, bastante amplio a la salida de la ciudad”; desde la cima de este monte observó algunos nevados: el Pichincha, el Cayambe, el Sincholagua, el Cotopaxi (Cicala, 1994, pág. 204). En este paseo vale destacar que en corta distancia se transita de lo bajo a lo alto con una transición inmediata, la vista pasa de lo próximo a lo lejano y la percepción del paisaje urbano al paisaje rural, en una mirada de espejos.

Cicala no puede dejar pasar por alto el paseo al Panecillo “el cual se levanta por encima de toda la ciudad, dominándola y enseñoreándola completamente” y sugiere prolongar la caminata hasta el pueblo de La Magdalena, en el lado Sur del Panecillo, en donde hay huertos y árboles frutales (Cicala, 1994, pág. 205).

La experiencia de la luz y la sombra, el frío y el calor en Quito es descrito por el padre Cicala en los siguientes términos:

Sucede una cosa digna de contarse, y es que caminando por el lado de una calle, por la sombra, se experimenta una temperatura en gran manera agradable, mientras que si se pasa al otro lado, donde da el sol, es increíble el calor y ardor que se siente, pues parecen llamas los rayos que queman y abrasan por lo que cada uno conoce perfectamente hallarse bajo la línea equinoccial (Cicala, 1994, pág. 207).

La percepción de la luz y la sombra, el frío y el calor al mismo tiempo son dualidades que no han cambiado, son permanencias cuyos atributos tienen estrecha relación con el vivir en la mitad del mundo, una experiencia que pasa a ser cotidiana para el habitante de los Andes ecuatoriales.

Un siglo más tarde, entre los años 1857 y 1858 Joaquín De Avendaño destinó las mañanas al paseo por Quito y sus alrededores que los describe en sus recuerdos de viaje: Apenas llegado a Quito se instaló en el barrio La Merced en cuya torre se veía la hora. Su casa estuvo en el borde de la ciudad por su descripción de la flora y la fauna del camino, en lo alto de la ladera del Pichincha a donde se llegaba

por un camino sembrado de “guantos” cuya flor es aromática y de propiedades alucinógenas. Desde La Merced caminó hasta La Chilena y luego a San Juan por la ladera del cerro para mirar la ciudad, lo que sugiere que la vista desde San Juan pudo ser un “mirador de los pobres” que más tarde los fotógrafos lo utilizaron para registrar la vista panorámica de la ciudad colonial.

Uno de sus primeros encuentros fue con el barbero, un zambo que se llamaba Antonio “viste corto calzón, medias, zapato con hebilla, blanca camisa de algodón y pañuelo al cuello con gran lazo. No lleva chaleco, ni chaqueta, sino un ancho jubón o almilla de rayada tela sin mangas” (De Avendaño, 1985, pág. 118). Este personaje abordó a su cliente y con tres preguntas claves para identificar al extranjero: su nombre, procedencia, jerarquía social; a cambio le comentó la noticia más relevante de ese momento en la ciudad: un crimen cometido por el señor Jaramillo, quien estaba preso, y según el pronóstico del barbero “como es bastante rico saldrá bien; no hay cuidado”.

Al poco rato se encontró con el abogado Lazerda encargado del caso de Jaramillo quien confirmó el pronóstico del barbero “el jurado no le condenará a muerte; y como aquí no hay cárceles ni presidios estará algunos días en el cuartel, y luego se le proporcionará la fuga al Perú” (De Avendaño, 1985, pág. 120)

Sus paseos fueron siempre en la mañana; “las tardes era forzoso permanecer encerrado para no exponerse a los terribles efectos de los aguaceros tropicales”. Uno de sus paseos como él mismo manifiesta “produjo una sensación poco grata” en los alrededores de la iglesia de San Blas, sector en que se encontraban las carnicerías, comenta en relación a las quebradas “sin las continuas avenidas del Pichincha, sería un foco perenne de infección”, refiriéndose a las quebradas.

Sus paseos iniciaban a las seis de la mañana cuando el reloj de La Merced marcaba esa hora. Llegó a la iglesia de San Juan en un ambiente “silencioso y solitario. Los moradores de las pobres casitas que le circuyen habían salido a sus faenas diarias. Sentéme en uno de los poyos... y dirigiendo vagas miradas sobre la ciudad que a mis pies se extendía, caí en

una profunda meditación” (De Avendaño, 1985, pág. 122).

De Avendaño identificó al parque de La Alameda como un paseo público. Para ese entonces el parque tuvo una portada y tres calles de árboles como lo muestra el plano de 1810. Desde allí contempló la planicie de El Ejido y recordó la batalla en la que murió el Virrey Blasco Núñez de Vela. Para 1870 Kolberg destaca que se realizaban corridas de caballos junto a La alameda los domingos y juego de pelota entre jóvenes.

El siguiente paseo matutino reparó en que el Quito de esos años era “pobre, muy pobre” con una población aproximada de 40.000 personas conformada por pocos blancos, cholos, zambos y negros que eran pocos también, mestizos e indios; esos últimos eran muy pobres, dedicados a la limpieza de la ciudad que pese a su actividad lucía sucia.

Su paso fue apresurado desde la carnicería por la iglesia del Carmen Bajo a la iglesia de La Merced en que se encontraba su casa, antes de que llegue la lluvia de la tarde, cargada de espesa niebla, nubes plomizas y añade: “rápidos y brillantes relámpagos cruzan la atmósfera, en todas direcciones y el trueno retumba, con siniestro fragor por las concavidades de las montañas. A los pocos momentos de este formidable aparato, cae el agua a torrentes e inúndase la tierra como si abrieran cataratas del cielo” (De Avendaño, 1985, pág. 117).

En otra salida encontró a una señora francesa cerca de la plaza mayor con quien entabló conversación. Ella llevaba ya un tiempo en Quito y le recomendó visitar la catedral y las pinturas en su interior, el estudio del pintor Salas (hijo), la iglesia de la Compañía de Jesús, San Francisco, San Agustín y La Merced. Mientras caminaba identificó “indios de diversas procedencias, casi todos sucios y singularmente ataviados, y muchos cholos y zambos, con sus ponchos de colorines y sombreros de todas las formas y tamaños” (De Avendaño, 1985, pág. 133), los militares de tropa eran en su totalidad de raza chola y zamba. Ya se dijo que De Avendaño lamentaba el que la ciudad no tuviera un lugar decente en el cual se pudiera tomar un café, casino, teatro o círculo de reunión pública.

Este encuentro debió ser inusual, en la calle y en la iglesia, por lo que lo escribe, quizás por tratarse de una mujer europea, culta, que llevaba en Quito algún tiempo y que circulaba como él por la calle y la plaza, no se sabe si sola o con su criada a la cual no menciona, en todo caso el entablar conversación entre desconocidos no era una práctica común de ese tiempo¹³⁷ (Gráfico 80).

De Avendaño realizó también una ascensión a las laderas del volcán Pichincha que le llevó a la reflexión, sentado en una de las piedras del camino, sobre el poder de la montaña, las erupciones de 1539, 1587 y 1660; las guerras de la independencia y los viajes de Gabriel García Moreno con el científico Wisse.

Las descripciones de las mañanas en Quito resaltan la luz, el clima, el verdor, el aleteo del “quinde” o picaflor. Recuerda que su primer domingo en Quito la gente acudía a la misa en las iglesias, las mujeres con un pañolón que envuelve su cabeza y el rostro dejando descubierto un ojo. Iban acompañadas de una “cholita” que llevaba una alfombra que utilizaba la señora para arrodillarse. También iban mujeres de otro grupo social descubiertas la cara con blusas bordadas de colores y un chal, pelo largo peinado con dos trenzas. A estas mujeres se las llamaba “bolsiconas” y eran de estrato popular. Señala: “las cholitas, zambas e indias no difieren en su vestido”; sin embargo, las pinturas de vestidos populares de Quito muestran variedad de trajes. En su interrelación con la gente de la ciudad señala que una semana es suficiente para conocer “lo más amable y distinguido de sus habitantes”.

En un paseo por la tarde a la Capilla de Cantuña en el conjunto franciscano en donde un fraile se acercó voluntariamente para contarle la historia de la capilla; en la iglesia de San Buenaventura, en el mismo conjunto franciscano señala que allí se encontraban la Cámara del Senado y la de los Representantes.

En su paseo al Panecillo se topó con unas jóvenes que se dirigían al Yavirac o Panecillo. Las acompañó en su recorrido desde la plaza mayor, la universidad,

¹³⁷ Los personajes de Quito con los trajes que identifican el grupo social al que pertenecen y la caracterización de la actividad que realizan fueron representados por varios artistas. En este sentido el texto “imágenes de identidad del siglo XIX” (Ortiz A. y., 2005) es una fuente importante de consulta.



Gráfico 80. Dibujo de Lisboa sobre los trajes de las mujeres de Quito
Fuente: Tomado del libro “Imágenes de identidad”. A. Ortiz. FONSA

la cruz de piedra y el lazareto. Las experiencias se juntan en los mismos lugares y temporalidades diferentes. De Avendaño coincide con Mario Cicala en su recorrido entre San Blas y Guápulo, un camino que durante la colonia llevó en procesión a la Virgen de Guápulo, protectora de las desgracias de Quito.

En esta ruta, años más tarde, De Avendaño tropezó en su camino con “tres bellas damas y algunos caballeros”, dos de ellas eran las que encontró en el trayecto al Yavirac y la otra era la señora francesa, que recomendó visitar el estudio del Señor Salas. Todos coincidían en camino hacia la residencia de la familia Larrea en Guápulo, una casa suntuosa en donde destaca la biblioteca selecta, los jardines y el buen gusto desplegado en la casa, aunque pequeña¹³⁸. Este pasaje resume de alguna manera la escala de la ciudad en la que todos se conocían; las personas de la élite social eran pocas y de alguna manera coincidían en sus recorridos por la ciudad o en reuniones sociales que tuvieron lugar en las quintas particulares de gente pudiente (Gráfico 81).

Friderich Hassaurek es más desenfadado al describir a Quito, coincide con sus contemporáneos en el colorido de la vestimenta de los indios y de las mujeres que califica de “pintoresca”. Le llamó la atención las “cajoneras” de los portales, las define como “mujeres que venden chucherías tales como botones, tijeras, cintas, jabón, fósforos, lápices, catecismos, agujas, alfileres, cuchillos, navajas,

¹³⁸ La descripción corresponde al edificio de la residencia del embajador de España.

cepillos, peinillas, etc”, los exhibidores de la mercadería eran muebles plegables y transportables de madera, las cajoneras llevan y traen estos muebles al portal cada mañana y los cierran y transportan a sus casas por la tarde (Hassaurek, 1993, pág. 202). Esta actividad permaneció en el portal de la plaza de Santo Domingo hasta finales del siglo XX¹³⁹ (Gráfico 82).

Coincide con sus contemporáneos en el vestido de la mujer aristocrática y la mujer de estrato popular. Observa a los religiosos de traje blanco, azul, negro y café, y grandes sombreros; los hombres con ponchos multicolores, los pordioseros en harapos, los indios con infinidad de atuendos, incluyendo a aquellos desnudos y pintados provenientes de la selva: “todos presentan un espectáculo interesante y alegre”. Coincide con De Avendaño en la existencia de pocos carruajes.

Hassaurek caminó junto a las quebradas e identificó a las lavanderas; las familias aristocráticas tenían una o dos lavanderas que llevaron en sus hombros los fardos de ropa al río, acompañadas de varios perros que “ladran pero no muerden”, cada una lavaba en alguno de los ríos de las quebradas en donde se encuentra estratégicamente ubicada una piedra de lavar. No es raro encontrar que se junten varias lavanderas que comparten la conversación mientras la ropa se secaba sobre la hierba. Un aspecto de lo privado trasladado al espacio público.

Otro encuentro en las quebradas fue con las bañistas del río Machángra, al parecer fueron mujeres de estrato popular quienes luego del baño regresaban “con sus cabellos sueltos y alborotados, cayéndoles en su cuello y hombros” y añade “pero esto sucede con muy poca frecuencia” (Hassaurek, 1993, pág. 193). Joaquín Pinto a través de la acuarela ilustra la idea de la lavandera y la bañista de Quito (Pinto, 1985) (Gráfico 83).

Entre navidad y año nuevo se integró a una procesión nocturna de máscaras que se llevaron a cabo en las plazas y calles. En los portales y esquinas se agolpaba la gente para ver pasar a los disfrazados:

He visto procesiones de disfrazados llevando antorchas, vestidos con trajes espléndidos

¹³⁹ Un estudio detenido de las cajoneras y su proyección en la ciudad contemporánea de Quito fue realizado por Blanca Muratorio y Eduardo Kingman en “Los trajines callejeros”. 2014, FLACSO.



Gráfico 81. La cajonera
Fuente: Tomado del libro “Imágenes de identidad”. A. Ortiz. FONSAL

y acompañados con bandas musicales –un espectáculo muy romántico que nos recuerda la época de oro de los carnavales romanos y venecianos-... Pero hay consideraciones que hacen que sea poco aconsejable un contacto cercano con el pueblo menudo de Quito. Una noche en que me abría paso entre la multitud que se hallaba en los portales me horroricé al ver en mi abrigo uno de esos detestables animales (pulgas) que son tan abundantes entre la gente de la sierra (Hassaurek, 1993, pág. 210).

Al igual que De Avendaño, Hassaurek subió al Pichincha para encontrar al señor Farrand, el fotógrafo francés que registró los daños del terremoto en la arquitectura de Quito, citado anteriormente, pues no regresó de su expedición, sorprendido escribe que Farrand “esperó perseverantemente a que el clima mejorara en medio de los horrores de la naturaleza y casi en las fauces del volcán durmiente” (Hassaurek, 1993, pág. 123).



Gráfico 82. La lavandera.
Fuente: Tomado de "Ecuador Pintoresco" Pinturas de Joaquín Pinto. Salvat, 1985

En contraste con su país de origen, y probablemente de su ciudad de procedencia en Estados Unidos, el diplomático percibe los sonidos de la Colonia y la República, superpuestos en un mismo espacio:

no hay sonido de vagones ni de maquinaria que llegue a nuestros oídos; ni el un murmullo que emerge de la capital del país. Los únicos sonidos que suben desde la meseta en la que se asienta esta ciudad son el repicar de las campanas de la iglesia, el canto de los gallos, o los tambores y las trompetas de los soldados (Hassaurek, 1993, pág. 126).

Veinte años más tarde, Joseph Kolberg (1832-1893), religioso jesuita percibió a Quito como una ciudad "triste... no hay más de dos o tres casas en que sus ventanas y puertas se cierran perfectamente" (Kolberg, 1996, pág. 477). Luego corrige su apreciación que la justifica por su estado de salud y del grupo que tuvo un viaje duro al punto que una religiosa murió a los pocos días, afectados por la altura y el cansancio. Sin embargo, no se aleja de la apreciación de la ciudad que años atrás sufrió tres



Gráfico 83. La bañista. Joaquín Pinto. Siglo XIX
Fuente: Tomado de "Ecuador Pintoresco" Pinturas de Joaquín Pinto. Salvat, 1985

terremotos: el de 1750, 1797 1868. Al parecer, la imagen de la ciudad no se había reestablecido, la reparación de la arquitectura podía esperar, no se habían reparado las estructuras hasta que hubiera el financiamiento necesario.

Kolberg considera que para conocer la ciudad "basta un corto paseo de una hora" lo que da cuenta de la escala de la misma, aunque no sea riguroso con el tiempo de visita. Destaca que la ciudad posee "grandes arsenales, fundiciones de cañones, fábrica de maquinarias, pinacotecas y cosas por el estilo". Al decir esto no se refiere a una ciudad industrial sino a las huellas que dejaron las guerras de la independencia en que las casas se convirtieron en talleres de fundición con el metal proveniente del reciclaje de campanas y otros objetos de metal. Estos eran visibles desde la calle. En correspondencia con esta imagen la guerra y los terremotos mostraban sus huellas en esos años, no obstante, le impresiona la monumentalidad de los conjuntos religiosos que los identifica con "gruesas murallas que les dan el aspecto de fortalezas".

Sobre la diferenciación social destaca que la gente se sorprende al ver a un hombre blanco en trabajos manuales, aspecto que lo señala también Hassaurek. Coincide con De Avendaño en que las mujeres vestían traje oscuro y un manto, y otras, no distinguidas, que usaban ropa de color, mostrando su rostro. La aristocracia vestía según la moda francesa de ese entonces e iban acompañadas por sus criadas que llevaban una alfombra a la iglesia; las europeas imitan a las quiteñas al llevar el manto negro.

Quito equinoccial. El espacio público como proyección internacional

La noción de lo equinoccial ha sido un eje transversal en la historia de Quito. Estuvo cargado de un sentido de curiosidad y sorpresa durante el proceso de conquista española, no fue explícito en el discurso de la iglesia ni del estado pero estuvo presente en algunos relatos de cronistas como Pedro Cieza de León en el siglo XVI e historiadores como el padre Juan De Velasco en el siglo XVIII quienes imponen un estilo de expresión escrita y verbal cuando se refieren al territorio equinoccial. Cieza señaló: “Esta ciudad de Quito está metida debajo la Línea Equinoccial, tanto que la pasa casi a siete leguas” (Cieza de León, Pedro, 1984, pág. 114). En este pasaje Cieza relaciona a la ciudad de Quito en su vínculo con la línea equinoccial como una referencia inmaterial reconocida sobre todo por los navegantes y geógrafos de la época.

Juan De Velasco escribió: Para señalar la situación de las fundaciones españolas de este Gobierno, hablaré de los grados de longitud no contados de Tenerife, París ni Londres, sino de la Meridiana propia de la Capital de Quito, según el uso de varios geógrafos modernos (De Velasco, 1841, pág. 165). Nuevamente Quito se convierte en referente de coordenadas geográficas del planeta, desplazando a otros puntos conocidos en el siglo XVIII, momento en que se discutía en Europa sobre las teorías de las medidas de la tierra y los fenómenos físicos en la parte más atachada del planeta.

La Condamine llegó a Quito en 1736 desde la costa y entró por Nono. Antes de presentarse al presidente de la Audiencia ascendió al volcán Pichincha y miró a Quito desde la altura. Luego de redactar la sorpresa que experimentó por el

paisaje¹⁴⁰ señaló: “Esta ciudad llegó a ser el centro de nuestras operaciones, está a cuarenta leguas del mar, a un cuarto de legua de la Línea Equinoccial y a 80 grados y medio al occidente de París” (De La Condamine, 1986, pág. 13).

El lenguaje científico utilizado para referirse al espacio y el territorio tomó en esta época un modo de expresión particular en los estratos altos de la sociedad; en lugar de una descripción literaria y emocional, la descripción hace énfasis en el relato cuantitativo con precisión en lo numérico, en ocasiones un alarde de exactitud y conocimiento técnico. La práctica de este lenguaje fue un signo de cultura, refinamiento, conocimiento y poder.

Políticos como Gabriel García Moreno, quien fue aficionado a la ciencia también adoptó este modo de expresión escrita con orgullo al describir su hazaña al ascender al volcán Pichincha en una carta a su amigo naturalista Guillermo Jameson; la excursión fue de tres días en compañía del científico Sebastián Wisse: “En el medio del plano inclinado que constituye el fondo del volcán levántase el actual cono de erupción: tiene 820 pies (250 metros) de diámetro, 262 pies (80 metros) de alto”, luego añade “La actividad volcánica del Pichincha ha aumentado notablemente, como se manifiesta por la mayor exhalación de vapores”, luego añade “salí del Pichincha el 17 de diciembre, después de haber pasado la noche anterior dentro del cráter, a 493 pies (150 metros) del cono de la erupción” y finaliza “No dudo que al bajar 2.460 pies (750 metros) de rocas, en donde las manos sirven más que los pies, un solo paso temerario tendría muy fatales consecuencias” (García Moreno, 13 de enero 1858, pág. 158).

El relato señala con exactitud el trabajo realizado en el interior del cráter pero sobre todo el riesgo y la valentía con la que enfrentó al medir la boca del Guagua Pichincha en condiciones de riesgo; añade una visión razonada de la actividad volcánica, que contrasta con el informe de la misión de 1660 que miró el cráter “como a dos leguas de dicha boca”, la flora que encontró en su interior y las condiciones geológicas del cráter, descrito en primera persona, con emoción y en actitud de dominio sobre la naturaleza; la descripción no menciona los

¹⁴⁰ En el capítulo II se citó la primera parte de la redacción sobre Quito desde lo alto. El dibujo en tres dimensiones de la meseta de Quito de la introducción de este estudio trata de visualizar lo que La Condamine vio como territorio y paisaje.

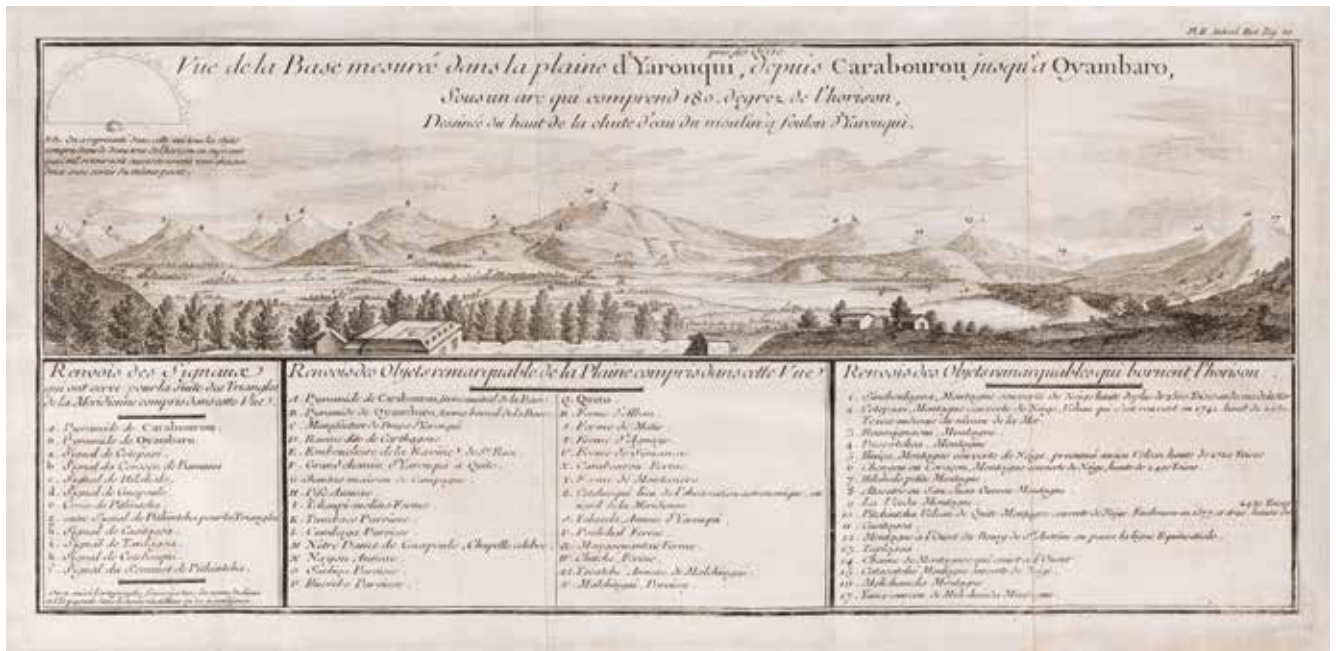


Gráfico 84. Vista de la base medida desde la planicie de Yaruqui. Desde Caraburo hasta Oyambaro
Fuente: Dibujo de la Misión Geodésica Francesa. Fotografía colección Ch. Hirtz

instrumentos con los que se realizaron las medidas, las técnicas de medición ni otros datos de manejo técnico.

Los descubrimientos de la Misión Geodésica tuvieron un impacto importante en Europa por su aporte al conocimiento científico universal sobre la forma de la tierra; en Ecuador su presencia no pasó desapercibida en la cotidianidad de las ciudades por las que pasaron causando curiosidad; su labor científica no fue comprendida por la mayoría de la población que veía con desconfianza su actuación en varios ambientes sociales: el no cumplir con los protocolos diplomáticos de la época, el no tener el traje adecuado para presentarse ante los ojos de la autoridad; más tarde la venta de su ropa para financiar la investigación de campo; su permanencia solitaria en lugares desolados del Pichincha; los

acontecimientos públicos protagonizados por sus compañeros, entre ellos la muerte de Seniergues, el médico de la misión, linchado por la población de Cuenca y la serie de historias e intrigas alrededor del hecho; y al final, la venta del instrumental de topografía y medición en la plaza de la ciudad fueron objeto de comentarios, sospecha y rumores que especularon sobre el verdadero interés de los extranjeros.

Charles Marie de La Condamine y su grupo aportó con una visión razonada y científica del lugar de Quito y el territorio, influyó en un grupo social ilustrado que dio acogida a los científicos en estupendas casas de hacienda o en residencias de las ciudades mismas. Fue una época en que la admiración por lo europeo francés era recurrente en este grupo social que a menudo hablaba o se

comprendía este idioma sin haber estado en Francia; en suma, la cultura francesa era un indicador de distinción social y refinamiento.

La difusión de los resultados de la misión liderada por Charles Marie de La Condamine creó un interés inusitado en Europa por Quito y el territorio de la Audiencia de Quito en el siglo XVIII, al que siempre llamó “Ecuador”. De este modo su presencia se convirtió en una bisagra en la concepción de lo equinoccial y lo ecuatorial que pasó de una noción mágico - religiosa del mundo y la visión razonada del mismo. Lo que interesa destacar en esta reflexión es que el sentido de esta visión razonada se expresa en las obras urbanas y arquitectónicas preparadas entre dos periodos políticos de línea de pensamiento diferente, una conservadora y la segunda liberal pero que tienen en común integrar al país en el cambio de época, el cambio tecnológico de la máquina, la educación técnica y los descubrimientos que aportaron al confort urbano como la electricidad y el saneamiento.

La localización de la línea ecuatorial o la latitud 0° según las mediciones de la Misión Geodésica Francesa está fuera de la ciudad de Quito, a 18 kilómetros de la plaza mayor. Sin embargo, la ciudad asumió la concepción científica de lo equinoccial en un espacio físico que se determinó en el límite Norte de la ciudad, en la calle que une el centro y un espacio segregado por el cabildo desde la colonia para construir una Alameda, es decir un parque con jardines, fuentes y senderos para caminar. La idea no progresó hasta el siglo XIX en que se estableció en este espacio el observatorio astronómico, edificio que representó a la ciencia; en esta idea, la arboleda fue un jardín botánico que integró una mixtura de especies vegetales, importadas unas y nativas otras.

En la escala de Latinoamérica, se conoce que el diseño de alamedas se extendió por el continente desde el siglo XVIII. Al respecto Ramón Gutiérrez señala: “La idea de la avenida flanqueada simétricamente por arboledas o glorietas, circundada por rejas con jarrones y estatuas señala en definitiva la nueva manera de concebir la inserción del paisaje” (Gutiérrez, 2005, pág. 228). El autor menciona la Alameda de Lima, el jardín botánico de México, la Alameda de Buenos Aires, modelos de gran envergadura que se construyeron a la par con La Alameda quiteña del siglo XVIII.

Cabe especular que las noticias de estos espacios llegaron al conocimiento de la gente Ilustrada de Quito por noticias o viajes y observación de los parques europeos y americanos, de allí la propuesta de una Alameda para el disfrute de un grupo social específico.

En Quito, la presencia de la geografía particular de gran valor simbólico y presencia que durante siglos obligó al acomodo de los habitantes en sus laderas y espacios protegidos, pasa a un segundo plano pues lo que interesaba mostrar en La Alameda era el dominio de la naturaleza por la acción humana. El observatorio astronómico que se construirá al finalizar el siglo XIX consolida la idea del parque y se convierte en el símbolo de la ciencia, la noción de lo equinoccial y Quito con su posición de privilegio en el contexto mundial.

Cómo se formó a La Alameda de Quito

Las ideas que dieron forma a La Alameda se construyeron muy temprano en la colonia, este espacio perteneció al ejido del Norte conocido como “Chuquihuada” que significa “punta de lanza” y fue el primero en ser segregado para el cabildo. El acta del 8 de marzo de 1596 expone el pedido del licenciado Francisco Sotomayor, teniente general de corregidor y miembro del cabildo, para construir una “alameda” en Quito: “Dixo que él ha comenzado a hacer en el prado y llano de Añaquito una Alameda y pidió que de los propios de la ciudad¹⁴¹ se gaste y pague lo que fuere necesario para la dicha obra”. El contador Francisco de Cáceres dijo:

es obra con que se ilustra la ciudad ... su voto es que se haga y se de libramiento para que de los propios de la ciudad se paguen trescientos pesos para pagar los indios que en ello se ocuparen y se de libramiento para que de los propios de la ciudad se paguen después de haberse pagado las deudas que la ciudad debe al presente (Archivo Municipal, 1593-1597, pág. 334).

Vale contextualizar esta decisión del cabildo con lo expresado por Luciano Andrade Marín quien

¹⁴¹ Los fondos de propios son recursos económicos recaudados por el cabildo, principalmente de impuestos. En la colonia esta recaudación fue exigua para las necesidades de la ciudad y siempre hubo que contar con las contribuciones de personas acaudaladas para su construcción o aportes de personas que buscaban reconocimientos o recompensas por las donaciones efectuadas.

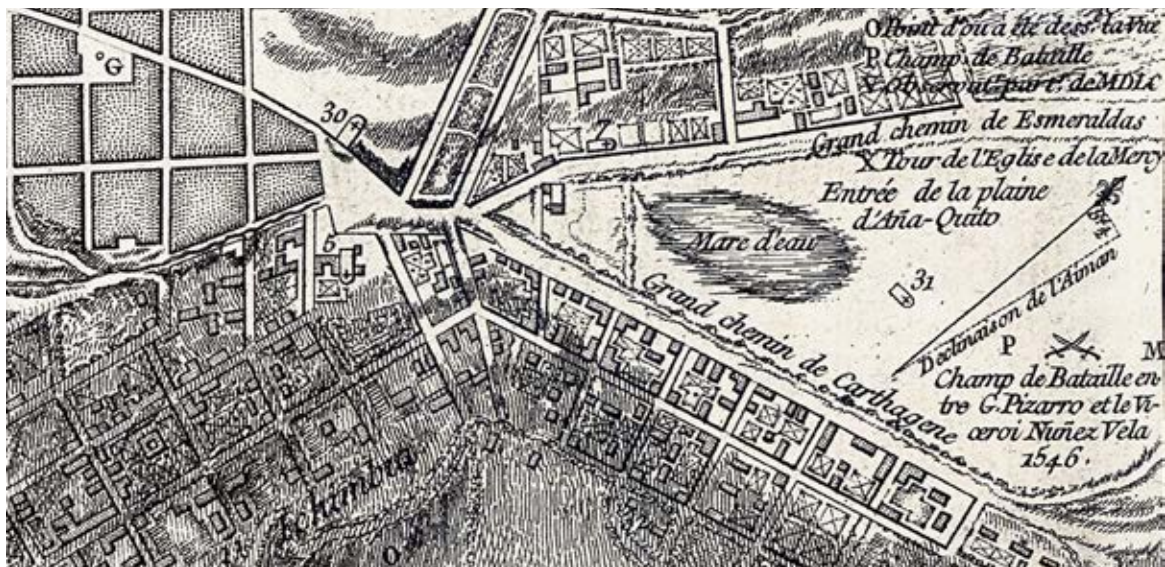


Gráfico 85. La Alameda en 1734, 1748 y 1750
 Fuente: Planos de Quito: 1734, 1748 y 1750

señala: “los ejidos, los tambos y los montes anexos a la ciudad estaban paulatinamente usurpados por colonos y los indios, ante esto, el licenciado Sotomayor optó por crear una alameda que comenzaba en la iglesia de San Blas” inspirado en la Alameda de los Obispos de Córdoba en España (Andrade Marín, *Cómo fue creada la antiquísima Alameda*, 2003, pág. 73).

Lo expuesto sugiere que La Alameda fue creada como espacio perteneciente al cabildo para evitar la apropiación de estas tierras por parte de privados y decisiones unilaterales de venta sin el consenso del cabildo, asunto que había sucedido en el pasado, su uso fue de carácter público sin especificar las funciones. Se asume que se trató de un espacio con árboles destinado al paseo de los vecinos; en alusión al referente de Córdoba en España las alamedas fueron de carácter público, se usó el álamo para la jardinería y sirvieron para paseo a pie o en carroza (Luque Azcona, julio-diciembre 2015) (*Gráfico 85*).

El espacio que corresponde a La alameda de Quito aparece en el extremo derecho en el plano de 1734 de Dionisio Alcedo y Herrera, sucesivamente en los planos de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748), así como en el de La Condamine (1750), cada uno aporta con información histórica relevante: Dionisio Alcedo la representa limitada por dos caminos que salen de la ciudad, en un llano. El terreno segregado para alameda tuvo un muro frontal con una puerta, se observa que es un espacio diferenciado en el ingreso a la ciudad; en el interior está el rollo de la ciudad, en el sitio que hoy se encuentra el edificio de la Asamblea Nacional, la capilla de Santa Prisca y un “lago”.

En paralelo con el plano de 1734 la pintura de Miguel de Santiago de la que se habló anteriormente sobre el vínculo del paisaje en la devoción religiosa puede ser de utilidad esta vez para tener una idea espacial de La alameda de Quito. El cuadro elaborado entre 1699 y 1706 representa un perfil montañoso de fondo acorde con el ritmo de la cordillera Occidental. En la parte media del cuadro está identificado el cerro Panecillo y delante la ciudad de Quito sin mayor detalle pero con su sello de identidad que son las torres de las iglesias católicas. En las partes laterales del cuadro se identifican las laderas del cerro Huanacaury y el Itchimbia que forman un

estrechamiento en el paso hacia la ciudad. Este pedazo de tierra forma un triángulo que viene a ser La Alameda creada por Francisco Sotomayor.

La perspectiva no es de una gran llanura sino que tiene en su interior un montículo como insinúa el plano de Quito de Juan y Ulloa en 1749. La pintura delinea dos caminos que se encuentran y delimitan al espacio de La Alameda. En la parte alta del montículo están una columna, que corresponde al rollo y a la capilla en honor al Virrey muerto en batalla. El triángulo podría tener sentido en la composición del cuadro del milagro: la trilogía en la tierra y la virgen en el cielo intercediendo por el cese de la sequía. En primer plano la procesión se dirige a la ciudad por el camino que La Condamine denominó “camino de Cartagena” y parecería que está detenida en un sitio para descanso, momento en el que acuden algunas personas para integrarse a la procesión.

El plano de Jorge Juan y Antonio de Ulloa representa un espacio delimitado por dos caminos sin nombre que forman una “Y”; en su interior se encuentra la frase “potrero del Rey” que equivale a decir un espacio de alta importancia social y política; una inscripción da a entender la condición cambiante de la laguna: “laguna que suele secarse”, característica frecuente en los espacios lagunares del ejido del Norte. El terreno asignado tiene una loma en cuya cima está una capilla conmemorativa; en la parte baja, con el número 12 se denomina al “rollo”. Los contornos Norte y Oeste no tienen edificios, en consecuencia La Alameda estuvo en los arrabales de la ciudad y no tuvo un muro o límite del predio que lo resguarde de la calle.

El plano de La Condamine aporta con información adicional: señala “entrada a la explanada de Añaquito”, es decir una información espacial para determinar que La alameda está ubicada en un punto más alto como se señaló en el capítulo anterior a manera de mirador hacia el ejido del Norte. Otro aporte es la denominación de los caminos que delimitan este espacio: uno hacia Esmeraldas y otro hacia Cartagena.

Al igual que los otros planos representa el rollo, la descripción de la batalla en la que murió el Virrey

Blasco Núñez de Vela en 1546¹⁴², la presencia de una capilla que la denomina “de la Veracruz” que evoca a la ermita mencionada en la Relación de Quito de 1577 de Domingo Orive: “en cuya memoria se hizo y está allí una ermita con su altar y un crucifijo muy bien labrado de cantería” (Ponce Leiva, 1992, pág. 259) . El plano tiene una línea que representa el paso de la línea del meridiano por la propiedad de los jesuitas y la torre de la iglesia de La Merced.

Ninguno de los planos nomina “alameda” a este espacio del ingreso Norte de la ciudad. La mención del “potrero del Rey” podría ser interpretado como un espacio cuyo custodio es el cabildo de acuerdo con las disposiciones de 1596, es decir, un espacio público. La representación gráfica insinúa un triángulo que no está todavía delineado. En su interior tiene algunos hitos históricos para la ciudad pero carece de un trazado que lo asemejaría a un parque y tampoco arborización.

La Alameda en el siglo XIX

Un plano posterior a los citados, de autor anónimo elaborado en los inicios del siglo XIX, 1810 aproximadamente, dibujado en tintas de color y en tres dimensiones muestra por primera vez el nombre de “Alameda” en el espacio segregado por Sotomayor en el siglo XVI. El plano copia la base topográfica y urbana del plano de Juan y Ulloa al que superpone y actualiza con información de un periodo complejo de la historia de Quito que son las guerras por la independencia entre 1809 y 1822 (*Gráfico 86*).

En este plano, La Alameda tiene una portada de ingreso y una calle principal con árboles en cada lado del recorrido. Varias edificaciones en su interior entre las que se identifican la ermita del Santo Cristo de la Loma, que con seguridad es la construida en honor al virrey, el rollo, un edificio que asemeja una glorieta, la laguna se encuentra esbozada, un edificio para depósito de pólvora que Alfonso Ortiz sitúa en 1816¹⁴³. Según la misma fuente y según la tradición el plano perteneció al segundo marqués

¹⁴² El plano hace alusión a la batalla de Añaquito en el espacio de La Alameda pero según la cartografía moderna es de la explanada de El Ejido, es decir en la parte baja de La Alameda hacia el Norte.

¹⁴³ El plano tiene fecha aproximada entre 1800 y 1810. Cabría un estudio más profundo para determinar si la fecha es posterior. Por el momento asumo la temporalidad con la que se ha difundido el plano, entre 1800 y 1810.

de Selva Alegre, Juan Pío Montúfar y Larrea que tuvo destacada participación en las guerras de independencia (Ortiz Crespo, Alfonso, Matthias Abram, José Segovia, 2007, pág. 139).

Otro aporte de este plano es el dibujo de la arquitectura que rodea el parque: casas de uno y dos pisos en el camino a Esmeraldas. Algunas casas de dos pisos tienen una terraza cubierta o mirador hacia La Alameda; también se destaca la iglesia de Santa Prisca (H) sobre el mismo camino.

Sobre el camino de Cartagena se dibujaron una secuencia de casas similares sobre la línea de fábrica sin mayores detalles. Una de las casas tiene el número 37 que corresponde “Guangacalle” que se podría traducir como “calle larga” lo que permite reconocer que para 1810 aproximadamente el “camino de Cartagena” fue conocido también con el de “Guangacalle”. La parte de la avenida interior del parque y la arbolada tiene en el ingreso una puerta de tres cuerpos y un muro que llega a delimitar únicamente la parte de la arbolada del parque; según Luciano Andrade Marín este muro fue de tapia.

Alrededor del parque se dibujan personajes de la ciudad: dos señoras que van con su criada que lleva la sombrilla y una pareja elegante que pasea fuera del parque; dos personajes, uno con capa y otro con una guitarra; un arriero, que por la canasta que lleva en su espalda y el traje que porta es un indígena que lleva animales al ejido, cerca de éste está un grupo de tres indígenas con un animal. Otro arriero lleva animales hacia la ciudad, se podría suponer que al camal, localizado en la actual Plaza del Teatro, allí se distinguen dos religiosos con vestido negro y sombrero; frente al parque camina un personaje vestido de negro junto a la iglesia de Santa Prisca, en su mano tiene una vara que apunta hacia la ciudad. Hacia el Norte se encuentran dos quebradas y una persona pastando animales. El Norte se encuentra a la derecha del plano.

La presencia de personajes muestra una población diversa; las actividades que realizan están relacionadas con el paseo urbano, la movilidad de personas y el trabajo de otras: transporte de objetos, arreo de animales, circulación por la calle. La localización del parque se encuentra en el borde de la ciudad, en el límite entre lo urbano y lo rural.



Gráfico 86. La Alameda en 1810

Fuente: Detalle del plano de Quito de 1810. Autor anónimo. Fotografías del archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.

El momento histórico que representa el plano es de plena transición a la República, un periodo de guerra, de allí la presencia de un depósito de pólvora dentro del parque, y un personaje con traje militar.

La actividad representada en el plano podría explicar que el momento difícil de la guerra de 1809 y 1810 no impidió representar a la gente en la calle en actividades cotidianas. En este contexto, el plano muestra una alameda para ser contemplada desde el exterior, los personajes se ubican alrededor y miran al interior o pasan sin poner atención a lo que se encuentra dentro. El plano presenta un interior estático y un exterior dinámico en donde se ve gente de diferentes grupos sociales.

Según Luciano Andrade Marín el diseño de La Alameda fue realizado en 1746 de acuerdo al acta del cabildo del 27 de septiembre de ese año. La descripción coincide de algún modo con el dibujo de este plano de inicios del siglo XIX. El acta aporta al conocimiento que el nombre de la vía de Cartagena cambió por el de Guanga Calle cuyo destino final fue el pueblo de Guápulo. El mismo autor señala que en 1786 se edificó la portada de tres arcos que se representa en el plano atribuido al marqués de Selva Alegre cuya obra se financió con las entradas de las corridas de toros que tenían lugar en la plaza de las carnicerías (hoy Plaza del Teatro). (Andrade Marín, Remodelaciones coloniales de “La Alameda”, 2003, pág. 78).



Gráfico 87. La Alameda en 1888

Fuente: Detalle del plano de Quito de 1888. Gualberto Pérez. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.

En el interior existieron algunos hitos construidos como dos columnas que fueron removidas. Una de ellas sirvió de referencia para la implantación del edificio del observatorio astronómico. Cabe especular si alguno de los hitos representados correspondieron a la ermita y a la cruz de piedra del siglo XVI. (Gráfico 87).

La Alameda contribuye al espacio público de Quito con una historia que se construye por etapas hasta convertirse en un espacio público usado por un grupo social específico y reconocido por la población en general que se apropió de este espacio

cuando las rejas fueron retiradas. Luciano Andrade Marín, quien ha escrito varios artículos sobre la historia de La Alameda de Quito, encontró cuatro remodelaciones, de algunas podría decirse que fueron el restablecimiento del parque que por la falta de mantenimiento, riego, poda y más cuidados se perdió. Los emprendedores de cada una de las alamedas pusieron dinero propio para ponerla en funcionamiento e interesó al cabildo o al municipio más tarde para su reconstrucción, es decir, el espacio de La Alameda de Quito podría ser considerado como un espacio público “construido” por la voluntad de autoridades y personas particulares

pertenecientes a una sociedad burguesa del siglo XIX. En el siglo XX, con el retiro de las rejas se abrió a toda la población.

La Alameda quiteña del siglo XIX tuvo todos los componentes para la formación de un jardín “a la francesa”: un espacio amplio, junto a la ciudad, provisto de agua, flora y fauna propia, y un mirador natural hacia el ejido y la ciudad; los diseños ensayados delinearon en este espacio un ambiente de *belle époque* que con la construcción del observatorio astronómico en 1877 completó la concepción ilustrada del parque para el paseo de la población; es decir, la existencia de un espacio que representa un nuevo modo de experimentar la ciudad.

El jardín botánico aportó a las ideas nuevas sobre la clasificación y sistematización del conocimiento de las ciencias naturales, una manera diferente de acceder al conocimiento de la naturaleza para su dominio. La noción de lo equinoccial se encuentra expresada en el edificio orientado según el meridiano de Quito. El primer director fue William Jameson (1796-1873) botánico escocés-ecuatoriano quien llegó a Quito en 1826 y aclimató algunas especies desconocidas en el medio como los cipreses *Cupressus funebris sinnensis* que fueron citados por Luciano Andrade Marín en el siglo XX. También realizó estudios de especies locales y se le atribuye ser el primero que realizó una clasificación sistemática de la flora ecuatoriana.

Posteriormente, el Padre Luis Sodiro (1836-1909) de nacionalidad italiana y también botánico, realizó un nuevo inventario de la flora local e incursionó en el jardín botánico de La Alameda plantando flora del Norte del continente americano: Luciano Andrade Marín cita entre las especies encontradas en este parque el “ciprés de Monterrey” (*Cupressus macrocarpa*) y una especie de pino “desflechado” proveniente de México (*Pinus lumbolzii*) (Andrade Marín, Remodelaciones coloniales de “La Alameda”, 2003, págs. 85, 86). En 1892 se plantaron cedros, toctes (nogales), yalomanes (flora local), pacches, y “platanos o siscomoros” (*Platanus orientalis*) que en las fotografías del Parque de la Independencia se los observa, y álamos (Andrade Marín, Los jardines botánicos de La Alameda en Quito, 2003, pág. 87).

De este modo en La Alameda se construyó un micromundo que reúne a varias piezas de la tradición local y de la Ilustración europea: el jardín botánico con especies nativas e importadas, el observatorio astronómico como el centro de la ciencia, la laguna, el paseo en bote, el paseo en medio de jardines fuera de la ciudad colonial pero junto a ella, el paisaje de las lomas y el Volcán Pichincha.

El Observatorio Astronómico fue el principal edificio dedicado a la ciencia en el siglo XIX; tiene una forma arquitectónica de cruz de brazos iguales, esta distribución funcional y formal rompió con el modelo colonial de edificación con patio central; en concordancia con este gesto innovador, el parque tampoco se inscribe en el damero colonial sino en la forma de un triángulo que la topografía delinea por el encuentro de dos lomas y el curso de caminos preexistentes.

El observatorio astronómico

Hacia 1861, una vez establecida la República, el presidente Gabriel García Moreno invitó al país a un grupo de científicos alemanes para establecer la educación técnica. Entre ellos Aloisio Sodiro (1836-1909), Teodoro Wolf (1841-1924), y Juan Bautista Menten (1838 Alemania – 1900 Popayán). Este grupo de científicos, cada uno en su especialidad, tuvieron la oportunidad de liderar la educación con una proyección de futuro en una circunstancia particular que fueron los años de construcción de la nación y del país Ecuador que necesitaba unos símbolos que lo sostuvieran como independiente y soberano en la geopolítica de América del Sur.

En este sentido, el diseño del observatorio astronómico, cuyo proyecto inició en 1872 y concluyó en 1877 ratifica la condición equinoccial de Quito y del nombre Ecuador. El diseñador y constructor fue Bautista Menten quien luego de un estudio minucioso de la implantación óptima para el edificio lo concluyó con resultados que van más allá de la obra civil: el proyecto del observatorio dio sentido y continuidad al parque de La Alameda que requería inversión pública para su mantenimiento constante; hizo posible la dotación de un espacio de entretenimiento para un grupo social que había atesorado el solar desde hace mucho tiempo; produjo para la ciudad y la región uno de los observatorios astronómicos más avanzados de

América con el privilegio de estar localizado en la mitad del mundo. Esta localización espacial fue importante para la ciencia.

El legado de este grupo de científicos se inserta de manera acertada en una generación que Silvia Arango denomina “Cientificista”, aporta con ideas y obras significativas para el cambio generacional y aparece entre 1885 y 1900 en el contexto latinoamericano. La caracterización de los personajes que aparecen en la escena de las artes y las ciencias en este periodo es definido por la autora:

Se trata de una generación de cambio, donde culmina una forma de vida y empiezan, germinales, las señales del inicio de otra. Esta generación no tuvo plena conciencia de esta transformación y solo ahora, con una distancia temporal que permite construir todo el ciclo vital de la época moderna, se puede valorar su situación de bisagra entre dos estructuras históricas. Los impulsos, ideas y creencias que actuaron en esta generación de manera inercial fueron tan fuertes que no le permitieron comprender los hechos que atropellaron su presente histórico y volvieron confusas las figuras con que intentó moldear el porvenir” (Arango, 2012, pág. 21).

El seguimiento a los documentos de Menten, quien escribe todas sus experiencias y logros de forma minuciosa asevera la pasión y convicción de su misión científica; en ocasiones, y sobre todo al final, se percibe un trabajo en solitario no obstante la relación constante con otros científicos en Europa con quienes se cartea.

Gracias a su prolijidad en documentarlo todo, que es otra característica de esta generación, el primer paso para el estudio de la implantación del observatorio fue descrito con detalle y cuidado en una larga exposición como la que sigue:

Hice diferentes excursiones en los alrededores de Quito para tomar una resolución definitiva sobre la posición que debía tener una obra tan importante y tan costosa. No pudiendo hacerse el Observatorio en la ciudad misma, ya por los edificios que impiden toda construcción adecuada como la astronomía lo exige, ya por su posición muy baja y rodeada de montañas que no dejan ver el horizonte en ninguna dirección; visité primero el

Panecillo, una loma de 200 metros de altura al Sur de la ciudad, para ver si podía servir para el Observatorio proyectado; pero tres inconvenientes me hicieron desistir de la empresa que podía parecer la más acertada. El primero y más importante es la condición de nuestros montes en general, quiero decir, que la condensación de los vapores de agua ó la formación de nieblas de noche es tan rápida y continua, que á cada momento cubre el objetivo del antejo sin permitir que se hagan las observaciones con alguna comodidad. El segundo es la posición, cuya conveniencia es solo aparente, pues aunque deja el horizonte del Sur y Oriente completamente despejado, impide en gran parte la vista al Norte y Occidente, por estar en las faldas inmediatas del Pichincha que se eleva todavía 1.740 metros sobre la altura de la loma. El tercer inconveniente, aunque puede parecer ninguno para otros países, para el nuestro es grande, y es la falta de una comunicación regular con la ciudad, por la cual, las grandes dificultades de la construcción debían hacerse casi insuperables é impedir después la comodidad de las observaciones.

Después de haber recorrido bastante los alrededores para formarme una idea justa sobre lo que más convendría en el caso, me resolví a construir el Observatorio en La Alameda, situada al Norte de la ciudad. Reúne este lugar todas las ventajas que pueden desearse y tiene menos inconvenientes que las otras posiciones que hubieran podido escogerse. Es un sitio libre de todo edificio é impedimento, en una altura que domina a toda la ciudad con un horizonte bastante despejado; el único obstáculo es el Pichincha hacia la dirección Oeste, obstáculo del todo inevitable, cualquiera que hubiera sido la posición que se hubiera escogido. Además se encuentra algo disminuido el horizonte del Sur por el Ichimbía, loma inmediata á La Alameda; en recompensa ofrece la grandísima ventaja que deja despejada la dirección del Norte que pasa entre las faldas del Pichincha y el Pululagua, y toda la dirección del oriente (Menten, 1877, págs. 11, 12).

Lo que se deduce del estudio de localización del observatorio es que se trata de un objeto arquitectónico urbano implantado en Quito sin referencia al lugar señalado por La Condamine un siglo atrás en la cartografía de la medición del cuadrante terrestre en el sitio de San Antonio de

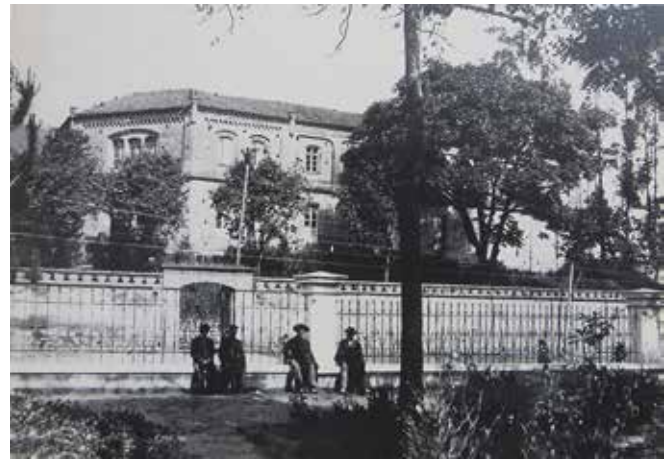
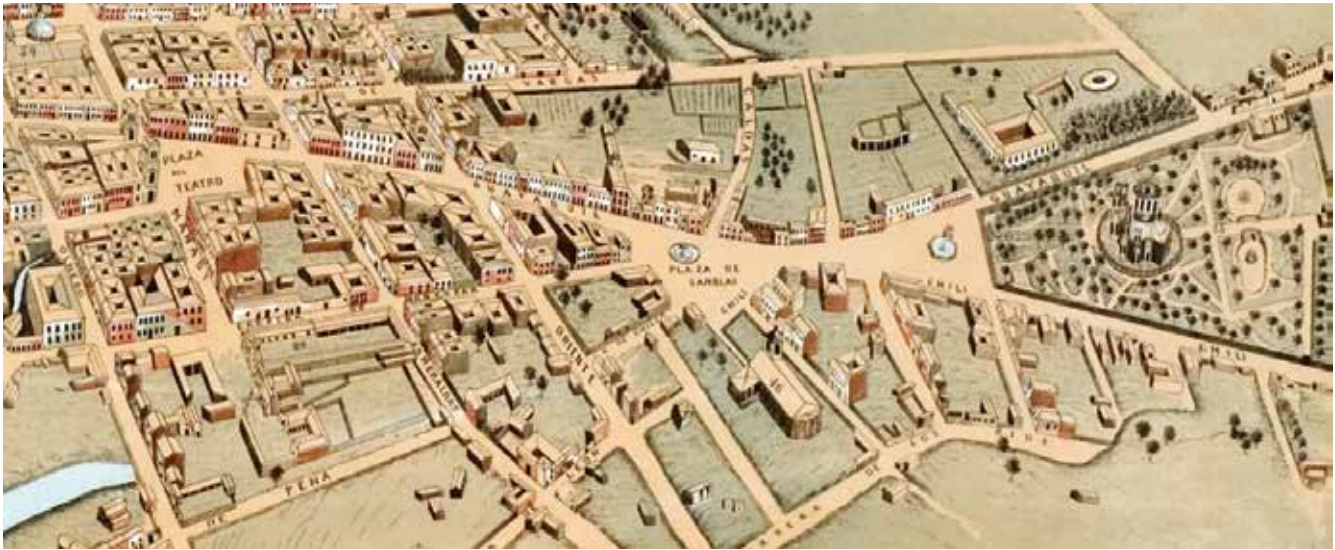


Gráfico 88. La Alameda 1903
Fuente: Detalle del plano de Quito de 1903. H. G. Higley.
Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.



Gráfico 89. Paseo en La Alameda
Fuente: Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.

Pichincha, 18 kilómetros al Norte del centro de la ciudad y tampoco en relación con el meridiano trazado en el plano de Quito de La Condamine. En su informe, Menten elogia el trabajo de los científicos franceses y alemanes que lo precedieron sobre todo por las dificultades logísticas y topográficas que tuvieron que enfrentar para realizar estudios en el territorio ecuatoriano. Sin embargo, declara que disponía de poca información sobre los resultados y cálculos de La Condamine; tuvo alguna información de Humboldt quien tuvo mejores equipos de medición; expone que la posición del meridiano para Quito varía en los informes realizadas por Juan y Ulloa, La Condamine y Humboldt pues cada uno tiene datos no confiables, con diferencia de hasta un grado por lo que decidió calcular con sus equipos una nueva posición. El edificio del observatorio tuvo como punto de referencia una columna encontrada en este lugar de La Alameda:

De centro de Observatorio me ha servido el puesto de una columna, colocada como muchas otras, en tiempos pasados para

embellecer esa Alameda verdaderamente interesante para la ciudad. Empecé la obra á fines del mismo año de 1873 determinado la dirección del meridiano, la que desde ahora servirá de punto de partida para toda la República (Menten, 1877, pág. 12).

Menten procedió con la elaboración del plano para lo cual revisó diseños de observatorios construidos en Alemania de allí que decidió como referente adoptar el de Bonn al que hizo adaptaciones para espacios con instrumentos que exigen una posición determinada y eliminó otras que podían significar un ahorro en la construcción del observatorio quiteño que tiene una planta en forma de cruz de brazos iguales, cuyos ejes están orientados según el Meridiano de Quito, una forma novedosa para ese momento. La torre central contiene al telescopio giratorio en una sala de siete metros de altura. La descripción del edificio construido es minuciosa, comenta sobre los cálculos, piezas, y fabricantes alemanes especializados en este tipo de edificios a quienes consultó para tomar decisiones, tomó en cuenta la vulnerabilidad del país a sismos por lo que

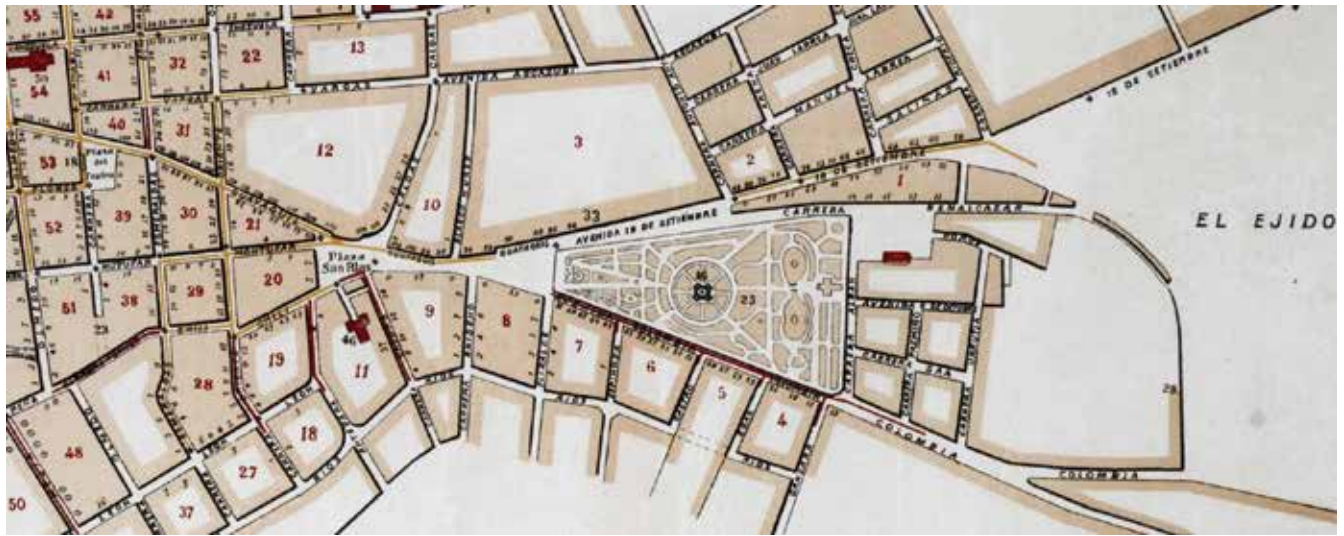


Gráfico 90. La Alameda 1914

Fuente: Detalle del plano de Quito de 1914. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.



Gráfico 91. La Alameda 1914
Fuente: Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.

aisló unas salas de otras para no alterar los sensores de precisión; en el diseño contempló una sala para enseñar lo que llamó la “astronomía práctica”; no cabe duda que su participación fue personal y comprometida durante todo el proceso de la obra por lo que los resultados le dieron satisfacciones personales y seguridad de haber logrado una obra de calidad:

Se ha tenido todo el cuidado posible para satisfacer a cuanto la astronomía moderna ha encontrado útil y necesario para la construcción de observatorios... el grande y peligroso viaje que ha tenido que hacer, se ha conservado (el telescopio) completamente intacto (Menten, 1877, págs. 15, 16).

El observatorio se concluyó luego de la muerte de García Moreno en 1877, Menten fue el primer director durante varios años. Mientras tanto el parque adoptó un diseño geométrico como lo

muestra el plano de 1875 elaborado por el mismo científico; sin embargo, Luciano Andrade Marín atribuye al presidente Antonio Flores la gestión para las obras en 1892 y a la experticia de dos horticultores europeos la siembra de especies en el parque, ellos fueron Enrique Fusseau, francés, y N. Santoliva, italiano. En el mismo año se construyó un edificio de madera denominado el “kiosko” en donde se realizó la Exposición Nacional para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento de América. (Andrade, 2003, pág 82)

La Alameda en el siglo XX

Entre 1900 y 1930 La Alameda se convirtió en un polo que atrajo el crecimiento urbano hacia el Norte; se completaron las obras de colocación de rejas de hierro en 1907 y la colocación de bancos de piedra en el ingreso al parque en el mismo año; se adecuó el “kiosko” en 1904 para la sede de la

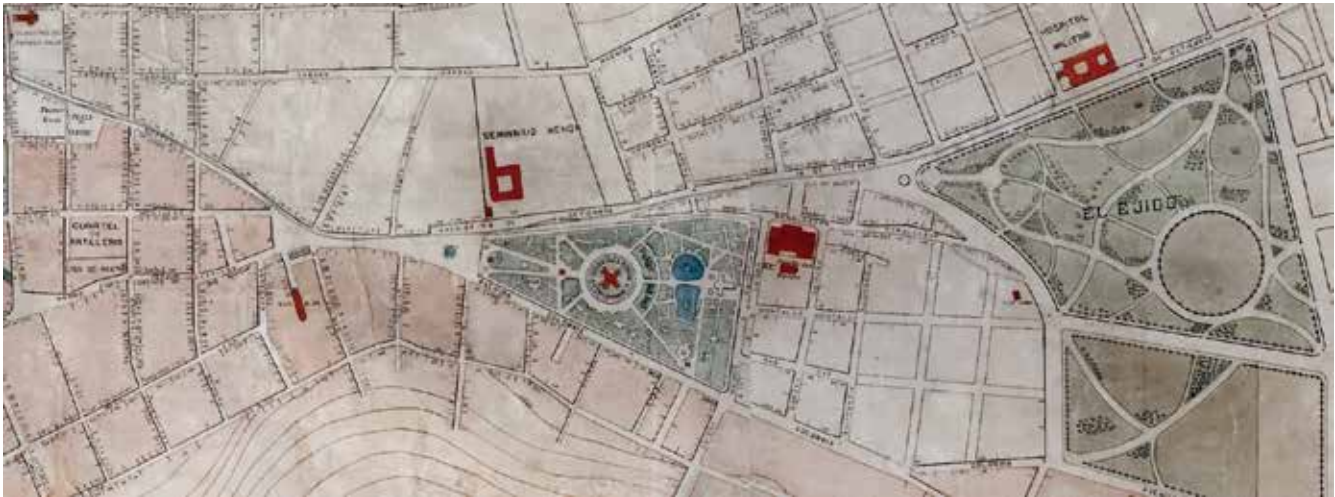


Gráfico 92. La Alameda 1922
 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1922. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.

Escuela de Bellas Artes; se instaló un reloj eléctrico en la portada de ingreso al parque en 1911; se colocó un monumento en memoria de los académicos franceses el 10 de agosto de 1913 y otro a la memoria de Dante Alighieri en 1922 realizado por el escultor Luigi Casadio; se proveyó de agua potable al parque en 1914. En el sector también hubo mejoras como

la adecuación del mercado de San Blas en 1907 y la reedificación de la iglesia de El Belén concluida en 1926 (Rolando, 1930, págs. 193-223) (Gráfico 88 y Gráfico 89).

Las fotografías entre 1900 y 1922 muestran un tipo de gente paseando en el parque que no es la misma



Gráfico 93. La Alameda 1922.
Fuente: Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.

dibujada en el plano de 1810. Los personajes dan cuenta de quién estuvo en el interior del parque y el ambiente de *Belle époque* que la burguesía quiteña construyó en La Alameda en donde exhibió una moda extranjera, limpieza del espacio público, un jardín cuidado en la parte pública y menos cuidado en otros que identifica la fotografía; no obstante y

de manera marginal, se incluyen personajes locales que no podían faltar y que forman parte de la ciudad del XIX que permanecen hasta el inicio del siglo XX como el policía y el de la sirvienta vestida con chalina y peinado de trenzas llevando los objetos que utilizará la señora elegante que va a la iglesia o al paseo.

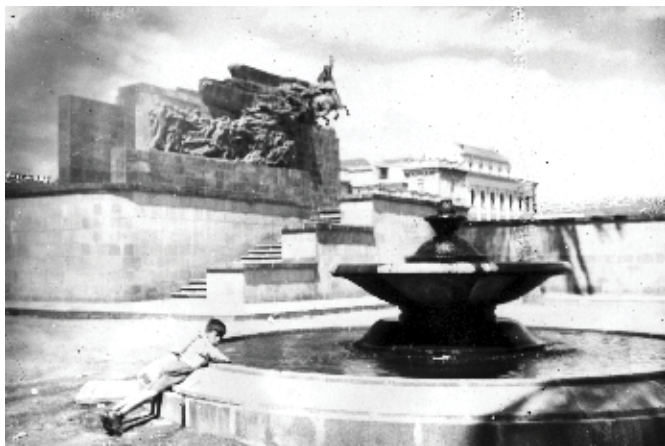
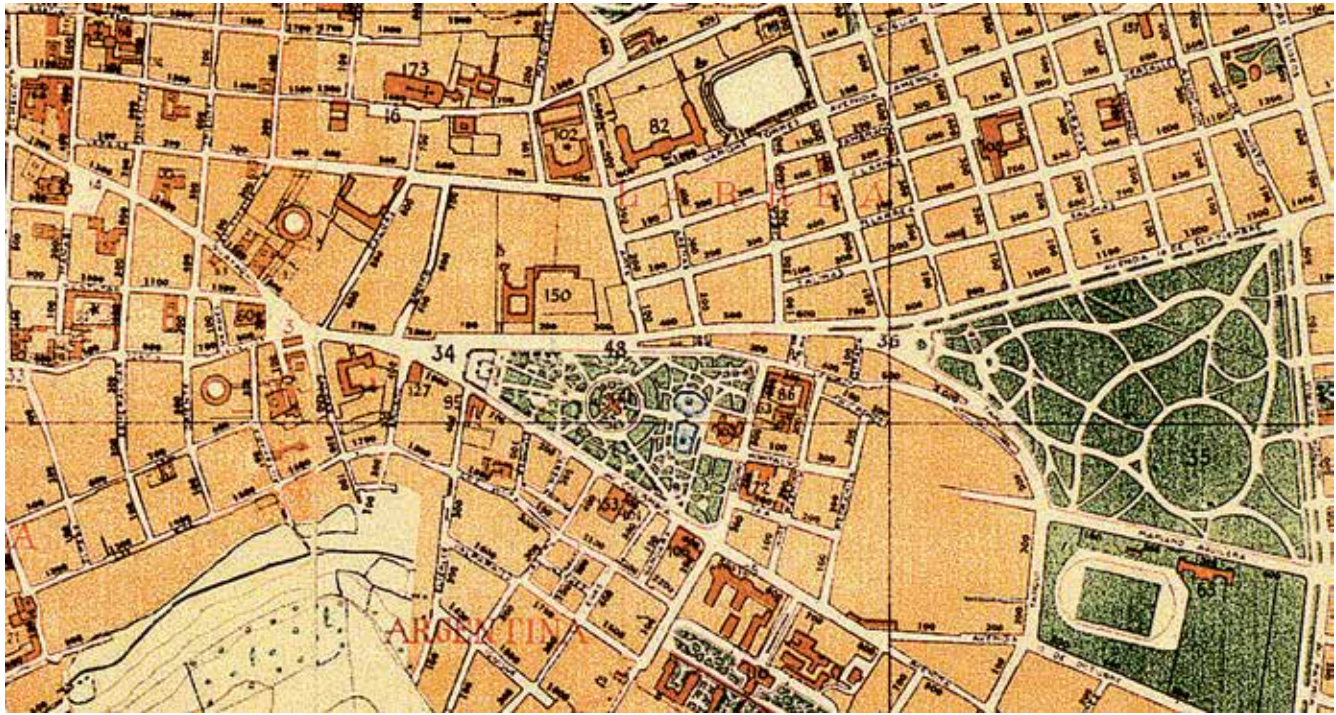


Gráfico 94. La Alameda y las obras ejecutadas entre 1932 y 1949
 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1949. Instituto Geográfico Militar. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.

El sector urbano también incrementó la plusvalía del suelo en los inicios del siglo XX, varias personas compraron terrenos junto al parque, el periódico El Comercio fue el medio de comunicación que publicó anuncios de compra y venta de terrenos en el sector del Itchimbía, San Juan, El Dorado, y la venta de casas en el centro, es decir, la movilidad de una parte de las familias del centro se produjo en las dos primeras décadas del siglo XX hacia el sector de La Alameda.

El cambio en el diseño del parque es visible en la cartografía de 1903 en que La Alameda fue el límite Norte de Quito. En este plano, dibujado

en tres dimensiones, el parque adopta una forma geométrica triangular derivada de la presencia previa de caminos y dos espacios abiertos con fuentes de agua, uno en el ingreso al parque y otro en la plaza de San Blas.

El paseo de la población de Quito en La Alameda lleva consigo un cambio en el modo de estar en el espacio público y experimentar la ciudad, involucra la existencia de un tiempo libre para pasear desde la ciudad hasta el parque, estar al aire libre y dentro del parque en medio de naturaleza, en un espacio vigilado y en donde hubo algunas atracciones: el paseo en bote, mirar el observatorio, tomarse

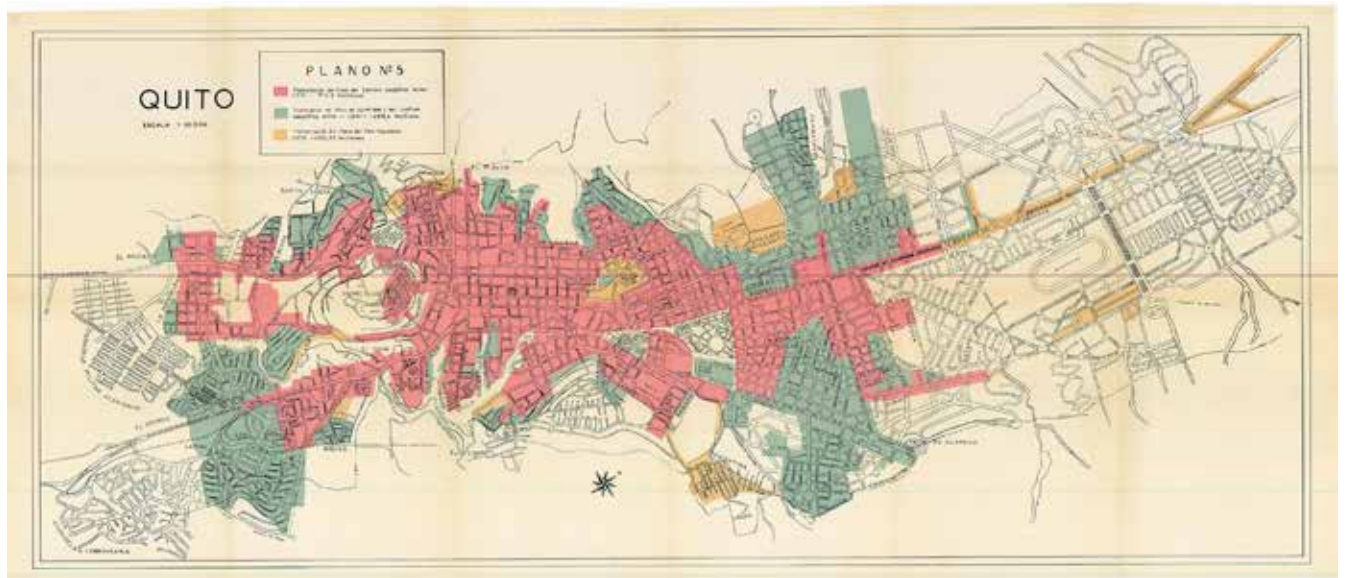


Gráfico 95. La Alameda en 1958

Fuente: Detalle del plano de Quito de 1958. Instituto Geográfico Militar. Archivo Ch. Hirtz y archivo Blomberg.

una fotografía, comprar dulces; una experiencia diferente que se añade al paseo por la ciudad para asistir a la misa o a una visita en el centro de la ciudad (Gráfico 90 y Gráfico 91).

La Alameda se convirtió en el lugar de paseo para las mujeres aristocráticas, aquellas que vestían con chal oscuro e iban a la iglesia con sus criadas que llevaban el cojín; su presencia en el espacio público era imitado así como los paseos fuera de la ciudad, cuando esto sucedía eran llevadas en silla de manos. La Alameda dio la oportunidad a las mujeres de

salir con sus hijos y la familia, reunirse con otras mujeres en un espacio cerrado, seguro, protegido de intervención de extraños, en donde se sentían libres y en donde podían exhibir la moda francesa, y el estatus social.

El plano de Quito de 1922 en escala 1:2000 auspiciado por orden del General Rafael Almeida Suárez para obsequiarlo a la municipalidad en el Centenario de la Batalla de Pichincha fue levantado por los tenientes Ezequiel Rivadeneira y Luis Herrera, luego fue reproducido en otras escalas, por

ejemplo, para la distribución de correspondencia por distritos postales desde 1923. La producción de este plano es previa a la creación del Servicio Geográfico Militar que en 1932 producirá los primeros planos de toda la meseta (*Gráfico 92 y Gráfico 93*).

El plano de 1922, a diferencia del de 1875 muestra el parque completo delimitado con rejas en su borde, dos lagunas separadas por un puente en la parte Norte, la iglesia de El Belén está fuera del parque; cambió la nomenclatura de las calles, para esta fecha está delimitado por el Norte con la calle Sodiro, por el Este la avenida Colombia y por el Oeste la avenida 18 de Septiembre. El diseño de las jardinerías es geométrico: en una parte sigue la curvatura de la reja del observatorio y en otra se alinea con los puntos cardinales.

En estos años la fisonomía de la calle Guayaquil, entre la plaza del Teatro y La Alameda experimentó cambios en la arquitectura civil con la incorporación de casas renteras y edificios privados de tres plantas diseñados y construidos sobre todo por dos arquitectos italianos: Francisco Durini y Antonino Russo quienes a propósito o por casualidad construyeron en algunas de las esquinas de esta calle con diseños que aportan al carácter urbano de la calle que remata en La Alameda. Quienes no pudieron renovar sus casas decoraron las fachadas con molduras y balcones que en ese tiempo se importaban de Europa y los Estados Unidos.

Por otra parte, en el interior del parque se establecieron fotógrafos que realizaron tomas para el recuerdo de los visitantes en el parque; la fotografía llegó a ser la evidencia de la experiencia en ese espacio; el documento original que condensa el momento en familia o entre amigos, para esto, los fotógrafos tuvieron que trabajar el revelado de manera inmediata mediante el uso de placas en laboratorios portátiles incorporados muchas veces al equipo que realizó las tomas, fue una fuente de trabajo que lo promocionaron en carteleras junto a la cámara. Para los niños tuvieron un caballito de madera y trajes con los que posaron para la foto. El parque fue su espacio de promoción para atender contratos en eventos sociales de la ciudad. El atractivo de la fotografía era un imán para el público, una magia de verse retratado como en un espejo y una fuente de trabajo para quien lo ejerció.

Los fotógrafos frecuentaron el parque hasta finalizar el siglo XX en que el mercado de la fotografía se masificó (*Gráfico 94*).

En 1933 se inauguró un monumento a Simón Bolívar para lo cual se destruyó la portada de tres arcos y liberó el cerramiento colocado en 1907 (Ortiz Crespo, 2004). La apertura del parque permitió el acceso de toda la población y adquirió un carácter popular manteniendo el atractivo del paseo en bote, y el recorrido por el parque sobre todo en el fin de semana. Entre los relatos de esta época figuran un carrousel para entretenimiento de los niños, la música de las bandas en días festivos, la compra de granos en el mercado de San Blas.

Aunque se encuentra fuera de la delimitación temporal del estudio a la década de 1950, las fotografías de la década de 1960 a 1965 muestran con claridad el cambio en el crecimiento de la ciudad y su imagen a través de la cartografía y las imágenes del parque de La Alameda y El Ejido (*Gráfico 95*).

Quito insurgente. El espacio de los poderes

La Audiencia de Quito fue creada en 1563 y estuvo subordinada a una jurisdicción de mayor jerarquía que fue el Virreinato del Perú entre 1563 y 1717. En ese año, por Cédula Real, se incorporó al Virreinato de Nueva Granada por corto tiempo, entre 1717 y 1722, para nuevamente integrarse al Virreinato del Perú hasta 1739, año en el que se produjo la reincorporación al Virreinato de Nueva Granada. Durante las guerras por la independencia de España, entre 1808 y 1822, se gestó en la ciudad de Quito, capital de la Audiencia, un movimiento independentista que formó una Junta Suprema entre 1808-1812 que fue el origen de una nación independiente del Perú y de Nueva Granada; sin embargo, esta aspiración no fue posible sino luego de la separación de la Gran Colombia en 1830. En este año se estableció la República del Ecuador como nación independiente.

La Audiencia de Quito tuvo un vasto territorio conformado por lo que hoy corresponde a los estados actuales de Venezuela, Colombia, Ecuador, una parte del Perú y una franja a lo largo del río

Amazonas hasta el Atlántico. Desde la colonia hubo desmembraciones sucesivas, la primera fue la franja del río Amazonas por un acuerdo entre España y Portugal en 1777. Guayaquil también experimentó un proceso de anexión a Nueva Granada y luego a Perú por razones militares y por el interés de España para contar con un puerto en el Pacífico a más de El Callao (Ayala Mora, Enrique (Editor), 1990, págs. Tomos 5, 6, 14).

En este contexto, durante el periodo colonial, la Audiencia de Quito se configuró como un territorio autónomo con una marcada identidad local que no perdió la condición de centro político y de intercambio regional. En la independencia de España confluyeron circunstancias de orden social y económico que afectaban los intereses de una parte de la población, en particular mestizos y españoles nacidos en América quienes impulsaron el proceso de independencia de este territorio como totalidad que hoy se conoce como Ecuador.

En el periodo colonial el descontento social fue una constante y los levantamientos de indígenas o de mestizos fueron frecuentes en la Audiencia de Quito. Segundo Moreno hace un recuento de ellos en la Audiencia en el siglo XVIII y analiza a partir de documentos de archivos ecuatorianos y españoles los tipos de levantamientos, los actores sociales que participan y las estrategias aplicadas desde el siglo XVI al XVIII en que recrudece la tensión social en la Audiencia de Quito. Aunque el estudio no trata sobre los levantamientos urbanos en Quito da una visión del contexto social en ciudades menores:

Las sublevaciones del siglo XVI pueden considerarse todavía como confrontaciones dentro de la contienda general que ocasionó la agresión española y como conflictos determinados por una acción defensiva contra la conquista. Por su parte el siglo XVII presenta dos clases de confrontaciones: las numerosas que se desarrollaron en las zonas “fronterizas” de conquista (regiones selváticas de la cuenca del Amazonas y del Litoral) y las protestas de los indios del Altiplano contra las instituciones del régimen colonial ya establecido. Es el siglo XVIII el que presenta el conjunto más numeroso y homogéneo de movimientos subversivos indígenas, los que inauguran una tradición de rebeldía, que rebasará la era republicana (Moreno Yáñez, 1985, pág. 20).

El siglo XVIII tiene una historia compleja marcada por una situación económica de escasez que se extendió en toda la Audiencia de Quito como efecto de la reforma fiscal Borbónica que incrementó los impuestos sobre la población, a esto se sumó la caída en el precio de venta de textiles, la falta de moneda circulante, el terremoto de 1755 afectó la arquitectura en particular de Quito, el de 1757 destruyó la ciudad de Latacunga y luego el de 1797 destruyó Riobamba, ambos con repercusiones en la sierra Central y en Quito, la peste de viruelas y la escasez de alimentos en 1746 causó estragos en la población urbana, la incorporación administrativa de la Audiencia de Quito al Virreinato de Santa Fe entre 1717 y 1722 afectó la gobernabilidad de la Audiencia.

En el capítulo anterior se trató sobre la fundación española de Quito como producto de una negociación entre la población local y conquistadores que tuvo como resultado acuerdos que luego no se cumplieron quedando en el ambiente la sospecha de ambas partes y un espíritu rebelde entre la población local; en este sentido, la ciudad fue el escenario en el que se expresaron las injusticias y la inconformidad. ¿Cómo se expresó en la ciudad colonial esta tensión social? Una respuesta está en la acción colectiva descrita por la historia con hechos simbólicos que tienen como espacio físico la plaza, y en ella la “toma de la plaza”, la rebelión de los barrios, la guerra de guambas, cuya lógica recuerda que el equilibrio social no se asienta en un gobierno jerárquico sino en un sistema dinámico de gobierno; rotativo en el territorio y cíclico en el tiempo; cada unidad territorial es independiente y tiene el poder por un ciclo de tiempo, cuando el ciclo se completa pasa a otro territorio constituido por otro grupo social; cuando el sistema se pone en peligro se unen todos ante el enemigo común.

En tiempo colonial, ésta lógica se acomoda; el espacio del poder es físico y fijo y está representado por la plaza mayor, por lo tanto, la “toma de la plaza” es el espacio físico que renueva el poder político mediante el ritual de quien “gana la plaza” ya sea porque gana una batalla ritual o porque llega primero a la misma; como no es posible esto, la protesta colectiva presiona por llegar a la plaza en un acto simbólico en el que la red de comunidades toman el poder, aunque sea por un momento, y de ese modo reivindica sus aspiraciones.

La ciudad de Quito ha sido un centro político que ha convocado en su plaza mayor la protesta de la población con resultados eficaces en la escala local y con repercusión en la escala nacional. Cuando se produjo la derrota en las guerras de independencia o cuando no se cumplieron los acuerdos por la ocupación del espacio ritual prehispánico, la población expresó con el silencio su descontento; esto no significó la aceptación tácita ni la sumisión sino, por el contrario, una formación política subterránea y subversiva que afloró en cuanto fue posible. Por otra parte, los sucesos de la historia política de Ecuador ponen a Quito como escenario de la acción social en tiempo de crisis a la plaza y la calle; la quebrada y las laderas de las montañas; la acción en el día y la noche; la fiesta de Corpus y el arco iris.

En la ciudad de Quito se registraron desde muy temprano protestas ciudadanas que dieron lugar a transformaciones políticas y sociales como la “Revolución de las Alcabalas” en 1592; el “levantamiento de los barrios de Quito” en 1765 al finalizar el periodo colonial; y el “Primer Grito de la Independencia el 10 de agosto de 1809” que marcó el antecedente de la República¹⁴⁴.

La guerra de Quito

De estos eventos tomaré como referencia la “Rebelión de los barrios” conocida también como la “guerra de Quito” de 1765 por ser un hecho histórico que permite un análisis espacial. Tomaré como eje de la descripción el testimonio del jesuita Bernardo Recio que ha sido poco difundida y citada, el texto de otro testigo presencial que fue el jesuita Mario Cicala y a éstas añadir el testimonio de un mestizo, encontrado en un documento en la Biblioteca Nacional de Colombia. Por otra parte, el relato del testigo presencial será analizado a la luz de la historia nacional: la “Historia General de la República del Ecuador” de González Suárez (1844 – 1917), la “Nueva Historia del Ecuador” y un texto específico sobre los levantamientos indígenas entre el siglo XVI y XVIII de Segundo Moreno Yáñez (1939).

¹⁴⁴ En el siglo XX tres destituciones presidenciales por presión ciudadana: el 6 de febrero de 1997, 21 de enero de 2000 y 20 de abril de 2005 que tuvieron repercusión en la reestructuración política nacional.

El escenario de la “guerra de Quito” fue la plaza mayor en conexión con las tres primeras parroquias eclesiásticas establecidas en Quito en el siglo XVI: San Roque, San Sebastián y San Blas, espacios ocupados en tiempo prehispánico. El Panecillo fue un hito natural, mirador y fortín para la toma de la plaza mayor por parte de los mestizos de los mencionados barrios. Las quebradas de Jerusalén y Manosalvas fueron espacios en donde se depositaron algunos muertos durante el conflicto (*Gráfico 24 y 25*).

La iglesia presenta tres caras ante el conflicto: por una parte, el control social de los revoltosos, por otra, la complicidad de algunas comunidades religiosas con el levantamiento social lo que reflejó un problema interno de la institución y en donde la participación de San Francisco develó relaciones e intereses con San Roque; y por otro, la custodia de los bienes de la nobleza quiteña así como la protección a gente noble o autoridades que eran perseguidos por los insurgentes.

Las tres primeras parroquias eclesiásticas coloniales fueron independientes pero se unieron para la celebración de la fiesta de Corpus; la estructura social de las tres parroquias tuvo una jerarquía que se consolidó en el tiempo. En el siglo XVI San Roque fue una parroquia en la que estaban reunidos los descendientes de la nobleza inca de Quito que se convirtieron en artistas y artesanos prósperos; en el siglo XVII mantuvo su prestigio social y cultural, tuvo a menudo la iniciativa para la organización en la fiesta religiosa y la fiesta profana, este sector fue reconocido por ser de gente rebelde orgullosa de sus ancestros y su bravura; allí vivieron artesanos y artistas de prestigio social, poseedores de dinero y bienes materiales. En el siglo XVIII y en la guerra de Quito se menciona que los rebeldes fueron mestizos, esto daría a entender que la composición social cambió; sin embargo, según Moreno Yáñez la composición social de mestizos urbanos podía incluir indígenas.

Volviendo al siglo XVI y XVII Susan Webster quien estudia las vidas y oficios de pintores, herreros, constructores y artesanos de Quito colonial identifica a varios pintores, carpinteros, canteros, doradores, constructores y herreros en las tres primeras parroquias del siglo XVI, ya sea que tuvieron propiedades o que vivieron en ella. Nombres conocidos como el pintor Andrés Sánchez

Galque¹⁴⁵ y el maestro constructor don Francisco Morocho¹⁴⁶ vivieron en San Roque parte se sus vidas al finalizar el siglo XVI e inicios del XVII.

Marcos de la Cruz, hermano de Francisco Morocho fue alcalde de esta parroquia en 1613. El maestro Bartolomé de Fuentes, constructor de puentes, tuvo varias casas en las laderas del Pichincha y una en San Roque. Su esposa, Doña María de Zúñiga Olmos Pizarro, indígena, tuvo lazos de parentesco con pintores, escultores y artesanos provenientes de San Roque. Su tía, doña Angelina de Olmos Pizarro estuvo casada con un cacique principal de San Roque, don Ventura Chuquicóndor.

Un caso particular es el del “indio maestro carpintero” llamado Francisco Tipán quien en 1670 compró un pedazo de tierra en San Roque. Su nombre aparece con una participación destacada en la construcción del retablo mayor de la Compañía de Jesús, y dos retablos laterales de la sacristía de la iglesia de San Francisco que entre otros encargos, le dieron prestigio y dinero que le permitió comprar cuatro terrenos juntos con casas en la misma parroquia en donde probablemente estuvo su taller (Webster, 2012, págs. 227-241).

El conocido Francisco Cantuña, herrero, protagonista de la leyenda del indio que salvó su alma al ganarle la partida al diablo por dejar una piedra faltante en el atrio de la iglesia de San Francisco. Más allá de la leyenda fue un personaje real, exitoso en su oficio, construyó una fortuna y un prestigio social que despertó la envidia de la gente que inventó historias que se transformaron en leyendas que trascendieron el tiempo. Este artesano fue nativo del pueblo de Sangolquí; sin embargo, en 1660 compró terrenos detrás del convento de La Merced, es decir en el antiguo sector nobiliario Inca (Webster, 2012, págs. 217-225).

Según la misma fuente, en San Blas hubo indígenas que también tuvieron talleres artesanales, uno de ellos fue el de Antonio Gualoto, dorador, quien

vivió en esta parroquia. Fue contratado por los franciscanos para realizar en 1654 el dorado en la capilla mayor, dos retablos de la iglesia y en los cruceros de la capilla mayor de la iglesia de San Francisco. Los doradores, plateros y oficios relacionados con el trabajo fino de metales preciosos tuvieron un estatus social de mayor jerarquía entre los artesanos. Gualoto acumuló una fortuna que le permitió comprar varias casas y una gran extensión de terrenos en la parroquia de San Blas. Él provenía de una familia de artistas, su hermano Don Francisco Gualoto fue cacique principal de esta parroquia en 1650 (Webster, 2012, págs. 98-100).

La parroquia de San Sebastián se caracterizó por ser un sector en el que vivían yanaconas y mindaláes traídos por los Incas para establecer vínculos comerciales y familiares con la población local, estaban asentados junto al Panecillo y el río Machángara en el ingreso Sur de la ciudad colonial (Del Pino I. d., 2004, pág. cap. 4). En este periodo los yanaconas prestaban servicios en la ciudad mientras que los mindaláes eran porteadores de productos desde largas distancias para intercambiarlos en el tiánguez o Catu. La fuente documental de Webster confirma la preexistencia de dos grupos de menor rango conformado por mindaláes, yanaconas y caciques al pie del Panecillo y al pie del monte Itchimbía.

En el siglo XVI y XVII los herederos de indígenas de la nobleza inca ejercieron oficios manuales, algunos de ellos requerían conocimientos de gran complejidad, dominio de la matemática, geometría, física; el uso de plantillas y cartabones; la preparación de pigmentos para las pinturas en lienzo; conocimientos técnicos de dibujo y formas de expresión gráfica que las desarrollaron con solvencia en el dominio espacial y calidad en el acabado.

A partir de la investigación de Webster se puede extraer algunos elementos sociales del grupo indígena que sobrevivió a la conquista y que estuvo asentado en las entradas de Quito formando barrios de las primeras parroquias eclesiásticas: el primero, la relación estrecha entre los herederos de la nobleza incaica que perduró hasta el siglo XVII y, posteriormente, se expresó en la memoria de sus antepasados, un valor simbólico que los unió.

¹⁴⁵ Autor de la pintura “Don Francisco de Arobe y sus hijos Pedro y Domingo”, 1599, óleo sobre lienzo que se encuentra en el Museo de América.

¹⁴⁶ Participó con su padre Jorge de la Cruz en la construcción de la iglesia de San Francisco de Quito. Fue cacique principal de San Roque.

Varios de los herederos de la nobleza inca ejercieron actividades artesanales y artísticas enseñadas por europeos en la escuela franciscana “San Andrés”. El resultado fue la presencia de un grupo social de prestigio que gozó de la estima de los conquistadores y religiosos quienes los contrataron directamente, sin intermediarios, lo que les otorgó independencia y reconocimiento colectivo. Una parte de ellos tuvieron sus casas en San Roque.

En el transcurso del siglo XVII los artesanos de prestigio tendieron a comprar casas y terrenos en San Roque. La adquisición de tierra, en este caso tierra urbana, fue un patrimonio que se heredó no solo como un bien material sino simbólico. El trabajo de este grupo social fue colectivo ya que a más de la relación familiar hubo estrechos vínculos laborales con otros artesanos con quienes formaron redes de colaboración y reciprocidad; al mismo tiempo, los talleres artesanales fueron escuelas que formaron a nuevas generaciones de artesanos. Esta práctica se extendió hasta el siglo XX.

En este contexto, los artesanos ricos del siglo XVII mantenían aún sus propiedades en las tres parroquias más antiguas pero la población había cambiado. Sin embargo, no se puede descartar la presencia de indígenas en estos barrios y la práctica por parte de indígenas y mestizos en las fiestas cuyo origen proviene del mundo indígena como el de Corpus Christi o fiesta de la cosecha.

Para el siglo XVIII Quito se encontraba circunscrito entre las lomas del espacio fundacional colonial con un número de parroquias que se incrementó, las descripciones señalan que la ciudad tuvo 252 hectáreas y 25.000 habitantes (IGM-ORSTOM, 1992, pág. s/n) con 7 parroquias: Sagrario, Santa Bárbara, San Blas, San Sebastián, San Roque, San Marcos y Santa Prisca. San Roque estaba compuesta por población indígena y mestiza, siendo esta última la predominante (Minchom, 2007, pág. 232).

El mestizo

¿Quién era el mestizo del siglo XVIII? Fue un grupo social mal visto por españoles desde el siglo XVI que fueron definidos como personas en las que no se



Gráfico 96. *El mestizo*
Fuente: Pintura de Luis Cadena “Hombre con poncho”, 1873, Óleo.
Archivo fotográfico de la Casa de la Cultura, Sede Quito.

podía confiar¹⁴⁷. En el siglo XVIII, cuando el orden colonial empezaba a declinar, la sociedad había empobrecido por la crisis económica, el ambiente social era de rebelión e inconformidad en todo el territorio de la Real Audiencia como consecuencia de la aplicación de las leyes Borbónicas en América. Las familias procuraban el ascenso social de sus miembros para diferenciarse de los estratos inferiores, el malestar social era general y se hizo visible en la ciudad con la hostilidad de la gente. Mario Cicala describe con precisión al mestizo del siglo XVIII cuando comenta a otro religioso sobre su conversación con el Marqués de Selva Alegre acerca de este personaje:

Otro talento no ordinario de los quiteños es hacer sátiras y pasquinadas agudísimas y concisas. Son formidables en esta materia y famosísimas en toda América Meridional. Las usan en pinturas, con sus lacónicos

¹⁴⁷ La Descripción de la Ciudad de San Francisco de Quito, anónima, de 1573 define a los mestizos en los siguientes términos: “Los mestizos comúnmente tienen buen talle, aunque en algo diferente de los españoles. Comúnmente son mentirosos, chismosos y noveleros y glotones, y aunque hay otros virtuosos, toda su ocupación es ocio” (Ponce Leiva, 1992, pág. 221).

motes: también en carteles meramente satíricos. Tiemblan los Ministros, Regios, Obispos, Presidentes y demás personas públicas, constituidas en alguna dignidad civil las pasquinadas de los quiteños: no se crea que solo las hacen los hombres doctos y eruditos, sino frecuentísimamente algunos llamados allá capirotos (es decir, que tienen su capa o manteo roto, viejo o andrajoso) y son los mestizos. El señor presidente Montufar, Marqués de Selva Alegre muchas veces me dijo: amigo, temo y tiemblo las pasquinadas tan terribles de los mestizos, sepa (y yo muy bien lo sabía y aún mejor que él), sepa que los mestizos quiteños son endiablados para las pasquinadas mordaces y picantes; es necesario admitir que éstos tienen relaciones con el diablo, ya que con dos palabras definen a cualquiera con la más exacta propiedad. Acompañando un día a un padre muy conocedor de toda aquella ciudad y pasando por la calle de Comercio, había un mestizo parado en la esquina de la calle, descalzo y envuelto en su ferraiolo o como dicen capa vieja que no valía toda ella cuatro bayocos (moneda siciliana de insignificante valor). Con su sombrero blanco calado hasta las cejas, que apenas se le reconocía apariencia y forma de sombrero por lo roto y sucio. Así estaba con las espaldas en la pared. El padre me dijo: ¿ve aquel sucio y descalzo mestizo? Pues sepa que es uno de los que hacen las pasquinadas más satíricas y picantes, y es uno de los poetas más despiertos e ingeniosos. Quedé aturdido al oír todo esto, y luego con el tiempo experimenté por mí mismo la verdad de la cosa (Cicala, 1994, pág. 213).

La “guerra de Quito” o “Rebelión de los barrios” fue un levantamiento colectivo de la población sobre todo mestiza urbana de las tres parroquias más antiguas de Quito con el liderazgo de la parroquia de San Roque. Los protagonistas conservaban las tradiciones festivas ancestrales y aprovecharon la fiesta del solsticio de verano para realizar la toma de la plaza y expresar así su descontento e imponer a las autoridades unas condiciones para regresar al orden. La “guerra” se produjo en el año 1765, en circunstancias de una profunda sequía, y en consecuencia baja cosecha, bajos ingresos, y escasez de alimentos (*Gráfico 96*).

La parroquia de San Roque había protagonizado con anterioridad varios disturbios urbanos en 1719, 1726 y 1740; en este último año fueron movilizados

en su favor por los franciscanos con quienes el barrio mantenía una estrecha interdependencia (Minchom, 2007, pág. 229). Este antecedente hace pensar al autor que la participación en el levantamiento de 1765 no fue casual y añade que para ese entonces fue la parroquia más poblada y con jóvenes calificados de “atrevidos” por las autoridades de ese momento.

La guerra de Quito y la participación de la iglesia

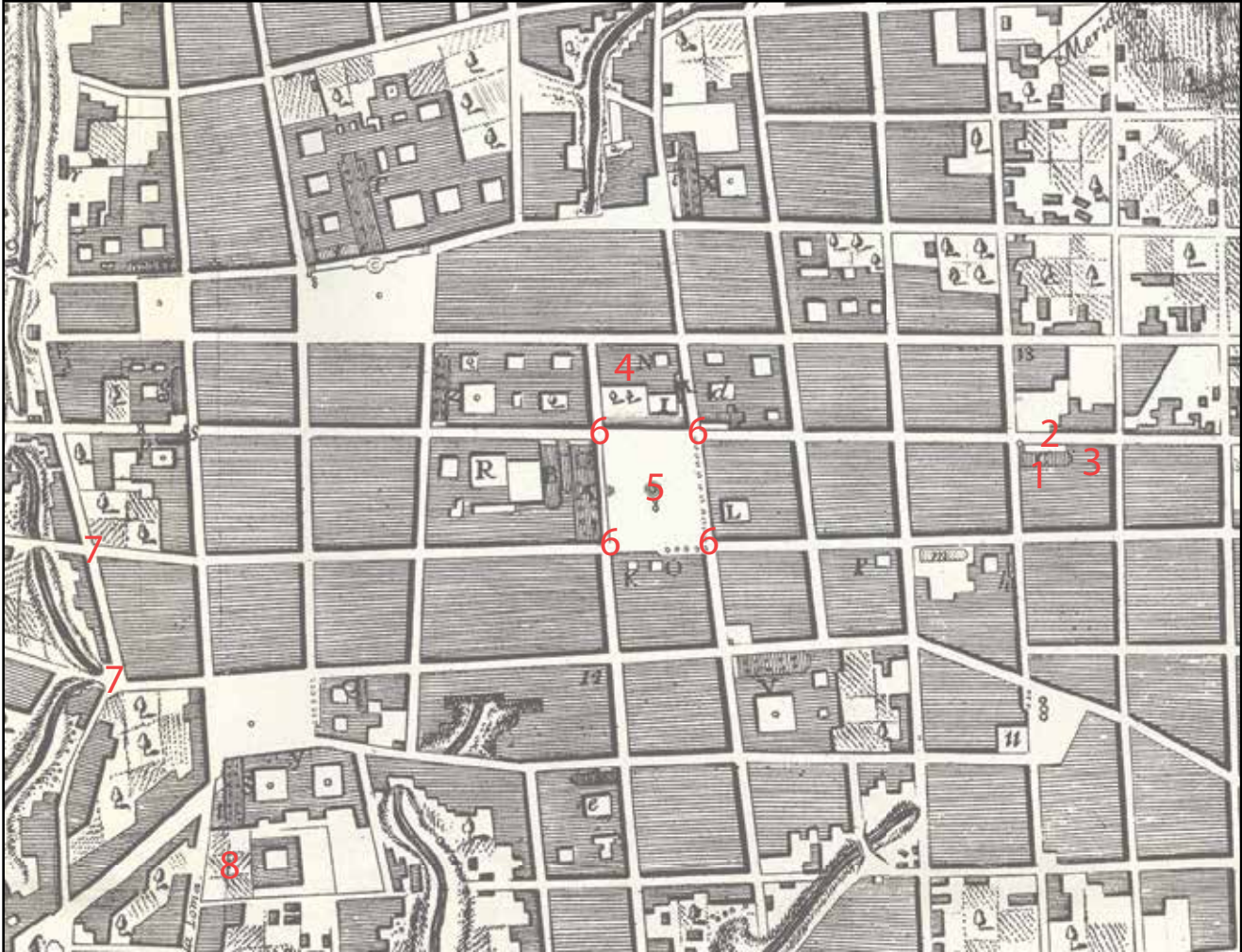
Entre los testigos presenciales del levantamiento está el padre jesuita Bernardo Recio mencionado anteriormente. El describe el origen de los disturbios:

(122) Fue el origen, y causa de ella, la imposición de una nueva aduana... en el año 1765 dispuso el señor Virrey con orden de la Corte que se cercenase en gran parte tan grande libertad, mandando se formase en Quito Casa de Aduana donde se registrasen los géneros, señalando ministros que diesen ejecución a este proyecto.

(124) Habíase comprado para ella una casa grande, en que había vivido un oidor, contigua a la iglesia parroquial de Santa Bárbara. Déjanse ver a prima noche unos enmascarados, y vestidos de nazarenos (que se cree fueron algunos de los descontentos negociantes), y presentándose al cura de dicha iglesia le pidieron papel y tinta por señas con que por escrito le dijeron que reservase al Santísimo Sacramento y la iglesia cuidase, dando providencia pronta para preservarla del incendio, porque se iba a quemar la Aduana. Poco después hecha la señal con las campanas acudió de los barrios inmensidad de gente, que aplicando leña y fuego incendiaron la casa...

(125) Iban armados con lo que tenían, y sobre todo cargados de piedras, con las que rompieron las vidrieras y cuanto había en la casa, en que entrando los más ladinos mestizos, después de haber huido los aduanistas llenos de espanto, medio desnudos, se tomaron a discreción cuanto hallaron: la plata de las arcas, la ropa y los muebles de algún precio haciendo se cebase el fuego en todo lo demás (Recio, 1947, pág. 517).

Este es el primer episodio con que inicia la “guerra de Quito” como protesta ante los impuestos gravados a todos los productos que ingresaban por la aduana,



Sector de la aduana y defensa del palacio de la Audiencia.

- | | |
|--|---|
| 1. Iglesia de Santa Bárbara | 5. Plaza mayor |
| 2. Placeta de Santa Bárbara | 6. Custodia y defensa de la plaza en esquinas y pretil. |
| 3. Casa de la aduana | 7. Ronda del barrio de San Sebastián |
| 4. Palacio de la Audiencia. Custodia de las arcas reales | 8. Muerte de un mestizo de San Sebastián |

Gráfico 97. Sector de la Aduana
Fuente: Detalle del plano de Quito de 1748. Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

entre ellos el aguardiente. Hubo robo, saqueo de bienes que se llevaron a los barrios como trofeos de guerra mientras el edificio de la aduana humeaba hasta el día siguiente en que los curiosos se detenían a mirar los escombros desde la plaza de la parroquia de Santa Bárbara ubicada en el extremo Norte de Quito. La “guerra de Quito” duró, desde el 7 de mayo en que se produce el incendio del edificio de los estancos hasta aproximadamente el 12 de julio

de 1765 en que acordó la paz entre las autoridades y los barrios. Vale aclarar que la parroquia es una jurisdicción eclesiástica que contiene en este caso a un barrio cuyos límites no necesariamente coincide con los límites establecidos por la iglesia. El barrio tiene como base una identidad colectiva basada en lazos familiares, laborales y de estatus social (Gráfico 97).

El incendio del edificio de la aduana fue el primer triunfo que levantó los ánimos y “la insolencia” de los mestizos quienes desautorizaron al oidor y a los predicadores que se disponían a contener a la muchedumbre. El rumor se extendió por todas las provincias, villas y posadas en donde los levantamientos indígenas también produjeron estragos. El padre Recio encontró en su camino desde Cuenca a un soldado que iba pregonando el levantamiento de Quito. La actitud de las autoridades españolas y personas influyentes del cabildo se encerraron en sus casas y en la medida que la inseguridad aumentaba se refugiaron en los conventos, inclusive en los de monjas:

Hacían sus algazaras, y con estruendo y clamores, se juntaban muchas noches visitándose mutuamente los unos a los otros, jugando, bebiendo, y triunfando con lo que robaron, y sobre todo dándose la mano, y confirmándose en los deseos de resistir, aunque viniese alguna tropa, o de Santa Fe, donde residía el señor virrey, o de Lima por la vía de Guayaquil, haciendo glorioso alarde de su valor, como que pudieran debelar al Cid Campeador con todas sus fuerzas (Recio, 1947, pág. 521).

El ambiente de la ciudad fue de tensión, temor y de ánimos encendidos, las autoridades ordenaron la ronda en los barrios pero la violencia en San Roque y San Sebastián no se detuvieron al pedido de la autoridad respondiendo con piedras a las patrullas formadas por el gobierno. Como respuesta, éstas dispararon con armas de fuego con un saldo de dos personas muertas y varios heridos en San Sebastián. Las patrullas estuvieron compuestas por españoles connotados de la ciudad quienes se organizaron para amedrentar a la gente de los barrios mediante recorridos por la ciudad.

Este hecho en lugar de amedrentar a los mestizos encendió nuevamente los ánimos de San Sebastián y otros barrios generalizando la violencia, los mestizos persiguieron a algunas autoridades identificadas en las patrullas, asaltaron sus casas y en la medida que pasaban los días llegaban más adhesiones en favor de la protesta pública cuyo espacio de acción fue la calle.

Un segundo momento en la “guerra de los barrios” fue el proceso de la “toma de la plaza” en el mes de

junio de 1765 cuando se acercaba la fiesta de San Juan con lo que hubo un corto tiempo de tranquilidad y parecía que la fiesta deponía la protesta callejera; sin embargo, el 24 de junio empezaron los toques de tambores y estallido de pólvora, la población de la ciudad creyó que se trataba del pregón de la fiesta de Corpus Christi que coincide con la fiesta de la cosecha, pero no fue así, los barrios escogieron esta fecha para acometer con su protesta y reivindicar sus derechos. Nuevamente la plaza vacía y la plaza llena, el “alboroto” y el silencio son expresiones de una dualidad en la protesta de los barrios. Las condiciones están planteadas:

(130) He aquí la guerra formal, que se emprendió en Quito, que toda consistió en querer echar del mundo a los pocos soldados que había, y a todos los europeos, por haber sido éstos los del encuentro.

(132) Viendo los señores del gobierno la turbación de toda la ciudad, y temiendo la furia del pueblo alterado, se juntaron en la casa de la Providencia (léase Audiencia), y despachando aviso a los más honrados vecinos dieron las más prudentes providencias para la defensa. Hicieron sacar todas las armas y aprontaron algunos tiros de artillería y coronaron con ella el bello espolón del pretil, que adorna, y guarnece el palacio de la Audiencia, y domina no sólo a toda la plaza mayor, sino también las bocas calles, que se inundaron de gente, porque acudieron los demás barrios, y todo era estruendo de artillería, fragor de arcabuces, y gritería. Cum sabbat ilius tristissima noctis imago¹⁴⁸ ¡Oh qué tan triste noche!

La guerra durante la noche, la localización de la artillería en el pretil del edificio de la Audiencia y en las esquinas de la plaza con el fin de custodiarla e impedir el ingreso da cuenta de la importancia de la plaza Mayor como espacio de poder. Por otra parte, el control de las esquinas permite una ventaja para la milicia: el control en tres direcciones para reforzar la defensa de la plaza, el espacio público más importante de la ciudad.

(134) Al amanecer cesó el ruido en la plaza, y calles, mas resonaban la voces de los que reconociendo el campo decían: Aquí hay un mestizo muerto, allí un indio tendido,

¹⁴⁸ “Cuando me viene a la memoria la imagen de aquella trístisima noche” Ovidio, Elegía 3,1

y contaban, que en una quebrada vecina habían echado cadáveres a montones. Otros afirmaban, que sus mismos compañeros habían retirado los muertos. El número fijo no se pudo saber. Decían algunos, que serían doscientos, y otros formaban mayor suma. Pues aunque al alborada había quietud en el centro de la ciudad, mas en los barrios habían un furor infernal. A campana tañida llamaban a los feligreses, y enviaron pesquisidores, que convocasen, y obligasen a acudir allá a algunos pobres oficiales, que habían venido a trabajar a las tiendas, y forzados eran llevados a la general junta.

(135) Ya el día claro descendieron de sus barrios bien escuadrados y armados, unos con arcabuces, otros con espadas y lanzas, y todos a lo menos con palos y piedras, pero gritando, y con tales asonadas de voces, que daban bien a entender, cuán llenos de aguardiente venían muchos, y cuán revestidos de furor venían todos.

(136) ¡Oh Santo Dios!: ¡que día! Las iglesias cerradas, y en silencio, mientras el estruendo furioso ocupaba las calles. Parecía tiempo de entredicho; apenas había quien ayudase a misa. Todos los furiosos se encaminaban a la plaza donde los caballeros, y gente fiel guardaban a los señores oidores, magistrados, y casas reales, con el tesoro, que podía parar en manos de los furiosos hombres, y llevados en su poder.

(137) Como vieron los señores la osadía del pueblo, y temiesen el total exterminio de la ciudad, despacharon a los eclesiásticos, y casas de religión, para que de todas partes saliesen capitanías del cielo, contra aquellas huestes infernales. Salieron de todas partes eclesiásticos y religiosos, que procuraron detener su furia, con la ponderación más viva de las razones de paz. Llegaron a sacar el Santísimo Sacramento; más ellos venerándole como buenos católicos, no atendían a la paz, que les ofrecía el cordero inmaculado, como malos cristianos.

(138) De cuando en cuando hacían resonar los tiros para espantarlos, pero, aunque se retiraban por entonces, correspondían ellos con tiros de inmensas piedras; por otra parte el estruendo, y fragor de la artillería, aguzaba, y encendía los fillos de furor en los que andaban

más lejos, y con mayor determinación se acercaban a la plaza. Acuérdomme, que habiendo o dicho misa, me subí a la hermosa, y devota capilla interior de nuestro colegio, donde dando gracias condolido, encomendaba en mi tibieza a aquella pobre ciudad cuya desolación temía, cuando me mandaron los superiores, que yo también saliese a apaciguar la gente (Recio, 1947, pág. 522).

Bernardo Recio describe en primera palabra su participación en el proceso de pacificación de los barrios en donde pese a las muertes continuaban rebeldes, querían la salida de los españoles y los soldados por provocar la guerra y asesinar a sus compañeros en los barrios. Recio describe su salida a los barrios como embajador de paz y que se inserta en lo barroco, pero no fue suficiente.

(139) Salí a lo penitente con corona de espinas, y un Santo Cristo, y porque a nuestra puerta había muchos padres, fui más lejos por aquellas calles, en que encontré al señor provisor, con cruz en mano, y varios clérigos, al padre guardián de San Francisco que venía de Roma, y otros muchos. Yo entonces vi lo que es una guerra civil. Venían las mujeres cargadas de piedra, y también sus niños chiquitos. Como me conocían por las misiones me oían, ya haciendo yo mis diligencias de hablarles lastimero en su lengua, de mirar y clamar al cielo, y de postrarme en tierra, veía, que se les caían las piedras de las manos, y aun pude despojar a un mozetón de un chuzo, o lanza, que junté a la cruz del Santo Cristo. Ordené también una procesión de doctrina, y empezamos a cantarla, pero sonando un tiro de artillería, todo se descompuso, y tomándome el mozo mestizo su lanza, corrió a incorporarse con los demás. Yo también huía con todos, porque era ya cerca el medio día, cuando viendo los de la plaza, que los del barrio de San Roque no cedían salieron con el mayor coraje, tirando a todo tirar la artillería, y saliendo ellos con sus arcabuces apuntados, y otros con espadas desvainadas, y lograron hacerlos retirar, dejando algunos bañados con su sangre las losas, y gradas de San Francisco, que habían tomado por guarida (Recio, 1947, pág. 525).

El enfrentamiento fue desigual, piedras contra armas de fuego, el equilibrio de fuerzas consistió en el gran número de rebeldes y el espíritu de guerra, la intimidación mediante el estruendo y el “furor



- | | |
|----------------------------|--|
| 1. Aduana incendiada | 8. Quebradas |
| 2. Palacio de la Audiencia | 9. Europeos armados ordenaron retiro de insurgentes de San Sebastián |
| 3. Plaza mayor | 10. Escuadra eclesiástica de jesuitas en San Roque y San Sebastián |
| 4. Compañía de Jesús | 11. Cementerio de Santo Domingo |
| 5. San Sebastián | 12. Muerte de escribano Antónío Dueñas y el soldado Astudillo |
| 6. San Roque | 13. Traslado de caudales de la Audiencia a colegio jesuitas |
| 7. San Blas | |

Gráfico 98. Versión de los hechos de la Guerra de Quito según Bernardo Recio
 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1748. Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

infernall". Por otras fuentes se conoce que en ese momento la milicia estaba mal abastecida y mal entrenada, tenía armas viejas o en mal estado, esto contribuyó a que la furia de los rebeldes sumados a la improvisación de armas caseras, piedras y armas que fueron arrebatadas al enemigo y todo insumo posible de creación propia sea útil para atacar y amedrentar a españoles y religiosos. La situación de la milicia no cambió sino en 1800 con el Barón de Carondelet.

De acuerdo con el relato, la plaza de San Francisco fue ocupada por los mestizos como frente de guerra, por lo tanto fue otro escenario de la batalla, que al no acatar la intervención de los religiosos fueron heridos por parte de la milicia. El proceso del diálogo con los barrios tomó varios días, los delegados fueron sobre todo jesuitas. La primera incursión fue al barrio de San Roque, luego en San Sebastián y por último en San Blas. En los dos primeros tuvieron que hacer varios intentos debido a las pedradas lanzadas desde las esquinas, esta vez por parte de los mestizos quienes tuvieron el control

de la plaza y los accesos a la misma. La esquina cobra protagonismo en el espacio público urbano para cualquiera de los bandos ya que el control del enemigo por la calle es visible desde lejos (*Gráfico 98*).

El paso al diálogo no fue una decisión unánime: tanto en San Roque como en San Blas el ceder ante la iglesia no fue aceptado por una parte de la población que tenía como evidencia a sus muertos en el cementerio de la iglesia de Santo Domingo.

En esta rebelión el espacio público urbano, exterior y abierto fue el escenario de la protesta de un grupo de la población, los mestizos, quienes tomaron la plaza y exigieron condiciones para restablecer la paz; en tanto que en la iglesia, un espacio privado con las connotaciones anotadas fue el espacio, según Recio, en donde se tomaron las decisiones de conciliación con un grupo de los rebeldes. Posteriormente se verá en la declaración de un mestizo una versión diferente que pone al espacio público como el lugar de la conciliación:

Por fin entrando en la iglesia, el señor obispo con la autorizada comitiva, y puestos en su presencia los capataces del barrio, se leyeron desde el púlpito las proposiciones de paz, que contenía el despacho, y persuadidos del señor Obispo se rindieron, y dieron todos unánimes las gracias (Recio, 1947, pág. 527).

Según la versión de Recio, el acuerdo se hizo en la iglesia Catedral con el obispo en el púlpito, en el espacio del poder, en lo alto, y un grupo reducido de mestizos, todos ellos líderes de los barrios que se ubicaron en lo bajo, en la nave de la iglesia. Este fue el espacio desde el cual se enunciaron las proposiciones de paz, es decir un espacio arquitectónico simbólico antes que un espacio público común. Según esta versión, las decisiones no las tomaron en consenso con todos los barrios sino con un grupo de líderes barriales. ¿Por qué no se llevó a cabo la conciliación en el edificio de la Audiencia de Quito el edificio de mayor significación política, en la plaza Mayor o en alguna de las tres parroquias?

Una respuesta provisional desde las circunstancias del momento deja ver que el Estado desplazó por un momento su poder en la iglesia, así como los criollos y grupos indígenas de la audiencia a los barrios de Quito. Estos últimos llevaron el mensaje

de descontento con la forma de gobierno colonial a través de la protesta que podía ejercer algún efecto en Quito y en la plaza mayor.

Por otra parte, se devela la delegación de grupos de poder ocultos en la descripción de la guerra de Quito: el poder español y el de los criollos, que son descendientes de españoles nacidos en América y con títulos nobiliarios que aspiraban el manejo de la Audiencia de Quito. Por esta razón, algunos historiadores interpretan la guerra de Quito como el debilitamiento del sistema colonial y el inicio de una transformación social que verá sus resultados en el proceso de independencia en el siglo XIX¹⁴⁹.

El espacio de la iglesia como espacio de conciliación tampoco sella definitivamente la paz. El padre Recio no describe los puntos del acuerdo sino historiadores que en la segunda mitad del siglo XX y a través de otras fuentes dan a conocer los puntos de la discordia: No más impuestos, eliminación de la aduana, la salida de la ciudad de españoles por estar acusados de provocar la muerte en los barrios, y en particular en San Sebastián.

El edificio de la Audiencia o las iglesias de las parroquias no fueron espacios neutros para las deliberaciones; ni la población rebelde ni la iglesia se encontró segura en dichos espacios. La iglesia Catedral podía ser un espacio neutro o un espacio común para las deliberaciones aunque para todos es conocido que sus miembros forman parte del poder. Según la descripción de Recio, la iglesia se convierte en un espacio ambivalente: público y privado, cerrado físicamente y abierto a recibir las deliberaciones de las partes.

De manera simbólica la iglesia expresa en la posición de los interlocutores lo alto y lo bajo como referente de jerarquía, este lenguaje formal y espacial no revela un espacio de negociación entre iguales, representa que el poder de la iglesia y de la corona española continúa, no cambió la estructura del poder, cambió la manera en que se aplicaron las imposiciones a la población:

(142) Con esta diligencia, y propuesta, y aceptada la paz, se tocaron a fiesta las campanas, y bajamos todos al otro barrio de

¹⁴⁹ Autores como Rafael Quintero, Carlos de la Torre Reyes y Carlos Paladines han profundizado el análisis social y político de este periodo de crisis que llevó a una transformación política.

San Sebastián, que estaba muy encarnizado, por haber sido allí la matanza de la primera noche, y tenían todavía en el cementerio de Santo Domingo los dos muertos, acudiendo allá hombres, y mujeres a plaguearles, y renovar su furor.

(143) Descendiendo, pues, a lo más bajo del barrio, y rehusando ellos llegarse a la iglesia, allí en la calle más pública se tuvo el congreso; hubo muchos debates leído el despacho, más haciendo el señor Obispo subir a un alto al Padre Joaquín Alvarez¹⁵⁰ a perorar, lo hizo ayudado de Dios con tal modo, y energía, que se levantaron gritos de alegría, y resonaron los deseos de una sólida paz, clamando todos viva el rey, y venga la paz. Bien es verdad, que muchos quedaron grunyendo, y mostrándose muy adversos a la paz (Recio B., pág. 528)

La actitud de los pobladores del barrio de San Sebastián, como lo expresó Recio no aceptó de buena gana los acuerdos pactados, se llegó a una paz a medias.

(144) marchamos hacia el barrio de San Blás habiendo visitando de paso a Nuestra Señora de Rosario, que en su magnífica capilla estaba coronada de luces. Pasando por una calle, vímosla toda llena de las tejas, que los inquietos habían así destejado, por ser su dueño un valiente guerrero. Reconocimos el sitio, donde habían muerto de mañana al escribano don Antonio Dueñas, y a un soldado llamado Astudillo, que se adelantaron mucho en una salida, que por allí hicieron contra los inquietos. Todo lo demás estaba en un silencio espantoso, y cerradas las puertas.

(145) Llegando a la plazuela dicha de San Blás, hicieron comparecer a los principales vecinos, y un señor canónigo, que llevaba el estandarte del rey les hizo una plática muy cariñosa, y como hijo de vecino, les cayó en gracia, de modo que convinieron la paz (Recio, 1947, pág. 527).

Una vez producido el acuerdo entre los representantes de las partes, la noticia de este acontecimiento se difundió entre la población de los tres barrios los que tienen otra lectura de la “guerra de Quito”, una paz a medias, la insatisfacción de ver que la situación no ha cambiado, sigue el mismo

gobierno y la misma iglesia. La recepción del mensaje de conciliación tiene un doble sentido de difícil interpretación; tiene la potencia innegable del silencio porque encierra en sí mismo la totalidad; el todo y la nada del silencio se trasladó al espacio privado, al vacío de la plaza, las calles y las esquinas.

El desarrollo de los mecanismos para restablecer el orden de la ciudad puso en peligro las vidas de religiosos encargados de entrar en los barrios, algunas autoridades fueron perseguidas por los rebeldes, entre ellos: los oidores, españoles (chapetones), el corregidor y algunos comerciantes españoles estaban en la mira de los rebeldes. Con el fortalecimiento y la cohesión de los barrios fue posible la toma de la plaza por parte de éstos, un triunfo que obligó a deponer la actitud de las autoridades civiles y eclesiásticas. Un acto con el cual la población de los barrios tomaron el poder, con esto se revierte el orden, la nobleza y las autoridades de la ciudad entraron en pánico por sus vidas y los bienes comunes del cabildo tomando en cuenta que ya hubo un antecedente de la audacia de la gente de los barrios en la quema del edificio de la aduana y levantamientos colectivos anteriores como la “Revolución de las Alcabalas” en 1592.

Bernardo Recio no describe las condiciones impuestas por los mestizos para deponer la protesta. Lo que describe con detalle es que una vez llegado a un acuerdo los religiosos recorren por las tres parroquias que protagonizaron el levantamiento ratificando el acuerdo:

(146) Puedo afirmar aquí, que me causó horror lo que noté, y fue, que conforme llegamos a esta plazuela (San Blas), acudieron a ella muchos labriegos del contorno, que armados con espantosas pértigas, o gruesos garrotes, venían formado una funesta procesión, y con un silencio sañudo, y bárbaro, se iban apostando por las paredes, que ceñían la plazuela. Venían llamados como auxiliares del barrio, esperanzados de tener parte en el saqueo.

La parroquia de San Blas tuvo a su favor a los trabajadores de la carnicería que con su presencia y el rumor de su participación en la “caza” de chapetones contribuyó al terror de éstos que se escondieron en los conventos.

¹⁵⁰ Alvarez, Joaquín, S.J.; nació en Andújar (Jaén-España) el 22 de julio 1713; entró en la Compañía de Jesús el 24 de marzo 1731; partió para América el año 1743; hizo su profesión solemne el 14 de agosto 1747, y murió en Ravena, Italia, el 13 de abril 1791.

(147) En estas tan espaciosas, y penosas estaciones, se nos pasó casi toda la tarde. Al fin acudimos todos a las Casas Reales, donde el señor vicepresidente, y oidores esperaban la resulta. Observé, que al venir con el señor Obispo, vi el pretil de palacio guarnecido de caballeros y mercaderes, varios de los cuales estaban con sus pañuelos amarados a sus cabezas, o caras heridas de las crudas pedradas, que les tiraron aquella mañana; mas al volver ya no vi alguno. El pretil estaba solo, y la plaza en silencio, y es, que mientras anduvimos por los barrios, los señores, considerando imposible, o muy arriesgada la resistencia, deliberaron asegurar en el vecino colegio de la Compañía los Reales Caudales, y dar libertad a todos, por no verlos víctimas del furor de un pueblo tan encarnizado. Así se hizo.

(148) Logrando aquella buena tregua fueron llevando al hombro los talegos de moneda, y hecho estos se retiraron a los conventos. Y en efecto fue un medio el más acertado. Pues aunque en los barrios se habían sujetado a la paz, y la habían pregonado, se verificó allí el, *Pax, Pax, et non erat pax*¹⁵¹. De hecho venida la noche, avinagrando toda la masa el fermento, que quedó de los inquietos, volvieron los barrios a tumultuar, y bajando con orgullo y gritería a la plaza, la rodearon varias veces en son de triunfantes, se llevaron las armas que hallaron, y apellidando victoria, la celebraron en sus barrios bebiendo muy alegremente (Recio, 1947, pág. 529).

El momento en que se produjo la toma de la plaza fue el tiempo del triunfo y de las aspiraciones alcanzadas, un segundo triunfo después del incendio de la aduana. La descripción da a entender qué era lo máspreciado en ese entonces: el dinero, los Reales Caudales, es decir el tesoro de la Audiencia. En un momento de tregua las cajas fueron trasladadas al colegio de la Compañía, una acción que devela miedo y debilitamiento del poder. Con el triunfo de los mestizos comenzó lo que Recio denomina la “caza de chapetones” (españoles) por las calles y la actitud desafiante de la plebe hacia éstos: “si acaso en las calles descubrían alguno se tiraban a él como perros rabiosos” (Recio, 1947, pág. 530):

(150) Andaban tan gloriosos los mestizos, que contaba con gracia un señor canónigo que llegándose a él una tropa de ellos, dijeron

Vivan los barrios señor, y respondiendo él con algún desdén que vivan: dijo uno más desvergonzado: miren con que cara de vinagre ha respondido el que vivan (Recio, 1947, pág. 350).

En este pasaje aflora la ironía del mestizo descrito por Mario Cicala, la revancha y el espíritu de victoria:

(151) No contentándose ellos con verse dueños del campo, quisieron hacer un glorioso alarde de su triunfo; y así volviéndose a juntar hacia el mediodía, vinieron escuadrados a la plaza, y abriendo la Casa Real, se robaron todas las armas, y todas las piezas de artillería. Pero ¿con qué clamores? ¿con qué estruendo? Y ¿con qué gritería? Y en fin hicieron lo que quisieron. Ya no se oía, ni el nombre de aduana, y protestaban, que no permitirían jamás estanco de cualquier género.

(152) Mas en fin, estimulados de su conciencia, y persuadidos de piadosos varones, vinieron en conocimiento de sus excesos. Se presentaron a los señores oidores, los que asistiendo con autoridad, en el pretil de la presidencia, y colocado allí con majestad el retrato del rey, hicieron solemne protesta de mantenerse fieles vasallos, con tal que no se hubiese aduana, y se les perdonase lo pasado. Así empezó a respirar algo la ciudad, y empezó a haber algo de quietud (Recio, 1947, pág. 531).

Sin embargo, cabe una pregunta ¿fue la toma de la plaza el cambio efectivo del poder? La respuesta es negativa porque en la realidad el poder lo seguía ostentando la corona española. No hubo una renuncia o una declaración de derrota por parte de la autoridad de la Audiencia, lo que hubo fue el retiro de algunas medidas solicitadas por los rebeldes quienes fueron ablandados por el discurso de la fe. La victoria fue simbólica y de corta duración, y surge otra pregunta ¿se trató entonces de una guerra ritual? Como respuesta se podría decir que la guerra fue un hecho físico en el que emergió con fuerza el espíritu de reivindicación de ese acuerdo no cumplido al ceder al conquistador el espacio del nosotros, es decir el espacio simbólico aborigen. La guerra de Quito muestra una segunda negociación lograda a medias por la rebelión de los barrios más antiguos de la ciudad y que en cierto modo representó a un movimiento subversivo que estuvo presente en toda la audiencia.

151 Paz, paz, y tál paz no existe. Jeremías 6,14

(153) Pero no bastaron estos remedios para curar la llaga, que hizo el primer desorden; y así cuando yo salí quedaba otra vez todo en tal confusión, que me acuerdo decían las mujeres desde los balcones: Dichoso Padre, que se va a Roma (Recio, 1947, pág. 531).

Para concluir con el relato afirma que el paso siguiente fue realizar varias procesiones por la ciudad: San Francisco con la madre Dolorosa. Santo Domingo con la imagen de Nuestra Señora del Rosario, cuyas velas las costeó uno de los oidores. Los de la Compañía acudieron a los barrios para asegurar la paz mediante la liturgia. El escenario de la procesión fue la calle.

En los siguientes años llegaron tropas de Lima y de Panamá para reprimir a los líderes de la guerra quienes huyeron de la ciudad, otros fueron muertos, fueron años de represión e indagación a testigos presenciales. Posteriormente, en 1767 los jesuitas, quienes cumplieron un papel importante en la pacificación de la guerra de Quito fueron expulsados de América.

La presencia de militares de Lima en Quito es relevante y da cuenta del impacto de la “guerra de Quito” no solo en el territorio de la Audiencia sino también en España que tuvo que deponer el cobro de la alcabala. Tarde pero llegó el tiempo de represión y persecución a los cabecillas de la guerra, interrogatorios y cárcel a los supuestamente implicados porque el poder político no cambió, seguía a cargo de españoles.

Otras informaciones que dejan ver otras aristas de la versión presencial del padre Bernardo Recio con relación a los impuestos: éstos nunca fueron exagerados y a pesar de ello los quiteños hicieron guerra en 1592. La corona dejó pasar el tiempo y al finalizar el siglo XVIII se hacía indispensable aplicar con justicia las contribuciones establecidas desde España. El impuesto a los estancos que se emitió en 1765 respondió a la necesidad de aplicar con justicia las contribuciones que no fueron efectuadas en el pasado y la respuesta de los quiteños fue la guerra. Con esto queda claro el carácter del quiteño dispuesto a la protesta pública y a la reivindicación de sus intereses de grupo en el espacio público.

La declaración de un mestizo

El mestizo que responde a un interrogatorio declaró su versión de los hechos de la “guerra de Quito”; no tiene nombre; sin embargo, por su condición racial se entiende que fue uno de los participantes o estuvo cerca de los acontecimientos de 1765. El documento parcial aparece con los años en la Biblioteca Nacional de Colombia en la clasificación de “documentos raros y curiosos” consultados anteriormente por Martín Minchón. La referencia bibliográfica sirvió para conocer otros detalles de interés espacial y cultural que podía tener este documento por lo que fue retomado para la elaboración de esta tesis con el fin de encontrar la otra mirada frente al mismo hecho denominado “diario de la segunda sublevación” compuesta de 11 folios.

Para el declarante, la guerra comenzó en medio de un ambiente tenso que se sentía desde tiempo atrás de la rebelión con expresiones de insulto en la calle por parte de algunos “inconsiderados e insolentes” de los barrios antes señalados (Anónimo, Diario de la segunda sublevación, 1765. Folio 8) en tiempo del solsticio de verano que coincide con el 24 de junio, día en que se celebra la fiesta de la cosecha o fiesta de San Juan para los católicos¹⁵². Alrededor de este día se habían hecho algunas incursiones en la plaza mayor por parte de los barrios sin una participación relevante de los caciques o “principales” de cada uno de ellos. Este ambiente hostil hizo que el Corregidor de la ciudad y Capitán de Granaderos Don Manuel Osorio Sánchez Pareja proceda a vigilar los barrios (hacer la ronda) luego de lo cual apresó a algunas personas en la calle y les castigó con azotes y baños de agua fría en la cárcel, se entiende en la cárcel común ubicada en el costado Este de la plaza mayor (*Gráfico 99*).

Esta actitud levantó los ánimos de rebelión que estaban reprimidos en la población de Quito. El día de San Juan, los barrios resistieron desde las esquinas de las calles con piedras, bolas de fuego y armas blancas a la comisión de la ronda, formada por españoles conocidos que respondieron a los manifestantes con armas de fuego; el resultado de estos encuentros en la calle fue de dos muertos. Luego la ronda se retiró a la plaza mayor desde donde se hizo un disparo de cañón.

¹⁵² La hoja de antecedentes en la que debió estar el incendio de la aduana no está en este expediente. La declaración inicia en la página 2.



- | | |
|---|--|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. Aduana incendiada 2. Palacio de la Audiencia 3. Plaza mayor 4. Cárcel común 5. Ronda a barrios 6. Procesión por la calle de la Compañía 7. Quebradas | <ol style="list-style-type: none"> 8. Conventos que recibieron alhajas y bienes doméstico 9. Compañía de Jesús. Custodia de los caudales de la Audiencia 10. Detención de productos agrícolas para el mercado 11. Depósito de fusiles en Santo Domingo 12. Horca de retirada al día siguiente 13. Procesión de la Virgen del Rosario y aparición de arco iris y cruz |
|---|--|

Gráfico 99. Versión de los hechos de la Guerra de Quito según la declaración de un mestizo
Fuente: Detalle del plano de Quito de 1748. Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

Al ser españoles los causantes de la muerte de las dos personas, los barrios salieron a vengar este hecho: “se segaron a ira y empezaron a tocar arrebató en todas las parroquias para vengarse desta”. Un grupo fue a la plaza en donde “los mestizos llegaron a cosa de las dos de la mañana a ganar medio pretil” en donde se encontraban soldados que los reprimieron con armas de fuego. Otro grupo fue a las casas de españoles para asaltarlas y robar todo cuanto pudieron.

En el episodio del declarante se confirma que la guerra fue desigual: piedras contra fusiles; no obstante, la ocupación parcial de la plaza fue realizada con varios intentos, la primera vez hubo descargas de armas que, con intención o no, mataron a los insurgentes:

Y prosiguió también en hacer continuo fuego con no poco estrago de los miserables, que tenían mas armas que unas piedras, les parecería poder resistir a los tiros, ya de fusilería y de cañones; si bien estos no

hicieron daño alguno, por aver estado muy alla la puntería, por impericia, o por trayción: duraron los asaltos hasta cosa diez del día, saliendo varias veces de la plaza algunos cortos destacamentos que daban avances bien sangrientos y retiraban los barrios tumultos que se habían formado de los mas despreciables del Bulgo, porque la gente más conocida y principal en sus barrios se retiró luego que se halló con el día, esa mañana murieron solo dos de la Plaza quedando otros pocos heridos de las picoras, los muertos fueron Dn. Antonio Dueñas, Escribano de Provincia y un soldado llamado Astudillo (Anónimo, Declaración de un mestizo, 1765. Folio 8r).

La declaración pone en evidencia la impericia o la traición de las milicias ¿quiénes eran los soldados de las milicias? ¿Eran mestizos que tomaron partido en la sublevación de los barrios? La duración del enfrentamiento fue en la noche y hasta las diez de la mañana del día siguiente, un este detalle coinciden los testimonios de Recio y el declarante, así como la salida de los religiosos para pacificar a los barrios y calmar los ánimos. La salida de los religiosos también fue necesaria para administrar los sacramentos a los moribundos. El despliegue de religiosos estuvo acompañada con procesiones desde el convento de Santo Domingo hasta la plaza mayor:

Los religiosos de todos los conventos, por impedir tanto estrago, salieron también por varias partes a contener el vulgo, pero con ningún fruto, porque ciegos de cólera, protestaban a gritos, hasta las mujeres, y niñas, que no querían otra cosa que morir matando en defensa de la Patria. Que mucho: si fue tanta su ceguedad que no respetaban ni al mismo Señor que sacó un sacerdote por la Compañía, los Padres Dominicos a N.S. Reyna, y Sa. del Rosario, y los de la plaza mandaron que no dentrase y se devolviese porque también se mantenían fervorosos (Anónimo, Declaración de un mestizo, 1765. Folio 8r).

El declarante afirmó que el irrespeto a los religiosos encendió los ánimos de las autoridades que ordenaron matar a los rebeldes llegando a estimar alrededor de 100 muertos en las calles y las quebradas. Observa que “a no averse interpuesto los religiosos entre los Barrios hubiera sido mas

sangriento porque ya estaban las piezas de artillería bien acondicionadas por un Práctico” (Anónimo, Declaración de un mestizo, 1765. Folio 8r), es decir que las armas funcionaban correctamente o al menos mejoró el dominio de las mismas. Lo que revela una debilidad en la organización y abastecimientos de la defensa del territorio. En 1800 el informe del Barón de Carondelet confirmará que el número de soldados de las milicias, el estado de las armas, reserva de pólvora y la organización del personal militar en Quito era mínimo e ineficiente.

La toma de la plaza fue el momento en que se agotó la pólvora, las tropas no estaban en condiciones de hacer el contrapunto a los barrios por el número ni por la energía, pues el cansancio los había debilitado. Lo que quedaba a las autoridades era insistir por la vía del diálogo y apaciguamiento de los religiosos a cargo. Los manifestantes de los barrios se tomaron la plaza al verla vacía y al contar, al menos con la promesa, de que venían refuerzos de las cinco leguas:

Entre las 10 o 11 del día se declaró la victoria por la Plaza, aunque mas bien se devela mas treguas, porque los rebeldes se retiraron a sus Barrios a disponerse con mas furia por la noche del mismo día, para lo qual convocaron a las cinco leguas, como ellos decían. Esto atemorizó mucho a los de la Plaza, viéndose ya cansados y faltos de pólvora para resistir a tan numeroso vulgo. En este conflicto volvieron a salir los Religiosos con sus Prelados y muchos Eclesiásticos con su Obispo a aquietar los ánimos turbulentos proponiéndoles la paz con las condiciones que parecieron mas justas en una son, y proponiéndoles también de parte de la Real Audiencia indulto general por este levantamiento (Anónimo, Declaración de un mestizo, 1765. Folio 8r).

Las circunstancias de debilidad para enfrentar a los barrios obligó en buena medida a propiciar el diálogo y escuchar las demandas de los barrios que el declarante las puntualiza:

La primera que les habían devolver todos los presos que tenían en las cárceles, hasta los mismos reos de muerte, la segunda que les rindiesen las armas o a lo menos las retirasen del pretil, la tercera que abian de salir de la ciudad todos los Europeos, comerciantes y vecinos y se substituyesen los cargos y

oficios que obtenían algunos en la república en otros Caballeros criollos y en particular el Corregimiento de D. Pedro de Larrea (Anónimo, Declaración de un mestizo, 1765. Folio 9).

En este párrafo se deja ver entre líneas el apoyo de los barrios a los criollos que los veían en los puestos del poder y como posibles autoridades. La presencia de los criollos detrás de la protesta de los mestizos. Se visibilizará en las guerras por la independencia entre 1800 y 1830.

Los logros de la negociación fueron algunos según el declarante: la entrega de los presos de la cárcel. Un nuevo factor que creó el pánico en la nobleza y el gobierno fue la noticia de la llegada de refuerzos y socorro al levantamiento con gente proveniente de las cinco leguas y la amenaza de la quema de la ciudad. Aún en esas circunstancias, algo que no podían ceder las autoridades fue la entrega de las armas lo que recuerda la reflexión De Vargas Machuca “la paz sin armas es flaca” y una súplica del gobierno detrás de un discurso de paz y buen gobierno:

porque convenía al buen gobierno de la ciudad, que en tiempo tan turbulento, estuviese en armas la Plaza Maior, pero que protestaban no hacerles daño alguno sino eran provocados. Así respondieron los señores acomodándose a las circunstancias del tiempo y usando en todo de una suma moderadamente y prudencia; pero como aquella noche del martes amenazaron todos los mestizos quemar la ciudad y con esto burlarse de todas las prevenciones de la Plaza, se turbaron mucho los vecinos y con grande diligencia empearon a trasponer todas las alhajas y vienes de sus casas, a los Conventos, y otras casas de religión, haciendo lo mismo los oficiales Reales con la plata de su Magestad (Anónimo, Diario de la segunda sublevación, 1765. Folio 9).

Por un momento se vivió el “mundo al revés”, la subversión del poder, el miedo a la vida y la seguridad de las autoridades quienes retiraron las armas de la plaza. En cierto modo, la demostración de terror, humillación, de “sálvense quien pueda” al convertir a los conventos en un refugio, un fuerte ante la amenaza de las vidas y bienes. La plaza fue por un momento el espacio neutro de la tregua, el paso del tesoro de la Audiencia.

Con esto y con las voces que corrieron de aver venido mucha gente de afuera de la ciudad con todo género de armas se fueron muchos retirando de la plaza y los pocos que quedaron en ella viéndose con poca fuerza para resistir a una multitud despechada y furiosa, tuvieron por mejor retirar las armas como lo habían pedido los sublevados y buscaron cada uno asilo de su vida, refugiándose en varios conventos no solo de Religiosos, sino de monjas, porque el deseo natural de guardar sus vidas, y elección de refugio y el inminente peligro que les amenaza no les dejó arbitrio para la elección del refugio. Aquí empezó el pavor de todos los que en todo aquel día avian mostrado en su valor la lealtad a su Magestad y el amor a la Patria, viendo ya indefensos, principalmente el Colegio de San Luis y todos o los más Europeos, contra quienes disparaban los mestizos todos los raios de su indignación, porque esa mañana acudieron algunos Colegiales a la voz del Rey y se portaron con valor e intrépidos en los avances que dieron y por esta razón estuvieron amenazados los Colegiales con fuego y asalto y a no haber intercedido algunos de los mismos Barrios, hubieran pasado a la ejecución aquella noche (Anónimo, Diario de la segunda sublevación, 1765. Folio 9).

Casi conseguida la paz quedó la desconfianza. Un segundo indicador que confirma la presencia de los criollos como autores intelectuales del levantamiento está en la declaración que los menciona como los capitanes de los barrios, en particular el conde de Selva Alegre cuya familia continuará figurando entre los insurgentes de la independencia y en la Junta de Quito luego de 1809:

Aquella noche del martes 25 de junio habían determinado envterir a la plaza todos y por todas cuatro partes y esquinas della si acaso no convenían los señores Oidores en las condiciones referidas y aunque así el señor Conde de Selva Florida, como el capitán Don Floriano Ubillús y otros Caballeros Criollos como Capitanes que eran de los Barrios, hicieron todo esfuerzo en contenerlos, persuadiéndoles que se habían quitado las armas de la Plaza, no quisieron darles el debido crédito hasta informarse por si mismos; para lo qual salieron aquella noche, a cosa de las seis y media de todos los Barrios y algunos otros aliados, con grande vocería, y mejores armas que la noche precedente, y entrando en la Plaza y no hallando en ella armas ni gente que la defendiese ese contentaron con cantar la

victoria, pero con victorias hasta los ofendidos a la traición española y en que indicaban tener todavía sus pechos llenos de sedición, con este orgullo y libertad, se pasearon por todas las calles en señal de triunfo que les parecía aver conseguido contra su misma Patria. Si bien en aquella noche no hicieron vitalidad alguna porque así lo habían prometido sino encontraban las armas en el pretil del Palacio (Anónimo, Diario de la segunda sublevación, 1765. Folio 9r).

Para completar la imagen del pánico en este episodio aparece la imagen del rollo o la horca que en otro tiempo fue el símbolo de justicia para los conquistadores, esta vez para vengar la injusticia del régimen colonial en un ajuste de cuentas. Los conventos, ubicados de manera estratégica en un cuadrilátero se convirtieron en fortalezas y en los custodios de lo que no se vende ni se regala sino de lo que se guarda, lo más preciado de los bienes de una sociedad que los hace visibles el mestizo declarante:

Pero al día siguiente olvidados de la palabra que avian dado como gente vil, al que funda toda la razón, en un necio capricho y mas irritados e insolentes con haber buscado a los Caballeros. Pusieron una horca en la Plaza de Santo Domingo, como por venganza, de la que habían mandado poner los Jueces en la Plaza maior el día antes, para terror de los rebeldes, la qual quitaron ese mismo día a petición de los religiosos, con la esperanza de reducirlos por medios suaves. Mas el designio de los mestizos no fue solamente amenazar, sino pasar a la ejecución de sus depravados intentos, como se conoció claramente por las diversas patrullas armadas en defensa de la plaza, y de quienes habían formado sus listas para acabar con ellos. Para esto hubieron espías en varias partes de la ciudad y hasta en las puertas de los Conventos, lo cual sedido por los caballeros y procuraron guardarse sin salir de sus refugios, no obstante toda esta precaución, llegaron a coger dos negros o mulatos, porque también muchos esclavos y libres de esta especie de gente estuvieron el día antecedente de parte de los caballeros e hicieron no poco estrago en los mestizos, de los quales al uno lo llevaron a la horca, mas como tal ferocidad no sufría delaciones, le dieron tantas cuchilladas en el camino, que suspiró antes de llegar a la dicha horca, en donde le colgaron por los pies después de

muerto, y el otro pudo acogerse al Convento de Santa Catarina, después de estar mortalmente herido. También cogieron esa misma mañana dos o tres chapetones, inocentes, con quienes hubieron hecho lo mismo que con aquel miserable mulato, a no a ver sido defendido por algunos sacerdotes piadosos y era tal en encono contra los Europeos que lo mismo era ver alguno cuando corrían tras él con furia desesperada diciendo a voces Chapeton, Chapetón, de suerte que para andar libremente por las calles era menester dar sobradas pruebas al criollismo (Anónimo, Diario de la segunda sublevación , 1765. Folio 10).

La venganza sube de tono para humillar a las autoridades de la Audiencia. El poner en peligro el abastecimiento de alimentos y la entrega de las armas en un momento de total debilidad afirma el triunfo mas no la paz, así como el cometimiento de algunos excesos que forman parte de la revancha ante siglos de injusticia social:

No paró en esto la ferocidad de esta gente, sino que también con ánimo de matar de hambre a los que no podían matar a cuchilladas, sitiaron la ciudad para no dejar que entren víveres en ella, aunque no contaban estreches que no permitiesen entrar algunas cargas a las religiones y otros particulares y todo lo que venía de venta lo detenían en las plazuelas de los dos Barrios de San Blás y San Sebastián que son las dos entradas desta ciudad para que allí fuesen a comprar vastimentos los vecinos de Quito, para cuyo efecto se llevaban a dichos barrios todas las vendedoras, imponiendo este nuevo estanco de todos los víveres, lo que por aver quemado la Aduana se preciaban de Padres de la República. Esa misma mañana pidieron todas las armas del cuartel y lo consiguieron fácilmente, porque se fueron con grande ímpetu a la Plaza Mayor y las hubieran llevado con violencia y voluntariamente no las entregan, con la condición de depositarlas en algún convento o iglesia y aunque para cumplir en parte con esta condicion depositaron los fusiles en la iglesia de Santo Domingo, pero las 12 piezas se repartieron entre los Barrios entre si y las pusieron en varias de sus calles avocándolas a las ciudad la tarde de ese día miércoles entraron unos indios de los convocados, todos armados de lanzas y llevando por delante una bandera blanca por el camino de San

Blas atravesaron la Plaza Maior y después de pasearse en la ciudad con vivas de triunfo fueron a la casa de Don Antonio Salas y la saquearon haciendo no poco daño en lo material de ella, pues arrancaron hasta los balcones y rejas de fierro de las ventanas a cuyo saqueo concurren también algunos de los mestizos sublevados; el numero de estos indios según la prudente conjetura no pasarían de un centenar. (Anónimo, Diario de la segunda sublevación , 1765. Folio 10).

La violencia continuó con asaltos a la propiedad privada y robo, al parecer hubo amenazas con asaltar el Colegio de la Compañía de Jesús en donde se hallaba el tesoro de la Audiencia.

El desenlace del conflicto se produce con un milagro que el declarante lo identifica claramente; era el momento de la victoria total, la nobleza estaba sometida y resistiendo en los conventos, cuando todo parecía imposible, en el clímax de la tensión emergió el anclaje ancestral que une al indio y al mestizo con los dioses que habitan en el territorio, el paisaje y esa naturaleza que “habla”, predice, advierte y castiga; en ese momento hizo presencia uno de los dioses del panteón ancestral: el arco iris. Al parecer el declarante tuvo conocimiento del mensaje de los eventos telúricos en la población y de asume que en este caso se trató de una manipulación de la iglesia. La aparición del arco iris en el cielo causó sin duda sorpresa en el contexto de la procesión y calzó de manera oportuna en el discurso del sacerdote como un mensaje y un milagro divino; de este modo la paz era un hecho:

Prosiguió el conflicto de la ciudad y la insolencia de los barrios hasta el día siguiente que fue el jueves 27 en cual a cosa de la una de la tarde corrieron voces de que venían por uno y otro ejido muchos indios con ánimo de asolar toda la ciudad y coronar su Rey y Dios Nuestro Señor permitió que ... esta mentira con lo cual se turbaron todos los barrios y se determinaron a defender la ciudad contra la invasión de los indios. Y con esta ocasión se hicieron las pases con los repiques de campanas, y placer universal. A lo que cooperó no poco la Santa Extratagema con que los padres Dominicanos salieron en comunidad de su convento con N.S. del Rosario y después que su reverendo provincial hizo una exhortación muy tierna y devota se pidió de Quito como que consumiendo al

Señor Sacramentado en la Recoleta querían trasladarse a otra parte con toda su comunidad esto enterneció al Barrio de San Sebastián y empezaron los mozos a deponer su fiereza y mucho mas cuando patente se vió en el cielo al tiempo de dicha procesión un arco iris blanco y una cruz de la misma especie que ni el mejor escultor hubiera labrado: y bastante misterioso y contemplativo.

También en este día como en los pasados relució el celo de los señores Capitanes de los Barrios quienes con grande sagacidad y prudencia fueron aquietando los ánimos turbulentos de los sublevados y proporcionándolos para las dichas pases, luego que los barrios convinieron a aquietarse y no pasar a mayores hostilidades, perdonaron públicamente a todos aquellos de quienes juzgaban haber recibido agravio, y con una pueril indecorosa ceremonia iban sacando en patrullas a muchos que habían retraído y los llevaron por los barrios a indultarlos como ellos decían, siendo esta la primera vez que pareció delito la fidelidad a su propio Monarca. (Anónimo, Diario de la segunda sublevación , 1765. Folio 11).

El ritual del perdón, el indulto, la fidelidad al Rey y a la iglesia católica fue un proceso público repitiendo una y otra vez que los motivos del levantamiento fueron en contra del mal gobierno. El espacio del arrepentimiento y el perdón es el espacio público de mayor jerarquía de la ciudad: la plaza mayor. La aparición del arco iris en medio de una procesión es un momento crucial en el que aflora el símbolo ancestral de la naturaleza, un vínculo que se funde con la fe católica, que al igual que la erupción volcánica del Cotopaxi, en los inicios de la conquista española, lleva consigo un presagio, advertencia o señal de cambio, reflexión, de un nuevo tiempo que se avecina.

El día siguiente 28 viernes se juntaron los Barrios en la Plaza Maior y en presencia de la Real Audiencia y del señor Obispo con uno y otro Cabildante asistiendo también algunos religiosos de todas las Comunidades volvieron a jurar nuevamente la fidelidad a su Magestad Catholica, si bien ellos protestaban públicamente que no había sido su ánimo alzarse contra Su Rey y la Justicia, sino solamente contra el mal Gobierno, y vengar la injuria que habían recibido de algunos particulares. (Anónimo, Diario de la segunda sublevación , 1765. Folio 10).

La declaración del mestizo difiere del testimonio del padre Recio. Según la declaración de los barrios se juntaron en la plaza Mayor con el obispo y algunos miembros del cabildo para exponer las razones del levantamiento y hacer justicia por las acciones cometidas en contra de los líderes apresados y de las medidas sociales que afectaba a la mayoría de la población.

El declarante cita “parecía que se había serenado la tormenta y empezaron a respirar los vecinos con algún sosiego” y “las apariencias eran de paz” porque quedó la sospecha de que los mestizos, denominado como “vulgo”, vuelvan a amenazar, robar en la calle, saquear casas y tiendas, en realidad el ambiente fue de tranquilidad relativa. La calle se convirtió en el espacio del peligro sobre todo en la noche pero al mismo tiempo, la noche, fue el tiempo y momento para circular por la calle, salir del refugio de los conventos y huir hacia otros destinos como Ibarra en donde encontrarían mayor seguridad. Para asegurar no ser identificados los españoles y gente perseguida por los mestizos salieron disfrazados de Quito. Este detalle es recurrente en la declaración: salieron vestidos de sacerdotes, monjas, mujeres, alguno dentro de un ataúd, otros acompañados por personas de los barrios. La salida de la ciudad tenía controles vigilados para capturar a los que tenían cargos en contra, nadie tenía la vida segura.

Los trofeos de la guerra fueron el aguardiente robado de los estancos, las armas, la pólvora confiscada del estanco y del palacio de la Audiencia, y el mayor tesoro: las piezas de la Caja Real que los mestizos custodiaban, como señala el declarante:

Aunque las apariencias eran de paz, no correspondían algunos hechos, porque algunos de estos barrios no quisieron restituir las piezas a la Caja Real y se mantenían haciendo centinelas sobre ellas y gastando la pólvora que habían sacado de Palacio y del Estanco en repetidas salvas en señal de su victoria (Anónimo, Diario de la segunda sublevación, 1765. Folio 10r).

Para contrarrestar la actitud de los barrios la iglesia reiteró el recurso de las procesiones nocturnas y sermones solemnes durante tres días en que todas las comunidades religiosas, conventos y monasterios, presidida por personas de autoridad salieron por la ciudad y los barrios con un despliegue

de imágenes y recursos de disuasión barroca: luz, canto, solemnidad para aplacar a la población poniendo en vigencia la necesidad de la fe y el restablecimiento del orden. La última condición de los barrios para deponer su protesta y poner fin a los insultos callejeros fue pedir la salida del Corregidor y cedieron en el pedido anterior de la salida de todos los europeos, inclusive los solteros.

El 4 de julio de 1765 se produjo otro acto simbólico que representa el cese de las agresiones cuando el barrio de San Sebastián hizo la entrega de las armas a la Real Audiencia con el cabildo de la ciudad acompañado de los demás barrios. Todos declararon sumisión al Rey y, a cambio, la promesa de indulto para los rebeldes:

se sometían enteramente a la justicia y suplicaron rendidamente que son su real autoridad impidiesen los señores la entrada de aguardiente de donde conocían haberse originado tantos desordenes. Así lo prometieron los señores y juntamente los concedieron indulto general de todas las pasadas sublevaciones, celebrese esta entrega de armas con algunos toros que trajeron a la Plaza Mayor esa misma tarde, y a la noche con luminarias y músicas por tres días sucesivos con el retrato de su Magestad y estandarte en su sitio con sus hachas de cera puesto en la ventana principal del Palacio de la Real Audiencia en la citada tarde ordenaron los 33 del Tribunal que los Barrios sean representados por solo sus Capitanes en Junta de los Diputados; como también la Ciudad y obedientes así lo iban ejecutando. (Anónimo, Diario de la segunda sublevación, 1765. Folio 10r).

Desde el 4 de julio en que se entregaron las armas y se realizaron algunas promesas siguieron hasta el 15 de julio demostraciones de fe con nuevas procesiones y sermones, un despliegue de exhibición barroca en un ritual de luz, color, fiesta y solemnidad. Lo mismo ocurrió en las plazas y calles y sobre todo en las que comunican entre las iglesias de mayor jerarquía, pertenecientes a las primeras comunidades que se asentaron en Quito y la iglesia de la Compañía de Jesús cuyos miembros cumplieron un papel protagónico en el proceso de apaciguamiento de los barrios; la descripción es elocuente:

Después que los Padres Dominicos acabaron de rodear con el Santo Rosario y sus sermones la Capilla Mayor del Sagrario, Barrios y Monasterios, el día jueves 11 del corriente hicieron una procesión de penitencia en que salió Nuestra Madre Santísima del Rosario, el Nombre de Dios, los dos Patriarcas San Vicente Ferrer y todos los Santos Patronos de los Barrios que lo fueron San Roque, San Sebastián, San Marcos, San Blas, Santa Bárbara y Santa Prisca. Le esperamos que su Divina Magestad dará firmeza a esta tranquilidad en que se halla actualmente por su infinita Misericordia y esta pobre ciudad afligida por todo este tiempo, con tantas y tan repetidas calamidades, a que no dudamos que conducía grandemente la misión que dieron principio en todos los Barrios el viernes 12 del presente mes los Padres de la Compañía. En San Roque los Padres Prior Joseph Milanecio y Viescas y en San Sebastián Joaquín Álvarez y Hospital. Por San Marcos que es en la Iglesia de Santa Catharina Los Padres Joseph Mañanes y otro extranjero. En San Blas los padres Hayllón y Coleti y en Santa Bárbara los padres Antonio Aguado y Joseph Pérez y dicen que mande acabar con una procesión de sangre de cada Barrio.

El día lunes 15 comenzaron una novena muy suntuosa y devota los Señores del Cabildo Eclesiástico a las nueve del día. Al Santísimo Sacramento, las dos imágenes de Guadalupe y el Quinche y el Patriarca Señor San Francisco que en procesión lo bajaron el domingo en la tarde de su iglesia a la Catedral el Corregidor de esta ciudad, Dr. Ángel, Dr. Joseph Izquierdo, el señor Pacheco y otros tres que se mantienen todavía en San Francisco (Anónimo, Diario de la segunda sublevación, 1765. Folio 11).

Producido de manera formal el fin del conflicto en julio de 1765 se dieron algunos cambios de autoridades ordenados desde Santa Fe, entre ellos el nombramiento del nuevo presidente de la Audiencia, Don José Diguja y el Corregidor. El 19 del mismo mes se envió una carta con el perdón general para todos los sublevados restableciendo el orden anterior al establecimiento de la aduana y el estanco; sin embargo, la quietud entre la gente de la ciudad no fue completa para los barrios de la protesta hasta el 22 julio de 1765 en que concluyó el relato de la declaración.

La toma de la ciudad, la persecución a españoles identificados como los causantes de las muertes en San Sebastián y en San Roque, el incendio del edificio de la aduana por parte de los mestizos, en contraste con el respeto por las imágenes en procesión muestra un profundo sentimiento de fe y religiosidad en la población en general.

La actuación de los mestizos en la toma de la ciudad revela el significado de los conventos: un espacio neutro, no obstante sus miembros tuvieron una actuación de doble cara: por una parte consintieron que estos espacios fueran el refugio de personas perseguidas por los mestizos: nobles, españoles perseguidos, autoridades; y por otra, fueron los religiosos de esos mismos conventos que salieron a contener a la población. Parecería contradictorio que los conventos no fueran atacados en el momento de mayor tensión, cuando la ciudad misma fue amenazada con el incendio, aunque el edificio de la aduana fue saqueado e incendiado. Una respuesta provisional pondría en claro a los actores que la población de Quito estuvo en contra, no de la iglesia sino del mal gobierno, aspecto que se declara al final por parte del testigo.

La “guerra de Quito” estuvo respaldada por un grupo de criollos y mestizos descontentos por el “mal gobierno”. Cada uno tiene su sitio en el espacio urbano: las autoridades de la Audiencia, quienes ante la amenaza y el levantamiento de los barrios abandonan el palacio de la Audiencia y se desplazan con los caudales de la Audiencia a los conventos y en particular al colegio de la Compañía de Jesús, y los criollos quienes se desplazan desde sus casas y haciendas hacia los barrios desde donde organizan y ejecutan el ataque utilizando a los mestizos, descontentos con el gobierno y las imposiciones fiscales de la corona española, como instrumento de choque en contra del gobierno de la Audiencia.

Durante la contienda afloran los objetos más preciados por la nobleza de entonces, formada por los españoles, las autoridades y personas acaudaladas e influyentes, personas públicas que ostentaban prestigio y poder: lo que no se vende ni se compra, lo que se guarda y conserva: el dinero y las joyas de la nobleza y del Rey.

(159) Noté muy especialmente el pavor, y desconsuelo, que causó la guerra a la gente más granada. Habiéndose retirado un señor oidor principal al monasterio de la Purísima Concepción, por ser allí su hermana abadesa, me quiso hablar para consolarse la oidora, y apenas me podría hablar de pena, y no admitía consuelo agravada de una suma tristeza, y pesar. Otro oidor se retiró a sagrado, temiendo el saqueo de su casa, que había fabricado de nuevo después del terremoto, pues los mestizos le tenían ojeriza para haber arbitrado el estanco de aguardiente para fabricar el nuevo magnífico palacio de la Audiencia.- Mas, a este señor le salvó ciertamente su piedad, que mostraba tener el via crucis hermosamente dibujado en sus antesalas, y con enviar por nuestro medio quinientos pesos, a un hospital de Alcalá. Era muy común el temor en todos los nobles, que tenían guardas en sus casas, y velaban continuamente. Tampoco basta para turbar la paz a los que tienen substancia en la tierra (Recio, 1947, pág. 535).

El encuentro de las partes contrincantes se dio en el espacio común, neutro de la iglesia según el padre Recio, según el declarante en la plaza mayor el arrepentimiento y la conciliación. La calle, la plaza y la quebrada fueron los espacios de confesión de moribundos y muerte, y al mismo tiempo de la vitalidad de la lucha desigual. Si bien la ciudad fue un espacio de contienda ante unas necesidades reales de orden económico, aspiración social e imposición política, la manera en que se dio la “guerra de Quito” tuvo elementos de una guerra ritual que reivindica viejas aspiraciones y promesas no cumplidas.

(160) Por otra parte observé, que la pobre gente andaba muy alegre, y era tal su desembarazo, y libertad, que de día claro andaban muy serenos, y traían con algaraza los cuadros de hermosas pinturas, los espejos, y otros muebles, de que habían despojado la casa de un caballero llamado Salas sólo por haber sido algún tiempo estanquero. Así hacían otras cosas, andando todos muy regocijados como en tiempo de feria, sin acordarse, que la risa se mezcla con el dolor. Así lo experimentaron después, cuando asomando los soldados, se turbaron y echaron mucho a huir, y a todos se les agrió el gozo, verificándose bien con el suceso lo de la Escritura Santa; *Extrema gaudii luctus occupat*¹⁵³.

(161) Observé, por fin, y conocieron todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, los males de la guerra, que por cierto es un mal trascendental, que comprende innumerables otros males: Inquietud, falta de comercio, desorden en todo, hambre, enfermedades y muertes. Así lo experimentaron en Quito, y por eso, ansiosos, deseaban la paz, que acarrea a los pueblos los imponderables bienes, que disfruta una pacífica república, como son la tranquilidad, el orden, la abundancia y sobre todo, la caridad, que es sufrida, benigna y paciente; y por eso el Santo Rey David, exaltando la paz y deseándola a todos la pone por corona de uno de sus salmos: Pax super Israel¹⁵⁴

La “guerra de los barrios” devela a Quito como una ciudad del siglo XVIII dinámica, vital en donde se producen circuitos de comunicación, alianzas y oposiciones, protesta y llamado a la cordura y a la paz. Un espacio en el que es posible poner “el mundo al revés” aunque fuera por un momento, esta concepción antigua cobra vigencia en momento de mayor intensidad de la guerra, el momento en que la ganancia va a favor del grupo desfavorecido por el poder político, emerge con una expresión colectiva de carácter ritual, también antiguo que es la toma de la plaza.

La toma de la plaza

¿Qué es la “toma de la plaza”? ¿Quiénes son los actores sociales? ¿Cómo se produce la apropiación del espacio público? ¿Cuál es el espacio físico de referencia? ¿Cómo se produce la coincidencia de fenómenos naturales con la crisis social?

La “toma de la plaza”, en una relectura de los símbolos vigentes, en 1765 es la apropiación del espacio público de carácter político más importante de la ciudad: la plaza mayor; desde allí parte de manera jerárquica y espacial la distribución de solares para vecinos: los más acaudalados y autoridades y edificios de la Audiencia en las manzanas que rodean la plaza y los de menor prestigio social, riqueza y condición étnica en la periferia de la misma.

153 El final del gozo es el dolor. Proverbios 14,13

154 La paz de Dios estará sobre Israel. Salmo 124, 5

La “toma de la plaza” se convirtió con el tiempo en un acto ritual colectivo y festivo que se realiza de manera cíclica en el “Inti raymi” o fiesta del sol cada 20 o 21 del mes de junio; el lugar de encuentro es la plaza, un espacio de reconocimiento y compromiso colectivo. Es una fiesta significativa; en algunas haciendas se celebra con la toma del patio de la hacienda que a menudo tiene las dimensiones de una plaza urbana. En ciudades menores la toma de la plaza viene a ser la “toma de la ciudad” ya que toda ella se encuentra involucrada en la fiesta. Los sacerdotes son las personas que financian la fiesta, ahorran un año para la siguiente fiesta, se nombran autoridades y junto a ellos los personajes del pueblo, los payasos y el diablo que no pueden faltar.

Para Martín Minchón la cronología de levantamientos urbanos “reflejan íntimamente los ritmos del campo” lo que sugiere la estrecha relación entre campo y ciudad y que en ésta última se reflejaron los problemas y dinámica rural ya que luego de un periodo de escasez de alimentos y sequía prolongada, poca cosecha y por lo tanto poco circulante en los mercados, siguieron epidemias y levantamientos urbanos (Minchón, 2007, pág. 229). También se podría afirmar que la ciudad estuvo dentro de sus límites a una parte del campo, a más de las huertas y corrales al interior de las mismas; la ciudad funcionó en medio de puentes sobre quebradas, un panorama rural inmediato a la ciudad y visible desde ésta, unos recorridos de la gente en contacto con lo natural, el paisaje y lo rural.

La guerra de guambras

Las rebeliones urbanas como la de Quito de 1765 trascendieron los límites de la audiencia por su fuerza, audacia y por los logros obtenidos en un esfuerzo colectivo que juntó los intereses de varios grupos sociales de la Audiencia. Las demandas colectivas tuvieron que ser entendidas y aceptadas por las autoridades de la Audiencia de Quito y para varios historiadores la “guerra de Quito” dejó evidente la necesidad de un cambio político con los criollos en el poder.

Luego de la independencia quedó en la memoria de los quiteños la energía, bravura y disposición para la batalla de la gente de los barrios de San Roque, San Blas y San Sebastián que midieron fuerzas con

otros barrios de las parroquias eclesiásticas urbanas de Quito. Sobre el origen, Luciano Andrade Marín (1893 - 1972) obtuvo testimonios de personas nacidas en 1824 que pelearon en las guerras rituales, lo que sugiere que éstas se efectuaban hacia 1840 en los inicios de la República durante el periodo garciano para evocar y poner en vigencia las victorias y bravura de los barrios en las guerras de independencia.

El mismo autor reseña en uno de los artículos de prensa titulado “El Panecillo de los guambras” (Andrade Marín, El Panecillo de los guambras, 1964) los enfrentamientos urbanos como una festividad ritual y simbólica. El lugar en donde se originó la “guerra” fue en el Panecillo que lo define de manera particular:

Sea como fuese, este nombre español de Panecillo es una denominación diminutiva, simpática que apela muy bien al aspecto de juguete geológico y al uso, como tal juguete, mejor dicho como jugadero público, le dieron siempre los “chiquillos” de la ciudad, que en lenguaje de jerga quiteña llamamos “guambras”.

El otro tiempo en que el Panecillo se volvía una fantasía de movimientos y de voceros de muchachos era cuando empezaban las famosas “guerras de guambras” en Quito ¿quién y cómo provocaban aquellas guerras? Nadie lo sabe. Sin embargo, las mujeres quiteñas solían decir siempre: “ya están los guambras en guerra; ya va a haber revolución”. Empezaba, pues por allí en un barrio más belicoso, generalmente en San Roque o el de San Juan, con los primeros silbos de ataque y provocación. La silbatina con una celeridad de trueno se propagaba de un barrio a otro, ensordeciendo el ámbito de la ciudad, y la guambtería quiteña empezaba a brotar como hormigas de todas las casas, a llenar calles y plazas portando consigo banderines de guerra al uso antiguo en cada compañía, tambores, bolsas con piedras, huaracas, pitos, espadas y rifles de palo y hasta cañoncitos de casquillos usados. A poco, ya se veía en las alturas de San Juan, El Placer, La Chilena y la cantera de San Roque, inmensos y vistosos ejércitos de guambras que hacían flamear centenares de banderines tricolores. La gritería y la silbatina atronaban el espacio. Generalmente las primeras batallas se daban entre los bravos



*Gráfico 100. El Panecillo. Escenario de la guerra de guambras
Fuente: Archivo del Ministerio de Cultura.*

sanroqueños y los de La Chilena, San Juan y El Cebollar (Andrade Marín, El Panecillo de los guambras, 1964, pág. 183).

La descripción de Andrade se sitúa entre el siglo XIX y comienzos del siglo XX cuando el número de parroquias eclesiásticas se había incrementado pero la dimensión de la ciudad de Quito estaba contenida en el espacio fundacional. La guerra

involucraba a barrios de que se aliaban para medir fuerzas con otros, sus integrantes eran hombres jóvenes. La mayor parte de barrios participaba en la guerra ritual que no estuvo exenta de violencia, ésta tomaba varios días, de uno a tres; la guerra tenía por objeto la “toma” del Panecillo:

los barrios de la Cruz de Piedra, San Sebastián y La Recoleta atrincherados en la fortaleza

de la ciudad. Entonces el Panecillo volvía a parecer que se movía con el hormiguero de guambras, miles y miles congregados allí para la batalla decisiva lanzando gritos y silbos que se oían en todo el pequeño Quito de entonces. Las batallas duraban uno, dos y hasta tres días, y solo la derrota de uno de los bandos ponía fin a este furor bélico, que también terminaba con tremendas cuerizas¹⁵⁵ de los padres de familia de los guambras en las casas respectivas (Andrade Marín, *El Panecillo de los guambras*, 1964, pág. 184).

De esta participación colectiva y simbólica se desprenden varios aspectos que intervinieron en los levantamientos coloniales: el sonido de tambores, pirotecnia, gritos y música. Los contrincantes estuvieron provistos sobre todo de piedras, una guerra entre iguales que se desplazó de la “toma de la plaza” a la “toma del Panecillo”, un espacio público y mirador del panorama de la ciudad. En este sentido, la confrontación retoma la singularidad del territorio, el lugar intrincado y complejo del espacio fundacional, lo alto y lo bajo vuelve a cobrar vigencia siglos más tarde (*Gráfico 100*).

Epílogo del capítulo III

El terremoto y la erupción son fenómenos que suceden en algún momento, pueden predecirse pero no se conoce el momento que se activan, por esto siguen siendo eventos; por esta razón la población se refugia en la fe en un dios o en los dioses y santos que han sido los interlocutores con lo divino para que la tierra deje de temblar, para que el día y la noche vuelvan a su ciclo natural.

El Quito telúrico cuyo contexto fue prefigurado en el primer capítulo devela que los vínculos entre los eventos de la naturaleza y su memoria vienen a ser permanencias de la historia de la ciudad y de la vida urbana. Los esfuerzos por dominar la naturaleza mediante la tecnología logra superar las dificultades de movilidad, acceso a servicios y confort que hace olvidar por un momento su existencia. No obstante el mantenimiento permanente de alcantarillas, la difusión sobre el deber ciudadano de no botar basura en estos lugares trae a la memoria su presencia. El relleno representa circulación libre

pero no la unión e identidad de la población de uno y otro lado de la quebrada por pertenecer a grupos sociales diferenciados, tener una historia diferente y referentes colectivos también distintos expresados en el territorio.

Las connotaciones negativas frente a la quebrada ganaron terreno con el tiempo hasta desaparecerla en términos físicos no así los sismos y erupciones que en la actualidad la ciencia ha logrado explicar su origen y mapear los puntos vulnerables sin llegar a predecir con precisión el momento del evento, de allí su denominación.

El terremoto y la erupción saca del contexto cotidiano a la sociedad, cuando lo alto y lo bajo de la tierra se activan con una energía superior a la humana que emerge y provoca la desesperación ante lo inexplicable, sale a flote la noción de “perder el lugar” o “no tener un lugar” en el cual se asienta la vida. Este estado, según Casey crea un vacío y una crisis emocional ante la pérdida total. Ante la pérdida la gente busca la solidaridad, la ayuda, el apoyo en un espacio físico que recibe y acoge, ese espacio fue desde la fundación de la ciudad la plaza y la calle que se volvieron espacios de acogida, en particular la plaza y el atrio de la Catedral con la Virgen en lo alto iluminada en la noche y la voz del sacerdote pidiendo al cielo el perdón por los pecados terrenales (Casey, 2009, pág. xii).

De este modo la calle y la plaza se transforman en lo que se denominarán los espacios esenciales sin los cuales la experiencia colectiva de una ciudad es incompleta por la falta de identidad, son los espacios a los que se acude cuando parece que todo está perdido.

Por otro lado, los desastres naturales debidos a erupciones, terremotos y pestes fueron, en la época colonial y en parte de la República, la preocupación permanente de una población que no entendía plenamente la razón de tales males. Consecuentemente, se dio en la gente un lógico aferramiento en la fe y en la religión para enfrentar su impotencia ante estos fenómenos inexplicables. De allí que la iglesia salió fortalecida luego de la ocurrencia de estos fenómenos; pero también la narración histórica se vio complementada y enriquecida con importantes descripciones que permiten entender que para algunos grupos sociales

¹⁵⁵ Castigo físico.

o personas es la oportunidad para sacar provecho a río revuelto, sobre todo en el campo político y de control social.

De lo expuesto se deduce que los siglos XVIII y XIX fueron activos por la cantidad e intensidad de los eventos conocidos, lo que permite comprender la preocupación de la población, la creciente devoción religiosa hacia la Virgen de La Merced, protectora de la ciudad. Esta actitud intuitiva y espontánea de una sociedad es acompañada por una actitud vigilante del espacio público, de la calle y la plaza y permite inferir que la emergencia no siempre estuvo relacionada con la actividad en el espacio público, una plaza llena de gente sino también con el espacio vacío. Con el terremoto, la población busca refugio en el espacio público porque su espacio privado se ha visto vulnerado mientras que con la erupción la gente se refugia en el espacio privado pero se mantiene vigilante del espacio público que permanece vacío de personas pero lleno de evidencias: la ceniza, piedras o el agua de la lluvia que lo limpia todo. La vigilancia colectiva del espacio público es condición suficiente para considerar a las plazas del núcleo fundacional de Quito como espacios ciudadanos.

En contraste con el dramatismo de los fenómenos telúricos, en tiempos de tranquilidad el lugar de Quito muestra una faceta diferente derivada de la topografía irregular y la proporción de las lomas que permiten la observación de panoramas que permiten a cada uno describir su historia sobre ella, no es la historia oficial sino la historia cotidiana y vivencial. Las laderas de los montes son miradores naturales que podrían llegar a ser santuarios en donde el panorama, el cielo y los efectos naturales del rayo, el arco iris o las nubes tienen su estética propia que llega a la sensibilidad del observador.

En este sentido, el “mirador de los pobres” propone una relación de espejo con la ciudad y desde la ciudad hacia la ladera. La imagen de la ciudad construida permite evocar el espacio del nosotros y al mismo tiempo reconocer un orden que es ajeno, el de los otros, una mirada también en espejo que funde el pasado y el presente.

El espacio urbano de los tres Quitos en temporalidades diferentes delineados en esta tesis han permitido encontrar ciudades distintas,

personajes diferentes y maneras de ver la ciudad en el crisol del tiempo: complementarias en el día y la noche; en el centro y en la periferia; desde lo alto y a ras del suelo; en la furia de la naturaleza y en la quietud de un día de sol y luz ecuatorial; en la intensidad de la sublevación de los mestizos y la quietud del atrio del barrio popular de San Juan en donde De Avendaño se sentó a meditar por un largo momento. En la suciedad de las calles de San Blas y las señoras elegantes en La Alameda quienes con seguridad debieron pasar por San Blas. Al mismo tiempo, las tres Quitos se entretajan y el relato del paseo de viajero del siglo XIX hacia Guápulo, pasando por La Alameda es el mismo del camino Real colonial y el Capac-Ñan inca.

En la “guerra de Quito” no se menciona la estructura de las siete parroquias que existieron en el siglo XVIII dispuestas de manera simétrica alrededor de la parroquia de El Sagrario que está situada en la mitad. Las seis restantes se localizaron de manera simétrica: tres al Sur (Anan) y tres al Norte (Urin), lo que recuerda la reflexión de Salcedo sobre el número siete en las fundaciones españolas en América; en el caso de Quito las siete parroquias se encuentran al finalizar el ciclo colonial, un número de connotación particular que se ve expresado en la ciudad.

La disposición de las siete parroquias en el modo que se encuentran en el espacio urbano de Quito se puede interpretar como una localización estratégica de sectores que protegen y rodean al núcleo más importante de la ciudad que es la parroquia de El Sagrario. Es interesante notar en el Padre Cicala cómo las describe en términos espaciales: unas están ubicadas “detrás” de las otras. Sin embargo, la guerra de Quito menciona solo a tres parroquias, las más antiguas de Quito, creadas en el siglo XVI y en donde se encontraba la memoria de espacios preexistentes.

En las tres Quitos se ha podido constatar que el reconocimiento del espacio público por su vitalidad y vivencia no es generalizado para todas las calles y todas las plazas sino para un grupo de ellos. En ese caso estamos hablando de espacios ciudadanos que se construyen en el tiempo y tienen atributos propios. En este contexto, la plaza mayor de Quito es el espacio político y el espacio del poder en donde se miden fuerzas de los diferentes grupos sociales

o grupos de poder. La plaza de San Francisco ha sido concebida como la plaza del pueblo a partir del mercado, la relación de la iglesia de San Francisco con los grupos indígenas y mestizos de San Roque, las fiestas religiosas en las que participa activamente la gente de las cofradías en las fiestas del patrono y santos de esta iglesia. La iglesia y la plaza de Santo Domingo se identifican en este relato con el barrio de San Sebastián, la devoción a la Virgen del Rosario, San Judas Tadeo, San Martín de Porres que fueron y siguen acumulando devotos en la historia hasta el siglo XIX.

La información de la declaración del mestizo permitió interpretar en el espacio urbano cómo se dio la toma de la plaza mayor, la jerarquía de las plazas y “placetas” de los barrios, el uso de las calles, las quebradas.

Los textos de Recio y la declaración del mestizo permiten visualizar la transformación de la ciudad con otros significados e intereses políticos de una clase social que más tarde emergerá; el relato alterna entre la procesión, la liturgia y termina con el suceso del arco iris en el cielo, éste apela a la memoria ancestral del poder de lo divino visible en el mundo de la vida; una guerra que tiene detrás un componente ritual ancestral. La memoria de la guerra trascendió en la historia de Quito con la “guerra de guambas”, una expresión popular y de grupos juveniles en la forma de guerra ritual para medir sus fuerzas y valentía.

Los relatos presentados dan cuenta que las plazas más importantes son siempre las tres que nacieron con la fundación colonial, un grupo que funciona como sistema, junto con los conventos e iglesias que ocupan cada uno de los frentes de estas plazas: la plaza Mayor, San Francisco y Santo Domingo. A este grupo se asocian las tres iglesias parroquiales, las más antiguas, denominadas “plazuelas”; según la cartografía las plazuelas no tienen un trazo regular, ni protagonismo espacial en relación con las plazas principales; están ubicadas frente a la iglesia parroquial o forman un ángulo. Las iglesias parroquiales, cada una con su plaza, representan el espacio de comunicación cotidiana, circulación, mercado, contemplación y en donde se fortalecen los lazos de reciprocidad e identidad del barrio.

El Quito insurgente pone en evidencia que las calles tienen un mismo ancho pero unas son más importantes que otras y unas calles tienen mayor protagonismo que otras en la vida cotidiana. Los testimonios escritos por parte del padre Bernardo Recio y un declarante anónimo interrogado luego de la guerra muestran lecturas diferentes sobre la rebelión: el testimonio del padre Recio pone de relieve la participación de la iglesia y en particular el rol de los jesuitas en la pacificación de los barrios, mientras que en la declaración del mestizo resaltan otros detalles que no son contados por Recio como el encarcelamiento y castigos de algunos mestizos en las calles y plazas, y las condiciones que plantearon los mestizos para deponer la guerra.

Las plazas y las calles tienen límites físicos y límites virtuales, la plaza Mayor ha sido espacio de guerra y espacio de paz. El ingreso a los barrios por parte de las rondas permite reconocer recorridos por las calles con límites inmateriales de acercamiento a los barrios, un punto invisible al que la ronda y los religiosos pudieron acceder sin ser agredidos con piedras o con el ataque de la multitud, o visto desde el otro lado, un punto a partir del cual los barrios sintieron la intrusión del enemigo que es posible graficar en el espacio público.

En la guerra de Quito las iglesias, conventos y el palacio de la Audiencia en donde se guardan los caudales de la caja real de la Audiencia, que fueron custodiados como un tesoro sagrado. Los edificios religiosos adquieren una jerarquía diferenciada: el primero, el colegio de la Compañía De Jesús cumplió un rol importante en la custodia de la caja real, y sus miembros fueron los intermediarios con los rebeldes; los jesuitas fueron reconocidos por su capacidad de disuadir y mediante el poder de la palabra lograr el acercamiento a la gente enardecida, mientras tanto la nobleza aguardaba por los resultados de los hechos diarios en el colegio jesuíta.

El segundo edificio mencionado fue el de la iglesia de Santo Domingo y la plaza en su vínculo con San Sebastián, con las procesiones de la Virgen del Rosario y otros santos de devoción popular. La aparición del arco iris y la cruz en el cielo se produjo en una procesión de los dominicos, momento en el que emerge la ritualidad católica y pagana que conmueve a religiosos y rebeldes como un indicador

de que el momento de la paz ha llegado. Otro episodio que pone a Santo Domingo como una comunidad cercana a San Sebastián es la custodia de dos cadáveres de San Sebastián en la iglesia como prueba de la violencia aplicada por algunos hombres públicos y autoridades de Quito y luego su enterramiento en el cementerio de la comunidad.

La plaza de San Francisco tiene el antecedente de haber sido el mercado de la ciudad, y la iglesia un espacio de formación de indígenas de la nobleza incaica en las artes cuyos productos fueron altamente reconocidos; varios de ellos vivieron en San Roque. De este modo, la iglesia y la plaza se vinculan al poder local y al barrio de San Roque. El lugar de ataque a la comitiva de jesuitas fue el atrio de la iglesia, en donde fueron heridos algunos rebeldes y, la esquina entre la plaza y la calle que asciende hacia el barrio de San Roque, el límite invisible de acceso del enemigo.

Tanto la Compañía de Jesús como el Monasterio de La Concepción, este último ubicado en la esquina noroeste de la plaza Mayor, fueron el refugio de la nobleza quiteña por estar involucrados en las muertes de mestizos, también fueron los lugares en que se depositaron los bienes más preciados de las familias importantes de Quito; todo esto ante las amenazas de los mestizos: el incendio de la ciudad, la llegada de los indios de las cinco leguas, como los más relevantes.

Los espacios descritos en la “guerra de Quito” deja de lado a otras plazas y calles de la ciudad del siglo XVIII, lo que permite inferir que el espacio ciudadano es una selección de las plazas y calles existentes en un momento de la historia cuya significación se configura en el tiempo, está fuertemente relacionado con la cultura, con los hechos sucedidos en esos espacios y con la superposición de elementos simbólicos en donde la geografía, el paisaje y la geología cumplen un rol decisivo, un carácter simbólico que está más allá de los aspectos de productividad y aprovechamiento de recursos naturales o cultivados para la supervivencia de los seres humanos que la habitan.

La historia del parque La Alameda da a entender que el espacio público no es estático, éste puede nacer como espacio público de uso restringido para un grupo social y con el tiempo puede transformarse

en espacio público y espacio ciudadano. El espacio público no siempre tiene actividad e intensidad de uso, también puede ser vacío sin perder su condición pública porque sigue siendo el centro de atención de la población urbana como cuando sucede una erupción volcánica.

El análisis de La Alameda de Quito permite afirmar también que los espacios privados pueden convertirse en espacios públicos y luego en espacios ciudadanos; en este caso el espacio físico estuvo en disputa y fue apetecido por nobles, mestizos e indios por estar en el ingreso de la ciudad. La salida acertada del cabildo fue declararlo “potrero del Rey”, es decir, espacio físico cuyo uso es exclusivo sin posibilidad de negociación; al ser el Rey representante de Dios, cabe pensar que este espacio se convirtió en un espacio sagrado. La pintura de Miguel de Santiago tiende a esta interpretación.

El parque tiene una historia con episodios entrecortados durante la colonia hasta que en la República, siglo XIX, se estableció sin abandonar la idea inicial de formar una alameda, cuya connotación fue el de un espacio público para paseo de los vecinos, es decir un grupo social formado principalmente por la élite social de la ciudad. El proceso de construcción de este espacio público se debió a la constancia de las autoridades del cabildo quiteño que lo segregó para este fin, para esto se mantuvo como predio sin construir durante la colonia y luego lo convirtió en parque público en el siglo XIX siguiendo la forma de los parques europeos vistos y contados por algunos quiteños ilustrados que tuvieron la oportunidad de conocer jardines botánicos y parques públicos sobre todo en Francia. La implantación del observatorio astronómico dio estabilidad al parque.

El observatorio, más allá de ser un centro de estudios científicos de astronomía fue un símbolo de la ciencia y del territorio en donde se encuentra la latitud 0° que La Condamine siempre denominó “Ecuador”. La visita de la segunda Misión Geodésica Francesa en 1900 realizó ajustes a los estudios de la primera misión y ratificó el atractivo del país Ecuador como espacio y como territorio en el que suceden fenómenos naturales únicos por su localización de privilegio y una geografía particular que llamó la atención de científicos europeos. La segunda misión hizo un reconocimiento del

lugar que corresponde a la latitud 0° y colocó un monumento en las cercanías del pueblo de San Antonio de Pichincha que en la segunda mitad del siglo XX se convirtió en el lugar turístico más visitado en Ecuador, independientemente de la calidad y condiciones de acogida para el turista.

Con el retiro de las rejas y la apertura del parque a toda la población, la élite social que lo gestó perdió el interés por este espacio de modo paulatino para cederlo o permitir la apropiación por parte de un grupo social mayor y diferenciado. En otras palabras, un espacio público de uso limitado a un grupo social pero de reconocimiento colectivo puede transformarse en espacio ciudadano cuando el grupo social pierde interés por un espacio público que lo gestó. Habría que preguntar en este caso cuál fue el motivo por el cual perdió vigencia este espacio para el grupo social que por siglos lo atesoró para su usufructo. Una respuesta provisional podría ser el agotamiento de la ilustración como modo de ser y el advenimiento de un modo de vida moderno. El momento de corte se sitúa a 1933.

La relación entre la batalla de Añaquito y La Alameda en el plano de 1748 vale contextualizarla en el territorio pues se entendió como “ejido del Norte” a la planicie destinada a pastoreo durante la colonia, al momento en que el cabildo separa una porción del ejido para construir una Alameda se trata de un espacio inmediato a la ciudad que era requerido por los indios en el siglo XVI, entre las colinas de Itchimbia y San Juan, en un estrechamiento que forma un triángulo. Éste tiene una cota mayor a la del ejido propiamente dicho.

En el siglo XX en que se puede deducir las cotas del ejido, éste tiene diferencias en sus extremos Norte y Sur. En el sur tiene una colina en donde se desarrolla el parque de La Alameda. Hacia el Norte de La Alameda se encuentra la planicie del ejido Colonial y es allí, en un espacio residual del antiguo ejido que se configura el parque de El Ejido con motivo del centenario de la independencia. El usuario que frecuentó a este parque fue la gente común y el uso frecuente fue el de juegos populares: juego de pelota nacional, “cocos”, paseo familiar. Las fotografías de 1922 y el plano del mismo año representan este espacio. La historia de El Ejido como se mencionó anteriormente está relacionada con la memoria de la muerte del Virrey del Perú

Blasco Núñez de Vela en la batalla de Añaquito en 1546, años más tarde la inmolación del presidente Eloy Alfaro y sus colaboradores cercanos en 1912.

Conclusiones

Mediante la profundización y ampliación de un estudio previo sobre el espacio prehispánico de Quito, esta tesis avanza un paso más en el conocimiento de la estructuración del espacio prehispánico en el que se identifica el “espacio del nosotros” como una práctica compartida del espacio comunitario; luego examina las circunstancias y condiciones que configuran el espacio urbano colonial en donde aparece la noción de espacio público y la transformación de éste en espacio ciudadano en el siglo XX.

Este largo proceso es analizado mediante tres cortes temporales, identificados en momentos de crisis política, para encontrar los aspectos que motivaron las continuidades y transformaciones visibles en las huellas del espacio público, un tema poco estudiado en las ciudades ecuatorianas. En este contexto las condiciones que se producen en los momentos de turbulencia social llegan a un proceso que por lo general es cíclico, termina en una negociación en la que tradición y la innovación son parte de una misma moneda, con transformaciones visibles en el espacio público de Quito: un mismo espacio puede mantener su forma, vitalidad y significado durante un periodo determinado para luego declinar, o un espacio público puede mantener de su vitalidad y significado enriquecido en el tiempo con una forma física similar o diferente a la que le dio origen. En el segundo caso se está hablando de un espacio ciudadano.

Permanencias y dualidades

Esta tesis se confirma la superposición de las distintas lógicas en la disposición del espacio urbano y una relación estrecha y reiterada con la geografía de Quito, en donde las condiciones naturales de la meseta de Quito y las preexistencias culturales inciden en la localización y uso del espacio público; las huellas de las preexistencias en unos casos desaparecen y en otros emergen en el espacio ciudadano.

La geografía de Quito, irregular, quebrada y difícil pero al mismo tiempo generosa en su fertilidad, clima y espacio protegido, demuestra que los valores ambientales, geográficos y geológicos son mas bien positivos, por ello de manera intuitiva sus antiguos habitantes lo eligieron y reconocieron no solo para establecerse sino para dotarle de significados y

convertirlo en un territorio de alto valor simbólico, es decir en un “lugar” ubicado en la línea ecuatorial en donde suceden fenómenos duales que inciden en la disposición del espacio urbano.

Por una parte la dualidad en el espacio urbano es la síntesis de otras dualidades presentes tanto en la bóveda celeste como en el suelo: Desde Quito se miran las constelaciones de los dos hemisferios al mismo tiempo; el día de la fundación efectiva de Quito, el 6 de diciembre de 1534, fue particular pues las estrellas más brillantes en el firmamento correspondieron a dos parejas de estrellas, Marte y Venus (guerra y paz); Urano y Saturno (la tradición y la innovación), planetas con signos opuestos entre sí y complementarios al mismo tiempo, una a cada lado de Orión que es la constelación que rige la franja ecuatorial. Esta imagen de gran valor simbólico se suma a las dualidades encontradas en el suelo.

La localización de la ciudad sobre el eje equinoccial hace que los días y las noches sean iguales durante todo el año con dos estaciones marcadas: invierno y verano como lo observaron los primeros cronistas coloniales; y al mismo tiempo, en cada estación pueden presentarse las cuatro estaciones en un día como lo describió Avendaño en el siglo XIX quien prefirió salir a dar su paseo diario por la mañana. Esta apreciación no ha cambiado y se expresa en la intensidad de la actividad matutina. Esta localización hace posible que en los equinoccios se produzca el efecto denominado “sombra cero” al medio día, es decir, presencia de luz y ausencia de sombra al mismo tiempo.

La orientación de la ciudad, con 30° de desviación al Este, determinada por la dirección del volcán Pichincha y las montañas menores, y en combinación con la temperatura fría de altura, dan lugar a efectos de luz y sombra, luz y temperatura particulares. La combinación de luz y sombra en algunas calles hacen que en un lado haga sol y calor y en la vereda del frente sombra y frío como acertadamente lo observó el padre Mario Cicala en el siglo XVIII.

La luz del sol se asocia intuitivamente con el calor y la sombra con el frío o lugar fresco como en casi todas partes pero el sol de Quito es de altura: vertical, intenso, hiriente; la sombra se acompaña de un viento de páramo y frío. En días soleados

la gente tiene el referente del sol y la sombra para caminar al medio día que es el momento de mayor insolación en todo el año, un atributo ambiental incide en la manera de usar el espacio público; es cambiante en el día y permanente en el año, por lo tanto hay que convivir con estas condiciones y desarrollar una experiencia en su manejo.

En una geografía compleja las culturas prehispánicas identificaron elementos estructuradores que sirvieron de referencia para la conversión de asentamientos de señoríos en “villa” y luego en ciudad. En este contexto el lugar de Quito no fue escogido al azar, el territorio tiene atributos que lo definen como un lugar estratégico, ya mencionado por cronistas y militares de la colonia; espacio agrícola fértil como lo demuestra la agricultura prehispánica de los camellones. Está vinculado con brechas naturales que lo convierten en un cruce de caminos. La presencia de montañas mayores y montañas menores y pequeños valles localizados a diferente altura y con atributos de clima, fertilidad, visibilidad y resguardo, dio lugar a la estructuración de una ciudad en función de la paz y la guerra, dualidades que hasta hoy se perciben en el territorio y la ciudad.

Esto explica por qué el espacio encerrado en una hondonada protegida en donde se realizaba la feria del mercado prehispánico, un espacio de paz y celebración, se convirtió en un “espacio del deseo” para incas y españoles interesados en fundar allí un centro de operaciones, ya sea un centro de poder o una villa. Mediante una disputa y una negociación intensa se fundó la villa que años más tarde se consolidó como un punto estratégico del que salieron varias expediciones para el descubrimiento de territorios y fundación de ciudades. Vale añadir que a más de centro de operaciones la traza de Quito fue para su fundador y otros conquistadores un modelo de ciudad y referencia para otras ciudades en los Andes septentrionales. Este es un caso en el que las circunstancias y condiciones que producen transformaciones físicas y de significación están relacionadas con las dualidades geográficas.

El volcán Pichincha se destaca como el hito natural de mayor relevancia, en la categoría de monte tutelar de Quito. Algunas lomas menores son elementos estructuradores del territorio en dualidades: el principal es el Panecillo (Ñahui, término polisémico

que significa rostro, ojo) en la meseta y el volcán Ilaló (asociado al rayo) en el valle adyacente. Los hitos naturales por la posición que ocupan dan lugar a condiciones de producción agrícola, clima y viento diferenciadas en uno y otro lado del monte pero al mismo tiempo estos atributos han incidido también en el tipo de población de cada sector, en la movilidad de las personas y la dirección predominante del transporte público, con huellas que son visibles en el espacio público del presente: el Norte es el de la ciudad internacional; en tanto que el Sur es popular; la gente del Sur trabaja por lo general en el Norte, mientras que la gente del Norte se queda en su propio sector. Esta condición social ha generado una dirección predominante de circulación en sentido Sur-Norte y viceversa por el espacio público que está condicionado por la topografía. Este atributo del territorio ha sido ya mencionado por los técnicos y medios de comunicación. Lo que interesa identificar es que en la historia de la meseta de Quito el valor simbólico de la tierra cambió por el valor económico; en el siglo XIX el sur se cotizó con mejor valor económico que el Norte, en el siglo XX sucedió lo contrario. El espacio fundacional, conocido hoy como centro histórico y patrimonio mundial incrementó con el tiempo su valor simbólico, el histórico, pero no el económico.

Esta conclusión permite afirmar que el espacio público no es estático, por el contrario, su significación y valoración física es cambiante en el tiempo, sin embargo el valor económico y el valor simbólico cambian de manera independiente. El valor simbólico está relacionado con las permanencias en tanto que el económico tiende a variar con la innovación.

Entre la valoración simbólica y económica, entra la valoración social. En el caso de Quito, es conocido que la élite social inca se asentó en lo que hoy corresponde a la parroquia de San Roque. La parroquia de El Sagrario concentró a la élite social colonial. El sector de La Alameda y El Ejido fueron preferidos por la burguesía del siglo XX. Cabe preguntar si el espacio público también se movió. Al respecto vale decir que la movilidad de la élite social fue siempre en dirección Norte pero el núcleo fundacional de la parroquia de El Sagrario se mantuvo como espacio comercial, financiero y de servicios públicos. Este reconocimiento lo perfila como espacio ciudadano.

La función que se desplazó hacia el Norte fue el de la vivienda y con ello el empobrecimiento del núcleo fundacional. Esto no representó su desvalorización simbólica. Por una parte, San Roque fue siempre una parroquia con características de gran cohesión social, un barrio rebelde, popular, ubicado en lo alto del cerro, en donde hoy se encuentra un mercado que no es el mercado mayorista municipal pero cumple este rol por el volumen de productos que reparte a todas las ferias de Quito y sus alrededores pero sobre todo por su ubicación estratégica que revela un conocimiento profundo de la estructura del territorio; una permanencia y evocación del mercado prehispánico en un espacio físico cargado de simbolismo desde ese entonces. El núcleo fundacional si bien expulsa población pobre y funciones tradicionales pretende convertirse en un espacio para el turismo internacional, un espacio de cultura y memoria para el turista cuando en realidad lo es para el ecuatoriano. No obstante las tres plazas de la fundación se mantienen por lo pronto como espacios simbólicos¹⁵⁶. Este es un caso en que las preexistencias culturales se expresan en el espacio público y en el espacio ciudadano al mismo tiempo.

El Volcán Pichincha con sus dos cráteres: el rucu (viejo), y el guagua (joven), es un hito natural de identificación, orientación y memoria de la ciudad, no se entiende Quito sin el volcán, éste aporta a la identidad de la meseta y al lugar de Quito. Un volcán que inspira respeto, pero también admiración del ciudadano común y el científico: una tormenta de truenos en el Pichincha no puede ser más estremecedora, así como el miedo que produce la erupción volcánica al mover el suelo y oscurecer el cielo. El silencio de la comisión encargada por el cabildo en 1660 para dar a conocer a los vecinos la verdad de lo que sucedía en el cráter es un testimonio de la superioridad de la naturaleza. Sin embargo esta apreciación cambia en el siglo XVIII y XIX con los científicos europeos quienes investigaron y explicaron desde su racionalidad el volcán y su geología. Los relatos de García Moreno denotan su valentía al bajar al cráter para describirlo y contarle a su amigo William Jamesson en un gesto de dominio de la naturaleza.

En la actualidad la ciencia ha logrado explicar su origen y mapear los puntos vulnerables pero

¹⁵⁶ El proyecto de construcción de una estación de metro despertó el interés y preocupación de la población, conocedores y estudiosos de la cultura y el patrimonio. Por el momento este proyecto está suspendido.

no puede predecir con precisión el momento del evento, de allí su denominación de “evento”. La vitalidad geológica del volcán Pichincha se expresa en la ciudad y sobre todo en los espacios públicos de plazas y calles que fueron el espacio de observación, circulación y resguardo durante el terremoto; en las circunstancias del terremoto las plazas y calles se convierten en espacios públicos activos. Por el contrario, la erupción da lugar a la plaza y la calle vacía de gente, pero vigiladas y llenas de información y significado, en el referente del momento y la circunstancia.

El terremoto y la erupción sacan del contexto cotidiano a la sociedad, cuando lo alto y lo bajo de la tierra se activan con una energía superior a la humana que emerge y provoca la desesperación ante lo inexplicable, sale a flote la noción de “perder el lugar” o “no tener un lugar” en el cual se asienta la vida. La reacción ante lo inexplicable encuentra respuesta en lo divino, esto explica los atributos de una naturaleza animada “que habla”, a manera de un cuerpo que se expresa con la vitalidad geológica, telúrica y la fertilidad del suelo; una naturaleza dual que castiga y premia a los humanos, representada en las imágenes católicas de la Virgen de La Merced y la de Guápulo, quienes desde el cielo ejercen su intermediación con Dios para apaciguar la furia de la naturaleza y proteger la ciudad. Una iconografía que despierta la fe, apacigua los sentimientos de miedo e inseguridad; un dispositivo de control social.

La vigilancia colectiva del espacio público o el refugio en situación de emergencia es condición suficiente para considerar a las plazas del núcleo fundacional de Quito como espacios públicos de memoria y de reconocimiento colectivo sostenido en el tiempo lo que los convierte en espacios ciudadanos. Años más tarde el arte retoma el motivo del desastre natural y lo pone en vigencia a través de la pintura, una vez que se estableció la calma. En este sentido la imagen de la ciudad se representa en la pintura, a diferencia de otras que lo hacen a través de la literatura.

A ras del suelo, la verticalidad de la geografía impone una relación permanente en el ir y venir entre lo alto y lo bajo, esta dualidad está presente en los topónimos de varios sectores de Quito. Las rugosidades topográficas establecieron prioridades de circulación y orientación en sentido horizontal siguiendo la dirección de los puntos cardinales.

Los topónimos otorgan significados al medio natural y permiten comprender el lugar, algunos son antiguos y se mantienen en la identificación de sectores urbanos de hoy; un número significativo son de origen quichua y otros corresponden a lenguas desaparecidas, de las cuales no se dispone de traducción, sin embargo la población los sigue pronunciando: Pichincha, Itchimbía, Ungüí, Ilaló. Algunos sectores urbanos en la actualidad llevan consigo la dualidad como atributo de un sector urbano: de alto y bajo, chico, grande: Batán alto, Batán Bajo; Ferroviaria Alta, Ferroviaria Baja; Loma Grande y Loma Chica. De este modo las dualidades geográficas forman parte de los espacios públicos, los espacios ciudadanos y de la historia de la ciudad.

La rugosidad del territorio con quebradas y lomas formó una hondonada en la meseta de Quito protegida o escondida del viento y de los posibles enemigos. En este territorio “quebrado” inciden en la manera de fijar las viviendas de los primeros pobladores quienes tuvieron que encontrar “acomodo” en una geografía preexistente que está allí, fija, inamovible.

En “acomodo” se produjo en una geografía de difícil acceso y de alta significación cultural; simétrico, con dos espacios lacustres uno a cada lado de un centro constituido por una hondonada rodeada de montañas menores y accesos naturales controlados en donde estuvo el mercado prehispánico y más tarde el núcleo fundacional colonial de Quito. Este espacio tiene condiciones naturales de privilegio al estar protegido de los vientos y del contacto visual directo. En este contexto natural, los caminos prehispánicos constituyen las cuerdas de una urdiembre que se consolidará con el crecimiento urbano hasta el siglo XX.

El “acomodo” significa una manera particular de adaptación a la topografía, a la altura y a la relación tridimensional del espacio geográfico en donde las dos dimensiones: ancho y largo se combinan con una tercera, la altura entre el valle y los picos de los Andes; el conocimiento del territorio propició el acercamiento a otras comunidades con las que se establecieron relaciones solidarias y complementarias de intercambio que aportaron a la seguridad alimentaria en tiempo prehispánico; el acomodo al territorio significó también el descubrir

y experimentar la velocidad con que se expande el viento y lleva los sonidos casi en tiempo real, útil para fines de comunicación y seguridad en ese entonces y un descubrimiento para la ciencia del siglo XVIII.

De este modo, vivir con la vitalidad de la naturaleza en los Andes implica una actitud frente al medio natural, a la falta de previsión ante los desastres naturales, al acomodo entre quebradas y laderas. Esto llevó al científico alemán a afirmar en 1802 una frase célebre que se puede aplicar a los quiteños: “los ecuatorianos son seres raros y únicos: duermen tranquilos en medio de crujientes volcanes, viven pobres en medio de incomparables riquezas y se alegran con música triste”¹⁵⁷.

El espacio del nosotros y el espacio urbano

La importancia del lugar de Quito como espacio simbólico prehispánico se percibe mediante una serie de relaciones que permanecen en el territorio hasta el siglo XX, entre ellas: la división dual de Anan y Urin; la evidencia de asentamientos prehispánicos en las entradas al núcleo fundacional que se mantienen en la colonia bajo la figura de parroquias eclesiásticas; la memoria de un sector de la élite inca en la parroquia de San Roque; las alineaciones entre las plazas y montañas mayores y menores que solo se concibe desde lo alto; la continuidad en el uso del mercado, catu o tiánguez en la plaza de San Francisco; la conservación de caminos prehispánicos y en particular del Capac Ñan que se mantuvo durante toda la colonia como “camino real” es decir el eje principal de comunicación de la Sierra y a partir del cual se construyeron nuevos destinos como el de Guápulo que continúa hacia la Amazonía.

Lo que interesa destacar de las huellas que dibujan paisajes de líneas y puntos en el medio geográfico es su trascendencia hasta llegar al paisaje de hoy y su presencia en la ciudad del siglo XX, con modificaciones necesarias e incluso con mejoras técnicas para la circulación, que vistas desde hoy parece que siempre estuvieron allí, lugares en el territorio que se los percibe como propios y colectivos, un “espacio del nosotros” en donde la práctica de lo colectivo fue el eje de los vínculos sociales y de lo público.

¹⁵⁷ akifrases.com/autor/alexander-von-humboldt

El término “espacio del nosotros” resulta de una traducción aproximada de “espacio común”, “espacio nuestro” o “nuestra tierra” proveniente del quichua, formulado en el intento de encontrar un vínculo entre la noción de lo colectivo y lo público en las culturas locales anteriores a la conquista; en ese esfuerzo se identificó que las estrechas relaciones de pertenencia de las sociedades prehispánicas con el territorio fueron el motivo por el que se unieron para defenderlo ante el enemigo común mediante la guerra, la defensa de las tierras comunales, la manera en que se denominó al territorio con topónimos que han permanecido por varias generaciones en el nombre de algunos sectores urbanos visibles del presente, montañas, quebradas, barrios. La toponimia prehispánica trascendió y se superpuso a través de una cadena de vínculos sociales colectivos y quedó en el habla local del siglo XX en que el cartógrafo la registró para formar parte de la denominación de sectores urbanos. De este modo las preexistencias culturales de reconocimiento colectivo quedan marcadas en el plano para entender la ciudad del presente.

El recuento de hechos de la historia de Quito sugiere que el sentido del “espacio del nosotros” quedó en el inconsciente colectivo y aflora en circunstancias que no es fácil predecir, por lo general los momentos en que la atmósfera social entra en crisis; en la búsqueda de cambios estructurales; en los levantamientos sociales como el de la “guerra de Quito” de 1765, en las guerras por la independencia de España, durante el terremoto o la erupción volcánica para citar algunos.

En contraposición al “espacio del nosotros” que denota el valor social de lo colectivo como sujeto de derechos sobre el territorio, aparece en la colonia un término que resulta conflictivo y es el de “vecino” pues no tiene el sentido de proximidad o de conocimiento cercano; el término “vecino” se aplicó entre españoles, fue individual y excluyente y se visibiliza en el territorio. Apenas se instaló el Cabildo de Quito sus miembros aprobaron la concesión de tierras a “vecinos”, es decir españoles que participaron en la fundación de la ciudad, todos están en el mismo grupo social y de poder. Las mismas actas registraron concesiones de tierras a indios solicitadas por un español, tierras por lo general poco productivas, esto revela la expropiación de un bien material que para las comunidades locales fue público y colectivo.

El espacio público y los panoramas

En contrapunto con el miedo que producen los fenómenos geológicos, en tiempos de tranquilidad el lugar de Quito muestra una faceta diferente derivada de la topografía irregular, la proporción de las lomas, el recorrido con proximidad entre lo alto y lo bajo, la observación de panoramas y la posibilidad de describir experiencias personales dentro de la ciudad. Estos relatos, en su conjunto, se convierten en testimonios colectivos del paisaje de Quito; no es la historia oficial sino historias cotidianas, es una experiencia vivencial en la que se encuentran los lugares comunes en que coinciden sus autores. El más nombrado es el Panecillo y sus laderas desde donde se contempla la ciudad, otras montañas y miradores naturales en las cimas cercanas; se escuchan sonidos que viajan a velocidad por el viento, casi en tiempo real.

Otro mirador es el “mirador de los pobres”, nombrado por Cicala y señalado en el plano de 1810. Este propone una relación de espejo con la ciudad y desde la ciudad hacia la ladera, un espacio que da acceso a todos, no paga entrada. Desde lo alto la ciudad construida permite evocar el espacio del nosotros y al mismo tiempo reconoce un orden, el de los otros, una mirada también en espejo que funde el pasado y el presente. El mirador es un balcón natural que también permite soñar, elaborar historias de experiencias propias de la ciudad o personales, en suma un espacio de reflexión y contemplación.

En esta contemplación, la aparición del arco iris en una procesión que busca la pacificación de los barrios de Quito luego de la guerra hace que emerja el sentido ancestral de la naturaleza animada, el sentido de solidaridad, un presagio, el anuncio del fin de la guerra. Una evidencia de preexistencias culturales en el espacio público, la emergencia de lo ancestral en el rito católico, la presencia de lo sagrado y lo profano en el conjunto de dualidades que caracterizan a Quito.

Desde lo bajo se observa que la configuración vertical de la montaña impide mirar toda la ciudad desde un solo lugar. Para comprenderla y mirarla hay que hacerlo desde lo alto como lo hicieron los incas para determinar una estructuración o distribución básica de espacios en el territorio o como lo hizo

el científico Charles Marie de La Condamine para encontrar la latitud 0°. Desde lo bajo Quito aparece entre hendiduras verticales, esquinas, y miradores naturales, es decir en la medida en que varía la altitud del observador la ciudad se presenta por fragmentos; esta condición de encierro y apertura convierte a Quito en un lugar estratégico deseado por conquistadores foráneos para fundar espacios de poder; la toma de este espacio por parte de los conquistadores españoles sugiere la negociación del espacio fundacional y la producción de varias guerras; la toma de la pequeña hondonada del núcleo fundacional es un territorio de alto valor simbólico y estratégico para la guerra, tiene un poco más de un kilómetro cuadrado y es un punto central en la simetría de la meseta de Quito, un referente para la escala urbana.

Las transformaciones que dan lugar a Quitos diferentes

Las transformaciones en el espacio fundacional de Quito se producen por etapas y adquieren lógicas diferentes; en las dos primeras transformaciones el espacio fundacional pasó de espacio colectivo a espacio urbano jerarquizado; de un asentamiento disperso a una ciudad concentrada; de centro de poder a centro urbano; de respeto al medio natural a la transformación física del territorio; del valor sagrado de la naturaleza a la explicación científica de la misma.

Sin embargo no todas las transformaciones se produjeron con la misma intensidad. La fundación española, como lo señala Minchom no hizo tabla rasa de las preexistencias culturales. Esto se reafirma desde una lectura espacial e intercultural de ocupación del territorio: la ocupación española en lo bajo de la hondonada y los incas en lo alto; en el siglo XX la ciudad internacional en el Norte, la ciudad popular en el Sur; esto permite deducir que el espacio cedido para la fundación española fue el espacio simbólico de los señoríos, el del mercado; en tiempo hispánico los señoríos no aparecen con la fuerza y cohesión de un grupo social organizado sino como grupos que a través de diferentes voces reclaman las tierras usurpadas por el inca, esto es el reclamo del “espacio del nosotros”, el espacio colectivo.

El interés simultáneo por la apropiación de la hondonada localizada en el centro de la meseta de Quito: señoríos, incas y españoles, tomó un tiempo aproximado de 15 años, tiempo en que se convierte en espacio de discordia y “espacio del deseo”; la suma de intereses dan cuenta de su valor simbólico y la singularidad de este pequeño espacio al que se podría considerar una totalidad; un territorio que al final de una sucesión de guerras y negociaciones pasó a manos de los conquistadores y a la fundación española.

La fundación española de la Villa de San Francisco de Quito produjo el primer quiebre en todo orden, significó un cambio de paradigma social por lo que el estudio se detiene en la transición del periodo prehispánico y la comparación con el orden urbano de la ciudad colonial para configurar dos temporalidades que se producen en menos de un siglo con profundos cambios. Entre los cambios señalados están la implantación de un trazado urbano en cuadrícula que asume las preexistencias culturales de las poblaciones anteriores y la geografía, su estructura física visibiliza el orden urbano europeo, la noción de espacio público para designar a los sitios a los que todos tienen acceso y que son: la calle y la plaza como primera categoría y en segundo orden las plazas menores, los portales, atrios.

La memoria del “otro Cuzco” entra en un juego de espejos en contrapunto con la fundación de un “modelo de ciudad cristiana” y con el Quito prehispánico ya que cada uno se ve reproducido en los otros.

Las plazas fundacionales de Quito

Quito fue fundada con 3 plazas que se forman por una manzana no construida, y tuvo un río que bordea el núcleo fundacional. La trama colonial en cuadrícula debió encontrar acomodo ante la topografía en ladera atravesada por profundas quebradas. En el primer siglo se realizaron los primeros rellenos junto a la plaza mayor en un ensayo de acierto y error pues las corrientes de agua fueron irregulares y a menudo destruyeron lo construido. Ante esto la ciudad colonial convivió con la quebrada abierta y los puentes que resolvieron la expansión de la ciudad y movilidad de la gente

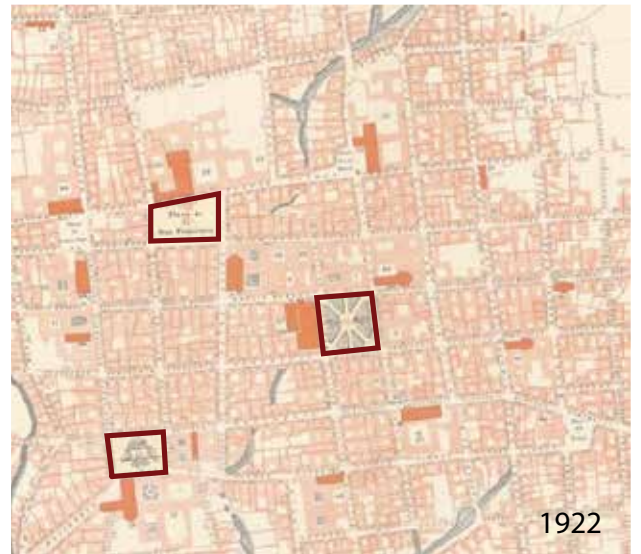
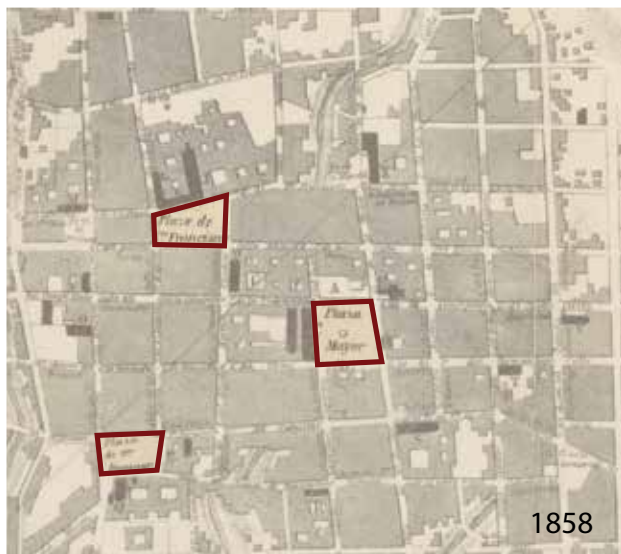
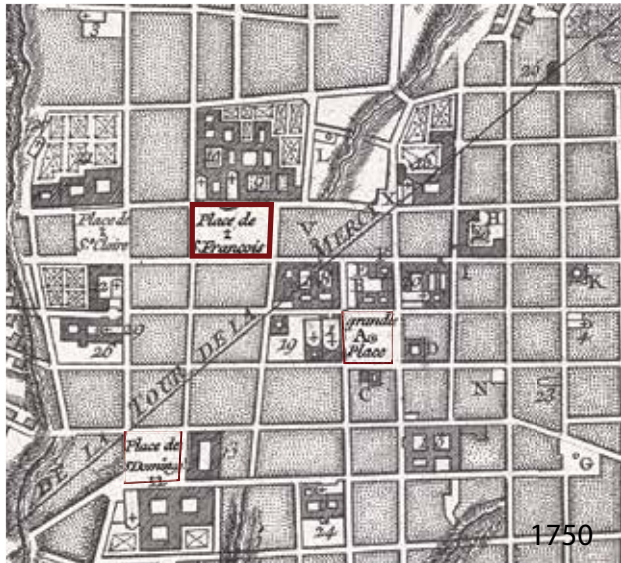
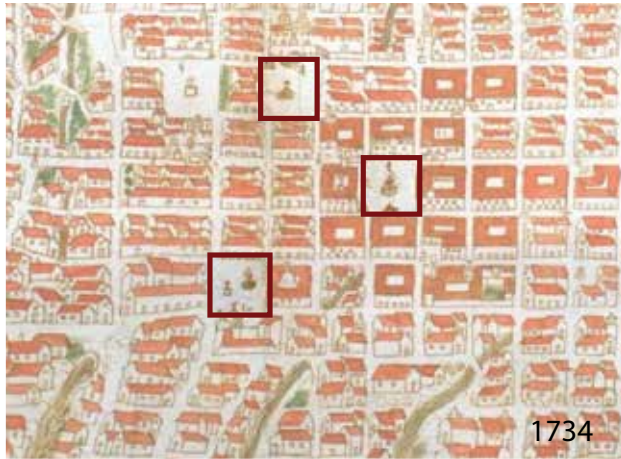


Gráfico 101. Sistema de plazas fundacionales de Quito
 Fuentes: Plano de Quito: 1734, 1748, 1750, 1810, 1858, 1922.

durante todo el periodo colonial, en esa pequeña hondonada de valor simbólico y social.

Las tres plazas de Quito que comparten el origen de la fundación están localizadas en la parroquia de El Sagrario se insertaron desde un inicio en una traza de cuadrícula más o menos regular y ocupan el espacio de una manzana vacía, éstas son: San Francisco, Santo Domingo y la Plaza Mayor; las tres tienen fuente de agua según el croquis de 1573, por lo tanto son puntos de encuentro, están relacionadas con los ingresos naturales a la ciudad, entre colinas. Queda como pregunta sin respuesta la decisión de implantar en Quito 3 plazas en el núcleo fundacional. Lo que se verifica con ayuda de la geografía satelital es que entre las tres hay fuertes vínculos y alineaciones hacia el territorio. No es cualquier alineación sino con montañas mayores y menores que se observan únicamente a partir de lo alto y a través de la relación geométrica que resulta de unir los centros de las plazas para conformar un triángulo cuyos lados y medianas se relacionan con sitios de la geografía que son de interés social.

Las actividades que se realizaron en las plazas, cuyo piso fue de tierra, fueron varias sin que haya una especialización para cada una con excepción de la Plaza Mayor que era considerada como la principal de la ciudad, esto no impide que para 1573 Hernando de Santillán mencione que allí se realizaba “el comercio de trato con el pueblo”. Esta dualidad se suma a las ya anotadas, ahora en siglo XVI. Se podría decir que las tres plazas de mayor tamaño son las más antiguas y las que han acumulado mayor reconocimiento colectivo (*Gráfico 101*).

Las relaciones geométricas y visuales entre las plazas fundacionales y sitios singulares en las montañas de Quito elaborado para esta tesis se produjeron en la colonia, cuando las tres plazas fundacionales se configuraron como espacio públicos. Esta composición es la prueba de una mixtura de elementos culturales incorporados en un espacio urbano colonial, la plaza, que es un hito público en los que está presente la mixtura cultural, de este modo se produce una integración cultural entre lo ancestral andino y lo europeo que pasan a ser parte de una nueva manera de entender y experimentar el territorio. Este gesto de conservar la organización espacial básica del territorio

prehispanico en una relación de líneas y puntos en la geografía no se entiende sin la negociación previa en el espacio público; tampoco se entiende la permanencia de topónimos quichuas y de otras lenguas como Itchimbía, Pichincha, Ilaló que no cambian y no pasaron por el tamiz de la lengua quechua. Este atributo del territorio de Quito viene a reforzar el valor simbólico del “lugar”, que se forma a partir del reconocimiento colectivo, tiene jerarquía y acumula historia.

El cambio de paradigma significó rupturas y continuidades, en este sentido el “modelo de ciudad cristiana” es matizado por las preexistencias culturales que da como resultado el carácter del espacio americano y los atributos de lo andino. El nuevo orden implicó un nuevo “acomodo” en el territorio cedido y la tendencia a modificar la naturaleza en donde era posible para implantar una cuadrícula más o menos regular, disponer las tres plazas y los predios para los edificios religiosos, los del gobierno y las viviendas. Una de las maneras de modificar la naturaleza fue el relleno de la quebrada mayor que atraviesa el núcleo fundacional denominada “El Tejar”, “Zanguña”, “La Cava” y “Manosalvas” en sus diferentes tramos, a pocos metros de la plaza mayor, eso explica por qué la catedral tiene su fachada principal en lado mayor. El relleno fue una solución costosa para el presupuesto exiguo del cabildo y por ello se optó por construir puentes únicamente para prolongar las calles. Esta solución también fue costosa de allí la relevancia que dio el presidente Alcedo a la reconstrucción del puente de La Merced.

La colonia evidencia el significado de la quebrada como un espacio de lo desconocido, peligroso, oscuro y prohibido. Es un espacio público marginal de signo negativo, profano y de muerte, una categoría con la que la sociedad define a lo que aísla y niega, aquello de lo que no se habla. Sin embargo es el espacio de las lavanderas, el del baño y entretenimiento de los niños que exploran la quebrada, el espacio de encuentro de los enamorados, por lo tanto un espacio público por excelencia en la historia y un espacio ciudadano durante la colonia, pasa a segundo plano durante la República hasta el presente sin embargo emerge en circunstancias difíciles de predecir y controlar. El espacio de la laguna vuelve a ser laguna, destapa alcantarillas y se ubica donde siempre estuvo el agua, inunda y pone en crisis a la ciudad de hoy.

La conservación de la división ritual de Anan y Urin y de los tres asentamientos correspondientes a grupos sociales incas en los ingresos a la ciudad se convirtieron inmediatamente con la fundación en las tres primeras parroquias eclesiásticas de Quito, a más del Sagrario que ocupó el centro del núcleo fundacional con las cuatro primeras órdenes religiosas que se establecieron en Quito: Franciscanos, Mercedarios, Agustinos y Dominicos, cuyos predios forman un cuadrilátero en la trama urbana, esta disposición en la ciudad, la proporción y forma arquitectónica revelará posteriormente la intención defensiva del núcleo fundacional, es decir, de la parroquia del Sagrario. Cuando llegaron los jesuitas se localizaron en el interior de este cuadrilátero.

Con el cambio de paradigma la plaza mayor o plaza grande se convirtió en el espacio de poder y centro de los acontecimientos políticos como permanencia de larga duración. Este espacio atrae una dinámica social que se repite en el tiempo, concentra historia y reconocimiento social lo que le atribuye la categoría de espacio ciudadano por sostener en el tiempo la vitalidad urbana y el reconocimiento colectivo. Este espacio no es estático sino cambiante, la sociedad que lo habita es diferente, la forma física y su equipamiento cambia, sin embargo es el espacio de expresión de los derechos y necesidades de la población.

Un cuadrilátero defensivo en el núcleo fundacional

Se mencionó en capítulos anteriores que los conventos de las cuatro órdenes religiosas más importantes de la colonia se ubicaron desde su creación formando un cuadrilátero estratégico asociado con la posibilidad de defender la ciudad. Esta idea al parecer fue una constante en el grupo de españoles cuando Salazar de Villasante escribió sobre la torre de la iglesia de la catedral “no la dejé subir más porque señoreaba toda la ciudad a subirse más, y si algunos se alzaban, tomando la torre, con un tiro allanaban la ciudad” (Ponce Leiva, 1992, págs. 83, 84), sin embargo la lectura espacial da cuenta que los indios cedieron este espacio para subir a las cimas de las montañas menores y dominar visualmente el territorio en una paz tensa con los vecinos ubicados en la hondonada (*Gráfico 102*).

Los cuatro conventos de las principales órdenes religiosas coloniales estuvieron dispuestos en la cuadrícula urbana componen un cuadrilátero que se visualiza al final del siglo XVI, los cuatro conventos con sus iglesias son: San Francisco, La Merced, San Agustín y Santo Domingo. En el centro de este espacio está la Catedral, el monasterio de la Concepción de finales del siglo XVI y el solar de los jesuitas adquirido en 1595. Todos se encuentran emplazados en una manzana completa con extensiones de terreno que fluctúa entre una y tres hectáreas. La monumentalidad de la arquitectura religiosa debió impactar en la sobriedad y modestia de la arquitectura civil.

Sin embargo la relación plaza-conjunto religioso defensivo no es el denominador común que los une sino únicamente en el caso de San Francisco y Santo Domingo. La Merced y San Agustín construidas en la segunda mitad del siglo XVI tienen plazas reducidas que se las podría incluir entre las plazas menores sin que esto signifique que fueron órdenes religiosas de menor importancia que las que se encuentran frente a las plazas de mayor envergadura.

Entre las posibles razones están: el orden regulador de la traza ya estaba establecido y tuvieron que acomodarse a ella; la topografía y la presencia cercana a la quebrada del Tejar impidió un desarrollo adecuado de una plaza de grandes proporciones, esto es válido para la Plaza Mayor, La Merced que tienen a la quebrada a poca distancia del templo; otra razón puede ser que la disposición de una edificación religiosa en uno de los frentes de la manzana cambió en los primeros años por razones que habría que profundizar; se podría argumentar también que la ampliación de los edificios luego de los terremotos del siglo XVI y XVII y la disposición de las calles cortaron los espacios destinados a la plaza.

La prueba de que los edificios religiosos de las cuatro órdenes religiosas tuvieron un doble papel: el de evangelización y el defensivo a manera de muralla sale a la luz en los momentos de crisis social como en la “guerra de Quito” y en el doble papel que cumple al ser el espacio de resguardo de perseguidos políticos, el lugar seguro para las familias acomodadas y autoridades civiles y eclesiásticas pero al mismo tiempo los consejeros espirituales de

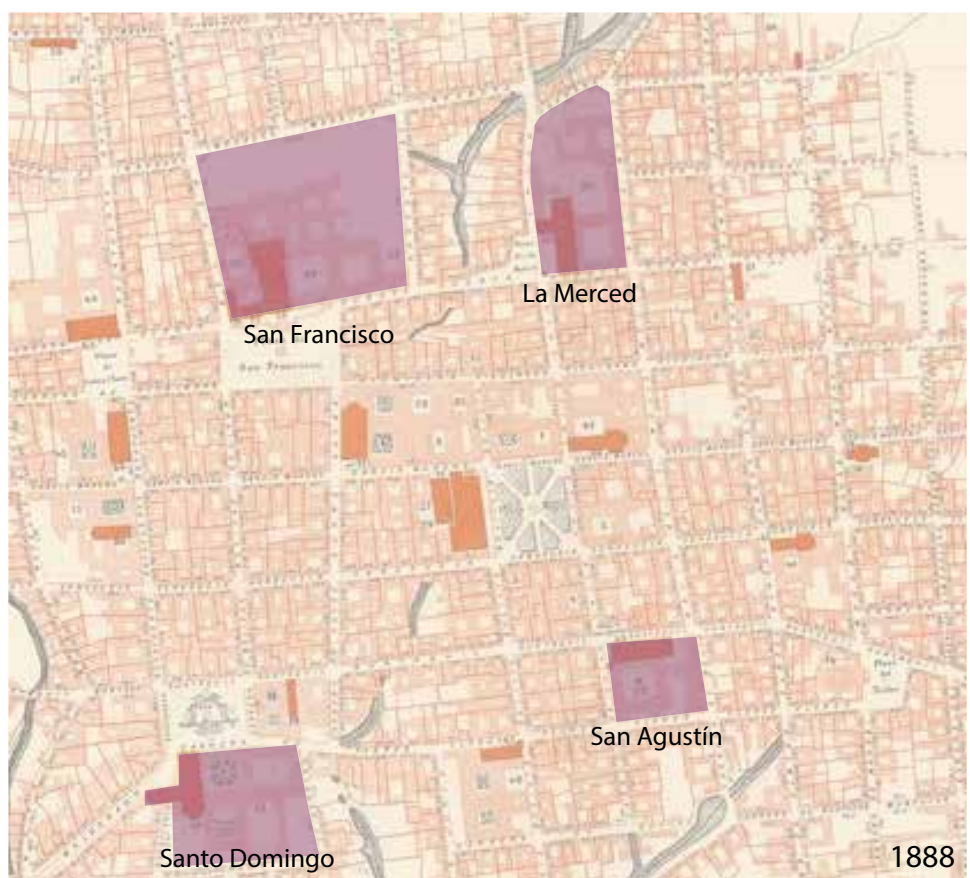


Gráfico 102. Sistema de conventos de las primeras cuatro órdenes religiosas coloniales de Quito
Fuentes. Plano de Quito: 1734 y 1888

toda la población y quienes ejercieron el papel de intermediarios entre grupos sociales antagónicos, los pacificadores, los que enfrentaron la protesta social llamando en nombre de Dios a la cordura, los que aprendieron más de una lengua aborigen para catequizar. La iglesia fue también la institución a la que se confía la custodia los bienes más preciados mientras sucede la crisis: el terremoto, la erupción o la guerra. Es decir, un grupo social de interrelación entre grupos diferenciados de la sociedad y un catalizador del ambiente social comprometido con todos los grupos sociales de la población urbana y rural.

De este modo, la arquitectura de los conjuntos religiosos de San Francisco, Santo Domingo, La Merced y San Agustín es imponente por su tamaño, geometría regular y compacta que destacan en la cartografía y forman parte del sistema de protección de la ciudad. Sin embargo no todas las plazas que las acompañan aportan a la monumentalidad, lo que permite leer en el plano relaciones espaciales y temporales, y significados diferentes que ratifica que los cuatro conventos de mayor tamaño en los bordes de la parroquia de El Sagrario cumplieron un rol estratégico y defensivo.

La transformación de plazas en parques

El modelo de parque con vegetación, bancas para descanso, farolas de iluminación nocturna y rejas que separan la vegetación de los senderos fue establecido en la plaza Mayor y al mismo tiempo en algunas plazas de la ciudad del siglo XIX. El objetivo que estuvo detrás de la obra pública fue la eliminación de tradiciones coloniales: corridas de toros y la feria de mercado que atrajo a gente desde el campo, la algarabía popular, las peleas de gallos, la fiesta. La eliminación de esta imagen está conectada con la idea de generar nuevos símbolos para la Nación, el cambio de época y dejar atrás el periodo colonial.

Esta transformación no fue una condición para la pérdida de la jerarquía de estos espacios públicos sino por el contrario, mantuvieron la vivencia y el reconocimiento colectivo. La transformación conllevó al control de la circulación, el ruido y los olores, la higiene; un nuevo concepto de orden y limpieza; la presencia de personas de una élite social que salía a pasear en el parque sugiere la existencia y el goce del tiempo libre.

De este modo las plazas de la fundación se transformaron paulatinamente en parques. La primera fue la Plaza Mayor en dos momentos, el primero con el Barón de Carondelet en 1800 y el segundo con Gabriel García Moreno hacia 1860; ambos procedieron del mismo modo con el discurso de mejorar la higiene y el ornato de una ciudad. La cartografía muestra las transformaciones efectuadas en las plazas de Santo Domingo y San Francisco: la primera aparece convertida en parque en el plano de 1888, mantiene la imagen de jardín hasta 1922, luego la vegetación se redujo alrededor del monumento a Sucre hasta 1992 en que volvió a ser plaza de piso duro conservando el monumento. La Plaza de San Francisco aparece como parque en la cartografía de 1914 y 1922 y en 1949 vuelve a ser plaza de piso duro con un monumento a González Suárez en la mitad.

La transformación no implica un cambio de mentalidad generalizado en la población, tampoco el cambio de una sociedad religiosa a una liberal sino una superposición de la tradición y nuevas maneras de experimentar la ciudad. La calle y la plaza se transforman en lo que se denominarán los espacios esenciales sin los cuales la experiencia colectiva de una ciudad es incompleta porque falta la presencia social y los hechos colectivos que marcan la memoria y la historia, hechos históricos locales y cotidianidad que compone el espacio público (*Gráfico 103*).

Del espacio público al espacio ciudadano

El espacio público de Quito se conformó con la fundación española de la ciudad mediante el trazado de tres plazas regulares que ocupan una manzana sin edificar, junto a la plaza pero parte de ella se encuentra el atrio y el portal en algunas plazas. Otro espacio público que permanece en el tiempo es el sistema de calles. Plaza y calles se acomodan a la topografía para dar como resultado una cuadrícula ortogonal más o menos regular. En el recorrido del espacio público al espacio ciudadano y el examen de la cartografía permite concluir que la densidad de historia y memoria, y el reconocimiento colectivo hasta el presente verifican los atributos de éstas como espacios ciudadanos.

Un atributo de lo público es la posibilidad de acceso de todas las personas a este espacio físico; un segundo atributo que es la posibilidad de que en



*Gráfico 103. Parque de la Independencia entre 1870 y 1960
Fuente: Ministerio de Cultura de Ecuador*

estos espacios se realicen acciones colectivas que nacen de la población en general o por iniciativa de un grupo social, sin excluir a las actividades cívicas organizadas por el cabildo o el gobierno; un tercer atributo de los espacios públicos de Quito es su espacialidad, son espacios abiertos y de geometría regular o no adaptada a las condiciones topográficas, un cuarto atributo es el de la visibilidad de las calles y las plazas fundacionales desde los hitos naturales que los rodean: Panecillo, Itchimbía, San Juan, Parque Metropolitano, entre otros, y desde dentro el espacio urbano aparece por tramos debido a la presencia del volcán y la topografía irregular; un último atributo es del espacio público de la calle y la plaza es que en ella se expresan los hechos más relevantes de la vida cotidiana así como hechos trascendentes de la memoria y de la historia de la ciudad o del país.

La concepción del espacio público cambia en el tiempo, no es un concepto único ni fijo en la historia. Lo que es fijo es el espacio físico en el territorio en donde queda la huella de unos comportamientos humanos y unas lógicas sociales en concordancia con un ciclo histórico, aunque la plaza hubiera desaparecido. El potencial del espacio público está en la ambigüedad o en la dualidad en las funciones de este espacio: el caso de La Alameda recuerda esta condición; ya que cuando cambian sus atributos significa que la sociedad cambió porque es el espacio físico en donde se registra la intensidad de las acciones colectivas: el retiro de las rejas que delimitaron el parque significó el cambio de referentes de distinción de la élite social para convertirse en un espacio de toda la población.

Sin embargo, las acciones colectivas no implican actividad permanente e intensa sino también el vacío y el silencio en la plaza, la plaza vacía pero con la vigilancia desde fuera, una plaza vacía puede significar como en la guerra de Quito la acción de ceder el poder, esta cesión está acompañada del silencio. Al mismo tiempo, ese espacio fue vital, intenso en el día y en la noche por la disputa del centro del poder, con la protesta pública. En este caso la plaza estuvo vacía en términos físico pero no en términos de significado; el silencio es la expresión de aceptación o negación colectiva de un hecho político o social, el silencio debe leerse como una respuesta en la que el todo y la nada son

parte de la misma moneda, responde a una lógica de comportamiento local.

El espacio vacío dista de ser un “no lugar” cuya concepción corresponde a lógicas postmodernas y sociedades individuales. El espacio vacío de carácter público está cargado de significados, algunos se activan en tiempo de crisis y otros permanecen en la memoria y en la historia de la ciudad: es un espacio de referencia, de uso público en términos físicos. La referencia de la Plaza de San Francisco es un ejemplo en el que durante la colonia fue un espacio activo y comercial, cuando se convirtió en plaza pasó a ser de descanso y contemplación del ciudadano común, del que vive en las colinas y en su recorrido se sienta por un momento a descansar en las gradas o en las bancas, contemplar la plaza y continuar en su trayecto.

La tesis ha mencionado a la quebrada y los miradores como escenario de hechos históricos y cotidianos, un espacio de acceso de toda la población, una pregunta válida es si corresponden a la categoría de espacios públicos. Al respecto vale concluir que son espacios públicos. Entre los argumentos se podría decir que son de acceso para todos, la quebrada y las laderas de los cerros están en la memoria colectiva, almacenada con signo positivo o negativo pero de algún modo y durante periodos de larga duración formaron parte de los imaginarios y espacios de cotidianidad; son espacios abiertos; visibles desde la ciudad o desde lo alto de las colinas; no tienen geometría regular y construida sin embargo existe un orden humano en la disposición de espacios para actividades cotidianas, trabajo y juego que da sentido al espacio físico.

En este punto y fuera de la temporalidad del estudio se podría decir que el río Machángara, que no ha sido rellenado en el sector Sur de Quito pasó a ser un espacio público a partir de que se convirtió en parque lineal al inicio del siglo XXI, sin embargo estuvo en la memoria colectiva durante todo el tiempo que acompañó a la población en sus recorridos y en los efectos de las inundaciones. Lo expuesto lleva a reflexionar si el atributo de la forma geométrica de los espacios de públicos es suficiente para negar la a la quebrada, el río y el mirador dentro de esta categoría.

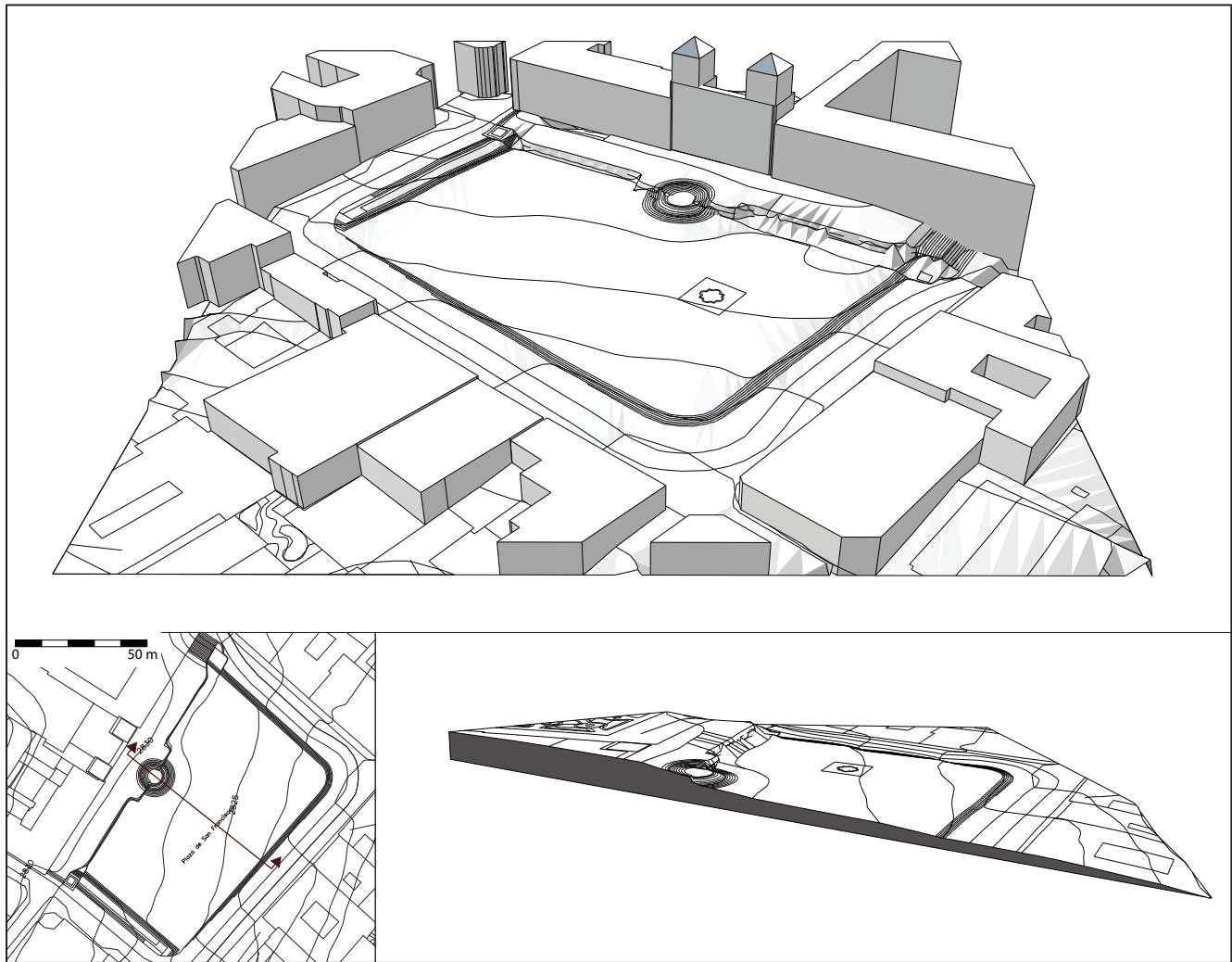


Gráfico 104. Plaza de San Francisco en su contexto topográfico y construido
 Fuente: Plano de Quito 1989 en digital. Curvas de nivel cada cinco metros. Elaboración propia.

El espacio ciudadano de Quito acumula una serie de dualidades que hacen alianza con el crecimiento de la ciudad en la permanencia de topónimos en los sectores de nueva construcción; de esta manera la presencia de lo alto y lo bajo, lo chico y lo grande forma parte de un lenguaje asumido por toda la población y atributo de la identidad y el espacio ciudadano. Otra dualidad se encuentra entre los espacios públicos del Norte y del Sur: En el Norte los espacios públicos más relevantes son plazas y parques de geometría regular, en el Sur el espacio público más importante de hoy sigue la geometría irregular y orgánica del recorrido del río Machángara evocando la naturaleza de los antiguos ejidos. En el Norte se rellenaron las principales quebradas, en el

Sur se mantiene la principal quebrada por la que circula el río Machángara.

El dibujo de las plazas fundacionales prueba que la proporción entre la plaza y los edificios deja ver el espacio abierto; la fachada de las tres iglesias y la plaza son complementarias, la plaza permite tomar distancia, mirar la fachada y el atrio de cada iglesia; con menor intensidad en la de Santo Domingo; las plazas se desarrollan con pendientes y según las fotografías del siglo XIX se observan que formaron una superficie que continuaba con la calle; en su transformación de plaza a parque y luego a plaza la tarea del diseñador o del constructor no fue fácil al tratar de conjugar las pendientes del terreno con lo construido; el atrio sirve de balcón para mirar

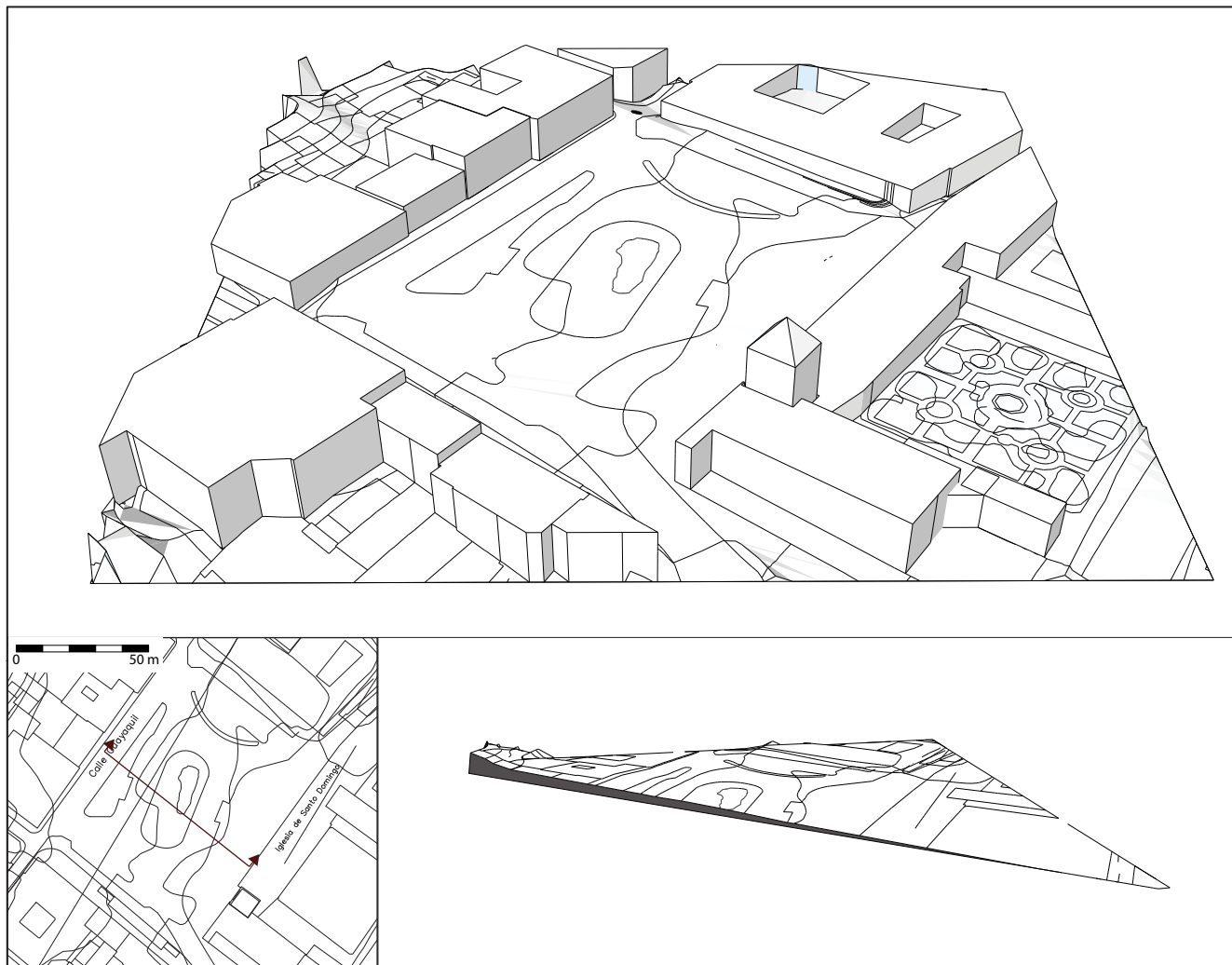


Gráfico 105. Plaza de Santo Domingo en su contexto topográfico y construido
 Fuente: Plano de Quito 1989 en digital. Curvas de nivel cada cinco metros. Elaboración propia.

la plaza y el entorno urbano inmediato, los techos de los edificios que la rodean y las torres de otras iglesias. En este sentido se percibe una lógica similar en las tres plazas que induce a pensar que funcionan como un sistema, de allí el interés en analizar qué intenciones podrían existir detrás del orden urbano presente en estos espacios (Gráfico 104, Gráfico 105 y Gráfico 106).

La coincidencia de las alineaciones de las tres plazas estructuradas desde lo alto vendría a formar una dualidad con las plazas en lo bajo que se sintetiza en dos sistemas de relaciones espaciales, uno tangible, otro intangible y ambos forman parte de la experiencia de estar en este espacio.

Los parques también forman dualidades en una temporalidad diferente, entre el siglo XIX y el XX en los parques de La Alameda y El Ejido, ambos con el sentido de jardín botánico pero en el primero se encuentra el observatorio astronómico que es un símbolo de la identidad ecuatorial, frecuentado al final del siglo XIX y comienzos del XX por un grupo de relevancia social, mientras que El Ejido se esboza en la cartografía de 1914 como parque popular con actividades lúdicas tradicionales, paseo de otro grupo social de relevancia social, activo, con un símbolo propio, las canchas de juego popular y el “estadio del arbolito” Gráfico aquí el dibujo de la alameda y el ejido (Gráfico 107).

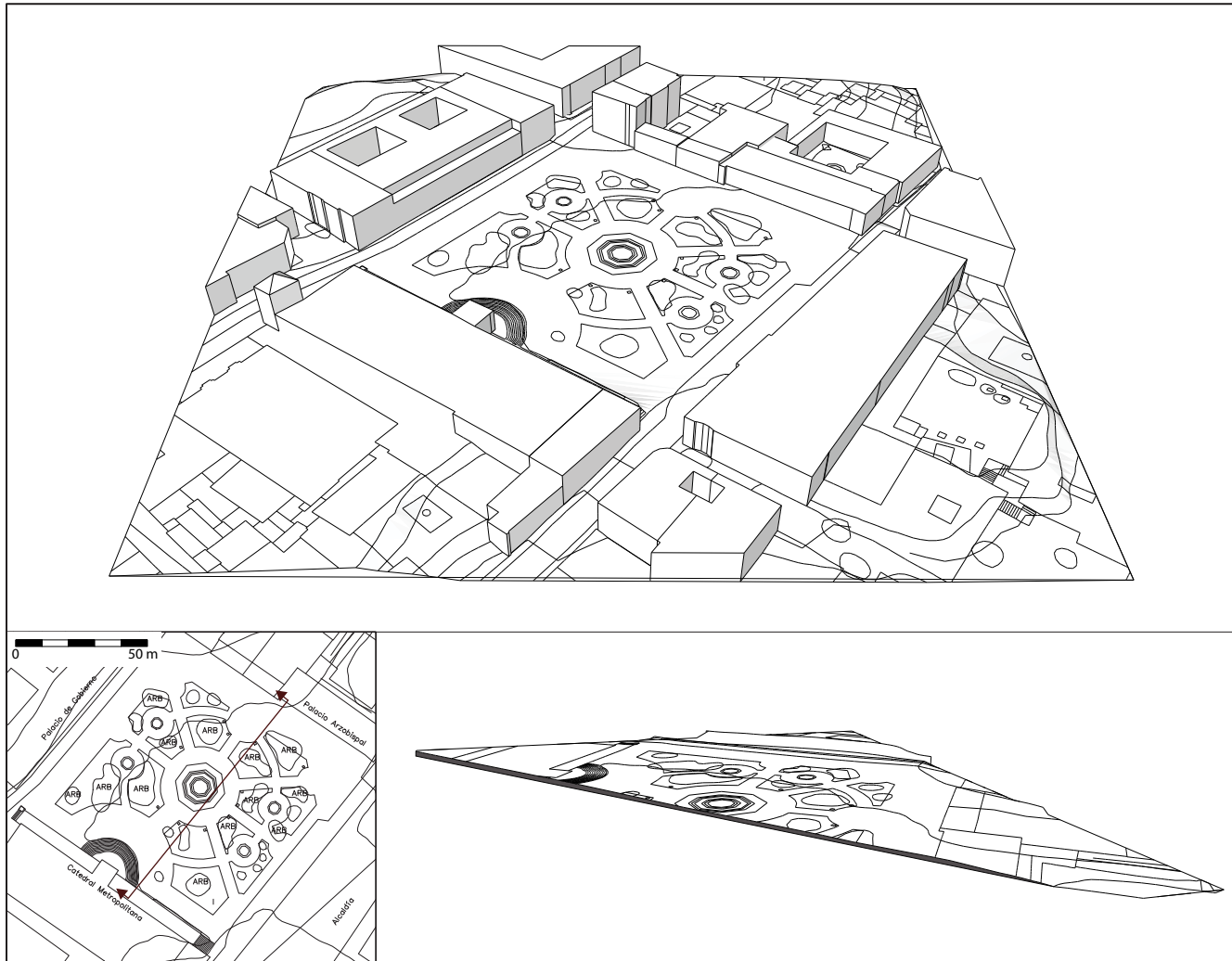


Gráfico 106. Parque de la Independencia en su contexto topográfico y construido
 Fuente: Plano de Quito 1989 en digital. Curvas de nivel cada cinco metros. Elaboración propia.

La Alameda y El Ejido vistos en la cartografía en tres dimensiones, al igual que las plazas fundacionales mantienen alrededor una arquitectura acorde con la época de su construcción y vigencia, arquitectura ecléctica y moderna alrededor del parque del primero, poca vivienda; arquitectura moderna y en altura alrededor del segundo y poca vivienda. Desde los parques el volcán y el Panecillo quedan a lo lejos, guardando distancia con la naturaleza que se mantiene inamovible. Esta temporalidad abandona el significado ancestral de la montaña y se adhiere a la tecnología que la domina parcialmente. A diferencia de las plazas fundacionales, los parques están rodeados por avenidas que representan una temporalidad diferente. El parque no mira al entorno natural ni al construido al estar en suelo con

poca pendiente; se mira a sí mismo pero es mirado desde la arquitectura como un pulmón, un atractivo visual; en unos casos como una barrera visual y en otros una continuidad con el volcán, dependiendo del punto de vista.

En resumen, el espacio ciudadano es un espacio público que ha mantenido su vitalidad y reconocimiento colectivo en el tiempo, se construye en el tiempo, acumula historia y se expresa con una forma y significados particulares, por lo tanto no todo espacio público es espacio ciudadano sino un grupo selecto, y en éstos se ha centrado el estudio. El espacio ciudadano es aquel en el que emerge en condiciones de crisis social la noción del espacio del nosotros; éste recoge las preexistencias culturales

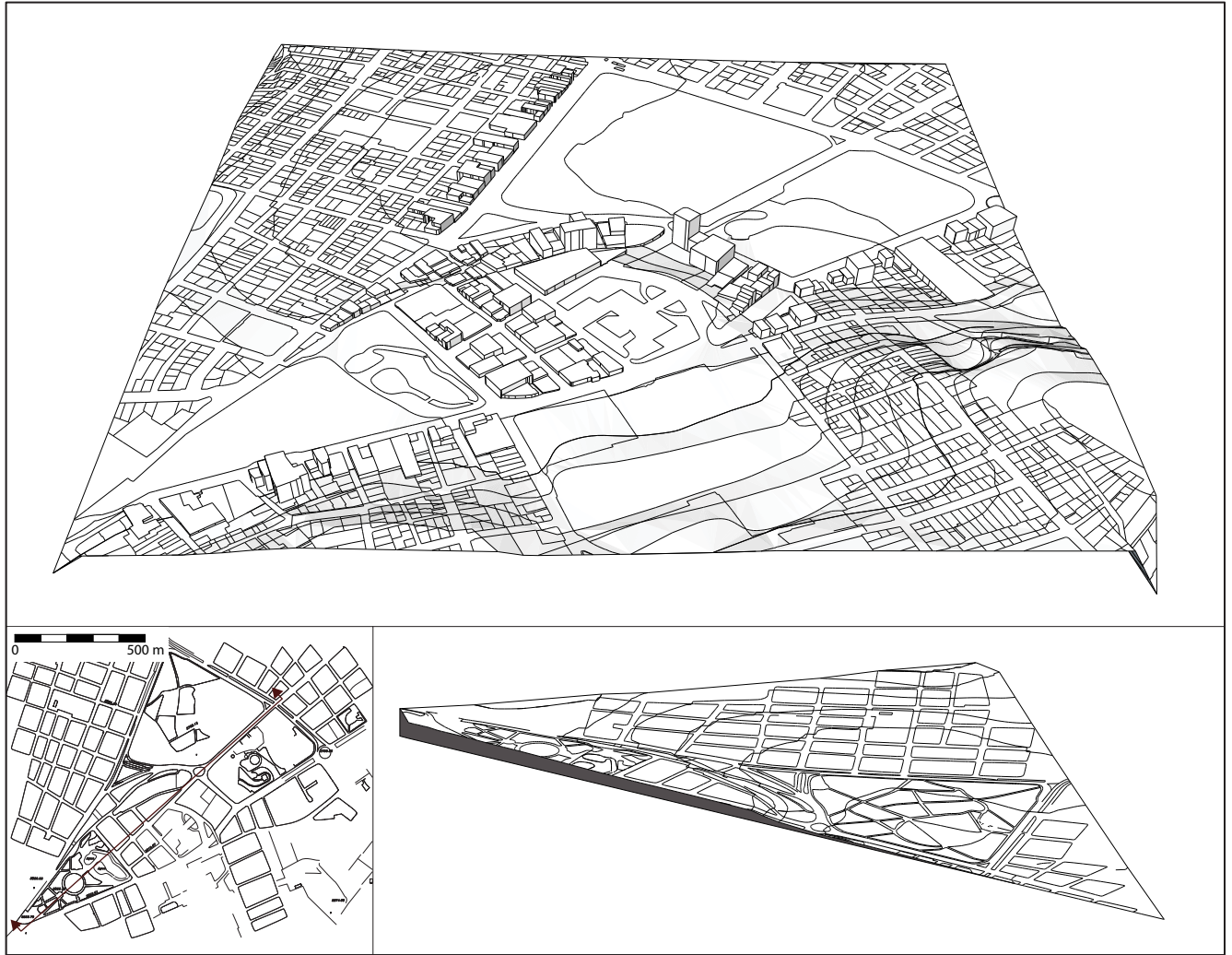


Gráfico 107. Parques de La Alameda y El Ejido en su contexto topográfico y construido
 Fuente: Plano de Quito 1989 en digital. Curvas de nivel cada cinco metros. Elaboración propia.

de Quito que evocan principios de solidaridad y reciprocidad prehispánica en una temporalidad diferente.

En este contexto, las plazas fundacionales de la ciudad colonial y las primeras “placetitas” parroquiales pasan a ser espacios ciudadanos. Las primeras como espacios de historia y los segundos de vida cotidiana. Del mismo modo, un segundo grupo de espacios públicos: La Alameda y El Ejido se han determinado como espacios ciudadanos porque expresan el cambio de época de dos grupos sociales diferenciados complementarios y antagónicos al mismo tiempo.

La estructura fundacional de la ciudad se configuró conservando algunas de las preexistencias culturales; los hitos naturales como la geografía vertical, los caminos preexistentes, la quebrada, los significados del volcán. En ese sentido la quebrada y los miradores o balcones naturales desde donde se miran los panoramas de la ciudad forman parte del atractivo de los espacios públicos y ciudadanos de Quito.

El estudio del espacio público y el espacio ciudadano de Quito han sido la oportunidad para reflexionar sobre las preexistencias culturales que inciden en la localización y uso del espacio público dando lugar a Quitos diferentes en términos espaciales y temporales, con atributos propios, matices y

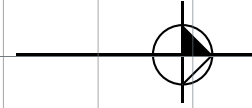
singularidades que la historia los evidencia y sobre todo en momentos de crisis. La idea de reflexionar sobre temas del origen de la ciudad y las preexistencias culturales es un instrumento necesario para completar las piezas de la historia urbana en el presente y construir una historia del urbanismo que tenga un precedente justo para diseñar y construir una ciudad más humana con conocimiento de la cultura local y lo propio en tiempos de globalización.

El análisis espacial permitió demostrar que la ciudad es un espacio en el que se reflejan los cambios en la sociedad que la habita; que cada Quito permite visualizar una ciudad distinta con lógicas diferentes expresadas en el espacio público y en el sistema de parques y plazas. El periodo de transición de la colonia a la República significó un cambio hacia una gobernabilidad distinta, con mentalidades que no cambiaron a la par con el cambio político ni con la adopción de referentes de arquitectura moderna sino de manera paulatina. Los ritmos de cambio no son similares en cada corte temporal sino que cada uno tiene su propia dinámica, por esta razón algunos aspectos del cambio entre el periodo colonial y el republicano se tratan por etapas.

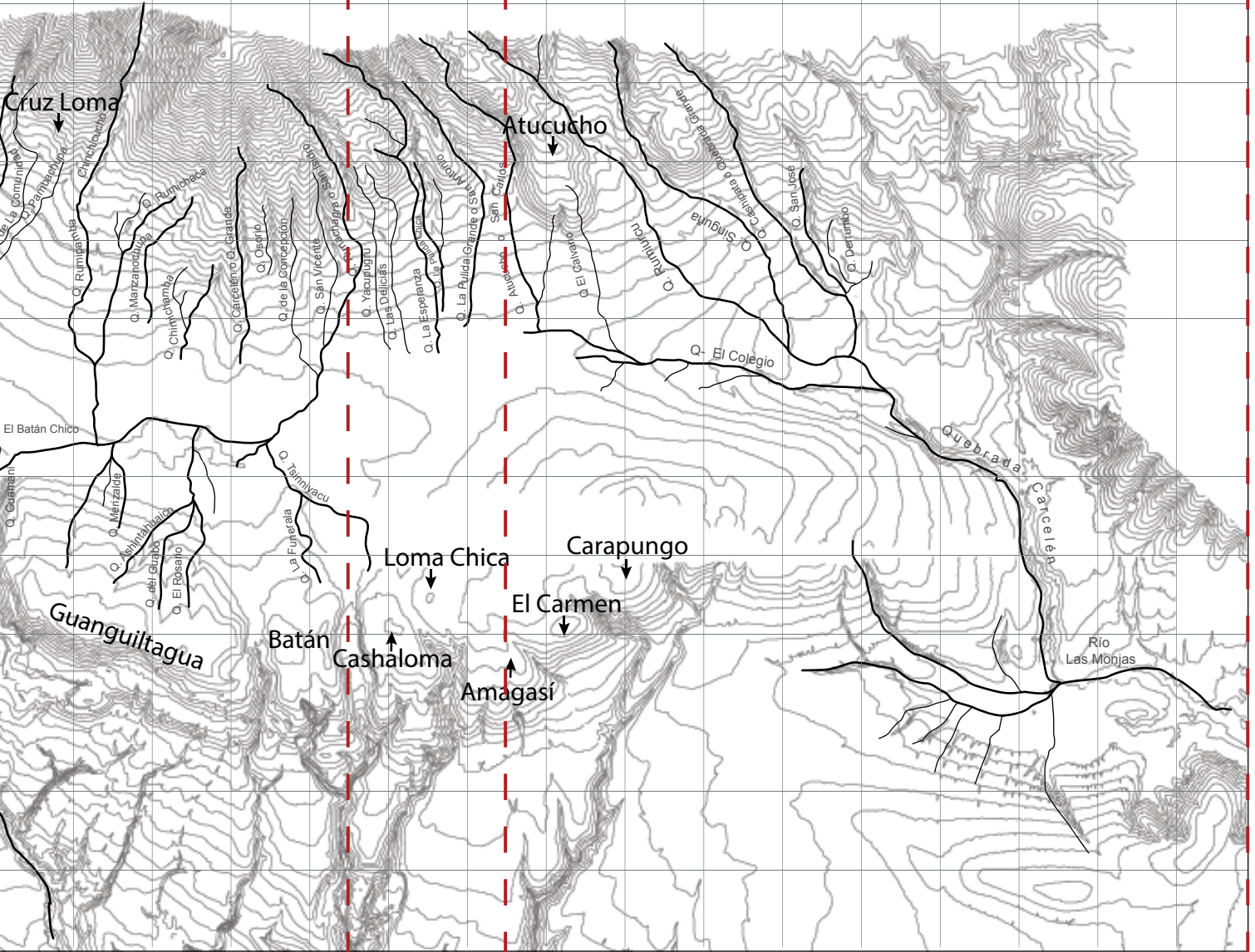
Grupo 3

Grupo 4

Grupo 5



PICHINCHA



Bibliografía

Abreviaturas

BNC.	Biblioteca Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia
MBRC.	Museo Banco de la República. Bogotá, Colombia
AMQ.	Archivo Municipal de Quito. Quito, Ecuador
ANE.	Archivo Nacional de Ecuador. Quito
IGM.	Instituto Geográfico Militar. Quito, Ecuador.
AGI.	Archivo General de Indias. Sevilla, España
SGM.	Servicio Geográfico Militar. Quito, Ecuador

Documentos de archivos

- BNC.** Libros raros y curiosos, ms 179,223. Diario de la Segunda Sublevación. Declaración de un mestizo. 1765. Folio 8.
- AGI.** Descripción geográfica de la situación y planta de aquella ciudad (Quito) realizada por Dionisio Alcedo y Herrera. Quito 132, N.2. 8 de julio de 1732.
- MBRC.** La plaza de Quito en lunes santo. Imagen.
- ANE.** Copiadores, Caja 67 (1865-1870). Oficios dirigidos al Ministerio de Hacienda
- Copiadores, Caja 46 (1865-1870). Febrero 20 de 1865. Oficio dirigido al Ministerio de Hacienda.
- Ministerio del Interior/Pichincha, Caja 31 (1868-1869) carpeta de junio de 1869.
- AMQ.** Remate de los Ejidos de Quito. 1802-1822.
- 6°LCQ. t1. (1934). Libro del Ilustre Cabildo de Quito. 1573-1574. Quito: Publicaciones del Archivo Municipal.
- 1° LCQ (1535 - 1537). Expedientillo de señalamiento de tierras. Quito: Imprenta Municipal.
- SGI.** Planchetas del Servicio Geográfico Militar. 1930-1932. Calacalí, Calderón, Chillogallo, Conocoto, Cotocollao, Guagua Pichincha, Guamaní, Ilaló, Pomasquí, Quito, Rucu Pichincha, Sangolquí, Tumbaco.
- IGM.** Planetario del Instituto Geográfico Militar. Simulación del cielo de Quito el 6 de diciembre de 1634.

Entrevistas

Aguilera, María. (2016). Comunicación verbal. Quito.

Farinango, Ernesto. (30 de junio de 2015). Diferencia entre ser y estar en quichua. (I. Del Pino, Entrevistador)

Haboud, Marleen. (30 de junio de 2015). Diferencia entre ser y estar en quichua. (I. Del Pino, Entrevistador)

Jara, Holger. (25 de Junio de 2015). Sitio arqueológico Rumipamba. (I. d. Pino, Entrevistador)

Ortiz, Alfonso. (18 de enero de 2017). Plazas de Quito. (I. Del Pino, Entrevistador)

Bibliografía

- Aguirre, J. B. (1980). Poesía y obras oratorias.
- Alcedo y Herrera, D. (1734). Plano de Quito. Sevilla: A.G.I. QUITO,132,Nº2.
- Andrade Marín, L. (12 de septiembre de 1964). El Panecillo de los guambras. Ultimas Noticias, pág. 10.
- Andrade Marín, L. (2003). Cómo fue creada la antiquísima Alameda. En L. Andrade Marín, La lagartija que abrió la calle Mejía (págs. 73-76). Quito: TRAMA.
- Andrade Marín, L. (2003). Los ejidos españoles de la ciudad. En FONSAL, La lagartija que abrió la calle Mejía (págs. 55-57). Quito: TRAMA.
- Andrade Marín, L. (2003). Remodelaciones coloniales de “La Alameda”. En A. M. Luciano, La lagartija que abrió la calle Mejía (págs. 77-80). Quito: Trama.
- Arango, S. (2012). Ciudad y arquitectura. México: Fondo de Cultura Económica.
- Archivo Municipal. (1593-1597). Libro de Cabildos de la ciudad de Quito. Vol XVII. Quito: Archivo Municipal.
- Archivo Municipal. (1934). Libro primero de cabildos de Quito 1534-1934. Quito: Cándido Briz Sánchez impresor.
- Ayala Mora, Enrique (Editor). (1990). Nueva historia del Ecuador. Quito: Grijalvo-Corporación Editora Nacional.
- Benavides, J. (1995). La arquitectura del siglo XX en Quito. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Biblioteca de Historia Nacional. Vol IX. (1912). Obras de Caldas. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Borges, J. L. (08 de agosto de 2014). Obtenido de Artes poéticas: Manifiesto del Ultra, 1921: <http://artespoeticas.librodenotas.com>
- Büschges, C. (2007). Familia, honor y poder. Quito: TRAMA.
- Bustos, G. (1992). Quito en la transición: Actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950). En M. d.-J. Andalucía, Enfoques y estudios a través de la historia (págs. 163-188). Quito: TRAMA.

- Capello, E. (2010). Mapas, obras y representaciones sobre la nación y el territorio. De la corografía al Instituto Geográfico Militar. En FLACSO, sede Ecuador, Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana. (págs. 77-121). Quito: FLACSO, sede Ecuador: Ministerio de Cultura.
- Carrión, F. (1994). En busca de la ciudad perdida. Quito: EDIMPRES.
- Carrión, F. (2010). Ciudad, memoria y proyecto. Quito: OLACCHI - Municipio de Quito.
- Carrión, F. (30 de agosto de 2016). Espacio público: punto de partida para la alteridad. Obtenido de <http://www.flacso.org.ec/docs/artfcalteridad.pdf>
- Casey, E. (2009). Getting back into place. Indiana: Indiana University Press.
- Castells, M. (1974). La cuestión urbana. México: Siglo XXI.
- Cevallos, A. (1994). Arte, Diseño y Arquitectura. La obra del padre Pedro Brüning, 1899-1938. Cayambe: Abya - Yala, Banco Central del Ecuador.
- Cicala, M. (1994). Descripción histórico-topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús. Quito: Instituto Geográfico Militar.
- Cieza de León, P. (1984). Descubrimiento y conquista del Perú. Buenos Aires: Jamkana.
- Cieza de León, Pedro. (1984). Crónica del Perú. Madrid: Historia 16.
- De Avendaño, J. (1985). Imagen del Ecuador. Quito: Corporación Editora Nacional.
- De La Condamine, C. M. (1986). Diario del viaje al Ecuador. Quito: Coloquio Quito.
- De la Vega, G. (2004). Comentarios Reales. Lima: Colección Ayacucho Digital.
- De Orive, D. (1992). Relación de Quito. 1577. En P. Ponce Leiva, Relaciones Histórico-geográficas de la Audiencia de Quito. Siglo XVI-XIX (págs. 251-265). Quito: Abya. Yala.
- De Vargas Machuca, B. (1892). Milicia Indiana y descripción de las indias. Madrid: Librería de Victorino Suárez.
- De Velasco, J. (1841). Historia del Reino de Quito. Quito: Imprenta del Gobierno.
- Del Pino, I., Yepes, H. (1990). Apuntes para una historia sísmica de Quito. En M. d. Quito, Centro Histórico de Quito. Problemática y perspectivas (págs. 67-100). Quito: Municipio de Quito-Junta de Andalucía.

- Del Pino, I., otros. (2009). Ciudad y arquitectura republicana de Ecuador (1850-1950). Quito: Monsalve Moreno Cia. Ltda.
- Del Pino, I., Marín L. (2004). Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito. Sevilla: Junta de Andalucía-MDMQ.
- Dollfus, O. (1991). Territorios andinos. Reto y memoria. Lima: IFEA.
- Domínguez, Victoria. (1996). Informe de la prospección arqueológica en la cima del Panecillo. Quito: FONSAL.
- Enríquez B, E. (1942). Quito a través de los siglos. Tomo II. Quito: Artes Gráficas.
- Estermann, J. (1998). Filosofía andina. Quito: Abya-Yala.
- Estupiñán, T. (1988, N° 1, diciembre 88). Testamento de Don Francisco Atagualpa. Miscelánea histórica ecuatoriana, 8-67.
- Fresco, A. (2004). Ingañan. La red vial del imperio inca en los Andes ecuatoriales. Quito: Ediciones Banco Central.
- García Moreno, G. (13 de enero 1858). Mi último viaje de exploración al volcán que domina Quito. En E. Freire Rubio, Quito. Tradiciones, testimonio y nostalgia (págs. 158-162). Quito: Abya-Yala.
- Gasparini, Graziano. (Diciembre 1986). La cuadrícula prehispánica: forma urbana de conquista y organización territorial. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas. N° 27, 78-114.
- Guamán Poma de Ayala, F. (1992). El primer nueva corónica y buen gobierno. México: Siglo XXI.
- Guayasamín, G. (1996). El cerco del sol. Quito: s.e.
- Hall, M. (1998). La actividad volcánica del Holoceno en el Ecuador y Colombia austral. En P. M. (Coord.), Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador (págs. 11-40). Quito: Abya-Yala.
- Harley, J. (2005). La nueva naturaleza de los mapas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hassaurek, F. (1993). Cuatro años entre los ecuatorianos. Quito: Abya-Yala.
- Hemming, J. (2000). La conquista de los incas. México: Fondo de Cultura Económica.

- Herrera, P. (1916). Apunte cronológico de las obras y trabajos del Cabildo o Municipalidad de Quito. 1534-1714. Quito: Imprenta Municipal.
- Hora, L. (24 de diciembre de 2005). Lo comunitario está presente en el Inca. La Hora, pág. Noticias Quito.
- Hyslop, J. (1984). The inca road system. Michigan: Academic Press.
- IGM-ORSTOM. (1992). Atlas infografico de Quito. Quito: IGM.
- Instituto Geográfico Militar. (1989). Quito. Hojas Quito, Sangolquí, Amaguaña, Píntag. . Quito: Instituto Geográfico Militar.
- Jijón y Caamaño, J. (1952). Antropología prehispánica del Ecuador. Quito: Prensa Católica.
- Juan, J. A. (1748). Relación histórica del viaje a la América Meridional. Madrid: Antonio Marin.
- Justo Estebaranz, A. (2010). Dionisio Alcedo y Herrera, el puente de La Merced y el plano de la ciudad de Quito de 1734. Universidad de Sevilla, 263-275.
- Justo Estebaranz, Á. (2011). Pintura y sociedad en Quito en el siglo XVII. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Justo, Á. (2008). Miguel de Santiago en San Agustín de Quito. Quito: Noción.
- Kennedy, A. (2008). Escenarios para una patria. Paisajismo ecuatoriano 1850-1930. Quito: Noción.
- Kennedy, A. G. (2013). Simbolismo y modernidad. Ecuador 1900 - 1930. Quito: Homined Editores.
- Kingman, E. (2006). La ciudad y los otros. Quito: FLACSO-Ecuador, Universidad Rovira e Virgili.
- Kolberg, J. (1996). Hacia el Ecuador. Quito: PUCE, Abya-Yala.
- Landázuri, C. (1993). Los sistemas religiosos norandinos y las fuentes documentales. Siglo XVI. Memoria N°3. Quito, 275-336.
- Larrea, Carlos Manuel, y otros. (2007). El Barón de Carondelet. XXIX Presidente de la Real Audiencia de Quito. En Carondelet. Una autoridad colonial al servicio de Quito (págs. 11-165). Quito: Imprenta Mariscal.

- Ludeña, W. (2009). Urbanismo dixit. Inquisiciones. Quito: OLACHI-Quito Distrito Metropolitano.
- Luque Azcona, E. J. (julio-diciembre 2015). Conformación y características de las alamedas y paseos en ciudades de Hispanoamérica. Anuario de Estudios Americanos 72.2, 487-513.
- Luzuriaga, S. (2013). Quito y sus recorridos de agua. Quito: Corporación Editora Nacional-UASB.
- Matovelle, J. M. (1979). Obras completas. Cuenca: Don Bosco.
- Menten, J. B. (1877). Historia y descripción del observatorio astronómico de Quito. Quito: Imprenta Nacional.
- Minchom, M. (2007). El pueblo de Quito. Quito: Trama.
- Morales y Eloy, J. (1942). Ecuador. Atlas histórico-geográfico. Quito: Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Morán de Butrón, J. (1955). Vida de Santa Mariana de Jesús. Quito: Imprenta Municipal
- Moreno Yáñez, S. (1985). Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito. Quito: Ediciones PUCE.
- Municipio de Quito. (1995). Actas del cabildo colonial de San Francisco de Quito 1664-1669. Quito: Editessa.
- Navarro, J. G. (1930). La descendencia de Atahualpa. Madrid: Tipografía de Archivos, Olózaga.
- Navas, P. (2008). El viaje de Frederic Church por Colombia y Ecuador. Abril octubre de 1853. Bogotá: Villegas editores.
- Norberg Schulz, Christian. (1997). L'Art du lieu. París: Le Moniteur.
- Ortiz Crespo, A. y. (2004). Quito, guía de arquitectura. Quito: Junta de Andalucía, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.
- Ortiz Crespo, Alfonso, Matthias Abram, José Segovia. (2007). Damero. Quito: TRAMA.
- Ortiz, A. T. (1993). Reducción de indios en la zona interandina de la Real Audiencia de Quito. En R. Gutierrez, Pueblo de indios. Otro urbanismo en la región andina (págs. 205-261). Quito: Abya-Yala.

- Ortiz, A. y. (2005). Imágenes de identidad. Quito: FONSAL.
- Ospina, P. (1992). Quito en la colonia: abastecimiento urbano y relaciones de poder local. En M. d. Quito, Enfoques y estudios. Quito a través de la historia (págs. 107-126). Quito: I. Municipio de Quito, Junta de Andalucía.
- Ospina, Pablo. (2009). Habiendo roto el freno de la obediencia. Procesos, 65-92.
- Paz y Miño, L. (1960). Cartografía Quiteña. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Peltre, P. (1989). Riesgos naturales en Quito. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Pinto, J. (1985). Ecuador pintoresco. Barcelona: Salvat Editores.
- Ponce Leiva, P. (1992). Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito. Siglo XVI-XIX . Quito: Abya-Yala.
- Quijano, A. (1988). Modernidad, identidad y utopía en América Latina. Lima: Sociedad y Política Ediciones.
- Quito, C. d. (1802-1822). Remate de Ejidos. Quito: Archivo Municipal.
- Ramírez, J. (2015). Estado de la investigación en historia de la arquitectura en América Latina. Seminario Proyecto y Memoria. Bogotá, UNAL.
- Ramón, G. (1992). Quito aborigen: un balance de sus interpretaciones. Enfoques y estudios. Quito a través de la historia, 29-64.
- Recio, B. S. (1947). Compendiosa relación de la cristiandad de Quito. Madrid: Instituto Santo Toribio de Mogrovejo.
- Rolando, C. (1930). Obras públicas ecuatorianas. Guayaquil: Sociedad Filantrópica del Guayas.
- Salazar d. V., J. (1992). Relación de la ciudad y de la Provincia de Quito. En P. Ponce Leiva, Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito. Siglo XVI-XIX (págs. 71-83). Quito: Abya-Yala.
- Salcedo Salcedo, J. (1996). Urbanismo Hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.

- Salcedo, J. (2000). Arquitectura, urbanismo y astrología en Guadalajara de Buga. Ensayos 5, 177-209.
- Salomon, F. (1992). La Yumbada: un drama ritual quichua en Quito. En E. (Kingman, Ciudades de los Andes (págs. 467-480). Quito: CIUDAD.
- Salomon, Frank. (2011). Los señores étnicos de Quito en la época de los incas. Quito: FONSA.
- Sampedro, F. (1963). Atlas geográfico escolar del Ecuador. Quito: Editorial Colón.
- Santos, M. (2000). La naturaleza del espacio. Barcelona: Ariel Geografía.
- Servicio Geográfico Militar. (1930). Hoja 40 del Mapa Topográfico del Ecuador. Esc. 1:25.000. Quito: Talleres de reproducción del Servicio Geográfico Militar.
- Soasti Toscano, G. (2009). El comisionado regio Carlos Montúfar y Larrea. Sedicioso, insurgente y rebelde. Quito: Noción Imprenta.
- Soasti, G. (1992). Mercaderes y tratantes durante el siglo XVII en Quito. En I.-J. d. Andalucía, Enfoques y estudios. Quito a través de la historia (págs. 87-106). Quito: Editorial Fraga.
- Solis Fonseca, G. (N°6/7 de Noviembre de 2011). Revista cultural electrónica. Construyendo nuestra interculturalidad. Obtenido de www.interculturalidad.org
- Stacey, M. (1995). Chaupicruz-Osorio. Una hacienda mestiza. Quito: Editorial e imprenta Delta.
- Terán, R. (1992). Factores dinámicos en el desarrollo urbano del Quito colonial. Enfoques y estudios. Quito a través de la historia, 67-86.
- Trabuco, F. (1968). Síntesis histórica de la República del Ecuador. Quito: Editorial Santo Domingo.
- Universidad Gabriel René Moreno. (1961). Cronistas cruceños del alto Perú Virreinal. Santa Cruz de la Sierra (Bolivia): Universidad Gabriel René Moreno.
- Vargas Murcia, L. (2013). Construcción, circulación y uso de una imagen. El caso de la Azucena de Quito. Barroco en la cultura Ibérica y Nuevo Reino de Granada. Bogotá, Colombia.
- Vásquez Han, M. A. (2007). Para la "Felicidad Pública"... El Barón de Carondelet y el establecimiento de un presidio urbano en Quito. En C. M. Larrea, Carondelet, una

- autoridad colonial al servicio de Quito (págs. 263-295). Quito: Imprenta Mariscal.
- Villalba, M. (1996). Informe de prospecciones: proyecto valle de Quito. Quito: inédito.
- Villalba, M. A. (1999). La arqueología de Quito en clave volcánica. En P. Mothes, *Actividad volcánica y pueblos precolombinos*. Quito: Abya-Yala.
- Villavicencio, M. (1858, reedición 1984). *Geografía de la República del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Vohnut, K. (2009). *Tres estaciones*. Quito: El Comercio.
- Webster, S. (2012). *Quito, ciudad de Maestros: arquitectos, edificios, y urbanismo. siglo XVII*. Quito: Imprenta Mariscal.

Bibliografía digital

- Gonzalez Suárez, F. (1890). *Historia General de la República del Ecuador*. Tomo V. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-general-de-la-republica-del-ecuador-tomo-quinto--0/html/0016c7de-82b2-11df-acc7-002185ce6064_20.html.
- Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional. (25 de Marzo de 2016). *Un día como hoy*. Obtenido de <http://www.igepon.edu.ec>

Índice Onomástico

- Abram, M. 213, 291, 295
Aguilera, M. 100, 285, 295, 309
Aguirre, J. B. 119, 126, 127, 184, 287, 295, 309
Alcedo y Herrera, D. 21, 22, 91, 102, 156, 178, 179, 182, 183, 212, 284, 287, 290, 295, 311
Andrade Marín, L. 21, 41, 104, 110, 112, 174, 210, 212, 213, 214, 215, 216, 221, 248, 249, 250, 287, 295
Arango, S. 7, 217, 287, 295
Archivo Municipal 20, 113, 114, 210, 283, 284, 287, 292, 295, 311
Ayala Mora, E. 35, 114, 227, 287, 295
Baillard, G. 144, 295, 309
Benavides, J. 7, 287, 295
Biblioteca de Historia Nacional 141, 287, 295
Borges, J. L. 17, 18, 23, 287, 295
Brüning, P. 153, 188, 288, 295
Büschges, C. 121, 122, 287, 295, 306
Bustos, C. 287, 295
Carrión, F. 27, 287, 288, 295
Capello, E. 5, 288, 295
Casey, E. 250, 288, 295
Castells, M. 288, 295
Cevallos, A. 188, 288, 295, 309
Cicala, M. 21, 45, 68, 69, 107, 110, 121, 202, 203, 205, 228, 230, 231, 238, 251, 257, 261, 288, 295
Cieza de León, P. 19, 41, 75, 79, 80, 84, 85, 99, 100, 107, 126, 128, 165, 208, 288, 295
Cobo, B. 75
De Avendaño, J. 21, 107, 114, 115, 136, 137, 140, 141, 197, 198, 202, 203, 204, 205, 206, 208, 251, 288, 295
De la Vega, G. 19, 35, 41, 85, 288, 295
Del Pino, I. 3, 19, 34, 35, 39, 43, 76, 82, 94, 132, 181, 186, 188, 197, 198, 229, 285, 288, 289, 295, 305
De Orive, D. 107, 110, 288, 295
De Vargas Machuca, B. 20, 84, 110, 127, 129, 242, 288, 295
De Velasco, J. 41, 49, 58, 59, 61, 69, 85, 126, 166, 208, 288, 295
Dollfus, O. 33, 288, 295
Domínguez, V. 59, 288, 295
Enríquez, B. 193, 289, 295
Estermann 18, 23, 24, 27, 50, 51, 62, 63, 289, 295
Estupiñán 83, 127, 130, 289, 295
Farinango, E. 63, 66, 285, 295, 309, 311
Figuerola, J. A. 157, 295
Fresco, A. 33, 75, 76, 81, 100, 289, 295
García Moreno, G. 22, 35, 36, 138, 142, 143, 144, 145, 168, 183, 185, 188, 205, 208, 216, 221, 259, 267, 289, 295
Gasparini, G. 70, 72, 74, 76, 79, 289, 295, 305
Gonzalez Suárez, F. 294, 295
Guamán Poma, F. 19, 33, 42, 75, 79, 100, 107, 167, 183, 289, 295
Guayasamín, G. 61, 289, 295
Haboud, M. 66, 67, 285, 295, 309
Hall, M. 56, 289, 295
Harley, J. 21, 23, 29, 176, 177, 289, 295
Hassaurek, F. 21, 114, 136, 137, 138, 140, 141, 143, 145, 146, 202, 205, 206, 207, 208, 289, 295
Hemming, J. 100, 289, 295
Herrera, P. 105, 191, 192, 289
Hirtz, Ch. 17, 56, 59, 194, 209, 225, 295, 301, 302, 303, 304, 309
Hora, La 116, 289, 295
Hyslop, J. 19, 33, 72, 75, 76, 81, 289, 295
IGM-ORSTOM 37, 103, 188, 230, 289, 295
Incas 43, 64, 85, 165, 229, 298
Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional 64, 108, 136, 294, 295, 301
Instituto Geográfico Militar 31, 41, 52, 65, 70, 71, 73, 75, 102, 224, 225, 283, 284, 288, 290, 296, 301, 304, 305

Jara, H. 285

Jijón y Caamaño, J. 33, 68, 290, 296

Juan, J. A. 290

Justo, E. A. 21, 56, 58, 182, 290, 296, 309, 311

Kennedy, A. G. 61, 193, 290, 296

Kingman, E. 132, 206, 290, 292, 296

Kolberg, J. 137, 202, 204, 207, 290, 296

La Condamine, Ch. M. de 20, 43, 59, 60, 61, 74, 95, 107, 115, 177, 178, 179, 181, 208, 209, 210, 212, 217, 219, 253, 262, 288, 296

Landázuri, C. 56, 57, 290, 296

Larrea, C. M. 112, 114, 115, 118, 143, 205, 213, 242, 290, 293, 296

Ludeña, W. 5, 74, 76, 83, 290, 296

Luque Azcona, E. J. 212, 290, 296

Luzuriaga, S. 94, 180, 290, 296

Marín, L. 19, 35, 82, 132, 295

Matovelle, J. M. 193, 194, 289, 291, 296

Menten, J. B. 142, 144, 199, 200, 201, 216, 217, 219, 221, 291, 296, 302

Minchom, M. 19, 21, 69, 81, 82, 111, 129, 131, 230, 231, 248, 262, 291, 296, 305

Morales y Eloy, J. 75, 291, 296

Morán de Butrón 195, 291, 296

Moreno Yáñez, S. 227, 228, 291, 296

Municipio de Quito 31, 41, 45, 46, 132, 157, 181, 288, 291, 296, 301

Ñahui 61, 258, 298

Ñahuirá 61, 67, 133, 298

Navarro, J. G. 291, 296

Navas, P. 46, 291, 296

Norberg Schulz, C. 18, 25, 50, 53, 57, 291, 296

Núñez de Vela, B. 58, 84, 105, 107, 159, 160, 164, 204, 213, 254, 296

Ortiz 35, 121, 138, 205, 206, 213, 226, 285, 291, 296, 303, 309

Ospina 91, 123, 125, 180, 291, 296

Peltre, P. 124, 291, 296, 306

Pinto, J. 21, 195, 196, 206, 207, 292, 296, 302, 303

Ponce Leiva, P. 105, 107, 111, 126, 131, 137, 181, 191, 213, 230, 265, 288, 292, 296

Quijano, A. 23, 27, 28, 112, 292, 296

Ramírez, J. 3, 7, 25, 114, 292, 296

Ramón, G. 69, 79, 82, 116, 129, 210, 292, 296

Recio, B. S. 21, 57, 107, 195, 196, 228, 231, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 241, 245, 247, 252, 292, 296, 304

Rolando, C. 156, 185, 187, 188, 189, 222, 292, 296

Salazar de Villasante, J. 80, 105, 110, 111, 125, 126, 265, 296

Salcedo, J. 7, 19, 23, 43, 85, 88, 113, 128, 129, 130, 131, 132, 136, 166, 251, 292, 296

Salomon, F. 18, 19, 35, 38, 40, 41, 43, 45, 64, 66, 68, 69, 72, 75, 79, 81, 89, 90, 100, 116, 118, 127, 130, 292, 296

Sampedro, F. 32, 292, 296, 305

Santos, M. 17, 18, 23, 50, 246, 292, 296

Segovia, J. 213, 291, 296

Servicio Geográfico Militar 40, 65, 102, 104, 119, 185, 226, 283, 284, 292, 296, 307

Soasti Toscano, G. 114, 141, 293, 296

Solis Fonseca 66, 293, 296

Stacey, M. 99, 293, 296

Terán, R. 69, 79, 82, 129

Tobar 85, 296

Trabuco, F. 124, 156, 181, 182, 293, 296

Universidad Gabriel René Moreno 66, 293, 296

Vargas Murcia, L. 195, 293, 296

Vásquez Han, M. A. 113, 114, 118, 123, 143, 187, 293, 296

Villalba, M. 41, 90, 293, 296

Villavicencio, M. 107, 138, 293, 296, 307

Vohnut, K. 160, 293, 296

Yepes, H. 288, 296

Webster 228, 229, 293, 296

Índice Toponímico

- Amagasi 41, 297
- Anan/Hanan/Anansaya 40, 64, 66, 67, 69, 70, 82, 83, 127, 129, 130, 131, 166, 167, 251, 260, 265, 297, 306
- Añaquito 19, 33, 40, 41, 42, 43, 46, 58, 67, 90, 100, 102, 104, 105, 106, 107, 108, 110, 111, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 123, 124, 127, 132, 149, 174, 210, 212, 213, 254, 297
- Añaquito, laguna de 33, 41, 90, 100, 104, 105
- Andes 18, 19, 23, 24, 30, 32, 36, 37, 38, 50, 51, 53, 57, 64, 69, 72, 82, 83, 95, 157, 203, 258, 260, 289, 292, 297, 305
- Antisana 53, 56, 297
- Atacazo 58, 91, 174, 297
- Atucucho 91, 297
- Auqui, quebrada del 124, 130
- Batán Alto 69, 297
- Batán Bajo 69, 260, 297
- Camino del Inca 33, 38, 40, 72, 75, 99, 100, 108, 149, 167, 297
- Capac-Nan 33, 38, 67, 72, 76, 83, 99, 110, 153, 167, 251, 297
- Carapungo 72, 118, 297
- Cashaloma 62, 297
- Catu 67, 229, 297
- Caupicho 66, 91, 297
- Cava 67, 264, 297
- Cayambe 33, 38, 45, 53, 188, 203, 288, 297
- Chacayacu 108, 174, 297
- Chachas 74, 75, 100, 297
- Charcay 70, 297
- Chaupicruz 57, 68, 99, 100, 105, 110, 118, 167, 293, 297
- Chica, Loma 260
- Chillogallo 45, 74, 89, 90, 99, 100, 103, 107, 108, 110, 111, 113, 174, 284, 297
- Chiriyacu 66, 297
- Chuquihuada 210, 297
- Collas 70, 297
- Conocoto 45, 66, 68, 284, 297
- Cotocollao 38, 42, 45, 89, 90, 99, 100, 104, 105, 118, 284, 297
- Cotopaxi 19, 32, 56, 80, 128, 136, 165, 194, 203, 244, 297
- Cumbayá 68, 130, 297
- Cuzco 19, 22, 33, 42, 43, 64, 70, 76, 77, 79, 82, 83, 85, 94, 99, 128, 131, 165, 166, 262, 297, 305
- Ecuador 9, 13, 14, 17, 19, 20, 21, 22, 24, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 46, 49, 53, 56, 57, 61, 65, 66, 68, 72, 74, 75, 76, 78, 79, 82, 85, 94, 95, 100, 113, 131, 132, 137, 143, 144, 148, 156, 157, 158, 165, 168, 177, 182, 185, 186, 188, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 207, 209, 210, 216, 226, 227, 228, 253, 254, 268, 283, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 297, 301, 302, 303, 304, 305, 309
- Ejido del Norte 65, 102, 103, 104, 116, 118, 159, 161, 164, 168, 210, 212, 254
- Ejido del Sur 29, 65, 103, 107, 108
- El Ejido 10, 105, 149, 157, 159, 164, 173, 175, 204, 213, 226, 254, 258, 271, 272, 273, 297, 306
- El Inca 41, 69, 116, 118, 297
- El Pintado 121, 297
- El Placer 91, 114, 115, 149, 248, 297
- El Sagrario 82, 121, 132, 182, 189, 251, 258, 264, 267, 297
- El Tejar 91, 113, 124, 157, 180, 182, 183, 188, 203, 264, 297
- Epiclachima 66, 297
- Equinoccio /equinoccial 9, 10, 13, 16, 21, 25, 43, 46, 53, 84, 85, 95, 127, 131, 132, 134, 166, 176, 203, 208, 210, 216
- Línea Equinoccial 85, 208
- Ferrovial Alta 69, 70, 260, 298
- Ferrovial Baja 69, 70, 260, 298
- Grande, loma 260

Grande, quebrada 41, 46, 91, 105, 124
 Guajaló 66, 74, 103, 110, 113, 298
 Guamaní 9, 52, 57, 66, 67, 68, 70, 73, 74, 75, 100, 103, 108, 119, 167, 284, 298
 Guangüiltagua 41, 42, 46, 81, 91, 102, 119, 173, 174, 298
 Guápulo 41, 45, 57, 58, 59, 74, 102, 114, 115, 138, 149, 161, 167, 192, 193, 194, 195, 196, 198, 203, 205, 214, 251, 259, 260, 298, 301, 302
 Guayllabamba 30, 33, 35, 38, 42, 44, 45, 53, 62, 65, 70, 74, 78, 80, 89, 100, 124, 131, 134, 174, 298, 305
 Guayllabamba, hoya del río 22, 33, 34, 35, 36, 38, 39, 40, 45, 54, 68, 69, 75, 79, 86, 89, 91, 100, 305
 Guayllabamba, río 22, 33, 34, 35, 36, 38, 39, 40, 45, 54, 68, 69, 70, 74, 75, 79, 86, 89, 91, 100, 174, 305
 Huaca 33, 99, 298
 Huanacauri 85, 91, 124, 132, 133, 298
 Huaracay 68, 74, 75, 100, 298
 Jerusalén 82, 85, 124, 131, 133, 138, 157, 174, 185, 186, 188, 189, 190, 191, 192, 228, 298, 302
 La Alameda 10, 17, 21, 105, 111, 142, 143, 145, 149, 153, 157, 159, 161, 162, 163, 164, 168, 173, 175, 176, 178, 185, 203, 204, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 251, 253, 254, 258, 269, 271, 272, 273, 287, 298, 303, 304, 306
 La Cantera, quebrada de 74, 91
 La Carolina 90, 103, 173, 175, 298
 La Chilena 67, 204, 248, 249, 298
 La Merced 63, 83, 91, 102, 156, 178, 182, 183, 189, 192, 193, 198, 203, 204, 213, 229, 251, 259, 264, 265, 267, 290, 298, 311
 Las Cuadras 174, 298
 Loma Grande 260
 Las Cuadras 174, 298
 Luluncoto 66, 91, 298
 Lumbisí 27, 45, 62, 298
 Machángara, río 36, 49, 100, 103, 108, 124, 154, 168, 169, 174, 178, 179, 189, 203, 229, 269, 270
 Manosalvas, quebrada de 67, 91, 179, 180, 181, 189, 228, 264, 298
 Monteserrín 41, 298
 Navarro, quebrada de 91
 Nayón 42, 298
 Ninahuilca 91, 298
 Ortega, quebrada 91, 108, 121, 174
 Panecillo 9, 22, 49, 57, 58, 59, 61, 62, 63, 64, 65, 67, 69, 79, 85, 100, 107, 108, 124, 130, 132, 133, 138, 142, 145, 168, 174, 188, 195, 201, 202, 203, 205, 212, 217, 228, 229, 248, 249, 250, 258, 261, 269, 272, 287, 288, 298, 301, 303, 304
 Perú 19, 33, 35, 49, 62, 64, 66, 69, 72, 74, 75, 79, 83, 84, 102, 107, 204, 226, 227, 254, 288, 293, 298
 Pichincha, batalla de 35, 156, 157, 164, 225
 Pichincha, Guagua 56, 132, 136, 191, 208, 284
 Pichincha, provincia de 45
 Pichincha, Rucu 56, 191, 284
 Pichincha, volcán 20, 22, 36, 43, 53, 56, 57, 58, 59, 61, 65, 68, 69, 79, 90, 94, 104, 105, 157, 173, 174, 177, 178, 197, 205, 208, 257, 258, 259
 Pilishuayco 104, 124, 298
 Plaza Mayor 121, 136, 138, 145, 146, 147, 243, 245, 264, 265, 267, 298, 301
 Pucará 66, 298
 Puengasí 66, 74, 100, 102, 108, 110, 132, 153, 174, 298
 Quito 3, 7, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 94, 95, 97, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132,

133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140,
 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148,
 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156,
 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164,
 165, 166, 167, 168, 169, 173, 174, 175,
 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183,
 184, 185, 187, 188, 189, 190, 191, 192,
 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200,
 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208,
 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216,
 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224,
 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232,
 233, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241,
 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249,
 250, 251, 252, 253, 257, 258, 259, 260,
 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 269,
 270, 271, 272, 273, 274, 283, 284, 285,
 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 296,
 298, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307,
 308, 311

Rumicucho 9, 70, 71, 72, 74, 83, 299

San Agustín 56, 72, 100, 149, 191, 192, 193, 198,
 200, 204, 265, 267, 290, 299, 301, 302

San Blas 67, 69, 82, 83, 104, 111, 130, 131, 141,
 146, 149, 150, 153, 154, 167, 181, 195,
 203, 204, 205, 212, 222, 224, 226, 228,
 229, 230, 235, 236, 237, 243, 246, 248,
 251, 299

San Diego 79, 83, 91, 100, 113, 124, 149, 154,
 155, 157, 188, 189, 193, 198, 202, 203,
 299, 303

San Francisco 33, 40, 41, 43, 46, 67, 68, 75, 83,
 84, 89, 94, 104, 107, 108, 121, 128, 130,
 131, 133, 136, 141, 143, 149, 153, 154,
 167, 173, 174, 182, 183, 189, 198, 200,
 201, 204, 228, 229, 230, 234, 235, 239,
 246, 252, 253, 260, 262, 264, 265, 267,
 269, 270, 291, 299, 302, 306, 307

San Juan 58, 59, 62, 63, 65, 67, 68, 69, 85, 104,
 105, 124, 127, 131, 132, 133, 138, 153,
 159, 160, 161, 187, 188, 204, 224, 233,
 239, 248, 249, 251, 269, 299

San Roque 59, 67, 79, 82, 83, 124, 130, 146, 149,
 152, 153, 154, 167, 188, 189, 203, 228,
 229, 230, 231, 233, 234, 235, 236, 246,
 248, 252, 253, 258, 259, 260, 299

San Sebastián 67, 69, 82, 83, 130, 131, 146, 149,
 151, 153, 154, 167, 173, 203, 228, 229,
 230, 233, 235, 236, 237, 243, 244, 245,
 246, 248, 249, 252, 253, 299

Santa Clara 36, 119, 133, 154, 156, 167, 189,
 192, 198, 199, 299, 302

Santo Domingo 100, 125, 131, 132, 134, 141,
 143, 149, 155, 157, 173, 174, 181, 186,
 198, 199, 201, 206, 236, 237, 239, 241,
 243, 252, 253, 264, 265, 267, 270, 271,
 293, 299, 302, 306

Shanshayacu 91, 108, 299

Tambo del inca 70, 74

Tomebamba 33, 72, 76, 79, 82, 83, 99, 299, 305

Turubamba 9, 10, 33, 45, 49, 67, 70, 74, 82, 90,
 102, 103, 104, 107, 108, 109, 113, 114,
 115, 116, 118, 119, 120, 121, 123, 124,
 127, 132, 168, 174, 181, 187, 203, 299

Ullaguangachaca 67, 124, 299

Ullaguangayacu 67, 82, 91, 124, 130, 133, 178,
 188, 191, 299

Ungüí 66, 260, 299

Urin/Hurin/Urinsaya 40, 64, 66, 67, 69, 70, 82,
 83, 127, 129, 130, 131, 166, 167, 251,
 260, 265, 299, 306

Yavirac 61, 67, 133, 205, 299

Zámbiza 41, 42, 45, 46, 69, 100, 105, 116, 119,
 299

Zámbiza, quebrada de 41, 46

Zanguña 67, 91, 124, 264, 299

Índice de Gráficos

Fotografías

Gráfico 1. Delimitación aproximada del área de estudio Fuente: Interpretación del texto del “Libro Primero de Cabildos 1534-1537” Fotografía satelital proporcionada por el Instituto Geofísico de Ecuador	14
Gráfico 3. Mapa del Ecuador. Esc. 1: 1.000.000. 2001 Fuente: Lámina publicada por proyecto IRD, Petroecuador, Municipio de Quito, Instituto Geográfico Militar. Quito. 2001	31
Gráfico 7. Topografía de la meseta de Quito Fuente: Carta topográfica 1989. Instituto Geográfico Militar. Ecuador (IGM)	42
Gráfico 10. Cielo de Quito el 6 de diciembre de 1534 Fuente Instituto Geográfico Militar	52
Gráfico 13. Fachada de la iglesia de San Agustín. Foto Colección Ch. Hirtz	56
Gráfico 14. Cuadro del terremoto en Quito Fuente: Colección Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito	58
Gráfico 15. Miguel de Santiago. “Procesión durante la sequía”, óleo sobre lienzo. 137 x 137 cm. Santuario de Guápulo. Foto Colección Ch. Hirtz	59
Gráfico 16. Posible localización del punto de vista del artista para la realización de la pintura. Foto Colección Ch. Hirtz	59
Gráfico 17. Detalle del Panecillo Fuente: Plano de Quito 1734.....	62
Gráfico 19. Posible cuatripartición del territorio de Quito. Fuente: Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional. Quito.....	64
Gráfico 48. Plaza Mayor de Quito en lunes santo. Siglo XIX Fuente: Museo de la Moneda. Bogotá.....	146
Gráfico 49. Fachadas de la plaza Mayor. Siglo XIX. Fuente: Plano de Quito 1875. Pinturas de la Plaza Mayor, autor anónimo. Ministerio de Cultura.	147
Gráfico 50. Quebradas abiertas y plano de 1888. Fuente: Plano de Quito de 1888. Fotografías del Ministerio de Cultura de Ecuador	148
Gráfico 54. Calle y Plaza del Teatro Fuente: Archivo del Ministerio de Cultura.	154

Gráfico 57. La Recoleta en la Exposición Nacional de 1909. Recorte del plano de 1914 Fuente: Plano de Quito 1914. Fotografías del Archivo del Ministerio de Cultura de Ecuador	158
Gráfico 68. Calles con zanja para desalajo de aguas servidas Fuente: Fondo fotográfico del Ministerio de Cultura de Ecuador	185
Gráfico 69. Calles de la Plaza Grande con veredas y empedrado Fuente: Fondo fotográfico del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural de Ecuador	186
Gráfico 70. Calle Maldonado aprox. 1910 Fuente: Archivo del Ministerio de Cultura.....	187
Gráfico 72. Quedrada de Jerusalén rellena para la celebración del centenario de la independencia Fuente: Plano de Quito de 1922	190
Gráfico 73. Las erupciones y terremotos en el espacio público de Quito. Pinturas de Víctor Mideros. Fuente: Colección Ch. Hirtz	194
Gráfico 74. Pintura de Joaquín Pinto. Procesión de la virgen de Guápulo. Fuente: Ministerio de Cultura de Ecuador.....	196
Gráfico 75. Imagen de la venerable Mariana de Jesús con la ciudad en el fondo en el momento del terremoto Fuente: Fundación Compañía de Jesús	197
Gráfico 76. Edificios afectados con el terremoto de 1868. Iglesia de Santo Domingo, Monasterio de Santa Clara Fuentes: Plano de Quito de 1875, levantado por Juan Bautista Menten Fotografías provenientes del Institut für Landerkunde. Leipzig. Autor: Camille Farrand Recopiladas para el Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador	199
Gráfico 77. Edificios afectados con el terremoto de 1868. Iglesia y Convento de San Francisco, Catedral e Iglesia de San Agustín. Fuentes: Plano de Quito de 1875, levantado por Juan Bautista Menten Fotografías provenientes del Institut für Landerkunde. Leipzig. Autor: Camille Farrand Recopiladas para el Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador	200
Gráfico 78. Plazas de Quito luego del terremoto de 1868. La Recoleta, Santo Domingo, San Francisco Fuentes: Plano de Quito de 1875, levantado por Juan Bautista Menten Fotografías provenientes del Institut für Landerkunde. Leipzig. Autor: Camille Farrand Recopiladas para el Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador	201

Gráfico 79. Mirador del Panecillo hacia la Recoleta de San Diego. Quito Autor: Camille Farrand. "San Diego, Quito". Serie; Vistas en el Ecuador. 1237. Publisher E & H. T. Anthony & Co. Estereoscópica en albúmina Dimensiones: 7,6 X 7,6 cm cada imagen. En soporte de 8,2 X 17,1 cm.	202
Gráfico 80. Dibujo de Lisboa sobre los trajes de las mujeres de Quito Fuente: Tomado del libro "Imágenes de identidad". A. Ortiz. FONSALE.....	205
Gráfico 81. La cajonera Fuente: Tomado del libro "Imágenes de identidad". A. Ortiz. FONSALE.....	206
Gráfico 82. La lavandera. Fuente: Tomado de "Ecuador Pintoresco" Pinturas de Joaquín Pinto. Salvat, 1985	207
Gráfico 83. La bañista. Joaquín Pinto. Siglo XIX Fuente: Tomado de "Ecuador Pintoresco" Pinturas de Joaquín Pinto. Salvat, 1985	207
Gráfico 84. Vista de la base medida desde la planicie de Yaruquí. Desde Caraburo hasta Oyambaro Fuente: Dibujo de la Misión Geodésica Francesa. Fotografía colección Ch. Hirtz.....	209
Gráfico 86. La Alameda en 1810 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1810. Autor anónimo. Fotografías del archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.	214
Gráfico 87. La Alameda en 1888 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1888. Gualberto Pérez. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.	215
Gráfico 88. La Alameda 1903 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1903. H. G. Higley. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.....	218
Gráfico 89. Paseo en La Alameda Fuente: Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.....	219
Gráfico 90. La Alameda 1914 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1914. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.	220
Gráfico 91. La Alameda 1914 Fuente: Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.....	221
Gráfico 92. La Alameda 1922 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1922. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.	222

Gráfico 93. La Alameda 1922. Fuente: Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.....	223
Gráfico 94. La Alameda y las obras ejecutadas entre 1932 y 1949 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1949. Instituto Geográfico Militar. Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura. Quito.....	224
Gráfico 95. La Alameda en 1958 Fuente: Detalle del plano de Quito de 1958. Instituto Geográfico Militar. Archivo Ch. Hirtz y archivo Blomberg.....	225
Gráfico 96. El mestizo Fuente: Pintura de Luis cadena “Hombre con poncho”, 1873, Óleo. Archivo fotográfico de la Casa de la Cultura, Sede Quito.....	230
Gráfico 97. Sector de la Aduana Fuente: Detalle del plano de Quito de 1748. Jorge Juan y Antonio de Ulloa.	232
Gráfico 98. Versión de los hechos de la Guerra de Quito según Bernardo Recio Fuente: Detalle del plano de Quito de 1748. Jorge Juan y Antonio de Ulloa.	235
Gráfico 99. Versión de los hechos de la Guerra de Quito según la declaración de un mestizo Fuente: Detalle del plano de Quito de 1748. Jorge Juan y Antonio de Ulloa.	240
Gráfico 100. El Panecillo. Escenario de la guerra de guambras Fuente: Archivo del Ministerio de Cultura.	249
Gráfico 101. Sistema de plazas fundacionales de Quito Fuentes: Plano de Quito: 1734, 1748, 1750, 1810, 1858, 1922.	263
Gráfico 102. Sistema de conventos de las primeras cuatro órdenes religiosas coloniales de Quito Fuentes. Plano de Quito: 1734 y 1888.....	266
Gráfico 103. Parque de la Independencia entre 1870 y 1960 Fuente: Ministerio de Cultura de Ecuador.....	268

Gráfico 2. El área de estudio del espacio fundacional en la meseta de Quito Base cartográfica: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 1989	15
Gráfico 4. Cordillera de los Andes en Ecuador y Hoyas. Base cartográfica: Atlas del Ecuador. F. Sampedro. 1963 Elaboración propia	32
Gráfico 5. Hoya del río Guayllabamba en donde se inserta la ciudad de Quito. Dibujo revisado del libro <i>Algunas reflexiones sobre el Ecuador Prehispánico y la ciudad inca de Quito</i> . Marín de Terán, Luis, Del Pino, Inés. 2004.....	34
Gráfico 6. Mercados prehispánicos en la hoya del río Guayllabamba Dibujo tomado de <i>Algunas reflexiones sobre el Ecuador Prehispánico y la ciudad inca de Quito</i> . Marín de Terán, Luis, Del Pino, Inés. 2004.....	39
Gráfico 8. Señoríos étnicos en la Hoya de Guayllabamba Fuente: Tomado de “ <i>algunas reflexiones sobre el Ecuador Prehispánico y la ciudad inca de Quito</i> ”	44
Gráfico 9. Quito de las cinco leguas. Fuente: Actas del Cabildo de Quito 1664-1669	45
Gráfico 11. Solsticios y equinoccios en la geografía sagrada de la hoya del río Guayllabamba.	54
Gráfico 12. Topografía de la meseta de Quito	55
Gráfico 20. Plano de topónimos en la meseta de Quito. Fuentes: Topónimos extraídos del Plano de Quito de 1932 y Plano de Quito de 1989. Instituto Geográfico Militar	276-277
Gráfico 23a. Emplazamiento de Cuzco, Tomebamba y Quito Fuente: Tomado de tres fuentes: “ <i>Arquitectura Inka</i> ”, Graziano Gasparini. “ <i>Tomebamba</i> ”, Jaime Hidrobo	76
Gráfico 23b.	77
Gráfico 24. Caminos prehispánicos en la Hoya de Guayllabamba Fuente: Modificado de “ <i>Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad inca de Quito</i> ”	78
Gráfico 25. Hipótesis sobre el Quito Prehispánico Fuente: Base cartográfica de Quito 1989. Elaboración de la autora	80
Gráfico 26. Distribución de parroquias en el siglo XVI en Quito. Fuente: Redibujado del libro “ <i>El Pueblo de Quito</i> ”, Martin Minchom.....	81

Gráfico 28. Sitios arqueológicos formativos Fuente: Tomado de “Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito”	87
Gráfico 29. Sitios arqueológicos del periodo de Desarrollo Regional Fuente: Tomado de “Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito”	88
Gráfico 30. Sitios arqueológicos del periodo de Integración Fuente: Tomado de “Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito”	88
Gráfico 31. Plano de quebradas de Quito Fuente: Peltre. Riesgos Naturales en Quito. Plano topográfico de Quito 1989	278-279
Gráfico 39. Localización de las casas de la nobleza de Quito en el siglo XVIII Fuente: Redibujado del libro Familia, Honor y Poder de Christian Büschges	122
Gráfico 40. Plano de Quito siglo XVI. División del sector Anan y Urin en Quito Fuente: Base cartográfica plano de Quito 1989. IGM.	130
Gráfico 41. Sistema de plazas y relación con el territorio de Quito Fuente: Base cartográfica del Plano de Quito 1989. IGM	133
Gráfico 42. Detalle de la relación entre plazas coloniales como sistema Fuente: Base cartográfica Plano de Quito 1989. IGM.....	134
Gráfico 43a. Repartición de solares en la fundación de Quito Fuente: Actas del cabildo de Quito (1534-1538)	135
Gráfico 43b.	136
Gráfico 104. Plaza de San Francisco en su contexto topográfico y construido Fuente: Plano de Quito 1989 en digital. Curvas de nivel cada cinco metros. Elaboración propia.....	270
Gráfico 105. Plaza de Santo Domingo en su contexto topográfico y construido Fuente: Plano de Quito 1989 en digital. Curvas de nivel cada cinco metros. Elaboración propia.....	271
Gráfico 106. Parque de la Independencia en su contexto topográfico y construido Fuente: Plano de Quito 1989 en digital. Curvas de nivel cada cinco metros. Elaboración propia.....	272
Gráfico 107. Parques de La Alameda y El Ejido en su contexto topográfico y construido Fuente: Plano de Quito 1989 en digital. Curvas de nivel cada cinco metros. Elaboración propia.....	273

Planos Consultados

Croquis de Quito de 1573. Autor anónimo. Plumilla en tinta sepia. Sin escala. Dimensiones 43 x 58 cm. El plano se encuentra como anexo a la Descripción anónima de la ciudad de Quito (1573), que corresponde al interrogatorio enviado por Felipe II a las autoridades de las Indias.

Plano de San Francisco de Quito. 1734. Dionisio Alcedo y Herrera. En color. Escala en varas castellanas. Dimensiones: 567 X 831 cm.

Plano de Quito. 1748. Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Grabado. Blanco y negro. Escala en toesas. Dimensiones: 487 x 315 cm.

Plano de Quito. 1750. Charles Marie de la Condamine. Grabado. Blanco y negro. Escala en toesas. Dimensiones: 262 x 197 cm.

Plano de Quito. 1810. Anónimo, atribuido al Marqués de Selva Alegre. Color. Escala. Dimensiones: 73 x 52 cm.

Plano de Quito. 1858. Manuel Villavicencio. Grabado. Blanco y Negro. Escala en toesas. Dimensiones: 39 x 24 cm. Editado en Nueva York.

Plano de Quito. 1875. Juan Bautista Menten. Grabado por Emilia Rivadeneira, Quito, 1875. Escala 1:4.000. Dimensiones: 67,6 x 54,7 cm.

Plano de Quito. 1888. Gualberto Pérez. Impreso en color sobre papel. Escala. 1:3.000. Dimensiones: 92,3 x 72,3 cm. Litografiado por Erhardt Hermanos. Impreso en París.

Plano de Quito. 1903. H. G. Higley. Impreso en color sobre papel. Sin escala. Editado en New York. Copia del original Impreso por el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito. Dimensiones: 82 x 58 cm. Quito, 2007 Imprenta Mariscal.

Plano de Quito. 1914. Publicado por orden del Intendente General, Sr. Don Antonio Gil, para uso del cuerpo de policía. Impreso en color sobre papel. Escala 1:6.000. Quito.

Plano de Quito. 1922. Producido para la celebración del Centenario de la Batalla de Pichincha -24 de Mayo de 1922- Por el Estado Mayor del Ejército. Litografía en color sobre papel. Escala: 1:15.000. Cartógrafos: tenientes Eladio Rivadeneira y Luis Herrera. Impreso por la Escuela de Bellas Artes de Quito. Dimensiones del documento original según Luis Telmo Paz y Miño: 46,1 x 19,8 cm. Quito.

Plano de Quito. 1932. Servicio Geográfico Militar. Impresión en blanco y negro sobre papel. Escala 1:20.000. Dimensiones: 47 láminas (planchetas) de 41,7 x 18,8 cm. Quito.

Plano de Quito 1947. Servicio Geográfico Militar. Levantado para localizar los principales edificios de la ciudad. Offset del Instituto Geográfico Militar en colores realizado en 1950. Escala: 1:10.000. Dimensiones: 83,2 x 48 cm. Quito.

Índice de Cuadros

Cuadro 1. Número de habitantes por región geográfica en el 2010 Fuente: INEC. Censo de Población y Vivienda 2010.....	32
Cuadro 2. Relación de población y área de Quito Fuente: Atlas Infográfico de Quito. 1990.....	37
Cuadro 3 Frecuencia de uso de topónimos en el espacio fundacional de Quito Fuente: elaboración propia.....	67

Colaboraciones

SENESCYT- Ecuador, Juan Paz y Miño, Alfonso Ortiz Crespo, Angel Justo Estebaranz, María Antonieta Vásquez Hanh, César Páliz, Edwin Cevallos, María Aguilera, Marleen Haboud, Ernesto Farinango, Gil Baillard; Marcela Blomberg, Christoph Hirtz, Adriana Díaz; Ximena Carcelén, Carmen Corbalán de Celis; Fausto Cárdenas, Daysi Portalanza, Gabriel Aguirre, Stefanía Quezada, Marianela Guevara; Cecilia Unda Freire, Carlos Reyes, Blanca Tenorio, Martha Carrillo Castellanos.

Anexos

Anexo 1. Cuadro de topónimos quechuas con traducción. Elaborado por el señor Ernesto Farinango.....	315
Anexo 2. Informe del presidente de la Real Audiencia de Quito, Dionisio Alcedo y Herrera al Rey de España sobre la reedificación del puente de La Merced en Quito. Archivo General de Indias, Sevilla, 8-VII-1732. Quito 132,2. Colaboración Ángel Justo Estebaranz.....	321
Anexo 3. Cuadro síntesis del contenido del Libro de Remates de los Ejidos de Quito 1802-1822. Fuente: Archivo Municipal de Quito. Elaborado por Inés del Pino.....	333
Anexo 4. Diario de la Segunda Sublevación. Biblioteca Nacional de Colombia. Libros raros y curiosos. Ms 179,223. Año 1765. Folios. 8. Documento digital proporcionado por la biblioteca.....	341

Anexo 1

TRADUCCIÓN TÉRMINOS KICHWAS DE LUGARES - QUITO

Nro.	Nombres de lugares en kichwa	Significado Literal	Significado en oración	Observación
1	Pusuqui	Lugar o sitio siembra	Sitio de siembra	http://www.mis-frases.org/imagenes/ver/5186
2	Loma Lulunurku	Loma;huevo;colina	Loma o colina en forma de huevo	loma o urku es lo mismo
3	Parcayacu	Ancho; abierto Agua	Rio que baja en forma ancha o abierta por una quebrada	
4	Guagrahuasi	Ganado; casa	casa para ganado	
5	Cotocollao	Elevación; en medio de una planicie	Elevación en medio de una planicie	Cutu - cullau
6	Atucucho	Lobo; rincón	el rincón de Lobos	
7	Yucupugro	Agua; ondonada	Lugar ondonada de agua	Posiblemente es yacupugro
8	Runachanga	Indígena; Pierna	Pierna de indígena	
9	Cochapamba	Laguna; llanura	llanura de agua en forma de laguna	pantano
10	Condorrumi	Condor; piedra	piedra que pertenece o descansa el condor	
11	Rumipamba	Piedra; llanura	llanura de piedras	
12	Loma Ingapirca	Loma; Inca muro	Loma el muro del Inca	
13	ChaupiCruz	Mitad, centro ;Cruz	Cruz solitaria en medio de otros ó cruz incompleta	
14	Laguna Yumbococha	laguna; Brujo cocha	Laguna o cocha para brujos	
15	Ushapugro	Paja; ondonada	Lugar ondonada de paja	Posiblemente es ugsha=paja
16	Barrio Toctiuco	B. Tocte; interior ucu	Barrio dentro del Tocte	
17	Turu ucu	Lodo; interior o cuarto	lodo en la parte interna	
18	Q. Rumichaca	Rumi=piedra, puente	Puente de piedra	
19	Rumiñahui	Piedra; ojo o cara	Cara de piedra	
20	Loma Yuracyacu	Loma; blanca; transparente; agua	agua transparente de la loma	en esta parte blanca se puede sobreentender limpia
21	Sunipamba	Extenso o largo;llanura	llanura extensa	se usa para dar tamaño de longitud
22	Atahualpa	Ata-wallpa "gallo"	ave de la fortuna	
23	Guaguaurcu	Guagua; cerro,monte, montaña, colina, volcán	Volcan pequeño	guagua se refiere aquí no niño se pequeño
24	Alpahuasi	Tierra; casa	Casa de tierra	
25	Chaguarquingo	Penco o cabuyo, maguey; zigzag,curva,sinuosidad	maguey asentados en forma de zigzag	
26	Luluncoto	Huevo; loma	loma en forma de huevo	
27	Chiriyacu	Fria;agua	Agua fria	
28	Turubamba	Lodo; valle	valle del lodo	
29	Cruzhuaycu	Cruz;quebrada	Quebrada en forma de cruz	
30	Conocoto	Abrigada; loma	Loma Abrigada	viene de Cunuk=abrigado
31	Cerro Angamarca	Cerro Gavilan	Monte o lugar de Gavilanes	Gavilánéz proveniente de Gavilán, en Quichua lo encontramos como el topónimo "Angamarca (http://www.elmercurio.com.ec/464165-antroponimia/#.VO_qXnyG9QE)
32	Chitaloma	Loma; chivo	Loma que habitan chivos	
33	Rumiloma	Piedra; loma	Loma que contiene piedras	
34	Guangopolo	Princesa;Principe	Princesa y Principe	El nombre de Guangopolo se deriva de la unión de dos altos reyes de diferentes comunidades: "Guango" que en lengua quichua significa "Princesa" y "Pulu" que significa "Príncipe". También se dice que " Guango " fue el primer nombre de este territorio; ya que sus habitantes tenían cabello largo y se hacían trenza (guango)

TRADUCCIÓN TÉRMINOS KICHWAS DE LUGARES - QUITO

Nro.	Nombres de lugares en kichwa	Significado Literal	Significado en oración	Observación
35	Q. Tangayacu	Quebrada; agua sin sabor	Quebrada que contenía agua sin sabor	Puede ser Yangayacu
36	Rumihuaycu	Quebrada, piedra	Quebrada de piedras	
37	Q. Auqui Alto	Quebrada principe; alto	Quebrada denominada Principe alto (puede ser por la forma que tiene)	auqui=principe
38	Q. Saucopamba	Quebrada árbol; planicie	Quebrada que tenía planicie de arbol de sauco	sauco=arbol
39	Cununyacu	Caliente; agua	Agua Caliente	
40	Q. Chacana huaycu	Escalera o grada; Quebrada	Quebrada en forma de puente	
41	Coripogyo	Oro; vertiente	vertiente de oro	Palabra correcta curipugyo
42	Trigoloma	Loma; Trigo	Loma de trigo	
43	Uraloma	Abajo; loma	Loma ubicada en la parte de abajo	
44	Jacaranda			Posiblemente nombre de un arbol
45	Q. Chintahuaycu	Quebrada; chamisa	Quebrada lleno de ramas de palo en forma de circulo	
46	Q. Jatunhuaycu	Quebrada; grande	Quebrada grande	
47	Q. Guantahuaycu	Quebrada; Guanta	Quebrada de animales de Guanta	
48	Q. Porotohuaycu	Quebrada; Poroto	Quebrada donde existe fréjoles	
49	Chaupichupa	mitad; cola, rabo	Mitad de cola	
50	Carapungo	piel; pellejo, cascara, cuero y puerta	puerta forrado de piel (posiblemente de animales)	
51	Churoloma	Caracolillo; Loma	Loma donde existen caracolillo	
52	Loma Pucará	Loma; Fortaleza, sagrado	Loma lugar de fortaleza o sagrado	
53	Q. Curiqingue	Quebrada; Curiqingue	Quebrada donde habitan (aves)Curiqingue	
54	Chaupiloma	Mitad; centro Loma	Loma solitaria en medio de otras lomas ó loma incompleta	
55	Loma Pucalpa	Loma;		
56	Shuyopamba	Rayado; planicie o llanura	llanura de forma rayada	
57	Jorno Loma	Horno; loma	Loma tipo horno	
58	Chacanapata	Grada u orilla del final; mirador	escalera o grada para llegar al mirador	
59	Sigsicunga	Planta; cuello	lugar de planta en forma de cuello	
60	Cashapugru	Espina; ondonada	Lugar de espina ondonada	
61	Cashaloma	Espinas; Loma	Loma de espinas	
62	Puntarumi	Adelante, primer; Piedra	Primera piedra	
63	Loma Aluhuaycu	Loma Lobo Quebrada	Loma quebrada de los lobos	Puede ser Atuhuaycu
64	Alagulla	*		
65	Catzuqui	*		
66	Pisuli	*		
67	Troyapamba	*		
68	La Pulida	*		
69	El Inca	Autoridad, supremo	Autoridad	
70	Iñaquito	*		
71	Chumichamba	*		
72	La tola	*		
73	Loma Ungui	*		
74	Loma Tarma	*		
75	Isoloma	Planta Iso; Loma	Loma de plantas de Iso	
76	Epiclachima	Nombre militar indigena		
77	Machangara	Arroyo		Matchan = arroyo

TRADUCCIÓN TÉRMINOS KICHWAS DE LUGARES - QUITO

Nro.	Nombres de lugares en kichwa	Significado Literal	Significado en oración	Observación
78	Chillogallo	*		
79	Bugarin	*		
80	Chachas	Juguete		
81	Piscingalli	*		
82	Balvina	*		
83	Yahuachi		Mi Casa grande	idioma Tsachila
84	Ushimana	*		
85	Guajaló	*		
86	Alangasi	*		
87	El Arrayan	*		
88	Huacamayo	*		
89	Lumbisi	*		
90	Togllas	*		
91	Palococho	*		
92	Caizaloma	*		
93	Guarcorumi	Colgar; Piedra	Piedra colgada	
94	Yanasarapata	Negro; maiz;peldaño	Peldaño oscuro de maiz	si es Yanasarapata
95	Los Guabos	*		
96	Q. Tajahuaycu	Partido; Quebrada	Quebrada partido en tajas	
97	Guapulo	*		
98	Guanguiltagua	Loma de las cuatro caídas de aguas	La palabra (qa)wan(a)-wil-k(a)-(ha)ta-(ta)wa o (qa)wan(a)-wil-k(a)-l(aw)-tawa, estaría estructurada por otras dos, cuyo significado sería entonces: "Mirador sagrado" y "techo de cuatro lados" (pendientes, caídas, aguas)	http://mariovasconez.blogspot.com/2011/08/ecuador-10-el-parque-metropolitano.html
99	Inchapicho	*		
100	Q. Zambiza	Hoja hecho Punta	El origen de la palabra ZÁMBIZA; tiene sus raíces en el idioma Maya y Quichua: TSAN que significa "punta" y PIZA que en el dialecto quichua significa "Arbusto de hojas amargas" (CARRASCA).	http://www.parroquiazambiza.gob.ec/historia
101	Q. Gualo	*		
102	Q. Piman	*		Pinan=Planta Silvestre
103	Collaloma	Señora noble; Loma	Loma de las señoras nobles	
104	Vilcabamba	sagrado; valle	Valle sagrado	http://www.vilcabamba.es/index.php/informacion-general/2-el-significado-de-vilcabamba.html
105	Guamani	grande venado fuego		https://books.google.com.ec/books?id=j3Pf02k04hcC&pg
106	Calicuchima	*		
107	Tingo	Unión, encuentro	Union de carreteras, encuentro de 2 rios	dialecto de Cotopaxi
108	Chinchinloma	*		
109	Chitahuaycu	Chivo;Quebrada	Quebrada de los chivos	
110	Ingahuaycu	Inca; Quebrada	Quebrada de los incas	
111	Rumihuasi	Piedra; Casa	Casa de Piedra	
112	Turucucho	Lodo; Rincon	Rincon de lodo	
113	Atunchacana	Grande; escalera o puente	Puente o escalera grande	
114	Pishiwaycu	Poco; Quebrada	Chorro de agua en pequeña cantidad	

NOTA: CHACA ES PUENTE; CHACANA ESCALERA SE USA DEACUERDO A LA ORACION QUE SE DEBE DAR O LUGAR

Anexo 2

El Presidente de la Real Audiencia de Quito

A
Señor

8.VII.1737

Hace descripción Geographica de la Situación, y planta de aquella Ciudad, y dice que estando dividida por cinco profundas Quebradas se comunica por diez, y seis Puentes, y que de estas la principal del Barrio de la Mica que fabricaron los antiguos de Cayo el año de 1714, y no se aya podido volver a reedificar por su mucha costa, y la suma pobreza de los Vecinos, y a tras de las rentas de propios por cuya razón no la pudieron reedificar sus antecesores; pero que sin embargo de esta dificultad emprendió, y dio providencias para su fábrica, y se la comitió al Cap. D. Sabinio Antonio Garcia de Semor, Alcalde Ord. haciendo el mismo Presidente el modelo, y disposición de la fábrica, y la consiguió, y acabó el año de 1731, con el costo de tres mil seiscientos setenta, y siete p. de los efectos que se compraron de los cuales suplió dho. Alcalde ordinario los dos mil quatrocientos ochenta, y siete p. de que hizo cesión Juridica en servicio de V. Mag. como todo consta en el testimonio que incluye, y del plano topographico que tambien acompaña pidiendo aprobación de dicho servicio, y que V. Mag. se sirva mandarle dar gracias a dicho D. Sabinio Antonio Garcia de Semor del servicio hecho en la fábrica de dicho Puente, y en la cesión del alcance de dos mil quatrocientos ochenta, y dos pesos que suplió de su caudal en ella.

Los Partidos que componen el distrito de esta Real Audiencia que son al Sur las Provincias de Saen de Bracamoros, Soxa, Cuenca, Riobamba, Guayaquil, Limbo, Hambato, y Latacunga y al Norte el Asiento de Otavalo, la Villa de San Miguel de Abasco y las Ciudades de Pasto, y Popayan, y al Levante la dilatada Cordillera que abraza el continente desde el Istmo de Tierra firme hasta el Estrecho de Magallanes, y al Poniente el formidable Volcan de Pichincha, Montañas, y Pueblos de los Indios Colorados, y costas de la



Mar del Sur. Es capital esta Ciudad
de Lunto antigua Corte con la del Cusco &
sus primeros Barbaros Principes Si-
tuada en 278 grados de Longitud del Me-
ridiano de la Isla de Benense, y 28 mi-
nutos de un grado de Latitud Austral
apartada de la Equinoccial en un terreno des-
igual, y dividido de cinco Rios, o quebra-
das que descendiendo de la cumbre del Bol-
can corren por las Madres de sus pen-
dientes cauces hasta juntarse en distan-
cia de cinco Leguas con el caudaloso Rio
de Guayllabamba el qual siguiendo el
curso de sesenta Leguas desemboca
por uno de los Puertos de la Provincia
de Barbacoas en la dilatada costa del
Mar pacifico confundiendo el Orden de
la Poblacion con la Desigualdad de
tal forma q se une y se comunica por

los encajes de los Puentes que facilitan el
transito a los Vecinos en aquellos tiempos en
que la abundante copia de las lluvias aumenta
las crecientes de los Rios, entre las quales
era la de mayor combeniencia, y alivio a esta
necesidad la Puente del Barrio de la Merced
construida por los primeros Conquistadores
en la principal quebrada que divide la Vecin-
dad a quatro quadras de la Plaza mayor de
un quartel principal de la Ciudad q. comprende
el Barrio de la mas numerosa Parrochia
de S. Roque, y el Convento de S.
Francisco, y preciosas Calles del Monas-
terio de S. Clara, y de la Recolect.
de S. Diego la qual por inopia del
Tiempo continuada imbecion de las aguas,
y descuido de los Moradores desquixaron
las crecientes sus simientos, y teniendo
por muy dificultoso su reparo la desparon

dehacer hasta la Última Puerta en que
precipitada alo profundo de la quebrada
se llevaron toda la fabrica las corrientes
El año de mil setec.^{tos} y catorze quedando
solo vn bastion de los dos q^e formauan
la Casa del vn Viro al otro del ancho
de media Vara, por el qual pasava solam^{te}
con gran Vezgo la gente que por menos
medrosa ò por escusar el Largo Vodes
de las otras Calles se empenava en el
peligro de tan dificultoso paso, si guien-
dose de la frecuencia, y dificultad de
ste tránsito, y de la temeridad, ò pericia
de los pasajeros repetidos accidentes, y
desgracias que solo seruian de escarm.^{to}
alos mismos q^e las Copejimentauan,
pues sin las muchas q^e al tiempo de
Recuirme en la posesion de Vtos empleos
el año de 1727, me informaron que avian

precedido antecedente^{te}. sucedieron en aquellos
primeros meses los tres lastimosos acci^{tos}
de averse hallado muertas tres Personas
en lo bajo de la Huebrada, la una el día
nueve de Enero, la otra el día doce de Febrero,
y la otra el día catorce de Abril, y lasti-
mado, y justam^{te} compadecido de que en una
Ciudad tan extendida, y Poblada cabeza
de un Obispado que es el primero despues de
los dos Metropolis, y asiento de una R.
Audien^{cia}, y de los otros Tribunales que
componen una Republica ordenada por el
Catolico, y soberano Dominio de S. Mag.
se mantubiese en la ruastro tan infeloz
Ocasión de tantas desgracias, y desbarato
de una Poblacion que tubo tanto esplendor
y Opulencia desde el tiempo de sus antiguos
infieles Dominantes con descripción de
aquel principal Barrio de la Ciudad per-
dida de sus Casas, y de los Censos, y



Capellanas impuestas en ellas propuse al
Cabildo Justicia, y Regimiento el orden
de dar providencia à su Reedificación, y se
me hizo presente que era materia impracti-
cable, por q̄ conociendo la misma necesidad
Dⁿ Juan de Sosaya Cavallero del Or-
den de Santiago, y Dⁿ Santiago de
Sarrayn Cavallero de la misma Orden
Presidentes q̄ fueron de Sta Real
Audiencia, y ultimos antecesores míos
en Vtos Cargos auyan intentado lo mismo
y no lo auyan podido poner en Execuc^{on}.

Respecto del crecido costo que auya de tener
la Fabrica constando por vna Descripción
del antiguo Puente que auya costado
nueve mil pesos, y que al presente aunq̄
auya de ser mucho menos respecto de los tiem-
pos, no era possible stando Reducida la
Vecindad a vna total pobreza, y miseria

de los propios de la Ciudad empeñados toda
via en los gastos del Vecindamiento que hizo
el año de 1719 al Virrey Dⁿ Joseph de
Villalonga quando hizo tránsito por esta
Ciudad para la de S^{ta} Fe; pero hazien-
dome mas fuerza que todas Vtas considera-
ciones la necesidad de la utilidad publi-
ca, y que aun las cosas muy fáciles si no se
empiezan no se consiguen, ni acaban di-
Orden por auto de 23 de Abril del mis-
mo año de 1727, al Ill^{mo} R. Dⁿ
Joseph Antonio de la Carrera que suplia
la vaca de Alcalde ordinario por de-
xacion del M^{re} de Campo Dⁿ Greg^o
Matber, y Villamayor y desde luego
acauase de desmontar la ruina del Puen-
te antiguo que dexaron las crecientes de las
aguas y lo mismo formé el modelo para
reedificar los Vnivos Sillares, y poner
encima el medio circulo de la Arca, y

abrazax con dos bastiones el dia metro
de vna. Calle à otra, y conrex el plano
con terraplen que hiziese un cuerpo solidio
de vna figura perfecta, y hermosa sobre
cuya planta empezo a obrax el referido
Alf. R. con Ocho cientos pesos que le mi-
nistro el Cabildo de las Ventas de sus propios
hasta el primer dia del año siguiente que
aviendo salido electo por Alcalde Ordinal
el Cap. D.º Jacinto Antonio Garcia
de Lemos sujeto de muy conocida calidad en
esos Reynos, y de muy executivado
Zelo, y actividad, y que podia suplir à
los gastos de la expresada obra por ser per-
sona acaudalada procure impenante en el
asumpto, y le confirió la Comision que an-
tecedentemente avia dado al Alf. R.
con cuyo encargo, y estímulo de su propio
honor, y con el empeño de dexar en su tiempo
y en el de su gobierno un beneficio tan

importante ala Salud, y conveniencia publica
de toda la Ciudad empezó el día 20 de Ju-
nio del mismo año de 1730, à continuar
sobre lo que ama obrado el M.^o D.^o y
con Direccion mia; y asistencia personal
de dos horas cada dia la una por la mañana
y la otra por la tarde feneció, y acavó la fabri-
ca de ambos Arcos, y la clave del Arco
y los dos bastiones, ó Murallas de los costa-
dos, desde el referido dia hasta el 23 de
Agosto del año siguiente de 1731; pero
faltando lo ultimo, y de igual trabajo, y
mucho mayor costo que era llenar el Cajon
formando el Ferraplén p. cerrar el Plano
y unir las Calles sobre el Cuerpo de la Puente
era materia impracticable que este mismo
Comissario lo hiziese sino en muy largo
tiempo, y a una muy crecida costa de Doña-
les, en cuya dificultad discurre el me dia



de convidar por dias en el Augusto, y
soberano nombre de S. Mag.^o a todos
los Pueblos de la Jurisdiccion de las
cinco Seguas escribiendo papeles de
Oficio a los Curas, y Coadjutores para
que viniesen con toda la gente de sus Pue-
blos, y Doctrinas a hazer el Texa-
pLEN en forma de faja de abaxo de Van-
deras al son de las Casacas en cuya
forma sin q^e huviese costado cosa al-
guna mediante la honrosa puntualidad
y buen zelo de los Curas de los Pue-
blos por espacio de dos meses, y veinte
dias, echando Texa desde las cinco de la
manana hasta el medio dia asistiendo yo
personalm.^{te} a los Pueblos selleno, y acabo
el TexapLEN el dia 20 de Diciembre
del año pasado de 1731, y sobre el tendio
el empedrado dicho D.ⁿ Jacinto, y

Anexo 3

TRANSCRIPCION DE ACTAS DE REMATE DE LOS EJIDOS DE QUITO. 1802, 1804, 1811,1813,1816,1822

Turubamba					Añaquito			
Año	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar
Octubre 1802		Domingo Quintana	30	Sitio denominado potrero. Pueblo de La Magdalena				
	Don Joaquín Sánchez de Orellana	Marqués de Villa Orellana	30	Inmediata a hacienda El Calzado				
	Marqués de Selva Alegre	Agustín Pintado	43					
	Mariano Guerrero	Agustín Pintado	43					
	Convento San Francisco	Carlos Béles de Álava	33					
	Francisco Xavier de Bustamante	Don José Aguirre	75					
	Francisca Ripalda y Antonio Calderón	José Paredes	30					
	Dña María Jacinta Herrera	José Guarderas	30					
	Dña Isabel Romero	Marqués de Selva Alegre	30					
	... Bonilla	Mariano Escudero	46					
	Ventura Araujo	Atanasio Olea	50					
	Monasterio de la Concepción	Manuel Bonilla	40					
	Andrés Salvador	Andrés Salvador	30					
	Marquesa de Maenza	Pedro Espinosa	68					
	Felipa de Herrera	José Guarderas	30					
	Antonio Abad	Manuel de la Cruz	43					
	Joaquín Tinajero	Don Joaquín Tinajero	30					
	Don Joaquín de Arteta	Marqués de Selva Alegre	55					
	Marques de Solanda	Don Guillermo Valdivieso	40					
	Don Juan Pazmiño	Javier de Olivera	43					
	Convento de los Bethlemitas	Convento de los Bethlemitas	66					
	Venta tierras sobrantes	José Vergara Gaviria	35	Tierras sobrantes de lo que se halla asignado a la posta de correo				
	Sin antecedente	Juan Antonio Coba	30	Seis cuadras de tierra				
	Herederos de Don Andrés Salvador	Andrés Salvador	30					
Doña Felipa de Herrera	Don Mariano de Larrea	60						
Finado Don Antonio Bolaños	Don Antonio Bolaños	30						
Marquesa de Solanda	Don Luis Araujo por Marquesa de Solanda	60						
Don José Ypinza	Don Joaquín Pintado	65						
Marzo 1803	Don Pedro Espinosa	Mariano Espinosa	55		Mariano Arias	Don Fabiano Puyol	15	Por las dos quebradas hasta dar en el camino de encima de loma del Batán
	Marques de Villaorellana	Don Joaquín Sánchez	30	Se asume Turubamba por otro terreno arrendado	Doña Manuela Monteserrín	Don Miguel Castillo	17	Tierras contiguas al Batán
					Doña Manuela Monteserrín	Don Manuel Zambrano	11	El resto del terreno de Doña Manuela Monteserrín

TRANSCRIPCION DE ACTAS DE REMATE DE LOS EJIDOS DE QUITO. 1802, 1804, 1811,1813,1816,1822

Turubamba					Añaquito			
Año	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar
Marzo 1803					Don Juan Manuel Muñoz	Don Carlos Salazar	30	Se asume que es Añaquito por la secuencia de remates
					Tierras que ocupa Don Juan Pío Merizalde	Don José Layseca	11	12 caballerías que estuviesen más inmediatas a la hacienda de Don Juan Pío
					Tierras que ocupa Don Juan Pío Merizalde	Don José Alvarado	11	Sobrante tierras de Don Juan Pío Merizalde
Junio 1803	Hospital Real de la Caridad	Hospital Real de la Caridad	30					
	Tierras cedidas por Doña Jacinta de Herrera	Don Gregorio Padilla	35	13,5 cuadras. Por la secuencia se asume que el terreno estuvo en Turubamba				
	Tierras cedidas por Doña Jacinta de Herrera	Don Antonio Calderón	35	Tierras sobrantes de la propiedad cedida por Doña Jacinta de Herrera				
	Don Antonio Calderón	Mariano Hernández	35	Venta de la mitad del terreno de Antonio Calderón				
Agosto 1804					Nicolás Calisto y Borja?	Don Luis Quijano	23	Terrenos numerados. Este remate va desde el 5 al 10
					No menciona anterior propietario	Don Pedro Espinosa	31	Una y media acaballerías de terreno contiguo al que poseen los indios Lincangos y Cóndores del pueblo de Zámbriza
					Escribano Real Don Ramón Maya	Don Ramón de Maya	9	Cuatro y media caballería desde la zanja de dicho Maya hasta el pie de la quebrada
					No hay arrendatario anterior	Don Pedro Espinosa	9	Cuatro y media caballería que están desde la zanja de la hacienda de Ramón Maya hasta las tierras de Espinosa
					Indios de Zámbriza	Protecturía de Indios de Zámbriza	9	El terreno que tenían ocupado antiguo y modernamente
					No tiene arrendatario anterior	Don Domingo Aizpuru. Cura del pueblo de Yaruquí	9	Camino que va de esta ciudad a la Carretas, por el otro el que va del pueblo a Cotocollao y por esta parte la entrada de la hacienda del Dr. Xavier Tordesillas
					Ausencia del propietario	Don Baltazar Zurita	10	4,5 caballería, terreno 19,20 y 21 anterior
					No hay arrendatario anterior	Doctor Juan del Corral en representación de Mariano Gavino y Juan Hidalgo	9	Quebrada de Runachaga y los dos caminos desde el punto donde está la cruz y el otro para el callejón de Carretas
					No hay anterior arrendatario	Protecturía a nombre de Lorenzo Lincango, Mariano Limbaña, José y Tomás Limbaña	9	Todo el terreno que hubiese entre los dos terrenos rematados en la protecturía para el común de los indios y Mariano Limbaña
Diciembre 1804					Sin arrendatario anterior	Don José Zaldumbide	25	Desde el desagüe del total hasta la quebrada que pasa por la hacienda del procurador Mariano Jaramillo. Terreno nuevamente mensurado
					Sin arrendatario anterior	Don Mariano Merizalde	12	Desde el desagüe del total hacia el camino del batán, para las carretas el término asignado al pasto público, el dicho camino y por la parte de arriba hasta donde cupiese la caballería.

TRANSCRIPCIÓN DE ACTAS DE REMATE DE LOS EJIDOS DE QUITO. 1802, 1804, 1811, 1813, 1816, 1822

Turubamba				Añaquito				
Año	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar
Diciembre 1804					Sin arrendatario anterior	Don Manuel Zambrano	12	Por abajo en el término del terreno rematado en Don Agustín Baca, por los lados los mismos que enteceden y por arriba hasta dar con el terreno anteriormente rematado en el Dr. Luis Quijano.
					Sin arrendatario anterior	Doña Manuela Monteserrín	12	Por abajo el término del terreno rematado en Don Xavier Pazmiño, por un lado del total, por el otro el camino real del Batán, a las arretas por arriba hasta donde cupiese la caballería.
					Sin arrendatario anterior	Don Joaquín Tinajero y Guerrero	12	Por abajo con el término del terreno rematado en el Capitán Don José Zaldumbide y por arriba hasta donde terminase la caballería.
					Sin arrendatario anterior	Don Joaquín Mancheno	12	Por abajo y por arriba con el terrenos que según la mensura le diesen al que tienen hecha la postura y por los lados Nicolás Calisto y Jaramillo.
					Sin arrendatario anterior	Don Nicolás Calisto en nombre del Marqués de Maensa	21	Terrenos 7 y 8. Por un lado y por abajo con el total, y por el otro lado con el término del terreno que en los remates pasados se verificó en el Dr. Luis Quijano y por arriba con el camino real de Chaupicruz
					Sin arrendatario anterior	Don Nicolás Calisto	25	Por abajo y por un lado el total por el otro con el término que se designase según la mensura a Don Manuel de Larrea, y por arriba con el camino real de Chaupicruz.
Mayo 1811	Dn. José Vergara Gaviria	Dn. Ignacio Ortiz de Cevallos	30		Parece Turubamba si son las de José Vergara	Don Joaquín de la Barrera	17	Las mismas que tenía en igual arrendamiento el difunto administrador de correos Don José Vergara Gaviria.
Enero 1813	Manuel Cruz	Don Mariano Zárate	25					
	Dña. Jacinta Herrera	Don Mariano Ponce	30					
	Don Domingo Quintana	Don Gabriel Quintana	30					
	Don Guillermo Valdivieso y el de Petrona Villagómez	Don Nicolás Mestanza	62					
	Don José Aguirre y Juan Pazmiño	Don José Villandrando	50					
	Don Mariano Bolaños	Don Ascencio Mateu	30					
	Don Juan José Guerrero	Don Gregorio Padilla	44					
	Doña Manuela Olais	Don Luis González en representación de Manuela Olais	30	Terreno frente del calzado				
	No hay nombre de arrendatario anterior	Don Juan Herdoiza para su suegra Manuela Olais	30	Terreno de la posta de correo				
	No hay arrendatario anterior	Don Pedro Lara	30					
	Don Joaquín Pintado	Don Mariano Ponce	43					
Don José Terán	Don Ascencio Mateu	30						
Don Andrés Salvador	Don Francisco Salvador	30						

TRANSCRIPCION DE ACTAS DE REMATE DE LOS EJIDOS DE QUITO. 1802, 1804, 1811,1813,1816,1822

Turubamba					Añaquito			
Año	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar
Enero 1813	Don Ramón Araujo	Don Ramón Araujo	30					
	Don José Paredes	Don José Miño en representación de Doña Josefa Cuesta	30					
	Fernando Figueroa	Don Manuel Salvador	32					
	Marquesa de Solanda	Don Carlos Calisto y Borja	60					
	Doña Felipa Herrera y antes Marquesa de Solanda	Vicente Solís	60	Beaterio				
	Don Ignacio Pazmiño	Don Ignacio Pazmiño	30					
	Don Mariano Bolaños	Don Mariano Bolaños	30					
	Manuel Coba?	Manuel Coba	35					
	No hay referencia de arrendatario anterior	Don Joaquín Meneses	36	Terreno conocido como La Tabaquería				
	Don Gregorio Padilla	Don Gregorio Padilla	30					
	Don Vicente Solís	Don Vicente Solís	51	Hacienda a las tierras que poseía el Beaterio				
	Don Antonio Calderón	Don Antonio Calderón	30					
	Don Ascencio Santa Cruz	Don Ascencio Santa Cruz	8	Cuatro cuadras del ejido de Turubamba. 2 pesos cada una				
Don Antonio González	Don Mariano Zárate	30						
Febrero 1813	No menciona anterior arrendatario	Don Joaquín Yerovi	30	Sumipotrero y Turupotrero				
Marzo 1813	No menciona anterior arrendatario	Fray Juan Jesús de los Dolores	30					
Abril 1813					Juan Pío Merizalde	Lorenzo Núñez	9	Contigua a las que tenía
					No menciona	Ascencio Mateu	12	
					Doña María Sandoval	Don Francisco Cruz	12	Hace postura de los terrenos de Ramón Maestanza, Merizalde y Don Alvarado
Mayo 1813	Marqués de Villa Orellana	Don Julián Echeverría	30	Inmediatos a su hacienda El Calzado	Don José del Corral y Mará Osorio	Don José del Corral y Ximénez	12	
					Doña Ignacia Aispuru	Don Mariano Tejada	12	
					Miguel Castillo	Don Pedro Rodríguez	15	
					Terrenos de los Cóndores, Lincangos y Simbañas	Protecuría por los terrenos de los Lincango, Cóndores y Simbañas	8	
					Tierras de Zurita	Don Francisco Idrovo	9	
					Tierras del correo	Don Antonio Erdoiza. Administrador de correos	9	Tierras de la posta (correos)
						Don José Rivadeneira en nombre de la señora Manuela Monteserrín	?	Continúa papel en blanco
Junio 1813					Don Juan Pío Merizalde	Don Lorenzo Muñoz	19	
Febrero 1816					Varios arrendatarios	Don Florencio Escorsia	9	Tierras de Don José Zaldumbide, Joaquín Tinajero, Nicolás Maestanza, Joaquín Mancheno, Manuel Larrea. 4 caballerías, 15 cuadras, un solar y 1800 varas
	Don Ascencio Mateu	Don Ascencio Mateu	30					
	Señora Ripalda	Don Ascencio Mateu	29					
Enero 1822		Don José Salvador	25	Sitio de Guamaní				
	Don Pedro Cevallos	Don Pedro Cevallos	25	Tatunyacu	Carlos Calisto	Don Joaquín Gutierrez en favor de María Salvador	30	
	No cita arrendatarios	Don José Antonio Herrera, representa a Don Miguel Hernández Bello	30	Terreno de la tabaquería	Sin arrendatario anterior	Don José Rivadeneira	10	

TRANSCRIPCION DE ACTAS DE REMATE DE LOS EJIDOS DE QUITO. 1802, 1804, 1811,1813,1816,1822

Turubamba				Añaquito				
Año	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar	Dueño anterior	Nuevo Dueño	Precio	Lugar
Enero 1822	Don Francisco Cerrajería	Don Pablo Vásconez	25		Don Pedro Rodríguez	Don Manuel Calisto y Merizalde	15	El Ejido y El Batán
		Don José Salvador	50	Tierras conocidas como Arias Blanco y Figueroa	Sin arrendatario anterior	Don José Bucé	25	El Batán
	Don Ascencio Santa Cruz	Don Ascencio de Santa Cruz	8	2 pesos por cada cuadra (son 4 cuabras)				
	El Beaterio	Don José Villandrando	52	El Beaterio				
	Don Luis González	Don José Villandrando	30					
	Sin arrendatario	Don Manuel Zambrano en nombre de Luis Salvador	30	Terrenos del Tirón, Guamaní, Chaupi Corral, Pogyo				
	Señora Herrera	Don Manuel Zambrano en nombre de la señora Manuela Vicina	30					
	Señora Herrera	Don Manuel Coba	40					
	Don Pedro Lara	Don Mariano Bolaños	50					
	Don Pedro Lara	Don Mariano Bolaños	50					
	Don José Villandrando	Don José Villandrando	60					
	Don Antonio Calderón	Don Antonio Calderón	48					
	Don Ignacio Pazmiño	Don Ignacio Pazmiño	30					
	Ocupaban Araujo y Padilla	Don Mariano Zambrano	25					
	Joaquín Yerovi	Don Ignacio Díaz en representación de su madre Manuela Benítez	30					
	José Busé	Don Agustín García	30					
	Nueo Beaterio	Don José Villandrando	37	Tierras del nuevo Beaterio				
	Posta de correos	Don Antonio Baquero	30	Tierras de la posta de correos				
	Tierras de la posta de correos	Don Domingo Quintana	30	Tierras de la posta de correos				
	Don Pedro Cevallos	Don Pedro Cevallos y Donoso	25	Terreno llamado La Verbena				
Varios	Don José Salvador	50	Tierras de Arias Blanco, Valdivieso Bolaños y Figueroa					
Junio 1822	Terreno del hospital	Hospital de la Caridad	30	Terreno del hospital	Don Mariano Peñaherrera	Don Mariano Peñaherrera	15	El Batán
	Julián Echeverría	Don Francisco de la Torre	30		Tierra vacante	Don Manuel Díaz	27	3 caballerías de terreno vacantes
					Mariano Cruz	José Bucé	30	El Batán
					Don Lorenzo Escorza	Don José Isidoro Camacho	9	
				Indios Zimbaña, Cóndores y Lincangos	Protector de indios Zimbañas, Cóndores y Lincangos	8		

Anexo 4

... en la forma que quide yo esta antes... que villa hasta el día Lunes de Junio, en
cuyo yntermedio, no faltaron algunos insuertos, y alguna de los Barrios, que incensiosos, e
insolentes querian estivar castrova justicia, y nra. Erma. y nra. libeidad; pero como las fin
ciudades de cada Barrio, no Parricinaran tanta insolencia, no causaⁿ mucha turbacion en la
Plaza, movimientos que poco tiempo se levantarian.

Este tiempo el Caplt. e granoteus D. Manuel Orozco Sanchez Paro Comis. de esta Ciudad a Juro
stimulato a su Conciencia, al ver lo sacados querian intro buciendo del Pueblo contra
Presencia a Alzabos: Salio a arruinar los Barrios, y empezó a Castigar, ^{placardes} con bandos e Anua, y otros
reventos por via de Consejo. en estas cosas, Toma Heronina, Toma Estance, ^{humbros} y asi iban cayendo los
los cermas alorguecogia con maldades, y aun solos en las Calles; alegre, y racione que nra.
esta causa se avian con asperas muchas, pensó contentelos, por axmas, y determinó sa
lix la noche de S. Juan, con algunos Comandantes armados arruinar el Barrio de S. Sebast.
Supieron este los Mestros, y se dispusieron a acorax en algunas esquinas de este Barrio
para resistencia, alaxinea, la qual se compuso a 16020 hombres, armados a vocas e puyes,
y otras Armas blancas, y como encoraxen resistencia en las dichas esquinas, y se viessen aser
tados con la multitud de soldados que les acoraxan, dispararon sus fusiles, con que mataron
20020 hombres, y se retiraron, no sin grave peligr de la Plaza, quedose las Días e noches
y antes desta Expedicion se puso en Armas por nra. e Canon que bixen con en
ella para congregar los alzabos, porque ya se arrojia el alzam^{to} que yntentaban, y en
noche los Barrios, ~~componer~~ los consejeros castigos de la Cañonera en la Casca. Estas cosas
dadas acorax e de examinar a los mestros, acorax vitimo, y terrible alzam^{to} por que imaxinar
solos atores, que los Chapetones havian salido solo con el in e matantes, se negaron, a
lax, y empezaron a atacar azebato entretas las ~~Companias~~ Parochias para vengarse desta
esta ~~paraxaxesa~~ infuria, juntaronse muchos de cada Barrio, y con solo el Auxilio de Rivas,
y algunas otras armas acometieron a la Plaza, mientras otros se ocuparon en saquear
las Casas de S. Angel Loquizado, D. Antonio Arango, y de S. Nicolas Pacheco.

En la Plaza se pidiéron a los mestros que se subieron, pero con poco numero de gente, y por eso los
Mestros Negu^{to} acorax a las dos de la mañana agoran medio de la noche, mas la poca gente y
lo que se avia con los Soldados de la Guarnicion hizieron tan poca resistencia, que a
esta e algunas otras se retiraron finalmente la alaxea, contentandose por nra.
se, contentandose unas de las guarniciones con la Curia. Prosiguieron todo lo que
de la noche los Barrios en las continuas Alaracas que se avian, aunque entorax
no muy numerosas, que con una terrible Barvanidad sembraron alas balas, y a la plaza

